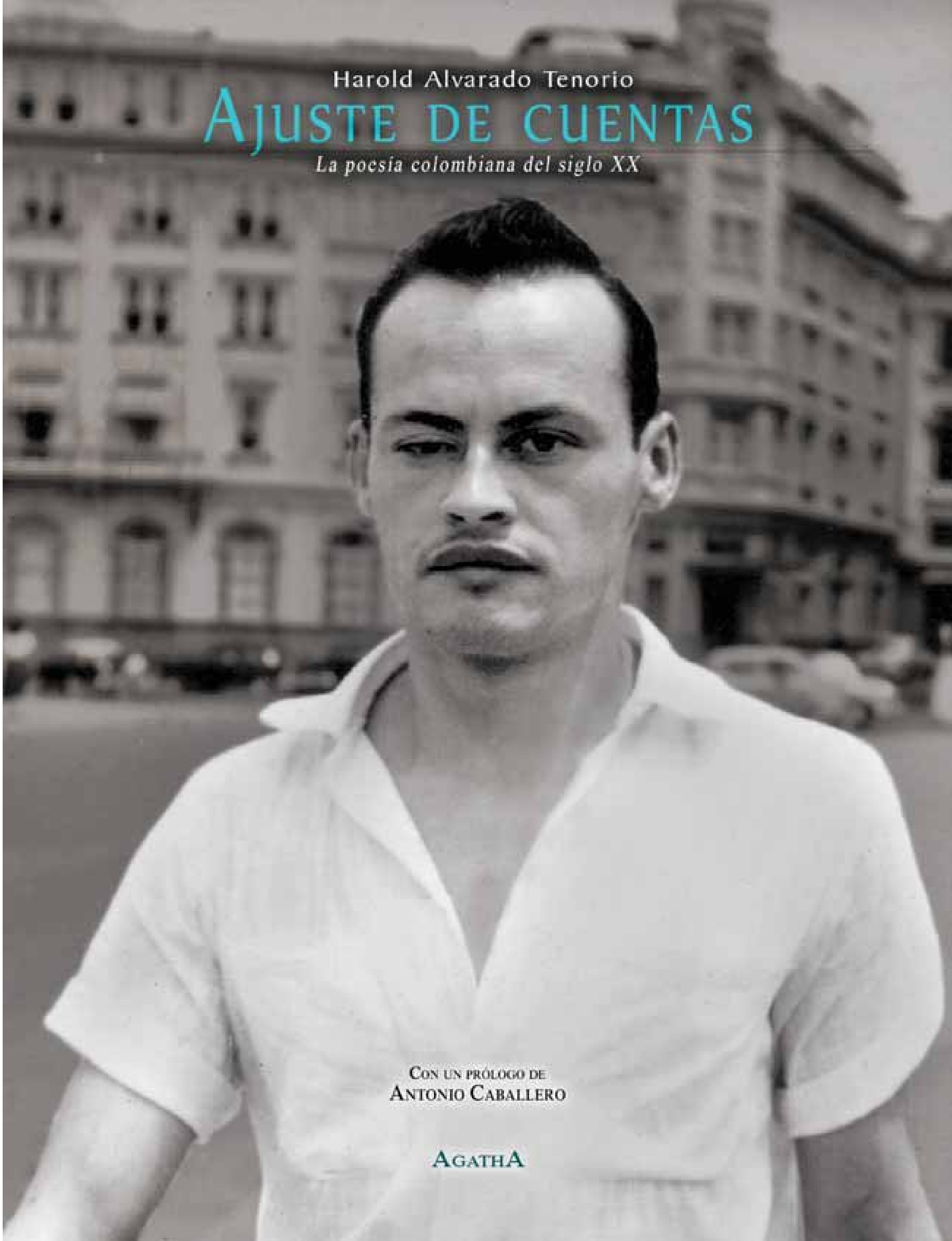


Harold Alvarado Tenorio
Ajuste de cuentas
La poesía colombiana del siglo XX
Con un prólogo de
Antonio Caballero
Agatha

AGATHA

Harold Alvarado Tenorio

# Ajuste de cuentas

*La poesía colombiana del siglo XX*

*Ajuste de cuentas, la poesía colombiana del siglo XX*
de Harold Alvarado Tenorio, con un prólogo de Antonio Caballero,
se terminó de imprimir el día 5 de febrero del año 2014
en los talleres gráficos de Agatha, C/Hostals 19, 07002, Palma,
971720324. La foto del autor es de Carlos Velásquez.
Se usaron tipos de letra Adobe Devanagari.
La edición estuvo al cuidado de Bernat Torrandell y H.H. Gomezco.

Harold Alvarado Tenorio

# Ajuste de cuentas

*La poesía colombiana del siglo XX*

Con un prólogo de

Antonio Caballero

Agatha

*A la memoria de Edison Mira Barrera [Tarazá, 1983],*
*asesinado por Vicente Carvajal, Jorledy Mazo Meneses*
*y Antonio Meneses Carvajal en la vereda Chorrillos de Valdivia*
*el 12 de octubre de 2004 por orden de Dámaso José Cuestas, alias Jonás,*
*lugarteniente de Jhon Freddy Gallo Bedoya, alias El Pájaro,*
*a quien habían desplazado de la finca Zaragoza,*
*en la vereda El Hato de Guaduas,*
*luego de torturarle y someterle a numerosos vejámenes.*

## Un libro a cuchilladas

No voy a definir al odiado y odioso Harold Alvarado Tenorio en un par de adjetivos calificativos: quedaría faltando el poeta, capaz de rotundas sentencias heraclitianas o de versos sueltos con el aire límpido del chino Li Po (Alvarado Tenorio es un gran parodiador: ha inventado poemas de Borges, de Whitman, de algún remoto poeta japonés del siglo VI antes de Cristo), y quedaría por fuera el crítico literario, que pese al odio que supura y que informa su prosa tiene un certero criterio para juzgar a los demás poetas. Como poeta, lean de él estos versos:

«Los tiempos han dispuesto
buenas y malas tardes».

Se trata, sí, de la habitual obviedad poética. Pero es que en fin de cuentas la poesía se reduce a la obviedad. Y Alvarado Tenorio tiene, dentro de esa obviedad, los dones de la concisión, del ritmo y de la armonía: eso que dice está bien dicho, y no se necesita decir más. Y, como lector crítico de poesía, vean este juicio suyo, tomado de verdad al azar, sobre Aurelio Arturo:

«Sus melodías son mejor recordadas que sus asuntos».

Tampoco pretendo aquí definir o resumir este libro mamotrético. Le basta con su título: *Ajuste de cuentas*. Un ajuste de cuentas de Harold Alvarado Tenorio (¡qué buen nombre paródico para un poeta! Parece inventado por él mismo. Harold, como el Childe de Byron; Alvarado,

como el Pedro feroz de la conquista de México, ese «sol» terrible que acompañó a Hernán Cortés en su destrucción del imperio azteca; Tenorio, como el Don Juan de Tirso y de Zorrilla... Y al escribirlo, el computador subraya en rojo, como palabras inexistentes, la palabra «Harold» y la palabra «Alvarado». Puede ser que eso le dé más leña a su persecutoria paranoia; o puede ser también el juicio de la historia), un ajuste de cuentas con toda la poesía colombiana del siglo XX, que odia minuciosamente y cuya misma existencia pone en duda desde el epígrafe. Desde uno de los varios epígrafes despectivos con que encabeza el libro, y que de entrada sacan de juego y anulan todo lo que viene después. Uno que toma de Jaime Jaramillo Escobar, que en opinión de Alvarado (y también en la mía) es, en lengua castellana, uno de los mejores poetas del siglo:

«Tierra de copleros y de serenateros, Colombia es un país cerrado para la poesía moderna».

A todos los poetas colombianos que escoge para esta antología, vivos o muertos, Alvarado Tenorio los detesta. A unos por sus versos, a otros por sus personas, a otros por las intenciones que les atribuye, a otros por su cara o por su culo, a otros por haber ganado un premio literario completamente inmerecido y en general desconocido por alguien que no sea él mismo. A unos pocos los admira, a su pesar. Este es un libro arbitrario, rabioso, rencoroso, y en muchas de sus páginas escrito (con bastante descuido, por otra parte) con la intención maligna de hacer daño. Y debo yo advertir aquí, en estos primeros pasos que doy en el pantano de un prólogo, que creo ser uno de los muy pocos amigos que le quedan en la vida a Harold Alvarado Tenorio, poeta desaforado y paranoico, crítico errático y contradictorio y paranoico, persona habitada por muchos demonios. Tan amigo suyo soy que me incluye a mí en su breve lista de poetas buenos. Aunque no me incluye exactamente a mí, el Antonio Caballero que firma este prólogo: incluye a Ignacio Escobar, el protagonista de una novela escrita por mí, personaje ficticio que a su vez, y por su cuenta, escribía versos. Y debo decir también que, a pesar mío, esa inclusión me halaga. Aunque sea tan arbitrario como los premios literarios que censura Alvarado, me parece también un merecido, aunque tardío, reconocimiento.

Por fin alguien se da cuenta de que esos versos que inventé para mi personaje inventado no eran versos de relleno: eran versos. (El lector que esté interesado puede leerlos aquí hacia el final del capítulo sobre la generación desencantada.)

Alvarado los interpreta mal, por supuesto. Ese es el destino de toda poesía.

Y sin embargo, por encima de sus odios obsesivos y de sus caprichosos enamoriscamientos, más allá de sus prejuicios sociales y políticos y de sus deliberadas cegueras, Alvarado se inclina ante el talento. El de Guillermo Valencia, por ejemplo, por encima de su calidad de señor feudal de horca y cuchillo y de parlamentario reaccionario del partido conservador: «*Ritos* —dice Alvarado— es uno de los más bellos libros de nuestras literaturas». Incluso a su predilecta bestia negra, el vacío y vociferante Gonzalo Arango, nadaísta de los primeros años sesenta, le concede un chispazo de lucidez citando una carta suya en la que reconoce que en vez de dedicarse a tomar trago y a fumar marihuana hubiera debido más bien ponerse a terminar el bachillerato. Como casi todos los de ese grupo. Y hasta al estremecido piedracielista Eduardo Carranza, a quien abomina por franquista, por falangista, por piedracielista, le reconoce un par de sonetos. Algo parecido le sucede con Álvaro Mutis, a quien desprecia hasta el punto de que cuando habla de su poesía pone la palabra «poesía» entre comillas: pero le dedica diez páginas y le publica cinco largos poemas.

Si habla del falangismo de Carranza, del conservatismo de Valencia, y así sucesivamente, es porque para Alvarado la poesía no va sola en el vacío, encerrada en una mallarmeana torre de marfil, sino que va con la historia. El poeta es siempre, como dice Lukaks, «reflejo estético» de su momento histórico, económico y social, lo quiera o no. Les hacía Salvador Dalí una recomendación a los artistas jóvenes: «No traten de ser contemporáneos: es lo único que no podrán dejar de ser». Porque el tópico del poeta —o el artista, o incluso el periodista— «testigo de su tiempo», *témoin de son temps*, es una de esas fáciles tautologías que se les ocurren a los editores y a los académicos franceses. Así, juiciosamente, este libro sitúa a los

poetas colombianos en su lugar y en su momento. No solo en sus grupos, o en sus movimientos: Los Nuevos, el grupo de la revista Mito, el nadaísmo, etcétera. Sino también en su hora exacta y en su provincia respectiva (toda Colombia ha sido siempre provinciana). A José Asunción Silva, por ejemplo, lo arranca del siglo XIX en que vivió para ponerlo en el XX, que es cuando fue leído, en una Bogotá que seguía siendo una gran aldea pacata y terriblemente triste. A Julio Flórez lo muestra sobre el paisaje de la guerra de los Mil Días —de la cual Alvarado dice, con su habitual gusto por la exageración desalada, que fue «la más atroz de las guerras de la historia del hombre»: se nota que no ha leído la Ilíada, con sus destripamientos. A Jorge Gaitán Durán lo planta en pleno espanto burocrático de la milimetría bipartidista del Frente Nacional. A María Mercedes Carranza, en el desencantado descampado de los años setenta, con un prosaico trasfondo de Belisario Betancur y Casa de Poesía Silva. A Olga Isabel Chams Eljach, en los calores sin respiro de la Barranquilla de antes del aire acondicionado.

¿Y quién es Olga Isabel Chams Eljach? se preguntará el lector (*mon semblable, mon frêre*). Pues es Meira del Mar. Entre las coqueterías de Alvarado figura en buen lugar la de mostrar que conoce todos los nombres y los segundos apellidos de todos los personajes que menciona. A Napoleón lo hubiera llamado Nabulione Buonaparte Ramolino. Al pintor Balthus lo llama Balthasar Kłossowski de Rola en alguna página de este libro.

Esto de insertar a cada poeta en su momento de la historia y de la geografía está muy bien, claro. Pero a mi parecer Alvarado lo hace de una manera caricaturesca: reduciendo a los poetas de su antología a su circunstancia más inmediata y estrecha, más local y pasajera. Reduciéndolos y limitándolos a la politiquería y la lambonería colombianas. Y, de paso, situándolos también en una caricatura de la historia. La frase sobre la guerra de los Mil Días es característica del tono de historiador de Alvarado, quien no vacila en convertir al solemne locutor de radio Alberto Lleras Camargo en un genio del mal que hundió al país en la ignorancia a través de un tonto ministro de Educación, o a ese casi inofensivo y algo ridículo generalote que fue Rojas Pinilla en un monstruo comparable a Nerón: lo pinta «asesinando estudiantes, volando barrios enteros con dinamita y masacrando

opositores durante corridas de toros». Y esta *Antología Crítica de la Poesía Colombiana del Siglo XX*, de tan ambicioso título, queda así convertida en una mezquina historia de godos y cachiporros, y de poetas venales o serviles.

Sí, la historia puede contarse así, como farsa sangrienta. Y no solo la de estas «tierras de horror», porque todas las tierras lo son por igual, y todas sus historias respectivas. Dice Borges que a no sé cuál de sus bisabuelos le tocó vivir —como a todo el mundo— tiempos infames. Y los poetas han sido siempre, en todas partes, cortesanos, cortesanas: Virgilio frente al emperador Augusto, o debajo, más bien; Quevedo ante el duque de Osuna; y basta con recordar cómo el gran Rubén Darío, habiendo sido nombrado cónsul de Colombia por el presidente Rafael Núñez, le dio las gracias con un adulador soneto:

«Colombia es una tierra de leones...»
etc.

Pero no son solo eso. Ni la historia, ni los poetas. Harold Alvarado sabe, porque lo conoce en su abundante carne propia, que por la experiencia y por el alma de un poeta pasan más cosas que las bastante mezquinas de su vida cotidiana y prosaica de empleado público, como Luis Vidales, o de ejecutivo de una empresa multinacional, como Álvaro Mutis, o de «creativo» publicitario, como la mitad de sus odiados nadaístas, o, para irnos a otros mundos y a otras lenguas, de funcionario de riegos de un ministerio, como Kavafis. Pero, por lo que se ve en este libro, no es capaz de saberlo en carne ajena, como crítico. A los poetas escogidos (y no quiero ni siquiera pensar en los que lanzó a la oscuridad de su desdén) les encuentra siempre un motivo miserable para que hayan escrito lo que sea que hayan escrito. La envidia. La codicia. El servilismo. El arribismo. El odio.

Por otra parte, estoy bastante de acuerdo con él cuando da a entender, en sus diatribas sulfurosas, que Colombia no es una tierra de leones. ¿De chacales? ¿De hienas? Ninguna de esas tres especies animales existe en este nuevo mundo que descubrió Colón, de cuyo apellido viene el nombre de esta tierra.

Por otra parte más, debo decir que este libro es muy divertido, a su malévola manera. Descuidado, como dije atrás. Irregular: párrafos espléndidos alternan con otros de prosa desaliñada. Enredado, caótico, escrito como por erupciones venenosas de palabras y de imágenes, y que casi en cada página cede a la tentación de dar absurdas explicaciones ideológicas a los caprichos del autor. Salpicado de obsesivas y repetitivas y fatigantes enumeraciones de nombres de las personas que el autor aborrece, que son todas, y de incursiones no muy felices en el género de la economía política. Alvarado Tenorio, como todos los poetas colombianos —Cote Lamus, Valencia, Silva, Caro, Julio Arboleda, la madre Josefa del Castillo, Juan de Castellanos—, lo que quiere en el fondo es ser presidente de la república.

Ahora bien: ¿ha habido tantos poetas en el siglo XX en Colombia? Entiendo que Alvarado Tenorio trataba de llenar un libro entero hasta los topes. Pero ¿treinta y ocho? Sin contar a los muchos más que no merecen capítulo propio pero van siendo mencionados al pasar, ni a todos los que se salta. Y bastantes se quedan por fuera: el engolado José Umaña Bernal de los años treinta, el laborioso Andrés Holguín de los cincuenta, el pomposo William Ospina de los noventa, el ilusionado Fernando Denis de después del año dos mil. En un momento escribe el antologista que en el siglo XX solo ha habido cinco libros de poesía importantes en Colombia, y a escala de Colombia (y a veces de la lengua): «Ritos» de Guillermo Valencia, «Crónicas» de Luis Tejada (un periodista), «Tergiversaciones» de León de Greiff, «Si mañana despierto» de Jorge Gaitán Durán, «Morada al sur» de Aurelio Arturo, y «Poemas de la ofensa» de Jaime Jaramillo Escobar. Solo cinco. Pero después sigue y sigue acumulando poetas, como se apilan los muertos en las fosas comunes de nuestras guerras. Y no creo yo que haya tantos. No voy a referirme siquiera a los ciento cuarenta que —dice él— han nacido después de 1950, y de los cuales en su antología incluye generosamente a unos cuantos, de los cuales, en mi opinión, sobran varios: los cada vez más repetitivos —o, para usar la palabra que define esta época, clónicos— muchachos que se quejan. Aunque reconozco que la queja es, como lo señala con pertinencia Alvarado, una constante en la poesía colombiana: la queja, el desamor, el desencanto, el desasosiego pessoano y el quevediano recuerdo de la

muerte. Falta además aquí, por supuesto, por una modestia de autor que no creo muy sincera, el propio compilador de la antología, Harold Alvarado Tenorio. Aunque no, no está faltando: va en el prólogo.

Pero bueno: ¿treinta y ocho poetas? No creo yo que haya habido treinta y ocho poetas, sumados todos desde el rey Salomón hasta Harold Alvarado Tenorio, pasando por Horacio y por san Juan de la Cruz, por Hölderlin y por Rimbaud y por T. S. Eliot, en todo el vasto ámbito de la literatura de Occidente. ¿Treinta y ocho solo aquí en Colombia? Sí, ya sé que nos han dicho siempre que esta tierra de ladrones y asesinos es también tierra de poetas. Pero, ¿ciento cuarenta? ¿Cuántos ajedrecistas había en la Unión Soviética de Karpov y Kasparov? ¿Cuántos polistas caben en la Argentina de Adolfo Cambiaso? Como preguntaba Enrique Jardiel Poncela: ¿pero hubo alguna vez once mil vírgenes?

Pues nada menos que treinta y ocho poetas tenemos aquí, asegura Alvarado. Y la selección que él hace, con pesado cuchillo de carnicero (oficio que reclama por herencia), va a disgustar a muchos más. Lo cual es buena cosa en esto de la literatura.

**Antonio Caballero**

«En los artistas y poetas de Colombia
hay un fatal divorcio entre su expresión y las raíces de su pueblo.»

**Waldo Frank**, *Baldomero Sanín Cano*,
Revista Babel, nº 59, Santiago de Chile, 1951.

«Siempre me ha sorprendido el extraordinario poder
de simulación y confabulación del colombiano.
Se comprende entonces por qué en general nuestros poetas sean tan malos.»

**Jorge Gaitán Durán**, *Diario*, 1952.

«Tierra de copleros y serenateros,
Colombia es un país cerrado para la poesía moderna.»

**X-504,** 50 años de atraso en poesía, 1960.

«La poesía era el primer escalón de la vida pública y se podía llegar hasta la presidencia por una escalera de alejandrinos pareados. Se dirá que todo aquello era anacrónico y absurdo, pero fue una vocación nacional, un modo de ser espontáneo, una inclinación que nos dio carácter internacional, aun pintoresco. Esta tradición se hunde de repente, como la Atlántida, en un cataclismo que no deja ninguna señal.»

**Alberto Lleras Camargo,** El primer gobierno del Frente Nacional, 1962.

«En Colombia el oficio de escritor está tan prostituido y tergiversado
que se llega a designar como tales a éste o aquel por el hecho exclusivo
de que proclame una determinada consigna política.»

**María Mercedes Carranza**, *Eduardo Cote entre la vigilia y el sueño*,
Razón y fábula, nº 18, 1970.

«Es difícil imaginar hasta qué punto se vivía entonces a la sombra de la poesía. Era una pasión frenética, otro modo de ser, una bola de candela que andaba de su cuneta por todas partes. Abríamos el periódico, aun en la sección económica o en la página judicial, o leíamos el asiento del café en el fondo de una taza, y allí estaba esperándonos la poesía para hacerse cargo de nuestros sueños. De modo que para nosotros, los aborígenes de todas las provincias, Bogotá era la capital del país y la sede del gobierno, pero sobre todo era la ciudad donde vivían los poetas.»

**Gabriel García Márquez**, *Vivir para contarla*, Bogotá, 2002.

## 100 años de Poesía en Colombia

Hasta bien entrado el siglo XX la poesía «colombiana» siguió obedientemente los dictados del romanticismo hispánico y el modernismo rubendaríaco, en dos de sus mejores exponentes, Julio Flórez y Guillermo Valencia, los poetas de la Guerra de los Mil Días, cuando durante tres años en los campos y las ciudades cientos de miles de hombres dejaron viudas y huérfanos a cientos de miles de mujeres y niños. Flórez lloró las amadas infieles, los despojos mortales de los sacrificados y el alcohol, mientras Valencia tallaba en versos de mármol el dolor de la existencia y las heridas del pecado de la carne. Desde entonces el poema «nacional» es *Mis flores negras*:

Oye: bajo las ruinas de mis pasiones,
y en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre polvos de ensueños y de ilusiones
yacen entumecidas mis flores negras.

Ellas son el recuerdo de aquellas horas
en que presa en mis brazos te adormecías,
mientras yo suspiraba por las auroras,
auroras de tus ojos, que no eran mías.

Ellas son mis dolores, capullos hechos;
los intensos dolores que en mis entrañas
sepultan sus raíces, cual los helechos
en las húmedas grietas de las montañas.

Ellas son tus desdenes y tus reproches
ocultos en esta alma que ya no alegras;
son, por eso, tan negras como las noches
de los gélidos polos, mis flores negras.

Guarda, pues, este triste, débil manojo,
que te ofrezco de aquellas flores sombrías;
guárdalo, nada temas, es un despojo
del jardín de mis hondas melancolías.

[**Julio Flórez**]

Luego de la *pax romana* impuesta por los vencedores, en plena postguerra un iluminado trató de cambiar el estado de cosas y propuso una república liberal que nos dejara a las puertas del progreso. Alfonso López Pumarejo intentó durante dos gobiernos transformar a Colombia en una nación moderna y democrática, y fue entonces cuando en esa caja de Pandora surgieron León de Greiff, Jorge Zalamea, Aurelio Arturo y el basilisco que sumiría el país en otro baño de sangre, donde tienen origen todos los males que padecemos.

Alberto Lleras Camargo dio la espalda, desde dentro, a la *Revolución en Marcha* de López Pumarejo, causando el crimen de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, y con su simpar complejo de inferioridad ante los norteamericanos y su modelo capitalista, extrajo de su manga e impuso a la nación, en medio de una guerra civil que dejó más de 300.000 muertos, el Frente Nacional —una componenda política y electoral entre liberales y conservadores vigente entre 1958 y 1974—, que deshizo los partidos, erigió la corrupción como instrumento de gobierno y obligó a las clases medias y obreras a buscar en la transgresión, la fechoría y la guerra de guerrillas, las únicas formas posibles de subsistencia.

Musicólogo, ajedrecista y mago de los números; alto, hercúleo, rojizo, barbado, con sus trajes deshilachados y los bolsillos repletos de papeles, con burla e ironía, olvidadas sintaxis, palabras envejecidas, neologismos y arcaísmos, León de Greiff urdió otras galaxias, verbales

y mágicas, donde sobrevivir a las mezquinas realidades de los años de entreguerras. Escéptico y sensual, levantó un universo de fantásticos personajes, con su flora y su fauna, y un lenguaje irrepetible para celebrar las cosas y los seres de ese mundo ilusorio.

Voraz lector y dueño de un carácter simpar, Jorge Zalamea participó al lado de Gerardo Molina, Diego Montaña Cuéllar y Jorge Gaitán Durán en la revuelta popular contra el asesinato de Gaitán, exiliándose en Buenos Aires, donde publicó *El gran Burundú-Burundá ha muerto* —una deslumbrante sátira poética contra los tiranos— e hizo valiosas traducciones de Perse, Valéry, Sartre, Eliot o Faulkner. Sin el tono de Zalamea mucha de la narrativa de García Márquez, Rojas Herazo, Zapata Olivella, Álvarez Gardeazábal y otros sonaría a sordina.Aurelio Arturo, que llegó a Bogotá en el lomo de un caballo desde su lejana provincia del sur, publicó *Morada al sur*, trece poemas que lo han convertido en el poeta elegíaco más estimado por los colombianos. Su obra, desconocida en vida, es recordada y repetida en voz alta por la juventud.

Luego de casi medio siglo de expectativas los intelectuales progresistas, los obreros y los campesinos que habían participado desde el fin de la hegemonía conservadora de los años treinta en las luchas populares, se encontraron sin futuro. Las fuerzas reaccionarias, los esquiroles y los oportunistas hicieron de las suyas negando cualquier posibilidad de acceso al poder a toda una estirpe, que conoceríamos como *Generación de Mito*, de la que hacen parte algunos de los más importantes intelectuales del siglo pasado, como Camilo Torres Restrepo, Eduardo Ramírez Villamizar, Fernando Botero, Gabriel García Márquez o Rogelio Salmona.

Expresión de las ideas, gustos, fobias y anhelos de esa generación, fue *Mito*, la revista que Jorge Gaitán Durán fundó a su regreso de Europa, luego de varios años de exilio. Una revista que como la española *Laye*, más que cuestionar llanamente los hechos políticos, sociales y culturales de su tiempo, mostró a los colombianos que había otros mundos y otras maneras de entender la realidad, más allá de la barbarie e ignorancia que los rodeaba, desde el poder y desde

el fondo de la miseria de miles de compatriotas. En *Mito* publicaron Borges, Paz, Carpentier, Cortázar, Brecht, Luckács, Baran, Cernuda, Durrell, Nabokov, Caballero Bonald, Genet, Sartre, Camus, Robbe-Grillet, Simon, Sarraute, Miller y Heidegger, y se frecuentaron temas que interesaban a la juventud como el cinematógrafo, el sexo y las drogas, revelando los hilos que manipulaban la provinciana cultura colombiana, mostrando sus deformaciones y vínculos con los sectores más retardatarios de la iglesia, la clerecía y los partidos políticos.

Jorge Gaitán Durán, con sus escasos treinta y siete años, ejerció un magisterio comparable al de Barral, Gil de Biedma o Caballero Bonald, el brasileño Ferreira Gullar o Juan Liscano, el venezolano. Gaitán Durán imitó en su juventud los estilos y quizás hasta los motivos del piedracielismo carrancista, a quien insólitamente admiraba. Pero luego, cuando entró en comercio con la literatura francesa, en especial con Camus, los *cahiers* fueron su principal ocupación y del ejercicio de esas reflexiones saltó a la poesía. Poeta de la existencia, es decir, de la consunción de la muerte a través de la vida, sus mejores poemas están reunidos en libros como *Asombro, Amantes* y *Si mañana despierto*.

Para 1958, cuando Gonzalo Arango divulgó el primer manifiesto nadaísta, Colombia era ya un país en ruinas. La dictadura de Gustavo Rojas Pinilla había concluido la tarea delicuescente de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Roberto Urdaneta Arbeláez, mientras la clase dirigente se disponía a repartirse de manera paritaria el presupuesto nacional y la libertad de asociación y expresión, en los futuros veinte años. La dictadura instauró el culto a la personalidad, la censura a la prensa, creó la Televisora Nacional como su principal instrumento de propaganda, asesinó estudiantes, voló barrios enteros con dinamita y masacró a sus opositores en corridas de toros.

Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez, que inventaron el Frente Nacional, procedieron a desmontar la cultura colombiana desde sus mismos cimientos, y con la ayuda de un puñado de intelectuales de «izquierda» y el liberalismo, borraron primero la memoria colectiva,

la historia y las literaturas, a fin de crear un nuevo estado donde los colombianos guardaran silencio, pasaran hambres inmemoriales, ningún pobre pudiese ir a la escuela y todo el país, especialmente las mujeres, se sometiera al control de la natalidad. Lo que llevó a la creación de la más grande república del narcotráfico jamás imaginada, cuando una minoría de malhechores iba a elegir venalmente a Julio César Turbay, Alfonso López Michelsen, Belisario Betancur, Virgilio Barco, César Gaviria Trujillo y Ernesto Samper, pretendiendo cambiar el centenario estatuto para no ser extraditados y serían los únicos capaces de desmantelar ideológicamente a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia [FARC], haciéndolas socios. A todo ello contribuyó de día y de noche la batahola, garrulería, narcisismo, chabacanería y oportunismo de los adeptos de Gonzalo Arango. Entre 1956 y 1968, años de alza del nadaísmo, Colombia vivió la más grande recesión cultural de su historia.El nadaísmo fue el envés de *Mito*. Ésta encarnó la cultura, aquél la barbarie. Mientras Gaitán Durán publicaba la revista más importante que haya tenido Colombia, Gonzalo Arango y su pandilla quemaban libros, se endiosaban a sí mismos y servían de taparrabos y lameculos del Frente Nacional. Los nadaístas son hoy, con alguna notoria excepción, miembros del *estatu quo* y sus sacamicas nocturnos.

Autor del libro de poemas más notable de la segunda mitad del siglo XX, Jaime Jaramillo Escobar, quien fungió como nadaísta junto a Mario Cataño Restrepo, Darío Lemos, Pablo Gallinazo, José Mario Arbeláez y Juan Manuel Roca, concibió y redactó los cuarenta y cuatro desencantados textos de *Los poemas de la ofensa* [1968] a la manera de los versículos bíblicos, con un tono exuberante, rico y sentencioso, tiznado de ironía y quizás como exorcismo a los cotidianos apocalipsis que vivíamos entre el fango de clericalismos y leguleyadas restauradas por el Frente Nacional, cuando cada mañana cientos de hombres y mujeres campesinas eran acuchillados y mutilados, entregados a sus dolientes con sus sexos en las bocas y los vientres abiertos.

Paradójicamente, durante esos años triunfales del Frente Nacional, en medio de las rebeliones estudiantiles, una nueva generación de poetas surgía, principalmente, de las aulas universitarias como respuesta a la mascarada de los adeptos a Gonzalo Arango. Lectores de Borges, Paz,

Kavafis, Cernuda, los poetas de la experiencia españoles: Ángel González, J.M. Caballero Bonald, Jaime Gil de Biedma y los colombianos Arturo y Jaramillo Escobar, los ahora llamados miembros de la *Generación desencantada*, se refugiaron más que en sí mismos, en la cultura y las tradiciones que había roto el nadaísmo. Fue en Aurelio Arturo, el elegíaco poeta ignorado y postergado por los ruidos del *piedracielismo* y la fanfarria publicitaria de Álvaro Mutis, donde depositaron todas las apuestas de su futuro, que hoy ciertamente ha llegado.

Registros y movimientos que una novela de culto, *Sin remedio*, de Antonio Caballero Holguín [1945], ha dejado para la historia. Ignacio Escobar es la viva representación de esos nuevos poetas desilusionados, hijos o nietos de la oligarquía y la clase media, que asistiendo a la universidad viven aturdidos por una realidad que no terminan por entender y por ello se refugian en la poesía y solo rinden culto a ella. Escobar recorre casi quinientas páginas pensando en la complejidad de la creación poética, sometido a los vaivenes de una vida social inocua y frívola. Y sin embargo, como el protagonista, los poetas desencantados cruzan las noches buscando amantes, se reúnen clandestinamente para conspirar con trotskistas y maoístas, visitan, luego, las oficinas de sus parientes funcionarios pensando en que podrán tener mañana un cargo público o serán, por qué no, embajadores y emisarios de la «cultura colombiana». A esa *Generación desencantada* pertenecen José Manuel Arango, Giovanni Quessep, Elkin Restrepo, María Mercedes Carranza, Raúl Gómez Jattin y Juan Gustavo Cobo Borda.

El triunfo del narcotráfico y la escalada de la guerra civil entre guerrillas y paramilitares ofrecieron a un sector de la inteligencia colombiana la oportunidad de entrar en escena con beneficios y resultados que nunca se habían conocido. En los primeros años ochenta y principios de los noventa se crearon, respectivamente, la Casa de Poesía Silva y el Festival de Poesía de Medellín, dos de las instituciones que hicieron de la poesía el más grande espectáculo de nuestro tiempo. Filmes, videos, seriales de televisión, grabaciones, lecturas públicas, seminarios, todo ha servido para prorratearse los presupuestos municipales y de los ministerios. En ningún otro país del mundo ha servido la poesía tanto a los políticos de la guerra en

su ejercicio del poder. Y como nunca antes, la inopia de la poesía ha escalado hasta las profundidades de la ignorancia y la ordinariez. Instrumentalizada y pervertida como oficio y como forma de vida, la poesía, sea colombiana o no, en Colombia ha desaparecido y no parece dar señales de vida en un futuro inmediato. Porque como nunca antes, distritos y gabinetes, secretarias de cultura y empresarios del capital han invertido desmedidas sumas de dinero para hacer brillar la lírica como una joya más de la pasarela y del entretenimiento contemporáneo. Los poetas colombianos crecen ahora como palmas y desaparecen como cocos, según el criterio del manipulador de turno, *d´habitude* poeta él mismo. Hoy son más de medio centenar de vates vivos y muertos los que ostentan en sus faltriqueras más de un laurel del erario público, pero nadie, literalmente, nadie, recuerda sus nombres ni lee sus versos.

Pero no todo estaba perdido. Entre los crímenes y la ignorancia, un puñado de escritores, nacidos en su mayoría en provincia, entre la segunda mitad del siglo pasado, Antonio Silvera Arenas, Eduardo García Aguilar, Felipe García Quintero, Fernando Molano Vargas, Jhon Better Armella, Jorge García Usta, Mauricio Contreras Hernández, Miguel Iriarte Díaz-Granados, Orlando Sierra Hernández, Rómulo Bustos Aguirre y Toto Trejos Reyes, que conocieron en carne viva el maridaje de la frivolidad y las muertes atroces cuando el derroche y el consumo teatral y conspicuo fue paradigma de la vida social [mientras las mayorías entraban en la noche con una taza de agua de panela y unas astillas de yuca cocida por toda comida, demostrando que en Colombia había una novedosa manera de ser, habitando suntuosos chalets con zoológicos, amores prepagados, aviones privados, salas de baño con albercas de oro y espejos de plata, políticos y ejércitos privados], desoyendo las hienas que vociferaban que la poesía debía secar la sangre de los ríos y romper las cadenas de las motosierras con la declamación de versos en estadios y bares, escribieron no pocas veces en foscos silencios algunos de los poemas que dan testimonio de una época atroz, cuando se cometieron cuatrocientos mil homicidios [Véase Nicolás Núñez, *Violencia en Colombia*, La Habana, 2004], fueron desplazadas de sus territorios más de cuatro millones de personas, y paramilitares y guerrilleros ocupaban cerca de millón y medio de

hectáreas, con más de doce mil víctimas en unas dos mil masacres contra poblaciones desamparadas y marginadas. Es cierto que el hermano mató al hermano.

Con saña le arrancó los dedos, ay, uno a uno,
y después un ojo, el otro,
las valvas vueltas y extremas
por donde entraba la música del mundo
hasta hacer una perla de su oscuro corazón.
Tajó la lengua, los dientes,
el cuero cabelludo, cual apache,
y con una motosierra, que aún retumba en el aire,
desmembró su cuerpo exacto y único.

[…………………………….]

Lo abyecto ocurre tras la pared
que tal vez separa tu casa del vecino:
la traición, la alevosía, el descaro
del político que tasa votos, vacas, café.

La más bella negocia sus gracias
por una portada en Vanidades.

Pero tú, sigue aún el ejemplo de la naturaleza:
haz con ello una nueva flor,
como el maestro de Francia.
No te rebajes a la barbaridad campante.
Naciste para el canto
y no tienes derecho a derramar
ni una gota de tinta: no tienes derecho
a mancillar la pureza de la página,
la pantalla traslúcida
de tu alma,
con el crimen, la ira y la procacidad.

[**Antonio Silvera Arenas**]



Guillermo Valencia con Baldomero Sanín Cano en el taller de Efraím Martínez, Popayán, 1932.

# El Modernismo

*1882-1915*

El arte ideal, arte universal o arte por el arte fue la consigna de Darío y los modernistas para sacar del pantano colectivizante los sentimientos y miradas de un individuo, refinado y subjetivo, que se expresaría con vigor cosmopolita gracias a las idealizaciones, el exotismo, la artificialidad y el preciosismo con que huía de la realidad positivista y tiránica de nuestras sociedades. El modernismo, como el parnasianismo y el simbolismo al otro lado del océano, procuró en lo exquisito y lo raro, en las islas de Grecia y Japón, en los pabellones de Versalles y las pagodas chinas, un alejamiento de la vulgaridad del mundo real que los acercara, en la carne y el amor, lo ignorado y lo fatal, a un sentido moderno de la vida y de la muerte, pero sustancialmente de la belleza, como no se había percibido antes.

El modernismo —que se inició en 1888 con la publicación de *Azul...*, un libro en prosa y verso de Rubén Darío— tuvo como escenario mundial la *belle époque*, crisis espiritual del *fin-de-siècle*, y coincide con la incorporación de América Latina al sistema económico internacional, cuando las élites comenzaron a importar materias primas a cambio de objetos de lujo, y una emergente clase media buscaba con afán su lugar político y de expresión cultural. Su epicentro fue Buenos Aires y es contemporáneo al simbolismo y el parnasianismo como un proceso de transformación nacido de la insatisfacción y necesidad de renovación de formas y asuntos agobiados por arquetipos románticos. En el territorio colombiano los únicos poetas propiamente modernistas fueron Silva y Valencia, si aceptamos

por tal toda aquella poesía que renunció a la divulgación en verso de los avances de las ciencias y poetizó, «anteponiendo el sentido de lo bello a toda otra clase de consideraciones docentes», los sentimientos que surgían del comercio con la mal llamada civilización moderna y el desprecio por la vida burguesa que crecía en las ciudades finiseculares.

El XIX fue en Colombia otro siglo de crueldad y violencia. Comenzó con las Guerras de Independencia, a las que siguieron nueve guerras civiles, catorce guerras locales, dos con el Ecuador, tres golpes militares, una conspiración fracasada y la Guerra de los Mil Días, que anunciaba las atrocidades de las dos guerras mundiales, que si bien fueron vividas de lejos por los colombianos, no dejaron de causarles tantos males y producir tantas miserias apenas comparables a las padecidas por los franceses, los rusos, los japoneses, los españoles y los mismos alemanes. Colombia no ha tenido paz en toda su existencia. Todo comenzó con los episodios sangrientos de la conquista española.

La Guerra de los Mil Días fue la más cruenta de todas. Los caudillos y generales liberales Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera se levantaron en armas contra la traición ideológica de Rafael Núñez y el gobierno reaccionario y confesional de Manuel Antonio Sanclemente y José Manuel Marroquín, pero en la batalla final de Palonegro, donde durante quince días ocho mil liberales se enfrentaron a dieciocho mil conservadores, perdieron la guerra luego de haber dejado más de cien mil muertos en los campos y ciudades de Colombia, que quedaron devastados y en la miseria. El país que leyó a Silva y oyó declamar a Valencia y Barba era, por causa de esta y las otras disputas, analfabeto, y quienes podían medianamente leer y escribir, debieron repetir y obedecer los dictados de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a quien Núñez había canjeado la república por una licencia matrimonial a su favor con el Concordato de 1888.

La ciudad más afectada por la guerra fue la capital, que había logrado salir a medias de su modorra colonial con los gustos y comodidades que la burguesía mundial iba prodigándose con hipódromos, teatros, deportes, velódromos, los anuncios luminosos y las llamadas Ciudades de Hierro con sus maravillosas Montañas Rusas. Para la década de

los ochenta del siglo XIX, Bogotá ya tenía Teatro Colón, una plaza de Toros, hoteles Tequendama, Sucre, La Reina, Rosa Blanca, Victoria y cafés como el Madrid, Florián y Petit Fornos, donde se bebían los vinos más caros del mundo y las cervezas nacionales Pale Ale, Excelsior, Sayer y las Bavarias Pilsener, Salvator, Bock y Doppel Stout. La Santa Fe que desaparecería bien entrado el siglo, en medio de una danza de millones y los fuegos fatuos y vicios de una clase decadente, al fin de la contienda había regresado a sus orígenes, con sus casas de adobe, las calles estrechas cubiertas de piedras hirientes en cuyos andenes de losas a medio tallar se sentaban sus cientos de mendigos malolientes, o deambulaban por la Calle Real tras el tranvía de mulas o en las fuentes públicas llamadas «chorros» del Fiscal, el Rodadero o las Múcuras.

La Guerra de los Mil Días puso fin al siglo XIX en Colombia. La destrucción de la riqueza pública fue del orden de los veinticinco millones de pesos oro. La vida, en ese país controlado por los Históricos, se había convertido en una pesadilla donde miles de esposas, amantes, hermanas y madres preguntaban, en las cárceles y comisarías, por sus esposos, amantes, hermanos e hijos. Solo los ricos que habitaban las doscientas veintisiete casas quintas de Chapinero eran felices.

**Bibliografía sobre el Modernismo**

Eduardo Camacho Guizado: *Estética del Modernismo en Colombia*, en **Manual de literatura colombiana**, Bogotá, 1988. Enrique Anderson Imbert: **Spanish American Literature. A History**, Detroit, 1963. Gerard Aching: **The Politics of Spanish American Modernismo**, Cambridge, 1997. Homero Castillo, ed. **Estudios Críticos sobre el modernismo**, Madrid, 1968. Jorge Holguín: **Desde cerca, asuntos colombianos**, Bogotá, 1908. Mario J. Valdés: *Social History of the Latin American Writer*, en **Literary Cultures of Latin America: A Comparative History**, Oxford University Press, 2004. Max Henríquez Ureña: **Breve historia del modernismo**, México, 1954. Ricardo Santamaría Ordoñez: **Sábado**, Bogotá, agosto de 1943.



## Julio Flórez

*1867-1923*

Julio Flórez [Chiquinquirá, 1867-1923] fue hijo de uno de los presidentes del Estado Soberano de Boyacá, y aun cuando estudió algunos años de primaria en su pueblo, a mediados de 1881, la familia se trasladó a Bogotá porque su padre había sido elegido Diputado en la Cámara de Representantes. Ingresó al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, pero por causa de las guerras civiles tuvo que interrumpir sus estudios y desde entonces se vinculó a la vida bohemia que llevaban los intelectuales disidentes. Flórez no hizo estudios de lenguas, ni conoció el latín ni el griego, y menos leyó a los clásicos de esas culturas. Para 1886 varios de sus poemas habían sido incluidos en una antología de José María Rivas Grott: *La lira nueva*, pero ya hacía varios años que el vate había abandonado la casa familiar y se había ido a vivir con su hermano Leónidas, que tenía, según se ha afirmado, una excelente biblioteca donde Flórez habría recibido alguna ilustración. En 1883 Leónidas fue herido de bala durante una manifestación partidista y moriría años después por causa de ello. Un año más tarde, el 3 de julio de 1884, su amigo, el poeta negro Candelario Obeso, se quitaría la vida al sentirse marginado e incomprendido, y fue Flórez quien con encendidos versos le dio sepultura. Tras la muerte de su hermano, viviría en exclusivo de su poesía y la música, sufriendo, como todos los del gremio, soledad y hambres, apenas atenuadas por sus numerosas aventuras amorosas. Se dice que antes de finalizar el siglo XIX Flórez había logrado cierta estabilidad emocional y económica y que su presencia era bienvenida en variados círculos de la capital de Colombia. Era amado, envidiado y odiado. Poeta liberal, Flórez

defendió con su pluma las ideas del partido y a sus líderes, y por ello fue perseguido y encarcelado. Las mujeres lo adoraban y los poetas jóvenes venían de diversas partes del país a verlo, con su lánguida figura de bohemio enfundada en un negro gabán y su pálido rostro, para oírlo cantar acompañado de la guitarra, el violín o el piano, en cantinas como la de Pacho Angarita o La Botella de Oro y La Gran Vía. Por algo era el autor de *Mis flores negras* y del poema nacional *Boda negra* [1], que en serventesios endecasílabos retrata la visita que hace un enamorado a la tumba de su amada por boca del enterrador del cementerio.

Oye la historia que contóme un día
el viejo enterrador de la comarca:
era un amante a quien por suerte impía
su dulce bien le arrebató la parca.

Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de la hermosa;
la gente murmuraba con misterio:
es un muerto escapado de la fosa.

En una horrenda noche hizo pedazos

---

1. Según Gloria Serpa, *Boda negra* no sería un poema de Flórez. El "horripilante adefesio" únicamente aparecería en *Oro y ébano* incluido por sus herederos en el volumen. El autor sería Carlos Emilio de los Desamparados Borges, un poeta venezolano contemporáneo del vate colombiano. En Cuba decían que en su primera visita a La Habana, mientras se hacía cortar el cabello y atizar el bigote de Guillermo Muñiz, un peluquero al que le faltaba una pierna que había perdido en la guerra contra España, mientras Flórez miraba una vitela que tenía en frente, de una rolliza dama desnuda abrazada por una catrina mexicana mientras un médico trataba de salvarla de sus garras, este le contó la historia del poeta Caamaño de Cárdenas, que habría robado el esqueleto vestido con el traje de novia de su amada. Flórez habría compuesto allí mismo el poema con base en esa historia y Alberto Villalón habría tarareado la música inicial y a partir del tarareo, tomando la guitarra el colombiano le puso música al poema que convertido en canción recorrió el mundo hispanoamericano. Lo cierto es que Flórez la cantaba por donde iba y le sacaba sus dinerillos. Yo mismo la oí cantar en Olías del Rey a unos comerciantes de hembras mientras ofrecían un hato de prostitutas a unos cabreros una noche de invierno. Doña Amira de la Rosa tenía una grabación en su oficina de Martínez Campos en Madrid. Y una noche en Princesa 20, en compañía de Francisco Umbral, oímos cantar a Sara Montiel parte de ella, con la adhesión de María del Rosario Cayetana Fitz-James Stuart y Silva, propietaria del lugar.

el mármol de la tumba abandonada,
cavó la tierra... y se llevó en los brazos
el rígido esqueleto de la amada.

Y allá en la oscura habitación sombría,
de un cirio fúnebre a la llama incierta,
dejó a su lado la osamenta fría
y celebró sus bodas con la muerta.

Ató con cintas los desnudos huesos,
el yerto cráneo coronó de flores,
la horrible boca le cubrió de besos
y le contó sonriendo sus amores.

Llevó a la novia al tálamo mullido,
se acostó junto a ella enamorado,
y para siempre se quedó dormido
al esqueleto rígido abrazado.

Bajo la dictadura de Rafael Reyes lograron alejarlo del país, enviándolo a Europa con un cargo diplomático. Cuatro años tardó en llegar a España. Primero estuvo en Caracas, donde publicó *Cardos y Lirios* [1905]; luego en Cuba y México, donde dicen que el dictador Porfirio Díaz lo invitaba con frecuencia a su despacho. En 1908 llegó, por fin, a Madrid, donde departió y conoció a Emilia Pardo Bazán, Francisco Villaespesa, Rubén Darío, José Santos Chocano, José María Vargas Vila y Amado Nervo.

En 1910 Flórez volvió a Colombia, atacado de «dispepsia nerviosa y hepática», es decir, paranoico y alcoholizado. Como traía algún dinero, ganado en sus múltiples recitales, tras las aguas medicinales, sulfurosas y ferruginosas de Usiacurí, un municipio cercano a Barranquilla, contrajo matrimonio con una colegiala de catorce años, Petrona Moreno Nieto, compró más de cien vacas lecheras, varias casas, y puso una venta de lácteos en Barranquilla, donde iba cada año a recitar en los teatros Municipal y Cisneros, acompañado de sus cinco hijos: Cielo, León, Divina Alegría, Lira y Hugo. Trece años

vivió allí el vate. Según ha relatado Gloria Serpa, su más conocida biógrafa, una rara enfermedad deformó su rostro y le afectó el cerebro y el habla, situación que aprovechó la jerarquía eclesiástica y política para «reeducar» al reacio poeta, quien ante la posibilidad de que sus hijos fueran desheredados por haber nacido fuera del matrimonio católico que consagraba el Concordato de 1887, aceptó confesarse, comulgar, contraer matrimonio y bautizar a los críos. Ante tales muestras de arrepentimiento, la sociedad colombiana, en la misma cabeza del presidente ultraconservador general Pedro Nel Ospina, decidió coronarle poeta nacional, actos que se llevaron a cabo en Usiacurí, a donde llegaron el 14 de enero de 1923, un mes antes de su muerte, las más altas y encumbradas personalidades del gobierno y la cultura en casi dos centenares de automóviles y tras ellos multitudes de campesinos, trabajadores y estudiantes.

La popularidad de la poesía de Flórez solo vino a menguar bajo el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, cuyas élites encontraban vergonzosa una poesía herética y mórbida, que celebra y lamenta la tristeza, la muerte, las amadas idas, desagradecidas y embusteras, y que rinde perpetuo homenaje a la madre.

¡Oh, poetas! es un buen punto de partida para leer la obra de Flórez. Los poetas, según el texto, son unos seres cansados de la vida, pálidos, tristes, ceñudos, cobardes, que van por el mundo sin rumbo, atrapados por las dudas, padeciendo dolor, pues no existe la virtud sino el llanto, la miseria, el deshonor y el crimen. Ante tal situación, Flórez reclama:

> Dejemos las endechas
> empalagosas, vanas y sutiles:
> no más flores, ni pájaros ni estrellas…
> es necesario que la estrofa grite.
>
> Nuestra misión es santa:
> no malgastemos en estrofas tímidas
> la sacra inspiración que en nuestras frentes
> arde con lampos de gloriosos fines.

Poeta es quien se solidariza con el pueblo, y el poema debe colaborar en la destrucción del mal; dar aliento y virtud, y castigar el crimen. El poeta debe elevar su voz a fin de derrocar las tiranías; destruir los jueces venales y abolir la pena de muerte:

Hagamos —implacables y orgullosos—
si queremos ser grandes y ser libres,
un ramal con las cuerdas de la lira
para azotar con él a los serviles.

Que a nuestra voz desciendan
de lo alto, los míseros reptiles:
todos, todos los déspotas del mundo,
todos, todos los Judas y Caínes.
.........................................
Hondo desprecio y pena
para los jueces que la ley infringen;
para el cadalso, horripilante pulpo
que hace de sangre y llanto sus festines.

Si hubo en la mente de Flórez una «estética», tiene que estar en este poema: combatir y no contemplar, poesía militante, declamada y cantada en las fondas y cantinas de un país que agonizaba bajo el fuego de los fusiles enviados por Valencia desde Europa. El poeta de La Gruta Simbólica se solidarizaba, desde su romanticismo, con las angustias de sus paisanos, mientras modernos, parnasianos o simbolistas se acogían a la torre de marfil.

Los poemas de Flórez que superaron la melancolía de su tiempo fueron publicados, quizá escritos también, en los primeros años del siglo XX, posiblemente en España y los países que visitó en sus viajes de ida y regreso a Colombia. Esa época ofrece textos filosóficos, donde piensa más que lamenta. Epígono del romanticismo, Flórez padece el conflicto entre su personalidad y el mundo que presencia. El yo liberal quiere un mundo sin trabas ni preceptos. La realidad es ruina y mezquindad. El choque entre el mundo soñado y el real termina por recluir al poeta, por aislarlo de los otros. La respuesta será blasfemia, impureza, sentimentalismo y llanto.

Sus desplantes y la bohemia finisecular eran respuesta al difícil clima social que vivía el país después del triunfo de la Regeneración y que concluiría con la dictadura de Reyes. En esos últimos años del siglo, Flórez alcanzó la popularidad que todavía lo recuerda. Sus borracheras, serenatas, improvisaciones, visitas al cementerio, amantes engañadas, representaban el sentimiento nacional de un partido político, sometido a la destrucción de su concepto de nación, mediante la guerra y la sistemática destrucción de su ideología. Como los malditos del Segundo Imperio, las gentes progresistas, los intelectuales liberales, los artesanos y vastos sectores sociales vivían un continuo desengaño y amaban más la muerte que la vida. La muerte, los cadáveres, las pestes, la miseria y un futuro hediondo a carroña eran los recuerdos y el presente de sus vidas.

**Bibliografía de Julio Flórez**

**Obra poética**, Bogotá, 1970. **Selección de poemas**, con un prólogo de Jorge Rojas, Bogotá, 1973. **Poesía escogida**, selección y prólogo de Harold Alvarado Tenorio, Bogotá, 1988.

**Bibliografía sobre Julio Flórez**

Aurelio Martínez Mutis: **Julio Flórez, su vida y su obra**, Bogotá, 1973. Gloria Serpa Flórez: **Todo nos llega tarde... Biografía del poeta colombiano Julio Flórez**, Bogotá, 1995. Hernán Restrepo Duque: **Gran crónica de Julio Flórez**, Bogotá, 1970. Max Grillo: *Julio Flórez*, en **Revista Gris**, nº 4, septiembre, 1895. Salomón Ponce: *Julio Flórez y sus horas*, en **Revista Gris**, nº 4, septiembre, 1895. Varios: **El caballero del romanticismo**, Tunja, 1967.

## El bogotano

Correcto en el vestido; por su semblante
nunca pasa una sombra de duelo insano:
así va por las calles el bogotano,
siempre fino y alegre, siempre elegante.

Entre amigos y damas luce el chispeante
ingenio, que derrocha cortés y llano;
y como es un modelo de cortesano,
amáis… a la ligera: por ser galante.

Al hundirse en el lecho tras el quebranto
de una noche de danzas y de emociones,
se apodera de su alma cruel desencanto,

y mira, entristecido, por los rincones
del oscuro cerebro, vagar, en tanto,
deshonradas y mustias sus ilusiones.

## ¡Oh muerte!

Amad la muerte, amadla… Ella procura
el supremo descanso, ella nos guía
en el camino del silencio, es fría
pero buena;… ella mata la amargura.

¡Ella es la maga de la sombra… es pura
y eterna… y todos la llamáis impía.
¿Por qué? ¿Porque nos besa en la agonía,
y un tálamo nos da en la sepultura?

La Muerte es la ceniza de la llama;
es el "no ser" de lo que vibra: muda
ante el placer o el infortunio, ama:

el sueño matador de los dolores;
la calma, que del daño nos escuda,
y la tierra que es madre de las flores.

## Resurrecciones

Algo se muere en mí todos los días;
la hora que se aleja me arrebata,
del tiempo en la insonora catarata,
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones mías,
pienso: "¡yo, no soy yo!" ¿por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.

Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que, ante mi muerte próxima, imagino
que muchas veces en la vida... he muerto.

## Todo nos llega tarde

Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!
Nunca se satisface ni se alcanza
la dulce posesión de una esperanza
cuando el deseo acósanos más fuerte.

Todo puede llegar; pero se advierte
que todo llega tarde: la bonanza,
después de la tragedia; la alabanza,
cuando ya está la inspiración inerte.

La justicia nos muestra su balanza,
cuando sus siglos en la Historia vierte
el Tiempo mudo que en el orbe avanza;

Y la gloria, esa ninfa de la suerte,
solo en las viejas sepulturas danza.
Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!



## José Asunción Silva

*1865-1896*

Como se sabe, José Asunción Silva nació en Santa Fe de Bogotá, en el hogar de un rico comerciante cuya prosperidad dependía del auge de los artículos de lujo y *laissez faire, laissez passer*.

Desde la niñez Silva conoció los polos entre los cuales se debatiría su vida: el dinero y los libros. En Bogotá lo más importante era ser, primero, comerciante, y luego, hombre bien educado. Al cumplir los dieciocho fue enviado a Europa para estudiar la posibilidad de ensanchar los negocios familiares. Los meses que gastó en París y Londres fueron suficientes para quedar intoxicado con las ideas y los vicios, que como un mal del siglo, circulaban al son de las canciones de anarquistas y revolucionarios.

Silva tenía dieciséis años cuando Rafael Núñez, después de la batalla de La Humareda, declaró que la Constitución de Rionegro había dejado de existir. La más feroz de las castas colombianas se entronizó en el poder, de donde saldría, por un momento, medio siglo más tarde, con la llegada al gobierno de Olaya Herrera. El país que Núñez pudo arruinar era, por supuesto, analfabeta. Ese país y su educación lo vendieron los Reformadores a la Iglesia con la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887. El triunfo de la religión sobre la vida y la cultura fue de tal magnitud que, como en una resucitada Edad de la Fe, medio millar de templos, algunos de proporciones catedralicias, fueron levantados sobre el paisaje de un país que llevaba más de dos siglos luchando contra el feudalismo.

A principios de 1886 regresó a Bogotá, donde redactó algunos de los poemas que aparecieron en *La lira nueva*. Un año más tarde falleció su padre, y vendría para Silva la peor época de su vida, si a las cincuenta y dos ejecuciones judiciales por deudas sumamos la desaparición de Elvira en 1891. En diez años, entre 1885 y 1895, Silva escribió los textos más dolorosos e irónicos de su obra y su tono fue cambiando a medida que se acercaba a la muerte.

Desde su retorno a Bogotá, la contradicción que tuvo que enfrentar fue producto de sus ideales de grandeza y la mezquindad del medio. El artículo de Camilo de Brigard [«El infortunio comercial de Silva», en *Revista de América*, nº 17 y 18, Bogotá, 1946] sobre los fracasos comerciales de su tío muestra en detalle el desarrollo de su tragedia. Todos los lujos que se criticaron en Silva son pocos ante la angustiosa vida diaria que tuvo que enfrentar. Una vez arruinado, el gobierno le nombró en un cargo diplomático.

En Caracas, la vida pareció abrirle nuevas ventanas. Las gentes cultas lo recibieron con entusiasmo, las mujeres lo halagaron, las revistas lo invitaron a colaborar. La muerte de Rafael Núñez y el ofrecimiento de Miguel Antonio Caro de un puesto inferior en Guatemala, hicieron que Silva regresará a Bogotá. Volvió lleno de entusiasmo y con la cabeza atiborrada de planes industriales. Pero fracasó. Nadie quiso creerle, a pesar de los esfuerzos que hizo por mostrar que se había reformado, que ya no era más un poeta, sino un hombre de empresa. No obstante, su desprecio por el pragmatismo se había consolidado.

Considerado uno de los precursores del modernismo, Silva es en su novela *De sobremesa* [1925], publicada póstumamente, un modernista a carta cabal. Se cree que la redactó de nuevo luego del naufragio del buque *Amèrique*, a finales de enero de 1895, donde perdió los originales de otras de sus obras como los *Cuentos negros*, *Las almas muertas* y *Los poemas de la carne*.

Silva puso en José Fernández, el personaje de la novela, rasgos de su personalidad y abundante autobiografía, al tiempo que hizo de sus deseos sueños del protagonista. Fernández es un delirio de Silva. Rico,

hermoso y poeta, vive rodeado de refinamientos y lujos, pero es víctima de un suplicio que le hace querer, tener y buscarlo todo. De allí que en plena juventud Fernández haya agotado los caminos que lo conducirían a la felicidad. Ha estudiado lenguas vivas y muertas, filosofías, historia, las formas del arte a través del tiempo, probado todas las drogas de moda y saciado la carne en multiplicidad de cuerpos logrados con engaño o con dinero. Fernández desprecia el arte, la literatura y la fe en el destino. Solo los placeres, los negocios y el enriquecimiento fácil son válidos para él, pues pueden conducirlo al poder que tanto necesita. Ni siquiera la búsqueda de la misteriosa Helena, encarnación del arte, de aquello que no se entrega, alivia su neurosis.

En 1886 aparecieron, en diversas revistas, algunos de los poemas que darían a Silva la relativa audiencia y el escaso prestigio que conoció en vida. Se pueden dividir en tres grupos, incluyendo los publicados póstumamente. El primer conjunto lo formarían *Crisálidas* [1886], *Resurrecciones* [1886], *Obra humana* [1886],*…?…* [1898] *y La respuesta de la tierra* [1908]. Silva pregunta por el destino del hombre después de morir:

> al dejar la prisión que las encierra
> ¿qué encontrarán las almas?
> [Crisálidas]
>
> Estrellas que entre lo sombrío
> de lo ignorado y de lo inmenso,
> asemejáis en el vacío
> jirones pálidos de incienso;
>
> nebulosas que ardéis tan lejos
> en el infinito que aterra,
> que solo alcanzan los reflejos
> de vuestra luz hasta la tierra;
>
> astros que en abismos ignotos
> derramáis resplandores vagos,
> constelaciones que en remotos
> tiempos adoraron los Magos;

millones de mundos lejanos,
flores de fantástico broche,
islas claras en los océanos
sin fin ni fondo de la noche,

estrellas, luces pensativas!
estrellas, pupilas inciertas!
¿Por qué os calláis si estáis vivas
y por qué alumbráis si estáis muertas?
[...?...]

El segundo conjunto lo componen *Ars* [1886], *Convenio* [1886], *Un poema* [1898] y *La voz de las cosas* [1908], donde ya es evidente el abandono de la retórica romántica para dar paso a sugerentes introspecciones sobre la caducidad de lo vivo y el paso del tiempo, que rotura sin piedad la unidad del ser. En el verso, como en un cáliz, el poeta debe poner las tristezas del paso por el mundo, los mejores recuerdos del pasado y la belleza a fin de que la existencia pueda conocer algo de felicidad.

El verso es vaso santo. ¡Poned en él tan sólo,
un pensamiento puro,
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes
como burbujas de oro de un viejo vino oscuro!

¡Allí verted las flores que en la continua lucha
ajó del mundo el frío,
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,
y nardos empapados de gotas de rocío

para que la existencia mísera se embalsame
cual de una esencia ignota
quemándose en el fuego del alma enternecida
de aquel supremo bálsamo basta una sola gota!
[**Ars**]

La musa le recrimina por cantar asuntos tristes, y lo invita a ir al campo: me das mariposas, te daré rimas. Después de buscar los mejores metros y temas para un poema, lo muestra a un crítico, y este responde «no entiendo». *La voz de las cosas* quiere asir lo gris de los sentimientos, lo confuso de los sueños; intuiciones de una poética que no pudo levantar a cabalidad.

¡Si os encerrara yo en mis estrofas
frágiles cosas que sonreís,
pálido lirio que te deshojas,
rayo de luna sobre el tapiz,
de húmedas flores, y verdes hojas
que al tibio soplo de mayo abrís,
si os encerrara yo en mis estrofas,
pálidas cosas que sonreís!

¡Si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis,
móviles formas del universo,
sueños confusos, seres que os vais,
ósculo triste, suave y perverso
que entre las sombras al alma dais,
si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises cuando pasáis!

El tercer grupo reúne *El recluta* [1886], *Serenata* [1888], *Nocturno* [1892], *Vejeces* [1898] y Día de difuntos [1904]. Los retratos son aquí realistas, un poco de Millet, exteriores de Lega, claroscuros de Rusiñol:

La calle está desierta; la noche fría;
velada por las nubes pasa la luna;
arriba está cerrada la celosía
y las notas vibrantes, una por una,
suenan cuando los dedos fuertes y ágiles,
mientras la voz que canta, ternuras narra,
hacen que suenen todas las cuerdas frágiles
de la guitarra.

La calle está desierta; la noche fría;
una nube borrosa tapó la luna;
arriba está cerrada la celosía
y se apagan las notas, una por una.
Tal vez la serenata con su ruido
busca un alma de niña que ama y espera,
como buscan alares donde hacer nido
las golondrinas pardas en primavera.

La calle está desierta; la noche fría;
en un espacio claro brilló la luna;
arriba ya está abierta la celosía
y se apagan las notas una por una,
el cantor con los dedos fuertes y ágiles,
de la vieja ventana se asió a la barra
y dan como un gemido las cuerdas frágiles
de la guitarra.
[**Serenata**]

La poesía erótica de Silva vino a conocerse después de muerto, con la publicación de *Gotas amargas*. Leídos como se fueron publicando, y no cómo los escribió, el panorama es desolador: de la pasión y el fuego, hasta la más torcida mueca y las enfermedades venéreas. En estos textos está todo el odio que sentía por las costumbres morales, contra la doble moral del burgués. Lucha que terminó solo sesenta años más tarde, con la publicación [1951] de un poema titulado *Enfermedades de la niñez*.

Los poemas de *Gotas amargas* se burlan del candor de las jovencitas cachacas, de su hipocresía: el tocador de la soltera está rodeado de perfumes, esencias, flores, diamantes y la carta de amor.

**Bibliografía de y sobre José Asunción Silva**

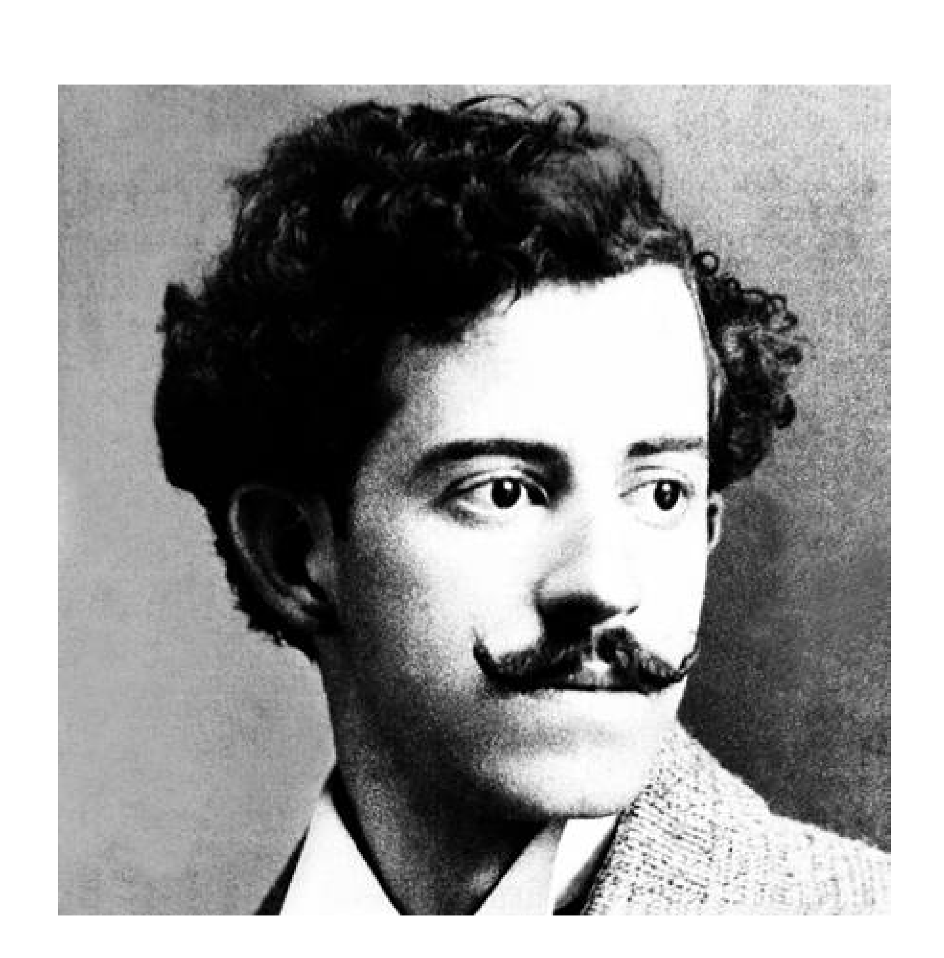
José Asunción Silva: **Obra completa**, edición crítica coordinada por Héctor Orjuela, Madrid, 1990. Enrique Santos Molano: **El corazón del poeta**, Bogotá, 1992.

## Una noche

Una noche,
una noche toda llena de perfumes, de
murmullos y de músicas de alas,
una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y
húmeda las luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mi ceñida, toda,
muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
por la senda que atraviesa la llanura florecida
caminabas,
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y
profundos esparcía su luz blanca
y tu sombra
fina y lánguida,
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban
y eran una
y eran una
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!...

Esta noche
solo, el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma, por la sombra,
por el tiempo y la distancia,
por el infinito negro

donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba,
y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida
y el chillido
de las ranas...
¡Sentí frío, era el frío que tenían en la alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas!
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada...
Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
¡iba sola por la estepa solitaria!
Y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de perfumes, de
murmullos y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella...
¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan
con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las
noches de tristezas y de lágrimas!



## Guillermo Valencia

*1873-1943*

Guillermo Valencia descendía de un peninsular que fabricaba monedas bajo el reinado de Carlos III, cuyo hijo —Pedro Agustín de Valencia— recibió título de Conde bajo Carlos IV. Hizo sus primeros estudios en el seminario de Popayán, donde parece haber leído, en sus lenguas originales, a Anacreonte, Juan Crisóstomo, Tertuliano, Jerónimo, Virgilio, Horacio, Ovidio y un buen número clásicos franceses.

A los diecinueve ingresó a la facultad de filosofía y letras, donde urdió un discurso sobre *La iglesia en la Edad Media*, y comenzó a militar en el partido conservador, «por la influencia de cuarenta generaciones de antepasados». A los veinte fue nombrado Secretario de la Prefectura, iniciando así una larga carrera de empleado público, que lo llevó a ser Secretario de Hacienda del Cauca, Secretario de Rafael Reyes, Representante a la Cámara, Primer Secretario de las Legaciones de Colombia en Francia, Suiza y Alemania, Jefe de la Sección Tercera de Crédito Público de la Tesorería, Secretario de Educación de Cundinamarca, Jefe Civil y Militar del Cauca, Gobernador del Cauca, Representante de Colombia ante la Tercera Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, Senador por Nariño, Candidato a la Presidencia en dos ocasiones, Representante de Colombia ante la Cuarta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile, Miembro de la Comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores, Miembro de la Comisión que firmó el Tratado de Paz entre Colombia y Perú en Río de Janeiro, y Miembro del Consejo de Defensa Nacional.

La vida de Valencia transcurrió, desde su llegada a Bogotá en 1895, en los llamados salones de la República Conservadora de Rafael Reyes, Ramón González Valencia, Carlos E. Restrepo, José Vicente Concha, Marco Fidel Suárez, Jorge Holguín, Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez, donde las drogas heroicas y los paraísos artificiales fueron moneda corriente entre la élite social y gobernante. Llegó «admirando rabiosamente a Silva» y conoció a Baldomero Sanín Cano, quien sería su amigo de toda la vida y le hizo conocer a France, Zola o Hofmannsthal, autores muy ignorados por los intelectuales colombianos de su tiempo.

A los veintitrés fue empujado al parlamento para que combatiera a Uribe Uribe. Luego partió a Europa, donde asistió a la facultad de letras de la Sorbona, al Instituto de Francia y a la Escuela Libre de Ciencias Políticas. En París conoció a Darío y a Wilde, y se consagró a comprar y enviar armas para la guerra [de los Mil Días] que estaba en marcha en Colombia: «en el curso de un mes —dice Alfredo Duarte French—, remitió 60.000 fusiles y 9'000.000 de cartuchos. Los mismos que sirvieron para alimentar el fuego de la batalla de Palonegro, quizá en la que más se ha vertido sangre hermana.»

A los veintiocho, como jefe civil y militar del viejo Cauca, condujo, en 1901, una de las más violentas campañas represivas de que tengan memoria las tierras del Valle, Nariño, parte de Caldas, Chocó y Cauca. Tal fue su entusiasmo, que la salud se le quebrantó y tuvo que retirarse de la política por un año, para regresar a Bogotá en 1903 como representante a la Cámara.

A pesar de todas estas pruebas de fidelidad a las ideas de su partido, y sus irrestrictos servicios a la causa reaccionaria, Valencia no pudo contar con el apoyo de los jefes conservadores y eclesiásticos para llegar a la presidencia, con lo cual soñó hasta el último momento. Ese fue el sufrimiento de su vida. La gloria, como lo entendían los romanos, era vana sin el poder. Pasó sus últimos años cazando, y oponiéndose, violentamente, a las reformas agrarias de López Pumarejo. Según María Mercedes Carranza:

> Su posición de señor feudal cobra relieve en la lucha implacable que sostuvo contra los indios paeces que ocupaban los resguardos del Cauca. Gonzalo Castillo, quien ha recopilado los escritos de Quintín Lame, da algunos datos que permiten conocer cuál fue la actitud de Valencia al respecto. A comienzos del siglo, feudatarios de esa región, que pertenecían a una clase agraria y social de espíritu colonizador y expansionista, la emprenden contra los resguardos con el fin de apoderarse de las tierras que los integran y lo hacen al amparo de la ley. El más emprendedor de estos terratenientes es el suegro de Valencia, Ignacio Muñoz. Para oponerse al despojo, surge el líder indígena Lame, quien crea un principio de resistencia entre las comunidades. Quintín Lame [(1)] es perseguido y encarcelado. Valencia será su principal enemigo. No contento con vejarlo y golpearlo públicamente, solicitó para él el destierro.

La primera edición de *Ritos* apareció en Bogotá en 1899. Con este libro Valencia dio altura a un tono que Darío había encontrado tedioso tras la apoteosis de *Prosas profanas* en 1896. No es posible decir que Valencia supere al Darío rococó de *Era un aire suave*, ni al cosmopolita de *Divagación*, ni al mitólogo de *Coloquio de los Centauros*, ni al medievalista de *Sonatina* o *Cosas del Cid*, ni al simbolista de los cisnes emblemáticos de *Blasón*. Pero el brillo, la sonoridad del verso, la maravilla de los artificios adquieren en la voz de Valencia un temple de sombra

---

1. Manuel Quitín Lame [Popayán, 1880-1967] nació en la hacienda Polindara y murió en un resguardo del Tolima. Autodidacta, se hizo experto en códigos, leyes e historia de los naturales colombianos, por sus saberes fue conocido como el Doctor Quintino, y litigó en las altas cortes contra los atropellos de los terratenientes y agentes del estado. Por ese motivo sufrió toda clase de atropellos, desde una violación a su hermana, el asesinato de sus hermanos, más de cien detenciones, la prohibición a la libre circulación, y fue acusado de vago, sedicioso, instigador y sospechoso de crímenes. El 29 de enero de 1915 preparó un levantamiento general que fracasó y lo llevó a la cárcel. En julio de 1916 centenares de indígenas tomaron la población de Paniquitá y dos meses más tarde, con más de 1.500 nativos, Lame entró a Inzá y ordenó ocupar las tierras del municipio. En 1917 los liberales le ofrecieron un escaño en la Asamblea del Cauca, pero fue arrestado y de nuevo quedó tras las rejas. Después de purgar una pena de cuatro años, continuó su movimiento en el Huila. El 1 de mayo de 1921 masacraron a 17 indígenas en una manifestación en Coyaima y meses después asesinaron a otros 18 seguidores en Llanogrande. Los alcaldes detenían a Quintín sin motivo, lo privaban de alimentos y le cortaban sus largos cabellos para ridiculizarlo. El pensamiento de Lame está en su libro *El pensamiento del indio que se educó en las selvas colombianas*.



Antonio García y Quintín Lame en 1943

que fascina. Valencia poeta murió en 1914, pero estaba agonizando al llegar el siglo XX. El resto de su obra, exceptuando el medio centenar de poemas escritos antes de la edición londinense, son versiones a granel de idiomas que, parece, no conocía. Hay una tragedia secreta en esos cientos de versiones, como si agotado por los compromisos políticos y morales, hubiese usado de otros para decir lo que quería; qué duda cabe que muchas son espléndidas, verdaderas traiciones a los textos originales. *Ritos* es uno de los más bellos libros de nuestras literaturas.

Imposible saber qué habría sido Valencia si sus ideas hubiesen partido del último Silva. Lo cierto es que cuando dio con Sanín se aficionó por Zaratustra. Allí encontró «una cantera milagrosa —según Rafael Maya—, de donde sacó siempre epigramas para sus poemas y citas para sus discursos.» Valencia vio en Nietzsche una doctrina que sustentaba las aspiraciones de una nueva clase, bastarda para el feudalismo.

No es de extrañar, entonces, que *Ritos* se abra con un homenaje a un Silva de salón, angustiado y aristocratizante. A pesar de buscar cobijo en la torre de marfil, donde todo es frialdad y ni el mal, ni el bien, ni el dolor ni la pasión conmueven la belleza, el poeta sabe que su condición es dolorosa: está separado, no hay para él, como para *Los camellos*, lugar donde saciar la sed de felicidad, carne o paz.

Contrario a lo que suele pensarse, la poesía de Valencia es un testimonio de su tiempo, mejor sería decir, de las contradicciones que vivía un grupo social partidario de cambios radicales en la mente, pero esclavizado y mudo ante la necesidad de subsistir, de comer. En el fondo, los asuntos de Flórez y Valencia se tocan en varias convergencias, rompiéndose en paralelas de tonalidad y visión del mundo. Valencia es operático mientras Flórez es folklore. Los asuntos de Valencia son también tristes, melancólicos, rara vez felices.

Sus tres poemas mayores van y vienen entre la pasión y la fe, sea unas veces la carne y la religión, o las fuerzas sociales y su choque con las concepciones políticas. *Palemón el Estilita* y *San Antonio y el centauro* son el drama guerrero entre la ideología y el deseo. El primero

es el único de sus poemas donde la carne vence a la fe. Valencia goza verbalmente en este poema con una lubricidad ejemplar. La descripción de la tentación, en carne de mujer, es originalísima.

Un diálogo entre paganismo y cristianismo, felicidad y tristeza, fuerza y debilidad, donde el último vence, es *San Antonio y el centauro*. El mundo de Grecia y Roma quiere vencer a Jesús en Antonio, pero contrario a los sucesos del mundo literario de comienzos de siglo XX, donde lo moderno vence a lo clásico, Valencia decide tomar el camino de la Edad Media, y por ello el texto resulta una apología de lo extemporáneo, una especie de poema medieval que no pudo ser concebido por la Edad Media. Aquí está el abismo que separó a Valencia de Darío.

Y a pesar de tantas pifias y tropelías políticas e ideológicas, es Guillermo Valencia, bien contado, el más grande poeta y *artífice* que haya nacido en estas tierras de horror. Nadie como él oyó la música celeste de la poesía, nadie como él sintió en carne viva el dolor de ser artista y el sufrimiento de la vida. «En un momento dado —ha dicho Cobo Borda— Valencia fue la poesía. Por eso hoy está vivo y nosotros también estamos vivos recordándolo. Una prueba más, si hiciese falta, de cómo Colombia, a través de su poesía, resiste y perdura.»

**Bibliografía de Guillermo Valencia**

**Catay**, Bogotá, 1929. **Obra poética completa**, Madrid, 1948. **Poesías**, Bogotá, 1898. **Ritos**, Londres, 1914. **Sus mejores poemas**, Madrid, 1926.

**Bibliografía sobre Guillermo Valencia**

Alfredo Duarte French: **Guillermo Valencia**, Bogotá, 1973. Baldomero Sanín Cano: *Guillermo Valencia*, en **El oficio de lector**, Caracas, 1977. Benigno Acosta Polo: **La poesía de Guillermo Valencia**, Barranquilla, 1965. Hernán Torres: **Estudios sobre Guillermo Valencia**, Cali, 1976. J.G. Cobo Borda: *Guillermo Valencia: tres imágenes*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2003. María Mercedes Carranza: *Valencia y el modernismo*, en **Estravagario**, nº 9, Cali, marzo 23 de 1975. Pedro Henríquez Ureña: *Guillermo Valencia*, en **Boletín de la Academia Argentina de Letras**, t. XI, nº 43, Buenos Aires, julio-septiembre, 1943. Rafael Maya: *Guillermo Valencia*, en **Obra crítica**, tomo II, Bogotá, 1982. Rufino Blanco Fombona: *Guillermo Valencia*, en **El modernismo y los poetas modernistas**, Madrid, 1929. Sonja Karsen: **Guillermo Valencia, Colombian Poet**, New York, 1951.Tomás Vargas Osorio: *Guillermo Valencia ante la crítica moderna*, en **Obras**, Bucaramanga, 1990.

## Cigüeñas blancas

De cigüeñas la tímida bandada
recogiendo las alas blandamente,
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente;

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte bajo la cúpula radiante
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante.

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías,
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos
el abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro unidos.

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando el sol se despereza,
las lentas agonías de lo Blanco.

Con la veste de mágica blancura,
con el traje de lánguido diseño,
semeja en el espacio su figura
el pálido estandarte del Ensueño.

Y si, huyendo la garra que la acecha,
el ala encoje, la cabeza extiende,
parece un arco de rojiza flecha
que oculta mano en el espacio tiende.

A los fulgores de sidérea lumbre,
en el vaivén de su cansado vuelo,
fingen, bajo la cóncava techumbre,
bacantes del azul ebrias de cielo...
*
Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de sus mejores días.

Y restauro del mundo los abriles
que ya no volverán, horas risueñas
en que ligó sus ansias juveniles
al lento crotorar de las cigüeñas.

Ora dejando las heladas brumas,
a Grecia piden su dorado asilo;
ora baten el ampo de sus plumas
en las fangosas márgenes del Nilo.

Ya en el Lacio los cármenes de Oriente
olvidan con sus lagos y palmares
para velar en éxtasis ardiente
al Dios de la piedad en sus altares.

Y junto al numen que el romano adora
abre las alas de inviolada nieve;
en muda admiración, hora tras hora,
ni canta, ni respira, ni se mueve.

Y en reposo silente sobre el ara,
con su pico de púrpura encendida
tenue lámpara finge de Carrara,
sobre vivos corales sostenida.

¿Ostro en el pico y en tu pie desnudo
ostro también? ¿Corriste desalada
allá do al filo de puñal agudo
huye la sangre en trémula cascada?...

Levas las vestiduras sin mancilla
—prez en el Circo— de doncella santa,
cuando cortó la bárbara cuchilla
la red azul de su gentil garganta.
*
Todo tiene sus aves: la floresta,
de mirlos guarda deliciosos dúos;
el torreón de carcomida testa
oye la carcajada de los búhos:

la Gloria tiene el águila bravía:
albo coro de cisnes los Amores;
tienen los montes que la nieve enfría
la estirpe colosal de los cóndores;

y de lo Viejo en el borroso escudo
—reliquia de volcado poderío—
su cuello erige en el espacio mudo
ella, ¡la novia lánguida del Frío!

La cigüeña es el alma del Pasado,
es la Piedad, es el Amor ya ido;
mas su velo también está manchado
y el numen del candor, envejecido...

¡Perlas, cubrid el ceñidor oscuro
que ennegrece la pompa de sus galas!
¡Detén, Olvido, el oleaje impuro
que ha manchado la albura de sus alas!
*
Turban sus vuelos la voluble calma
del arenal —un cielo incandescente—,
y en el dorado límite, la palma
que tuesta el rojo luminar: ¡Oriente!

Tú que adorabas la cigüeña blanca,
¿supiste su virtud? Entristecida
cuando una mano pérfida le arranca
su vagarosa libertad, no anida.

Sacra vestal de cultos inmortales
con la nostalgia de su altar caído,
se acoge a las vetustas catedrales
y entre sus grietas enmaraña el nido;

abandona las húmedas florestas
para buscar las brisas del verano,
y remonta veloz llevando a cuestas
el dulce peso de su padre anciano.

Es la amiga discreta de Cupido,
que del astro nocturno a los fulgores,
oye del rapazuelo entretenido
historias de sus íntimos amores:

con la morena de ceñida boca,
altos senos, febril y apasionada,
que exangües manos y mirar de loca
que enerva como flor emponzoñada;

o con la niña de pupilas hondas
—luz hecha carne, ¡floración del cielo!...—,
que al viento esparce las guedejas blondas
y es la carnal animación del hielo;

con la rubia de cutis perla y grana,
semítica nariz y azul ojera,
que parece, al través de su ventana,
casta virgen de gótica vidriera...
*
Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas,
con sus ojos que buscan el Oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la Quimera,
atraviesan en mística bandada
en busca de amorosa Primavera:

y no ven cual los pálidos cantores
—más allá de los agrios arenales—,
gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de Abril, las noches invernales.

Encarnecida raza de proscritos,
la sien quemada por divino sello;
náufragos que perecen dando gritos
entre faros de fúlgido destello.
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Si pudiesen, asidos de tu manto,
ir, en las torres a labrar el nido;
si curase la llaga de su canto
el pensamiento de futuro olvido;

¡ah!, si supiese que el soñado verso,
el verso de oro que les dé la palma
y conquiste, vibrando, el universo,
¡oculto muere sin salir del alma!

Cantar, soñar..., conmovedor delirio,
deleite para el vulgo; amargas penas
a que nadie responde; atroz martirio
de Petronio cortándose las venas...

¡Oh poetas! Enfermos escultores
que hacen la forma con esmero pulcro,
¡y consumen los prístinos albores
cincelando su lóbrego sepulcro!

Aves que arrebatáis mi pensamiento
al limbo de las formas; divo soplo
traiga desde vosotras manso viento
a consagrar los filos de mi escoplo:

amo los vates de felina zarpa
que acendran en sus filos amargura
y lívido corcel, mueven el arpa,
a la histérica voz de su locura.

Dadme el verso pulido en alabastro,
que, rígido y exangüe, como el ciego
mire sin ojos para ver: un astro
de blanda luz cual cinerario fuego.

¡Busco las rimas en dorada lluvia;
chispa, fuentes, cascada, lagos, ola!
¡Quiero el soneto cual león de Nubia:
de ancha cabeza y resonante cola!
*
Como el oso nostálgico y ceñudo,
de ojos dolientes y velludas garras,
que mira sin cesar el techo mudo
entre la cárcel de redondas barras,

esperando que salte la techumbre
y luz del cielo su pestaña toque;
con el delirio de subir la cumbre
o de flotar en el nevado bloque:

del fondo de mi lóbrega morada,
coronado de eneldo soporoso,
turbia la vista, en el azul clavada,
alimento mis sueños, como el oso;

y digo al veros de mi reja inmota
pájaros pensativos de albas penas:
quién pudiera volar a donde brota
la savia de tus mármoles. Atenas.
*
De cigüeñas la tímida bandada,
despegando las alas blandamente,
voló desde la torre abandonada
a la luz del crepúsculo creciente,

y saludó con triste algarabía
el perezoso despertar del día;
y al esfumarse en el confín del cielo,
palideció la bóveda sombría
con la blanca fatiga de su vuelo...

## Los camellos

*Lo triste es así…* Peter Altenberg

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos al pie de las cisternas.

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturno por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del desierto: prestoles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros, que esculpe la Quimera,
¡sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge

Dijeron la Pirámides que el viejo sol rescalda:
"Amamos la fatiga con inquietud secreta...",
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce,
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles,
alegran las miradas del rey de la fatiga:

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas
¡sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la Llanura vasta
que vais llevando a cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge, novios de la Palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas;
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome —camello que cabalgó el Excidio [(1)] ...—
¡Cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las olas grises de lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente:

y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre,
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

---

1. Destrucción, ruina, asolamiento.

## Palemón el Estilita

Palemón el Estilita, sucesor del viejo Antonio,
que burló con tanto ingenio las astucias del demonio,
antiquísima columna de granito
se ha buscado en el desierto por mansión,
y en un pie sobre la stela
ha pasado muchos días
inspirando a sus oyentes
el horror a las judías
que endiosaron, ¡Dios del Cielo!,
que endiosaron a una hermosa
de la vida borrascosa,
que llamaban Herodías.

Palemón el Estilita «era un santo». Su retiro
circuían mercadantes de Lycoples y de Tiro,
judaizantes de apartadas sinagogas
que anhelaban de sus labios escuchar
la palabra de consuelo,
la palabra de verdad
que nos salve del castigo
y de par en par el Cielo
nos entregue; solo abrigo
contra el pérfido enemigo
que nos busca sin cesar
y nos tienta con el fuego de unos ojos
que destellan bajo el lino de una toca,
con la púrpura de frescos labios rojos
y los pálidos marfiles de una boca.
Al redor de la columna que habitaba el Estilita,
como un mar efervescente, muchedumbre ingente agita
los turbantes, los bastones y los brazos
y demanda su sermón al solitario
cuya hueca voz de enfermo

fuerzas cobra ante la mies
que el Señor ha deparado
a su hoz, y cruza el yermo
que turbaron otros tiempos los timbales de Ramsés.

Y les habla de las obras de piedad y sacrificio,
de las rudas tentaciones del Apóstol, y del vicio
que llevamos en nosotros, del ayuno y el cilicio,
del vivir año tras año con las fieras
bajo rotos quitasoles de palmeras;
y les cuenta lo que es sed y lo que es hambre,
lo que son las noches cálidas de Libia,
cuando bulle de planetas un enjambre,
y susurra en las palmares la aura tibia,
que provocan en el ánimo cansado
de una vida muerta y loca
los recuerdos tormentosos
que en los días pesarosos,
que en los días soñolientos
de tristezas y de calma
nos golpean en el alma
con sus mágicos acentos
cual la espuma débil
toca
la cabeza dura y fría
de la roca.

De la turba que le oía
una linda pecadora
destacóse: parecía
la primera luz del día,
y en lo negro de sus ojos
la mirada tentadora
era un áspid: amplia túnica de grana
dibujaba las esferas de su seno;

nunca vieron los jardines de Ecbatana
otro talle más airoso, blanco y lleno;
bajo el arco victorioso de la cejas
era un triunfo la pupila quieta y brava,
y, cual conchas sonrosadas, las orejas
se escondían bajo un pelo que temblaba
como oro derretido:
de sus manos, blancas, frescas,
el purísimo diseño
semejaba lotos vivos
de alabastro,
irradiaba toda ella
como un astro:
era un sueño
que vagaba
con la turba adormecida
y cruzaba
—la sandalia al pie ceñida—
cual la muda sombra errante
de una sílfide,
de una sílfide seguida
por su amante.

Y el buen monje
la miraba,
la miraba,
la miraba,
y, queriendo hablar, no hablaba,
y sentía su alma esclava
de la bella pecadora de mirada tentadora,
y un ardor nunca sentido
sus arterias encendía,
y un temblor desconocido
su figura
larga

y flaca
y amarilla
sacudía;
¡era el amor! El monje adusto
en esa hora sintió el gusto
de los seres y la vida;
su guarida
de repente abandonaron
pensamientos tenebrosos
que en la mente
se asilaron
del proscrito
que, dejando su columna
de granito,
y en coloquio con la bella
cortesana,
se marchó por el desierto
despacito...
a la vista de la muda,
¡a la vista de la absorta caravana!...



## Luis Carlos López

*1879-1950*

Lo primero que veían los viajeros que llegaban por barco a Cartagena a finales del siglo XIX eran tres gigantescos fuertes coloniales reducidos a ruinas, y al pasar por Tierra Bomba, los cientos de leprosos que habitaban la «Ciudad de Oro».

Según Charles Saffray, lo que más llamaba la atención al llegar era la elevada muralla de plataformas que «recordaba los muros de Babilonia», donde podían correr hasta seis carros de frente.

Cartagena, que había gozado de las glorias y miserias del imperio español, ahora era un montón de escombros. Una masa de cieno invadía el puerto donde se aventuraban las chalupas que reemplazaron los barcos de gran calado. Al pie de las murallas pululaban los caimanes, las iguanas, los búhos y los murciélagos. Las últimas joyas coloniales que adornaron las murallas, sus inmensos cañones, habían sido vendidas a la nueva república del norte por «ciento veinte mil piastras».

Poco sería lo que habría de cambiar hasta bien entrado el siglo XX. Todavía en 1930 vivía un estado de gracia que le procuraban las casonas solemnes, la piedra sarnosa de las murallas, el adoquinado de las calles, las digestiones adormecedoras y los seminaristas que jugaban a la «gallina ciega» en la plaza de Santo Domingo.

> La del manso rebaño —con la estigmatizada excepción de tres o cuatro ovejas negras –dice Antonio J. Olier— que el arzobispo Pedro Adán Brioschi pastoreaba con su talante de encomendero y al que piadosamente proveía de recursos de emergencia en las oficinas de agio que tenía montadas en las goteras del arzobispado.

Luis Carlos Bernabé del Monte Carmelo López Escauriaza [Cartagena, 1879-1950] nació en el hogar de un comerciante y un ama de casa que tuvieron doce hijos. Hizo estudios de bachillerato, de dibujo y de pintura, así como de medicina en la Universidad de Cartagena, interrumpidos al estallar la Guerra Civil de los Mil Días, cuando quiso militar en las filas de Rafael Uribe Uribe, pero antes de participar en batalla alguna fue puesto preso y devuelto a casa. En 1909 viajó a Bogotá, «el único viaje que hizo a la capital», parece que enviado por su padre a asuntos de negocios.

En ese mismo año, como le sucedió a Silva, a López tiene que dedicarse al comercio. La tienda, de la cual era socio, se llamaba «Bernardo López e Hijo». A la muerte del padre cambiaría la razón social a «López Hermanos». Ser tendero era, en un país sometido, en el reparto imperialista a la agricultura, el mejor negocio posible.

En esa tienda López hacía tertulia con sus amigos y leyó, entre encurtidos y jamones, a sus autores preferidos: Unamuno, Machado y Ortega. La vida de tendero duró varios años, hasta que ante sucesivos fracasos comerciales tuvo que dedicarse a la diplomacia y, luego, a la burocracia, empleo con que el estado colombiano ha pagado a ciertos escritores.

Pasados los años de la dictadura de Reyes y tras la llegada de los Republicanos al poder, con Carlos E. Restrepo, López se aventuró en política y en el periodismo. Fundó La Unión Comercial y se postuló como candidato a la Cámara de Representantes.

El Republicanismo fue una coalición de la oligarquía a fin de reformar el sistema político. Su principal contribución fue la firma del tratado Urrutia Thompson, el 6 de abril de 1914, que pretendía ofrecer reparación moral a Colombia por la pérdida de Panamá y compensaba

al país con 25'000.000 de dólares. Así se reanudaron las relaciones formales con los Estados Unidos, dando gusto a una burguesía que no tuvo el menor reato en esperar siete años, entre 1914 y 1921, cuando el tratado fue aceptado por el Congreso de los Estados Unidos.

Después de estos fracasos políticos y comerciales la vida de López se hizo monótona. Fue director de la imprenta departamental de Bolívar; Abadía Méndez lo nombró cónsul en Múnich y Eduardo Santos le hizo conceder otro cargo diplomático en Baltimore.

Publicó cuatro libros: *De mi villorrio* [1909], *Posturas difíciles* [1909], *Varios a varios* [1910] y *Por el atajo* [1920], casi todos en España. En ellos la tierra caliente es el sitio más aburrido del mundo; las noches llegan cansadas, bostezando; el mar es un viejo bilioso, las aspas del molino cabecean neurasténicas y los bueyes caminan atacados de melancolía. En otros poemas esboza al barbero, el alcalde, el juez, las abuelas y las tías, el poeta, el cura, o los alimentos como el bollo limpio, o la flora y la fauna, etc., irónicos retratos de costumbres, personajes y cosas como en esta *Visión inesperada*, que más que un faro parece un falo:

> Pasamos a unos metros de un islote
> que sobresale con
> la indolencia sensual del hotentote.
> No hay una brizna de vegetación.
>
> ¿De quién será este lote
> de piedra, esta senil aberración
> de los siglos? En vano es el azote
> del mar contra la flema del peñón.
>
> Luce un faro que tiene
> la burda forma de un erecto pene
> fenomenal. Tal vez
>
> medita en el amor este rapado
> terruño acantilado,
> ¡solo en su candorosa desnudez!

Un López humorista más que satírico, cuyas acuarelas y siluetas han perdido en luminosidad y trazo para ganar en caricaturismo y aflicción.

La temática de López puede resumirse, entonces, en poemas lugareños, a la acuarela; retratos de personajes, al carbón, y poemas costumbristas. Una obra que da la sensación de haber sido escrita circunstancialmente, como poemas de ocasión.

El tono de sus mejores poemas es satírico. Ese *humor*, el carácter de López, determina su poesía. Todo lo que describe y retrata está cargado de una risa burlona, irónica. Para López las cosas no parecen tener un valor más que burlesco, y tanto paisaje, patria o ideología no merecen otra cosa que ser víctimas del sarcasmo. Pero como ha dicho Gutiérrez Girardot, su guasa no es cosa distinta a una reacción conservadora y de desprecio por el «progreso» de su tiempo. Esa es la gran diferencia entre su poesía y la de los poetas españoles del 98 o López Velarde. El «tuerto» López creyó poco en lo que vio y vivió. La poesía no pudo servirle para retratar la Colombia que era víctima de su «clase» e ideología, y su contestación a la realidad que le disgustaba, menos que una protesta de la musa, como en el caso de José Asunción Silva, fue una mueca sentimental.

> Era, en sus primeros poemas —dice Cobo Borda—, fervoroso españolizante: allí asoman alquerías y pesetas; duros y molinos; mesones, pollinos y botas de vino e incluso un paisaje de Sorolla. Quizás esto explique sus chistes gruesos, pero no es el hispanismo el que alivia el reiterado tedio de sus sonetos, siempre idénticos.

**Bibliografía de Luis Carlos López**

**Obra poética**, edición crítica de Guillermo Alberto Arévalo, Bogotá, 1976.

**Bibliografía sobre Luis Carlos López**

Baldomero Sanín Cano: *Prólogo a Luis Carlos López*, en **Por el atajo**, Cartagena, 1928. Estanislao Zuleta: **La poesía de Luis Carlos López**, Medellín, 1988. James Alstrum: **La sátira y la antipoesía de Luis Carlos López**, Bogotá, 1986. Juan Lozano y Lozano: *Prólogo a Luis Carlos López*, en **Sus versos**, Medellín, 1973. Juan Zapata Olivella: *El humor en la poesía de López*, en **El Espectador**, Bogotá, 30 de junio de 1974. Nicolás del Castillo: *Apuntes sobre la poesía de Luis Carlos López*, en **Boletín de la Academia Colombiana de la Lengua**, Bogotá, n° 97, 1973. Ramón de Zubiría: *Aproximación a Luis Carlos López*, en: **Definiciones y realidades. Perspectivas sobre literatura e historia colombianas**, Bogotá, 1989.

## Soneto

Me dice usted: "Escríbame un soneto".
Y para complacerla, necesito
salir, como Argensola, del aprieto...
Vamos, ya tengo un mal cuarteto escrito.

Y haré de sopetón otro cuarteto,
pues añorando el rostro tan bonito
que luce usted, como quien salta un seto,
salto... ¡y me importa este cuarteto un pito!

Parecerá difícil que pudiera,
principiando un terceto a la ligera
finalizar el último terceto.

Pero sólo al pensar en su mirada,
noche oscura hecha flor, de una plumada
le digo a usted: aquí tiene el soneto.

## Los zapatos viejos

Noble rincón de mis abuelos: nada
como evocar, cruzando callejuelas,
los tiempos de la cruz y la espada,
del ahumado candil y las pajuelas...

Pues ya pasó, ciudad amurallada,
tu edad de folletín... Las carabelas
se fueron para siempre de tu rada...
¡Ya no viene el aceite en botijuelas!

Fuiste heroica en los tiempos coloniales,
cuando tus hijos, águilas caudales,
no eran una caterva de vencejos.

Más hoy, plena de rancio desaliño,
bien puedes inspirar ese cariño
que uno le tiene a sus zapatos viejos...

## Varillazo

La pena desigual de mi bolsillo
que no porta ni un céntimo, me fija
la obsesión de llegar a ser un pillo
si no quieres hacerte a la sortija

que ahí te voy a mandar: es un anillo
que finge una pequeña lagartija
con dos ojos... Verás que por el brillo
de sus ojos no es una baratija.

Porque tú, gran pintor, músico, aeda
y un famoso industrial, que no se hospeda
sino en la magnitud de sus ingresos,

bien me puedes mandar —pero no a trueque
de la sortija— un apreciable cheque
por una suma de unos cuantos $...

## Tedio de la parroquia

La población parece abandonada,
dormida a pleno sol.
—¿Y qué hay de bueno?
Y uno responde bostezando:—¡Nada!

¡Ni una sola ilusión inesperada,
que brinde ameno rato! ...
Es un sereno vivir este
vivir siempre a plomada.

Porque ¡ay! no surge un acontecimiento
sensacional. Apenas un detalle
y eso de vez en cuando, en la infinita

placidez lugareña: hoy no hace viento,
y andan únicamente por la calle
cuatro perros detrás de una perrita.



## Porfirio Barba Jacob

*1883-1942*

Considerado por los liberales colombianos uno de sus grandes poetas, quizás porque vida y obra celebraron todo lo que ellos habrían querido ser: trashumantes, mentirosos, tramposos, falsarios, drogadictos, transexuales, etc., Miguel Ángel Osorio Benítez [Santa Rosa de Osos, 1883-1942] o Porfirio Barba Jacob, o Marín Jiménez, o Juan Sin Miedo, o Ricardo Arenales, o Juan Sin Tierra, o Juan Azteca, o Junius Cálifax, o Almafuerte, o El Corresponsal Viajero, etc., es hoy un escritor inclasificable y confuso, así mucha de la crítica del siglo pasado haya insistido en su momento como poeta.

> Era delgado, moreno, aindiado, terroso, de aire meditabundo, de vértices y vórtices, entre cetrino y asfalto —escribió Luis Cardoza y Aragón— literario hasta la indecencia, con algo de cadáver viviente de luz y de vileza. Todo él fue un supositorio, una almorrana, un fruto ácido. Su rostro, de burócrata de funeraria, de emisario de la fatalidad; rostro laminado, que más así lo veía por la nariz aquilina desplomada sobre la boca infecta, que resistía con dificultad el hongo venenoso de un sonreír inseguro y equino. Había demencia en los ojos de esta centaura tenebrosa que escribió "Los desposados de la muerte". Parecían suspensorios sus ojeras de tan abajo que caían. Su pensamiento emanaba hedor de carroña, de azufre de botica. Escuchando la amargura de sus atrocidades y agudezas, vislumbraba su deseo de inventar con la mierda una teología.

> Untuosa, solemne columna salomónica de mayonesa oscura, que ganó su existencia, cínica y triste, escribiendo decenas de millares de páginas anónimas en diarios, con la orientación que le pagasen.

Según Fernando Vallejo, estos cambios de nombre y vagar por tierras de América fueron un espejo de su inconstancia. Con una pareja de serenateros tomó un buque que lo llevó a Costa Rica, Jamaica, Cuba y luego a México, donde en Monterrey fundó una de las revistas literarias más célebres del modernismo. En un periódico de gran tiraje atacó el porfirismo y fue puesto en prisión durante seis meses, de donde salió con la revolución. Colaboró entonces con otros diarios y fundó otros. Con el seudónimo de Emigdio Paniagua publicó *El combate de la ciudadela narrado por un extranjero*, sobre los sucesos sangrientos que siguieron al crimen del presidente Francisco Madero. Tuvo que huir por defender el régimen derrocado de Porfirio Díaz y sus ataques a Carranza y Villa, se refugió en Guatemala donde Rafael Arévalo, e inspirándose en él escribió *El hombre que parecía un caballo*. Por negarse a colaborar con Manuel Estrada Cabrera fue a Cuba, donde escribió sus más conocidos poemas. Para 1916 estaba en New York y desde allí fue a La Ceiba, en la costa hondureña donde fundó otro diario. Luego El Salvador, el mismo día del terremoto que destruyó la ciudad y de regreso en México escribió una biografía de Pancho Villa, en la que lo glorificaba y de la cual no hay copia alguna a pesar de haber vendido veinte mil ejemplares. Se dedicó entonces a escribir crónicas pavorosas y sensacionalistas como *Los fenómenos espiritistas en el Palacio de la Nunciatura*, de los que era actor y donde aparecía en dibujos macabros de calaveras y manos de esqueletos apresando un edificio que iba a ser la residencia del nuncio apostólico, pero se convirtió en la sede de las orgías del poeta, dedicado al culto de la marihuana, que aparece de pasada en su poema *El son del viento:*

> El son del viento en la arcada
> tiene la clave de mí mismo:
> soy una fuerza exacerbada
> y soy un clamor de abismo.
> Entre los coros estelares

oigo algo mío disonar.
Mis acciones y mis cantares
tenían ritmo particular.
Vine al torrente de la vida
en Santa Rosa de Osos,
una medianoche encendida
en astros de signos borrosos.
Tomé posesión de la tierra,
mía en el sueño y el lino y el pan;
y, moviendo a las normas guerra,
fui Eva... y fui Adán.
Yo ceñía el campo maduro
como si fuera una mujer,
y me enturbiaba un vino oscuro de placer.
Yo gustaba la voz del viento
como una piñuela en sazón,
y me la comía... con lamento
de avidez en el corazón.
Y, alígero esquife al día,
y a la noche y al tumbo del mar,
bogaba mi fantasía
en un rayo de luz solar.
Iba tras la forma suprema,
tras la nube y el ruiseñor
y el cristal y el doncel y la gema del dolor.
Iba al Oriente, al Oriente,
hacia las islas de la luz,
a donde alzara un pueblo ardiente
sublimes himnos a lo azul.
Ya, cruzando la Palestina,
veía el rostro de Benjamín,
su ojo límpido, su boca fina
y su arrebato de carmín.
O de Grecia en el día de oro,
do el cañuto le daba Pan,
amaba a Sófocles en el Coro
sonoro que canta el Peán.

O con celo y ardor de paloma
en celo, en la Arabia de Alá
seguía el curso de Mahoma
por la hermosura de Abdalá:
Abdalá era cosa más bella
que lauro y lira y flauta y miel;
cuando le llevó una doncella
¡cien doncellas murieron por él!
... Mis manos se alzaron al ámbito
para medir la inmensidad;
pero mi corazón buscaba ex-ámbito
la luz, el amor, la verdad.
Mis pies se hincaban en el suelo
cual pezuña de Lucifer,
y algo en mí tendía el vuelo
por la niebla, hacia el rosicler...
Pero la Dama misteriosa
de los cabellos de fulgor
viene y en mí su mano posa
y me infunde un fatal amor.
Y lo demás de mi vida
no es sino aquel amor fatal,
con una que otra lámpara encendida
ante el ara del ideal.
Y errar, errar, errar a solas,
la luz de Saturno en mi sien,
roto mástil sobre las olas en vaivén.
Y una prez en mi alma colérica
que al torvo sino desafía:
el orgullo de ser, ¡oh América!
el Ashaverus de tu poesía...
Y en la flor fugaz del momento
querer el aroma perdido,
y en un deleite sin pensamiento
hallar la clave del olvido;
después un viento... un viento... un viento...
¡y en ese viento, mi alarido!

Durante unos meses dirigió la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, de donde lo echaron Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón, y volvió a Guatemala. Expulsado por Ubico retornó a El Salvador, de donde lo sacó Alfonso Quiñones. Fungiendo de cura predicó en las plantaciones bananeras de Honduras, fue a New Orleans y otra vez a Cuba, y se vinculó esta vez con los comunistas Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. En Lima se hizo vocero de Augusto Bernardino Leguía, otro tirano, que lo repatrió a Colombia, y por Buenaventura ingresó a la patria luego de veinte años de errar. Durante tres años vivió de recitar sus poemas en teatros de pueblos y oficinas de alcaldías o haciendo periodismo hasta cuando tomó de nuevo un navío que lo llevó a La Habana, y allí conoció a Federico García Lorca. En 1930 ya estaba otra vez en México, donde escribió para Ultimas Noticias crónicas consideradas hoy obras maestras. Su obra fue recogida en vida en tres ocasiones: *Rosas negras*, 1932 y en Guatemala, bajo la dirección de Arévalo Martínez; *Canciones y elegías*, 1933 y en México, al cuidado de Renato Leduc, Edmundo O'Gormann y Justino Fernández; y *La canción de la vida profunda y otros poemas*, dirigida por Juan Bautista Jaramillo Meza, 1937, en Manizales. Tuberculoso, alcoholizado, pobre y adicto a la yerba maldita, tras recibir la confesión y los santos óleos, falleció en un pisito frio y desnudo en la más absoluta miseria.

Basta considerar buena parte de la terminología más frecuente en sus setenta y cinco textos, para sentir cómo toda esa enciclopedia de sus sentimientos y maneras de ver, o casi todo y ya es mucho decir, está más que olvidada y bajo tierra: acuarimántimas, acíbares, ámbares ponentinos, auri-azulinos, alabastros, alcores, ambarinos, ambrosías, arcanos, bálsamos, brisas ligeras, brunos, caudas, carbunclos, cerúleos, cetrinos, clámides, estelíferas, celajes, diadiemados, diamantinos, dilectos, irisados, lácteos azulinos, lampos, lauros, liras, lirios, mieles, nardos, nacarinos, númenes, lúmenes, opalinos, opresos, ortos, perlinas, plectros, plenitudes, plenilunios, perláticos, plintos, querubes, raudos, refulgentes, rielar, rosicler, silfos, soporosos, sortílegos, tules, turquís lumíneos, trémulos, trémolos, untuosos, ungüentos, ustorios, vagarosos, vesperales. «Un lenguaje desueto por completo, un lenguaje viejo, en definitiva», dice J.G. Cobo Borda. Y Rafael Gutiérrez Girardot: «Dominó el arte de decir banalidades sonoramente.» Y Eduardo

García Aguilar: «A Barba Jacob lo aplastó la leyenda, es sólo leyenda… Su poesía se hunde y sólo los lazos del mito se apiadan de ella.» Y para cerrar esta página, Hernando Valencia Goelkel: «Sea como fuere, a ese puñado de poemas ha quedado reducido el pobre Miguel Ángel Osorio. Si duran, si siguen resonando en otros oídos como hace unos años resonaban aún al entusiasmo juvenil, si dejan de resquebrajarse esas construcciones elocuentes, si sobreviven los lamentos que empiezan a sonar un poco a hueco, sobrarán entonces las exégesis y los reproches. Barba Jacob, entonces, no necesitará, ni nuestra alabanza, ni nuestra censura, ni nuestra inquisición. Ni siquiera nuestra piedad.»

**Bibliografía de Porfirio Barba Jacob**
**Poemas**, recopilación y notas de Fernando Vallejo, Bogotá, l985.

**Bibliografía sobre Porfirio Barba Jacob**
Andrés Holguín: *Porfirio Barba Jacob*, en **Antología crítica de la poesía colombiana**, Bogotá, 1974. Beatriz Cuberos: **Porfirio Barba-Jacob**, Bogotá, 1989. Delfín Acevedo: **Semblanza de Porfirio Barba-Jacob**, Bogotá, 1983. Eduardo Santa: **Porfirio Barba-Jacob y su lamento poético**, Bogotá, 1991. Fernando Vallejo: **Barba Jacob el mensajero**, México, 1984. **Cartas de Barba Jacob**, Bogotá, 1992. Gastón Baquero: *Porfirio Barba Jacob*, en **Escritores hispanoamericanos**, Madrid, 1961. Hernando Valencia Goelkel: *Destino de Barba Jacob*, en **Mito**, Bogotá, 1975. J.B. Jaramillo Mesa: **Vida de Porfirio Barba-Jacob**, Bogotá, 1972. J.G. Cobo Borda: *Porfirio Barba Jacob*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 1991. Lino Gil Jaramillo: **El hombre y su máscara**, Cali, 1952. Luis Cardoza y Aragón: **El río**, México, 1980. Manuel José Jaramillo: **Conversaciones de Barba-Jacob**, Bogotá, Suramérica, 1946. Rafael Gutiérrez Girardot: *La literatura colombiana en el siglo XX,* en **Manual de historia de Colombia**, Bogotá, 1980. **Revista del Centenario de Porfirio Barba-Jacob**, Santa Rosa de Osos, 1983. Víctor Amaya González: **Barba-Jacob, hombre de sed y ternura**, Bogotá, 1957.

## Futuro

Decid cuando yo muera... [¡Y el día esté lejano!]:
soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;
la tierra mexicana le dio su rebeldía,
su libertad, su fuerza... Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue sabio en sus abismos —y humilde, humilde, humilde—
porque no es nada una llamita al viento...

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie ha comprendido su trágico lamento...

Era una llama al viento y el viento la apagó.

## Canción de la vida profunda

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar...

Tal vez bajo otro cielo la Gloria nos sonría...
La vida es clara, undívaga, y abierta como un mar...

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en Abril el campo, que tiembla de pasión;

bajo el influjo próvido de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña obscura de obscuro pedernal;

la noche nos sorprende, con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
—¡niñez en el crepúsculo! ¡Lagunas de zafir!—

que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
¡y hasta las propias penas! nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar:

el alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver;

un día en que discurren vientos ineluctables...
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

## Balada de la loca alegría

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber y a danzar al son de mi canción...
Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.

Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.

Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.

¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!

Danzad al soplo de Dionisos que embriaga el corazón...

La Muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio: ¡polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—

a beber y a danzar al son de mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,
de Numidia ardorosa, y de toda la rosa
de los vientos que beben las águilas romanas,
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.

Danzad en deleitosos, lúbricos episodios,
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.

Flaminio, de cabellos de amaranto,
busca para Heliogábalo en las termas
varones de placer... Alzad el canto,
reíd, danzad en báquica alegría,
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.

La Muerte viene, todo será polvo:
¡polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,
polvo de Ovidio, polvo de Nerón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber y a danzar al son de mi canción...

Aldeanas del Cauca con olor de azucena;
montañesas de Antioquia, con dulzor de colmena;
infantinas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena

familiar que resguarda los más dulces panales;
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
ardorosos, baldíos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;

mozuelos de la grata Cuscatlán—¡oh ambrosía!—
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras;

entrad en la danza, en el feliz torbellino:
reíd, jugad al son de mi canción:
la piña y la guanábana aroman el camino
y un vino de palmeras aduerme el corazón.

La Muerte viene, todo será polvo:
¡polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,
polvo en la urna, y rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber —a danzar al son de mi canción...

La noche es bella en su embriaguez de mieles,
la tierra es grata en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos;
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos...

¡Que el jugo de las viñas me alivie el corazón!
A beber, a danzar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, inútil la ilusión...

## Elegía platónica

Amo a un joven de insólita pureza,
todo de lumbre cándida investido:
la vida en él un nuevo dios empieza,
y ella en él cobra número y sentido.

Él, en su cotidiano movimiento
por ámbitos de bruma y gnomo y hada,
circunscribe las flámulas del viento
y el oro ufano en la espiga enarcada.

Ora fulgen los lagos por la estría...
Él es paz en el alba nemorosa.
Es canción en lo cóncavo del día.
Es lucero en el agua tenebrosa...

## Elegía del marino ilusorio

Pensando estoy... Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van danzando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo, cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa,
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo de él cautivo, temblando, suspirando,
contra la Muerte
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la Muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?
Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de soles diademada,
y el vigor... y el amor... ¿fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!



## Claudio de Alas

*1886-1918*

Gilberto Freyre demostró en *Casa Grande y Senzala* [1933] que los africanos enajenados a América fueron más cultos que sus amos «blancos». En las *Senzalas* languidecieron médicos, poetas, estrategas, ebanistas, arquitectos, filósofos, ingenieros y sabias mujeres que transmitieron a los hijos de los explotadores el placer de los alimentos, la danza y el cuerpo. Melodías, pucheros, cama, todo delata nuestra negritud. Para muestra varios botones: Machado de Assis, Lezama Lima, Elvis Presley, Martin Luther King, Gabriel García Márquez, Frank Sinatra, Jorge Amado y, sin duda, el mismísimo biógrafo del atroz redentor Lazarus Morell.

Si a José Hernández «Matraca» debemos el gauchaje, a Bartolomé José Crespo, un gallego apodado Creto Gangá, las prosodias y sintaxis de Nicolás Guillén y Emilio Ballagas, al reinventar los lenguajes de los barracones bozales y cabildos congos, que prolongarían Palés Matos, Martán Góngora, Aimé Césaire, Pepin o Mateo Morrison.

A esa raza y estirpe pertenece Claudio de Alas [1886-1918]. Según todas las crónicas, Jorge Escobar Uribe habría nacido en Tunja, capital del estado de Boyacá, en una familia de numerosos parientes: su padre fue ingeniero de caminos; uno de sus hermanos, general, jefe del estado mayor y edecán del presidente que entregó a Panamá; otro, apodado El Cojo, senador de la república liberal, etc., y muerto, por su propia mano, en un pueblito de la Provincia de Buenos Aires, donde pasó buena parte de su adolescencia Julio Cortázar. En su bien temprana pubertad padeció la Guerra de los Mil Días, y luego viajó, parece que en calidad de exiliado político, por Ecuador, Perú, Chile y Argentina.

En Centroamérica, donde hizo parte del ejército que intentó recuperar la soberanía del Istmo, escribió para *El Imparcial;* en Chile, entre 1906 y 1916, publicó *Salmos de muerte y pecado*, *Fuego y tinieblas o el drama de la legación alemana* [Santiago de Chile, 1909], y una biografía de Arturo Alessandri, mientras que en Buenos Aires, *El cansancio de Claudio Alas, Visiones y realidades* y la novela *La herencia de la sangre* [1919].

Alas, que participó en los Juegos Florales de Chile que ganó Gabriela Mistral con los *Sonetos de la muerte* en 1914, obtuvo un accésit con un *Salmo de amor*, en castellano antiguo. Su fama de bohemio elocuente parsifaliano fue apenas comparable a su insaciable lujuria gástrica y etílica, que ejercía en *Coppola Splendid*, un restaurante donde ganó más de una vez el concurso del mayor comensal de su tiempo al ingurgitarse sin piedad más de diez platos y no pagar la cuenta.

Rendido admirador de Rubén Darío, en 1916 intervino en uno de los homenajes al cantor, e incluso llegó a murmurarse que estaba neciamente enamorado del nicaragüense [tres años antes —el 25 de enero de 1913— había escrito al idolatrado: «Poned entre las mías vuestra mano; y vos, como el Hércules; y yo, como el Efebo, a través de la ausencia y la distancia, conozcámonos.»].

El 6 de diciembre de 1917 la revista *Sucesos* anunció, con estos versos, su partida:

Abandonando el rincón
de esta urbe santiaguina,
en Alas de la ilusión
partió Claudio a la Argentina.

La Buenos Aires de Hipólito Yrigoyen poco pudo ofrecer a Claudio de Alas, que se encontró, luego de vivir del parasitismo santiaguino, con una metrópoli arrogante y exótica, donde no hubo amistad pero hervían el lujo, el champán y el crimen; el mundo cruel que retrató Enrique Santos Discépolo en *Que vachaché*:

Lo que hace falta es empacar mucha moneda,
vender el alma, rifar el corazón,
tirar la poca decencia que te queda...

Plata, plata, plata y plata otra vez...
Así es posible que morfés todos los días,
tengas amigos, casa, nombre...y lo que quieras vos.
El verdadero amor se ahogó en la sopa:
la panza es reina y el dinero Dios.

Decidió entonces refugiarse en la quinta que un pintor inglés tenía en Banfield, donde a medida que traducía *Salomé* de Oscar Wilde, conversaba con el viejo perro del pintor, que ya ni ladraba. Su último texto, titulado *Poema negro*, delata las tradiciones a que estuvo adscrito: un romanticismo tardío digno de los lectores mórbidos de Julio Flórez, su paisano, cuyos poemas, como otros de Baudelaire, Silva, Poe o Nervo, poblados de huérfanos, putas, viudas, cadáveres y pérfidas eran cantados en los camposantos de las nuevas urbes y los conventillos de Buenos Aires. *Mis flores negras*, el famoso soneto de Flórez, fue interpretado por Libertad Lamarque en uno de sus primeros filmes sonoros.

El 5 de marzo de 1918, luego de asesinar al perro, se pegó un tiro en la cabeza. El perro había pasado la tarde junto a él, con sus orejas enhiestas mientras le oía hablar solo. Murió a los 32 años. Una calle de Cuartel IX de Lomas de Zamora lleva su nombre. Nadie lo conoce en Colombia.

**Bibliografía de Claudio de Alas**

Claudio de Alas, seudónimo de Jorge Uribe Escobar: **Arturo Alessandri, su actuación en la vida [1869-1915]**, Santiago de Chile, 1915. **Fuego y tinieblas, o el drama de la legación alemana**, Santiago de Chile, 1909. **La herencia de la sangre**, Buenos Aires, [s.f.]. **Salmos de muerte**, prólogo de Tomás Gabriel Chazal, Santiago de Chile, 1916.

**Bibliografía sobre Claudio de Alas**

Arturo Escobar Uribe: *Se suicida amante imaginario de Gabriela Mistral*, **Sucesos**, Bogotá, Año I, n° 39, febrero 15 de 1957. Juan José de Soiza Reilly: **El cansancio de Claudio de Alas**, Buenos Aires, 1918. Ramón C. Correa: **Parnaso boyacense**, Tunja, 1936.

## Poema negro

Cuando moría, me enlazó en su brazo
cual un reptil de palpitante raso;
y con voz afiebrada y lastimera,
me dijo que cual última terneza,
y en recuerdo de toda su belleza,
me dejaba su blanca calavera...

Que robara a la hambrienta sepultura,
ese último jirón de su hermosura,
que una lívida amante me sería,
y en mis horas, alegres o de duelo,
su alma, descendiendo desde el cielo,
al través de sus cuencas me vería...

Pasa el tiempo... El ave silenciosa
del recuerdo voló sobre su fosa,
llamándome a cumplir aquel pedido,
que cual lúgubre flor de sus amores,
me dejó en los postreros estertores,
temerosa a los lutos del olvido.

Y era una noche. Oscuridad y viento;
la lluvia desgarrando el firmamento;
batida en sus ramajes la espesura;
los jardines tronchados y barridos;
y del mar, el estruendo y los rugidos,
resonando a lo lejos con pavura...

Ardiente el corazón, los miembros yertos,
escalé la muralla de los muertos;
y pensando en la súplica postrera
de esa lívida novia del Misterio,
me perdí en el profundo cementerio,
porque iba a robar su calavera.

Por las calles desiertas y medrosas,
buscando en los letreros de las fosas,
llegué hasta su sepulcro solitario.
El viento en los cipreses sollozaba,
y la lluvia, furiosa, me azotaba,
cual queriendo arrojarme del osario.

De una lámpara sorda, bajo el brillo,
su mármol quebranté con un martillo.
Cual fatídico abismo, negro y hondo,
de la tumba la puerta entenebrida
abierta contemplé... De entre su fondo,
brotó una bocanada corrompida!

Y en lo profundo de la negra caja,
entre blancos jirones de mortaja,
la miré desleída y pestilente:
sepultadas sus formas y sus manos,
entre olas hirvientes de gusanos
que tragaban su carne lentamente.

En sus sienes, mechones de cabellos,
sus ojos ¡ay! como ninguno bellos,
convertidos en cuencas pavorosas;
en su boca, que fue roja granada,
una muda y horrible carcajada,
y su pecho en piltrafas asquerosas...

De su belleza, que radió cual astro,
no había allí tan siquiera un rastro.
Era un informe y corrompido andrajo.
La miré contristado, mudo, inerte:
medité en los festines de la Muerte,
y me hundí en el sepulcro abierto a tajo.

Temblorosas, tendiéronse mis manos
al inmenso hervidero de gusanos.
Busqué de la garganta las junturas:
nervioso retorcí... Hubo traquidos
de huesos arrancados y partidos...
hasta que hollando vi las sepulturas.

Huí miedoso entre las sombras crueles,
creyendo que los muertos en tropeles,
levantaban su forma descarnada
corriendo a rescatar su calavera,
esa yerta y silente compañera
de la lóbrega noche de la Nada...

Eso pasó... fue ayer... Hoy, en mi mesa,
cual escombro final de su belleza,
helada, muda, lívida e inerte,
sobre mis libros en montón, reposa,
cual una gigantesca y blanca rosa,
—que ostentase la risa de la Muerte—.

Sus grandes cuencas, como dos cavernas,
me contemplan inmóviles y eternas.
Atónito, al mirarlas, me figuro
que su alma tal vez huya del Cielo,
para triste, silente y con anhelo,
mirarme allá, desde su fondo oscuro.

Entonces con amor llego hasta ella,
y cual si fuera, cuando viva y bella,
por sus huesos, mi mano se desliza:
siento de ansia el corazón opreso,
y en el instante en que le doy un beso,
me encuentro ¡ay! con su macabra risa.

Y allá, de la alta noche, cuando escribo,
ante su faz sintiéndome cautivo,
me parece que se abren sus quijadas,
y que en frases muy tiernas, temblorosas,
me pide que le diga blandas cosas,
como en noches amantes y borradas...

Y soñando, la veo transformarse
en la bella de entonces, y acercarse...
y sentirme yo suyo... y ella mía...
Mas, al instante mi pupila advierte,
que no es sino la imagen de la Muerte,
que me contempla extática y sombría.

Ya llevan mucho tiempo estos amores...
Es ella quién conoce mis dolores,
los sueños todos de mi vida entera...
Ella me da la desnudez que viste,
y yo el cariño de mi alma triste,
teniéndola de novia hasta que muera.

Y cuando rompa de la Vida el lazo,
cual ella a mí, la enlazará mi brazo,
y antes que en mi redor todo sucumba,
le diré como frase postrimera:
—Acompáñame, pobre calavera,
acompáñame, amada, hasta la tumba!...

## Carne viva

Es bella, es rubia, es turbadora, es alta:
bebe champagne y fuma cigarrillos;
y si del mórbido automóvil salta,
la pantorrilla ostenta y sus anillos.

Al hablar del amor, vibra y se exalta;
cual si esgrimiera lúbricos cuchillos;
y es su marido un hombre que resalta
entre los viejos castos y sencillos…

Al casarse con él, era una llama,
que encendida con vicios solitarios,
hizo del goce turbulento drama…

Y, hoy van unidos: como dos calvarios:
él un buey manso, que el placer no ama,
y ella, a su diestra, sin amor ni ovarios…



## Miguel Rasch Isla

*1887-1953*

Otro autor ignorado por los conservadurismos es el barranquillero Miguel Rasch Isla. Hijo de Enrique Rasch Silva y Dolores Isla, hizo el bachillerato en St. Mary's College de Puerto España para desempeñarse, luego, como empleado bancario. Fue en esos años cuando comenzó a publicar sus sonetos en el diario *Rigoleto*, que reuniría en *A flor del alma* [1911], elogiados por Max Grillo. En 1915 se mudó a Bogotá, donde se vinculó a *Los nuevos*, a Eduardo Castillo, José Eustasio Rivera, Luis Eduardo Nieto Arteta y Armando Solano. En 1916 se casó con Ilva Rodríguez Zúñiga, a quien había dedicado en El Gráfico un soneto que comienza:

> Ella es así: por donde pasa deja
> tranquilo eco fugaz de onda remota,
> pues más que andar sobre la tierra, flota
> con un vaivén de nave que se aleja.

Vivió once años en la capital de la república, donde publicó *Para leer en la tarde* [1921], *Cuando las hojas caen* [1923], *La visión, poema en doscientos tercetos* [1925] y *La manzana del Edén* [1926]. Miguel Abadía Méndez lo hizo cónsul en Santander, donde trató a José María Cosío y Gerardo Diego. Luego que va a Hamburgo, aprendió alemán y publicó *Sonetos* [1940], mientras los aliados bombardean el puerto y el barrio San Paulis que frecuentaba. Trasladado a Barcelona por Eduardo Santos, Gregorio Marañón prologó *Púrpura y oro, sonetos taurinos*, con ilustraciones de Antonio Alcalde. Murió en Bogotá,

donde Manuel García Herreros había publicado en el número cuatro de *Los Nuevos* un comentario que afirmaba que:

> Con varios libros a cuestas y no pocas traducciones al y del portugués, con largos, invernales años, Rasch Isla continúa siendo un poeta de ignorancia alarmante, insólita, agresiva.

*La manzana del Edén* es quizás su libro más conocido, por sus espléndidos sonetos eróticos. En el proemio Rasch Isla previene acerca de la lectura que van a hacer.

> Lectora: después de esta página, que es como una cortina previsora, cuida de no adelantar un paso más hacia dentro. De lo contrario, tropezarán tus ojos con un pequeño museo o salón en que 12 cuadros audaces reproduce otras tantas veces tu cuerpo desnudo. Mi fantasía ingenióse, de modo que cada figura descubre, a su turno, partes, actitudes, momentos y aun resabios de tu intimidad femenina; a lo cual se agrega que mi pincel inexperto no supo revestirlos con las galas de la discreción, por donde muchos rasgos y detalles aparecen tal como los figuró Naturaleza en el lienzo vivo de tu carne.

Y luego vienen *La hoja de parra*, *Idilio columbino*, *Pánfila*, *Iniciación*, *Espasmo*, *El tesoro*, etc.

**Bibliografía sobre Miguel Rash Isla**

Eduardo Castillo: *Poetas jóvenes de Colombia*, en **El Gráfico**, Bogotá, n° 406, abril 27 de 1918. **El Espectador**: *Miguel Rash Isla*, Bogotá, octubre 7 de 1953. **El Gráfico**: *Seis sonetos de Miguel Rash Isla,* Bogotá, n°s 401-402, abril 6 de 1918. **El Tiempo**: *Conmoción por la muerte del poeta Miguel Rash Isla*, Bogotá, octubre 7 de 1953. Eleucilio Niebles: *MRI, el caballero del soneto*, en **Huellas**, n° 13, Barranquilla, 1984. JB Jaramillo Mesa: *Miguel Rash Isla, personalidad del poeta*, en **Suplemento literario de El Tiempo**, Bogotá, octubre 18 de 1953. Ramón Illan Bacca: El caballero del soneto, en *El modernismo en Barranquilla*, **Boletín Cultural y Bibliográfico**, n° 33, Bogotá, 1993.

## Ninfomaníaca

Boga en sus ojos ígneos el pecado
y la traición en su sonrisa boga,
y son sus brazos pérfidos la soga
con que toda virtud ha estrangulado.

En su vientre infecundo el insaciado
cortejo de los hombres se desfoga,
e infiltra malestar, como una droga,
su beso arteramente destilado.

Sacerdotisa en el ritual venusto,
se defiende, se cimbra, se querella,
en los extremos del espasmo augusto.

Mas su imperiosa carne disoluta,
obliga al macho a devorar sobre ella
del viejo edén la insuperada fruta.

## Culto de Safo

Bajo el cielo de Lesbos floreció tu malicia,
y en Lesbos adquiriste la afición con que eres,
en el coro festivo de las otras mujeres,
la que eróticamente las provoca e inicia...

¿Qué goce de otros mundos o qué extrema delicia
hallas en el inverso culto de tus placeres?
¿Por qué al beso del macho que fecunda,
prefieres el beso de la amiga: tu émula en la caricia?

Dichosa tú que sabes, sin manchar su blancura,
deleitarte en la núbil plenitud de sus senos
y embellecer el vicio con tu propia hermosura.

Salve a ti en el cortejo de las mujeres bellas
que ayúntanse a los hombres en connubios obscenos:
tu pecado rebelde no es el de todas ellas.

## Iniciación

Sobre el busto de mármol se contornan los senos,
y apartando con nimias complacencias la bata,
succiono los erguidos pezones de escarlata:
pomos donde se acendran invisibles venenos.

Ella ciñe los muslos, vigorosos y plenos,
donde el sexo apremiado se defiende y recata,
mientras se contorsiona con lujurias de gata,
al roce de mis labios que la exploran obscenos.

A un desmayo de toda su belleza vibrante,
logra mi mano intrusa desligar un instante
de sus piernas esquivas el frenético nudo.

Y de todas mis ansias en el ímpetu ciego,
busco el cáliz virgíneo de su cuerpo desnudo,
y a una lenta tortura de puñales le entrego.

## Espasmo

Después de que con lúbrico recreo
ávidos besos en tu boca imprima,
como quien logra ambicionada cima
te escalaré en la fiebre del deseo.

Buscaré el montecillo del Himeneo
donde celoso musgo lo escatima,
y en contubernio de tu carne opima
llegaré de deleite el apogeo.

Pasado el lujurioso escalofrío,
sentiré ante tu carne poseída
odio a tu cuerpo, repugnancia al mío;

y también la congoja repetida
de ver que sólo al destilar hastío
se abre, mujer, tu impenitente herida.

## El tesoro

Dos columnas pulidas, dos eternas
columnas que relucen de blancura,
forja la línea irreprochable y pura,
como trazada en mármol, de tus piernas.

Con qué noble prestigio las gobiernas
cuando al marchar, solemne de hermosura,
imprimes a tu cuerpo la segura
majestad de la Venus sempiterna.

Y cuando, inmóvil, luminosa y alta,
en desnudez olímpica te ofreces,
entre tus muslos de marfil resalta,

como una sombra, el bosquecillo terso
de ébano y seda, bajo el cual guarneces
el tesoro mejor del universo.



Tomada en 1935 y publicada en la revista Semana el 14 de noviembre de 1955, en esta foto aparecen, entre otros, Gabriel Montaña Camacho, Enrique Molano Campuzano, Antonio Brugés Carmona, Ignacio Gómez Jaramillo, el poeta mejicano Gilberto Owen, Eduardo Zalamea Borda, Pepe Castro Montejo, Antolín Díaz, Armando Solano, Alberto Arango Uribe; sentados: José Mar, Alberto Lleras Camargo, Eduardo Santos, Emilia Pardo Umaña, Jorge Zalamea, Baldomero Sanín Cano, Luis Cano, y en el suelo: Antonio Rivera, Abelardo Forero Benavides, Hernando Téllez, José Joaquín Jiménez, Jorge Padilla y Germán Arciniegas.

## Los Nuevos

*1925-1945*

En la primera década de los años veinte, en todos los países los Ismos respondieron, con una creciente perspectiva continental, a la iconoclasia de sus pares europeos negando radicalmente el realismo y la razón, la lógica, la estrofa, el metro, la rima y la sintaxis, y adoptando nuevos motivos surgidos de la vida citadina: la velocidad, las fábricas, los obreros y el cinematógrafo. El mundo del contrato social rousseauniano, optimista y liberal, y la visión romántica de la naturaleza como un ser benigno y divino habían sido transformados por una centuria de desarrollo, la aparición de las grandes urbes, la vida hecha masificación y la evaporación de las viejas certidumbres cristianas.

Cuando Ezra Pound pidió la creación de un arte nuevo —*Make It New*—, apenas certificaba los cambios que habían sucedido desde finales del siglo pasado. Para Pound, las artes de este siglo tenían la obligación de adelantarse a su época, transformándose y transformando su propia naturaleza. Era necesario encontrar nuevos caminos, a través de la propia experimentación, descubriendo y disintiendo, a fin de liberarse de las estructuras del pasado. Había que abandonar el miedo a lo nuevo, a pronunciar nuevos nombres para las cosas, porque el mundo y sus cosas no eran más las mismas de ayer. Los artistas, «antenas de la especie», tenían que crear una nueva cultura rebelándose contra la existente, ser la *vanguardia*.

Mientras tanto, en América Latina los intelectuales buscaban una salida teórica honrosa a tantas agresiones como habían vivido en los últimos años. La Revolución Mexicana, la Primera Guerra Mundial y el Movimiento Estudiantil de Córdoba habían hecho que las ya centenarias repúblicas estuvieran menos inclinadas a aceptar la supuesta superioridad cultural de la civilización europea.

El modernismo agonizaba. Los seguidores del más impersonal Darío habían convertido la poesía en algo hueco, con reminiscencias del simbolismo, el sentimentalismo lunar y la exaltación del paisaje y de tipos castellanos. Por esas razones, las varias reacciones antimodernistas —fueran hacia la sencillez lírica, la tradición clásica, el romanticismo, el prosaísmo sentimental o la ironía— aboliendo los asuntos modernistas enfatizaron en la metáfora, que sería el arma de fuego de los ultraístas. Greguerías como *La luna es un barco de metáforas arruinado*, o *El arco iris es la bufanda del cielo*, fueron el resultado lógico de las reacciones contra el modernismo rubendaríaco.

En Colombia se había vivido no solo un ramplón sometimiento a los conservadurismos peninsulares, sino un obcecado servilismo a las pretendidas superioridades de las culturas llamadas clásicas. Los presidentes filólogos y los reaccionarios de derechas fueron quienes impusieron esos proyectos culturales. Luego de firmada la paz de Wisconsin, que puso término a la Guerra de los Mil Días, Colombia era un país de cinco millones de habitantes y uno de los más atrasados del planeta. Los primeros intentos por modernizarlo fueron propuestos por el general Rafael Reyes, una suerte de déspota a medio ilustrar, que fue expulsado luego de cinco años de dificultades, que se verían agravadas por los gobiernos posteriores, todos de carácter marcadamente pro imperial y reaccionario.

Pero si bien algunos sectores de los artistas latinoamericanos decidieron mirar hacia sí mismos, buscando el rostro en los campos y las tradiciones, en otros lugares como Buenos Aires, Río de Janeiro o México los avances de las ciencias, la tecnología, el proletariado y las artes apostaban al futuro. En Colombia lo hicieron quienes se agruparon bajo el nombre de *Los Nuevos*, cuyos mayores representantes nacieron

y crecieron en la región más progresiva de entonces, Medellín, la de los arrieros y las nuevas industrias. De allí vinieron a la capital periodistas como Luis Tejada, sindicalistas como María Cano o poetas como León de Greiff, Ciro Mendía y aun cuando Luis Vidales había nacido en Calarcá, un pueblito del departamento de Caldas, su familia también era antioqueña. Vidales, como los anteriores, hace una poesía de verso libre, plena de humor, que lo separa de sus otros congeneracionales como Rafael Maya, Alberto Ángel Montoya o Umaña Bernal, autores de una poesía que si bien abandona los mitos y las lágrimas, seguirá inscrita a marcha marchamo en la tradición españolizante.

La revista *Los Nuevos* apareció en Bogotá el 6 de junio de 1925. Pero como grupo, deben su nombre a una publicación en El Tiempo, del sábado 22 de agosto de ese mismo año, titulada *Una página de los nuevos*, donde figuraban, con implacable acierto, Germán Arciniegas, Luis Vidales, León de Greiff y Jorge Zalamea. El grupo original estuvo integrado, además, por Alberto Lleras Camargo, que sería luego presidente de Colombia en dos ocasiones, gestor del fracaso de la *Revolución en marcha* de Alfonso López Pumarejo y creador del Frente Nacional, la más funesta de las invenciones políticas de nuestra historia; Felipe Lleras Camargo, Gregorio Castañeda Aragón, Rafael Maya, Jorge Eliécer Gaitán, Eliseo Arango, Hernando Téllez y José Mar. Un grupo heterogéneo de escritores e ideólogos, que participaron en la redacción de los únicos cinco números que tuvo la revista que les dio nombre, en un país que apenas vislumbraba las desgracias de la industrialización y el urbanismo capitalistas. Año 1925 que dio también a la imprenta la primera edición *De sobremesa*, la novela de Silva, *Tergiversaciones* de De Greiff, *Luna de enfrente* e *Inquisiciones* de Jorge Luis Borges, *Civilización manual y otros ensayos* de Baldomero Sanín Cano y *Residencia en la tierra* de Neruda.

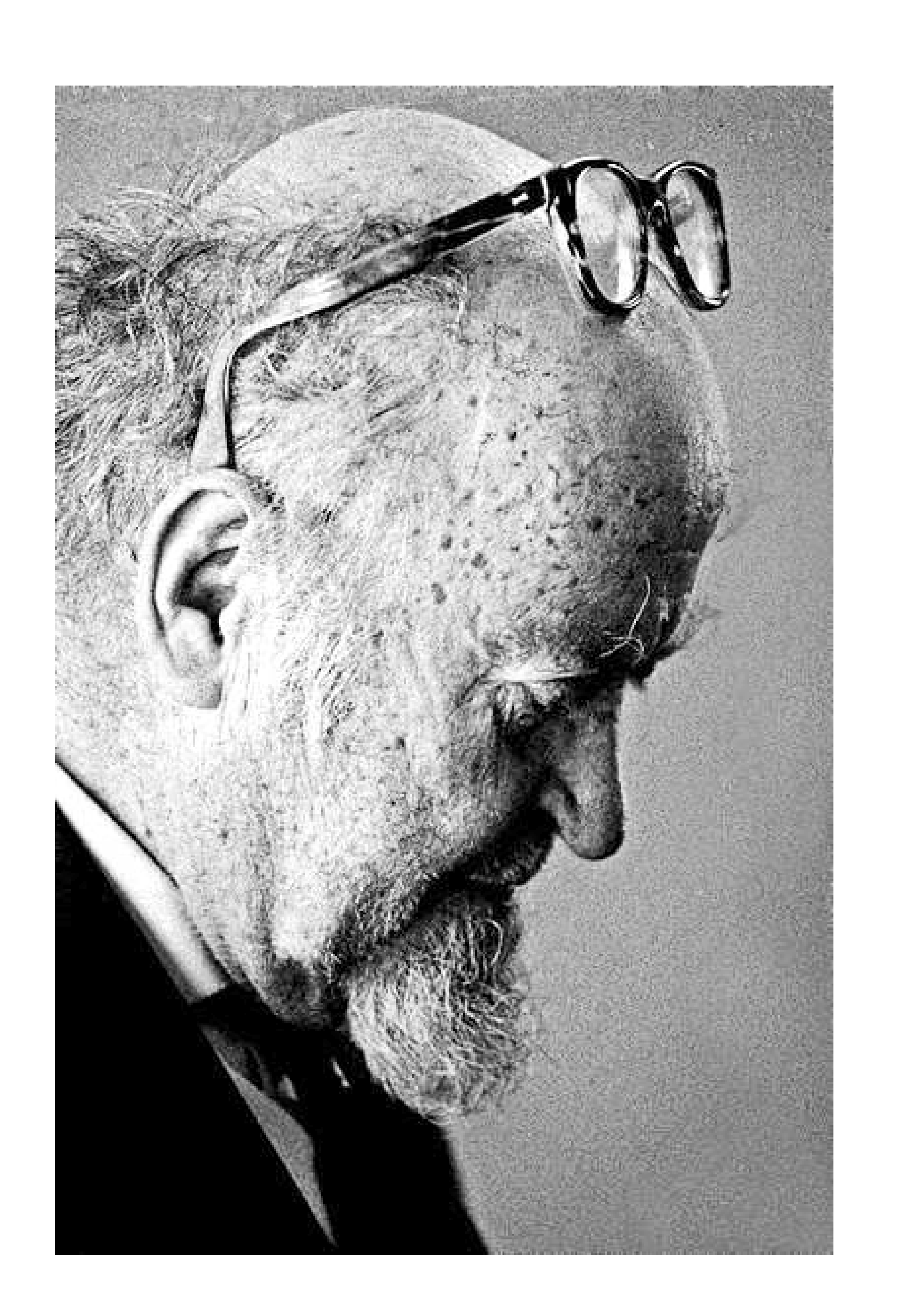
*Los Nuevos* no fueron ni una generación ni un grupo, sino más bien individualidades que desde la derecha y la izquierda participaron activamente, como políticos y como periodistas, en el intento de ingresar el país en las corrientes modernizadores del siglo XX, ya fuera militando al lado de las internacionales obreras o tomando partido por las tesis del estado fuerte del fascismo italiano o los monarquistas franceses, como era el caso de Silvio Villegas, Eliseo Arango o José Camacho Carreño.

El colectivo se reunía casi cotidianamente en dos cafés del centro de Bogotá, congestionado ya con sus trescientos automóviles, el Windsor y el Riviére, que ofrecían, aparte de licores y comidas, música en vivo por las tardes, cuando los tradicionales negociantes de ganados y tierras iban abandonando los cafés y llegaban los poetas, no solo para hablar de los sucesos recientes en el parlamento, sino para discutir sobre la última película estrenada, o los viajeros que llegaban por avión y los acontecimientos de la farándula criolla, que paseaba los domingos —a pie o en coche de caballos— por el Camellón de las Nieves, luego de ir a misa ataviadas, ellas, con sombreros de pluma y guantes de piel, y ellos, de chaqué, sombrero de copa y pantalón a rayas. Una sociedad minoritaria que oía *Bohemia* y *Carmen*, bebía *champagne* a un peso con cincuenta, vestía en Londres y hasta se afeitaban en París, porque había dinero en abundancia, el café se vendía a buen precio y el capitalismo asomaba su horrenda nariz. «El oro salía de Colombia —escribió Joaquín Tamayo en 1941— como la sangre de una vena rota.»

*Los Nuevos* fueron uno de los más notables colectivos de intelectuales colombianos del siglo pasado y el más preclaro antecedente, como generación, de la tragedia que viviría otro sector de la intelectualidad nacional casi treinta años después, los de *Mito*, así les hubiese interesado, tanto o menos que aquellos, la extendida discusión sobre los seres de la «lírica moderna» y su destino en un mundo que ya presentía la rotura que trajeron las guerras más atroces del siglo. «Pusieron en tela de juicio la sociedad que no pudieron demoler», dijo de ellos Rafael Gutiérrez Girardot. «Fueron conformistas y tardos ante la súbita llamarada que encendían sus compañeros latinoamericanos. A la herejía y la insolencia opusieron un tono asordinado», sostuvo Charry Lara.

**Bibliografía sobre Los Nuevos**

Carlos Uribe Celis: *Los años veinte en Colombia,* Bogotá, 1985. Fernando Charry Lara: *Los Nuevos*, en **Manual de literatura colombiana**, tomo II, Bogotá, 1988. Hernando Téllez: ***Textos no recogidos en libro 2***, Bogotá, 1979. Jaime Mejía Duque: *Balance esquemático de cuatro generaciones poéticas*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, nº 602, Bogotá, 13 de noviembre de 1994. Jorge Zalamea: *La aparición del grupo de Los Nuevos*, en **Crítica**, Bogotá, 1º de setiembre de 1950. Rafael Gutiérrez Girardot: *La literatura colombiana en el siglo XX*, en **Manual de historia de Colombia**, tomo III, Bogotá, 1980. Rafael Maya: *Generación de Los Nuevos*, en **Obra crítica**, tomo II, Bogotá, 1982.



## León de Greiff

*1895-1976*

Francisco de Asís León Bogislao de Greiff Häeusler [Medellín, 1895-1976] descendía de un bisabuelo sueco y de un abuelo alemán, pero era absolutamente antioqueño [una de sus bisabuelas era hermana o prima de José María Córdoba], esa estirpe de hombres y mujeres que crearon un país mediante la lucha y la derrota contra las adversidades y la maldad humanas. Y nadie, más que él, recibió en vida, el afecto y admiración que una nación puede ofrecer a sus poetas. León de Greiff fue sin duda el artista e intelectual colombiano más adorado del siglo, amado por su rebeldía, admirado por su inteligencia y humildad, reverenciado como amigo y como poeta.

Sus antepasados europeos fueron camareros ducales, mariscales, coroneles, prelados y aristócratas de corte. El primero en llegar a tierras colombianas, en los años veinte del siglo XIX, atraído por la fiebre del oro que había propiciado la publicación en Londres de un libro sobre el país, de Francisco Antonio Zea, fue Carl Sigismund Fromholt von Greiff y su esposa Lovisa Petronela Faxe, ingeniero y matemático, que recorrió Antioquia en muchas direcciones, tantas como para publicar en Europa el primer mapa de la provincia que se conoce y un diario minucioso que acopia numerosas costumbres de las gentes de su tiempo. Este personaje de novela tuvo numerosa descendencia y vivió en Medellín, Amalfi, Rionegro, Anorí, Dabeiba, etc. Pero fue quizás su padre, Luis de Greiff Bravo, la personalidad que más influyó en su carácter. Luis de Greiff fue escritor en su juventud y colaboró en Medellín, gracias a su vastísima cultura, en importantes

revistas de entonces, junto a otros intelectuales como Francisco de Paula Rendón o Abel Farina. Luego se interesaría en asuntos públicos y al lado de un grupo de liberales radicales publicó el periódico *La Organización*, que gozó de gran prestigio e imitaba ideológicamente al *Manchester Guardian* o el *Corriere della Sera*. El padre del poeta fue miembro de la dirección liberal que presidía Rafael Uribe Uribe y senador por Antioquia en varios periodos. Juan Lozano y Lozano sostiene que León de Greiff era, en su carácter y aficiones, un vivo trasunto de su padre:

> Un estoico que ha aprendido a mantener la mente en absoluta independencia de toda circunstancia externa: un hombre que vive de la savia de sí mismo y no obedece ni teme sino la censura que le dicte su propio corazón. León ama el arte por el arte, ciertos principios morales por sí mismos, la amistad de sus amigos por sí misma, sin esperar nada de nadie. Mira con igual indiferencia elogios y diatribas, miserias y holganzas, honores y silencios o desvíos. Pero es meticuloso en los principios de la dignidad, de la lealtad, de la hombría a carta cabal. Como la de su padre, la probidad de León es un axioma y su sinceridad lo mismo de valerosa y cortante. Nunca ha hablado mal de ningún amigo, nunca se ha quejado de nada, nunca ha atribuido a nadie la culpa de sus propias desventuras o congojas.

Musicólogo, ajedrecista, estadígrafo y auditor de cuentas, experto en crucigramas, algebrista y mago de los números, alto, hercúleo, rojizo, barbado, con sus trajes deshilachados y los bolsillos repletos de papeles, en la Escuela de Minas de la Universidad de Antioquia hizo tres años de carrera para ingeniero y luego estudió derecho en la Universidad Libre de Bogotá, pero había sido, a los 18 años, secretario privado de Rafael Uribe Uribe. En Medellín, tras el asesinato del héroe, creó un grupo y una revista fugaz: *Los Pánidas.* Ya desde esos tiempos se aficionó al uso de seudónimos como *Gaspar de la Nuit*, encarnando a un personaje vago, demente y enemigo del comportamiento de la gente corriente. Fue luego cajero de un banco y administrador de una empresa que construía un ferrocarril cerca del río Cauca, en Bolombolo, donde estuvo tres años y donde parece haber creado un mundo poético que

compartía con Matías Aldecoa, Erik Fjordson, Ramón Antigua, Leo Le Gris, Sergio Stepansky, etc. Luego de su matrimonio con Matilde Bernal Nichols ocupó diversos cargos en el ministerio de educación y hasta fue profesor de la Universidad Nacional, donde enseñó literatura y música. En 1958 Alberto Lleras Camargo lo nombró secretario de la embajada de Colombia en Suecia, cargo en el cual duró poco tiempo. A pesar de su rechazo a reconocimientos recibió varias distinciones oficiales y viajó por varios países. Según propias declaraciones, otras de sus condecoraciones fueron «La Cruz del Sur», el «Dragón Enfermo», el «Grifo Desolado», el «Gato que pelotea», etc.

Cuando publicó *Tergiversaciones* [1925], su primer libro de poemas, hacía una década habían aparecido los textos definitivos del vanguardismo latinoamericano. *Tergiversaciones* es un volumen que puede calificarse de *modernista*, pero allí está, en su origen, la voz que habría de identificarlo en el concierto de la poesía continental. Burla e ironía, olvidadas sintaxis, palabras envejecidas, neologismos y arcaísmos, juegos de palabras y antipoemas, galicismos, germanías, atado todo ello a un deslumbrante ejercicio de habilidades verbales con un rigor musical muy suyo. El tema recurrente será el yo y su imposible comunicación con los otros. Porque la poesía fue para él la invención del otro mundo, verbal y mágico, que le sirviera de asidero para poder vivir las mezquinas realidades de una sociedad como la colombiana de los años de entreguerras. De Greiff se verá siempre como miembro de una élite de apartados, los poetas y los locos, que no pueden ser entendidos a causa de su refinada personalidad. Y a esta demencia, que le separa del resto de los hombres, va unido Eros a través de la noche lunática, la soledad, la abulia y el tedio, símbolos todos de su escepticismo. El reino del poeta será el amor y la muerte.

> Yo vengo de un imperio fantástico, ilusorio,
> de un abolido imperio lunario, ultra real,
> donde todos los meses son uno; floreal,
> y uno sólo el color: azul, bajo el cimborio
>
> inmóvil de su cielo. Fantasma aleatorio,
> fúnebre, disonaba mi ser en el coral

multisonoro de armonía ideal
y franca..., y me he venido con mi gesto mortuorio...

Inepto a la alegría yo soy. De la tristeza
uncido a la carroza, vago, por vaticinio
inapelable de la suerte dictadora:

ni el espejismo de la trivial naturaleza
[descaecida hétera afeitada de nimio...]
nada!... que va a curarme! ni tú, Muerte Señora!...

[**Yo vengo de un imperio**]

En sus libros posteriores: *Libro de los signos* [1930], *Variaciones alrededor de la nada* [1936] y *Prosas de Gaspar* [1937], De Greiff se apropiará de todas las conquistas de los Ismos pero sin tomar partido por ninguno de ellos. Será unas veces dadaísta, otras surrealista, otras anarquista y la mayor de las veces un creacionista, que desdeñando la realidad, o lo que por ello entendemos, prefiere crear otra realidad que interprete a aquella o nos aparte definitivamente del presente —¿Modernista?— que tanto repudia el poeta. De esa manera y por miles de vericuetos, De Greiff, escéptico y sensual, levantó un mundo de fantásticos personajes, con su flora y su fauna, y un lenguaje irrepetible para celebrar las cosas y los seres de ese mundo ilusorio.

> Pudoroso y profundo como poeta elegiaco; —escribió Jorge Zalamea en el prólogo a sus *Obras Completas*— proteico y salaz e impertinente en la poesía erótica; zanjante y pungente en la dramática; terso, veraz y voluptuoso en la bucólica; convincente en sus variaciones didácticas; raudo en la sorpresa y moroso en la delectación lírica; avisado piloto y avizor cofanero en un género especial suyo: la poesía náutica; insuperado aún la poesía-música castellana, León de Greiff ha sido y es, por adehala, uno de los más grandes poetas satíricos de nuestra lengua.

**Bibliografía de León de Greiff**
**Obra poética**, edición revisada por Hjalmar de Greiff, Bogotá, 2004.

**Bibliografía sobre León de Greiff**
Cecilia Hernández de Mendoza: **La obra poética de León de Greiff**, Caracas, 1993. Jaime Mejía Duque: *La poesía de León de Greiff*, en **Nueve ensayos literarios**, Bogotá, 1986. Juan Lozano y Lozano: *Jardín de Cándido*, en **El Tiempo**, Bogotá, mayo 9 de 1975. Orlando Rodríguez Sardiñas: **León de Greiff**, Madrid, 1975. Stephen Charles Mohler**: El estilo poético de León de Greiff**, Bogotá, 1975. Varios**: Valoración múltiple sobre León de Greiff**, Bogotá, 1995.

## Poeta soy

Poeta soy, si es ello ser poeta,
Lontano, absconto, sibilino. Dura
lasca de corindón, vislumbre obscura,
gota abisal de música secreta.

Amor apercibida la saeta.
Dolor en ristre, lanza de amargura.
El espíritu absorto, en su clausura.
Inmóvil, quieto, el corazón veleta.

Poeta soy si ser poeta es ello.
Angustia lancinante, pavor sordo.
Velada melodía en contrapunto.

Callado enigma tras intacto sello.
Mi ensueño en fuga. Hastiado y cejijunto.
Y en mi nao fantasma único a bordo.

## Yo de la noche vengo...

Yo de la noche vengo y a la noche me doy...
Soy hijo de la noche tenebrosa o lunática...
Tan sólo estoy alegre cuando a solas estoy
entre la noche, tímida, misteriosa, enigmática

Tranquilo y sonriente por las callejas voy,
indiferente a toda la turba mesocrática,
y sin odios... ¡tan bueno como me siento hoy!
Sin embargo... ¿y el odio por la Dueña Gramática?

Pero la noche sabe borrar esos rencores...
La noche!: ¡dulce Ofelia despetalando flores...
La noche!: Lady Macbeth azarosa asesina!

Que es la noche resumen de humana y de divina
proteidad, y que es urna de todos los olores...
¿Cuándo vendrá la noche que jamás se termina?

## Balada del mar no visto, ritmada en versos diversos

No he visto el mar.

Mis ojos
—vigías horadantes, fantásticas luciérnagas;
mis ojos avizores entre la noche; dueños
de la estrellada comba;
de los astrales mundos,
mis ojos errabundos,
familiares del horrido vértigo del abismo;
mis ojos acerados de viking, oteantes;
mis ojos vagabundos
no han visto el mar...

La cántiga ondulosa de su trémula curva
no ha mecido mis sueños;
ni oí de sus sirenas la erótica quejumbre;
ni aturdió mi retina con el rútilo azogue
que rueda por su dorso...
Sus resonantes trombas,
sus silencios, yo nunca pude oír...:
sus cóleras ciclópeas, sus quejas o sus himnos;
ni su mutismo impávido cuando argentos y oros
de los soles y lunas, como perennes lloros
diluyen sus riquezas por el glauco zafir...!

Ni aspiré su perfume!

Yo sé de los aromas
de amadas cabelleras...
Yo sé de los perfumes de los cuellos esbeltos
y frágiles y tibios;
y senos donde esconden sus hálitos las pomas
referidas de Venus!

Yo aspiré las redomas
donde el Nirvana enciende los sándalos simbólicos;
las zábilas y mirras del mago Zoroastro...
Mas no aspiré las sales ni los fondos del mar.

Mis labios sitibundos
no en sus odres la sed
apagaron:
no en sus odres acerbos
mitigaron la sed...
Mis labios, locos, ebrios, ávidos, vagabundos,
labios cogitabundos
que amargaron los ayes y gestos iracundos
y que unos labios —vírgenes— captaron en su red!

Hermano de las nubes
yo soy.
Hermano de las nubes,
de las errantes nubes, de las ilusas del espacio:
vagarosos navíos
que empujan acres soplos anónimos y fríos
que impelen recios ímpetus voltarios y sombríos!
Viajero de las noches
yo soy.
Viajero de las noches embriagadoras; nauta
de sus golfos ilímites,
de sus golfos ilímites, delirantes, vacíos,
—vacíos de infinito..., vacíos...— Dócil nauta
yo soy,
y mis soñares derrotados navíos...
Derrotados navíos, rumbos ignotos, antros
de piratas... ¡el mar!

Mis ojos vagabundos
—viajeros insaciados— conocen cielos, mundos,
conocen noches hondas, ingraves y serenas,
conocen noches trágicas,
ensueños deliciosos,
sueños inverecundos...
Saben de penas únicas,
de goces y de llantos,
de mitos y de ciencia,
del odio y la clemencia,
del dolor
y el amar...!

Mis ojos vagabundos,
mis ojos infecundos...:
no han visto el mar mis ojos,
no he visto el mar!

## Cancion de Sergio Stepansky

En el recodo de todo camino
la vida me depare el bravo amor:
y un vaso de aguardiente, ajenjo o vino,
de arak o vodka o kirsch, o de ginebra;
un verso libre —audaz como el azor—,
una canción, un perfume calino,
un grifo, un gerifalte, un búho, una culebra...

[¡y el bravo amor, el bravo amor, el bravo amor!]

En el recodo de cada calleja
la vida me depare el raro albur:
—con el tabardo roto, con la cachimba vieja
y el chambergo agorero y el buido reojo,
vagar so la alta noche de enlutecido azur:
murciélago macabro, sortílega corneja,
ambular, divagar, discurrir al ritmo del antojo...

[¡y el raro albur, el raro albur, el raro albur!]

En el recodo de todo sendero
la vida me depare a esa mujer:
y un horizonte para mi sed de aventurero,
una música honda para surcar sus ondas,
un corto día, un lento amanecer,
un lastrado silencio hosco y austero,
la soledad, de pupilas redondas...

[¡y esa mujer, esa mujer, esa mujer!]

En el recodo de cada vereda
la vida me depare el ebrio azar:
absorto ante el miraje que en mis ojos se enreda

vibre yo —Prometeo de mi tortura pávida—;
ante mis ojos fulvos, fulja el cobre del mar:
su canto, en mis oídos mi grito acallar pueda!
y exalte mi delirio su furia fría y ávida.

[¡el ebrio azar, el ebrio azar, el ebrio azar!]

Y en el recodo de todo camino
la vida me depare "un bel morir":
despéineme un balazo del pecho el vello fino,
destrice un tajo acerbo mi sien osada y frágil:
—de mi cansancio el terco ir y venir:
la fábrica de ensueños —tesoro de Aladino—,
mi vida turbia y tarda, mi ilusión tensa y ágil...

[¡un bel morir, un bel morir, un bel morir!]

## Relato de Sergio Stepansky

Juego mi vida!
Bien poco valía!
La llevo perdida
sin remedio!
Erik Fjordson

Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...

Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la regalo...

La juego contra uno o contra todos,
la juego contra el cero o contra el infinito,
la juego en una alcoba, en el ágora, en un garito,
en una encrucijada, en una barricada, en un motín;
la juego definitivamente, desde el principio hasta el fin,
a todo lo ancho y a todo lo hondo
—en la periferia, en el medio,
en el sub-fondo...—

Juego mi vida, cambio mi vida,
la llevo perdida
sin remedio.

Y la juego, —o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la regalo...:
o la trueco por una sonrisa y cuatro besos:
todo, todo me da lo mismo:
lo eximio y lo rüín, lo trivial, lo perfecto, lo malo...

Todo, todo me da lo mismo:
todo me cabe en el diminuto, horrido abismo
donde se anudan serpentinos mis sesos.

Cambio mi vida por lámparas viejas
o por los dados con los que se jugó la túnica inconsútil:
—por lo más anodino, por lo más obvio, por lo más fútil:
por los colgajos que se guinda en las orejas
la simiesca mulata,
la terracota nubia,
la pálida morena, la amarilla oriental, o la hiperbórea rubia:
cambio mi vida por un anillo de hojalata,
o por la espada de Sigmundo,
o por el mundo
que tenía en los dedos Carlomagno: —
para echar a rodar la bola...

Cambio mi vida por la cándida aureola
del idiota o del santo;
la cambio por el collar
que le pintaron al gordo Capeto;
o por la ducha rígida que le llovió en la nuca
a Carlos de Inglaterra;
la cambio por un romance, la cambio
por un soneto;
por once gatos de Angora,
por una copla, por una saeta,
por un cantar;
por una baraja incompleta;
por una faca, por una pipa, por una sambuca...

o por esa muñeca que llora
como cualquier poeta.

Cambio mi vida —al fiado— por una fábrica de crepúsculos
[con arreboles];
por un gorila de Borneo;
por dos panteras de Sumatra;
por las perlas que se bebió la cetrina Cleopatra—
o por su naricilla que está en algún museo;
cambio mi vida por lámparas viejas,
o por la escala de Jacob, o por su plato de lentejas...

¡o por dos huequecillos minúsculos
—en las sienes— por donde se me fugue, en gríseas podres,
toda la hartura, todo el fastidio, todo el
horror que almaceno en mis odres...!

Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...

## Relato de Claudio Monteflavo

Como llegamos a la venta
—desde donde, a lo hondo, se oye el río—
desmontamos de las cabalgaduras:
en las piedras cantaron los espolines
canción de estrellas teñidas de sangre...

—Ah de la venta!, ah de la venta!
cantaron nuestros vozarrones.

Luego cantaron canción de burbujas
y de cristales, las copas traslúcidas.
E inquirimos por el tesoro de la venta serrana:

—"Ya se irá, ya se vá, si no se ha ido..."

En la venta se cruzan vientos duros
—la venta, en la garganta de la sierra desnuda—.
Cantaba el viento, cantaba el viento.
Allá en el fondo, a lo hondo, la línea del río,
y el treno del río.

Luego de la canción de las burbujas
cantó el fuego en las piedras del hogar.
Cantaba la sangre peán de lujuria.
Más tarde iban cantando las estrellas
vigías, su silenciosa música.
Y rezongaban preces las viejas de la venta...
Tornamos a inquirir:
—¿Dónde está MaríaLuz, de los besos de moras?

—"Ya se irá, ya se va, si no se ha ido..."

Y volvimos a las cabalgaduras piafantes.
La Cruz del Sur en la linde del monte y el cielo.
Cantó el hierro en los cantos redondos.
Callados iniciamos el descenso
por el camino en caracoles y en escalas;
por el camino en lumbre tamizada de violetas;
por el camino en perfumes del viento que susurra;
por el camino en perfumes ásperos del monte;
por el camino en músicas de las aguas dormidas
y de las aguas que se despeñan.

De su prisión de vidrio verde
saltó el claro cristal: gorjear de burbujas
y del perfume del anís montañero

Íbamos silenciosos. Cada cual dialogaba
tácitamente con su amigo de vidrio.
Mas uno de nosotros —el viandante de la barba taheña—
cantó, cantó [que taladró la noche
con su voz recia]. El Rey de los Alisos,
malamente... E inquirió con voz más ruda:
—¿qué se haría el tesoro de la venta?

—“Ya se irá, ya se va, si no se ha ido...”

Tornó a cantar la voz de las burbujas
y del claro cristal... Y al río, al fin, llegamos...
—¿Si Nuño Ansúrez no nos pasa en la barca...?
—Bah! da lo mismo!
—Bah! da lo mismo!
Nueva canción de vidrio y de burbujas
y fresco trasegar diamantes vívidos.
Media noche. En las márgenes del río
qué limpia media noche!

Esta es la selva
de múrice y de oro!
Esta es la abierta vida innúmera!

—¿Y qué se haría el tesoro de la venta?
—¿Dónde está MaríaLuz, de ojos de hulla,
de melena de hulla, y boca sombreada...?

—"Ya se irá, ya se va, si no se ha ido..."



## Luis Tejada

*1898-1924*

Hijo de educadores radicales dedicados a combatir los gobiernos de la hegemonía conservadora [1886-1930], Luis Tejada [Barbosa, 1898-1924] quiso hacerse maestro, pero, como era habitual en un país controlado por la iglesia católica más reaccionaria del mundo, fue expulsado y tuvo que dedicarse a la otra profesión familiar, el periodismo, en un diario de unos parientes donde se hizo el poeta de los prosistas colombianos.

Aun cuando solo vivió 26 años, le tocó en suerte otro de los sangrientos episodios de nuestra historia. Entre el 18 de octubre de 1899 y el 21 de noviembre de 1902 los colombianos se enfrentaron, por mil doscientos días, en una guerra fratricida que dejó el país dividido, en ruinas entre los millares de sus muertos, separado de una de sus más ricas provincias, con un largo periodo de oscurantismo por delante y a las puertas de la crisis económica mundial de los años treinta. Años que fueron, sin embargo, los del crecimiento de las ciudades, con la aparición de la vida urbana y proletaria. Santa Fe se transformó en Bogotá, con sus nuevos edificios de acero y cemento diseñados por arquitectos norteamericanos, sus trescientos automóviles que exigían la pavimentación de las principales vías y el desarrollo de la industria, que para entonces ya producía el diez por ciento del producto interno bruto. Una ciudad que no volvería a tener los tres bancos de siempre, ni a oír el grito apagado del postillón entre el ruido de los cascos de las mulas del tranvía.

Unas veces por causa de las necesidades de sus padres y otras por las suyas propias, Tejada recorrió numerosos pueblos donde los movimientos obreros llamaron su atención o los servicios de su pluma. De Barbosa a Medellín, luego Yarumal, Pereira, Barranquilla, Circasia, Bogotá y, por último, Girardot: la Colombia que crecía con los dineros de la indemnización norteamericana —La danza de los millones— y los créditos y las exportaciones de café pactadas por el gobierno de Pedro Nel Ospina por la pérdida de Panamá, inundando los bolsillos de los contratistas de las obras públicas que ofrecían luz eléctrica, agua potable y ferrocarriles, generando enormes flujos migratorios entre las capitales de los departamentos, y dando auge a las nuevas distracciones obreras y la clase media: el cinematógrafo, los viajes en avión, los teatros de variedades, los nuevos ritos sociales, las vanidades públicas y privadas de la gente de bien.

Pero fue en los cafés [Astor, Pensilvania, El Globo, La Bastilla, El Bodegón] donde los propietarios de los periódicos, revistas, colegios y librerías, marginados de los poderes de entonces, de derechas y de izquierdas, llevaron a puerto sus proyectos de independencia de la república de Caro y Núñez, de la pluma de una generación de bohemios de chambergo y borsalino, barbas, melenas y pipa, conocida como *Los Nuevos* y de la que Tejada fue figura señera.

El Windsor [Calle 13 # 7-14] y El Riviére, sobre la Avenida Real del Comercio [Carrera Séptima], cerca de El Tiempo y El Espectador, las mejores librerías y las universidades, donde hombres solos, estancieros y poetas comían y bebían al ritmo de pequeñas orquestas mientras caía la eterna lluvia, fueron los más frecuentados por ese grupo del que hicieron parte Alberto y Felipe Lleras Camargo, Germán Arciniegas, Germán Pardo García, Hernando de la Calle, Hernando Téllez, Jorge Eliécer Gaitán, Jorge Zalamea, José Mar, José Umaña Bernal, José Camacho Carreño, Juan Lozano y Lozano, León de Greiff, Luis Vidales, Rafael Maya, Ricardo Rendón y Silvio Villegas.

Seis meses antes de morir, en marzo de 1924, en una edición pagada por el autor, fueron reunidas en *Libro de crónicas* cuarenta y siete de las cientos que había escrito Luis Tejada.

Se llamaba crónica [de *Xronos*, testimonio o registro de la vida agotada] a un comentario periodístico derivado del modelo de *Les Essais* que Michel de Montaigne publicó a finales del siglo XVI, donde con una implacable erudición y sabiduría se ocupó de sí mismo y sus *fait divers*, dejando el más descarnado retrato de lo que sería el hombre moderno. Tejada, que había leído en Baudelaire y Chesterton, y estaba hecho de la madera de la poesía, hizo de sus textos vespertinos una suerte de bálsamo para el alma de los numerosos lectores que tuvo en una ciudad donde más del setenta por ciento de sus habitantes no sabía ni leer ni escribir.

Canto, cuento e ironía sus crónicas celebraron los signos modernos de la vida citadina: el ruido, la belleza de las mujeres de entreguerras enfundadas en medias de seda, de cuellos rubios y morenos; la música de los barrios marginados de las capitales del mundo y la ausencia de esa vida en la capital de Colombia, donde no había vitrinas ni maniquíes como en los Campos Elíseos o la Quinta Avenida, ni se oía la música ni las canciones de Maurice Chevalier o los Diexieland Jazz Band a pesar de las miles de pianolas, ortofónicas y chucherías que comenzaban a llegar con los veinticinco millones de dólares del Tratado Urrutia-Thompson.

En su aparente sencillez, sus crónicas establecen una relación compleja y univoca entre su yo y el mundo, para proponer nuevos valores y miradas vibrantes de poesía. Situadas a caballo entre el nuevo ajetreo de la capital de Colombia y el recuerdo de sus pueblos antioqueños, entre la infancia y el presente, su ánima se encanta con los pequeños seres y cosas mientras vaga al desgaire por las plazas y avenidas sin que logre saciar los anhelos de plenitud, pues la vida y sus actos, con esa mirada melancólica, tierna y solidaria que nos ha dejado del mundo, son vanos e inútiles.

Tejada fue absolutamente moderno en el centro de la edad media colombiana. De allí su lirismo y eternidad, pues con una intuición tercermundista sintió la soledad y la angustia del hombre y las mujeres «acorraladas, emparedadas, momificadas» del capitalismo que retratarían Camus y Sartre. Con sus reproches a la literatura

colombiana, apegada a un falso clasicismo [«Lo verdaderamente clásico es lo más opuesto a toda imitación servil; el clásico es más bien el creador»], sucedánea de los meros efectismos de los imitadores de Rubén Darío, como sucedía con el peor Valencia y el mejor Barba, celebró entonces a Vidales, Zalamea y De Greiff, porque en «las épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto con las instituciones milenarias.»

> Tejada —escribió Luis Vidales en 1945— tenía un poder magnético enorme. De su ser emanaba un fluido atrayente, verdaderamente maravilloso. [...] Él fue el centro de nuestra generación, el jefe nato, nuestro núcleo rumoreante e inquieto.

Murió en Girardot, tuberculoso y sifilítico, el 17 de septiembre de 1924. Dos años antes los intelectuales progresistas de esa Colombia que se hundía en la debacle que produjo la más atroz de las guerras de la historia del hombre, lo habían proclamado, *malgré lui*, «Príncipe de los cronistas». Su *Obra Completa* [1990], recogida por María Cristina Orozco y Gilberto Loaiza, permanece inédita entre los anaqueles de la biblioteca de la Universidad Nacional de Colombia.

**Bibliografía de Luis Tejada**

**Libro de crónicas**, Bogotá, 1924. **Gotas de tinta**, con un prólogo de J.G. Cobo Borda, Bogotá, 1977. **Mesa de redacción**, recopilación, prólogo y notas de Miguel Escobar Calle, Medellín, 1989. **Nueva antología de Luis Tejada**, preparada por Gilberto Loaiza Cano, Medellín, 2008.

**Bibliografía sobre Luis Tejada**

Gilberto Loaiza Cano: **Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura**, Bogotá, 1995. John Galán Casanova: *Luis Tejada: crítica crónica*, en **Boletín cultural y bibliográfico del Banco de la República**, nº 33, Bogotá, 1993. **Luis Tejada, vida breve, crítica crónica**, Bogotá, 2005. J.G. Cobo Borda, Jorge Zalamea, Alberto Lleras Camargo, Luis Vidales: *Luis Tejada*, en Luis Tejada, **Gotas de tinta**, Bogotá, 1977. Antonio Mejía Gutiérrez: *Luis Tejada: sociólogo de los cotidiano*, **Revista UN**, n° 2, enero-marzo, 1969. Lino Gil Jaramillo: *Luis Tejada, pequeño filósofo de lo cotidiano*, en **Tripulantes de un barco de papel**, Cali, 1975.

## Este cigarro

Hay personas muy cuerdas en sus maneras de ser y de pensar, pero que, a pesar de ello, con lamentable ligereza prestan atención a los bárbaros preceptos y filantrópicas recomendaciones que algunos sabios de los Estados Unidos y de Alemania suelen darnos a menudo para conservar intacta la salud del cuerpo y alargar por unos cuantos años esta pobre vida nuestra, dulce y calumniada.

Se dice, por ejemplo, con incalificable desfachatez, que entre los labios húmedos y bermejos de una cándida novia, pueden ocultarse miríadas de microbios infames; hay quienes han dejado para siempre de beber el agua sabrosa y clara de Padilla, alegando el fútil e increíble argumento de que, dentro de esas gotas transparentes, puras como unas pupilas de niña, se agitan tribus invisibles de bacilos de tifus o de tuberculosis galopante; en cambio abrevarán ese líquido detestable que los rayos ultravioleta se han encargado de hacer insípido y prosaico; pero más que todo eso, me ha conmovido profundamente la resolución de un apreciable amigo y empedernido fumador, que ha dejado durante todo un mes y medio el delicioso entretenimiento de arrojar humo perfumado por las narices y contemplar luego las grises espirales que ascienden al cielo llevándose enredadas a sus cabelleras las menudas penas, las preocupaciones locas, las inquietudes cotidianas de nuestros corazones.

¡Oh, infortunio! Ya la saña de los higienistas, de los facultativos de todos esos odiosos señores que se preocupan tanto por el mejoramiento futuro de la raza, ha llegado hasta prohibir y anatematizar ese pequeño vicio del tabaco, único esparcimiento decente que quedaba a muchas personas honradas.

¡Porque son tan pequeños ya nuestros vicios! Un extraño afán de ser correctos, moderados ejemplares, de aborrecer las locuras y las calaveradas, nos invade a muchos; todas las mañanas procuramos asesinar dentro de nosotros alguna cosa inútil, aunque sea sabia, perjudicial, aunque sea bella. Confesémoslo: eliminamos en nuestros caracteres los

defectos, pero también van desapareciendo hermosas cualidades. Nos convertimos al fin en algo rectilíneo, sin profundidades y sin alturas, tan estúpido como una llanura.

Por eso he mirado con lástima la actitud de este amigo mío, que quiere entrar por un absurdo camino de perfección. Pero, comprendo; tus magníficos dientes blancos se tornarán en oscuros y repugnantes; tu memoria, tus facultades todas, tan lúcidas, se volverán tardas y pesadas, como envueltas en lana de cordero; tu pobre corazón, que antes era exacto como un reloj, empezará a palpitar acelerada y bruscamente, como un caballo indomado; y luego esa nicotina fatídica envenenará la roja sangre de tus venas. ¿No es esto y algo más lo que dicen los eminentes sabios de antiparras, los imperturbables sabios de ultramar?

A pesar de todo, es tan dulce suicidarse uno así, suavemente, lentamente, mientras las espirales azules de este espléndido cigarro de la Vuelta Abajo, suben al techo, vagas, aromadas, llevándose adheridas a sus cabelleras las menudas penas, las preocupaciones cotidianas, los ensueños locos de nuestras almas perezosas.

**El Espectador**, Bogotá, 6 de julio de 1918

## La pobreza

En estos críticos momentos que atravesamos, no sería conveniente hacer algunas menudas observaciones acerca de la pobreza como método necesario de vida. Los que tenemos la fortuna, inestimable hoy más que nunca, de no ser banqueros, ni cafeteros, ni empresarios, ni comerciantes, ni propietarios, y no tenemos por lo tanto nada qué perder ni qué ganar en este río revuelto, podemos apreciar ahora desde un buen punto de vista práctico, las grandes ventajas de la pobreza y sus excelencias como elemento decisivo para la tranquilidad personal y la felicidad general en el mundo.

No voy a recomendar la pobreza como una virtud más o menos indispensable para alcanzar el cielo, tampoco voy a predicar a los millonarios que repartan cuanto antes sus riquezas ni a decir a las gentes que dividan su capa con el prójimo y se metan a vivir como Diógenes debajo de un tonel vacío. Soy enemigo convencido de esa clase de aparatosos heroísmos sentimentales; los movimientos demasiado caritativos me infunden cierta desconfianza y el altruismo sistemático me parece una de las peores manías. Simplemente quiero insinuar que la pobreza decente, holgada y sencilla es en este siglo profundamente igualitario y violento, una base de seguridad personal y una garantía de paz y de estabilidad. Hay más: creo que la pobreza es un magnífico negocio, quizá el único magnífico negocio que se pueda hacer hoy con seguros resultados prácticos para el porvenir. Es evidente que el mundo económico se ha transformado de raíz y seguirá transformándose más; los que tienen algo qué perder, sin duda lo perderán hoy o mañana, o al menos, sufrirán las zozobras de la situación y el espanto del peligro inmediato; en cambio, a los que no tienen nada qué perder, lo peor que les puede pasar será continuar como están, aunque es más probable que ganen algo, pues siempre sucede que cuando unos se arruinan, otros mejoran proporcionalmente. Pero hay una cosa todavía más grave, y es el trastorno social que hay en el mundo: la revolución, el advenimiento de los desharrapados y de los pequeños. La demasiada riqueza se ha convertido en un peligro para el que la posee; como el hereje en otras épocas, el millonario se ha hecho hoy un poco sospechoso: no vale la

pena, pues, acumular durante laboriosos años de trabajo un tesoro, para que cualquier día lleguen las gentes feroces y no sólo lo despojen a uno, sino que hasta lo ahorquen de un árbol de la plaza mayor. En este caso, que ha sucedido con frecuencia y que sin duda seguirá sucediendo, los pobres, es claro, no correrán ningún riesgo; al contrario, se harán a méritos entre los probables vencedores.

Pero lo más excelente de la pobreza, hoy, es que se ha convertido al fin en una cualidad rara y difícil, solamente apreciada por los hombres de verdadero gusto. Cualquiera puede ser rico: le basta economizar y trabajar, cualidades negativas y puramente mecánicas; las posibilidades de trabajo se han multiplicado y la nada envidiable virtud de la economía se ha hecho general: cualquier muchacho formal se consigue una fortuna cuando menos lo piensa. En cambio, la pobreza se ha vuelto casi imposible; se necesita, además de una considerable cantidad de talento, cierta energía firme para ser pobre, para no entregarse con loca ansiedad a los negocios fáciles y demasiado productivos. Antes, un hombre de buen gusto podía ser rico sin escrúpulos estéticos; los placeres de la riqueza no se habían popularizado tanto, no se habían hecho tan comunes y tan accesibles a todos.

Hoy la invasión formidable y tenaz de los "nuevos ricos", con sus ostentaciones estrepitosas, ha hecho que las más exquisitas comodidades se vuelvan detestables y vulgares. ¿Quién podrá llevar ya joyas preciosas en las manos, en la corbata, en la cadena del reloj, si todos los fabricantes de conservas las llevan en radiante abundancia? ¿Quién podrá guiar su automóvil, si el negociante en novillos y el político barrigón y el prendero de la esquina, llevan los suyos de mil colores y nos lo meten a cada paso por las narices?. El champaña, la seda, el frac, los diamantes, los palacios suntuosos, los finos muebles, todo se ha prostituido hasta un grado ínfimo y no merece la pena de esforzarse un poco para disfrutarlo. El hombre verdaderamente aristocrático del porvenir buscará los placeres modestos y vivirá inadvertido dentro de una pobreza digna y voluntaria: llevará las manos desnudas, vestirá el sombrero de copa, prenda de aurigas, y el champaña, bebida de filipichines: no tendrá preocupaciones

sociales, porque la sociedad se hará aún más fatua y vulgar, y detestará las mansiones modernas de fachadas pretenciosas y demasiado impersonales, para habitar la clásica casita española de amplio patio sombreado y dulces tejas rojas. La pobreza así será el método ideal de vida, y sólo cuando los ricos se resuelvan a ser pobres por imitación o por envidia, entonces empezaremos nosotros a ser ricos de nuevo, para sostener el contraste.

**El Espectador**, Bogotá, 27 de noviembre de 1920

## Oración para que no muera Lenin

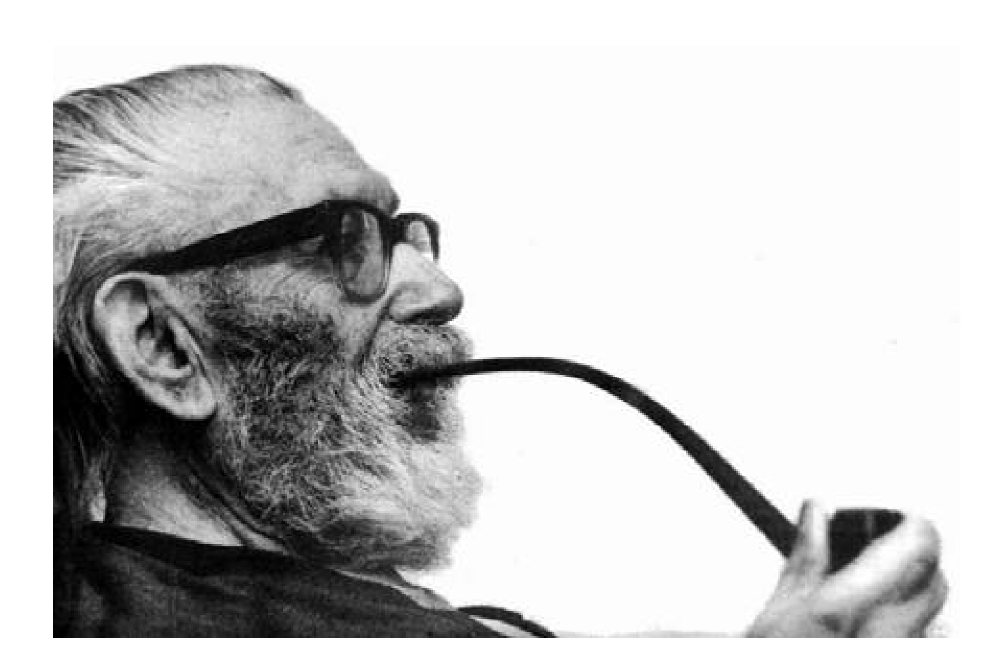
¡Oh, Parcas silenciosas, ya que lleváis en vuestros ágiles dedos los hilos de la vida, detened un instante la tijera tremenda ante ese más puro, más fuerte y más bello que todos: porque ése es Lenin, Nuestro Señor!

Que caiga Wilson en Londres y Rathenau en Berlín; que la hoz lívida de la muerte siegue a oscuras cabezas a lo ancho y a lo largo de la tierra. Está bien: la carne y la sangre de los hombres rejuvenecen al mundo fatigado y lo fecundan; pero que no llegue aún hasta el Kremlin de cúpulas nevadas, porque ahí bajo la bóveda de oro yace el espíritu redentor. Sólo él es necesario hoy al porvenir; es el piloto en el caos; el que lleva la luz en la oscuridad, la única y última esperanza de los pueblos. Porque, ¿a dónde iría a parar el mundo bajo la zarpa astuta y cruel de los George, de los Clemenceau, de los Poincaré, de los falsificadores de democracia, tiranos de americana, conquistadores de sombrero de copa, si no aparece en el confín de la estepa el sublime Cristo hiperbóreo de ojos oblicuos, de barbas endrinas, de sencillo y misterioso paso? Al soplo de sus labios sinceros, las pequeñas almas, los espíritus humildes, destripados y ennegrecidos por la esclavitud, todos los que no alcanzaron a ser redimidos en Jerusalén, se irguieron entre el lodo, dignificados por la llama santa de la rebelión: el mujik se hizo hombre y se hizo hombre el oprimido proletario de la ciudad; y se vio el espectáculo doloroso y maravilloso de una humanidad envejecida que empieza a mudar de piel.

Porque sólo él, genio destructor y constructor, lleno de nuevas soluciones, ha sido capaz de poner un poco de orden en la vida que se había vuelto angustiosa y caótica; él la está transformando, la está haciendo más humana, más sincera, más equitativa; puesto que el sol y la felicidad son para todos, él está dando a cada uno de los pobres hombres la parte de sol y de felicidad que le corresponde.

Por eso es necesario, ¡Oh dioses!, que el redentor no desaparezca todavía, que sus ojos supervidentes no se cierren ni sus manos creadoras se hielen sobre el pecho; los gusanos negros pueden esperar en sus cubiles, devorando mientras tanto las carnes bellas e inútiles que la muerte les manda; pero el mundo no puede esperar todos los miles de años que se requieren para que llegue otro salvador.

**El Espectador**, Bogotá, 2 de julio de 1922



## Luis Vidales

*1900-1990*

Luis Nelson Vidales Jaramillo, *Luis Vidales* [Calarcá, 1900-1990], no solo es el mítico poeta de *Suenan timbres* [1926], sino uno de los fundadores, junto a Luis Tejada, Silvestre Zawinsky, José Mar, Moisés Prieto y Diego Mejía, del Partido Comunista Colombiano y una de las vidas de poeta alguno dignas de la novela.

Hijo de una pareja de masones radicales vino al mundo en una vereda del viejo Caldas en plena Guerra de los Mil Días, por cuya causa solo fue bautizado cuatro años después de su nacimiento, infancia que pasó al cuidado de una vieja negra guineana, esclava manumisa, en el puerto fluvial de Honda, eje principal de la economía y comercio del país sobre el río Magdalena, centro de distribución, sede de milicias y jesuitas de donde partió toda la navegación hacia el Caribe desde la colonización hasta bien entrado el siglo XX. Cuando él y sus hermanos tuvieron edad para iniciar los estudios de secundaria, la familia se trasladó a Bogotá, donde el poeta entró al Colegio del Rosario, en el cual se hizo bachiller a los dieciséis años, y aun cuando ya había participado en manifestaciones políticas, en tertulias literarias y discusiones ideológicas, ingresó como contable al Banco de Londres & América del Sur, marcando con estas actividades el resto de su vida: contador público, extremista de izquierdas y poeta de vanguardias.

Fue en aquellos tiempos cuando comenzó a publicar en los diarios capitalinos, se vinculó a *Los Nuevos*, dio a la imprenta su famoso libro, decidió frecuentar la Escuela de Altos Estudios de París y luego [1928]

fungió de cónsul del gobierno de Miguel Abadía Méndez en Génova ante Benito Mussolini, compromiso que abandonó para regresar al país y fundar, formalmente, el Partido Comunista, ser su Secretario General en 1932 y verse excluido y degradado del Comité Central [1935], por desviacionismo trotskista por el estalinista Ignacio Torres Giraldo, quien lo obligó a hacer pública profesión de obediencia y fidelidad: «Declaro —firmó Vidales— que ceso toda oposición ideológica contra la actual dirección del partido y que en lo sucesivo aceptaré su política».

Solo en 1964, Gilberto Viera White lo rehabilitó discretamente, luego de haberlo despachado a las tinieblas exteriores por treinta años, con viajes a China y la Unión Soviética, enviándolo a colaborar [«Métete en lo más hondo del partido liberal»] con Alfonso López Pumarejo, Gabriel Turbay, Jorge Eliécer Gaitán, Eduardo Santos, Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo. Años en los cuales se desempeñó como Director Nacional de Estadística, fue profesor de Historia del Arte, hizo parte de las redes de información y abastecimiento de las guerrillas liberales, fue destituido como profesor de la Universidad Nacional por Roberto Urdaneta, estuvo exiliado por once años en Chile [1953-1964], volvió a trabajar en el DANE y recibió, ya bien entrado en la vejez, los Premios Nacional de Poesía y Lenin.

Entre 1930 y 1979 Vidales fue detenido y llevado a prisión 37 veces, la última con gran crueldad, a los setenta y nueve años, durante el gobierno del liberal Julio César Turbay, cuando en abril de aquel año, confundiéndolo con su hijo Carlos, entonces miembro de la dirección nacional del M-19, allanaron el piso del poeta en la madrugada y en completa indefensión lo condujeron a unas caballerizas donde permaneció, casi desnudo, a merced de los insectos y la burla de los soldados. Por último, solo y enfermo, varios de los camaradas y líricos que decían cuidarlo y bebían de su licor de malta, en un acto de admiración inigualable saquearon su pequeño refugio del barrio Teusaquillo, robando y luego cediendo a un conocido librero de viejo que haría ochas y panochas con los pobres poetas perseguidos en Cuba y a otras instituciones del género, los manuscritos de varios de sus libros, con caricaturas y documentos que permanecían inéditos

o apreciaba mucho. El mismo que despojó a Vidales vendió uno de los manuscritos que García Márquez había regalado a una parienta y que obtuvo mediante zalamerías eróticas usando a su único hijo, tan dipsómano y priápico, que llegó a controlar varios salones y suplementos literarios.

Vidales debe su gloria a *Suenan timbres*, así los poemas los compusiera como un acto de gamberrismo y tomadura de pelo de su tiempo. Lo cierto fue que acertó y de qué manera, tanta, como para que Borges y Huidobro lo incluyeran al final de su Índice de la nueva poesía americana [1926].

En una Bogotá analfabeta, donde para ser presidente de la república era menester traducir a Horacio y Virgilio, que renacía de entre las ruinas de la Guerra de los Mil Días y apenas conocía «el progreso» [la luz eléctrica, los teléfonos, los ascensores y el automóvil], literariamente adocenada por la sujeción a las tradiciones hispánicas y neoclásicas —regida en las altas esferas por Guillermo Valencia y por Julio Flórez en las chicherías y canchas de tejo de los barrios de artesanos y obreros—, que un petimetre de veinticinco años se atreviera a publicar un tomo, irreverente y mordaz, titulado *Suenan timbres*, con «poesías» con patos matando las escopetas, borricos castigando al mulero, bacterias que observan a los científicos a través de las lentes y un nuestro señor Jesucristo que fallece bajo el peso de una gran medalla, tenía que despertar la curiosidad de los lectores y suscitar la descalificación de los especialistas, agotando una edición de unos cuantos cientos de ejemplares. Porque lo cierto fue, y así lo atestiguan los registros, a nadie convenció, como no fuera a Luis Tejada y los amigos del Windsor, ese mundo al revés de la nueva poesía. Según contó él mismo, el libro lo publicó con dinero que le había prestado un compañero del banco donde trabajaba y que canceló, no con fama, sino con pura gratitud.

Humor, ironía, burla, desenfado, desfachatez, miradas sesgadas, los poemas de Vidales dieron en el clavo porque demolían el estado de cosas que conservaba en vilo una República Conservadora a punto de colapsar con la quiebra financiera de 1928. Todo lo respetable, establecido, aceptado y moralmente admitido, de buena costumbre;

toda la rima consonante y la estructura del soneto, ñoña y pendejismo, se vino abajo con las piruetas metafóricas y los sustos del inconsciente que Vidales bebió en las botellas y licores del «espíritu de la época», de *La pipa de Kif* [1919] de Valle Inclán y las *Greguerías* [1914] de Gómez de la Serna, sus maestros. Fue ese derrumbe del sentido común, ese poner patas arriba todo lo que parecía sostenerse con firmeza, lo que dio eternidad a esos «poemas», que nunca más volvió a escribir Vidales, porque ni el momento ni la palabra, es decir la historia, lo permitieron. La República Liberal fue apenas el preámbulo a la horrible pesadilla de la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y La Violencia, cuando por otros motivos y una cobardía y cinismo inauditos, con la ayuda de la Gran Prensa los nadaístas quisieron reeditar la gran aventura verbal de Vidales, Tejada, De Greiff y Zalamea.

Luis Nelson Vidales Jaramillo, el político, ofrecía a sus fieles discípulos y asociados abominables textos celebrando los decretos del Partido Comunista Colombiano, condenando la masacre de los artesanos en la Plaza de Bolívar en 1918, el trabajo humillante de los campesinos o aplaudiendo el centralismo democrático y las diversas y combinadas formas de lucha, las huelgas de los zapateros, las invasiones militares soviéticas a sus estados satélites, la tiranía de Fidel Castro o el servilismo de Roberto Fernández Retamar, e incluso, los versos delirantes y oportunistas de alguno de sus numerosos sobrinos líricos. Fue, como bien lo dijo alguien que lo conocía y adoraba, «confeso estalinista en todo momento».

**Bibliografía de Luis Vidales**

**Suenan timbres**, segunda edición, Bogotá, 1976. **La obreríada**, Bogotá, 1979. **Poesía inédita**, Bogotá, 1982. **El libro de los fantasmas**, Bogotá, l985. **Poemas del abominable hombre de Las Nieves**, Bogotá, 1985. **Antología poética**, Medellín, 1985.

**Bibliografía sobre Luis Vidales**

Alberto Lleras Camargo: *Suenan timbres*, **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, diciembre 22, 1976. Carlos Vidales: *La circunstancia social de Suenan timbres*, **Estravagario**, Cali, febrero 22 de 1976. Carlos Vidales: *La revolución de Luis Vidales y otras aventuras conexas*, versión digital, Estocolmo, 2006. Francisco Luis Bernárdez: *En Bogotá vive un poeta*, **Suplemento Literario Ilustrado de El Espectador**, Bogotá, agosto 5 de 1926. Luis Tejada: *Un poeta nuevo*, en **Gotas de tinta**, Bogotá, 1923. Luis Vidales: *Como nos hicimos comunistas*, en **Sábado**, Bogotá, noviembre 10 de 1945.

## Entierro

Lluvia
sobre los grandes cajones de las casas.
Lluvia. Lluvia.
Y a lo lejos
el conglomerado de paraguas
mancha en el aire
su pueblucho japonés.
A éste lo van a enterrar.
Las campanas se le querían caer encima
como sombreros ingleses.
Yo veo el dorso del acontecimiento.
Las levitas
cabeceantes
hacen unos pajarracos
que persiguen al muerto.
Las coronas
—neumáticos de carnaval—
van colgadas del carro como repuestos
por si se le dañan las ruedas.
Pero cuando se vayan las flores
quedarán los aros de las coronas
y esta noche
el muerto se pondrá el aro de una corona
—salvavidas—
y se botará al charco que hay que pasar
para ir al cielo.
Ya no llueve.
Desapareció el que estaba estrenando
cadáver.
Se fueron los de levita.
Nota.
No quedó ninguna mancha en el aire.

## Las hojas

El viento vira en los aires
sobre la hélice de la hoja.
Nadie ha visto el viento
pero las hojas van señalando su rumbo.
Da tristeza.
Para que el vuelo de las hojas
fuera a su gusto
todas deberían ir provistas
de motorcitos de mariposa.

## Geográfica

Mi alma
—¡Aeroplano!—
voló serenamente por encima de la tierra.

Los océanos navegaban hacia las costas remotas.
Pero luego suspendieron el rumbo
y bajo la curva de sus lomos azules
se durmió el eterno mineral.

Las estrellas giran en el viento.

Europa es un escorpión
España la cabeza
y la Península Escandinava la ponzoña.

La América del Sur es un inmenso corazón
botado en el mar por una mujer celeste.

La bota de Italia apareció a mis ojos de dormido
y me la calcé rápidamente
y pasé a grandes saltos
como un gigante cojo
por sobre las manchas de los países.

Y después...
¡Oh! el puerto.
Pequeño.
¡El puerto de rosa de tu boca!

## El gato

El gato se acomoda
en el hueco del sueño.

Lo miro con tristeza
porque dormirse
es lo mismo
que perder un mundo.

Indolente
estila posturas dentro de su forma
como esculpiendo
fugitivas figuras
de gatos.

Oigo el tardo
envolver el ovillo de su música.
Y esto he comprendido.
A la hora en que los gatos duermen
—afuera— en los tejados
andan las sombras solas.
Gatos negros
que caen de la luna.

## Los Arcos-Iris

Arcos-Iris lejanos,
desde el principio del mundo.
Caravanas de jirafas de colores
los pies en el agua
y el cuello dócil en el cielo.
Arcos-iris.
Los que pasaron por los cielos
de mi infancia azul.
Yo tenía los ojos tristes y ensoñadores
y viéndoos a vosotros —arcos-iris—
sentía un indeterminado deseo
como de acariciar cuellos
o como de domar serpientes.
Pero el dulce muchacho de mi niñez
hace mucho tiempo que se ha marchado
yo no sé para dónde.
Y ahora
—en esta tarde romántica—
cierro los ojos
y siento que me dejo estrangular de un arco-iris.



## Jorge Zalamea

*1905-1969*

Jorge Zalamea [Bogotá, 1905-1969] es la otra gran figura de *Los Nuevos*. Vástago de una familia principal, su padre, Don Benito Zalamea, contabilista de la empresa de energía, fue un típico bogotano del siglo XIX, hombre de saber, comprensión y justo sentido de las cosas y la existencia, de quien heredó un orgullo y una honradez a prueba de fuego. Zalamea fue el más joven del grupo. Voraz lector y dueño de un carácter sin par que lo acompañó toda la vida, sus primeros escritos fueron publicados cuando tenía 16 años y las crónicas de la época hablan de su combatividad y arrojo para debatir las ideas de los contertulios del Café Windsor, donde al lado de León de Greiff, que luego sería su más entrañable amigo, deslumbraba por su insolente y aguda inteligencia.

> Jorge Zalamea recordaba en su juventud —ha escrito Álvaro Mutis— a un altanero Dorian Grey. La imponencia de sus rasgos regulares y aristocráticos, la belleza de sus manos elocuentes y el timbre sonoro, lleno, profundo, cálido y varonil de su voz, se hicieron muy pronto más conocidos en Bogotá que sus dotes de escritor, como sucedía siempre en el ambiente municipal y espeso de nuestras soñolientas capitales.

Vinculado a una compañía de cómicos viajó por Centroamérica y en Costa Rica publicó *El regreso de Eva* [1927]. El lustro siguiente visitó España, Francia e Inglaterra y sirvió en la embajada de Colombia en Madrid y Londres, y más tarde fue secretario general y ministro de

educación del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, así como ministro de educación y embajador de Colombia en México e Italia en su segundo mandato. En esa Madrid de la Residencia de Estudiantes conoció a Federico García Lorca, Pedro Salinas, Pablo Neruda, Alfonso Reyes, Juan Larrea, Rafael Alberti o Dámaso Alonso. A Federico le unió una entrañable amistad, que ha quedado registrada en tres cartas consignadas en las obras completas del andaluz. En México descubrió la poesía de Saint John Perse, con quien se identificó y a quien prestó su voz de manera ejemplar. En 1948 Zalamea regresó a Colombia y dirigió durante tres años la revista *Crítica* [1948-1951], donde publicó *La metamorfosis de su excelencia*, texto que causó la censura de la misma por el gobierno de Mariano Ospina Pérez. Al caer asesinado Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, participó en la revuelta popular al lado de Gerardo Molina, Diego Montaña Cuéllar y Jorge Gaitán Durán, incitando, desde la Radio Nacional, al pueblo a la rebelión. Luego partió al exilio en Buenos Aires, donde publicó *El gran Burundú Burundá ha muerto* [1952] —una deslumbrante sátira contra los tiranos, con secretas referencias a la violencia colombiana— y tradujo a numerosos autores contemporáneos, entre ellos a Paul Valéry, Jean-Paul Sartre, T.S. Eliot y William Faulkner.

En 1952 Zalamea fue nombrado en Viena secretario del Consejo Mundial de la Paz [1952-1959]. Hizo entonces numerosos viajes por Europa y el Oriente, y en 1957, en Benarés, frente al Ganges, redactó la primera parte de *El sueño de las escalinatas*, que publicaría en 1964. Zalamea murió en Bogotá el 10 de mayo de 1969 mientras servía como director de un taller de escritores y profesor de la cátedra de poesía en la Universidad del Valle.

> Zalamea no pudo, ni en su juventud ni en su madurez —sostiene Helena Araujo— dimitir de un elitismo que su natural suficiencia, acentuada por una ventajosa apariencia física, incitaban a la superioridad. Sus diatribas contra los poderosos, su defensa de los humildes, su andamiaje de justo exiliado, calumniado y ofendido, su necesidad de público y de aplauso, eran en realidad reflejos de un individualismo cuya excesiva autovaloración fomentaba nociones de grandeza y persecución

> peculiares a las personalidades de tendencia paranoica. Dentro de la política, su "nobleza" de ideas lo llevó a ejercerse "por lo alto", en el reino de lo bueno, lo bello y verdadero. Platonismo que ni la labor educativa de su juventud ni la producción poética de su madurez logró identificar con liberales que le hallaron demasiado ajeno a la mentalidad electorera o comunistas que le supieron siempre ausente del partido.

Aun cuando se destacó en su juventud como difusor de ideas culturales y educativas, cuando descubrió la poesía de Saint John Perse sus intereses fueron variando y comenzó, tras las persecuciones y exilios, a escribir una obra que si bien podría inscribirse dentro de lo que se llamó «poesía militante», su rasgo definitorio fue la brillantez y la belleza de expresión. Eso es lo que deja hoy una lectura de *La metamorfosis de su excelencia, El gran Burundú Burundá ha muerto, El viento del Este* y *El sueño de las escalinatas*.

Como sucedió con la poesía política de Neruda, o con cierta poesía típicamente modernista de Darío, la de Zalamea vive hoy gracias al tono que inventó para hacerse oír contra la opresión y los horrores de su tiempo. Hay quienes han dicho que su voz fue aprehendida en Perse, pero quizás suceda más bien que fue Zalamea quien donó a aquel sus melodías y quienes oyen o leen no lo recuerdan. Hernando Valencia Goelkel sostuvo que encontraba más legibles los poemas de Perse en el español de Zalamea que en el original, y agregaba: «La versión de Zalamea casi nunca es preciosa; es él quien hace creer que el verso de Perse es para leer en voz alta, que puede decirse litúrgicamente, ritualmente, en un ceremonial incantatorio, colectivo y mágico». Y fue precisamente eso lo que hizo Zalamea con sus extensos poemas: rescatar el arte milenario de la lectura en voz alta, para grandes auditorios, donde la palabra, *flatus vocis*, hace indiscutibles los signos del texto. Esa fue su gran contribución a la literatura de esta parte del mundo, así los críticos oficiosos sigan leyendo más en sus asuntos que escuchando las melodías de sus poemas.

Como se sabe, tanto en unos como en otros poemas, Zalamea, o entabla una denuncia de los males causados por los poderosos, o celebra una esperanza en el mañana merced a los cambios sociales

y morales que podrían suceder en la historia. Pero no vende a quien oye verdad alguna ni impone una tesis. Es la sustancia de la ira, la voz del profeta que castiga la maldad, lo que retumba en su dicción. Otro tanto puede decirse de su *Cantata al Ché* o *Imprecación del hombre de Kenya:* es la recóndita voz de los humillados y perseguidos quien nos habla. Como ha dicho Helena Araujo, luego de un juicioso estudio de la obra del proscrito, después de oír o leer sus poemas «sucumbimos ante el poderío de un idioma opulento y emocionado. Será la imagen brillante, sensual o barroca lo que le exalta y fecunda, no su posible transposición ideológica. Si en *El gran Burundú Burundá*, teníamos un discurso retórico con ambiciones poéticas, en *El sueño de las escalinatas* tenemos un discurso poético que rehúsa hacerse plenamente demostrativo.»

> Jorge Zalamea y Jorge Gaitán Durán han sido —escribió Álvaro Mutis con ocasión de la muerte del gran vetado— las únicas voces ariscas, indomeñadas e infatigables que han lanzado a todos los vientos, no solamente la protesta contra las condiciones que abruman a su patria, sino el testimonio lúcido, infatigable y sin compromisos de cómo esas condiciones asfixian toda posible voz inconforme y liman en la conducta de las gentes, toda posible aspereza que no se ajusta al manso molde que conviene a quienes han determinado cómo se debe vivir en Colombia (…). El día de su entierro, sus compañeros de generación, poetas, periodistas y políticos y todos los que luego le precedieron en las mismas lides y aficiones, estábamos allí presentes, confundidos en un dolor común y en una común conciencia de culpa por no haber sabido cumplir con esa solitaria y perpetua condición de protesta, que él tratara de inculcarnos a través de una vida ejemplar y de un destino inconforme y soberbio.

**Bibliografía de Jorge Zalamea Borda**

**Infancia y adolescencia de un viejo aprendiz de escritor**, Bogotá, 1963. **La poesía ignorada y olvidada**, La Habana, 1965. **Literatura, política y arte**, Bogotá, 1978.

**Bibliografía sobre Jorge Zalamea Borda**

Álvaro Mutis: *Zalamea visto por Álvaro Mutis*, **Semanario Cultural**, Cali, 14 de julio de 1976. Espiral: **Homenaje a Jorge Zalamea**, n° 10, Bogotá, 1969. Helena Araujo: *Jorge Zalamea*, en **Eco**, n° 161, Bogotá, 1974. Hernando Valencia Goelkel: *Oficio crítico*, Bogotá, 1997. Humberto Jaramillo Ángel: *Jorge Zalamea: viajero, prosista, poeta*, **Boletín Cultural y Bibliográfico**, Vol. X, n° 10, octubre, 1967. J.G. Cobo Borda: *Zalamea Borda*, en **Eco**, n° 209, Bogotá, 1979. Lino Gil Jaramillo: *Jorge Zalamea, humanista dinámico*, en **Tripulantes de un barco de papel**, Cali, 1975.

## El sueño de las escalinatas

[*Fragmento*]

Como los lectores de libros sacros, los pregoneros de milagrerías y los loteadores de paraísos y nirvanas, también yo he de sentarme de espaldas al Rio, frente a las escalinatas plagadas de creyentes y obsedidas por dioses vivos y muertos; frente a los Templos de ladrillo y cobre sobre cuyas escamas la luz hierve y crepita; bajo los empinados Palacios en cuyas azoteas cunde la algarabía de los monos.
También yo he de llamar a los creyentes para que formen corro en torno mío, y me escuchen.
Pero no he de leerles milagros de dioses, ni hazañas de héroes, ni amores de príncipes, ni proverbios de sabios. Pues respondiendo a lo que viera el ojo, el duro brazo de la cólera arrebató el libro abierto sobre mis rodillas y lo destrozó contra el viento. Y ahora el viento dispersa sus hojas sobre el Río, como ahuyenta el huracán a una bandada de pájaros de mal agüero.
¡Ah! He repudiado el libro. He abolido los libros.
Solo quiero ahora la palabra viva e hiriente que, como piedra de honda, hienda los pechos y, como el vahoroso acero desenvainado, sepa hallar el camino de la Sangre. Solo quiero el grito que destroce la garganta, deje en el paladar sabor de entraña y calcine los labios profirientes. Solo quiero el lenguaje de que se hace uso en las escalinatas.
Pues tengo el designio, ¡oh creyentes! De abrir audiencia aquí, sobre las escalinatas, de espaldas al Río, frente a los Templos y bajo los Palacios.
Designio de incoar un proceso —el vuestro—; de armar un alegato —el vuestro—; de reanudar, fomentar y dirimir la más antigua querella —la vuestra.
Apelo a vosotros, ¡creyentes! Necesito de vosotros y todos los seres de condición contradicha.
He aquí, pues, mis citaciones a esta audiencia:

En primer término, cito a los hongos humanos que proliferan sobre las escalinatas o agonizan en ellas:
Esculturas vivientes, gesticulantes y gimientes que abren avenida hacia la abierta sala de nuestra audiencia:
El adolescente epiléptico que hace precipitar el ritmo de las plegarias con su alarido de entusiasmo y su bramar de espanto;
El enano que salmodia su irreparable mendicidad bajo lujo de su enorme turbante amarillo;
El paralítico que con sus tablillas ambulatorias, remeda sobre la sorda piedra la invitación de las castañuelas la danza;
La leprosa que, mendicante, púdica, coqueta, desesperada, exasperada, cierra o hace flotar el vuelo violeta de su manto sobre su desleída carne gris;
El niño que pone al sol los coágulos azulencos de sus ojos descompuestos;
El hermoso mozo mutilado por sus propios padres para que la muda y nuda plegaria de sus muñones le garantice el pan de cada día;
El demente, el sifilítico,
El calenturiento,
El idiota,
El varioloso, el pianoso, el tiñoso,
El sarnoso, el caratoso,
El tuberculoso,
Y toda la horda innumerable de los consuntos.
—Que vengan aquí, que se acuclillen en primera fila, muy cerca de mí para que su yerta brasa haga borbollar las palabras en mi pecho hasta que broten de él lenguas de fuego.
Pues quiero desatar un gran incendio.
Doy luego precedencia en mis invitaciones a las gentes que viven un poco más allá de las escalinatas, detrás de los Templos y los Palacios:
Las muchachas que acarrean las arenas y reciben en pago de su afán minúsculas hojuelas de estaño;
Los vendedores de leños para las piras funerarias;

Los vendedores de tierras de colores para los tatuajes de la casta y el rito;
Los vendedores de rosarios de sándalo, nueces o vidriería. Que amansan la ira e inoculan la resignación;
Las niñas que venden guirnaldas para adornar las esquivas gargantas del Río:
Las niñas que venden diminutas almadías de paja con dos velillas encendidas para ofrendar al Río;
Las solitarias abuelas varicosas que exponen con tímido orgullo, sobre un pingajo de saco seis nueces, cuatro pimientos rojos y un mango marchito:
Los escribanos que copian la letanía de las miserias iletradas de la madre que busca al hijo para que le dé un sudario; de la niña abandonada que no quiere perder el cielo del pecho de su amante; del jornalero que clama contra una justicia de expropiadores;
Los vendedores de tortillas; los vendedores de especias;
Los vendedores de hojas de betel;
Los vendedores de buñuelos en que se arraciman las abejas;
Los vendedores de emplastos; los vendedores de pájaros;
Los vendedores de bálsamos y laxantes;
Los vendedores de ceniza;
Los vendedores de sal;
Los vendedores de agua...
¡Oh delirante confusión del comercio de las cosas más nimias y necesarias!
El comerciante cuenta en fracciones de rupias sus ganancias y el comprador irrita su propia hambre con un puñadito de garbanzos o recontados granos de arroz.
Que abran el parque de los profetas y los dejen venir hasta mí, con sus salientes ojos alucinados, sus arremolinadas greñas, sus barbas cundidas de piojos y sus inciertas piernas de ebrios de Dios. Que los dejen llegar hasta nosotros, pues necesitamos su testimonio. Su demencia corrobora nuestra razón y sus palabras nuestro designio.

¡Crece, crece la audiencia! Hay ya silbos de llama en la brasa.
Que vengan también el herborista y el sacamuelas; el botero y el guía; el alfarero y el tejedor de mimbre; el astrólogo y el sastre; el homeópata y el acupuntista…
Las mujeres que trituran las piedras al borde de las carreteras;
Los ancianos que rasuran el vello amarillo de la tierra secana;
El niño tuerto que teje los saríes de púrpura y de oro; los hombres que tiran de los carros cargados con grandes vasijas de gres;
Los encantadores de serpientes;
Los cornacas;
Los colectores de boñiga;
Los niños que pastorean jabalíes y búfalos;
Los hombres que cuidan de los monos en los templos olorosos a orina y benjuí;
Los remendones de babuchas;
Los barberos que, en cuclillas, rasuran y tonsuran a sus clientes entre las ruedas locas de los rickshaws; los mozos de tiro de los rickshaws: los Ganimedes de leche de coco; los trenzadores de cuerdas;
Los basureros y los recogedores de colillas; los esquiladores y cardadores; los camelleros y burreros;
Los poceros y los pregoneros;
Los estafetas y las plañideras;
La mujer que tuesta los garbanzos; la que cuece el arroz;
La que sabe parar los flujos;
La que maquilla a la niña impúber;
La casamentera y la amortajadora;
Los que baten el cobre, los que graban el cobre, los que nielan el cobre...
Y los incineradores de cadáveres,
¡Y las parteras de la miseria recién parida!
¡Oh lancinante algarabía de los humildes menesteres! Y de los bajos oficios. ¡Oh inacabable necesidad de las manos que ofrecen su trabajo! ¡Oh codicia fatal de las manos que reciben el trabajo!
Crece, crece la audiencia:

Que vengan todas las gentes de sudor y de pena de Benarés, y me den todas ellas su venia para citar a los campesinos rebeldes de Hayderabad:
A los artesanos maldicientes de Jaipur;
A los tasadores de basuras de Bombay;
A los pescadores acongojados de Madrás;
A los pastores de Cachemira:
A los tejedores del Deccan:
A los chóferes de Delhi:
A los leñadores del Punjab;
A los colectores de cadáveres de Calcuta.
Que vengan todas las gentes de sudor y de pena de la India. Pues plantearemos un gran pleito y fomentaremos una gran querella con su asentimiento y testimonio.
Audiencias entre el Río y los Templos: sobre las escalinatas y bajo los Palacios. Sin esperar la tarde: bajo el colérico sol que denuncia hasta el bongo en la axila del notable.
Detrás está la ciudad: henchida clueca erizada de cúpulas. Minaretes y terrazas, empollando sus muchos siglos; rumiando su pasado, tal una vaca bajo el bordoneo de los tábanos; pasando y repasando su rosario de soles y de lunas como un fakir encenizado; censando sus caudillos; sus khanes, emires, emperadores y gobernadores; empadronando sus hechiceros, sus brahmines, sus lamas, sus imanes; haciendo balance de invasiones y contabilidad de lenguas; recitando crónicas, anales y memorias de pestes. Incendios, deslizamientos, inundaciones, terremotos
Tifones, sequías, guerras y hambrunas; sepultando sus muertos que descienden hacia el Río e inventariando sus recién nacidos que suben hacia el hambre.
En la confusión de los elementos —cuando el aire, el fuego, las aguas y la tierra eran un común hervor— surgió del légamo el ligam legatario y esparció su quemante esperma, confirmando las inciertas riberas, dando cauce al Río y engendrando la ciudad.

Unas cuevas en las escarpadas orillas, unos montoncillos de adobes más arriba, tal fue su origen, su remoto comienzo. Y la necesidad rondando desde entonces, en torno, como ocelada fiera.

Su rumia secular le repite a la ciudad el sabor de los sudores iniciales, la quemadura de las primeras lágrimas; el hedor de las primeras negras sangres humeantes; fermentación bajo el sol altanero; proliferación sobre el humus del Río. Y el infatigable conato del hombre de reproducir sus manos pedigüeñas y su boca insaciada. Y su precipitado corazón.

¡Ah! Rumia la ciudad sus gemidos de parturienta permanente: ora pariendo fosos y murallas; ora pariendo fuertes.

Y fronteras; ora pariendo mezquitas y pagodas; ora pariendo palacios y vanas tumbas. Toda cosa parida hermosa, grandiosa, fabulosa envuelta en la amarilla placenta del hambre.

Vientre cuyo flujo no reconoce tasa ni peaje, en el impudor de su celo milenario expele generaciones como vastas ovadas de renacuajos y pone esos huevos cósmicos bajo cuyo esculpido dombo se refugian los dioses y tratan de recalentar los hombres la yerta metafísica del hambre.

Indiferente al destino de sus criaturas, adorna su gran cuerpo polvoriento con pulidos falos de piedra, de madera. De cobre, de hierro, de oro... Por su eterna herida supurando generaciones necesitadas.

A cada vuelta de siglo, se hacen más distintas en el clamor de sus criaturas palabras, quejas, gemidos, gritos, alaridos de hambre, reclamos de justicia y de paz. Los siente en sus flancos como breve quemadura, como fugaz herida recurrente. Y se voltea sobre su propia desazón tal una barcaza abandonada da tumbos sobre la ola contraria.

Sobre la rumia de la ciudad, el cielo azul, impasible, surcado por el vuelo místico de las apsaras y el vuelo escandaloso de las guacamayas.

Manan los hombres de la ciudad hacia el Río; se vierten por las escalinatas como una lava lenta y escabrosa: extraviado cada uno en un sobresaltado ensueño de viandas humeantes y divinos visajes.

Consolación de los colores: el incierto, el inquieto descendimiento de la muchedumbre por las graderías, se afirma e ilumina con las rojas trenzas de un turbante, los pliegues de un manto amarillo. Los visos de un sari violeta, el breve vuelo de un velo verde y la vasta palpitación de un gran lienzo blanco entregado al mudo furor del viento.

Estáis aquí, creyentes. En torno mío, poblando las escalinatas. Y va a ser posible abrir audiencia pues otras gentes de vuestra misma condición han venido de todos los rumbos: ora por sobre las sobresaltadas praderas marítimas; ora traspasando las montañas en que tienen sede sabios, santos y otros fantasmas; ora por los polvorientos caminos que el árbol nim sombrea con sus ramas caritativas y sus hojas sanatorias.

¡Nombrarlos, enumerarlos! Cada nombre será una nueva brasa y cada número otra ira.

Que nuestra condición se muestre en toda la majestad de su horror.

¡Censar, censar es mi retórica!

Vedlos aquí: venidos de todo foco de infección, de todo hogar de miseria, de la ubicua sede de la necesidad:

De Nagasaki e Hiroshima y Okinawa las madres frustradas, los hombres mutilados y los campesinos desposeídos;

De las islas de Sonda los caucheros de quienes nadie recogió la leche de su fatiga ni la resina de sus huesos;

De Indonesia las víctimas de los remotos especuladores del estaño;

De Turquía los aldeanos que devoran al ras del suelo, en competencia con las bestias, las hierbas amargas;

Del Irak los supervivientes de las matanzas de Basra, de Habanieh y de las islas letales;

De Ceilán las víctimas de los avisados especuladores del arroz;
Del Irán los rehenes de la guerra cruda del petróleo y los habitantes famélicos de las cuevas de la prestigiosa Teherán, so el miraje de los palacios: como aquí;
De Argelia los macilentos próceres que roen con sus dientes de leche las cadenas del cainita;
De Egipto los fellahs que perdieron en el turbión de los siglos el crédito de su angustia y el débito de su cólera;
De Kenya los kikuyus engañados por las grandes fábricas del saber occidental; los masai empenachados con su propia belleza, pero ampollados por la consunción; los maumau exorcizándose a sí mismos en un tenebroso ensueño de ira y reconciliación;
De Sur África los míseros viejos negros sollozando sobre el destine, de sus hijos terroristas y sus hijas prostitutas; de Madagascar los sobrevivientes de la orgía represiva.
¡Crece, crece la audiencia!
Pues también de la orgullosa península minúscula derivan aquí nuestros semejantes:
De Francia, la bien garnida, los mineros silicosos, los recogedores de remolacha, los galanes sin techo, los ancianos que abren la espita del gas y escuchan la silbante canción del gas como final melodía de su desamparo; las maquilladas marionetas mecánicas de la prostitución; los obreros roídos por las hormigas de los dividendos;
De la España bronca, los cosecheros de aceitunas de Andalucía, los vascos de sellada furia, los asturianos cosidos de recuerdos como de cicatrices: todos los españoles humillados y ofendidos;
De la imperial Britania, los lémures humanos de los slums londinenses; los labriegos que revientan de fatiga y de hambre sobre los terrones de Irlanda; las viejas que vendimian el vino de su embriaguez en lagares de esperanzas fallidas y mancillados recuerdos; los marinos que buscan en los siete mares el olvido del hogar ingrato. Y todos los que, ruborosos, se dicen a sí mismos, como Chariot: no hay miseria comparable a la de Londres;

De la Italia azul y miel, las mondadoras de arroz que son mondadoras de sus propios sueños; los pastores de Calabria que apacientan la negra ira; los vidrieros vénetos que traspasan el agonizante fuego de sus venas a las cintilantes copas que saciarán a otros labios: las niñas negociadas de Nápoles; los carusi de Sicilia, precozmente corrompidos por la opresión y contrahechos por la explotación; las muchachas vergonzantes de Roma a las que encontrará la muerte más blancas y temblorosas que una hoja de papel, más yertas que el alba del desahucio, y toda la innúmera emigración desesperada;
De Grecia, toda Grecia, la traicionada y vilipendiada: el devorante chancro de nuestros vicios, nuestra más secreta vergüenza.
!Qué numerosa audiencia!
¡Qué tumultuosa audiencia!
Y aún crecerá la audiencia sobre las escalinatas. Pues no ha finido el censo.
Del quieto país de muchos lagos y volcanes de agua, han venido los guatemaltecos tratando de revivir entre sus manos desposeídas un quetzal malherido;
De México —sangrante, agonizante— han llegado los agraristas engañados, los guerreros vendidos, los revolucionarios frustrados. Los sindicalistas abozalados: toda la gente mexicana como un erizado bosque en marcha de cactus;
De otras naciones del Caribe, blancos y negros, indios, mestizos, mulatos, zambos y cuarterones han venido —alzados todos ellos contra la sangrienta demencia que sirve de Celestina a los rijosos patrones del azúcar y el banano;
De las gélidas mesetas en que el guanaco curiosea, han venido otras víctimas de los remotos especuladores del estaño;
De Venezuela la rica, la más rica, la mil veces rica, la riquísima —inesperado centro de musicalia, sede de la más audaz arquitectura, lonja de artistas, mecenas estrellado [¡oh antifaz, oh máscara, oh irrisión!]— de Venezuela humeante de petróleo, husmeante de pan, han venido cinco millones de pobres

venezolanos y los millares de sombras que toman aquí, entre vosotros, vacaciones de los penales,
Presidios y cárceles en que pagan el planteamiento de un pleito: ¡el vuestro, el nuestro!
Que cada palabra mía fuese ahora como piedra de cien filos: llave inmisericorde que abra y destroce todo corazón. O como dentellada de lobo que tiene prisa por llegar a la entraña palpitante de su presa. Pues mi pobre corazón está desnudo y llagado viendo llegar a las escalinatas la delegación de mi pueblo: mis hermanos, mi más inmediata semejanza.


AVANZA SOBRE EL PAIS

## Aurelio Arturo

*1906-1974*

Aurelio Arturo [La Unión, 1906-1974] nació en un pueblito del Estado del Cauca a comienzos del siglo pasado. Allí pasó su niñez durante los años de la dictadura de Rafael Reyes, cerca del imponente cañón del Patía, rodeado de las montañas que vieron asesinar a Sucre, hasta cuando fue enviado a Pasto a estudiar el bachillerato con un grupo de jesuitas que erradicaban la «ignorancia nativa», mediante la instilación de los más prodigiosos dogmas del catolicismo y las literaturas latina e italiana, en las mentes de los muchachos.

La Unión es todavía un pueblo helado por la bruma que baja del cerro La Jacoba, con una esquina donde resiste la incuria del tiempo, entre basuras y vendedores ambulantes, la casa donde nació el poeta. Su padre fue maestro de escuela. Su madre, que interpretaba canciones acompañada de un piano que había llegado a lomo de peones de brega, dio a luz siete hijos, y parece que tuvo, entre una legión de negros que servían en la casa, una niñera que luego Arturo recordaría en sus versos. Quizás fue esa mujer, ¿nieta de esclavos?, la que ofreció al poeta un mundo de frescos boscajes, aguas recónditas y vientos con olor de resina de finas maderas, donde encontró alivio ante la crueldad del presente. El pasado como paraíso.

Llegó a caballo a Bogotá a mediados de los años veinte, cuando la capital vivía con furor el centralismo administrativo y político, y la doctrina de la prosperidad a debe hacía de las suyas, desplazando la mano de obra de las haciendas hacia la construcción de los ferrocarriles

y los enclaves imperiales que explotaban el banano y el petróleo. Un estado de cosas que hizo abandonar las parcelas y fundos a unos ciento cincuenta mil jornaleros en 1928, año de la crisis mundial, y que permitió, al Partido Liberal, hacerse con las banderas del proletariado y llegar de nuevo al poder con Olaya Herrera.

Esos fueron los años de sus estudios de secundaria en el Colegio Mayor del Rosario, de derecho en la Universidad Externado, de la publicación de sus primeros poemas en la revista *Universidad*, *La Crónica Literaria* de El País y *Lecturas Dominicales* de El Tiempo. Y quizás también los del encuentro con Jorge Eliécer Gaitán, a quien lo uniría una entrañable amistad. En *La Crónica Literaria*, Rafael Maya redactó un elogio hueco y desacertado, que leído hoy, dice más de sus prevenciones para con la poesía del sureño, que de su aparente entusiasmo. Arturo tenía 26 años y ya era el gran poeta de su tiempo. En *Lecturas Dominicales* de El Tiempo de 1934 quedan varios de sus poemas de tono social, celebrando individuos y masas de la nueva clase que surgía en Colombia. Ahora han sido recogidos en la edición realizada por la UNESCO. Un trabajo de arqueología literaria impecable, perturbado, en ocasiones, por desquiciadas interpretaciones de sus textos. Uno de esos poemas retrata al Arturo de aquellos tiempos: un poeta interesado en la vida real y los hechos humanos.

Yo soy Juan de la Cruz, llamado el héroe
que partió con cien mozos y una bandera
a cubrirse de gloria bajo el sol.
Y a elevar un grito rebelde contra las balas
aún más alto que el grito de rebelde cañón.

Yo soy Juan de la Cruz, llamado el héroe,
que vio la tierra buena enloquecer
y beber salvajemente la sangre brava, y vio
caer sus compañeros junto a la cruel bandera,
bajo el cielo incendiado de la revolución.

Yo soy Juan de la Cruz, llamado el héroe,
dueño de un blanco corcel que victorioso

por campos de sangre y fuego lo llevó,
y en las fiestas del pueblo enloqueció a las mozas,
quizá demasiado altas para sus quince años,
con ritmo en el talle y en los ojos fulgor.

Yo soy Juan de la Cruz, llamado el héroe,
de quien decían los niños en las tardes del pueblo,
señalando el ocaso que es como confusión
de banderas heroicas: por allá con cien mozos,
Juan de la Cruz, el héroe, partió.

Yo soy Juan de la Cruz, llamado el héroe,
que perdió su alegría y que era también
un fruto de su tierra que bendijo el Señor.
Yo soy Juan de la Cruz, en cuyo honor el pueblo,
en medio de la plaza, sólo un roble plantó.

[Balada de Juan de la Cruz]

Arturo es, en la apariencia, un poeta que rechaza la realidad, pues sus melodías son mejor recordadas que sus asuntos. Pero no hay tal. Si hay un poeta colombiano que celebre el trabajo como forma de felicidad, ese tiene que ser Arturo. En sus poemas aparecen los nombres de hombres ciertos, de trabajadores, de bogas, de cortadores de árboles. Es verdad que buena parte de sus catorce poemas se refugian en la infancia como la morada feliz del hombre, pero el resto celebra y evoca la vida laboriosa de los hombres en tierras de nadie, entre el silencio, el amor, la soledad, los veranos, el viento, las noches, las sequías, las palabras, las lluvias, los tambores y los sueños. Una poesía que no existía en las tradiciones ni colombianas ni de la misma lengua. Con una sintaxis que debe más a su propia voz, que a Perse o Cernuda, como ha anotado cierta crítica.

La música y los asuntos de los poemas de Arturo hicieron que los jefes de las banderías poético-políticas de entonces vieran en él al rival por excelencia. Arturo debió sentir la derrota en esos años de auge del más torvo y perverso clientelismo poético, cuando ante los avances

sociales de los gobiernos liberales, los piedracielistas se dedicaron a celebrar la molicie española, la belleza de las popayanejas, o consumían los días a la búsqueda de una rica heredera con quien casarse y salir de la miseria y el anonimato, como pensaban era la suerte que había corrido Neruda con Delia del Carril.

Arturo, que vivía en carne propia las afugias de ser empleado público [en 1959 siendo ministro del trabajo Otto Morales Benítez tuvo que cesar en su cargo de secretario del ramo por ser tan liberal como el titular], que tenía cinco hijos, y no estaba dispuesto a vender su alma al diablo, prefirió quedarse en casa y no asistió más a cócteles ni recitales. Solo en 1963 volvió su obra a recibir cierta atención al obtener un Premio Nacional de Poesía, pero ni el premio, ni la crónica que hizo Hernando Téllez, ni el ensayo del joven Eduardo Camacho Guizado, hicieron populares sus versos.

**Bibliografía de y sobre Aurelio Arturo**

**Obra poética completa**, edición crítica, Colección Archivos de la UNESCO, Universidad de Antioquia, Medellín, 2003.

## Canción de la noche callada

En la noche balsámica, en la noche,
cuando suben las hojas hasta ser las estrellas,
oigo crecer las mujeres en la penumbra malva
y caer de sus párpados la sombra gota a gota.

Oigo engrosar sus brazos en las hondas penumbras
y podría oír el quebrarse de una espiga en el campo.

Una palabra canta en mi corazón, susurrante
hoja verde sin fin cayendo. En la noche balsámica,
cuando la sombra es el crecer desmesurado de los árboles,
me besa un largo sueño de viajes prodigiosos
y hay en mi corazón una gran luz de sol y maravilla.

En medio de una noche con rumor de floresta
como el ruido levísimo del caer de una estrella,
yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo
junto del cuerpo núbil de una mujer morena
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.

Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes
yo amé un país y es de su limo oscuro
parva porción el corazón acerbo;
yo amé un país que me es una doncella,
un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave.

Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje
un grito de mujer entre mi carne.

En la noche balsámica, noche joven y suave,
cuando las altas hojas ya son de luz, eternas...

Mas si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece,
si ya en tus ojos caen sin fin estrellas grandes,
¿Qué encontraré en los valles que rizan alas breves?,
¿Qué lumbre buscaré sin días y sin noches?

## Canción del viento

Toda la noche
sentí que el viento hablaba,
sin palabras.

Oscuras canciones del viento
que remueven noches y días que yacen
bajo la nieve de muchas lunas,
oh lunas desoladas,
lunas de espejos vacíos, inmensos,
lunas de hierbas y aguas estancadas,
lunas de aire tan puras y delgadas,
que una sola palabra
las destrozó en bandadas de palomas muertas.

La canción del viento desgarra
orlas de soles y bosques,
y allí, en ellas, hermosas muchachas ríen en el agua,
y traen en sus brazos
ramas y cortezas de días de oro
y hojas de luz naciente.

Días antiguos,
de sol y alas,
y de viento en las ramas,
cada hoja una sílaba,
la sombra de una palabra,
palabras secretas
de fragancia y penumbra.

Pero las noches entonces son más dulces,
y mi amiga esconde las estrellas más puras
en su ternura,

y las cubre con su aliento
y con la sombra de sus cabellos,
contra su mejilla.
El viento evoca sin memoria.
Canción oscura, entrecortada.
Flor de ruina y ceniza,
de vibraciones metálicas,
durante toda la noche que envejece
de soledad y espera.

El viento ronda la casa, hablando
sin palabras,
ciego, a tientas,
y en la memoria, en el desvelo,
rostros suaves que se inclinan
y pies rosados sobre el césped de otros días,
y otro día y otra noche,
en la canción del viento que habla
sin palabras.

## Canciones

Cántame tus canciones,
tus esbeltas, desnudas canciones,
esas que se visten de menudas hojas verdes
y hojas rojas,
y hojas verdidoradas,
con cortezas resinosas
y pequeñas piedras pulidas por el agua.

Cántame tus canciones:
las de los delgados cielos azules,
de las nubes azules,
de las montañas azules.

Y las otras:
las de las aguas hechizadas
que se precipitan gritando por las rocas,
y aquellas en las que bandadas de alondras
levantan la mañana.

Y la canción de los hermosos caballos,
en la que se enumeran los caballos por sus colores,
y sus nombres
y sus orígenes y linajes.

Y la canción de los pájaros, las aves
que se nombran según sus plumajes
y sus vuelos y sus melodías.

Y la canción de las lluvias,
de las lluvias inmemoriales.
Y de las otras,
las frívolas y danzarinas.

Y la honda canción de las noches
que hablan doradas palabras
que rebrillan por instantes,
las pacientes noches de larga memoria.

## Clima

Este verde poema, hoja por hoja,
lo mece un viento fértil, suroeste;
este poema es un país que sueña,
nube de luz y brisa de hojas verdes.

Tumbos del agua, piedras, nubes, hojas
y un soplo ágil en todo, son el canto.
Palmas había, palmas y las brisas
y una luz como espadas por el ámbito.

El viento fiel que mece mi poema,
el viento fiel que la canción impele,
hojas meció, nubes meció, contento
de mecer nubes blancas y hojas verdes.

Yo soy la voz que al viento dio canciones
puras en el oeste de mis nubes;
mi corazón en toda palma, roto
dátil, unió los horizontes múltiples.

Y en mi país apacentando nubes,
puse en el sur mi corazón, y al norte,
cual dos aves rapaces, persiguieron
mis ojos, el rebaño de horizontes.

La vida es bella, dura mano, dedos
tímidos al formar el frágil vaso
de tu canción, lo colmes de tu gozo
o de escondidas mieles de tu llanto.

Este verde poema, hoja por hoja
lo mece un viento fértil, un esbelto
viento que amó del sur hierbas y cielos,
este poema es el país del viento.

Bajo un cielo de espadas, tierra oscura,
árboles verdes, verde algarabía
de las hojas menudas y el moroso
viento mueve las hojas y los días.

Dance el viento y las verdes lontananzas
me llamen con recónditos rumores:
dócil mujer, de miel henchido el seno,
amó bajo las palmas mis canciones.

## Interludio

Desde el lecho por la mañana soñando despierto,
a través de las horas del día, oro o niebla,
errante por la ciudad o ante la mesa de trabajo,
¿a dónde mis pensamientos en reverente curva?

Oyéndote desde lejos, aun de extremo a extremo,
oyéndote como una lluvia invisible, un rocío.
Sintiéndote en tus últimas palabras, alta,
siempre al fondo de mis actos, de mis signos cordiales,
de mis gestos, mis silencios, mis palabras y pausas.

A través de las horas del día, de la noche
—la noche avara pagando el día moneda a moneda—
en los días que uno tras otro son la vida, la vida
con tus palabras, alta, tus palabras, llenas de rocío,
oh tú que recoges en tu mano la pradera de mariposas.

Desde el lecho por la mañana, a través de las horas,
melodía, casi una luz que nunca es súbita,
con tu ademán gentil, con tu gracia amorosa,
oh tú que recoges en tus hombros un cielo de palomas.

## Morada al sur

**I**

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.

Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.
[Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura].

Miraba el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.
Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama, "llamita",
"manzana de miel"

El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.
Y un ala verde. tímida, levanta toda la llanura.

El viento viene, viene vestido de follajes,
y se detiene y duda ante las puertas grandes,
abiertas a las salas, a los patios, las trojes.

Y se duerme en el viejo portal donde el silencio
es un maduro gajo de fragantes nostalgias.

Al mediodía la luz fluye de esa naranja,
en el centro del patio que barrieron los criados.
[El más viejo de ellos en el suelo sentado,
su sueño, mosca zumbante sobre su frente lenta].

No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño
se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.
Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo,
al sur el curvo viento trae franjas de aroma.

[Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos
de la nodriza, el sueno me alarga los cabellos].

**II**

Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.

En esas cámaras yo vi la faz de la luz pura.
Pero cuando las sombras las poblaban de musgos,
allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos,
sus lunas más hermosas la noche de las fábulas.

Entre años, entre árboles, circuida
por un vuelo de pájaros, guirnalda cuidadosa,
casa grande, blanco muro, piedra y ricas maderas,
a la orilla de este verde tumbo, de este oleaje poderoso.

En el umbral de roble demoraba,
hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
el alto grupo de hombres entre sombras oblicuas,
demoraba entre el humo lento alumbrado de remembranzas:

Oh voces manchadas del tenaz paisaje, llenas
del ruido de tan hermosos caballos que galopan
bajo asombrosas ramas.
Yo subí a las montañas, también hechas de sueños,
yo ascendí, yo subí a las montañas donde un grito
persiste entre las alas de palomas salvajes.

Te hablo de días circuidos por los más finos árboles:
te hablo de las vastas noches alumbradas
por una estrella de menta que enciende toda sangre:

te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria
que cae eternamente en la sombra, encendida:

te hablo de un bosque extasiado que existe
sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas.

Te hablo también: entre maderas, entre resinas,
entre millares de hojas inquietas, de una sola hoja:
pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron
por los bellos países donde el verde-es de todos los colores,
los vientos que cantaron por los países de Colombia.

Te hablo de noches dulces, junto a los
manantiales, junto a cielos,
que tiemblan temerosos entre alas azules:

te hablo de una voz que me es brisa constante,
en mi canción moviendo toda palabra mía,
como ese aliento que toda hoja mueve
en el sur, tan dulcemente,
toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.

**III**

En el umbral de roble demoraba,
hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
un viento ya sin fuerza, un viento remansado
que repetía una yerba antigua, hasta el cansancio.

Y yo volvía, volvía por los largos recintos
que tardara quince años en recorrer, volvía.

Y hacia la mitad de mi canto me detuve temblando
temblando temeroso, con un pie en una cámara
hechizada, y el otro a la orilla del valle
donde hierve la noche estrellada, la noche
que arde vorazmente en una llama tácita.

Y a la mitad del camino de mi canto temblando
me detuve, y no tiembla entre sus alas rotas,
con tanta angustia, una ave que agoniza, cual pudo,
mi corazón luchando entre cielos atroces

**IV**

Duerme ahora en la cámara de la lanza rota en las batallas.
Manos de cera vuelan sobre tu frente donde murmuran
las abejas doradas de la fiebre, duerme.
El río sube por los arbustos, por las lianas, se acerca,
y su voz es tan vasta y su voz es tan llena.
Y le dices, repites: ¿Eres mi padre? Llenas el mundo
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.
Soy el profundo río de los mantos suntuosos.

Duerme quince años fulgentes, la noche ya ha cosido
suavemente tus párpados, como dos
hojas más, a su follaje negro.

No eran jardines, no eran atmósferas delirantes. Tú te acuerdas
de esa tierra protegida por una ala perpetua de palomas.
Tantas, tantas mujeres bellas, fuertes, no, no eran
brisas visibles, no eran aromas palpables, la luz que venía
con tan cambiantes trajes, entre linos, entre rosas ardientes.
¿Era tu dulce tierra cantando, tu carne milagrosa, tu sangre?

Todos los cedros callan, todos los robles callan.
Y junto al árbol rojo donde el cielo se posa,
hay un caballo negro con soles en las ancas,
y en cuyo ojo líquido habita una centella.
Hay un caballo, el mío, y oigo una voz que dice:
"Es el potro más bello en tierras de tu padre".

En el umbral gastado persiste un viento fiel,
repitiendo una sílaba que brilla por instantes.
Una hoja fina aún lleva su delgada frescura
de un extremo a otro extremo del año.
"Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida".

**V**

He escrito un viento, un soplo vivo
del viento entre fragancias, entre hierbas
mágicas; he narrado
el viento; sólo un poco de viento.

Noche, sombra hasta el fin, entre las secas
ramas, entre follajes, nidos rotos —entre años—
rebrillaban las lunas de cáscara de huevo,
las grandes lunas llenas de silencio y de espanto.



Gerardo Valencia, Arturo Camacho Ramírez, Jorge Rojas, Eduardo Carranza y Darío Samper.

## Piedra y cielo

*1936-1942*

Financiados en su totalidad por Jorge Rojas [Santa Rosa de Viterbo, 1911-1995], un acaudalado terrateniente aficionado al tenis, agente de licores de caña, bachiller bartolino y abogado javeriano, quien fue apenas titular [el indiscutible fue un protegido de Eduardo Carranza, compañero sentimental de su hija] de una casa de politiquería frentenacionalista conocida como Instituto Colombiano de Cultura [*Colcorrupta*], fueron dados a la imprenta entre septiembre de 1939 y marzo de 1940, siete cuadernos de *Piedra y Cielo* de Carlos Martín[1], Arturo Camacho Ramírez[2], Eduardo Carranza, Tomás Vargas Osorio, Gerardo Valencia y Darío Samper. A quienes hay que agregar por derecho propio el poeta caucano Helcías Martán Góngora[3],que publicó por muchos años la revista *Esparavel*.

Colombia acababa de inaugurar el gobierno de *La Gran Pausa* [1938-1942] de Eduardo Santos, antítesis de *La Revolución en Marcha* de Alfonso López Pumarejo, quien durante el primero de los suyos [1934-1938] quiso situar el país a tono con las conquistas democráticas de la constitución republicana española del 31, mudando el estatuto

---

1. Carlos Martín [Chiquinquirá, 1914-2008] hizo estudios de derecho y filosofía en la Universidad Javeriana, fue profesor de literatura y secretario del Colegio Boyacá, donde dirigió la revista *Altiplano*. Abogado del Ministerio de Educación y de Shell, fue rector del Colegio Nacional de Zipaquirá cuando Gabriel García Márquez estudiaba allí el bachillerato. En 1961 se trasladó a Holanda para trabajar en la Universidad de Utrecht, donde se jubiló. Algunos de sus libros son *Territorio amoroso* [1939], *Es la hora* [1973], *Epitafio de Piedra y Cielo y otros poemas* [1984] y *Hacia el último asombro* [1991].

colombiano del XIX en un instrumento del Estado Social de Derecho con las teorías intervencionistas en boga, la obligatoriedad de las grandes empresas para pagar impuestos ajustados a sus ganancias, la utilidad pública de los bienes ociosos, la reforma a la tenencia de la tierra, el impulso a la universidad estatal y la educación laica y obligatoria, el derecho de la mujer a la educación, etc.

Si López Pumarejo había sido simpatizante del crecimiento de los sindicatos y defensor de la industria nacional, Santos se declaró contrario a las masivas confusiones de liberales y comunistas, partidario irrestricto del presidente F.D. Roosevelt y del Vaticano, y por supuesto de la jerarquía colombiana. Un gobierno típicamente liberal, alejado

---

2. Arturo Camacho Ramírez [Ibagué, 1910-1982] hizo estudios de primaria y bachillerato en el Colegio de la Presentación y La Salle, y aun cuando hizo algunos meses de derecho en la Universidad Nacional, se dedicó a la publicidad, el periodismo y la burocracia. En 1934 ingresó al servicio oficial como funcionario del Ministerio de Agricultura, luego sería secretario de la embajada de Colombia en Bolivia, secretario de redacción de *Sábado* y columnista de *El Tiempo* y otros diarios. Uribia, antigua capital de La Guajira, donde vivió un tiempo, es el escenario de *Luna de Arena*, obra teatral de Camacho Ramírez transmitida por la Radio Nacional. Recibió el primer premio del concurso de sonetos de la «Revista de las Indias» con *Nada es mayor que tú*:

> Nada es mayor que tú, sólo la rosa
> tiene tu edad suspensa, ilimitada;
> eres la primavera deseada
> sin ser la primavera ni la rosa.
>
> Vago espejo de amor donde la rosa
> inaugura su forma deseada,
> absorta, inmersa, pura, ilimitada,
> imagen sí, pero sin ser la rosa.
>
> Bajo tu piel de rosa en primavera,
> luz girante, tu sangre silenciosa
> despliega su escarlata arborecida.
>
> Nada es mayor que tú, rosa y no rosa,
> primavera sin ser la primavera:
> arpegio en la garganta de la vida.

En 1945 apareció *Oda a Carlos Baudelaire*. En 1962 vio la luz *Vida pública*, con fotos de Fanny Mickey hechas por Hernán Díaz, y en 1964, *Límites del hombre*. Sus *Obras completas*, con prólogo de Andrés Holguín, fueron publicadas en 1988.

de las doctrinas socialdemócratas del lopismo, equidistante de los ismos [fascismo, franquismo, comunismo], pero apoyando, como gran burgués afrancesado que era, la educación de las élites y las iniciativas de Gerardo Molina como rector de la Universidad Nacional; del marxista Luis Eduardo Nieto Arteta, autor de *Economía y cultura en la historia de Colombia*; de José Francisco Socarrás, médico y sicoanalista, ideólogo de la Escuela Normal Superior de Colombia; o de Luis López de Mesa, al tiempo que acogía un buen número de intelectuales republicanos que huían de la España de los nacionales franquistas.

---

3. Helcías Martán Góngora [Guapí, 1920-1984] estudió la secundaria en Pasto y Medellín, y en la Universidad Externado se recibió de abogado. Fue miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, Caballero de la Orden de Alfonso X el Sabio, Grand' Croix d'Honner de la Orden Imperial Bizantina de Constantino el Grande, Profesor Honorario de la Cátedra Guillermo Valencia de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Cauca, miembro de la Academia de Historia de Popayán y de la Sociedad Bolivariana de Colombia, miembro del Grupo Esparavel, cofundador de la Revista Vanguardia de Guapí, director y fundador de *Esparavel*, revista internacional de poesía, etc. Fue personero de Popayán, Alcalde de Buenaventura, diputado a la Asamblea del Cauca, secretario de educación del Cauca, director del Teatro Colón de Bogotá y representante a la Cámara. Recibió el Vasconcelos, la Cruz de Santiago de Cali, la Medalla Pascual de Andagoya y la Orden de la Independencia de Cali. [Véase Mosses Harris: *Image Structure in the Poetry of Helcías Martán Góngora,* Washington, 1976; Guido Enríquez Ruiz: *Magia del agua y rito del silencio en la poesía de Martán Góngora,* 1977; Manuel Briceño: *El mar, esencia lírica de Martán Góngora*; Fredo Arias de la Canal: *El Poeta de la Sed*, Cali, 1974; José Sánchez-Boudy: *La poesía negra de Helcías Martán Góngora*; Alfonso Martán Bonilla: *La poesía de Martán Góngora, El negro en la poesía de Martán Góngora y Socavón de Helcías Martán Góngora*, Puerto Rico, 1989.]

**Sonetos Españoles**

1.
¿Por qué será que en castellana tierra
yo me pongo a soñar la tierra mía,
y al centro de la mar alzo la sierra
y en la montaña azul marinería?

En paz de amor puede encender la guerra
mi corazón con tácita anarquía,
hacer la noche en la mitad del día
y ser la sed que ante la copa yerra.

Pero tengo al final de esta llanura
una palmera para la ternura
y una clara verdad que me sosiega.

El alba crece entre mi humano limo
y cuando llegue el día de la siega
me entregaré a la luz como un racimo.

Esas eran las circunstancias sociales cuando a Jorge Rojas se le ocurrió promover los cuadernos de *Piedra y Cielo*, santo y seña tomado de un libro de Juan Ramón Jiménez [1881-1958], un andaluz amante de los asnos, neurótico y depresivo, atribulado por la búsqueda de «la belleza» con el ejercicio de una posible perfección de estilo, vacío de los decorados de los epígonos del Rubén Darío que triunfaba en Buenos Aires, la metrópoli por excelencia del mundo hispánico, y de las catástrofes de cuerpo y alma del surrealismo y las otras vanguardias.

---

2.
España, estás en mí, como una espada
sobre el costado del amor abierto,
esquife anclado en el seguro puerto
de tu sangre en mi ser multiplicada.

Llego con la sandalia desatada
a la llanura y al sellado huerto,
y el corazón se suma a tu concierto
con un clamor de herida campanada.

En mi infancia de bosques te sabía
honda lección del cielo que no pasa
y árbol de luz para la sombra mía.

Hoy que te palpo con asombro ciego
comparto el pan que se doró en tu fuego
y habito en ti, como en la propia casa.

3.
Estos campos sagrados que me ofreces
cuando miro en la noche los collados
quedan en mi recuerdo iluminados
con olivos de luna y con cipreses.

Alza las torres como lentas preces
a los cielos por ti reconquistados
y no hay villa ni alcor donde no reces
entre un vuelo de arcángeles dorados.

Cruzas por mí lo mismo que un camino
y en tu casa de amor soy el cimiento
yo, el nómada sin tierra, el peregrino.

Me posees y labras sin fatiga
y en las viñas del Cid soy un sarmiento
y en el trigal de Dios soy una espiga.

Una poesía de equilibrio, helada, equidistante de la misma existencia por situarse entre la tierra y el firmamento, entre la piedra y el cielo. La «estética», «sencillez de los espíritus cultivados», un decir, sin decir, que nadie supo nunca qué era:

Esparce octubre, al blando movimiento
del sur, las hojas áureas y las rojas,

---

4.
Tú me colmas, España, tú me habitas.
Mi soledad con tu presencia llenas
y a tu encantada cárcel me encadenas
con tus manos que inician margaritas.

A tu abismo de luz me precipitas.
Me levantas en todas tus almenas
y me salvas, al par que me condenas,
con tus palabras en mi sueño escritas.

Tú me llevas, España, de la mano
a través de los íntimos senderos,
lazarillo del hombre americano.

Y en este agosto del solemne estío
sueltas al surtidor de tus luceros
sobre mi sed de abandonado río.

5.
Déjame recordar en las mañanas
la teologal ciudad donde yo vivo,
a Popayán donde tu nombre escribo
con un abecedario de campanas.

Déjame que recuerde sus lejanas
torres donde tu Dios está cautivo,
que vague por sus calles pensativo
intuyendo tu rostro en las ventanas,

Con un clamor de oscuros vendavales
diga también la tempestad de oro
la verdad de mis anchos litorales.

Que yo desde tus montes inmortales
uno mi voz al infinito coro,
como las sumergidas catedrales.

España, VIII de 1954

y, en la caída clara de sus hojas,
se lleva al infinito el pensamiento.

Qué noble paz en este alejamiento
de todo; oh prado bello que deshojas
tus flores; oh agua fría ya, que mojas
con tu cristal estremecido el viento!

¡Encantamiento de oro! Cárcel pura,
en que el cuerpo, hecho alma, se enternece,
echado en el verdor de una colina!

En una decadencia de hermosura,
la vida se desnuda, y resplandece
la excelsitud de su verdad divina.

Hoy sabemos que poco tuvo que ver Juan Ramón Jiménez y su poesía con las circunstancias y aparición de los piedracielistas. Lo cierto es que Eduardo Carranza, publicista del grupo, luego de haber cortejado por años a Guillermo Valencia sin obtener recompensa alguna, optó por privilegiar la *poésie maudit* de Eduardo Castillo, «bañada de una tierna luz cordial… temblando suavemente sobre nuestro espíritu» ante las «recreaciones arqueológicas» del parnasiano de Popayán. Valencia era, para el Carranza santista, modelo 1941, un poeta deshumanizado, un impasible arquitecto de la lengua, de espaldas a su tiempo. El Carranza que afanosamente quería congraciarse con Pablo Neruda sin acercase a Lorca, Alberti, ni Cernuda y menos a su ideología, ni compartir sus luchas; que apenas conocía la nueva poesía española a través de la antología de Gerardo Diego antes del estallido de la Guerra Civil Española, no encontró mejor camino que hacer evidente su incapacidad para comprender la grandeza de una obra que era sustancia de la gran renovación de la lengua desde el mismo Cervantes, y que su propio autor menoscababa con sus ambiciones políticas retardatarias, puestas en circulación desde el mismo cambio de siglo. Hacía cuarenta o más años que Valencia había publicado *Ritos*, y nadie, ni Barba Jacob, Castillo o Leopoldo de la Rosa, habían podido remplazarlo. Como los nadaístas de los sesenta, que cubrían de lodo la obra de *Mito*, Carranza

se dispuso, con la ayuda de El Tiempo, no a borrar del mapa a Valencia, sino a sepultar al gran Aurelio Arturo, su verdadero dolor de cabeza, haciendo fulgurar, día y noche, año tras año, hasta la misma hora de su muerte, unas canciones que a la par del bolero, aspiraban a conquistar en vespertinas una muchacha, rica y sumisa, que los sacara con su herencia de la miseria y la tristeza del mundo.

El carrancismo, más que piedracielismo juanramoniano, fue un asunto de higiene sexual, como lo entendió la lucidez de Antonio García, para quien la «nueva poesía era un documento social de primer orden pues reflejaba un estado de insensibilidad nacional frente a los grandes conflictos humanos y un estado de hiperestesia frente a las cuestiones de índole amorosa». Carranza —dice García— creía sus libros de versos «breviarios de amor», pues eran testimonio del hambre de sexo que imponía la dieta religiosa y solo en la poesía todo podía darse y llevarse a cabo. «El predominio de la literatura erótica demuestra que nuestro erotismo es anormal», concluye. Lo que explica por qué el adolescente Gabriel García Márquez recién graduado de bachiller en Zipaquirá, viese la poesía por todas partes, como ha dejado consignado en *Vivir para contarla*.

> Es difícil imaginar —dice Gabito— hasta qué punto se vivía entonces a la sombra de la poesía. Era una pasión frenética, otro modo de ser, una bola de candela que andaba de su cuneta por todas partes. Abríamos el periódico, aun en la sección económica o en la página judicial, o leíamos el asiento del café en el fondo de una taza, y allí estaba esperándonos la poesía para hacerse cargo de nuestros sueños. De modo que para nosotros, los aborígenes de todas las provincias, Bogotá era la capital del país y la sede del gobierno, pero sobre todo era la ciudad donde vivían los poetas.

Juan Lozano y Lozano dijo entonces que los poetas de *Piedra y Cielo* eran el «síntoma disociador, débil, morboso, extraviado, decadente y erostrático» de una tropa cachaca y banal, desinformada y acrítica, que se daba cita en cientos de saraos de frac y disfraz, en una «arcadia de fiestas y doncellas al margen del planeta mundo», según Jorge Child.

J.G. Cobo Borda, cuarenta y dos años después, sostuvo que los piedracielistas confundieron la poesía con el elogio a las reinas de belleza y «el conocimiento de nuestra situación con el fascismo». Y agregó:

> Lo verdaderamente grave fue su cobardía, su temor verbal, sus temores insípidos. No atreverse a ir nunca más allá de lo prefijado, no por la Academia, que jamás ha existido, sino por su propia conciencia conservadora. No ser capaces de combatir un enemigo que diariamente les hería. Se hablaba de realidad vital, de la huella profunda de la sangre, pero los versos jamás dijeron nada distinto a su nostalgia desvaída. Siguieron desgranando un paraíso perdido, sus doncellas demasiado esbeltas y como de humo; siguieron agitando la bandera, los ríos y el cielo de la patria porque al fin y al cabo tenían otra, pero todos estos elementos se evaporaron en una atmosfera excesivamente azul.

**Bibliografía sobre Piedra y Cielo**

Antonio García: *De Valencia a Carranza*, en **El Tiempo**, Bogotá, 24 de agosto de 1941. Carlos Martín: *Piedra y Cielo: ¿qué se hicieron las llamas de los fuegos encendidos*?, en **Manual de literatura colombiana**, Bogotá, 1988. Fernando Charry Lara: *Piedra y Cielo*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2001. J.G. Cobo Borda: *Piedra y Cielo: la poesía como sucedáneo de la propaganda conformista*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, mayo 21 de 1972. Jorge Child Vélez: *Desinformación y lirismo*, en **El Espectador**, Bogotá, 19 de febrero de 1985. Juan Lozano y Lozano: *Los poetas de Piedra y Cielo*, en **El Tiempo**, Bogotá, 25 de febrero/3 de marzo de 1940.



## Antonio Llanos

*1905-1978*

En diciembre de 1978 falleció Antonio Llanos. Tenía setenta y tres años, cuarenta de los cuales vivió entre el dolor y la locura. En los años cincuenta había comenzado a padecer una enfermedad que le impedía estar de pie; luego enfermó definitivamente de la razón, iniciando una héjira que comenzó en el hotel Alférez Real y terminó en el hospital San Isidro, luego de haber recorrido otras casas de salud y varios lugares de miseria. Así lo retrata un soneto de William Ospina:

Adolfo lo vio un día en su trágico encierro,
el cuerpo consumido, la razón fatigada,
de los años radiantes un temblor, casi nada,
una lumbre en los ojos tras las rejas de hierro.

Sólo un anciano triste que hablando a solas iba
por sórdidos pasillos de un hospital. Un viejo
viendo morir sus rasgos en el brumoso espejo,
musitando palabras: rebaños… preceptiva…

Entre el horror y el tedio. El mundo parecía
un pobre llano en ruinas con sótanos y puertas,
y un destello del sol de las tardes desiertas
dorando silencioso la jeringa vacía.

Ni un lirio en las pupilas como postrer consuelo
para el que vio en el mundo su irrepetible cielo.

Con él fallecía el hombre que un refinado grupo de vallecaucanos consideraba su poeta; con él desapareció la atormentada figura que habiendo logrado equilibrados poemas para cantar el paisaje de su tierra, tuvo que recluirse en una ciudad que odiaba y lo llevó a la locura. Según Octavio Gamboa:

> A los caleños de hoy es difícil explicarles cómo era su ciudad en 1930, cuando Llanos comenzó a publicar sus primeros versos y a hacer vida de poeta. Cali era una aldea de muros blancos y techos rojizos, tenía sólo cien mil habitantes mal contados, y su centro cultural más importante era el colegio de Santa Librada. Llanos decía entonces que en Cali no había con quién conversar, y cargaba en el bolsillo un busto de Dante; se sentaba solo en un café, y ponía el busto del florentino al frente. Con él dialogaba sobre la vida, la muerte, el infierno, el purgatorio y el paraíso.
>
> Esta pequeña historia vale para ilustrar la oposición del poeta con el medio que le rodeaba, oposición acentuada por su conducta excéntrica, ya que él se creía un espíritu puro rodeado de traficantes y vendedores de especias. Esa oposición duró toda la vida, porque ya desde Baudelaire sabemos que las naciones producen grandes hombres muy a su pesar, como las familias. A cambio de la cicuta, nuestra sociedad le ofreció su equivalente moderno: el electrochoque.

Nacido en 1905, hizo estudios en los colegios San Luis Gonzaga y Mayor del Rosario, y se dedicó al periodismo y la poesía, llegando a ser profesor de literatura y director de La Patria y Diario del Pacífico. En 1930 treinta creó *Revista de Occidente* y luego, junto a Carranza y Rojas, inventaron el Piedracielismo. Llanos viajó por Centroamérica y visitó Chile, Perú y Madrid, donde fue cónsul por algunos meses.

Llanos creó en sus primeros poemas, publicados antes de 1935, un paisaje interior más que un retrato del mundo. Lo que permite agregar al paisaje real los deseos: un mundo exterior construido a su imagen y semejanza. Los títulos que dio a sus poemas son índice de esa torsión del mundo y conducen al lector hacia una huida del presente que es literatura, recuerdo de algo olvidado:

Nada que turbe el casto sosiego de la hora.
La brisa de la noche el tierno campo mueve.
Ella cerca de mí. Sobre el seno de nieve
la lumbre de la vida abre su blanca aurora.

El verde campanario de la palma decora
mi paisaje al momento del crepúsculo leve.
Toda la miel del mundo en el pan dulce y breve
y bajo el techo amigo la sombra acogedora.

No decimos palabras para oír las del ave.
El columpio del sueño que al espacio se lanza.
mecido por la música de su canto es más suave.

A veces nos unimos con ternura del brazo,
o si el azul enciende su primera esperanza
mi voz como la tarde se apaga en su regazo.

[Soneto eglógico]

Hay en ellos una constante: el mundo exterior es hermoso porque no sufre como el hombre, y sus mejores poemas quizá sean aquellos que como en algunos de Silva, el recuerdo busca un lugar donde la vida puede ser feliz. Esos textos dejan un amargo en la boca: la felicidad ha sido el lugar de las desdichas. Al lado de los mejores lugares de la casa, de los sitios memorables, la madre llora repasando su infancia. Este célebre poema es comparable, por el tono y el asunto, a los de Arturo, que por la época redactaba cercanas melodías:

Tibia casa encalada donde mi padre un día
me habló de las estrellas con acento de música,
y se quedó mirando las montañas azules
que sostienen los cielos en sus anchas columnas.
Casa donde escribí mis primeras canciones
a la niña visible entre el alma y la bruma.
En tus muros colgaban los pájaros su nido.
De lejos parecías una dorada cúpula.

En los primeros versos que hablaban de las rosas,
del agua y de las nubes mi voz era más pura.
La doncella miraba hacia un jardín remoto
donde las mariposas y los niños se cruzan.
Casa de oro marfil donde lloró mi madre
repasando su infancia hundida en la dulzura.
En puntillas de noche llegaba hasta mi sueño
y para oír su voz se callaba la lluvia.
Yo cerca de su pecho pregunto por el niño.
¡Su tierno corazón tiene un rumor de cuna!
La tarde pasa en ella como un cielo de arroyo
en que los ojos ven las estrellas desnudas...
Hay casas que mantienen la sombra de los árboles
y cuando nace un niño los luceros las buscan.

El vuelo de los años las carga de silencio
y dulcemente el aire aprieta su cintura.
Te construyó mi padre con trabajo amoroso.
Rodembadh, el cantor de las casas oscuras,
dijera su elegía a la pobre escalera
por la que dulces míos bajaron por vez última.
Mirándote en el ángelus cubierta de palomas
el alma ingenuamente sale al campo segura,
como un niño que lleva un pájaro en la mano
y llena cuando pasa el aire de hermosura.
Ha calado mis huesos un temprano rocío
y ya mi corazón con el llanto se alumbra.
¡Si en el silencio cabe la miel de esta mirada
recógeme en tus brazos en la tarde profunda!

[Casa paterna]

Llanos escribió también delgados poemas sobre el sentimiento amoroso y su pérdida. Como se sabe, era homosexual, su mayor pecado en una sociedad de patriarcas y damas encerradas tras las verjas de la hacienda. El dolor de las separaciones que depara el comercio homosexual lo fue escribiendo lentamente en textos que cubren de

nubes, árboles y ríos el mundo de la pasión. La necesidad de esconder al amante, hasta en el poema, de ocultar su cuerpo sobre el lecho, lo llevó a Juan de la Cruz, con resultados muchas veces nefastos. Sin embargo, la carne deja huellas en varios poemas:

> Si no fuera por ti, las cosas no tendrían
> esa vaga ternura, esa luz de penumbra.
> Si no fuera por ti, esta melancolía
> de soñar y llorar no fuera la dulzura.
> Si no fuera por ti, ¡oh muerte!, cuántas cosas
> inadvertidas fueran.
> Otorga tu silencio soledad a las rosas.
> Por ti los ojos míos en el lucero esperan.
> Si no fuera por ti, qué triviales serían
> el amor y las manos que se unen, amor;
> y qué triste también el sol de cada día
> si en la tarde no hubiera muriente resplandor.
> Si no fuera por ti, el amor no tendría
> tanta dulce ternura, tan firme retener
> de las cosas que amamos: nube, flor, poesía
> ¡y este divino atardecer!
>
> [Si no fuera por ti]

Andrés Holguín se aventura a destacarlo como un poeta que «en sus cantos místicos se aproximó, mejor que Francisco Luis Bernárdez, a la órbita de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz», pero una lectura de su obra, especialmente la escrita en los períodos de lucidez, ofrece a un poeta que si bien puede estar «a la búsqueda de Dios» no deja de nombrar el dolor y la soledad como parte del paisaje que le obsede: el Valle del Cauca.

Llanos fue a la locura de manos del misticismo. Según José Gers:

> En la parte alta del barrio Santa Mónica se construyó un templo monumental a Nuestra Señora de Fátima. Autor de la iniciativa fue Antonio Llanos, que enviaba a los periódicos gacetillas

> donde relataba los prodigios de la virgen, quien aliviaba toda clase de entuertos y el milagro se publicaba en cartas con firmas y favores inventados por el poeta. Personalmente yo recibí muchas de ellas.

El Valle del Cauca que él celebra no es otro que el de *María*. Llanos usa un tono modernista para dejar en el poema acuarelas, que a pesar de su belleza, están tiznadas de dolor. No es un poeta festivo como el primer Carranza, o agradecido, como Arturo, sino que más allá del aparente cántico, ofrece melodías de persistente tristeza y depurado dolor. La aparente serenidad que hay en sus poemas es una postura que delata sufrimiento.

> Sirvió a su pueblo con exquisito desinterés y pasión sin medida hasta el día en que la enfermedad redujo su horizonte a los tristes muros de un frío aposento de hospital —escribió su protector y amigo Mario Carvajal—. Fue, mientras pudo, animador de empresas cívicas y fecundos movimientos religiosos. La devoción de nuestras gentes a la Madre de Dios y Reina y Señora de los cielos y de la tierra ha tenido en el corazón y voz de Antonio Llanos campanas entregadas a solicito, desvelado llamamiento. Porque eso ha sido siempre Antonio, en sus días, ante Dios y entre los hombres: corazón agobiado de dones y voz vertida en todas las músicas de la plegaria y el amor. Siempre: en el júbilo y en la tribulación, en el embeleso y en el infortunio, en la afectuosa compañía y en la taciturna soledad. Nadie como el vocero de este instante puede decirlo con más ceñida certidumbre.

**Bibliografía de Antonio Llanos**

Publicó cuatro libros: **Temblor bajo los ángeles** [1942], **Casa paterna**, **La voz entre lágrimas** y **Rosa secreta** [1950]. Ver: **Antonio Llanos**, selección y prólogo de Harold Alvarado Tenorio, Roldanillo, 1987.

**Bibliografía sobre Antonio Llanos**

Agustín Rodríguez Garavito: *Antonio Llanos*, en **Boletín Cultural y Bibliográfico**, nº 2, Bogotá, 1979; *La poesía de Antonio Llanos*, en **Boletín Cultural y Bibliográfico**, nº 1, Bogotá, 1983. Alberto Durán Laserna: *Antonio Llanos,* en **Cuadernillos de Poesía Colombiana**, ediciones de la revista Universidad Católica Bolivariana, nº 5, Medellín. Álvaro Bonilla Aragón: *La evolución poética de Antonio Llanos*, en **Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario**, nº 393, Bogotá, noviembre de 1945. Andrés Holguín: *Antonio Llanos*, en **Antología crítica de la poesía colombiana**, Bogotá, 1974. Helcías Martán Góngora: *Los poetas del Valle*, en **Boletín Cultural y Bibliográfico**, nº 10, Bogotá, 1963. José Gers: *Antonio Llanos, neurótico y ciclotímico*, en **El País**, Cali, diciembre 18, 1978. Mario Carvajal: *Poetas Vallecaucanos*, en **Sábado**, nº 71, Bogotá, noviembre de 1944; *De Jorge Isaacs a Antonio Llanos*, en **El Valle en la Unión**, nº 12, Cali, marzo de 1963. Miguel Camacho Perea: *Duelo por la muerte del poeta Antonio Llanos*, en **El Pueblo**, Cali, diciembre 17 de 1978. Octavio Gamboa: *Antonio Llanos o el heroísmo de la poesía*, en **El Pueblo**, Cali, diciembre 17 de 1978. **Sábado**: *Tres poetas del Valle*, nº 427, Bogotá, enero de 1952.



Eduardo Carranza y Gilberto Alzate Avendaño en Madrid.

## Eduardo Carranza

*1913-1985*

Eduardo Januario Carranza parece haber venido al mundo en la estancia La Esperanza de la Sabana de Apiay, en los llanos orientales, región sumida en el abandono y la violencia. No sabemos por qué fueron de hacienda en hacienda [Chipaque, Cáqueza] hasta llegar, cuando el poeta tuvo cinco años, a una cabecera municipal donde hizo la primaria, fue sacristán de una iglesia y vio el primer automóvil.

En 1925, el mismo año cuando Aurelio Arturo gracias a una beca llegó a Bogotá, Carranza ingresó a la Escuela Normal Central de Institutores de los intolerantes Hermanos Cristianos, muchos de ellos, frailes que habían sido oficiales del ejército francés o alemán durante la primera contienda mundial. Su preceptor literario fue el Hermano Justo Ramón, un destacado miembro de la Sociedad Geográfica que como cronista publicó la *Historia Superior de Colombia* y desarrolló una Cátedra Bolivariana en la cual sació su empecinado autoritarismo el poeta. Fue también, según informa Casa Silva, el Hermano Justo Ramón quien lo hizo baquiano en premios y prebendas.

Maestro de escuela, en Ubaté inauguró su patriotismo cuando la guerra con Perú, y al mudarse de nuevo a la capital fundó, junto al «mariscal» Gilberto Alzate Avendaño [«temido como falangista, nazista, fascista», según Hernando Téllez] y Juan Roca Lemus «Rubayata», el partido Acción Nacionalista Popular [1933-1939]. Fue en esos años cuando propinó un ladino ataque a Guillermo Valencia, que había perdido dos veces la presidencia de Colombia. Carranza

fue ungido miembro de número de la Real Academia Colombiana de la Lengua, dirigida por Miguel Abadía Méndez, el presidente de la Masacre de la Bananeras.

En 1945, cumplidos los 32 años, fue a Chile como diplomático de Alfonso López Pumarejo, hasta cuando Mariano Ospina Pérez lo nombró [1948] director de la Biblioteca Nacional. Laureano Gómez, en 1951, lo nombró primer secretario del embajador Guillermo León Valencia ante el régimen de Francisco Franco, donde estableció una estrecha amistad con su primo y secretario «Pacón» Salgado Araujo, que lo promovió durante toda la dictadura como un nuevo Rubén Darío: publicaba sus libros, escribía habitualmente en diarios y revistas del régimen y le organizó encuentros y homenajes, como aquel del Hotel Nacional el 17 de junio de 1953, a solo tres días después del golpe de estado de Gustavo Rojas Pinilla contra su benefactor, «convocado» por Joaquín Ruiz Jiménez, Ramón Menéndez Pidal, Salvador Dalí, Azorín, Eugenio d'Ors, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Alfredo Sánchez Bella, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Pilar Primo de Rivera, Ramón Serrano Suñer, Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, Ángel Valbuena Pratt y Ana María Matute, a los cuales desde las mismas oficinas de El Pardo se llamaba para rendirle pleitesía y visitarlo en los hoteles de Argüelles donde solía hospedarse, o pasaba los fines de semana en compañía de esclarecidas damitas falangistas y requetés.

Durante siete largos años de caldos ibéricos y cara al sol, en compañía de Óscar Echeverri Mejía[(1)], fue el representante cultural de los gobiernos más violentos que haya tenido Colombia. En 1961 fue nombrado director de la biblioteca del Distrito Capital, cargo que ocupó hasta la misma

---

2. Óscar Echeverri Mejía [Ibagué, 1918-2005] fue director del Departamento de Información y Cultura del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, miembro principal de la Junta de Censura de Cine del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, diplomático en España, México, Panamá y Venezuela; miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, de la Sociedad Bolivariana de Colombia, editor y director del suplemento *Estafeta Literaria*, fundador, y director por diez años, de los programas radiales La Voz de la Academia Colombiana de la Lengua y Cuestiones de lenguaje.

hora de su muerte, causada por un derrame cerebral mientras promovía, en España, su candidatura al Premio Cervantes como embajador del presidente Belisario Betancur, el mismo año [1985] de la catástrofe de Armero y el holocausto del Palacio de Justicia.

Recibió la Gran Cruz de Cultura Hispánica, de Isabel la católica, de Alfonso el Sabio, de Cuervo y Caro, El centauro de oro y la Orden del Congreso de Colombia.

La gloria de Eduardo Carranza tiene que ver más con la historia que con la poesía. El año 1935, cuando aparecieron sus *Canciones para iniciar una fiesta*, se tiene ahora como la fecha cuando la poesía, recitada mejor que leída, se puso a tono, renunciando a los frisos de Valencia o los antros de Barba Jacob, con el éxito sentimental de boleros y danzones en la voz de intérpretes que aparecían en el cine mexicano, casi el único que llegaba a estas costas cuando tras el ingreso en la guerra mundial de los Estados Unidos, Hollywood favoreció a su vecino aislando a Perón. Todos y todas quisieron ser Sarita Montiel, Libertad Lamarque, Pedro Armendáriz, Marga López, María Félix, Dolores del Rio, Katy Jurado, Joaquín Pardavé, Blanca Estela Pavón, Flor Silvestre, María Candelaria, Jorge Negrete, Pedro Infante, Arturo de Córdoba, Jorge Mistral o Carlos López Moctezuma.

El bolero, que nadie sabe dónde ni cuándo fue inventado, trajo a Colombia una nueva forma de amar, porque era libre, no tenía rostro ni precio y tampoco había que saber leer o escribir para disfrutarlo. Las mujeres *[Sin ti no podré vivir jamás… Bésame, bésame mucho… Cosas como tú, son para quererlas… Únicamente tú...]* eran hermosas y buenas en contraste con las milongas, bambucos o pasillos de cambio de siglo, y bailaban en todos los mares, las lunas, las soledades y los firmamentos de eternas noches… de radio.

*Azul de ti*, un libro de finales de los cuarenta publicado en Madrid por Pacón Franco, incluye muchos de esos sonetos con aire de bolero cantado por Antonio Machín que lo hicieron famoso:

Pensar en ti es azul, como ir vagando
por un bosque dorado al mediodía:
nacen jardines en el habla mía
y con mis nubes por tus sueños ando.

Nos une y nos separa un aire blando,
una distancia de melancolía;
yo alzo los brazos de mi poesía,
azul de ti, dolido y esperando.

Es como un horizonte de violines
o un tibio sufrimiento de jazmines
pensar en ti, de azul temperamento.

El mundo se me vuelve cristalino,
y te miro, entre lámpara de trino,
azul domingo de mi pensamiento.

[Azul de ti]

Un mundo de jovencitas que parecen no saber nada de sus cuerpos, como si de un momento a otro fuesen a abrazar y darte un beso. Nada más lejos de Darío, de Valencia incluso, enamorado de seres que vivían en las ondas sonoras de las madrugadas del franquismo ultracatólico y las batallas por la liberación de Europa. Ni Marlene Dietrich o Edif Piaf. Esas muchachas apenas tenían cintura, poco entre sus piernas contorneadas y atléticas o el ritmo palpitante de sus senos, Teresas, como la del poema, una divina y rica rubia caleña, de ojos almendrados y labios de rubí, que el poeta conoció cuando ella tenía quince años, «con una inteligencia aguda e imperiosa que no daba ni pedía cuartel», como la conoció Gonzalo Mallarino.

Teresa, en cuya frente el cielo empieza,
como el aroma en la sien de la flor.
Teresa, la del suave desamor
y el arroyuelo azul en la cabeza.

Teresa, en espiral de ligereza,
y uva, y rosa, y trigo surtidor;
tu cuerpo es todo el río del amor
que nunca acaba de pasar. Teresa.

Niña por quien el día se levanta,
por quien la noche se levanta y canta,
en pie sobre los sueños, su canción.

Teresa Holguín, por quien ausente vivo,
por quien con mano enamorada escribo,
por quien de nuevo existe el corazón.

[Soneto a Teresa]

Los triunfos que depararon sus vínculos con las derechas le hicieron abandonar esas melodías. Se dedicó entonces a recorrer y celebrar «la patria», con un telón de tragedia que explica a quién sirvió esa prosodia añil y alada, patriotera y primaveral, que incluye entre otros muchos acontecimientos el asesinato de Gaitán, la violencia conservadora con 300.000 homicidios, los reinados de belleza de todas las cosas y el golpe de cuartel de Gustavo Rojas Pinilla, tres décadas de piedracielismo que iban a hacer astillas, caída la dictadura, algunos de los poetas de *Mito*, incluido el más famoso: Gabriel García Márquez.

## Soneto insistente

La cabeza hermosísima caía
del lado de los sueños; el verano
era un jazmín sin bordes y en su mano
como un pañuelo azul flotaba el día.

Y su boca de súbito caía
de lado de los besos; el verano
la tenía en la palma de la mano,
hecha de amor. ¡Oh qué melancolía!

A orillas de este amor cruzaba un río
sobre este amor una palmera era:
¡Agua del tiempo y cielo poesía!

Y el río se llevó todo lo mío:
la mano y el verano y mi palmera
de poesía. ¡Oh qué melancolía!

## Soneto con una salvedad

Todo está bien: el verde en la pradera,
el aire con su silbo de diamante
y en el aire la rama dibujante
por la luz arriba la palmera.

Todo está bien: la frente que me espera,
el agua con su cielo caminante,
el rojo húmedo en la boca amante
y el viento de la patria en la bandera.

Bien que sea entre sueños el infante,
que sea enero azul y que yo cante.
Bien la rosa en su claro palafrén.

Bien está que se viva y que se muera.
El sol, la luna, la creación entera
salvo mi corazón, todo está bien.

Copio también uno de sus últimos poemas, no sin advertir que el tono como los metros, las rimas y casi los asuntos, trasuntan un buen trecho de *Piedra de sol* de Octavio Paz.

## Epístola Mortal

*...y no hallé cosa en qué poner los ojos*
*que no fuese recuerdo de la muerte.*
**Quevedo**

Miro un retrato: todos están muertos:
poetas que adoró mi adolescencia.
Ojeo un álbum familiar y pasan
trajes y sombras y perfumes muertos.
[Desangrados de azul yacen mis sueños].
El amigo y la novia ya no existen:
la mano de Tomás Vargas Osorio
que narraba este mundo, el otro mundo...
la sonrisa de la Prima Morena
que era como una flor que no termina
desvanecida en alma y en aroma...
Cae el Diluvio Universal del tiempo.
Como una torre se derrumba todo.
..."Las torres que desprecio al aire fueron"...
Voy andando entre ruinas y epitafios
por una larga vía de Cipreses
que sombrean suspiros y sepulcros.
Aquí yace mi alma de veinte años
con su rosa de fuego entre los dedos.
Aquí están los escombros de un ensueño.
Aquí yace una tarde conocida.
Y una rosa cortada en una mano
y una mano cortada en una rosa.
Y una cruz de violetas me señala
la tumba de una noche delirante...
Ojeo el "Cromos" de los años treinta:
lánguidas señoritas cuyos pechos
salían del "Cantar de los Cantares",
caballeros que salen del fox-trot,

sonreídos, gardenia en el ojal
[y tú, patinadora, ¿a quién sonríes?].
Y esos rostros morenos o dorados
que amó un niño precoz perdidamente.
Amigos, mis amigos, mis amigos,
compañeros de viaje y no-me-olvides:
Teresa, Alicia, Margarita, Laura,
Rosario, Luz, María, Inés, Elvira...
con sus pálidas caras asomadas
en las ventanas desaparecidas...
Panero, Souvirón y Carlos Lara,
Pablo Neruda y Jorge Zalamea,
Jorge Gaitán y Cote y Julio Borda,
Mario Paredes, Mallarino, Alzate...
frente a sus copas de vino invisible
en sus asientos desaparecidos:
están aquí, no están, pero sí están:
[¡oh margarita gris de los sepulcros!]...
... "Sólo que el tiempo lo ha borrado todo
como una blanca tempestad de arena".
El que primero atravesó el océano
volando solo, solo con su arcángel,
y aquel en cuya frente ardía ya
el incendio maldito de Hiroshima,
los guerreros que al aire alzan el brazo
y la palabra libre como un águila
y aviones y estandartes y legiones
pasan cantando, pasan, ya van muertos:
adelante la muerte va a caballo,
en un caballo muerto.
La tierra es un redondo cementerio
y el cielo es una losa funeral.
El Nuncio, el Arzobispo, el Santo Padre
hacia su muerte caminando van:
nadie les grita: ¡detened el paso!

que ya estáis a la orilla: el precipicio
que cae sobre el Reino del Espanto
y en cada paso vais hacia el ayer
y de un momento a otro cae el cielo
hecho trizas sobre vuestras altezas...
Somos arrendatarios de la muerte.
[A nuestra espalda, sigilosamente
cuando estamos dormidos,
sin avisarnos se urden muchas cosas
como incendios, naufragios y batallas
y terremotos de iracundo puño...
que de repente borran de este mundo
el rostro del ahora y del ayer,
llámase amor o sangre y ojos negros...
Y nadie nos había dicho nada.
Alguien sabe el revés de los tapices,
digo, de vuestra vida,
y es el |otro, el fantasma quien lo teje...].
Las niñas de Primera Comunión
de cuyas manos vuela una paloma,
las blancas novias que arden en su hoguera,
días y bailes, reyes destronados
y coronas caídas en el polvo,
la manzana y el cámbulo, el turpial,
el tigre, la venada, los pescados,
el rocío, mi sombra, estas palabras:
¡todo murió mañana! ya está muerto.
El polvo es nuestra cara verdadera.
Los Presidentes y los Generales
asomados al sueño del poder
sobre un río de espadas y banderas
llevados por las manos de los muertos,
el agua, el fuego, el viento, la sortija,
los ojos que ofrecían el infinito
y eran dueños de nada,

los cabellos, las manos que soñaban...
¡»fueron sino rocío de los prados»!
La Dama Azul, las flores, las guitarras,
el vino loco, la rosa secreta,
el dinero como un perro amarillo,
la gloria en su corcel desenfrenado
y la sonrisa que ya es ceniza,
el actor y las reinas de belleza
con su cetro de polvo, el bachiller,
el cura y el doctor recién graduados
que sueñan con la mano en la mejilla:
muertos están, si que también las lágrimas:
Todo fue como un vino derramado
en la porosa tierra del olvido.
Tanto amor, tanto anhelo, tanto fuego:
dime, oh Dios mío, ¿en cuál mar van a dar?
"¿Los yunques y troqueles de mi alma
trabajan para el polvo y para el viento?".
Por el mar, por el aire, por el Llano,
por el día, en la noche, a toda hora,
vienen vivos y muertos, todos muertos
y desembocan en el corazón
donde un instante salen a las flores,
los labios delirantes y las nubes
y siguen tiempo abajo, sangre abajo:
¡somos antepasados de otros muertos!
Todo cae, se esfuma, se despide
y yo mismo me estoy diciendo |adiós
y me vuelvo a mirar, me dejo solo,
abandonado en este cementerio.
Allá mi corazón está enterrado
como una hazaña luminosa y pura.
Miro en torno, los ojos entornados:
todos estamos contra el paredón:
sólo esperamos el tiro de gracia:

todos estamos muertos, muertos, muertos:
los de ayer, los de hoy, los de mañana...
sembrados ya de trigo o de palmeras,
de rosales o simplemente yerba:
nadie nos llora, nadie nos recuerda.
Sobre este poema vuela un cuervo.
Y lo escribe una mano de ceniza.

**Bibliografía de Eduardo Carranza**
**Hablar soñando**, antología, Bogotá, 1983.

**Bibliografía sobre Eduardo Carranza**
Antonio García: *De Valencia a Carranza*, en **El Tiempo**, Bogotá, 24 de agosto de 1941. Belisario Betancur: *Aproximación a Eduardo Carranza*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, febrero 8 de 1976. Fernando Charry Lara: *Eduardo Carranza*, en **Eco**, n° 174 y 258, Bogotá, 1975/1983. Gloria Serpa: **Gran reportaje a Eduardo Carranza**, Bogotá, 1978. Gonzalo Mallarino Botero: *El soneto a Teresa*, en **El Espectador**, Bogotá, febrero 14 de 1987. Jorge Child: *Desinformación y lirismo*, en **El Espectador**, s/f. J.G. Cobo Borda: *Algo sobre Eduardo Carranza*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, septiembre 14 de 1980. Jorge Padilla: *El poeta que vendió su alma*, en **El Tiempo**, Bogotá, marzo 14 de 1976.




Marqués de Sade . . . . . Diálogo entre un Sacerdote y un moribundo

León de Greiff . . . . . . . . . . . . . . . . Sonatina

Octavio Paz . . . . . . . . . . . . . . . . . . . Refranes

Vicente Aleixandre . . . . . . . . . . . . . . Ausencia

St. John Perse . . . . . . . . . . . . . . . . . . Vientos

Pedro Gómez Valderrama
Consideración de Brujas y otras gentes engañosas

●

NOTAS

Los Mandarines, de Simone de Beauvoir. Bonjour Tristesse, de Françoise Sagan. La Hojarasca, de Gabriel García Márquez. Testigos de Nuestro Tiempo, de Fernando Arbeláez. Memorias de poco Tiempo, de José Manuel Caballero Bonald. Nido de Ratas — Trigo Joven

TESTIMONIOS

El Drama de las Cárceles en Colombia



# Mito

*1955-1962*

El 9 de abril de 1948, frente al Gato Negro, cerca de la esquina más concurrida de Bogotá, un desconocido, que luego resultó ser según los informes de la policía un tal Juan Roa Sierra, mató de varios disparos de revólver a Jorge Eliécer Gaitán, el líder político liberal más famoso de Colombia después del general Rafael Uribe Uribe, que también había caído asesinado a golpes de hacha hacía ciertamente treinta años. Con su muerte se partía en dos la historia de la nación en el siglo XX.

> La violencia arreció en los campos —dice García Márquez en sus memorias— y la gente huyó a las ciudades, pero la censura obligaba a la prensa a escribir de través. Sin embargo, era del dominio público que los liberales acosados habían armado guerrillas en distintos sitios del país. [...] En efecto, el grupo más importante de dirigentes liberales, desesperados por la violencia oficial, se había puesto de acuerdo con militares demócratas del más alto rango para poner término a la matanza desatada en todo el país por el régimen conservador, dispuesto a quedarse en el poder a cualquier precio. La mayoría de ellos había participado en las gestiones del 9 de abril para lograr la paz mediante el acuerdo que hicieron con el presidente Ospina Pérez, y apenas veinte meses después se daban cuenta demasiado tarde de que habían sido víctimas de un engaño colosal.

Ese engaño colosal costó a los colombianos trescientos mil muertos mal contados. La más implacable sevicia contra los cuerpos de los opositores se empleó desde entonces, creando los antecedentes de las masacres con sierras eléctricas que se emplearían sin cesar durante los años finales del siglo por los llamados paramilitares. Como ha recordado Carlos Uribe Celis en algunos de sus libros, es mejor no olvidar esos hechos concretos, que se repiten y redundan en los testimonios de la historia, y que hicieron, en su momento, parte de los que recogieron en la revista *Mito*. A Agapito Gaitán, en Vega del Pauto, por ejemplo, lo crucificaron con clavos en una tabla y lo dejaron al sol hasta que alguien tuvo piedad de él y le atravesó los ojos con unos puntillones hasta que murió; a Ramón Cachai en Nunchía, le cortaron las plantas de los pies y lo obligaron a caminar sobre sal; a otro campesino, lo colgaron de una viga y lo fueron mutilando dedo a dedo, mano a mano, brazo a brazo y así hasta que solo quedó su cuello que luego ahorcaron; a una mujer preñada le abrieron el vientre, le sacaron el feto y en su lugar le metieron un gallo vivo, o aquellos campesinos a quienes obligaron a comerse sus propias narices y orejas, etc., etc.

Luego de casi cuatro décadas de luchas y expectativas los intelectuales progresistas, los obreros y los campesinos que habían participado desde el fin de la hegemonía conservadora de los años treinta en las luchas populares, encontraron un futuro imposible. Las fuerzas más reaccionarias, los esquiroles y los oportunistas hicieron de las suyas dejando no solo sin vida a cientos de miles de compatriotas, sino negando toda posibilidad de acceso al poder a toda una generación, la que luego conoceríamos como Generación de Mito. Una prole que incluye, entre sus figuras más sobresalientes, a Alfonso Fuenmayor, Alfonso Hansen Villamizar, Álvaro Cepeda Samudio, Álvaro Mutis, Álvaro Uribe Rueda, Andrés Holguín, Bernardo Romero Lozano, Camilo Torres Restrepo, Cecilia Porras, Daniel Arango, Danilo Cruz Vélez, Darío Mesa, Diego Montaña Cuéllar, Eduardo Cote Lamus, Eduardo Mendoza Varela, Eduardo Ramírez Villamizar, Enrique Buenaventura, Enrique Grau, Ernesto Volkening, Feliza Bursztyn, Fernando Arbeláez, Fernando Botero, Fernando Charry Lara, Fernando Gómez Agudelo, Francisco Norden, Francisco Posada Díaz, Gabriel García Márquez, Gerardo Molina, Germán Guzmán Campos,

Germán Vargas, Gonzalo Mallarino, Guillermo Angulo, Guillermo Payán Archer, Héctor Rojas Herazo, Helcías Martán, Helena Iriarte, Hernán Díaz, Hernán Vieco, Hernando Téllez, Hernando Valencia Goelkel, Hernando Salcedo Silva, Indalecio Lievano Aguirre, Jaime Mejía Duque, Jorge Child, Jorge Eliécer Ruiz, José Francisco Socarrás, Leopoldo Villar Borda, Luis Antonio Escobar, Luis Enrique Sendoya, Luis Villar Borda, Manuel Mejía Vallejo, Manuel Zapata Olivella, Mario Latorre Rueda, Marta Traba, Mónica Silva, Natanael Díaz, Nicolás Buenaventura, Olga Chams Eljach, Orlando Fals Borda, Pedro Gómez Valderrama, Plinio Apuleyo Mendoza, Rafael Escalona, Rafael Gutiérrez Girardot, Ramiro de la Espriella, Ramón Pérez Mantilla, Rogelio Salmona, Santiago García, Uriel Ospina, etc.

Expresión de las ideas, gustos, fobias y anhelos de esa nómina, de una y muchas maneras, fue *Mito*, la revista que Jorge Gaitán Durán fundó a su regreso de Europa, luego de varios años de «exilio» voluntario, tras su participación en la toma de la Emisora Nacional junto a Jorge Zalamea durante los motines y levantamientos del 9 de abril. A mediados del siglo, mientras Europa resurgía entre las cenizas que había dejado la Segunda Guerra y Moscú y Beijing cambiaban de rostros desde sus pasados medievales, Gaitán Durán, que había recorrido y pensado esos nuevos mundos, recaló en París mientras Jean-Paul Sartre y Albert Camus diseminaban el existencialismo por todo el mundo. Allí comprendió que era posible discutir con el otro sin declararlo enemigo, que las contradicciones podrían ser debatidas sin odio ni rencor y creyó, ingenuamente, que era posible promover la inteligencia entre los colombianos dando la palabra a todos los actores con la única cortapisa de que fuese renovadora, ofreciendo alternativas más que críticas al pasado o violentas roturas con los beneficiarios de la mediocridad imperante.

> Ninguna consideración política, religiosa, económica, filosófica, ha limitado jamás, ni limita, en estas páginas, la expresión de ningún pensamiento contrario al de sus propietarios, directores o redactores —sostuvo Hernando Téllez—. El ateo y el creyente, el conformista o el anti conformista, el comunista o

> el anti comunista, han dicho aquí lo que han querido decir con una sola condición: que lo digan con un mínimo de dignidad intelectual y otro mínimo de corrección literaria, nada más.

Una revista que como *Laye*, en España, más que cuestionar directamente los hechos políticos, sociales y culturales de su tiempo, mostró a los colombianos que había otros mundos y otras maneras de entender la realidad, más allá de la barbarie e ignorancia que los rodeaba por todas partes, desde el poder y desde el fondo de la miseria de miles de compatriotas. En *Mito*, cuyo comité de patrocinadores estuvo integrado por Alfonso Reyes, Carlos Drummond de Andrade, Eduardo Zalamea Borda, Jorge Luis Borges, León de Greiff, Luis Cardoza y Aragón, Mariano Picón Salas, Octavio Paz, Ricardo Latcham y Vicente Aleixandre, publicaron, entre muchos otros, García Márquez [*Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo, El coronel no tiene quien le escriba, En este pueblo no hay ladrones*], Borges, Paz, Carpentier, Cortázar, Brech, Luckács, Baran, Cernuda, Durrell, Nabokov, Caballero Bonald, Genet, Sartre, Camus, Robbe-Grillet, Simon, Sarraute, Miller, Heidegger, Lefebvre, y se trataron todos los temas que interesaban a la juventud como el cinematógrafo, el sexo y las drogas, revelando los hilos que manipulaban la provincial cultura colombiana, mostrando sus deformaciones y vínculos con los sectores más retardatarios de la iglesia y la clerecía y los partidos políticos. Como certeramente ha escrito J.G. Cobo Borda:

> En un país que la ignoraba, *Mito*, en los años finales de la década de los cincuenta, fue la vanguardia, no por ser un ismo sino por intentar estar al día. Fue también en cierto modo, el punto de partida hacia otra cultura, no servil ni elocuente. Podrían venir luego aventuras más radicales, pero esto no sucedió así, al menos entre nosotros. Su último número, dedicado al nadaísmo, muestras hasta qué punto la apertura que iniciaron era consecuente: el nadaísmo fue, por cierto, la negación de todo lo que *Mito* había hecho o, mejor aún, su prolongación y contradicción a partir de su vertiente más deletérea: el escándalo y la provocación.

**Bibliografía sobre Mito**

Consuelo Triviño Anzola: *Mito, una época en la cultura colombiana*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, n° 127, Bogotá, 1 de octubre de 1985. Fernando Charry Lara: *El grupo de Mito, en* **Poesía y poetas de Colombia**, Bogotá, 1986. Hernando Téllez: *Notas sobre Mito*, en **Textos no recogidos en libro**, Volumen II, Bogotá, 1979. Hernando Valencia Goelkel: *Nuestra experiencia de «Mito»*, en **Textos sobre Jorge Gaitán Durán**, Bogotá, 1990. Jaime Mejía Duque: **Momentos y opciones de la poesía colombiana: 1890-1978**, Bogotá, 1979. Jorge Gaitán Durán: *Situación de la poesía colombiana*, en **Cromos**, Bogotá, noviembre 18 de 1957. J.G. Cobo Borda: *Mito, una revista inconforme*, en **La alegría de leer**, Bogotá, 1976. R.H. Moreno Durán: Mito: *Memoria y legado de una sensibilidad*, en **Boletín Cultural y Bibliográfico**, n° 28, Volumen XXVI, Bogotá, 1989. Sara de Mujica: *El poeta como ensayista, Colombia: revista Mito* [1955-1962], en **Eco**, n° 260, Bogotá, junio, 1983.



Juan Carlos Alfonso Víctor María de Borbón y Borbón-Dos Sicilias y Álvaro Mutis.

## Álvaro Mutis

*1923 - 2013*

Nadie como Álvaro Mutis [Bogotá, 1923] estucó con su prestigio e influencia un variado expediente de servicios a empresarios y gobiernos hegemónicos. Ayer, a los negociantes de hidrocarburos y el celuloide, hoy, a los acaudalados españoles nacidos del franquismo, cuyas sociedades se dedican al lucro y blanqueo de divisas mediante el fomento de la ignorancia entre las clases medias de América Latina promoviendo la frivolidad y el señorerío ideológicos. Por algo sus padrinos fueron Nelson y David Rockefeller, y en los últimos tiempos, el aliado de los petroleros, Bush y José María Aznar, a través de Esperanza Aguirre y Gil de Biedma y la renegada de Bandera Roja, Pilar del Castillo.

Porque lo que no saben quienes dicen admirarlo, es que Mutis no ha gozado la vida por cuenta de la poesía, sino mediante un arcoíris de raros e innumerables oficios: desde gacetillero radial, actor de radionovelas, director de Radio Nacional de Colombia y la Emisora Nuevo Mundo de Bogotá, promotor de anuncios para televisión, jefe de publicidad de la cervecería Bavaria y la Compañía Colombiana de Seguros, jefe de relaciones públicas de la aerolínea LANSA de Colombia y de Esso, mejor conocida como Standard Oil Company, gerente de ventas para América Latina de la Twentieth Century Fox y Columbia Pictures, hasta suplantador de la voz de Walter Winchell, en *The Untouchables*, donde paradójicamente un detective y su equipo persiguen timadores del fisco en la cabeza de Al Capone, experto en lavado de activos y evasión de impuestos. Empleos que lo llevaron por más de medio siglo de la Seca a la Meca, dando diecisiete veces la vuelta al mundo sin cambiar de modo de ser.

Según Gabriel García Márquez:

> A los 18 años, siendo locutor de la Radio Nacional, un marido celoso lo esperó armado en la esquina, porque creía haber detectado mensajes cifrados a su esposa en las presentaciones que él improvisaba en sus programas. En otra ocasión, durante un acto solemne en este mismo palacio presidencial, confundió y trastocó los nombres de los dos Lleras mayores. Más tarde, ya como especialista de relaciones públicas, se equivocó de película en una reunión de beneficencia, y en vez de un documental de niños huérfanos les proyectó a las buenas señoras de la sociedad una comedia pornográfica de monjas y soldados, enmascarada bajo un título inocente: *El cultivo del naranjo*. Fue también jefe de relaciones públicas de una empresa aérea que se acabó cuando se le cayó el último avión. El tiempo se le iba en identificar los cadáveres, para darles la noticia a las familias de las víctimas antes que a los periódicos. Los parientes desprevenidos abrían la puerta creyendo que era la felicidad, y con sólo reconocer la cara caían fulminados con un grito de dolor. En otro empleo más grato había tenido que sacar de un hotel de Barranquilla el cadáver exquisito del hombre más rico del mundo. Lo bajó en posición vertical por el ascensor de servicio en un ataúd comprado de emergencia en la funeraria de la esquina. Al camarero que le preguntó quién iba dentro, le dijo: "El señor obispo".

Una vida desperdiciada al servicio de un capital sin rostro, sedienta de honores, genuflexa e indecente, cuyos *[Premio Nacional de las Letras, Premio Nacional de Poesía, Premio Los Abriles de la Crítica, Orden del Águila Azteca, Xavier Villaurrutia, Doctor Honoris Causa de las Universidades del Valle, del Tolima, de Antioquia, Orden de las Artes y las Letras de Francia, Médicis para Extranjeros, Nonino, Lila, Italo de Roma, al Mérito de Francia, Roger Callois, Homenaje de César Gaviria en Casa de Nariño con discurso de GGM y Gran Cruz de Boyacá al cumplir 70 años, Gran Cruz de Alfonso X, Grinzane-Cavour, Príncipe de Asturias, Reina Sofía, Rossone de Oro, Triestre, Cervantes, Homenaje en la Feria de Guadalajara al cumplir 80 años, etc., etc.*] frutos son de una ardua labor de cabildeo en cancillerías,

presidencias, academias, editoriales, todas orquestadas por él mismo, su hijo Santiago Mutis Durán, J.G. Baraibar, Roberto Burgos Cantor y una legión de periodistas empleados por Mutis en la agencia EFE, France Press, FCE o Real Academia Española, que a su vez reciben laureles, introitos, entrevistas, ediciones, viajes y felicitaciones.

Mutis, que no creció en Bogotá sino en Bélgica mientras su padre gozaba de las canonjías de la diplomacia al decirse descendiente de José Celestino Mutis,[(1)] el sabio gaditano que despertó las pasiones del Barón de Humbolt, no estudió ni el bachillerato, pues gracias a las raras intuiciones de su madre, Carolina Jaramillo, se educó en los billares y prostíbulos del centro de la capital colombiana, hasta que un golpe de suerte y politiquería le puso, a los diecisiete años, de director de la Radio Nacional cuando descendió al averno que lo llevaría a la gloria: la *Standar Oil Company* de los Rockefeller, que desde 1870 ha sido la más poderosa y temida empresa del mundo.

La Esso —que derrocó a Hipólito Irigoyen y Ramón Castillo, embargó las nacionalizaciones de Lázaro Cárdenas, tumbó a Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en Guatemala, a Víctor Paz Estensoro en Bolivia, a João Goulart en Brasil, a Salvador Allende en Chile, a Juan Velasco Alvarado en Perú, colaboró en la derrota de Perón y derrocó a Arturo Frondizi, desnacionalizó el petróleo brasileño con la Operación Brother Sam, etc., etc.— encargó al recién inaugurado poeta la nada fácil tarea de convencer, no solo de palabra sino de obra, a un buen número de los sesenta y un delegados de la Asamblea Nacional Constituyente [ANAC], que había legitimado el golpe de estado del dictador Gustavo Rojas Pinilla, de votar ahora en su

---

1. Investigadores de la Universidad Nacional lograron establecer en 2013 que José Celestino Mutis no rindió cuentas, a la corona española, de los 250.000 pesos para la Expedición Botánica. José Antonio Amaya y James Vladimir Torres analizaron alrededor de 7 mil documentos de la época que reposan en el Archivo General de la Nación. Para Torres, “el estatus con que contaba Mutis era una novedad dentro del Estado borbónico, pues no solo se le otorgó autonomía financiera, sino también científica. Además, se le permitió tratar de institucionalizar la ciencia en el Reino conformando un centro científico”. “La única vez que un funcionario del Virreinato se atrevió a insinuar que él debía entregar cuentas del dinero, Mutis argumentó que sus actividades eran secretas y que sobre estas informaba personalmente al Virrey o al Rey”.

contra, principalmente porque Rojas se disponía, aconsejado por Antonio García, el socialista asesor de Paz Estensoro, a nacionalizar el petróleo colombiano. Actividades que fueron descubiertas por el Servicio de Inteligencia Colombiana [SIC] que controlaba el ministro de gobierno Lucio Pabón Núñez, quien ordenó la inmediata captura del culpable, que con la ayuda de Leopoldo Mutis, su hermano; el marchante de arte Casimiro Eiger y un caballero de industria, don Álvaro Castaño Castillo, en una avioneta de la compañía petrolera logra huir, en compañía de su socia y amante Cecilia Warren, primero a Panamá, luego a Cuba, hospedándose en casa del músico Julián Orbón, hasta trasladarse a México, donde el gobierno colombiano solicitó su extradición acusándole de ser el instrumento de una empresa extranjera para derrocar el gobierno legítimo.

Mutis dijo entonces que había dilapidado en juergas y comilonas con amigos las enormes sumas [$ 100.000 pesos de 1955 equivalían a 39.840.64 dólares, unos setenta y cuatro millones de hoy] que la Esso destinó a los sobornos de los constituyentes como pretendidas partidas de ayuda en obras de caridad, pero como los intereses políticos de la dictadura colombiana apuntaban a una denuncia contra la petrolera, los abogados de esta aconsejaron a Mutis cometer una infracción que lo llevara a la cárcel, e impedir así su extradición, para lo cual se urdió la patraña de que el exiliado y perseguido intelectual había atropellado a una anciana y su nieto en una avenida mexicana, abandonando el lugar del crimen, siendo detenido y confinado en Lecumberri, sin proceso, por los quince meses que tardó en caer Rojas Pinilla.

Allí lo visitaron, mientras intentaba calcar a Jean Genet en español, varios periodistas que han contado esta historia y sus abogados colombianos Argemiro Burgos y Alfonsito López Michelsen, gran beneficiado e ideólogo de la maniobra político-financiera de la Esso. La Junta Militar que reemplazó a Rojas se desentendió del asunto, pero solo doce años después, en 1969, siendo Canciller López Michelsen durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo, pudo regresar a Colombia. López Michelsen haría borrar todo vestigio de esta historia de los expedientes judiciales mexicanos con la ayuda de Antonio Carillo Flórez, el todopoderoso Secretario

de Relaciones Exteriores de Gustavo Díaz Ordaz [informante de Agencia Central de Inteligencia y cerebro de los asesinatos masivos de estudiantes durante la rebelión estudiantil mexicana], quien sería, además, director del Fondo de Cultura Económica en los años de la entronización de Mutis como poeta.

El resto de la patraña ya es literatura. Mutis recibió como premio a sus servicios y sus prisiones dos de los empleos más fabulosos que puede tener alguien en el mundo: un vendedor de películas de Hollywood aficionado a la poesía, pero protegido por el *Center for Inter American Relations* de Park Av., en New York. Y la boliviana Rosario Santos.

> Siempre pensé —escribió García Márquez— que la lentitud de su creación era causada por sus oficios tiránicos. Pensé además que estaba agravada por el desastre de su caligrafía, que parece hecha con pluma de ganso, y por el ganso mismo, y cuyos trazos de vampiro harían aullar de pavor a los mastines en la niebla de Transilvania. Él me dijo cuando se lo dije, hace muchos años, que tan pronto como se jubilara de sus galeras iba a ponerse al día con sus libros. Que haya sido así, y que haya saltado sin paracaídas de sus aviones eternos a la tierra firme de una gloria abundante y merecida, es uno de los grandes milagros de nuestras letras: ocho libros en seis años.

Tanto la llamada «poesía» como la «prosa» de Mutis son ejemplos flagrantes del arte de la sociedad de consumo. Un «arte» que vende el mejor de sus productos: el rechazo ramplón de lo que conocemos como modernidad, con sus ofertas de igualdad, libertad y fraternidad, consideradas por Mutis otras supersticiones de nuestro tiempo. Para él la literatura fue mera entonación o estilo, no comunicación. Heredero de la voz radial de Jorge Zalamea en sus traducciones de Perse, Mutis hizo de sus monodias presagio de la vacuidad, o como él prefiere llamarla: desesperanza.

Desde *Los elementos del desastre* [1952], *Reseña de los hospitales de ultramar* [1959] y *Los trabajos perdidos* [1964] el asunto fue lo mismo. Según José Miguel Oviedo «todos sus poemas revelan la

misma actitud», pues animados por una idea fija, «todas las palabras empleadas en el fondo son iguales ya que es uno mismo el sentido que se les otorga...». Y agrega: «Mutis es uno de esos poetas que, a cualquier edad, escriban lo que escriban, dicen siempre lo mismo...». Cobo Borda ha descubierto, además, que «Un libro de Enrique Molina, *Costumbres errantes o la redondez de la tierra*, aparecido en 1951, manejaba los mismos tópicos de Mutis.»

Decadencia, soledad, ruina física y moral, trivia, abulia, pocilgas, camastros, mendrugos, trapos y errancia son las rutas y geografías que recorre sin descanso, y sin que importe al lector, Maqroll El gaviero, sosias y único pretexto literario de Mutis. Todo ello singularizado en cafetales, techos metálicos donde retumban las lluvias, catres desvencijados que resisten la angustia de quien descansa en ellos, hoteles de puerto de mar o de tierra, trapiches, quebradas murmurantes, mujeres opulentas de baja o dilapidada condición, socavones de minas, frutas descomponiéndose por el horrendo calor que nos acosa por todas partes, viejos combatientes desamparados y perdidos, colegios, hospitales, etc.

Y como en las óperas de magia, el cambio de telón apenas deja sospechar un cambio de escenografía: Bengala, Riga, Lisboa, Nueva Orleáns, Tashkent, Akaba, Caucasia, Alaska, Trinidad, Jamaica, Spira, Amberes, Cocora, Paramaribo, Hamburgo, Cádiz, Belem do Pará, etc., todos los caminos llevan a lo mismo. Quien maneja los hilos del extático aventurero Maqroll, y el aventurero mismo, nunca conocieron las gratificaciones de la salud corporal, el diálogo y el entendimiento, solo la peste del cuerpo y el monólogo. Para ellos, avezados facinerosos, acaso apenas importe reflejar en los Otros y ¿el lector? su chorro de voz y la miseria de sus recuerdos.

Octavio Paz, reseñando *Los elementos del desastre*, resumió lúcidamente ese mundo:

> El paisaje espiritual y físico del Gaviero es insoportable de varias maneras. Enumeraré algunas: la precisión en el horror chabacano, la alianza del esplendor verbal y la descomposición

de la materia, la descripción de una realidad anodina que desemboca en la revelación, apenas insinuada, de algo repugnante; la familiaridad con las imágenes desordenadas de la fiebre y, también, con las repeticiones del tedio y del aburrimiento; el gusto por las cosas concretas e insignificantes que, a fuerza de realidad, se vuelven misteriosas; la predilección por el encuentro de objetos cotidianos y vulgares en un escenario extraño, presencias que no dejan de producir escalofrío…

**Bibliografía de Álvaro Mutis**

**Obra literaria**, Bogotá, 1985. **Poesía y prosa**, obra preparada e impresa por Santiago Mutis Durán, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1982.

**Bibliografía sobre Álvaro Mutis**

Alonso Aristizábal: **Mito y trascendencia en Maqroll el Gaviero**, Bogotá, 2002. Eduardo García Aguilar: **Celebraciones y otros fantasmas**, Bogotá, 1993. Fernando Quiroz: **El reino que estaba para mí**, Bogotá, 1993. José Miguel Oviedo: *Caravaransy: hastío y terror*, en **Escrito al margen**, Bogotá, 2002. J.G. Cobo Borda: **Celebraciones y otros fantasmas**, Bogotá, 1993; **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2004; *Soy gibelino, monárquico y legitimista. Una entrevista con Álvaro Mutis*, en **Eco**, nº 237, Bogotá, julio de 1981; *Álvaro Mutis,* Bogotá, 1989; **Para leer a Álvaro Mutis**, Bogotá, 1988. Santiago Mutis Durán: **Tras las rutas de Maqroll el Gaviero**, Cali, 1988. William Ospina: Álvaro Mutis, en **Cuadernos Hispanoamericanos**, Madrid, nº 619, enero de 2002.

## Los trabajos perdidos

Por un oscuro túnel en donde se mezclan ciudades,
olores, tapetes, iras y ríos crece la planta del poema.
Una seca y amarilla hoja prensada en las páginas de
un libro olvidado, es el vano fruto que se ofrece.

La poesía substituye
la palabra substituye
el hombre substituye
los vientos y las aguas substituyen
la derrota se repite a través de los tiempos
¡ay, sin remedio!

Si matar a los leones y alimentar las cebras, perseguir
a los indios y acariciar mujeres en mugrientos solares
olvidar las comidas y dormir sobre las piedras... es la
poesía, entonces ya está hecho el milagro y sobran las
palabras.

Pero si acaso el poema viene de otras regiones,
si su música predica la evidencia de futuras miserias,
entonces los dioses hacen el poema. No hay hombres
para esta faena.

Pasar el desierto cantando, con la arena triturada en los
dientes y las uñas con sangre de monarcas, es el destino
de los mejores, de los puros en el sueño y la vigilia.

Los días partidos por el pálido cuchillo de las horas,
los días delgados como el manantial que brota de las
minas, los días del poema... Cuánta vana y frágil materia
preparan para las noches que cobija una lluvia insistente
sobre el cinc de los trópicos. Hierbas del dolor.

Todo aquí muere lentamente, evidentemente, sin
vergüenza: hasta los rieles del tren se entregan al óxido
y marcan la tierra con infinita ira paralela y dorada.

La gracia de una danza que rigen escondidos instrumentos.
La voz perdida en las pisadas, las pisadas perdidas en el polvo,
el polvo perdido en la vasta noche de cálidas extensiones... o
solamente la gracia de la fresca madrugada que todo lo olvida.
El puente del alba con sus dientes y sombras de agria leche.

Poesía: moneda inútil que paga pecados ajenos con
falsas intenciones de dar a los hombres la esperanza.
Comercio milenario de los prostíbulos.

Esperar el tiempo del poema es matar el deseo,
aniquilar las ansias, entregarse a la estéril angustia...
y además las palabras nos cubren de tal modo que no
podemos ver lo mejor de la batalla cuando la bandera
florece en los sangrientos muñones del príncipe.
¡Eternizad ese instante!

El metal blando y certero que equilibra los
pechos de incógnitas mujeres es el poema.
El amargo nudo que ahoga a los ladrones de
ganado cuando se acerca el alba es el poema.
El tibio y dulce hedor que inaugura los muertos es el poema.
La duda entre las palabras vulgares , para decir pasiones
innombrables y esconder la vergüenza es el poema.
El cadáver hinchado y gris del sapo lapidado
por los escolares es el poema.
La caspa luminosa de los chacales es el poema.

De nada vale que el poeta lo diga... el poema está hecho desde
siempre. Viento solitario. Garra disecada y quebradiza de un
ave poderosa y tranquila, vieja en edad y valerosa en su trance.

## Nocturno

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el zinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.

## Exilio

Voz del exilio, voz de pozo cegado,
voz huérfana, gran voz que se levanta
como hierba furiosa o pezuña de bestia,
voz sorda del exilio,
hoy ha brotado como una espesa sangre
reclamando mansamente su lugar
en algún sitio del mundo.
Hoy ha llamado en mí
el griterío de las aves que pasan en verde algarabía
sobre los cafetales, sobre las ceremoniosas hojas del banano,
sobre las heladas espumas que bajan de los páramos,
golpeando y sonando
y arrastrando consigo la pulpa del café
y las densas flores de los cámbulos.
Hoy, algo se ha detenido dentro de mí,
un espeso remanso hace girar,
de pronto, lenta, dulcemente,
rescatados en la superficie agitada de sus aguas,
ciertos días, ciertas horas del pasado,
a los que se aferra furiosamente
la materia más secreta y eficaz de mi vida.
Flotan ahora como troncos de tierno balso,
en serena evidencia de fieles testigos
y a ellos me acojo en este largo presente de exilado.
En el café, en casa de amigos, tornan con dolor desteñido
Teruel, Jarama, Madrid, Irún, Somosierra, Valencia
y luego Perpignan, Argelés, Dakar, Marsella.
A su rabia me uno, a su miseria
y olvido así quién soy, de dónde vengo,
hasta cuando una noche
comienza el golpeteo de la lluvia
y corre el agua por las calles en silencio
y un olor húmedo y cierto

me regresa a las grandes noches del Tolima
en donde un vasto desorden de aguas
grita hasta el alba su vocerío vegetal;
su destronado poder, entre las ramas del sombrío,
chorrea aún en la mañana
acallando el borboteo espeso de la miel
en los pulidos calderos de cobre.
Y es entonces cuando peso mi exilio
y mido la irrescatable soledad de lo perdido
por lo que de anticipada muerte me corresponde
en cada hora, en cada día de ausencia
que lleno con asuntos y con seres
cuya extranjera condición me empuja
hacia la cal definitiva
de un sueño que roerá sus propias vestiduras,
hechas de una corteza de materias
desterradas por los años y el olvido.

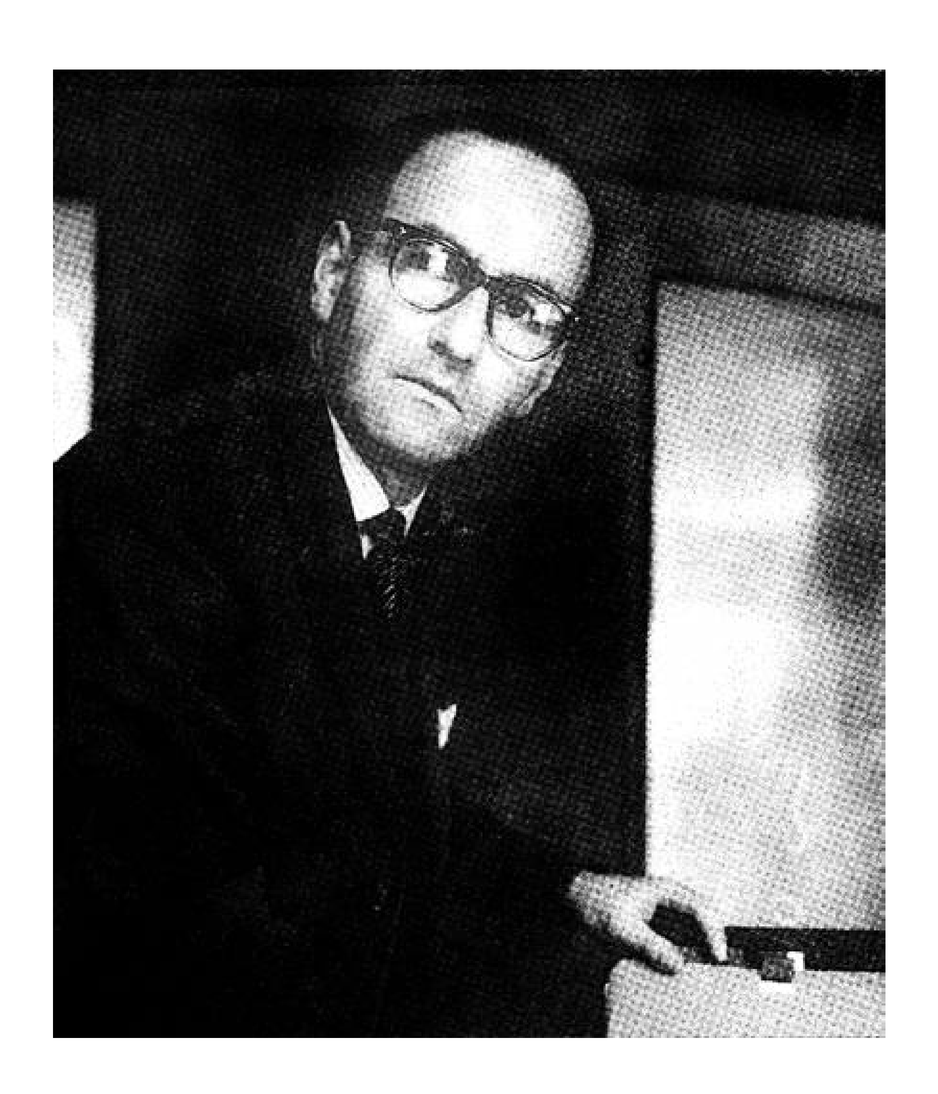
## Regreso a un retrato de la infanta Catalina Micaela hija del rey don Felipe II

Algo hay en los labios de esta joven señora,
algo en el malicioso asombro de sus ojos,
cuyo leve estrabismo nos propone
el absorto estigma de los elegidos,
algo en su resuelto porte entre andaluz y toscano
que me detiene a mitad del camino
y sólo me concede ocasión de alabarla
desde la reverente distancia de estas líneas.
No esconden bien el fuego de sus ensoñaciones,
el altivo porte de su cabeza alerta,
ni el cuello erguido preso en la blanca gorguera,
ni el enlutado traje que se ciñe a su talle.
Tampoco el aire de duelo cortesano
consigue ocultar el rastro de su sangre Valois
mezclado con la turbia savia florentina.
La muerte ha de llevarla cuando
cumpla treinta años. Diez hijos dio a su esposo
el Duque de Saboya. Fue tierna con su padre
y en Turín siguió siendo una infanta española.
Torno a mirar el lienzo que pintó Sánchez Coello
cuando la Infanta aún no tenía dieciocho años
y me invade, como siempre que vengo a visitarla
a este rincón del Prado que la guarda
en un casi anónimo recato, un deseo insensato
de sacarla del mudo letargo de los siglos
y llevarla del brazo e invitarla a perdernos
en el falaz laberinto de un verano sin término.

## Grieta matinal

Cala tu miseria,
sondéala, conoce sus más escondidas cavernas.
Aceita los engranajes de tu miseria,
ponla en tu camino, ábrete paso con ella
y en cada puerta golpea
con los blancos cartílagos de tu miseria.
Compárala con la de otras gentes
y mide bien el asombro de sus diferencias,
la singular agudeza de sus bordes.
Ampárate en los suaves ángulos de tu miseria.
Ten presente a cada hora
que su materia es tu materia,
el único puerto del que conoces cada rada,
cada boya, cada señal desde la cálida tierra
a donde llegas a reinar como Crusoe
entre la muchedumbre de sombras
que te rozan y con las que tropiezas
sin entender su propósito ni su costumbre.
Cultiva tu miseria,
hazla perdurable,
aliméntate de su savia,
envuélvete en el manto tejido con sus más secretos hilos.
Aprende a reconocerla entre todas,
no permitas que sea familiar a los otros
ni que la prolonguen abusivamente los tuyos.
Que te sea como agua bautismal
brotada de las grandes cloacas municipales,
como los arroyos que nacen en los mataderos.
Que se confunda con tus entrañas, tu miseria;
que contenga desde ahora los capítulos de tu muerte,
los elementos de tu más certero abandono.

Nunca dejes de lado tu miseria,
así descanses a su vera
como junto al blanco cuerpo
del que se ha retirado el deseo.
Ten siempre lista tu miseria
y no permitas que se evada por distracción o engaño.
Aprende a reconocerla hasta en sus más breves signos:
el encogerse de las finas hojas del carbonero,
el abrirse de las flores con la primera frescura de la tarde,
la soledad de una jaula de circo
varada en el lodo del camino,
el hollín en los arrabales,
el vaso de latón que mide la sopa en los cuarteles,
la ropa desordenada de los ciegos,
las campanillas que agotan su llamado
en el solar sembrado de eucaliptos,
el yodo de las navegaciones.
No mezcles tu miseria en los asuntos de cada día.
Aprende a guardarla para las horas de tu solaz
y teje con ella la verdadera,
la sola materia perdurable
de tu episodio sobre la tierra.



## Fernando Charry Lara

*1920-2004*

La obra poética de Fernando Charry Lara [Bogotá, 1920-2004] es exigua y con muchas ostensibles resonancias de sus poetas más amados: Arturo, Cernuda, Villaurrutia o Paz. En el prólogo que puso a sus poesías completas de 1989 dice que los primeros poemas que leyó y le impresionaron fueron de José Asunción Silva, las rimas de Bécquer y los simbolistas Georges Raymond Constantin Rodenbach y Albert Samain, que le aprehendieron «con su melancolía y su acento otoñal a quien desde una ventana solitaria se acompañó de la llovizna sobre viejos tejados o soñaba ciudades desconocidas más allá de la prodigiosa colaboración de los atardeceres bogotanos». Una poesía mustia, desganada, casi ausente del mundo, o viviendo en un mundo de fantasmas donde los lugares y las gentes existen apenas merced a la piedad con que son mirados por el poeta, una poesía que pareciera la replica vivaz de las pinturas de Edward Hooper, a quien Charry no admiró ni celebró nunca. Uno de sus poemas de su segundo libro, *Los adioses* [1963], sobre un par de cuerpos que yacen al lado de una carretera, es testimonio, casi el único en la poesía colombiana, de la violencia de los años cincuenta. Porque, como ha dicho Cobo Borda:

> Esta poesía, que combatía con fervor el posible olvido de la dicha y de los cuerpos que la encarnaban con su jubilosa rebeldía ve surgir, en su trasfondo, las afrentosas siluetas de un país de sadismo y pesadumbre. Con razón Charry Lara habló de la crisis del verso en Colombia ante la magnitud del desastre no sólo ético o social sino humano sin adjetivos. Bestias exterminándose con sevicia.

Doctor en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Nacional, Fernando Charry Lara fue director de la Radiodifusora Nacional y el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Nacional, miembro del consejo de redacción de *Mito*, *Eco* y *Golpe de Dados* y colaborador de diversas publicaciones. Ejerció el derecho en una compañía de productos lácteos. Fue miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua y miembro honorario del Instituto Caro y Cuervo. En el año 2000 ganó el Premio Nacional de Poesía José Asunción Silva y en el 2003 la Universidad de Antioquia le otorgó el Premio Nacional de Poesía. Tenía setenta y tres años.

**Bibliografía de Fernando Charry Lara**

**Lector de poesía**, Bogotá, 1975. **Llama de amor viva**, Bogotá, 1986. **Los adioses**, Bogotá, 1963. **Nocturnos y otros sueños**, Bogotá, 1949. **Pensamientos del amante**, Bogotá, 1981. **Poemas**, Bogotá, 1944. **Poesía y poetas colombianos**, Bogotá, 1985.

**Bibliografía sobre Fernando Charry Lara**

Andrés Holguín: *Fernando Charry Lara*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, diciembre 31 de 1944. Eduardo Camacho Guizado: Poesía colombiana, 1962, en **Eco**, n° 43, Bogotá, 1963. Gonzalo Mallarino: *Llama de amor viva*, en **El Espectador**, Bogotá, mayo 5 de 1986. J. G. Cobo Borda: *Fernando Charry Lara*, **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2004. Jaime García Mafla: *Fernando Charry Lara y la creación poética*, en **Revista Universidad Nacional**, n° 14-15, Bogotá, noviembre de 1987. Óscar Torres Duque: *Poeta recatado y nocturno*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, diciembre 5 de 1993.

## Llanura de Tuluá

Al borde del camino, los dos cuerpos
uno junto del otro, desde lejos parecen amarse.
Un hombre y una muchacha, delgadas
formas cálidas tendidas en la hierba, devorándose.
Estrechamente enlazando sus cinturas
aquellos brazos jóvenes, se piensa:
soñarán entregadas sus dos bocas,
sus silencios, sus manos, sus miradas.
Mas no hay beso, sino el viento sino el aire
seco del verano sin movimiento.
Uno junto del otro están caídos, muertos,
al borde del camino, los dos cuerpos.
Debieron ser esbeltas sus dos sombras
de languidez adorándose en la tarde.
Y debieron ser terribles sus dos rostros
frente a las amenazas y relámpagos.
Son cuerpos que son piedra, que son nada,
son cuerpos de mentira, mutilados,
de su suerte ignorantes, de su muerte,
y ahora, ya de cerca contemplados,
ocasión de voraces negras aves.

## Jardín nocturno

La mancha del cielo azul, sombras de
árboles, sombras de nubes,
y alrededor muros, ruinas, piedras que en el silencio
son frío, si la mano, si el pensamiento las roza.
De noche, retraído y apasionado,
contemplar desde allí lo lejano.
Olvidado de sí, hambriento del mundo,
vagar entre luces, ciudades, veranos. Mas luego como
cuando uno, sin saberlo,
extiende por mares su corazón
y regresa al solo sitio en que sueña:
ha pasado
el tiempo, y sin embargo
está el fulgor lunar sobre la vida. Así ilumina,
así entristece viril
al hombre la soledad de su delirio.

## Olvido

*Los días que uno tras otro son la vida.*
**Aurelio Arturo**

La trémula sombra ya te cubre.
Sólo existe el olvido,
desnudo,
frío corazón deshabitado.

Y ya nada son en ti las horas
las taciturnas horas que son tu vida.
Ni siquiera como ceniza
oculta que trajeran los transparentes
silencios de un recuerdo.

Nada. Ni el crepúsculo te envuelve,
ni la tarde te llena de viajes,
ni la noche conmueve tu obstinada
nostalgia del amor, cuando
una tácita doncella surge de la sombra.
Oh corazón, cielo deshabitado de los sueños.

## Tendido en el lecho

El mundo a tus sueños rendido.
La noche, distante, aurora de otra tierra,
el mar y su salvaje
tristeza de animal insomne bajo la luna,
las olas que avanzan perseguidas
como el amor indomable
vagan en una vibración errante entre los aires.

Tú sientes en el pecho esas secretas
reminiscencias puras de la vida,
lejanas a los brazos
y en el sueño próximas,
y próximas más en esta hora
en el íntimo abrigo de una habitación
como al encuentro furtivo de dos amantes,
lívida ante la sola desnudez deslumbrante.

Tendido de fatiga aquí en el lecho,
de los países extraños amaste
la belleza, remota del otono
y eI obstinado anochecer en el invierno,
la ternura húmeda del paisaje,
tus pasos mudos en la ciudad descubierta,
tus pasos solitarios, el encuentro
de la adorable palidez como fantasma.

Con el movimiento triste en los dedos
no apartes esa música,
no despiertes a la vida:
estas voces que el oído rozan como alas
testigos han de ser del sueño a tus recuerdos.

## Viajero

La extrañeza del lugar aunque
lo imaginaba. Lo interminable del instante
y lo áspero. Un comedor vasto como el hastío,
Mas aquí, en reposo,
el mudo mantel, el atardecer
junto a la sombra de los recuerdos en el rostro.
Obstinada la hora
le encierra, solitario, y al hermano
que llora bajo sus pensamientos.

Un sitio siempre ajeno como el amor, un lento salón
que a los fantasmas del viaje, en bandadas,
aparece de súbito con lámparas y memorias.
Conversaciones, alas, palabras apenas,
rumor en tomo. Una cucharada
a los labios con un remordimiento
y sobre la mesa, inmóvil, desconocida;
la silenciosa blancura de sus manos.

Quisiera despertar de entre los muertos
mientras la hora sórdidamente huye.

Lo piensa mientras a su alrededor
la mosca del sueño, el periódico,
el volumen ardiente de una falda, no importa,
qué cuerpos o miradas, la tenaz
ola de melancolía también les llega,
y en procesiones nocturnas
los huéspedes no duermen sino avanzan
con equipajes, entre espejos y blancos uniformes,
sonrientes, solos, sonámbulos,
por carrileras, a pie, enlunados,
al subterráneo final de los trenes sin nadie.



## Olga Chams Eljach

*1922-2009*

Una foto ha dejado a Olga Chams Eljach de siete años. Tiene una diadema de flores y un inmenso ramo de orquídeas en sus manos. Está sentada en un tapete, con largas medias tobilleras y su rostro no delata, ciertamente, que en su madurez sería ese ser adorable, que todos los que la conocieron, recuerdan en su casa del barrio Prado, sentada en una silla de mimbre, meciendo su frágil cuerpo en el cuadrado blanco y negro del piso, mientras desde el fondo tenue de las cortinas emanaba alguna melodía del romanticismo y ella mira al visitante con sus claros ojos, casi celestes y la miel de sus cabellos parecen ser su tenue y tierna voz que viene de la historia milenaria de los desiertos del mundo, con sus amables costumbres para hacer plácida la visita del transeúnte. Todo recuerda su poesía afligida de amores y mares, casualidades, descuidos, besos, soledades y llanto mudo.

Esa niña había nacido en Barranquilla y fue bautizada Olga Isabel Chams Eljach, hija de una pareja de libaneses, país donde fue con sus padres cuando tuvo nueve años, cruzando el Atlántico en barco. Hizo sus estudios de bachillerato en el Colegio Barranquilla para Señoritas y de Historia del Arte y Literatura en el Centro Dante Alighieri de Roma. Al cumplir sus quince años, la revista *Vanidades*, de La Habana, publicó sus primeros versos, donde usa un apodo que luego la perseguirá hasta nuestros días. Uno de esos poemas fue *Vuelo*:

Blancas gaviotas, hermanas
gemelas del alma mía;
si tuviere vuestras alas
bien lejos que volaría.

Con qué nostalgia infinita
os miro cruzar los cielos
y perderos sobre el mar…
igual que locos anhelos.

El alma tengo colmada
de sueños de lejanías.
Blancas gaviotas hermanas,
yo con vosotras me iría.

Si mi alma no fuese alma…
una gaviota sería…

Aquí ya aparecen varios de los rasgos que distinguirán su poesía y que la harán una excepción entre la legión de mujeres poetas que surgieron en América durante los años de la posguerra: imágenes de extremada sutileza, un alma que sueña con mundos lejanos y que quiere ser gaviota, o un viento que es un río de jazmines, o una mariposa que es la misma danza de los colores del verano.

Aun cuando pasó la mayor parte de su vida en Barranquilla y en su casa se reunieron a menudo los miembros de esa invención llamada grupo de La Cueva [«La única mujer que considerábamos como parte del grupo era ella… Eran memorables las veladas en su casa con los escritores y artistas famosos que pasaban por la ciudad», ha escrito García Márquez en sus memorias], por la frescura que trajo su obra en una hora cuando el piedracielismo hizo todos los estragos posibles e influyó de manera contradictoria tanto en los poetas como y mucho más en los narradores, Olga Chams Eljach debe ser considerada parte de la generación de *Mito*. Charry Lara y Chams Eljach son dos de las variantes del grupo que más prologan las tradiciones hispanas de la poesía de ese tiempo: lejanía de la experimentación e iconoclasia de los

vanguardismos, matización de las tradiciones clásicas desde hondas miradas a la intimidad, *nova et vetera*. Así parece haberlo intuido Gabriel García Márquez en 1951 cuando escribió que en la poesía de Chams Eljach «el dominio del instrumento se ha purificado progresiva y sistemáticamente a través de sus libros dando a [ella] una posesión de su claro universo interior y le ha permitido rescatar, de su estado de alma, la correspondencia íntima del mar exterior que ella tanto ama, de las golondrinas que tanto persigue, del amor que tanto la alegra y le duele en una dimensión diferente de las conocidas, y sólo de ella». Y precisamente y por igual sus libros han recibido los encarecimientos entusiastas de Ramón Vinyes, Eduardo Zalamea Borda, Helcías Martán Góngora, Javier Arango Ferrer, Andrés Holguín, Fernando Charry Lara, Cobo Borda, Helena Araújo, o Nayla Chehade, quien ha dicho de la obra de la poeta de Barranquilla:

> Voz de aliento inquebrantable, siempre fiel a sí misma, Olga Chams Eljach a través de su poesía tiene la virtud de producir ese estado poético que según Valéry hace del lector un inspirado que busca y encuentra en la poesía la causa maravillosa de su maravilla.

Olga Chams Eljach cuidó por más de treinta años los libros de la biblioteca que hoy lleva su nombre. Y recibió numerosos reconocimientos por su obra, entre ellos un Doctorado Honoris Causa en Letras de la Universidad del Atlántico, la Medalla Gran Orden del Ministerio de Cultura, la Medalla Simón Bolívar del Ministerio de Educación, el Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia y la Orden de la Democracia del Congreso. Fue miembro de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1989, del Centro Artístico de Barranquilla, de la Comisión Interamericana de Mujeres, del Club Zonta Internacional de Mujeres Profesionales y Ejecutivas y de la Sociedad de Mejoras Públicas.

**Bibliografía de y sobre Olga Chams Eljach**

María Mercedes Jaramillo/ Betty Osorio/ Ariel Castillo Mier/Editores: **Poesía y prosa**, Barranquilla, 2003.

## Encuentro con la nieve

Me despertó el silencio.
Afuera, ni el leve tintineo de algún trino,
ni el roce de una hoja
rezagada en la fuga del otoño.
En la casa, callados,
los pequeños crujidos que la noche
descubre en la madera,
las voces imprecisas del desvelo,
los pasos con que inicia
sus periplos el día.
Entreabrí la ventana
y me encontré con ella,
con la primera nieve
de aquel año,
y también la primera
de mis ojos.
De lo alto llegaba o no llegaba
un vuelo de jazmines deshojados,
un manso oleaje de blancura,
trémula y transparente
y pensativa.
Un sí es no es que parecía
más que presencia
y certidumbre plena
la memoria fugaz de otra memoria
entrevista en el sueño.
Cuánto tiempo ha pasado
desde entonces
no lo sé.
Pero aún sigo allí tras los cristales
viendo caer o no caer la nieve
primera de aquel año
y de mis ojos.

## La ahogada

Estoy aquí, profunda, silenciosa,
borrándome la tierra que dejara
por este móvil tiempo descendido,
este vago país donde la muerte
asoma el rostro húmedo a mi rostro
de quietud y de espejo.
Ya se extingue en mi frente,
ya se apaga,
el fuego del estío,
su estatura
de dios entre los árboles,
su paso guarnecido de ciervos y de hojas.
Lentamente se hunden en mis venas
los últimos colores, ya me dejan
las tardes que refulgen un momento
con el mágico sol de los venados,
las nubes de tormenta sobre el río,
el olor de la lluvia como un ángel
detrás de la ventana.
Ya mis ojos olvidan
la mirada del cielo,
mi mano la costumbre de los frutos
la amistad de su dulce arquitectura.
Ahora me rodean verdes muros
de transparente soledad, ocultas
ciudades gota a gota levantadas.
Undívagas criaturas se detienen
a mirarme pasar,
la desceñida
de su mundo, ceñida
de secreto
bajo la piel amarga
de su exilio.

## Soneto en vano

¿A dónde iré que no me alcance el vuelo
de tu mirada que en azor se muda,
y la noche de sueños me desnuda
con el brillo quemante del desvelo?

¿En qué sitio del aire, el mar, el cielo,
encontrará mi corazón ayuda,
la clara mano que mi mal acuda
y en dulcedumbre me convierta el duelo?

La frente pensativa me rodeas
de lejanas memorias. Me recreas
los rostros del amor enceguecido.

Y es inútil que huya de tu acecho
si te oigo vivir dentro del pecho
con la vida sin muerte del olvido.

## Cedros

Mis ojos niños vieron
—ha mucho tiempo— alzarse
hasta la nube un vuelo
de sucesivos verdes
que el aire en torno
embalsamaban
con tranquila insistencia.
El silencio se oía como una
música suspendida de repente,
y en mi pecho crecía
el asombro.
La voz del padre, entonces,
inclinóse a mi oído
para decirme, quedo:
“Son los cedros del Líbano
hija mía.
Mil años hace, acaso
mil más, que medran
a las plantas de Dios.
Guarda su imagen
en la frente y la sangre.
Nunca olvides
que miraste de cerca
la Belleza”.
Y desde aquella hora
tan lejana,
algo en mí se renueva
y estremece
cuando topo en las hojas
de algún libro
su memoriosa estampa.



## Jorge Gaitán Durán

*1924-1962*

Con sus escasos treinta y siete años, Jorge Gaitán Durán fue sin duda uno de los más notables intelectuales de la lengua en el siglo pasado. Y quizás el único nacido en Colombia que puede contrastarse sin desmerecimientos con sus pares, americanos y peninsulares, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, Gabriel Ferrater, el brasileño Ferreira Gullar o el venezolano Juan Liscano. Hijo de un ingeniero de ferrocarriles y de una rica terrateniente, nació en Pamplona, donde hizo sus estudios de primaria en un colegio de señoritas de Cúcuta y el bachillerato en el Colegio San José de los Hermanos Cristianos.

> Yo tenía quince años en 1940 —escribió en 1959—. Durante los cinco años que siguieron fuimos lo que la guerra quiso. No alcanzamos a ponernos el uniforme, pero la propaganda modeló nuestra imagen del mundo. No volvimos del frente cojos o ciegos, pero en tan decisiva etapa de la formación de un hombre, nuestro horizonte ético y estético se redujo a libros, películas, conversaciones, conferencias, lecciones, cuyo único objetivo era la victoria. Necesariamente nuestras concepciones de la sociedad, de la literatura o del amor resultaron esquemáticas, convencionales, sentimentales. Trabajo nos costó desprendernos de ese lastre. Nos correspondió el aspecto más mediocre —también el menos peligroso corporalmente— de la pavorosa contienda. Quizá esto explique que nuestra primera reacción literaria fuera una poesía desengañada y melancólica y nuestra primera reacción política y social una desconfianza un poco fúnebre ante cualquier orden establecido [...].

En 1941 se inscribió en Bogotá en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional y pasó allí un año, al lado de su amigo Eduardo Ramírez Villamizar, el más grande escultor que ha tenido Colombia. De allí fue a la Universidad Javeriana para estudiar Derecho y comienza a escribir sobre cine, pintura, arte y literatura. Durante los sucesos del 9 de abril participa en el levantamiento tratando de orientar al pueblo en la lucha y tiene luego que esconderse por varios días hasta que logra llegar a Cúcuta donde es protegido por amigos de su familia. Al año siguiente regresa a Bogotá y luego de algunas actividades partidistas decide viajar a París donde hace estudios de cine, se casa con Dina Moscovicci, viaja por varios países europeos, por Rusia y China, donde vio a Mao Zedong en persona ante doscientas mil personas en la Plaza del Pueblo.

En junio de 1954, con treinta años y con Gustavo Rojas Pinilla en el poder, regresa a Colombia. Dos meses después escribe a Eduardo Cote Lamus, retratando la Bogotá y el país de entonces y quizás de siempre:

> La selva es Bogotá. Acabo de regresar de allí. Vengo deprimido. Sólo ahora comprendo las tonterías que hice al regresar de Europa. En Cúcuta se está dentro de una atmósfera nacional. El país con todos sus defectos y cualidades. Bogotá es una atmósfera asfixiante, donde el chisme, el chiste y el trago impiden toda actividad humana verdaderamente digna. Tú recuerdas cuántas críticas hice al ambiente cultural de España; pues bien, el de Bogotá es aun inferior: conformismo, ignorancia, petulancia que se cree talento. Naturalmente hay dos o tres personas con las cuales se puede conversar provechosamente. Conclusión: si no tienes disposición de explorador, quédate allá lo más posible.

El primer número de *Mito* apareció en abril de 1955. A mediados del año siguiente regresa a Europa, pero para 1957 ya está de nuevo en Colombia luchando por la democratización del país y así de manera intermitente permanece, unas veces en el país, otras en España o en Francia, hasta cuando en 1962 muere en el accidente de un avión de Air France durante una maniobra de la nave en Point-à-Pitre. Gaitán Durán fue sepultado en Cúcuta el 29 de junio de ese año. Con él fallecía toda una generación de colombianos que nunca pudieron cambiar

su país y fueron sometidos a diversos tipos de vejámenes, desde los ministerios que aceptaron a los gobiernos del Frente Nacional donde hicieron todo lo contrario de lo que habían soñado, como es el caso de Pedro Gómez Valderrama, ministro de gobierno y educación de Guillermo Valencia e ideólogo de los bombardeos a Marquetalia, Riochiquito y Guayabero, que condujeron a la creación de las llamadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, o Indalecio Liévano Aguirre al servicio del avieso gobierno de López Michelsen, o Álvaro Mutis, encarcelado en Lecumberri por sus extrañas maniobras y manejos de dineros a favor de las empresas imperialistas que controlaban el petróleo, o el triste destino de Valencia Goelkel y Charry Lara, silenciado el uno para siempre o plegados a los intereses torvos de Eduardo Carranza, o mendigando cuotas burocráticas y viajes para sí y sus hijas en los ministerios de exteriores o en esa cosa horrenda que se llamó Colcultura. Para no hablar de otros que envejecieron en cargos diplomáticos o adivinando el futuro y las suertes a presidentes, etc. Las malas jugadas del destino, o de los obstinados dioses, como escribió Valencia Goelkel en uno de los homenajes que hizo a su amigo.

Como se sabe, más que poeta, Gaitán Durán, fue un intelectual, es decir, un político. Y si su obra literaria es una de las más bellas contribuciones de colombiano alguno al caudal de la lengua fue por un azar del destino. Gaitán Durán imitó durante su juventud, o primera juventud, los tonos y quizás hasta lo motivos del piedracielismo carrancista, a quien extrañamente admiraba. Pero luego, cuando pudo conocer la literatura francesa de su tiempo y en espacial a Camus, los cuadernos fueron su principal ocupación y del ejercicio de esas reflexiones saltó a la poesía verdadera, así también esté manchada por ideologismos como la lucha facciosa y muy francesa entre Eros y Thanatos. Gaitán Durán y su amigo venezolano Juan Liscano pusieron de moda entre nosotros ese sentimiento que acerca el vivir a plenitud a la muerte, al morir. Así lo ha sostenido también Gutiérrez Girardot [Eros y política]:

> Dentro de la poesía de lengua española de los años cincuenta que por su acento político se llama comprometida, la de Gaitán Durán constituye una excepción del mismo modo como lo es

> dentro de la poesía hispánica llamada erótica. Y esa excepción se funda precisamente en la liberación de Eros de las cargas morales y dogmáticas que lo convirtieron en pornografía y obscenidad como también en la liberación de la política de las cargas igualmente moral-dogmáticas que la convirtieron en principios abstractos y finalmente antihumanos.

Pero Gaitán Durán y Liscano no estaban solos. En Barcelona, por los tiempos de la creación de *Mito*, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma y Agustín Goytisolo estaban empeñados en escrituras similares. Sin olvidar que otro de los grandes poetas del cincuenta vivía en Bogotá y fue publicado en las ediciones de *Mito*: José Manuel Caballero Bonald.

Poeta de la existencia, es decir, de la consunción de la muerte a través de la vida, sus mejores poemas están reunidos en libros como *Asombro*, *Amantes* y *Si mañana despierto*.

**Bibliografía de Jorge Gaitán Durán**

**Amantes, separata de Mito**, nº 22/23, Bogotá, 1958. **Asombro, París**, 1951. **Insistencia en la tristeza**, prólogo de Helcías Martán Góngora, Bogotá, 1946. **Obra literaria**, selección y prólogo de Pedro Gómez Valderrama, Bogotá, 1975. **Presencia del hombre**, prólogo de Hernando Téllez, Bogotá, 1947. **Si mañana despierto**, Bogotá, 1961.

**Bibliografía sobre Jorge Gaitán Durán**

Alfonso Bonilla Naar: *Jorge Gaitán Durán*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, julio 1 de 1962. Andrés Holguín: *El grupo Mito, en* **Antología crítica de la poesía colombiana**, Bogotá, 1978. Cecilia Casas: *La poesía de Jorge Gaitán Durán*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, junio 19 de 1977. Gonzalo Arango Arias: *Los inmortales también mueren*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, junio 23 de 1962. Gonzalo Canal Ramírez: *Jorge Gaitán Durán*, en **El Tiempo**, Bogotá, julio 1 de 1962. Jorge Zalamea: *Poesía y prosa de Jorge Gaitán Durán*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, febrero 11 de 1962. J.C. Cobo Borda: *Jorge Gaitán Duran*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2004. María Mercedes Carranza: *La acción del intelectual aquí y ahora*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, junio 28 de 1987. Rafael Gutiérrez Girardot: *La literatura colombiana en el siglo XX*, en **Manual de historia de Colombia**, tomo III, Bogotá, 1982.

## Sé que estoy vivo

Sé que estoy vivo en este bello día
acostado contigo. Es el verano.
Acaloradas frutas en tu mano
vierten su espeso olor al mediodía.

Antes de aquí tendernos, no existía
este mundo radiante. ¡Nunca en vano
al deseo arrancamos el humano
amor que a las estrellas desafía!

Hacia el azul del mar corro desnudo.
Vuelvo a ti como al sol y en ti me anudo,
nazco en el esplendor de conocerte.

Siento el sudor ligero de la siesta.
Bebemos vino rojo. Esta es la fiesta
en que más recordamos a la muerte.

## Hacia el cadalso

Tú no has conseguido nada, me dice el tiempo,
todo lo has perdido en tu lid imbécil
contra los dioses. Solo te quedan palabras.
Tú no has sido nada: ni padre ni guerrero
ni súbdito ni príncipe ni Diógenes el perro
y ahora la muerte cáncer y silencio en tu garganta
te hace besar las ruinas que escupiste.

Mas yo he sido: vilano, un día; otro, vulnerable
titán contra su sombra. Yo he vivido:
árbol de incendios, semen de amo
que por un instante tiene el mundo con su cuerpo.

El idiota repite estas palabras hasta el cadalso
interminable: ¡He vivido!

## Siesta

*"Voy por tu cuerpo como por el mundo".*
**Octavio Paz**

Es la siesta feliz entre los árboles,
traspasa el sol las hojas, todo arde,
el tiempo corre entre la luz y el cielo
como un furtivo dios deja las cosas.
El mediodía fluye en tu desnudo
como el soplo de estío por el aire.
En tus senos trepidan los veranos.
Sientes pasar la tierra por tu cuerpo
como cruza una estrella el firmamento.
El mar vuela a lo lejos como un pájaro.
Sobre el polvo invencible en que has dormido
esta sombra ligera marca el peso
de un abrazo solar contra el destino.
Somos dos en lo alto de una vida.
Somos uno en lo alto del instante.
Tu cuerpo es una luna impenetrable
que el esplendor destruye en esta hora.
cuando abro tu carne hiero al tiempo,
cubro con mi aflicción la dinastía,
basta mi voz para borrar los dioses,
me hundo en ti para enfrentar la muerte.
El mediodía es vasto como el mundo.
Canta el cuerpo en la luz, la tierra canta,
danza en el sol de todos los colores,
cada sabor es único en mi lengua.
Soy un súbito amor por cada cosa.
Miro, palpo sin fin, cada sentido
es un espejo breve en la delicia.

Te miro envuelta en un sudor espeso.
Bebemos vino rojo. Las naranjas
dejan su agudo olor entre tus labios.
Son los grandes calores del verano.
El fugitivo sol busca tus plantas,
el mundo huye por el firmamento,
llenamos esta nada con las nubes,
hemos hurtado al ser cada momento,
te desnudé a la par con nuestro duelo.
Sé que voy a morir. Termina el día.

## Amantes

Somos como son los que se aman.
Al desnudarnos descubrimos dos monstruosos
desconocidos que se estrechan a tientas,
cicatrices con que el rencoroso deseo
señala a los que sin descanso se aman:
el tedio, la sospecha que invencible nos ata
en su red, como en la falta dos dioses adúlteros.
Enamorados como dos locos,
dos astros sanguinarios, dos dinastías
que hambrientas se disputan un reino,
queremos ser justicia, nos acechamos feroces,
nos engañamos, nos inferimos las viles injurias
con que el cielo afrenta a los que se aman.
Sólo para que mil veces nos incendie
el abrazo que en el mundo son los que se aman
mil veces morimos cada día.

## Amantes II

Desnudos afrentamos el cuerpo
como dos ángeles equivocados,
como dos soles rojos en un bosque oscuro,
como dos vampiros al alzarse el día,
labios que buscan la joya del instante entre dos muslos,
boca que busca la boca, estatuas erguidas
que en la piedra inventan el beso
sólo para que un relámpago de sangres juntas
cruce la invencible muerte que nos llama.
De pie como perezosos árboles en el estío,
sentados como dioses ebrios
para que me abrasen en el polvo tus dos astros,
tendidos como guerreros de dos patrias que el alba separa,
en tu cuerpo soy el incendio del ser.

## Se juntan desnudos

Dos cuerpos que se juntan desnudos
solos en la ciudad donde habitan los astros
inventan sin reposo al deseo.
No se ven cuando se aman, bellos
o atroces arden como dos mundos
que una vez cada mil años se cruzan en el cielo.
Sólo en la palabra, luna inútil, miramos
cómo nuestros cuerpos son cuando se abrazan,
se penetran, escupen, sangran, rocas que se destrozan,
estrellas enemigas, imperios que se afrentan.
Se acarician efímeros entre mil soles
que se despedazan, se besan hasta el fondo,
saltan como dos delfines blancos en el día,
pasan como un solo incendio por la noche.

## Si mañana despierto

De súbito respira uno mejor y el aire de la primavera
llega al fondo. Mas sólo ha sido un plazo
que el sufrimiento concede para que digamos la palabra.
He ganado un día; he tenido el tiempo
en mi boca como un vino
Suelo buscarme
en la ciudad que pasa como un barco de locos por la noche.
Sólo encuentro un rostro: hombre viejo y sin dientes
a quien la dinastía, el poder, la riqueza, el genio,
todo le han dado al cabo, salvo la muerte.
Es un enemigo más temible que Dios,
el sueño que puedo ser si mañana despierto
y sé que vivo.
Mas de súbito el alba
me cae entre las manos como una naranja roja.

## El regreso

El regreso para morir es grande.
[Lo dijo con su aventura el rey de Ítaca].
Mas amo el sol de mi patria,
el venado rojo que corre por los cerros,
y las nobles voces de la tarde que fueron
mi familia.
Mejor morir sin que nadie
lamente glorias matinales, lejos
del verano querido donde conocí dioses.
Todo para que mi imagen pasada
sea la última fábula de la casa.

## Diario

[*Fragmentos*]

El amor y la literatura coinciden en la búsqueda apasionada casi siempre desesperada de comunicación. Rechazamos la esencial soledad de nuestro ser y nos precipitamos caudalosamente hacia los otros seres humanos por medio de la creación o del deseo. Los cuerpos ayuntados son himno, poema, palabra. El poema es acto erótico. La impotencia literaria o artística sanciona la imposibilidad de colmar el abismo o remontar la montaña de diferencias, las barreras de carne setos vivos, que nos separan de nuestros semejantes, así como la impotencia sexual consagra en última instancia la imposibilidad de regresar por un instante a la original continuidad del ser, paraíso cuya nostalgia nos hostiga.

*

Vamos temprano al mar, en bicicleta, por caminitos polvorientos, bordeados de vides cuyas uvas negras maduran al sol. Tras perezosos juegos de verano, nado con una felicidad que yo creía abolida. Regresamos al mediodía, en vestido de baño, untados de aceite y arena. Nos detenemos para comer higos de concha morada y cristalina pulpa, tan dulces, blandos y jugosos que se deshacen en la mano si uno no los coge con pericia.

*

En Ibiza las higueras tienen dueño, pero los higos son de todos.

*

Nos bañamos desnudos en el mar, bajo la luna. Nadamos con libertad en el agua plateada, más tibia que al mediodía. Los brazos de Betina(1) brillan como delfines blancos entre las olas.

*

Nunca he vivido ni trabajado tan intensamente como en Ibiza. Ley o azar, en los últimos días resurgieron los indicios, presagios que creí inventar hace años. No me abrumaron, sin embargo, las trazas de sangre en la saliva, ni la fatiga, ni la asfixia precedida por un súbito desdibujamiento de las cosas. Iba al mar con Betina y pasábamos siestas incomparables, tendidos en la arena. ¿Qué más podía desear después del instante pleno, irrepetible? Vivía simplemente, ebrio y feliz, sin pasado ni futuro. Soy, me repetía, mientras sienta contra mí este caliente cuerpo dorado. Precisamente porque no olvido la muerte, creo con pasión en este mundo.

---

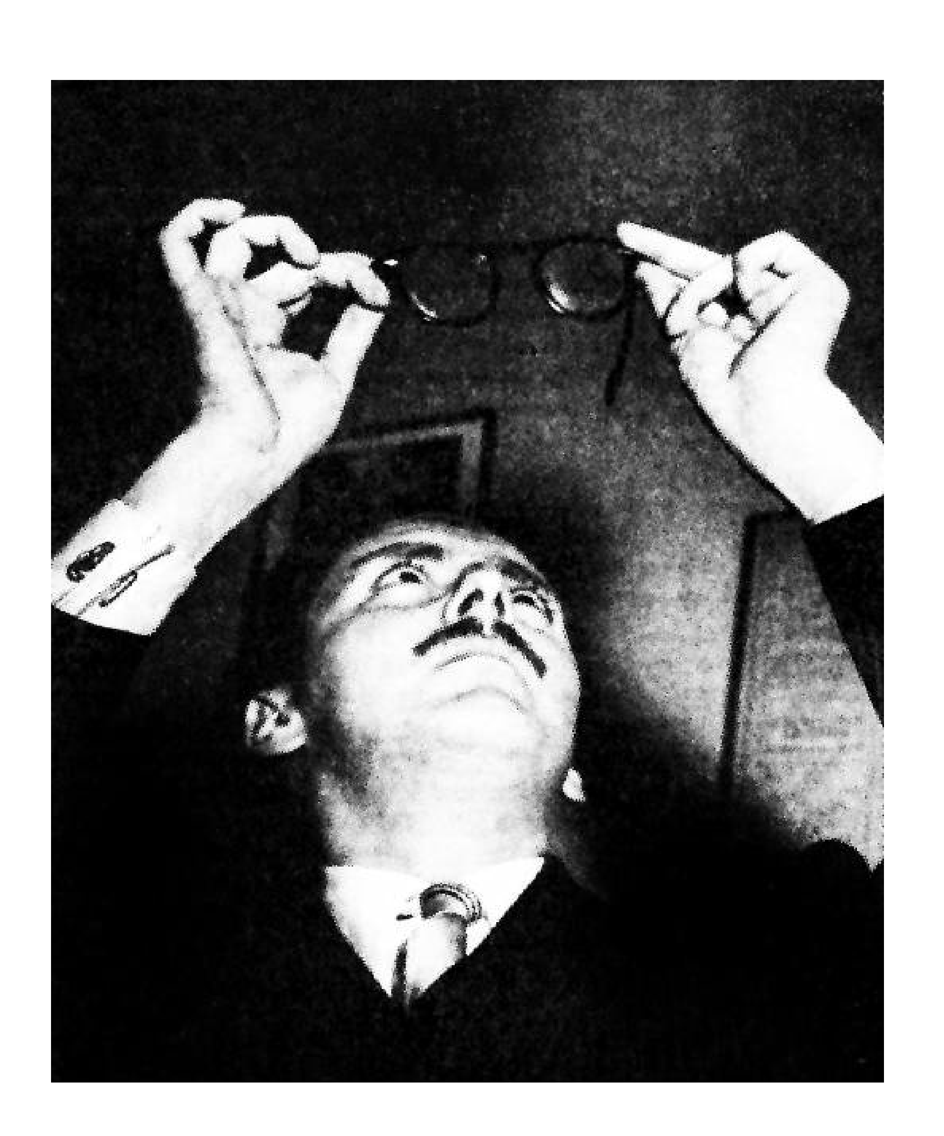
1. Feliza Bursztyn (Bogotá, 1932-1982), una de las más notables escultoras colombianas, que estudió en Art Students League de Nueva York y la academia La Grande Chaumière en París, murió en París perseguida y acosada vilmente por el gobierno de Julio César Turbay Ayala, que la acusaba de fabricar armas en su taller de soldadura. En *Los 166 días de Feliza*, publicada en Madrid en *El País* del 20 de enero de 1982, Gabriel García Márquez narró su tragedia: «Feliza Bursztyn tuvo que escapar de Colombia —como hubiera podido hacerlo el protagonista de *El proceso*, de Franz Kafka— para no ser encarcelada por un delito que nunca le fue revelado. El viernes 24 de julio de 1981 una patrulla de militares al mando de un teniente se presentó a su casa de Bogotá a las cuatro de la madrugada. Todos vestían de civil, con ruanas largas, debajo de las cuales llevaban escondidas las metralletas, y estaban autorizados por una orden de allanamiento de un juez militar. Su comportamiento fue correcto, amable inclusive, y la requisa que hicieron de la casa duró casi cuatro horas, pero fue más ritual que minuciosa. Feliza y su esposo, Pablo Leyva, tuvieron la impresión de que eran unos muchachos inexpertos que no sabían lo que buscaban ni tenían demasiado interés en encontrarlo. Lo único que registraron a fondo fue la cama matrimonial, hasta el extremo de que la desarmaron y la volvieron a armar. "Tal vez buscaban mis polvos perdidos", comentó más tarde Feliza con su humor bárbaro. Otra cosa que les llamó la atención fue una caja de fotografías que Feliza había llevado de La Habana, pocos días antes, a donde había viajado para asistir a una exposición de sus obras en la Casa de las Américas. Eran las fotos de una exposición colectiva de fotógrafos colombianos que se había realizado en La Habana el año anterior, también bajo el patrocinio de la Embajada de Colombia en Cuba, y con asistencia de sus funcionarios. La Casa de las Américas le había pedido a Feliza el favor de que las devolviera a sus autores, cuyos nombres y direcciones estaban escritos al dorso de cada foto. Los soldados les echaron una ojeada superficial a casi un centenar y pusieron aparte tres, que se llevaron. Feliza, que ni siquiera había tenido tiempo de abrir el paquete, no pudo ver muy bien qué fotos eran, pero le pareció que alguna la había visto publicada en la Prensa de Colombia. También se llevaron una pistola Beretta inservible que un amigo le había regalado a Feliza en 1964, en una época en que vivía sola en Bogotá, pues todavía no se había casado con Pablo Leyva.

---

"No me atreví ni a tocarla nunca", me dijo Feliza, "por temor de sacarme un ojo". Fue todo cuanto se llevaron. Es cierto que Feliza no encontró después dos cadenas y tres anillos que había puesto en su mesa de noche antes de dormirse, y que eran las únicas cosas de oro, pero también las que costaban menos en su paraíso de chatarra. Pero siempre insistió, con su buena fe inquebrantable, que no podía suponer algo que no había visto.
Terminada la requisa, Feliza fue llevada, sin su esposo, a las caballerizas de la Brigada de Institutos Militares. Permaneció sentada, sin comer ni beber, durante las once horas del interrogatorio. Le vendaron los ojos y le pegaron en el pecho una banda adhesiva con su número de presidiaria: 5. Ese parche, con ese número, está todavía pegado en la pared de la cocina en su casa de Bogotá . Siempre insistió en que la trataron con mucha corrección, que le pidieron excusas por tener que vendarla, y que ninguna de las incontables preguntas le permitió vislumbrar de qué la acusaban. Se lo preguntó a uno de sus interrogadores invisibles, y éste le dio una respuesta deslumbrante:
—Lo vamos a saber ahora por lo que usted nos diga.
Es sorprendente que hubiera resistido aquella prueba con tanta fortaleza, porque Feliza tenía una limitación pulmonar muy seria, debido a las sustancias tóxicas con que trabajaba, y además una lesión de la columna vertebral de la que no se recuperó nunca. Pero no perdió el sentido del humor en ningún momento de aquellas once horas desgraciadas de nuestra historia patria.
Le preguntaron si conocía a algún escritor, y contestó que sí: a Hernando Valencia Goelkel. Le preguntaron si no conocía a otros, y contestó que sí, pero que no los mencionaba porque eran muy malos escritores. Le preguntaron si no temía que la violaran, y contestó que no, porque toda mujer casada está acostumbrada a que la violen todas las noches. Sin embargo, los distintos interrogadores que nunca pudo ver coincidieron en poner en duda su nacionalidad colombiana. Nunca, en las horas interminables de su exilio, Feliza pareció olvidar que alguien en su propio país le hiciera esa ofensa. "Soy más colombiana que el presidente de la República", solía decir en sus últimos días. Más aún: mucho antes de que tuviera que abandonar a Colombia, una revista les preguntó a varios artistas colombianos en qué ciudad del mundo querían vivir, y Feliza fue la única que contestó: "En Bogotá".
Dos días después del interrogatorio, cuando ya se consideraba a salvo de toda sospecha, Feliza fue citada por un juez militar, que la acusó de tener en su casa un arma sin licencia. El juez le mostró la disposición según la cual aquel delito tenía prevista una pena de cinco años de cárcel. Le hizo firmar una notificación, la citó para dos días más tarde y le advirti6que no podía moverse de Bogotá. Dos días después, con todo el dolor de su alma, se asiló en la sede de la Embajada de México.
No es comprensible, pues, que alguien se pregunte ahora por qué se fue Feliza de Colombia.
El mismo Hernando Santos, que fue uno de sus amigos más queridos, tuvo la entereza de llamar por teléfono al ministro de la Defensa, general Camacho Leyva, para interceder en favor de ella, cuando todavía estaba detenida. El general le contestó que no podía hacer nada, porque había contra Feliza una denuncia concreta. Pocos días después, sin embargo, cuando todavía Feliza estaba asilada en la Embajada de México, la Cancillería colombiana dijo, en un comunicado oficial, que no había ningún cargo contra ella, que podía viajar sin salvoconducto a donde quisiera y volver a Colombia con toda libertad. Pero otros días más tarde, el redactor de asuntos militares de El Espectador, de Bogotá, publicó una declaración muy explícita de un alto oficial de las Fuerzas Armadas de Colombia, que nunca se identificó, pero que tampoco ha sido desmentido por nadie. Este militar sin nombre afirmaba tener pruebas de que Feliza Bursztyn era correo, entre los dirigentes cubanos y el M-19, pero que se le había tratado con la mayor consideración por ser mujer y artista. Otras gestiones que amigos de Feliza han hecho después ante autoridades militares han recibido la misma respuesta. Es alarmante, pero ya se sabe: en Colombia, los militares guardan secretos que las autoridades civiles no conocen.

---

Feliza no estaba en París por placer. Su propósito original era viajar a Estados Unidos, donde viven sus tres hijas, su hermana y su madre, todas ellas de nacionalidad norteamericana. Pero el consulado de Estados Unidos en México, después de consultarlo con el de Bogotá, le negó la visa. Amigos de Feliza le consiguieron entonces, con el Ministerio de Cultura de Francia, una beca de duración indefinida, con un estudio para que siguiera haciendo sus chatarras, y tarjeta de la Seguridad Social para que se vigilara mejor su mala salud. En París la encontró su esposo apenas diez días antes de su muerte, cuando vino de Bogotá a pasar Con ella el último año nuevo de su vida.
La mujer que Pablo Leyva encontró en París no era la misma que había despedido en Bogotá. Estaba atónita y distante, y su risa explosiva y deslenguada se había apagado para siempre. Sin embargo, un examen médico muy completo había establecido que no tenía nada más que un agotamiento general, que es el nombre científico de la tristeza. El viernes 8 de enero, a nuestro regreso de Barcelona, Mercedes y yo los invitamos a cenar, junto con Enrique Santos Calderón y su esposa, María Teresa. Era una noche glacial de este invierno feroz y triste, y había rastros de nieve congelada en la calle, pero todos quisimos irnos caminando hasta un restaurante cercano. Feliza, sentada a mi izquierda, no había acabado de leer la carta para ordenar la cena, cuando inclinó la cabeza sobre la mesa, muy despacio, sin un suspiro, sin una palabra ni una expresión de dolor, y murió en el instante. Se murió sin saber siquiera por qué, ni qué era lo que había hecho para morirse así, ni cuáles eran las dos palabras sencillas que hubiera podido decir para no haberse muerto tan lejos de su casa.»



## Fernando Arbeláez

*1924-1995*

Desde muy joven y recién llegado a Bogotá de la distante Manizales, donde había nacido, Fernando Arbeláez gozó de una aureola de niño prodigio entre los contertulios de los cafés que frecuentaban los poetas de los años cuarenta. Tanto así, como para que la revista *Semana*, dirigida por Hernando Téllez, lo colocara en la portada de uno de sus números [*El lío de los poetas*, Bogotá, 2 de abril de 1949] dedicados a los jóvenes escaldos, a quienes llamaban *Cuadernícolas*, por el formato con que habían publicado algunos de sus libros. En esa edición y en las páginas interiores aparecían los otros entrevistados: Charry Lara, Mutis, Andrés Holguín, Gaitán Durán, Maruja Viera, Omer Miranda, Guillermo Payan Archer y Jaime Ibáñez.

Arbeláez, al parecer de origen muy humilde, quiso de niño ser bombero, pero a los doce años luego de estudiar latín y griego en el Seminario Conciliar de su pueblo quiso ser poeta debido a la fascinación que su mente sentía por la medida y combinación de metros y versos, en un mundillo medieval de formas sacramentales donde lo misterioso e invisible colocaba la poesía en una dimensión religiosa y trascendental, a la cual solo parecía poder acceder mediante la inspiración o la consustanciación con las musas. Entrado en la pubertad, a los catorce años abandonó el seminario para intentar terminar sus estudios en el Colegio de Cristo de los Hermanos Maristas, de donde salió sin graduarse para fungir de maestro de escuela, trabajar en un laboratorio de productos farmacéuticos o vender tractores en municipios del bajo Magdalena y desde allí ir a la capital para hacerse abogado, profesión que nunca ejerció.

Una vez en Bogotá, su destino literario quedó cifrado. El Café Asturias se convertiría en su templo de Apolo, en una década, la de los años cuarenta, cuando León de Greiff, desde el fondo del café, regía un mundo por el cual desfilaban Eduardo Carranza y Jorge Rojas [«Se querían como dos hermanitos… como Caín y Abel»], los «revolucionarios» de *Piedra y Cielo*, con su beatería por el barroco y sus tibios exámenes de las falsas tradiciones capitalinas, y Alberto Ángel Montoya, a quien admiró en su juventud, atendía casi ciego a una tertulia donde sus amigos celebraban sus paradojas y *boutades* sobre la ordinariez de la vida bogotana. En esa cátedra de la poesía, Arbeláez oyó hablar a Jaime Tello de sus traducciones de Joyce, de marxismo y comunismo a Luis Vidales y se deslumbró con las ocurrencias de Vidal Echavarría, el único surrealista que ha tenido Colombia:

> No sabía qué era el Surrealismo —escribió Arbeláez en *La escuela de la noche* [**Revista Quimera**, n° 1, Bogotá, 1989, p. 21.]—, pero estaba convencido que Vidal Echavarría era su encarnación real y verdadera. Con su afro cobrizo y un suéter alto de color violeta, su aspecto era una protesta ambulante y naturalmente peligrosa dentro del ambiente circunspecto y tradicionalista de los «cachacos» de entonces. Alegaba tener correspondencia directa con Jean Cocteau y exhibía unas cartas suyas que nunca nos atrevimos a discutir. Era dibujante y acuarelista de unos paisajes dalinianos que el abogado Rodrigo Jiménez Mejía consideraba extraordinarios y, pensando en el valor que tendrían en el futuro, le compraba sin discutir mucho su precio. Lo que a mí me acongojaba era la destrucción de la cultura en la que estaba comprometido, pero no dejaban de conmoverme sus veloces ambulancias negras conduciendo miles de ángeles heridos.

Su amistad con *Los Nuevos* —en especial con Jorge Zalamea a quien oyó recitar una noche *La prosa del transiberiano y la pequeña Juana de Francia*— y su vínculo con los de *Mito*, en cuyo primer número publicó la traducción de un poema de Perse, lo llevaron a la poesía de Pound y Eliot a quienes admiró con fervor. Más adelante ocuparía diversos cargos burocráticos, uno de ellos como director de extensión cultural del ministerio de educación bajo el gobierno de Valencia y el



Alejandro Obregón y Vidal Echavarría en La Cueva de Barranquilla en 1953,
de espaldas Alfonso Fuenmayor y Jorge Child Vélez.

ministro Gómez Valderrama, cuando publicaron la obra de Arturo, Charry Lara y el *Canto llano* del propio Arbeláez. Otra de sus empresas memorables fue traer por primera vez a Colombia a Jorge Luis Borges, a quien acompañó en Bogotá, Medellín y Cartagena. Arbeláez sería después diplomático en Suecia y viajaría, gracias a varias becas y bolsas de estudio, por el Oriente, hasta que terminó viviendo en un suburbio de Washington y desempeñándose como bibliotecario del Banco Interamericano de Desarrollo. A finales de los años ochenta regresó a Colombia, donde gozó de la amistad y del afecto tanto de sus compañeros como de la nueva generación.

La obra poética de Arbeláez está reunida en unos pocos volúmenes y responde, tanto por sus intereses como por sus maneras expresivas, a las supersticiones y credos literarios de su tiempo: un escepticismo torturante acerca de la eficacia del lenguaje para comunicarse entre los hombres y otra no menos incredulidad ante la inasible realidad, tanto ideológica como histórica. Eliot y Joyce, a quienes hay que agregar, a medida que crecía como poeta, una incontenible fascinación por las tesis del taoísmo y otras doctrinas orientales. Escribir, para Arbeláez, era una suerte de trance y rito mágico mediante el cual estamos ante la inminencia de una secreta revelación que nunca aparece, una búsqueda zen hacia lo arcano y distante. Lo que nos conduce a una segunda premisa de su temática, el poema como un acto de mendicidad incesante por lo absoluto. etc., etc… Un sincretismo donde creencias, ideologías, ciencia, libros, arquitectura, cuadros, tecnología hallan lugar para crear ese compuesto de variedades supersticiosas que llamaron modernidad y originalidad. *El Diadoco* es un mapa de criptografías y sorpresas eruditas, donde a varias voces se recrean los fastos y las tragedias del ayer como signo del presente.

> Un afán de grabar —dice Cobo Borda— en la estela de mármol ese contrapunto que va desde la legendaria Helena hasta los cambios de temperatura que una pareja experimenta entre los pórticos atenienses. Estrofas que parecen encerrar un enigma donde los dioses e imperios vuelven a reanudar tanto su ciclo inmemorial como la punzante fuerza con que ellos marcan en cada ser humano su temblor mítico su aura de leyenda. El poeta recuerda a Odiseo y se embarca de nuevo. La poesía es su nave…

Allí, frente al mar Egeo, las ruinas proyectan una teogonía homérica entre los olivares y las playas y el erotismo es paliativo de la muerte, como sucede también en algunos de los poemas de Gaitán Durán y Liscano.

> Circuida de niebla y desvelo, la poesía de Arbeláez —sostuvo Fernando Charry Lara— aparece como un amanecer urbano por cuyas desiertas esquinas se entrecruzasen, sonámbulos, los fantasmas del símbolo y la realidad. Es poesía de sugestiones intelectuales que quisiera emprender una exploración del universo valiéndose de su sola capacidad imaginativa. La acompañan, luego, la historia y los viajes.

Elementos que quizás estén resueltos en uno de sus poemas capitales, *El viejo de la ciudad*, que recrea la parábola vital de Kavafis, el poeta de Alejandría, de quien Arbeláez fue, si no nos engaña la historia, el primer traductor al español.

**Bibliografía de Fernando Arbeláez**

**Analectas y signos**, Bogotá, 1979. **Canto llano**, Bogotá, 1964. **El humo y la pregunta**, Bogotá, 1951. **El viejo de la ciudad**, traducción al griego de Rigas Kappatos, al inglés de Elizabeth Harrison, Bogotá, 1986. **La estación del olvido**, Bogotá, 1955. **Mithistorema de Giorgos Seferiades**, traducción de Fernando Arbeláez, Caracas, 1967. **Panorama de la nueva poesía colombiana**, Bogotá, 1964. **Poesía**, Bogotá, 1986. **Serie china, Chinese Series**, traducción de Susan Herringman y Howard Rochester, Bogotá, 1979. **Testigos de nuestro tiempo**, Bogotá, s/f. **Textos de exilio**, Bogotá, 1986.

**Bibliografía sobre Fernando Arbeláez**

Armando Romero: *Fernando Arbeláez*, en **Poesía de Fernando Arbeláez**, Casa de Nariño, Bogotá, 1986. Fernando Charry Lara: *Fernando Arbeláez*, en **Poesía y poetas colombianos**, Bogotá, 1986. Germaine Mamalaki: *Fernando Arbeláez, poesía sin fronteras*, en **Noticias culturales del Caro y Cuervo**, Bogotá, julio de 1969. Henry Luque Muñoz: *Fernando Arbeláez y su generación*, **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, septiembre 26, 1993. Hernando Téllez: *Sobre una antología*, en **Textos no recogidos en libro**, Bogotá, 1979. JG Cobo Borda: *Fernando Arbeláez poeta y brujo*, en **Revista Casa Silva**, n° 19, Bogotá, 2005. JL Díaz Granados: *Mito, poesía y exilio*, en **La Prensa**, Bogotá, agosto 31, 1995. Pedro Gómez Valderrama: *Prólogo a Serie China*, en **Poesía de Fernando Arbeláez**, Casa de Nariño, Bogotá, 1986. Rei Berroa: *La palabra ilimitada por sus límites*, en **Poesía de Fernando Arbeláez**, Casa de Nariño, Bogotá, 1986. R.H.Moreno Durán: *En los dominios de un celeste abecedario*, **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, octubre 29 de 1989. **Semana**: *El mito del cuadernícola*, Bogotá, septiembre 5 de 1995.

## El viejo de la ciudad

| «Cuesta mucho luchar contra los deseos del corazón:
todo lo que quiere obtener lo compra al precio del alma».
**Heráclito de Efeso**

Una muralla y otra hasta colgar del cielo
sobre tu corazón la corona que encierra
el doble puerto, los lagos salobres, las calles
confusas con sus túmulos del tiempo, los escombros
donde sólo quedan las inscripciones
del invencible Diocleciano,
la columna de Pompeyo, unas piedras de la Biblioteca,
los muelles con sus lentas cargas de cebolla y algodón.
Cierras los ojos y las cosas se abren para ti
tu corazón mal amado hace brotar relicarios, rostros,
esmaltes, ramos de jacintos, la estatua de basalto
que hizo erigir Ptolomeo Filadelfo y el espejo mágico
de su Faro, el delicado rumor de la colina de los tilos
el sacro precinto que cada día se va corriendo sobre el alma
y, más dentro, las termas deleitosas, las
crónicas de Ana Comnena
las pequeñas intrigas de las familias imperiales, el estuche
elegante de tu otra Roma con sus reyes silenciosos y tristes.
Te invade el olor metálico de la Ciudad, las ruinas sombrías
de tu vida, los goces fatales de la calle Anastasi
los muchachos destruidos por el sufrimiento
y las baratas complacencias,
los ojos murmurantes que señalan al viejo vicioso buscando
hechizado la presión de una mano en las salas de billar
transfiguradas por las lámparas de petróleo, el súbito contacto
en las mesas del chaquete o en los cuartos de lance
en cuyas puertas las rameras sirias
lucen sus juegos de abalorios.

Vienes del tercer círculo de riego en donde sólo conocen
tu rostro de niño envejecido, tu habilidad para las lenguas;
de tu vida puntillosa despachando correspondencia;
de los ingleses que te mantienen a distancia, asediado
por la tiranía de una fiebre inmemorial, con toda el alma
concentrada en la piel, en la avidez de ese movimiento
como una planta carnívora, la joya sonámbula
de una mirada cómplice, el lecho voluptuoso
donde el capricho pasajero te entregó tantas veces
el doloroso poema para un efebo muerto,
la oscura resonancia del deseo, el reprochado espejo
mudable siempre, la asombrosa imagen inmortal
a cambio de unas pobres monedas. Mas tú buscabas
el anverso del instante, la proliferación del espíritu
en los sentidos atentos y esa separación que cada vez se repite
pues el tiempo se cuenta por los cuerpos amados
y las bellas bocas ávidas, y la única libertad
de que gozamos está en los miembros fuertes
dispuestos al placer, los jadeos, las fatigas dichosas,
las memorias espléndidas, la curiosidad exaltada, la intimidad
que a través del poema nos hace esclavos para siempre.
La premonición del escándalo te lleva de nuevo a la calle Fuad,
a la vía Canóptica, a la gran Cornisa, a los alrededores
del Cecil, a la plaza donde Conón arrancó del cielo
la Cabellera de Berenice, a la esquina donde Arrio
sufrió su último ataque de epilepsia. Ahora
la herida del sexo se ha vuelto una con tu fantasía,
con las trágicas gemas, la indispensable palabra,
y surge de tu oscuridad el rostro que deslumbra
tu sabia ternura visitada por las glorias de la muerte.
Tú sabes sin embargo, infortunado, que
nada es cierto: los diamantes
y las sedas no valen más que un yambo. El aire escéptico
de la Ciudad con sus arenas violetas ilumina de repente
tus amores miserables, el culto antiguo de tu raza disoluta

golpeada por la pobreza, la fácil lascivia de las tabernas,
los amigos sospechosos y ardientes. —Aquí yació un tiempo
el cuerpo del gran Alejandro bajo el cristal solitario
en el sótano de una trastienda—. Un
viento que viene del Mareotis
barre el polvo de la difícil inscripción en tu hermosa lengua
muerta y recuerdas al Tracio con su lira enlutada:
"La ironía de los dioses somete los seres inmortales
a las simples miserias de los mortales". Ávidamente
saboreas entonces el orgullo voluptuoso de tu fracaso.

## Notas sobre el verbo

La poesía exorciza el lenguaje de los maleficios con que lo ha embrujado la inteligencia.

La poesía, como dicen los alemanes —Dichtung— es condensación.

Lo que no enseña el silencio no vale la pena ser aprendido.

Por lo mismo que la poesía se establece sobre la ambigüedad sistemática, su lógica no es la del lenguaje corriente.

La poesía nunca nos lleva a un sitio determinado, nos conduce a un sitio inesperado.

La poesía evita el capricho, la simple elaboración mental o la fantasía.

En un mundo de dormidos el despierto es por desgracia muy incómodo.

La descarga interior que produce la poesía logra una liberación que el poeta mismo no alcanza, pero sí el lector atento.

Por su propia naturaleza la moda es lo que cambia. Es necesario ser original para instalarse con éxito en ella, por esto es la originalidad, casi siempre, la deslumbrante mentira del momento. Tantos poemas célebres de hoy, se pudren con el paso de unos pocos años.

Eres poeta no cuando seas dueño de las palabras sino cuando ellas se adueñen de ti.

Sin el efecto explosivo que conmueve zonas inesperadas de la conciencia, los versos no son más que prosa escalonada.

Es claro que la poesía y arte modernos fueron generados por los demonios de la lujuria y de la soledad que desató la depravación romántica.

Paul Claudel y Saint-John Perse son casos patéticos de poetas convertidos en burócratas. Creo imposible que pueda suceder lo contrario.

Qué aire terrible de indefenso tiene aquel que no piensa en la muerte. “La sabiduría es una meditación de la muerte” dijo el poeta griego.

A un poeta no se le puede juzgar por su alma sino por sus poemas.

Hay que desconfiar de los críticos cuando hablan de poesía lo mismo que cuando hablan de amor los médicos viejos y los viudos.

La auténtica poesía nunca fue hecha para ser leída sino para ser releída.

La poesía se encuentra siempre en el anverso del engaño que hemos venido acumulando a lo largo de siglos sobre las palabras.

Nunca es más evidente la fealdad que en los malos versos.

**Gaceta,** Bogotá, nº 30, octubre de 1995.

## Nocturnos del sur

**I**

Yo elaboro
yo abro mis palabras para que tengan un sentido.
Y cierro mi silencio
con puntas sumergidas en olvidos lejanos
en oscuros olvidos de muerte y de tristeza.

Camino lentamente, y oigo
el susurrar del agua, el abrirse, nocturno
de un ramo de amargura
entre los largos brazos de un amante callado.

A mí todo me toca,
me estremece, me sumerge, me vuelca,
me, trasmuta en mí mismo, en mi nostalgia.

Tantas ebrias cisternas
rondan mi corazón de estériles murmullos,
De tan frágiles gritos,
de tan lentas distancias;
Tantas palabras tuyas me persiguen sin verme
me cercan sin saberme.

Estoy ciego de verte:
ciego de luces tenebrosas y nocturnos sentidos,
ciego de estar mirando las cosas dulcemente.

Una siniestra esquina de pesado silencio,
un lúgubre lucero prendido de la muerte,
un estival murciélago de terribles delicias
me llevan delirantes hasta tu seno oculto.
Indómitos deseos golpean en mis uñas
de dolientes noticias. Y estoy ciego sin verte
ciego viéndote nunca
ciego dentro de mí, lejano y sin orillas.

## II

Esta calle resuena como un beso lejano
como una caricia no hecha,
como una larga marcha de pasos destruidos,
como un olvido muerto borrado en la distancia.

Esta calle tiene un color de muerte,
Un oculto color de desespero.
Su voz se pierde en las esquinas
Corno un agua marchita.
Como un eco que oculta su rostro dulcemente.

Todas las flores muertas llegan a sus orillas
quemadas del invierno
olas inquebrantables con su yerta ceniza,
golpean en su viento,
en el borroso izar de manos abolidas,
que nos hacen señales desde el fondo del tiempo.

Esta calle
lleva mi corazón con su largo sudario,
como un ciego ataúd perdido entre la niebla,
como una campanada o un sonido de hueso
Repetido en la sombra,
como un lento suspiro
guardado entre el antiguo pañuelo de las lágrimas.

## III

Me quedo aquí esperando a que llegue tu nombre
como al final del tiempo,
sediento de mirarte, sediento de estar solo,
muerto en mitad del cielo.

Me quedo aquí mirando tu mirada,
entre el libro que escucha mi corazón atento,
con un vuelo que enciende la ceniza en mis manos,
ciega ceniza del desvelo.
Me quedo aquí sentado, escuchando tu nombre,
que me regresa de muy lejos.

## IV

Mi corazón tiene el viejo sonido de las cosas
cuando tú llegas y golpeas en él,
responde mansamente
con aquellas voces que sabes
que conoces desde siempre
desde el agua y las rosas
o desde el silencio que cercan
los clamorosos pájaros de tu fiebre.

El sonido eres tú, eras tú,
serás hasta nunca en la sombra:
con tu dulce metal resonante en el viento.
Tu boca que no habla,
tu sonrisa de niebla,
tu leve día donde crece el árbol del olvido.

Mira esas flores
esas raíces del perfume
esa cálida brisa que golpea en las hojas.
Mira el mar y mis olas
dormidas en los párpados;
mira esta tierna espuma
que llena las distancias de inocente dulzura.

Mira mi corazón
resonar en tus manos atadas a la noche
de negrísimo fuego que construyen tus ojos.

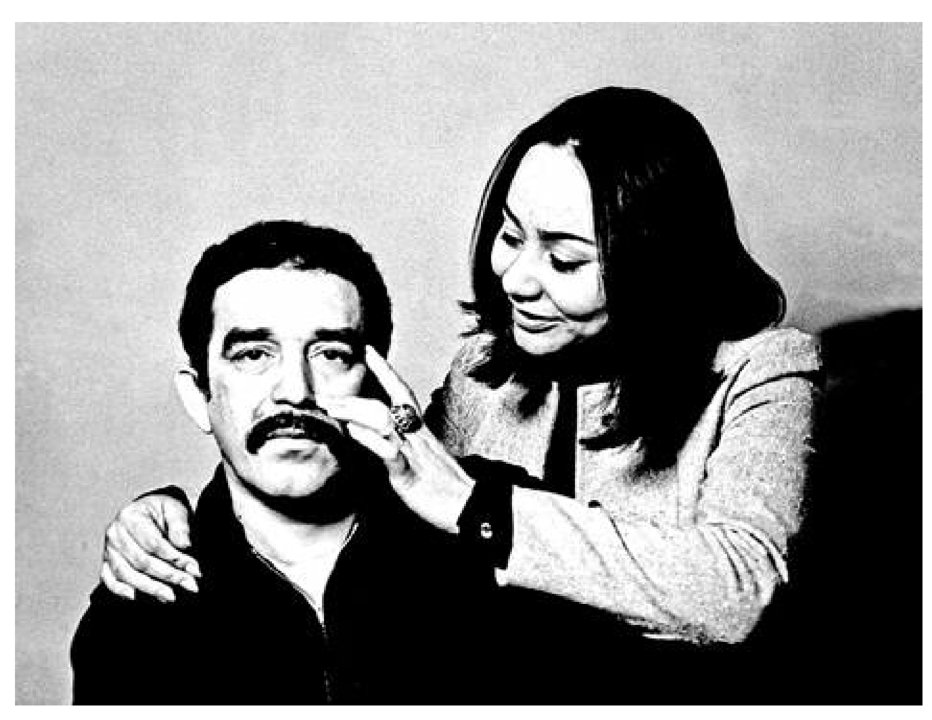
**V**

Con mi silencio espero que el humo
de los buques me lleve;
que un polen de ceniza me disperse en el sueño
y que las barcas vengan conmigo
a esta ráfaga oculta,
a este silencioso sonido,
para morir entre las espadas del mar.

Me quedo aquí entre los girones de naranja
de la tarde,
y el betún que enciende todas las cosas,
y el agrio olor que golpea la brisa
como un ángel enfermo
que viniera a morir en mis manos.

El mar se mete por entre los mástiles
y moja mis pies
y se pierde en mi boca
y la interminable arena muerde sus lanzas de sal
y su cuerpo de nilón oscuro
y su sexual jadeo entre las fiestas de la noche.

Buenos Aires, 1952.
**Mito**, n° 7, año II, Bogotá, abril-mayo de 1956.



Gabriel García Márquez y Mercedes Barcha Pardo cuando vivían en Barcelona.

## Gabriel García Márquez

*1928*

Hijo de un telegrafista y la hija de un coronel que participó en la Guerra de los Mil Días [1899-1903], Gabriel García Márquez [Aracataca, 1928], por causa de la pobreza fue criado por una tía de su madre, Francisca Simodosea, asediado por los recuerdos de sus parientes. Al morir su abuelo lo llevaron a Barranquilla a concluir la primaria y gracias a una bolsa de estudios en Zipaquirá, un remoto pueblo de los Andes, se graduó de bachiller mientras se intoxicaba con la más horrenda poesía que declamaban los colombianos de entreguerras y «Javier Garcés» escribía sonetos piedracielistas:

Si alguien llama a tu puerta, amiga mía,
y algo en tu sangre late y no reposa
y en tu talle de agua, temblorosa,
la fuente es una líquida armonía.

Si alguien llama a tu puerta y todavía
te sobra tiempo para ser hermosa
y cabe todo abril en una rosa
y por la rosa se desangra el día.

Si alguien llama a tu puerta una mañana
sonora de palomas y campanas
y aun crees en el dolor y en la poesía.

Si aun la vida es verdad y el verso existe.
Si alguien llama a tu puerta y estás triste,
abre, que es el amor, amiga mía.

[Si alguien llama a tu puerta]

Luego asistiría a ciertas clases de derecho en la Universidad Nacional, pero el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y las persecuciones desatadas el 9 de abril de 1948 lo llevaron a Cartagena de Indias, los veinte meses que trabajó a las órdenes de Clemente Manuel Zabala [San Jacinto, 1921-1963], un radical que había sido secretario del general Benjamín Herrera y delegado a congresos obreros, y quien parece le enseñó los rudimentos del periodismo moderno. En esa Bogotá de hielo y desolación, solo la poesía lo había acompañado:

> Cuando terminé el bachillerato y me fui a Bogotá —confesó a J.G. Cobo Borda en 1981—, mi diversión más salaz era meterme en los tranvías de vidrios azules que por cinco centavos giraban sin cesar desde la Plaza de Bolívar hasta la Avenida de Chile, y pasar en ellos esas tardes de desolación que parecían arrastrar una cola interminable de muchos otros domingos vacíos. Lo único que hacía durante los viajes de círculos viciosos era leer libros de versos y versos y versos, a razón quizá de una cuadra de versos por cada cuadra de la ciudad, hasta que se encendían las primeras luces en la lluvia eterna, y entonces recorría los cafés taciturnos de la ciudad vieja en busca de alguien que tuviera la caridad de conversar conmigo sobre los versos y versos y versos que acababa de leer. A veces encontraba alguien, que era casi siempre un hombre, y nos quedábamos hasta pasada la medianoche tomando café y fumando las colillas de los cigarrillos que nosotros mismos habíamos consumido, y hablando de versos y versos y versos, mientras en el resto del mundo la humanidad entera hacía el amor.

En Barranquilla, donde vivió cuatro años, conoció a Cecilia Porras, la pintora y compañera de Jorge Child que pagaría, y diseñaría, la edición de *La hojarasca*, su primera novela. De vuelta a Bogotá, en

1955 El Espectador lo envía como corresponsal a Europa pero prefiere matricularse en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma. A finales del año va a París y escribe, en una buhardilla de la Rue de Cujas en el Barrio Latino, *El coronel no tiene quien le escriba* [1958]. Después de hacer un viaje por los países comunistas, con el triunfo de la Revolución Cubana es nombrado corresponsal de la agencia de prensa del nuevo gobierno en Bogotá y en 1961 va a New York como corresponsal de la misma. Renuncia al cargo y viaja a México donde redacta *Cien años de soledad*, que aparece en Buenos Aires [1967], y recibe el premio Rómulo Gallegos [1972]. Un año antes había sido investido con un Doctorado de la Universidad de Columbia. Se traslada a Barcelona donde vivió entre 1967 y 1975. En 1982 recibe la Legión de Honor del gobierno francés y el Premio Nobel de Literatura.

Amigo de notables políticos de su tiempo [Alfonso López Michelsen, Alberto Lleras Camargo, Omar Torrijos, José López Portillo, Carlos Salinas de Gortari, Adolfo Suárez, Daniel Ortega, Ricardo Lagos] [«el poder absoluto es la realización más alta y más completa del ser humano, y por eso resume a la vez toda su grandeza y toda su miseria»], al cumplir 80 años y luchando contra un cáncer linfático, Belisario Betancur —presidente de Colombia durante el holocausto del Palacio de Justicia, el terremoto de Popayán, el comienzo del exterminio de la Unión Patriótica y la desaparición de Armero con cientos y millares de muertos, quien, junto a Olaf Palme, Felipe González, Fidel Castro y Pablo Neruda le postularon al Nobel—, las Academias de la Lengua y el gobierno de Colombia ofrecieron en Cartagena de Indias una fiesta en su honor, a la que asistieron entre otros cientos de adeptos, los Reyes de España, Bill Clinton, Carlos Fuentes, Álvaro Uribe Vélez, Tomás Eloy Martínez, Víctor García de la Concha, César Antonio Molina, Fito Páez y Carlos Vives.

El asunto central de *Cien años de soledad* [1967], su más conocido poema, es la incomunicación. En Macondo, tierra de lo posible, no existe la solidaridad y trato entre los hombres. Macondo es una Arcadia donde triunfan la muerte y la violencia. Un pueblo habitado por sabios aislados y vidas anacrónicas cuyos símbolos vivos son José Arcadio Buendía, el vidente atiborrado de proyectos que termina

junto a su difunto enemigo Prudencio Aguilar; Úrsula Iguarán, que confunde el presente y el pasado y es una muñeca que divierte a sus tataranietos, abandonada por la realidad de la que había sido su único médium; Aureliano Segundo, que despilfarra su vida y la de su concubina mientras cubre con billetes de banco las paredes de las habitaciones, bebe ríos de brandy y baila, hasta la misma vejez, una eterna cumbiamba que apenas apacigua el diluvio universal; Remedios, la bella, que vaga por el desierto de la soledad hasta cuando asciende en cuerpo y alma al cielo; Meme, muda desde el día que su madre la llevó a un convento de tierra fría para que diera a luz el hijo de Mauricio Babilonia, y Aureliano Babilonia, un adolescente que ignora el presente pero sabe todo sobre el hombre del Medioevo. El amor, al final de la novela, derrota la soledad cerrando el círculo maléfico del incesto, maldición y destino de la familia.

Pero quien ha narrado la historia es el coronel Aureliano Buendía, que entre los avatares de las guerras compone en versos rimados sus encuentros con la vida y la muerte [«Los escribía en los ásperos pergaminos que le regalaba Melquíades, en las paredes del baño, en la piel de sus brazos, y en todos aparecía Remedios en el aire soporífero de las dos de la tarde, Remedios en la callada respiración de las rosas, Remedios en la clepsidra secreta de las polillas, Remedios en el vapor del pan al amanecer»] y ya cerca del final, quema, con el baúl de los poemas «la historia misma de la familia, escrita por Melquíades, hasta en sus detalles más triviales, con cien años de anticipación. La había redactado en sánscrito, que era su lengua materna, y había cifrado los versos pares con la clave privada del emperador Augusto, y los impares con claves militares lacedemonias», porque gracias al misterio de la poesía «no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante».

Otro de sus grandes poemas es *El general en su laberinto* [1989], un sentimental viaje de horror hacia la muerte. Aquí el agonista es un virtuoso abatido por el destino contra quien no solo conspiran los hombres sino la enfermedad de su siglo: la tuberculosis. El cuerpo, las lluvias, el calor, la ropa, el sol implacable hacen más feroces los efectos

del que recorre el orbe. Quien lee, sabe qué va a suceder y solo continúa por placer. Un placer que termina en llanto y dolor. La utopía vuelve a ser el eje central de ésta como en ese Macondo donde las cosas hubo que fundarlas porque carecían de nombre y José Arcadio Buendía persigue el progreso y los secretos de una alquimia, que conducen, ineludibles, al fracaso. Los esfuerzos del general Bolívar, el coronel Buendía y José Arcadio terminan mal. Como en la gran poesía del mundo, todo está condenado al fracaso, a una ruina de los ideales.

*El general en su laberinto* fue la culminación de una saga sobre los estragos de la soledad del poder, el amor y el absurdo de la gloria que había comenzado con *El coronel no tiene quien le escriba*, la historia del viejo militar que sin tener con qué comer libra su última batalla por la vida de un gallo, prolongada en Aureliano Buendía y sus treinta y dos batallas perdidas en *Cien años de soledad*, y el viaje hacia los tenebrosos dispositivos del totalitarismo en *El otoño del Patriarca*, porque como había consignado en su gran novela:

> […] todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.

**Bibliografía sobre Gabriel García Márquez**

Dasso Saldívar: **García Márquez. El viaje a la semilla. La biografía**, Madrid, 1997. Gerald Martin: **Gabriel García Márquez: A Life**, London, 2008. J.G. Cobo Borda: **Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez**, Bogotá, 1995. **Lecturas convergentes**, Bogotá, 2006. Juan L. Cebrián [ed.]: **Retrato de Gabriel García Márquez**, Barcelona, 1997. Mario Vargas Llosa. **García Márquez: Historia de un deicidio**, Barcelona, 1971. Ricardo Gullón: **García Márquez o el olvidado arte de contar**, Madrid, 1970. VV.AA. **Congreso Gabriel García Márquez** [Zaragoza: 9 al 12 diciembre 1992]: **Quinientos años de soledad**, Universidad de Zaragoza, 1997.



GGM, Mercedes Barcha, Rodrigo y Gonzalo con Juan de Dios
Felipe Orlando y su esposa Conchita Barrero durante una visita
que hicieran al pintor cubano en Villa Concha 5 de Málaga,
cuando la familia MB vivía en Barcelona.

## El coronel no tiene quien le escriba

[Fragmento]

El coronel... volvió a abrirse paso, sin mirar a nadie, aturdido por los aplausos y los gritos, y salió a la calle con el gallo bajo el brazo.

Todo el pueblo —la gente de abajo— salió a verlo pasar seguido por los niños de la escuela. Un negro gigantesco trepado en una mesa y con una culebra enrollada en el cuello vendía medicinas sin licencia en una esquina de la plaza. De regreso del puerto un grupo numeroso se había detenido a escuchar su pregón. Pero cuando pasó el coronel con el gallo la atención se desplazó hacia él. Nunca había sido tan largo el camino de su casa.

No se arrepintió. Desde hacía mucho tiempo el pueblo yacía en una especie de sopor, estragado por diez años de historia. Esa tarde —otro viernes sin carta— la gente había despertado. El coronel se acordó de otra época. Se vio a sí mismo con su mujer y su hijo asistiendo bajo el paraguas a un espectáculo que no fue interrumpido a pesar de la lluvia. Se acordó de los dirigentes de su partido, escrupulosamente peinados, abanicándose en el patio de su casa al compás de la música. Revivió casi la dolorosa resonancia del bombo en sus intestinos.

Cruzó por la calle paralela al río, y también allí encontró la tumultuosa muchedumbre de los remotos domingos electorales. Observaban el descargue del circo. Desde el interior de una tienda una mujer gritó algo relacionado con el gallo. Él siguió absorto hasta su casa, todavía oyendo voces dispersas, como si lo persiguieran los desperdicios de la ovación de la gallera.

En la puerta se dirigió a los niños.

—Todos para su casa —dijo—. Al que entre lo saco a correazos.

Puso la tranca y se dirigió directamente a la cocina. Su mujer salió asfixiándose del dormitorio.

—Se lo llevaron a la fuerza —gritó—. Les dije que el gallo no saldría de esta casa mientras yo estuviera viva.

El coronel amarró el gallo al soporte de la hornilla. Cambió el agua al tarro, perseguido por la voz frenética de la mujer.

—Dijeron que se lo llevarían por encima de nuestros cadáveres —dijo—. Dijeron que el gallo no era nuestro, sino de todo el pueblo.

Sólo cuando terminó con el gallo el coronel se enfrentó al rostro trastornado de su mujer. Descubrió sin asombro que no le producía remordimiento ni compasión.

—Hicieron bien —dijo calmadamente. Y luego, registrándose los bolsillos, agregó, con una especie de insondable dulzura—: El gallo no se vende.

Ella lo siguió hasta el dormitorio. Lo sintió completamente humano, pero inasible, como si lo estuviera viendo en la pantalla de un cine. El coronel extrajo del ropero un rollo de billetes, lo juntó al que tenía en los bolsillos, contó el total y lo guardó en el ropero.

—Ahí hay veintinueve pesos para devolvérselos a mi compadre Sabas —dijo—. El resto se le paga cuando venga la pensión.

—Y si no viene... —preguntó la mujer.

—Vendrá.

—Pero si no viene...

—Pues entonces no se le paga.

Encontró los zapatos nuevos debajo de la cama. Volvió al armario por la caja de cartón, limpió la suela con un trapo y metió los zapatos en la caja, como los llevó su esposa el domingo en la noche. Ella no se movió.

—Los zapatos se devuelven —dijo el coronel—. Son trece pesos más para mi compadre.

—No los reciben —dijo ella.

Tienen que recibirlos —replicó el coronel—. Sólo me los he puesto dos veces.

—Los turcos no entienden de esas cosas —dijo la mujer.

—Tienen que entender.

—Y si no entienden...

—Pues entonces que no entiendan.

Se acostaron sin comer. El coronel esperó a que su mujer terminara el rosario para apagar la lámpara. Pero no pudo dormir. Oyó las campanas de la censura cinematográfica, y casi en seguida —tres horas después— el toque de queda. La pedregosa respiración de la mujer se hizo angustiosa con el aire helado de la madrugada. El coronel tenía aún los ojos abiertos cuando ella habló con una voz reposada, conciliatoria.

—Estás despierto.

—Sí.

—Trata de entrar en razón —dijo la mujer—. Habla mañana con mi compadre Sabas.

—No viene hasta el lunes.

—Mejor —dijo la mujer—. Así tendrás tres días para recapacitar.

—No hay nada que recapacitar —dijo el coronel.

El viscoso aire de octubre había sido sustituido por una frescura apacible. El coronel volvió a reconocer a diciembre en el horario de los alcaravanes. Cuando dieron las dos, todavía no había podido dormir. Pero sabía que su mujer también estaba despierta. Trató de cambiar de posición en la hamaca.

—Estás desvelado —dijo la mujer.

—Sí.

Ella pensó un momento.

—No estamos en condiciones de hacer esto —dijo—. Ponte a pensar cuántos son cuatrocientos pesos juntos.

—Ya falta poco para que venga la pensión —dijo el coronel.

—Estás diciendo lo mismo desde hace quince años.

—Por eso —dijo el coronel—. Ya no puede demorar mucho más.

Ella hizo un silencio. Pero cuando volvió a hablar, al coronel le pareció que el tiempo no había transcurrido.

—Tengo la impresión de que esa plata no llegará nunca —dijo la mujer.

—Llegará.

—Y si no llega...

Él no encontró la voz para responder. Al primer canto del gallo tropezó con la realidad, pero volvió a hundirse en un sueño denso, seguro, sin remordimientos. Cuando despertó, ya el sol estaba alto. Su mujer dormía. El coronel repitió metódicamente, con dos horas de retraso, sus movimientos matinales, y esperó a su esposa para desayunar.

Ella se levantó impenetrable. Se dieron los buenos días y se sentaron a desayunar en silencio. El coronel sorbió una taza de café negro acompañada con un pedazo de queso y un pan de dulce. Pasó toda la mañana en la sastrería. A la una volvió a la casa y encontró a su mujer remendando entre las begonias.

—Es hora del almuerzo —dijo.

—No hay almuerzo —dijo la mujer.

Él se encogió de hombros. Trató de tapar los portillos de la cerca del patio para evitar que los niños entraran a la cocina. Cuando regresó al corredor, la mesa estaba servida.

En el curso del almuerzo el coronel comprendió que su esposa se estaba forzando para no llorar. Esa certidumbre lo alarmó. Conocía el carácter de su mujer, naturalmente duro, y endurecido todavía más por cuarenta años de amargura. La muerte de su hijo no le arrancó una lágrima.

Fijó directamente en sus ojos una mirada de reprobación. Ella se mordió los labios, se secó los párpados con la manga y siguió almorzando.

—Eres un desconsiderado —dijo.

El coronel no habló.

—Eres caprichoso, terco y desconsiderado —repitió ella. Cruzó los cubiertos sobre el plato, pero en seguida rectificó supersticiosamente la posición—. Toda una vida comiendo tierra, para que ahora resulte que merezco menos consideración que un gallo.

—Es distinto —dijo el coronel.

—Es lo mismo —replicó la mujer—. Debías darte cuenta de que me estoy muriendo, que esto que tengo no es una enfermedad, sino una agonía.

El coronel no habló hasta cuando no terminó de almorzar.

—Si el doctor me garantiza que vendiendo el gallo se te quita el asma, lo vendo en seguida —dijo—. Pero si no, no.

Esa tarde llevó el gallo a la gallera. De regreso encontró a su esposa al borde de la crisis. Se paseaba a lo largo del corredor, el cabello suelto a la espalda, los brazos abiertos, buscando el aire por encima del silbido de sus pulmones. Allí estuvo hasta la prima noche. Luego se acostó sin dirigirse a su marido.

Masticó oraciones hasta un poco después del toque de queda. Entonces el coronel se dispuso a apagar la lámpara. Pero ella se opuso.

—No quiero morirme en tinieblas —dijo.

El coronel dejó la lámpara en el suelo. Empezaba a sentirse agotado. Tenía deseos de olvidarse de todo, de dormir de un tirón cuarenta y cuatro días y despertar el veinte de enero a las tres de la tarde, en la gallera y en el momento exacto de soltar el gallo. Pero se sabía amenazado por la vigilia de la mujer.

—Es la misma historia de siempre —comenzó ella un momento después—. Nosotros ponemos el hambre para que coman los otros. Es la misma historia desde hace

El coronel guardó silencio hasta cuando su esposa hizo una pausa para preguntarle si estaba despierto. Él respondió que sí. La mujer continuó en un tono liso, fluyente, implacable.

—Todo el mundo ganará con el gallo, menos nosotros. Somos los únicos que no tenemos ni un centavo para apostar.

—El dueño del gallo tiene derecho a un veinte por ciento.

—También tenías derecho a tu pensión de veterano después de exponer el pellejo en la guerra civil. Ahora todo el mundo tiene su vida asegurada, y tú estás muerto de hambre, completamente solo.

—No estoy solo —dijo el coronel.

Trató de explicar algo, pero lo venció el sueño. Ella siguió hablando sordamente hasta cuando se dio cuenta de que su esposo dormía. Entonces salió del mosquitero y se paseó por la sala en tinieblas. Allí siguió hablando. El coronel la llamó en la madrugada.

Ella apareció en la puerta, espectral, iluminada desde abajo por la lámpara casi extinguida. La apagó antes de entrar al mosquitero. Pero siguió hablando.

—Vamos a hacer una cosa —la interrumpió el coronel.

—Lo único que se puede hacer es vender el gallo —dijo la mujer.

—También se puede vender el reloj.

—No lo compran.

—Mañana trataré de que Álvaro me dé los cuarenta pesos.

—No te los da.

—Entonces se vende el cuadro.

Cuando la mujer volvió a hablar estaba otra vez fuera del mosquitero. El coronel percibió su respiración impregnada de hierbas medicinales.

—No lo compran —dijo.

—Ya veremos —dijo el coronel suavemente, sin un rastro de alteración en la voz—. Ahora duérmete. Si mañana no se puede vender nada, se pensará en otra cosa.

Trató de tener los ojos abiertos, pero lo quebrantó el sueño. Cayó hasta el fondo de una substancia sin tiempo y sin espacio, donde las palabras de su mujer tenían un significado diferente. Pero un instante después se sintió sacudido por el hombro.

—Contéstame.

El coronel no supo si había oído esa palabra antes o después del sueño. Estaba amaneciendo. La ventana se recortaba en la claridad verde del domingo. Pensó que tenía fiebre. Le ardían los ojos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la lucidez.

—Qué se puede hacer si no se puede vender nada —repitió la mujer.

—Entonces ya será veinte de enero —dijo el coronel, perfectamente consciente—. El veinte por ciento lo pagan esa misma tarde.

—Si el gallo gana —dijo la mujer—. Pero si pierde. No se te ha ocurrido que el gallo puede perder.

—Es un gallo que no puede perder.

—Pero suponte que pierda.

—Todavía faltan cuarenta y cinco días para empezar a pensar en eso —dijo el coronel.

La mujer se desesperó.

—Y mientras tanto qué comemos —preguntó, y agarró al coronel por el cuello de la franela. Lo sacudió con energía—. Dime, qué comemos.

El coronel necesitó setenta y cinco años —los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto— para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder:

—Mierda.

## Cien años de soledad

[Fragmento, La huelga bananera]

La huelga grande estalló. Los cultivos se quedaron a medias, la fruta se pasó en las cepas y los trenes de ciento veinte vagones se pararon en los ramales. Los obreros ociosos en un sábado de muchos días, y en el salón de billares del Hotel de Jacob hubo que establecer turnos de 24 horas. Allí estaba José Arcadio Segundo, el día en que se anunció que el ejército había sido encargado de restablecer el orden público. Aunque no era hombre de presagios, la noticia fue para él como un anuncio de la muerte, que había esperado desde la mañana distante en que el coronel Gerineldo Márquez le permitió ver un fusilamiento. Sin embargo, el mal augurio no alteró la solemnidad. Hizo la jugada que tenía prevista y no erró la carambola. Poco después, las descargas de redoblante, los ladridos del clarín, los gritos y el tropel de la gente le indicaron que no sólo la partida de billar sino la callada y solitaria partida que jugaba consigo mismo desde la madrugada de la ejecución, habían por fin terminado. Entonces se asomó a la calle, y los vio. Eran tres regimientos cuya marcha pautada por tambor de galeotes hacía trepidar la tierra. Su resuello de dragón multicéfalo impregnó de un vapor pestilente la claridad del mediodía. Eran pequeños, macizos, brutos. Sudaban con sudor de caballo, y tenían un olor de carnaza macerada por el sol, y la impavidez taciturna e impenetrable de los hombres del páramo. Aunque tardaron más de una hora en pasar, hubiera podido pensarse que eran unas pocas escuadras girando en redondo, porque todos eran idénticos, hijos de la misma madre, y todos soportaban con igual estolidez el peso de los morrales y las cantimploras, y la vergüenza de los fusiles con las bayonetas caladas, y el incordio de la obediencia ciega y el sentido del honor. Úrsula los oyó pasar desde su lecho de tinieblas y levantó la mano con los dedos en cruz. Santa Sofía de la Piedad existió por instante, inclinada sobre el mantel bordado que acababa de planchar, y pensó en su hijo, José Arcadio Segundo, que vio pasar sin inmutarse los últimos soldados por la puerta del Hotel de Jacob.

La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación. Tan pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado los fusiles, cortaron y embarcaron al banano y movilizaron los trenes. Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor, y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y el teléfono. Las acequias se tiñeron de sangre. El señor Brown, que estaba vivo en el gallinero electrificado, fue sacado de Macondo con su familia y las de otros compatriotas suyos, y conducidos a territorio seguro bajo la protección del ejército. La situación amenazaba con evolucionar hacia una guerra civil desigual y sangrienta, cuando las autoridades hicieron un llamado a los trabajadores para que se concentraran en Macondo. El llamado anunciaba que el Jefe Civil y Militar de la provincia llegaría el viernes siguiente, dispuesto a interceder en el conflicto.

José Arcadio Segundo estaba entre la muchedumbre que se concentró en la estación desde la mañana del viernes. Había participado en una reunión de los dirigentes sindicales y había sido comisionado junto con el coronel Gavilán para confundirse con la multitud y orientarla según las circunstancias. No se sentía bien, y amasaba una pasta salitrosa en el paladar, desde que advirtió que el ejército había emplazado nidos de ametralladoras alrededor de la plazoleta, y que la ciudad alambrada de la compañía bananera estaba protegida con piezas de artillería. Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras. Aquello parecía entonces, más que una recepción, una feria jubilosa. Habían trasladado los puestos de fritangas y las tiendas de bebidas de Calle de los Turcos, y la gente soportaba con muy buen ánimo el fastidio de la espera y el sol abrasante. Un poco antes de las tres corrió el rumor de que el tren oficial no llegaría hasta el día siguiente. La muchedumbre cansada exhaló un suspiro de desaliento. Un teniente del ejército se subió entonces en el techo de la estación, donde

había cuatro nidos de ametralladoras enfiladas hacia la multitud, y se dio un toque de silencio. Al lado de José Arcadio Segundo estaba una mujer descalza, muy gorda, con dos niños de unos cuatro y siete años. Cargó al menor, y le pidió a José Arcadio Segundo, sin conocerlo, que levantara al otro para que oyera mejor lo que iban a decir. José Arcadio Segundo se acaballó al niño en la nuca. Muchos años después, ese niño había de seguir contando, sin que nadie se lo creyera, que había visto al teniente leyendo con una bocina de gramófono el Decreto Número 4 del Jefe Civil y Militar de la provincia. Estaba firmado por el general Carlos Cortes Vargas, y por su secretario, el mayor Enrique García Isaza, y en tres artículos de ochenta palabras declaraba a los huelguistas cuadrilla de malhechores y facultaba al ejército para matarlos a bala.

Leído el decreto, en medio de una ensordecedora rechifla de protesta, un capitán sustituyó al teniente en el techo de la estación, y con la bocina de gramófono hizo señas de que quería hablar. La muchedumbre volvió a guardar el silencio.

—Señoras y señores —dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco cansada—, tienen cinco minutos para retirarse.

La rechifla y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que anunció el principio del plazo. Nadie se movió.

—Han pasado cinco minutos —dijo el capitán en el mismo tono—. Un minuto más y se hará fuego.

José Arcadio Segundo, sudando hielo, se bajó al niño de los hombros y se lo entregó a la mujer. “Estos cabrones son capaces de disparar”, murmuró ella. José Arcadio Segundo no tuvo tiempo de hablar, porque al instante reconoció la voz ronca del coronel Gavilán haciéndoles eco con un grito a las palabras de la mujer. Embriagado por la tensión, por la maravillosa profundidad del silencio y, además, convencido de que nada haría mover a aquella muchedumbre pasmada por la fascinación de la muerte, José Arcadio Segundo se empinó por encima de las cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz.

—¡Cabrones! —gritó—. Les regalamos el minuto que falta.

Al final de su grito ocurrió algo que no le produjo espanto, sino una especie de alucinación. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto. Pero todo parecía una farsa. Era como si las ametralladoras hubieran estado cargadas con engañifas de pirotecnia, porque se escuchaba su anhelante tableteo, y se veían sus escupitajos incandescentes, pero no se percibía la más leve reacción, ni una voz, ni siquiera un suspiro, entre la muchedumbre compacta que parecía petrificada por una invulnerabilidad instantánea. De pronto, a un lado de la estación, un grito de muerte desgarró el encantamiento: "Aaaay, mi madre." Una fuerza sísmica, un aliento volcánico, un rugido de cataclismo, estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. José Arcadio Segundo apenas tuvo tiempo de levantar al niño, mientras la madre con el otro era absorbida por la muchedumbre centrifugada por el pánico.

Muchos años después, el niño había de contar todavía, a pesar de que los vecinos seguían creyéndole un viejo chiflado, que José Arcadio Segundo lo levantó por encima de su cabeza, y se dejó arrastrar, casi en el aire, como flotando en el terror de la muchedumbre, hacia una calle adyacente. La posición privilegiada del niño le permitió ver que en ese momento la masa desbocada empezaba a llegar a la esquina y la fila de ametralladoras abrió fuego. Varias voces gritaron al mismo tiempo:

—¡Tírense al suelo! ¡Tírense al suelo!

Ya los de las primeras líneas lo habían hecho, barridos por las ráfagas de metralla. Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de volver a la plazoleta, y el pánico dio entonces un coletazo de dragón, y los mandó en una oleada compacta contra la otra oleada que se movía en sentido contrario, despedida por el otro coletazo de dragón de la calle opuesta, donde también las ametralladoras disparaban sin tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo

sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla. El niño vio a una mujer arrodillada, con los brazos en cruz, en un espacio limpio, misteriosamente vedado a la estampida. Allí lo puso José Arcadio Segundo, en el instante de derrumbarse con la cara bañada en sangre, antes de que el tropel colosal arrasara con el espacio vacío, con la mujer arrodillada, con la luz del alto cielo de sequía, y con el puto mundo donde Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo.

Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba bocarriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y solo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y su misma consistencia de espuma petrificada, y quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano. Tratando de fugarse de la pesadilla, José Arcadio Segundo se arrastró de un vagón a otro, en la dirección en que avanzaba el tren, y en los relámpagos que estallaban por entre los listones de madera al pasar por los pueblos dormidos veía los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo. Solamente reconoció a una mujer que vendía refrescos en la plaza y al coronel Gavilán, que todavía llevaba enrollado en la mano el cinturón con l hebilla de plata moreliana con que trató de abrirse camino a través del pánico. Cuando llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad, y se quedó tendido en la zanja hasta que el tren acabó de pasar. Era el más largo que había visto nunca, con casi doscientos vagones de carga, y una locomotora en cada extremo y una tercera en el centro. No llevaba ninguna luz, ni siquiera las rojas y verdes lámparas de posición, y se deslizaba a una velocidad nocturna y sigilosa. Encima de los vagones se veían los bultos oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas.

Después de medianoche se precipitó un aguacero torrencial. José Arcadio Segundo ignoraba dónde había saltado, pero sabía que caminando en sentido contrario al del tren llegaría a Macondo. Al cabo de más de tres horas de marcha, empapado hasta los huesos, con un dolor de cabeza terrible, divisó las primeras casas a la luz del amanecer. Atraído por el olor del café, entró en una cocina donde una mujer con un niño en brazos estaba inclinada sobre el fogón.

—Buenos —dijo exhausto—. Soy José Arcadio Segundo Buendía.

Pronunció el nombre completo, letra por letra, para convencerse de que estaba vivo. Hizo bien, porque la mujer había pensado que era una aparición al ver en la puerta la figura escuálida, sombría, con la cabeza y la ropa sucias de sangre, y tocada por la solemnidad de la muerte. Lo conocía. Llevó una manta para que se arropara mientras se secaba la ropa en el fogón, le calentó agua para que se lavara la herida que era sólo un desgarramiento de la piel, y le dio un paño limpio para que se vendara la cabeza. Luego le sirvió un pocillo de café, sin azúcar, como le habían dicho que lo tomaban los Buendía, y abrió la ropa cerca del fuego.

José Arcadio Segundo no habló mientras no terminó de tomar el café.

—Debían ser como tres mil —murmuró.

—¿Qué?

—Los muertos —aclaró él—. Debían ser todos los que estaban en la estación.

La mujer lo midió con una mirada de lástima. “Aquí no ha habido muertos —dijo—. Desde los tiempos de tu tío, el coronel no ha pasado nada en Macondo.” En tres cocinas donde se detuvo José Arcadio Segundo antes de llegar a la casa le dijeron lo mismo: “No hubo muertos.” Pasó por la plazoleta de la estación, y vio las mesas de fritangas amontonadas una encima de otra, y tampoco allí encontró rastro alguno de la masacre. Las calles estaban desiertas bajo la lluvia tenaz y las casas cerradas, sin vestigios de vida interior. La única noticia humana era el primer toque para misa.

## El general en su laberinto

[Fragmento]

Se iba sin escolta, sin los dos perros fieles que a veces lo acompañaron hasta en los campos de batalla, sin ninguno de sus caballos épicos que ya habían sido vendidos al batallón de los húsares para aumentar los dineros del viaje. Se iba hasta el río cercano por sobre la colcha de hojas podridas de las alamedas interminables, protegido de los vientos helados de la sabana con el poncho de vicuña, las botas forradas por dentro de lana viva, y el gorro de seda verde que antes usaba sólo para dormir. Se sentaba largo rato a cavilar frente al puentecito de tablas sueltas, bajo la sombra de los sauces desconsolados, absorto en los rumbos del agua que alguna vez comparó con el destino de los hombres, en un símil retórico muy propio de su maestro de la juventud, don Simón Rodríguez. Uno de sus escoltas lo seguía sin dejarse ver, hasta que regresaba ensopado de rocío, y con un hilo de aliento que apenas si le alcanzaba para la escalinata del portal, macilento y atolondrado, pero con unos ojos de loco feliz. Se sentía tan bien en aquellos paseos de evasión, que los guardianes escondidos lo oían entre los árboles cantando canciones de soldados como en los años de sus glorias legendarias y sus derrotas homéricas. Quienes lo conocían mejor se preguntaban por la razón de su buen ánimo, si hasta la propia Manuela dudaba de que fuera confirmado una vez más para la presidencia de la república por un congreso constituyente que él mismo había calificado de admirable.

El día de la elección, durante el paseo matinal, vio un lebrel sin dueño retozando entre los setos con las codornices. Le lanzó un silbido de rufián, y el animal se detuvo en seco, lo buscó con las orejas erguidas, y lo descubrió con la ruana casi a rastras y el gorro de pontífice florentino abandonado de la mano de Dios entre las nubes raudas y la llanura inmensa. Lo husmeó a fondo, mientras él le acariciaba la pelambre con la yema de los dedos pero luego se apartó de golpe, lo miró a los ojos con sus ojos de oro, emitió un gruñido de recelo y huyó espantado. Persiguiéndolo por un sendero desconocido, el general se encontró sin rumbo en un suburbio de callecitas embarradas y casas de adobe con tejados rojos, en cuyos patios se alzaba el vapor del ordeño. De pronto, oyó el grito:

«¡Longanizo!»

No tuvo tiempo de esquivar una bosta de vaca que le arrojaron desde algún establo y se le reventó en mitad del pecho y alcanzó a salpicarle la cara. Pero fue el grito, más que la explosión de boñiga, lo que lo despertó del estupor en que se encontraba desde que abandonó la casa de los presidentes. Conocía el apodo que le habían puesto los granadinos, que era el mismo de un loco de la calle famoso por sus uniformes de utilería. Hasta un senador de los que se decían liberales lo había llamado así en el congreso, en ausencia suya, y sólo dos se habían levantado para protestar. Pero nunca lo había sentido en carne viva. Empezó a limpiarse la cara, con el borde de la ruana, y no había terminado cuando el custodio que lo seguía sin ser visto surgió de entre los árboles con la espada desnuda para castigar la afrenta. Él lo abrasó con un destello de cólera.

"¿Y usted qué carajos hace aquí?", le preguntó.

El oficial se cuadró.

"Cumplo órdenes, Excelencia".

"Yo no soy excelencia suya", replicó él.

Lo despojó de sus cargos y sus títulos con tanta saña, que el oficial se consideró bien servido de que ya no tuviera poder para una represalia más feroz. Hasta a José Palacios, que tanto lo entendía, le costó trabajo entender su rigor.

Fue un mal día. Pasó la mañana dando vueltas en la casa con la misma ansiedad con que esperaba a Manuela, pero a nadie se le ocultó que esta vez no agonizaba por ella sino por las noticias del congreso. Trataba de calcular minuto a minuto los pormenores de la sesión. Cuando José Palacios le contestó que eran las diez, dijo: "Por mucho que quieran rebuznar los demagogos ya deben haber empezado la votación". Después, al final de una larga reflexión, se preguntó en voz alta: "¿Quién puede

saber lo que piensa un hombre como Urdaneta?" José Palacios sabía que el general lo sabía, porque Urdaneta no había cesado de pregonar por todas partes los motivos y el tamaño de su resentimiento. En un momento en que José Palacios volvió a pasar, el general le preguntó al descuido: "¿Por quién crees que votará Sucre?" José Palacios sabía tan bien como él que el mariscal Sucre no podía votar, porque había viajado por esos días a Venezuela junto con el obispo de Santa Marta, monseñor José María Estévez, en una misión del congreso para negociar los términos de la separación. Así que no se detuvo para contestar: "Usted lo sabe mejor que nadie, señor". El general sonrió por primera vez desde que regresó del paseo abominable.

A pesar de su apetito errático, casi siempre se sentaba a la mesa antes de las once para comer un huevo tibio con una copa de oporto, o para picotear la pezuña del queso, pero aquel día se quedó vigilando el camino desde la terraza mientras los otros almorzaban, y estuvo tan absorto que ni José Palacios se atrevió a importunarlo, Pasadas las tres se incorporó de un salto, al percibir el trote de las mulas antes de que apareciera por las lomas el carruaje de Manuela. Corrió a recibirla, abrió la puerta para ayudarla a bajar, y desde el momento en que le vio la cara conoció la noticia. Don Joaquín Mosquera, primogénito de una casa ilustre de Popayán, había sido electo presidente de la república por decisión unánime.

Su reacción no fue de rabia ni de desengaño, sino de asombro, pues él mismo había sugerido al congreso el nombre de don Joaquín Mosquera, seguro de que no aceptaría. Se sumergió en una cavilación profunda, y no volvió a hablar hasta la merienda. "¿Ni un solo voto por mí?", preguntó. Ni uno solo. Sin embargo, la delegación oficial que lo visitó más tarde, compuesta por diputados adictos, le explicó que sus partidarios se habían puesto de acuerdo para que la votación fuera unánime, de modo que él no apareciera como perdedor en una contienda reñida. Él estaba tan contrariado que no pareció apreciar la sutileza de aquella maniobra galante. Pensaba, en cambio, que habría sido más digno de su gloria que le aceptaran la renuncia desde que la presentó por primera vez.

"En resumidas cuentas", suspiró, "los demagogos han vuelto a ganar, y por partida doble".

Sin embargo, se cuidó muy bien de que no se le notara el estado de conmoción en que se encontraba, hasta que los despidió en el pórtico. Pero los coches no se habían perdido de vista cuando cayó fulminado por una crisis de tos que mantuvo la quinta en estado de alarma hasta el anochecer. Uno de los miembros de la comitiva oficial había dicho que el congreso fue tan prudente en su decisión, que había salvado a la república. Él lo había pasado por alto. Pero esa noche, mientras Manuela lo obligaba a tomarse una taza de caldo, le dijo: "Ningún congreso salvó jamás una república". Antes de acostarse reunió a sus ayudantes y a la gente de servicio, y les anunció con la solemnidad habitual de sus renuncias sospechosas:

"Mañana mismo me voy del país".

No fue mañana mismo, pero fue cuatro días después. Mientras tanto recobró la templanza perdida, dictó una proclama de adiós en la que no dejaba traslucir las lacras del corazón, y volvió a la ciudad para preparar el viaje. El general Pedro Alcántara Herrán, ministro de guerra y marina del nuevo gobierno, se lo llevó para su casa de la calle de La Enseñanza, no tanto por darle hospital, como para protegerlo de las amenazas de muerte que cada vez se hacían más temibles.

Antes de irse de Santa Fe remató lo poco de valor que le quedaba para mejorar sus arcas. Además de los caballos vendió una vajilla de plata de los tiempos pródigos de Potosí, que la Casa de Moneda había tasado por el simple valor metálico sin tomar en cuenta el preciosismo de su artesanía ni sus méritos históricos: dos mil quinientos pesos. Hechas las cuentas finales, llevaba en efectivo diecisiete mil seis cientos pesos con sesenta centavos, una libranza de ocho mil pesos contra el tesoro público de Cartagena, una pensión vitalicia que le había acordado el congreso, y poco más de seiscientas onzas de oro repartidas en distintos baúles. Éste era el saldo de lástima de una fortuna personal que el día de su nacimiento se tenía entre las más prósperas de las Américas.

En el equipaje que José Palacios arregló sin prisa la mañana del viaje mientras él acababa de vestirse, sólo tenía dos mudas de ropa interior muy usadas, dos camisas de quitar y poner, la casaca de guerra con una doble fila de botones que se suponían forjados con el oro de Atahualpa, el gorro de seda para dormir y una caperuza colorada que el mariscal Sucre le había traído de Bolivia. Para calzarse no tenía más que las pantuflas caseras y las botas de charol que llevaría puestas. En los baúles personales de José Palacios, junto con el botiquín y otras pocas cosas de valor, llevaba el Contrato Social de Rousseau, y El Arte Militar del general italiano Raimundo Montecuccoli, dos joyas bibliográficas que pertenecieron a Napoleón Bonaparte y le habían sido regaladas por sir Robert Wilson, padre de su edecán. El resto era tan escaso, que todo cupo embutido en un morral de soldado. Cuando él lo vio, listo para salir a la sala donde lo aguardaba la comitiva oficial, dijo:

"Nunca hubiéramos creído, mi querido José, que tanta gloria cupiera dentro de un zapato".

En sus siete mulas de carga, sin embargo, iban otras cajas con medallas y cubiertos de oro y cosas múltiples de cierto valor, diez baúles de papeles privados, dos de libros leídos y por lo menos cinco de ropa, y vanas cajas con toda clase de cosas buenas y malas que nadie había tenido la paciencia de contar. Con todo, aquello no era ni la sombra del equipaje con que regresó de Lima tres años antes, investido con el triple poder de presidente de Bolivia y Colombia y dictador del Perú: una recua con setenta y dos baúles y más de cuatrocientas cajas con cosas innumerables cuyo valor no se estableció. En esa ocasión había dejado en Quito más de seiscientos libros que nunca trató de recuperar.

Eran casi las seis. La llovizna milenaria había hecho una pausa, pero el mundo seguía turbio y frío, y la casa tomada por la tropa empezaba a exhalar un tufo de cuartel. Los húsares y granaderos se levantaron en tropel cuando vieron acercarse desde el fondo del corredor al general taciturno entre sus edecanes, verde en el resplandor del alba, con la ruana terciada sobre el hombro y un sombrero de alas grandes que ensombrecían aún

más las sombras de su cara. Se tapaba la boca con un pañuelo empapado en agua de colonia, de acuerdo con una vieja superstición andina, para protegerse de los malos aires por la salida brusca a la intemperie. No llevaba ninguna insignia de su rango ni le quedaba el menor indicio de su inmensa autoridad de otros días, pero el halo mágico del poder lo hacía distinto en medio del ruidoso séquito de oficiales. Se dirigió a la sala de visitas, caminando despacio por el corredor tapizado de esteras que bordeaba el jardín interior, indiferente a los soldados de la guardia que se cuadraban a su paso. Antes de entrar en la sala se guardó el pañuelo en el puño de la manga, como ya sólo lo hacían los clérigos, y le dio a uno de los edecanes el sombrero que llevaba puesto.

Además de los que habían velado en la casa, otros civiles y militares seguían llegando desde el amanecer. Estaban tomando café en grupos dispersos, y los atuendos sombríos y las voces amordazadas habían enrarecido el ambiente con una solemnidad lúgubre. La voz afilada de un diplomático sobresalió de pronto por encima de los susurros:

“Esto parece un funeral”.

No acababa de decirlo, cuando percibió a sus espaldas el hálito de agua de colonia que saturó el clima de la sala. Entonces se volvió con la taza de café humeante sostenida con el pulgar y el índice, y lo inquietó la idea de que el fantasma que acababa de entrar hubiera oído su impertinencia. Pero no: aunque la última visita del general a Europa había sido veinticuatro años antes, siendo muy joven, las añoranzas europeas eran más incisivas que sus rencores. Así que el diplomático fue el primero a quien se dirigió para saludarlo con la cortesía extremada que le merecían los ingleses.

“Espero que no haya mucha niebla este otoño en Hyde Park”, le dijo.

El diplomático tuvo un instante de vacilación, pues en los últimos días había oído decir que el general se iba para tres lugares distintos, y ninguno era Londres. Pero se repuso de inmediato.

"Trataremos de que haya sol de día y de noche para Su Excelencia", dijo.

El nuevo presidente no estaba allí, pues el congreso lo había elegido en ausencia y le haría falta más de un mes para llegar desde Popayán. En su nombre y lugar estaba el general Domingo Caycedo, vicepresidente electo, del cual se había dicho que cualquier cargo de la república le quedaba estrecho, porque tenía el porte y la prestancia de un rey. El general lo saludó con una gran deferencia, y le dijo en un tono de burla:

"¿Usted sabe que no tengo permiso para salir del país?"

La frase fue recibida con una carcajada de todos, aunque todos sabían que no era una broma. El general Caycedo le prometió enviar a Honda en el correo siguiente un pasaporte en regla.

La comitiva oficial estaba formada por el arzobispo de la ciudad, hermano del presidente encargado, y otros hombres notables y funcionarios de alto rango con sus esposas. Los civiles llevaban zamarros y los militares llevaban botas de montar, pues se disponían a acompañar varias leguas al proscrito ilustre. El general besó el anillo del arzobispo y las manos de las señoras, y estrechó sin efusión las de los caballeros, maestro absoluto del ceremonial untuoso, pero ajeno por completo a la índole de aquella ciudad equívoca, de la cual había dicho en más de una ocasión: "Éste no es mi teatro". Los saludó a todos en el orden en que los fue encontrando en el recorrido de la sala, y para cada uno tuvo una frase aprendida con toda deliberación en los manuales de urbanidad, pero no miró a nadie a los ojos. Su voz era metálica y con grietas de fiebre, y su acento caribe, que tantos años de viajes y cambios de guerras no habían logrado amansar, se sentía mucho más crudo frente a la dicción viciosa de los andinos.

Cuando terminó los saludos, recibió del presidente interino un pliego firmado por numerosos granadinos notables que le expresaban el reconocimiento del país por sus tantos años de servicios. Fingió leerlo ante el silencio de todos, como un tributo más al formalismo local, pues no hubiera podido ver sin lentes ni una caligrafía aun más grande. No

obstante, cuando fingió haber terminado dirigió a la comitiva unas breves palabras de gratitud, tan pertinentes para la ocasión que nadie hubiera podido decir que no había leído el documento. Al final hizo con la vista un recorrido del salón, y preguntó sin ocultar una cierta ansiedad:

"¿No vino Urdaneta?"

El presidente interino le informó que el general Rafael Urdaneta se había ido detrás de las tropas rebeldes para apoyar la misión preventiva del general José Laurencio Silva. Alguien se dejó oír entonces por encima de las otras voces:

"Tampoco vino Sucre".

Él no podía pasar por alto la carga de intención que tenía aquella noticia no solicitada. Sus ojos, apagados y esquivos hasta entonces, brillaron con un fulgor febril, y replicó sin saber a quién:

"Al Gran Mariscal de Ayacucho no se le informó la hora del viaje para no importunarlo".

Al parecer, ignoraba entonces que el mariscal Sucre había regresado dos días antes de su fracasada misión en Venezuela, donde le habían prohibido la entrada a su propia tierra. Nadie, le había informado que el general se iba, tal vez porque a nadie podía ocurrírsele que no fuera el primero en saberlo. José Palacios lo supo en un mal momento, y luego lo había olvidado en los tumultos de las últimas horas. No descartó la mala idea por supuesto, de que el mariscal Sucre estuviera resentido por no haber sido avisado.

En el comedor contiguo, la mesa estaba servida para el esplendido desayuno criollo: tamales de hoja, morcillas de arroz, huevos revueltos en cazuelas, una rica variedad de panes de dulce sobre paños de encajes, y las marmitas de un chocolate ardiente y denso como un engrudo perfumado. Los dueños de casa habían retrasado el desayuno por si él aceptaba

presidirlo, aunque sabían que en la mañana no tomaba nada más que la infusión de amapolas con goma arábiga. De todos modos, doña Amalia cumplió con invitarlo a ocupar la poltrona que le habían reservado en la cabecera, pero él declinó el honor y se dirigió a todos con una sonrisa formal.

"Mi camino es largo", dijo. "Buen provecho".

Se empinó para despedirse del presidente interino, y éste le correspondió con un abrazo enorme, que les permitió a todos comprobar qué pequeño era el cuerpo del general, y qué desamparado e inerme se veía a la hora de los adioses. Después volvió a estrechar las manos de todos y a besar las de las señoras. Doña Amalia trató de retenerlo hasta que escampara, aunque sabía tan bien como él que no iba a escampar en lo que faltaba del siglo. Además, se le notaba tanto el deseo de irse cuanto antes, que tratar de demorarlo le pareció una impertinencia. El dueño de casa lo condujo hasta las caballerizas bajo la llovizna invisible del jardín. Había tratado de ayudarlo llevándolo del brazo con la punta de los dedos, como si fuera de vidrio, y lo sorprendió la tensión de la energía que circulaba debajo de la piel, como un torrente secreto sin ninguna relación con la indigencia del cuerpo. Delegados del gobierno, de la diplomacia y de las fuerzas militares, con el barro hasta los tobillos y las capas ensopadas por la lluvia, lo esperaban para acompañarlo en su primera jornada. Nadie sabía a ciencia cierta, sin embargo, quiénes lo acompañaban por amistad, quiénes para protegerlo, y quiénes para estar seguros de que en verdad se iba.

La mula que le estaba reservada era la mejor de una recua de cien que un comerciante español le había dado al gobierno a cambio de la destrucción de su sumario de cuatrero. El general tenía ya la bota en el estribo que le ofreció el palafrenero, cuando el ministro de guerra y marina lo llamó: "Excelencia". Él permaneció inmóvil, con el pie en el estribo, y agarrado de la silla con las dos manos.

"Quédese", le dijo el ministro, "y haga un último sacrificio por salvar la patria".

"No, Herrán", replicó él, "ya no tengo patria por la cual sacrificarme".

Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran. El único que tuvo bastante lucidez para saber que en realidad se iba, y para dónde se iba, fue el diplomático inglés que escribió en un informe oficial a su gobierno: "El tiempo que le queda le alcanzará a duras penas para llegar a la tumba".



Luis Ernesto Parra, Eduardo Cote Lamus y Ernesto Maldonado.

## Eduardo Cote Lamus

*1928-1964*

Aun cuando nació en Cúcuta, en el seno de una familia de ricos propietarios de tierras, Eduardo Francisco Cote Lamus pasó su niñez en Pamplona donde hizo la primaria y el bachillerato en el Colegio Provincial San José, durante los años finales de la República Liberal vapuleada día a día por Laureano Gómez, uno de los líderes políticos más reaccionarios y violentos que conoció Colombia y a quien Cote Lamus veneró en su temprana juventud política, cuando en Pamplona creó comandos juveniles de estudiantes, obreros y mujeres y daba conferencias divulgando las ideas y directrices de los jefes de su partido, participando sin desvelo en la campaña que llevó a la presidencia a Mariano Ospina Pérez, el 2 de mayo de 1945, derrotando a los liberales Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay.

Cote Lamus terminó su bachillerato en 1946 y gracias a sus vínculos con los jefes conservadores pudo ingresar sin mayores tropiezos, primero a la Universidad Javeriana y luego al Externado para adelantar estudios de derecho, pero el mejor acontecimiento de su vida en esos años fue la amistad que entabló con Gilberto Alzate Avendaño, de cuyo grupo hizo parte hasta la muerte del caudillo. Sus colaboraciones en los diarios del alzatismo fueron frecuentes y doctrinarias, siempre bajo la impronta del llamado pensamiento autoritario bolivariano, como puede leerse en las virulentas crónicas semanales que hizo para *Eco Nacional*, donde apodaba a don Baldomero Sanín Cano como «Baldosín» y a sus seguidores «Baldosineros».

En 1950 con una beca de Cultura Hispánica, la agencia colonial del franquismo, viaja a España donde se diploma en Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca y donde recibe, en 1953, un premio «A la joven literatura» por *Salvación del recuerdo*, uno de los dos peores primeros libros de poemas, según Juan Gustavo Cobo Borda [**Historia de la poesía colombiana**, siglo XX, Bogotá, 2004, p. 281], que haya escrito colombiano alguno.

> Era un joven de 23 años —dice María Mercedes Carranza—, delgado, con un rostro extraño en el cual dominaban los ojos decididamente oblicuos, achispados, y la breve y aguda perilla que se movía puntualmente al compás de su hablar atropellado, con dejos de tartamudez. Pasaba las penurias económicas de los estudiantes e incurría en una bohemia que hizo su historia en el Madrid en entonces: aun hoy hay quienes recuerdan su asombro cuando supo que una copa de brandy valía apenas dos pesetas y decidió comprar todas las existencias del bar donde se encontraba, lo hizo cerrar y con los desconocidos parroquianos que allí había se lo bebió, gastándose así los viáticos que su padre le había dado para los primeros meses en el exterior.

En Madrid, Cote Lamus frecuentó la casa de Vicente Aleixandre, conoció a varios de los poetas de la llamada Generación del Cincuenta, a Alfonso Costafreda, José Manuel Caballero Bonald y José Ángel Valente, que frecuentaban su domicilio de la calle Donoso Cortés 78, cuarto izquierda, y en el bar de Cultura Hispánica a tres grandes poetas y peligrosos bebedores nicaragüenses: José Coronel Urtecho, Ernesto Mejía Sánchez y Carlos Martínez Rivas, con quienes leyó a los poetas de expresión inglesa, en especial a T.S. Eliot y sus largos poemas sobre la vida contemporánea, que luego imitaría en *Estoraques*.

En 1953 estuvo en Glasgow durante unos meses en el cargo de cónsul y luego, con el mismo rango, en Frankfurt, donde vivió tres años. En 1957 regresó a Colombia. A1 año siguiente se casó con Alicia Baraibar y dio comienzo a su carrera burocrática: secretario de educación, representante a la Cámara, senador y gobernador de Norte de Santander. Murió la madrugada del 3 de agosto de 1964,

en un lugar llamado La Garita, cuando se disponía a renunciar a la gobernación del departamento para asumir el cargo de Ministro de Educación del gobierno de Guillermo Valencia, que acababa de nombrar como su primer embajador en Moscú al titular de la cartera, Pedro Gómez Valderrama.

Debido, quizás, a sus éxitos como político, Cote Lamus gozó de un enorme prestigio como poeta y fue celebrado por no pocos amigos y seguidores. Pero lo cierto es que la poesía y la literatura, como sucede a menudo en Colombia, fue para Cote Lamus una actividad secundaria, que daba lustre a sus conquistas y ambiciones políticas. Y aun cuando todavía se insista en celebrarlo como poeta, mejor será decir que si se editaran y divulgaran sus discursos políticos, se haría evidente cómo su oratoria se había nutrido con eficacia de la poesía. Lo mejor de su obra está en varias de las intervenciones que hizo en la Cámara y el Senado, ya fuera para defender a Rojas Pinilla de los ataques de Mario Latorre Rueda y Alejandro Galvis Galvis, o reivindicar las ideas del movimiento alzatista llamado Frente Civil, o para atacar las facciones integrantes del Frente Nacional: «Vamos a continuar diciéndole al país que esta forma de abuso capitalista, propiciado por las clases oligárquicas de los partidos liberal y conservador, hará crisis de un momento a otro, y Dios quiera que encuentre alguna fuerza organizada», o el debate contra las torturas del Servicio de Inteligencia Colombiano el 3 de agosto de 1959, etc.

Como animal político que era, Cote Lamus no conoció ni pretendió recibir el don de la inspiración o el duende o la voz del más allá que incita al poeta a dar cuerpo al poema, a poner su carne y su voz al servicio de las divinidades del arte. Lo que hubo en él fue premeditación, cálculo. De allí que toda su obra, desde sus primeros libros hasta los últimos, se parezcan a algo o a alguien. Cote Lamus dedicó buena parte de su tiempo en España a estudiar las retóricas, preceptivas y técnicas de construcción de la poesía contemporánea y de ello hay muestra fehaciente en su obra. Sus poemas están recargados de los efectos que hicieron celebres a Eliot, a Pound y por supuesto a Aleixandre, el incomprensible y fatigoso. Una pululación de anécdotas, un mucho de así era, aquí fue, allí estaba, caminar a la derecha, ir más allá, noches de

Glasgow, de Berlín, de Madrid, y con una desfachatez inaudita, todo lo peor y más perecedero de la «teoría hidráulica del mundo» de Eliot, por no decir que el plagio mismo de Eliot. «Una obra plagada de defectos» como dijo de *La vida cotidiana*, su amigo y compadre ideológico Valencia Goelkel. «Una poesía, como ha dicho acertadamente Ariel Castillo Mier, artificial, llena no sólo de ecos, sino de voces, ajenas, heterogéneas [de Barba a Vallejo, de Arturo a Aleixandre], que se oyen alto; una poesía abstracta, negada para la imaginación visual, en la que el hablante lírico importa e imposta el tono y simula una falsa sabiduría, y, raras veces, habita un ámbito concreto.»

**Bibliografía de Eduardo Cote Lamus**

**Diario del Alto San Juan y del Atrato**, Bogotá, 1990. **Estoraques**, Bogotá, 1963. **La vida cotidiana**, Bogotá, 1959. **Los sueños**, Madrid, 1956. **Obra literaria**, Bogotá, 1976. **Preparación para la muerte**, Cúcuta, 1950. **Salvación del recuerdo**, Barcelona, 1953.

**Bibliografía sobre Eduardo Cote Lamus**

Alfonso Armas: *Eduardo Cote Lamus*, en **Revista Bolívar**, Bogotá, n° 48, 1957. Campo E. Claro: *Estoraques*, en **Boletín Cultural y Bibliográfico**, Bogotá, Vol. 7, n° 9, 1964. Eduardo Camacho Guizado: *En torno a la poesía de Eduardo Cote Lamus*, en **Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario**, Bogotá, n° 467, 1964; *Poesía colombiana 1963*, en **Eco**, Bogotá, Vol. 8, n° 1, 1963. Guillermo Alberto Arévalo: *La poesía de Eduardo Cote Lamus*, en **Obra literaria de Eduardo Cote Lamus**, Bogotá, 1976. Hernando Valencia Goelkel: *Exaltación de la anécdota*, en **Crónicas de libros**, Bogotá, 1974; Prólogo a **Estoraques**, Bogotá, 1963. Jaime García Mafla: *El acto y la palabra que lo nombra [En torno a la poesía de Eduardo Cote Lamus]*, en **Universitas Humanística** [Separata], Bogotá n° 8 y 9, 1974-1975. Luis Roberto Parra: *Apuntes para una semblanza de Eduardo Cote Lamus*, en **Gaceta Histórica**, Cúcuta. n° 1 y 2, 1975. María Mercedes Carranza: *Eduardo Cote entre la vigilia y el sueño*, en **Razón y fábula**, Bogotá, nº 18, 1970. Ramón de Zubiría: *Los sueños*, en **Revista de la Universidad de los Andes**, Bogotá, n° 1, 1958.

## El vértigo

Todo se va cayendo, todo es piedra,
molino que cambia aire por harina
como el hombre es igual a lo que anhela.
Todo se va cayendo, todo es plomo
que cae ceniciento por la piel.
Y todo va cayendo al miedo. Alguien
usa la voz como perfume: cae
sobre su sombra y la destruye, cae
envuelto de pasión sobre sus pasos:
los borra, los sepulta, los camina.
Todo se va cayendo, todo es sueño:
la luz para encenderla tiene un nombre,
otro para apagarla. Todo es sueño.
Alguien se fue quitando días, poco
a poco, hasta quedar sin años, para
meterse en tierra y embozarse en ella.

## La vida en vano

Siempre fue igual el amor a caminar despacio bajo la lluvia,
a saber el deseo, donde se dura, presa en otro cuerpo,
a volver los ojos al hombro y ver el horizonte.
Pero la libertad concluye cuando deja de entregarse.
Y si el amor ya no acompaña, ¿a dónde ir?
Mas el amor varía como las estaciones.
Algo suena en el río amenazando sombra:
se contaba en la infancia que las piedras
estallan cuando vienen las crecientes
y siniestras creaturas se liberan
que van corriente abajo destruyendo.
De nada tienen piedad hasta que vuelven
a meterse en las rocas. Así el amor.
Sucede, en los amantes, que siempre hay uno que ama más,
y él dirige, activa, muere y muere, se ahonda o sube
mientras el otro en la serena sombra se desliza
donde el día puede dormirse y estremecerse en sueños.
Pero la amada entonces recibe del amante
el amor, como una corona en la frente.
Siempre fue el amor como el comienzo de otoño,
el profundo labrarse del hombre como piedra en el agua,
como cuchilla en la piedra, el ir preparando día tras día,
sin saberlo, el hallazgo de un sueño:
entonces yo
puse cuerdas al sueño y sonó como un arpa.
El amante siente que algo sucede entre su pecho
porque la amada lo ama más. Y poco a poco
lo supera: él, definitivamente perdido.
Donde parece que no cuenta el tiempo, en las prisiones,
se ven salir después de la condena
jóvenes rostros que al sentir la libertad se vuelven viejos.
Así el amor. Como en Alemania de post-guerra,
cuando después del trabajo se reúne la familia
en el antiguo símbolo de la mesa, y todos van llegando
con la edad: el joven y su esposa con la

llama azul de sus ojos y con el hermoso hijo de la mano;
el abuelo, magro y severo, todavía como el sabor de la cerveza,
y la madre, más severa aún: entonces,
al juntarse en los manteles,
todos envejecen, mientras
por la frente del niño cruzan las arrugas del
bisabuelo del retrato. Porque en ese instante piensan
que no existe el futuro sino las sillas vacías en la mesa.
Así el amor.
Siempre fue el amor igual a poblar una doncella,
a verla convertida en siembra porque todos
los días busca nuevo nombre, y así, llena de nombres
hasta la concepción.
Allí cayó el amor, se dice, y uno lleva
los huesos ardiendo, al rojo vivo.
Todo se siente en la oscuridad: el arco tenso,
ceniza el corazón, por suelo el pecho,
el otoño con su máscara de frutos, el cielo de mañana,
el apetito de volver aunque no sea sino los ojos.
Allí cayó el amor, se dice, y se dice
que Tereo comió la carne de sus hijos
y respiró hueco, su cuerpo hueco y a la merced del viento,
mientras la golondrina y el ruiseñor iban cantando.
Siempre fue el amor igual a salir todas las noches
a buscar una estrella entre el ancho cielo.
Y no encontrarla es un mal signo, porque todo
está marcado como las cifras en la piel de las bestias.
Y se continúa buscando y esperando. Digo a propósito
que en el Barrio Chino de Salamanca, rodeado de conventos,
llevaba Luisa, ya octogenaria, flores de papel
en la cabeza.
Viene luego la asignación de los días vacuos,
de los días mercenarios que se quisieran alquilar,
casi sin fecha,
tal vez para llenarlos como un cántaro.
Entonces viene la pregunta: ¿a dónde ir?

## Elegía a mi padre

Una vez tendido le dio por morirse como
antes le había dado por vivir
por talar los eucaliptos y hacer la casa
y se echó a morir porque sabía
que de esa no pasaba.
Acaso, cuando los bueyes se cansaron
de arar, ¿no se había puesto alguna vez
en la nuca y en los hombros la coyunda?
Y la tarea quedó cumplida mucho antes
que la sombra, ya que las estrellas.
Tenía que terminar también su asunto
a cabalidad y como fuera.
En su mano derecha la firmeza
como empuñando un arma
o dirigiendo el surco o trazando
el círculo de su vida, cerrado,
arbitrario, pero tan propiamente suyo
como el bastón de tosco palo,
como el sombrero o los zapatos
o la ropa que llevaba, que ya era suya,
hecha por él, como sus actos.
Su mayor riqueza consistía en ver los potros
galopar libres bajo el ancho cielo
o enlazar alguno con certero silbo,
marcarle el anca y darle nombre,
un nombre fácil: |Cascofino, Dulcesueño, El Palomo,
enjalmar la mula., hablar de las heladas.
La tierra vino a él mas no en su ayuda.
Y decía palabras, preguntaba
por amigos que allí no se encontraban
y de sus brazos que iban y venían
como alentando el fuego del herrero
de su propia existencia, le caía

fuerza, sudor como yunques, dominio;
desde sus brazos le caían los días
que vivió, uno a uno, a borbotones.
Pero murió porque le vino en gana,
porque tenía que hacer del otro lado
junto con su mujer, la que le tuvo
los días listos para su trabajo,
dulzura en la mañana, el pan servido
al alcance del corazón, la ventana abierta
cuando volvía hecho trigo de los campos.
Yo no te cuento pero debo contarte:
te llevamos a una casa con amigos
del alma, te acompañamos, ya los sabes,
y al otro día tuviste tres entierros
como te correspondía; en la mañana
te llamabas más Pablo aún, respondías
más a tu nombre: eras silencio.
Por el aire te pusimos en las manos
de otros recuerdos, y tu tierra era entonces
tan cercana. Río arriba, entre los climas,
te nos hiciste piedra en el pecho,
te nos ibas hundiendo pecho adentro
porque tú estabas en él y te nos ibas.
Entraste a Pamplona como silo hubieras hecho
a caballo: tomamos el potro de las bridas
y descabalgaste igual que siempre, entre cipreses.
Como estabas muy alto tus hermanas
no podían verte y una de ellas trajo una banqueta
sobre la que subieron y te llamaron Pablo Antonio,
te nombraron paulinamente Pablo entre las lágrimas.
Pero estabas de espaldas como un río.
En la cuesta tu cuerpo se hizo plomo:
poco después el peso fue liviano
como si hubieras tú metido el hombro
y te llevaras a enterrar tú mismo.

Te colocamos con cuidado, con flores, con ternura.
Yo creo que tenías entre tus manos
una cuerda y un trompo y una espiga
y un rumor de mucho cielo en tus oídos.
Sabes muy bien lo que te cuento
pero te lo digo. Estaban
con el sombrero en la mano
a pesar de la llovizna
todos los que te querían:
el que te vendía la carne,
el que te compraba el trigo
y el hombre de azadón que respetabas.
¿Hallaste allí la paz? es mi pregunta.
Mas yo no debo preguntarte nada.
Tú no querías la paz sino la dura
tierra para sembrar, el aire para
vencer con árboles, cosas difíciles.
Viejo campesino, Padre mío,
en palabra y en acto igual que el hierro:
tan de una vez, tan para siempre:
viejo de a caballo, viejo macho.
Pablo eras no más y Pablo somos.
Padre, qué poco Antonio te llamabas.

## Estoraques

**III**

El tiempo nada más en la piel del estoraque,
el tiempo como un perro que nunca llega al hueso,
el tiempo ladrando como perro, como un perro
derrotado por los sueños.
En la superficie el tiempo: Heráclito el Oscuro
hubiera aquí encontrado que su río es la sed,
hubiese aquí encontrado que es mejor
el limo que los días, el cristal que las imágenes,
la rueda del molino igual al agua.
Aquí las ruinas no están quietas:
el viento las modela. Por ejemplo
lo que antes era escombro de palacio
lo convirtió en estatua la erosión
y lo que fue la sombra de la torre
es ahora la sombra del chalán.
Ese bote de lanza del jinete
contra algo inexistente, ese ademán
de contienda en esos ojos sin sueño,
ese violento paso del caballo
detenido por siempre, ese color,
fueron antes las bases de algún templo,
el comienzo de algún arco, el fin
de tanta fe entregada a un dios terrible.
Hoy es un rostro, máscara mañana,
sueño primero, luego ni recuerdo,
columna ardiendo en el viento en llamas,
tórridas manos sobre la garganta
del caballero ecuestre, río, ríos
de sombra al rojo blanco dominando
aquello que existencia fue sin duda.
En esta sucesión que nadie nota
algo que no se mueve ni transforma,

algo quieto a pesar de tanto caos,
algo que permanece sin embargo
aunque desaparezcan estoraques
y nazcan otros, aunque aquellos bosques
de serpientes de pie como escuchando
la flauta del encanto comprendieran
que nunca han existido.
Pero es que aquí, también, todo se queda.
Es que acaso ¿razón tenía Parménides?
En fundamento todo permanece,
los elementos son iguales siempre
y la materia siempre es inmutable,
inmóvil es el ser y no se mueve
[ser y pensar son una cosa misma]
y todo esto que vemos y sentimos
es no más que un asunto incomprensible.
No más que la alta hoguera de la estrella
sobre este mundo. Nada más que el sueño
de pronto convertido en nada. Nada
distinto al propio fuego en que se incendia
ebria, la luz, muy dentro de la tierra
o encima de la lámpara que lleva
todo nombre encendido. El estoraque
siempre tiene las luces apagadas.
Al polvo nada vuelve, todo queda
delante de los ojos y las manos
sin poder recoger huellas de arena,
sin poder encontrar en tanta forma
cosa distinta de nuestro fracaso.
Por esto, Gorgias, Gorgias, yo te veo.
En la verdad te vi, en lo incomprensible
después de preguntar qué significan
esta vida, estos monstruos, estos sueños.



Gonzalo Arango, José Mario Arbeláez, Raquel Jodorowsky, Luis Fernando Mejía, Elmo Valencia y Pedro Alcantara en Calipuerto del municipio de Candelaria.

# El Nadaísmo

*1958-1974*

En Medellín durante las décadas de 1950 y 1960 se conformó un extraño mundo que integró la protesta con la resignación, las más bellas formas artísticas y literarias con la vida ruda y repugnante de los bajos fondos, la espiritualidad con el crudo materialismo, lo esotérico con el mundanal diario… Era un extraño mundo en el que convivían los cultores del poeta Porfirio Barba Jacob y los seguidores del profeta Gonzalo Arango con la cultura lumpesca y de barriada que encontró su expresión en el personaje popular que hacía ostentación del consumo de marihuana, el **camaján**, que vestía vistosamente: pantalones verdes o morados, bota ceñida y bastante alta [sostenida con cargaderas], camisa con mangas remangadas, cuello levantado y chaqueta bastante larga. Caminaba lentamente, con movimiento rítmico de brazos. Era lo que llamaban un **man legal**, pero que constituía el terror de los barrios residenciales, pues las señoras le atribuían los peores crímenes y depravaciones, contribuyendo a ello la jerga esotérica de trasposición de sílabas: **misaca** [camisa], **lompanta** [pantalón], **pinrieles** [zapatos], o los nombres de la marihuana: **yerba, mona, maracachafa, grifa, bareta, marimba**. Era la época en que la nota musical de esa subcultura se oía en la Sonora Matancera y Daniel Santos, el **inquieto anacobero**. Para entonces, a comien zos de los años 60, ya se habían hecho realidad las palabras de otro nadaísta: **La marihuana es el opio del pueblo**, por su bajo precio naturalmente.

**Mario Arango**, *Algo va del camaján al traquetero*, en
**Impacto del narcotráfico en Antioquia**, Medellín, 1988, pp. 23-24.

Para 1958, cuando Gonzalo Arango Arias publicó su primer manifiesto, Colombia era ya un país en ruinas no solo económica sino social y moral. La dictadura había concluido la tarea malhechora de los gobiernos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Roberto Urdaneta Arbeláez, y la clase dirigente, una de las más perversas oligarquías latinoamericanas que surgieron luego de la muerte del Libertador, se disponía a repartirse el presupuesto nacional y la libertad de asociación y expresión, de

manera paritaria, en los futuros veinte años. La dictadura de Gustavo Rojas Pinilla[1] instauró el culto a la personalidad, la censura a la prensa, cerrando diarios y emisoras y creando la Televisora Nacional como su principal instrumento de propaganda, con Gloria Valencia de Castaño y Fernando González Pacheco como sus iconos inmortales, asesinando estudiantes, volando barrios enteros con dinamita y masacrando opositores durante corridas de toros.

---

1. Gustavo Rojas Pinilla [Tunja, 1900-1975] fue un militar, ingeniero civil y político colombiano que tras un golpe de Estado al titular Laureano Gómez, ocupó la presidencia de Colombia del 13 de junio de 1953 al 10 de mayo de 1957. Lo hizo en un golpe de Estado incruento, apoyado por los liberales y los conservadores no laureanistas. Su misión era acabar con la violencia y pacificar el país, y para lograrlo contaba con un gran apoyo político y popular. Rojas inició su mandato con un ambicioso plan de obras públicas, financiado por la bonanza cafetera de 1954. Gracias a ese programa se construyeron la siderúrgica de Paz del Río, una red de hospitales en todo al país, 35 mil nuevas viviendas y numerosos aeropuertos, entre otras realizaciones. Adelantó una serie de reformas sociales y decretó una reforma tributaria que gravaba a los ricos con más intensidad que nunca. Según David Bushnell, los políticos «desconfiaron de la política socioeconómica» de Rojas, pero sobre todo resintieron estar lejos del poder. El 9 de junio de 1954, el estudiante Uriel Gutiérrez fue asesinado por balas militares a las puertas de la Universidad Nacional, lo que causó una gigantesca protesta estudiantil en la que otros nueve universitarios fueron baleados. Y el 3 de agosto de 1955, el dictador cerró El tiempo, El Espectador y El Siglo. Pero, tal como ocurrió con Laureano Gómez, el recrudecimiento de la violencia fue la gota que rebosó la copa. Los militares, al ver que el país les daba la espalda, piden a Rojas que entregue el poder en 1958. La presión de todos los sectores forzó al Supremo Jefe a ceder a una Junta Militar presidida por el general Gabriel París, que convocó a elecciones en ese año. Una de las medidas que presuntamente fortalecerían las Fuerzas Armadas fue el juicio político que se hizo a Rojas Pinilla en el Congreso en 1958. Se lo acusó de abuso de poder, enriquecimiento ilícito y obstrucción a la ley y la Constitución. El 18 de marzo de 1959, el Congreso lo declaró indigno y culpable y lo condenó a la pérdida perpetua de sus derechos civiles y políticos, de sus grados militares, de su pensión de jubilación y ordenó las investigaciones penales a que hubiera lugar. El 20 de diciembre de 1966 el Tribunal Superior de Cundinamarca le devolvió sus derechos políticos y un año después, la Corte Suprema de Justicia confirmó este acto judicial, el 18 de octubre de 1967. El 2000, el Congreso de Colombia, al cumplirse el centenario de su nacimiento, lo exaltó como «egregio militar, insigne conductor del pueblo, paradigma de nuestra nacionalidad, dirigente político y estadista ejemplar, luchador infatigable por la justicia social y la paz, cuyo pensamiento penetró en lo más profundo de la conciencia colectiva». Su hija María Eugenia Rojas, casada con Samuel Moreno Díaz, fue acusada de haber defalcado la Secretaría Nacional de Asistencia Social [SENDAS] durante la tiranía de su padre y haber dejado en la ruina el Instituto de Crédito Territorial durante el gobierno de Belisario Betancur, así como al municipio de Bucaramanga durante la administración de su hijo Néstor Iván Moreno Rojas [2000-2003], un médico que había sido ministro del trabajo de Ernesto Samper Pizano, senador y representante, municipio al que dejó con un déficit superior a los 40.000 millones de pesos y cuyos archivos desaparecieron durante un voraz incendio. En 2001fue capturado por orden de la Corte Suprema sindicado de concusión, cohecho y celebración de contratos sin cumplir con los requisitos necesarios, en complicidad con su hermano Samuel Moreno Rojas, alcalde de Bogotá, acusado de irregularidades en la contratación pública y corrupción en la construcción del sistema de transporte masivo de la capital. El 23 de septiembre de 2011 fue detenido como medida preventiva por un juez que aceptó la imputación de cargos expuesta por la Fiscalía General de la Nación, tras lo cual fue transferido a la Escuela de Carabineros en los cerros orientales de la ciudad, una entidad adscrita a la cárcel La Picota.

Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez, los dos polos de esta perfidia, inventaron el Frente Nacional y procedieron a desmontar la cultura colombiana desde sus mismos cimientos y desde los ministerios de educación, justicia, trabajo, y con la ayuda de una gran mayoría de los intelectuales de izquierda y el liberalismo, borraron primero la memoria colectiva, la historia y las literaturas, a fin de crear un nuevo estado donde todos los colombianos guardaran silencio, pasaran hambres inmemoriales, ningún pobre pudiese ir a la escuela y todo el país, pero especialmente las mujeres, recibieran ese regalo del cielo que se llama todavía control de la natalidad, para cuyo propósito el doctor Lleras Restrepo creó el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, una suerte de fornicación sin pan, que la oligarquía regaló a los pobres. Todo fue inventado en el Frente Nacional, y todo llevó a la creación de la más grande república del narcotráfico jamás imaginada, donde una minoría de delincuentes iba a elegir los gobiernos de Julio César Turbay, Alfonso López Michelsen, Belisario Betancur, Virgilio Barco, César Gaviria Trujillo y Ernesto Samper, cambiaría la Constitución centenaria por una de bolsillo para no ser extraditados y serían los únicos capaces de arruinar ideológicamente a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, haciéndolas sus socios. A todo ello contribuyó la batahola, la garrulería, el narcisismo, la chabacanería y oportunismo de los adictos[2] de Gonzalo Arango Arias, con notables excepciones, por supuesto. Precisamente las de los únicos poetas que nacieron para su desgracia bajo esa estrella polar. Entre 1956 y 1968 Colombia vivió la más grande recesión de su historia en el siglo XX.

---

2. Entre los jóvenes de entonces que figuraron como Nadaístas recordamos a Alberto Sierra; Alberto Escobar; Amilkar Osorio, o Amilkar U; Armando Romero; Darío Lemos; David Bonells Rovira; Dukardo Hinostroza, Eduardo Escobar, Elkin Restrepo; Elmo Valencia o El Monje Loco; Fanny Buitrago; Guillermo Trujillo; Humberto Navarro; Jaime Espinel; Jorge Orlando y Moisés Melo; José Javier Jorge o Álvaro Medina; José Mario Arbeláez, o J. Mario; Juan Manuel Roca Vidales; Malgrem Restrepo, Mario Cataño o Mario Rivero; Pablus Gallinazus; William Agudelo y X-504 o Jaime Jaramillo Escobar. Refiriéndose a ellos, a quienes conoció y soportó en la Librería Aguirre de Medellín, dijo Alberto Aguirre [*Una figurita endeble*, en **Suplemento Dominical de El Colombiano**, Medellín, 23 de octubre de 1993]: *"El grupito tenía la psicología del vago, el cinismo del vago, que se puede tomar, visto desde hoy, como un bohemio intelectual. Pero no, eran vagos. […] La de los Nadaístas fue una generación que mostró una tremenda incultura. No leían. […] En realidad no leían. Ellos no hacían sino beber y fumar marihuana. Bebían mucho en el Metropol. Tomaban mucho trago, trasnochaban y dormían todo el día. No había realmente una tertulia intelectual, entre ellos o con ellos. Su obra literaria es solitaria. Del Nadaísmo quedan pocas cosas".*

Y fue en esos años cuando Gonzalo Arango Arias decidió competir con los ciclistas de la vuelta a Colombia y los actores de las novelas radiales —*Lejos del nido* y Albertico Limonta—, por un público que sigue siendo una inmensa *mayoría* analfabeta, mientras la otra inmensa *minoría*, la que supuestamente oía una radio de «música culta», veía los filmes de la *nouvelle vague* en la Cinemateca de Colseguros y leía a Camus, Sartre, de Beauvoir, Rochefort, Sagan, Miller y otros. Y no habría tenido el éxito que tuvo si la llamada Gran Prensa, los periódicos de la oligarquía y sus emisoras de radio y televisión, no se hubieran hecho eco de los desplantes, bufonadas, patanerías, quemas de libros y efigies de escritores, y las blasfemias y sacrilegios que cometieron los nadaístas en Medellín, Cali, Barranquilla y Manizales. Porque a los directores de los periódicos y los noticieros también el nadaísmo ofreció una distracción y alguna rebeldía en un país que estaba sumido en un baño de sangre que lo sacaba de otro baño de sangre que venía del confín de los siglos. Sin la complacencia y socarrona aprobación de Eduardo Mendoza Varela y Gonzalo González, alias GOG, y el mismo Guillermo Cano Isaza, el nadaísmo no hubiese existido.

Cerca de trescientos artículos de los nadaístas fueron publicados en los suplementos literarios de *El Tiempo* y *El Espectador* en esos años triunfales del nadaísmo y no pocos reportajes y noticias se encuentran en el cuerpo de los diarios. El estado de cosas que pretendían derruir los nadaístas, o mejor Gonzalo Arango Arias, era ahora quien los bendecía y absolvía y celebraba con ciertas furias que en últimas eran risas. Y sus fingidas rupturas prosódicas, lo que teje las ideas, terminaron por ser una ética de la más perversa lógica: como no podían vencer al establecimiento y sus guerras e injusticias, había que sacarle el mejor partido posible: y entonces los más sobresalientes «nadaístas» fueron los más grandes delincuentes y criminales que ha tenido Colombia con las más fabulosas fortunas de nuestra historia. Algo iba, ciertamente, del camaján al traquetero.

El nadaísmo fue la otra cara de esa moneda que ofreció *Mito*. Las dos expresiones de nuestra nacionalidad fueron estrictamente coetáneas. Pero una significaba la cultura y la otra la barbarie. Mientras Gaitán Durán publicaba la revista más importante que haya tenido Colombia,

Gonzalo Arango Arias quemaba libros y se endiosaba a sí mismo y servía de taparrabos de una maldad llamada Frente Nacional. Y el destino de sus supervivientes fue también melancólico. Los que sobrevivieron de *Mito* terminaron en brazos de los gobiernos de lo que más detestaron. Los nadaístas son hoy parte del establecimiento, con preclaras excepciones, repito y concluyo. Y es por todo esto que Germán Arciniegas y Gonzalo Arango Arias, aparentes extremos encontrados en su tiempo, tienen razón cuando afirman que:

> El Nadaísmo es un producto natural de una época pervertida. Época de culturas dirigidas por analfabetos. Entre nosotros, es la consecuencia inmediata de las dictaduras. [Germán Arciniegas, *El nadaísmo es algo*, **El Tiempo**, julio 1958]
>
> Las revoluciones artísticas y científicas las hacen los Einstein, los Picasso, los Barnard. Para pensar nosotros en hacer este tipo de revoluciones tendríamos que empezar por terminar el bachillerato. [Gonzalo Arango Arias, **Correspondencia violada**, 1980]

**Bibliografía sobre el Nadaísmo**

Andrés Holguín: *El nadaísmo*, en **Antología crítica de la poesía colombiana**, 1874-1974, Bogotá, 1974. Armando Romero: *El nadaísmo y la literatura*, en **Eco**, n° 260, Bogotá, 1983. Carlos Sánchez Lozano: *El Nadaísmo colombiano: epílogo literario del Frente Nacional*, en **Foro**, n° 8, Bogotá, febrero de 1989. Caupolicán Ovalles: *Sobre literatura de la rebeldía*, en **Espiral**, n° 86, Bogotá, 1963. Daniel Samper Pizano: *Nadaísmo, saldo en rojo*, en **Boletín cultural y bibliográfico**, volumen 9, n° 6, Bogotá, junio de 1966. Darío Jaramillo Agudelo: *La poesía Nadaísta*, en **Revista Iberoamericana**, n° 128-129, Pittsburg, 1984. Harold Alvarado Tenorio: *Poesía y Frente Nacional*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, septiembre 25 de 1983. Jaime Mejía Duque: *Reflexiones en torno al Nadaísmo*, en **Arco**, n° 226, Bogotá, noviembre de 1979. JG Cobo Borda: *El escándalo Nadaísta y otros poetas*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2004. Óscar Collazos: *El Nadaísmo*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 1991. Ramón Illán Bacca: *El nadaísmo en Barranquilla*, en **Crónicas casi históricas**, Barranquilla, 1990. Raúl Botero: *Lo que el nadaísmo nos dejó*, en **El Mundo Semanal**, Medellín, 8 de febrero de 1986. Uriel Ospina: *¿Hay en el nadaísmo una postura nacionalista?,* en **Letras nacionales**, n° 21, Bogotá, 1965. VV.VV: *Nadaístas*, en **Mito**, n° 41-42, Bogotá, 1962.

!oh JOHN! que lejos es Londres, como en la Nada.

!oh WISTY! Estoy sin cigarrillos, y sin ti.

Pertenezco más a la vida que a la literatura, y a la hora del JUICIO FINAL me gustará más encontrarme con las mujeres que amé, que con los libros que escribí.

## Gonzalo Arango Arias

*1931-1976*

El nadaísmo fue obra de un solo artífice: Gonzalo Arango Arias, cuando dio por recorrer el país como *gonzaloarango*, el nuevo profeta de una supuesta nueva era. Su vida, como sucede a menudo entre nosotros, es su obra.

Hijo de una pareja de campesinos antioqueños —«blancos pero honrados, honrados pero pobres»—, conservadores y católicos, que tuvieron quince hijos [entre ellos una monja, un comerciante, otro político, un contabilista, dos modistas], de los cuales Gonzalo fue el decimotercero, desde niño sintió el llamado de la gloria y la buscó primero en la política y luego la encontró en el periodismo y la publicidad a través de los escándalos, sacrilegios, quemas de libros y profanaciones que planeó con cabeza fría y a los cuales indujo a sus apóstoles, casi todos hijos de artesanos y desclasados que lo acompañaron y luego abandonaría al descubrir su verdadera vocación: la mística.

Gonzalo Arango Arias nació en Andes, un pueblo de las montañas antioqueñas, en 1931. Su padre era el telegrafista del pueblo y su madre, una matrona dedicada a la crianza de sus hijos y el embellecimiento de las calles y los parques. Hizo sus primeros estudios en el Liceo Juan de Dios Uribe, al lado de Jaime Jaramillo Escobar, conocido durante el furor nadaísta como X-504 y quien es hoy el más grande de los poetas vivos colombianos.

> Era entonces —dice Jaime Jaramillo Escobar— un chico de aspecto delicado, lo más inofensivo del mundo, siempre con un libro bajo el brazo. No servía para jugar al fútbol.
> Le gustaba mucho quedarse haraganeando en el río, disputándoles las guayabas a los pájaros, leyendo a Platón. En ese tiempo la filosofía estaba de moda entre los estudiantes del Liceo Juan de Dios Uribe, en Andes, y además de la filosofía, también estaba de moda entre nosotros la oratoria, y los más aficionados se iban a gritar improvisados discursos al río...
> Gonzalo procuraba siempre apartarse a leer, y construyó un refugio en el solar de su casa, con ayuda de Bernardo Salazar, un compañero de Betulia, interno como yo. Los sábados y los domingos iban a trabajar.
> Como yo tenía un periódico, convencí a Gonzalo de que escribiera un artículo, y lo escribió sobre el Quijote, en el cuarto centenario de Cervantes. Ese es el primer artículo que Gonzalo escribe. También organizamos un centro literario, el Centro Indio Uribe, que era más o menos como los talleres de hoy.
> Después al colegio le cambiaron la teja de barro cocido por páginas de Eternit y dejaron sembrar casas en los terrenos a su alrededor. Pero en los años cuarenta era un bello e imponente edificio solitario en un recodo del río, sobre una breve meseta. A su frente estaba el campo de fútbol, presidido por el busto del Indio Uribe.
> Una mañana encontramos con sorpresa que durante la noche unas fuerzas que no sospechábamos, pero que debían ser las más negras y sangrientas de la historia, habían derribado el busto y le habían separado la cabeza. Era 1948. Empezaba la violencia en Colombia.

Pero el mozo delicado y tierno padece ya el tormento de la carne. Una de sus páginas memorables, una carta a Jotamario incluida en *Correspondencia violada* [1980], recuerda a una profesional del sexo, Rita Machuca, retratada con un realismo digno de un cóctel de Henry Miller con Quevedo y con un trazo y pulso de dibujante de toreros que enriquece nuestra lengua y nos indica desde entonces ese cruce de caminos de su prosa, entre la chabacanería más ramplona y el más estremecedor de los delirios de la mística antioqueña:

> Vivía Rita Machuca en El Cedrón donde tenía un rancho de paja e iban los andinos a hacer sus primeras armas para la guerra y ella bajaba los domingos a surtir y de paso se pegaba unas perras del carajo que paraban con la pobre de culos en la cárcel, y otras veces se les escapaba a los tombos y les gritaba como un ángel exterminador: policías cacorros, coman culo, para coger a la Machuca tienen que comer mucho culo, etc.., dicho lo cual se perdía entre los platanales, o sea en el agro, como diría el agropecuario Manuel Mejía Nadal. Me acuerdo mucho de la Rita porque todos los chicos del pueblo le hacíamos procesión hasta que los tombos la agarraban de patas y manos, cuan larga era, como de dos metros la maldita, de la familia de los sauces llorones o de los ataúdes donde doy la medida de mi muerte. Amén.
>
> La Machuca fue el pecado capital de mi infancia y juventud, no porque la haya encamado, sino por lo mismo: porque todo se me fue en paja recordado su culo. Olvidaba decirte que la Rita, cuando bajaba al pueblo, no usaba calzones para hacerle propaganda a su trasero, la muy puta, que lo tenía muy bello, o al menos a mi me parecía el infierno. Como sabes, mi mamá le había dedicado mi castidad a la Santísima Virgen, pero ella se las arreglaba bien con el telegrafista de Andes, o sea con don Paco, mi padre, que le hizo trece de tacada, uno por cuaresma, sin contar los días festivos y las vacaciones de diciembre.

Una prosa sublimada de las lecturas que había frecuentado en Andes, un poco de Freud, mucho de Vargas Vila, un tridestilado de D´annunzio, Alexis Carrel y quizás de Nietzsche y sin duda una botella completa de a litro de Fernando González.

Parece que por ciertas persecuciones políticas encubiertas y por la violencia desatada en esos años, la familia del futuro iluminado decidió trasladarse a Medellín donde Gonzalo Arango Arias conoce a Fernando Botero y terminará el bachillerato en el Liceo de la Universidad de Antioquia. De inmediato ingresa a la facultad de derecho, pero Arango decide dedicarse a la redacción de una novela en una chacra de propiedad de su padre. Sufría ya de una angustia

crónica y según afirma su amigo de entonces, Alberto Aguirre, «se volvió un promotor de su propia imagen y empezó a decir mentiras» dejándose atrapar por esa «hoja del infierno de la publicidad». Lee entonces en Verlaine, Kafka, Mallarmé y se ve encarnado en Aliocha, el personaje de *Crimen y castigo*, seudónimo que usará luego durante años en sus crónicas para una revista de peluqueros y ahora estilistas.

Por un tiempo Gonzalo Arango Arias trabajará en la agencia de noticias France Press, pero sus actividades más notorias las realiza como empleado y promotor de Gustavo Rojas Pinilla a través del *Diario Oficial*, uno de los cotidianos de la tiranía y como activista del Movimiento Amplio Nacional [MAN], ocupando incluso el nada despreciable cargo de suplente en la Asamblea Nacional Constituyente de 1954 y miembro del Sindicato de Escritores y Artistas, en su gran mayoría compuesto por derechistas y facistoides, que celebraba al General Rojas. El 10 de mayo de 1957, al caer la dictadura, y mientras estaba a la espera de su nombramiento como cónsul de la patria en Ámsterdam, una horda de energúmenos trata de lincharlo en el Edificio Antioquia, donde pulcramente vestido de paño inglés y corbata francesa, tiene que esconderse en un baño público del último piso. Durante unas semanas se esconde en casa de su amigo el poeta Alberto Escobar Ángel, pero luego tiene que huir al departamento del Chocó, se oculta en sucesivas fincas de sus amigos y decide ir a Cali, donde recibe la irradiación final luego de noches durmiendo en parques, oficinas de abogados adictos a la bohemia, hoteles de mala vida y la amistad y los testimonios de Elmo Valencia, el «Monje Loco», sobre la existencia en San Francisco y New York de los poetas *beatnik* y los *angry young men* británicos. Desde entonces sus lecturas insomnes recibirán los ecos y alaridos de Allen Ginsberg, Gregory Corso y Jack Kerouac, tres de los ídolos, junto a Brigitte Bardot de esos sus 25 años.

Pero si fue en Cali donde decidió fundar un movimiento que no dejara una fe intacta ni un ídolo en su sitio, fue en Medellín que pasó a la acción tomándose las calles, los cafés y los parques y en la llamada Plazuela de San Francisco «de la ciudad más pacata de Colombia, eterna primavera de la hipocresía, la asustadiza y cruel y vengativa y corrompida y rezandera, Roma de las rifas y las trampas, regida por

los enredijos de rata del tanto por ciento y el cuánto me debes» quema su escasa biblioteca, su copia de María, de Vorágine, de Carrasquilla, un Quijote, lanza asafétidas a los intelectuales católicos y a las iglesias, comulga sin confesarse, arroja las hostias al suelo, etc., etc.

Gonzalo Arango Arias se transformó luego en un ser apacible y beatífico. Primero fue su encuentro con la monja Rosa Girasol con quien vivió en El Monasterio. Rosa Girasol se llamaba Rosie Smith, era una gringa de New York mayor que el elegido, tenía cuatro hijos y había sido actriz, ceramista, maestra de inglés y amiga y admiradora de Fernando González. Pero su encontronazo definitivo con la divinidad tuvo ocasión en la islita de Providencia donde vio la luz en el rostro de Angelita, una inglesa que le hizo abandonar el nadaísmo y el periodismo. Se disponía a viajar con ella a Londres cuando descubrió la muerte en Tocancipá. Había subastado sus pocas pertenencias y a José Mario Arbeláez regalado su Olivetti Studio 44 de letras cuadradas, con la que había escrito la mayor parte de su obra.

Una obra que ha envejecido prodigiosamente, demostrando cómo era de pobre su prosodia y su sintaxis y su vocabulario. Casi todo suena a discurso de culebrero y en materia de ideas todo raya en la más absoluta ausencia. Quedan algunos reportajes y algunas cartas como piezas de arqueología. La música de la prosa y la poesía de Gonzalo Arango Arias hay que buscarla en otras partes. Y es que Arango Arias «creía en el valor de un escritor cuando su obra lo pone en conflicto con la policía», como había declarado durante su periodo nadaísta.

**Bibliografía de Gonzalo Arango**

**Primer Manifiesto Nadaísta**, Medellín, 1958. **Nada bajo el cielorraso y HK 111**, Medellín, 1960**. Trece poetas nadaístas**, Medellín, 1963. **Sexo y saxofón**, Bogotá, 1964**. Los ratones van al infierno y La Consagración de la Nada**, Bogotá, 1964**. De la Nada al Nadaísmo**, Bogotá, 1966. **Prosas para leer en la silla eléctrica**, Bogotá, 1966. **El oso y el colibrí**, Medellín, 1968. **Providencia**, Barcelona, 1972. **Fuego en el altar**, 1974. **Adangelios**, Bogotá, 1985. **Obra negra**, Buenos Aires, 1993. **Reportajes**, Medellín, 1993.

**Bibliografía sobre Gonzalo Arango**

Alberto Aguirre: *Gonzalo Arango,* en **Suplemento Dominical de El Colombiano**, Medellín, 23 de octubre de 1993. Eduardo Camacho Guizado: *Un nadaísta en la nada,* **Boletín cultural y bibliográfico**, volumen 9, Bogotá, 1964. Eduardo Escobar: **Correspondencia violada**, Bogotá, 1980; **Gonzalo Arango**, Bogotá, 1989. Fernando González: *Gonzalo Arango y el nadaísmo*, en **Magazín Dominical**, n° 153, Bogotá, 2 de marzo de 1986. Héctor Rojas Herazo: *El nadaísmo frente a la desesperanza burguesa*, en **Cuadernos**, n° 80, París, 1964. Jaime Jaramillo Escobar: *Gonzalo Arango, el de Andes*, en **Gonzalo Arango - Pensamiento Vivo**, Medellín, 2000. Jaime Sanín Echeverri: *Gonzalo Arango*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, octubre 4 de 1976. JG Cobo Borda: *El Arca de Noé del nadaísmo*, en **Gaceta**, n° 3, Bogotá, 1980. Juan José Hoyos: *Al derecho y al revés,* en **La Hoja de Medellín**, n° 17, febrero de 1994. Levy Lopera: *Nada bajo el cielo raso. Gonzalo Arango o la nueva oscuridad*, en **Revista Universidad de Antioquia**, n°142, Medellín, julio-septiembre, 1960. María Mercedes Carranza*: Nota sobre el Nadaísmo*, en **Nueva Frontera**, n° 22 - 23, Bogotá, octubre, 1976. William Ospina: *Invocación a Gonzalo Arango*, en **Cromos**, n° 4393, Bogotá, abril 19 de 2002.

## Poema a mi sobrenada

El sobretodo es mi mejor amigo
bebemos vino de consagrar en los viñedos
y nos emborrachamos,
compartimos el amor con las mujeres.
mi sobretodo es sensual y seductor.
en la cárcel era un colchón
en los prostíbulos era un refugio
con las manos hundidas en los bolsillos
que me salvaba del naufragio de los besos baratos.
en el invierno me defendía de la lluvia
y en el verano era una sombra luminosa.
mi sobretodo era una incitación voluptuosa a la pereza,
al calor, al heroísmo, al amor, al invierno.
en los momentos de peligro me hacía pasar por detective
y me daba un aire respetable de gran señor del hampa.
mi cuerpo se pierde en él cuando me persiguen,
en mi buena época del parlamento él hablaba por mí:
silencioso
tímido
elocuente.
ha sido una bella disculpa
para eludir serias responsabilidades históricas.
mi sobretodo es a veces el lecho del amor
en los sitios despoblados de la ciudad
tiene un oculto sabor de pecado prohibido.
mi sobretodo es un gran honor.
tiene más historia que una alfombra mágica.
yo lo consagro como el receptáculo privilegiado
donde algunas mujeres tendieron su columna vertebral
completamente desnudas
de cara al sol o a la noche.
mi sobretodo es testigo de la ternura y el terror.
fue acariciado por manos sofocadas de mujer

y desgarrado por puñales de odio.
mi sobretodo tiene quemaduras de tabaco
y huellas de disparos asesinos
y marcas sospechosas de labios rojos.
yo lo empeño por 8 pesos en los momentos de apuro,
mi sobretodo está saturado de sudor animal
tiene residuos de manchas de sangre y aceite...
sonidos vegetales.
cuando no llueve y hace calor me lo quito
me hundo en la noche oscura y mojada
o me hundo en el día lleno de sol, seco.
mi sobretodo es humano y feo
y todos los domingos guarda en sus bolsillos
la angustia de la semana.

## Caído en el limbo espiritual

Caído en el limbo espiritual suspiro por nuevos suplicios.
Reclútame Señor para la salvación o el terror.
Los ideales que no cambian la vida corrompen el alma.
Esta pureza que cultivo en soledad me da asco.
El espejo ya no me refleja: me culpa.
Dios mío, sálvame de esta paz difunta.
Devuélveme la esperanza y el sufrimiento.
Dame fe en una causa aunque sea perdida.
Dame todo el fuego que sobró de Sodoma,
la sed que incendió tus delirios.
Quiero arder ¡arder!
¡Dame, Señor, la desesperación de creer
y la felicidad de destruirme!



Jaime Jaramillo Escobar en Cali, cuando escribió *Los poemas de la ofensa*.

## Jaime Jaramillo Escobar

*1932*

Cuando X-504 publicó *Los poemas de la ofensa*, que había ganado el año anterior el Premio Casius Clay, solo unos pocos espíritus atentos se dieron cuenta de lo que había sucedido, con sus versos, a la lírica llamada colombiana. Uno de ellos, Guillermo García Niño, prestigioso bardo hoy olvidado, celebró su aparición en una nota de las *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, que dirigía Eduardo Mendoza Varela, otro de los admiradores del poeta, retando precisamente a Gonzaloarango, a valorar los quilates de poesía que contenía el libro. Desde entonces, Jaime Jaramillo Escobar, que ocultaba su nombre bajo una *chapa* de placa de carro, es uno de los más notables poetas de la lengua, un digno camarada de los peninsulares Gil de Biedma, Caballero Bonald o Ángel González.

> Es el más raro de todos los nadaístas —dijo Gonzalo Arango en 1966—, pues trabaja ocho horas al día, cobra quincena, paga impuestos religiosamente; tiene cédula, libreta militar y un certificado falso de buena conducta. Nunca lo han metido en la cárcel porque es muy metódico y ordenado; por fuera no tiene cara de sospechoso, ni de apache, ni siquiera de nadaísta, pues se hace motilar todos los sábados, lee la revista Cromos en la peluquería como cualquier parroquiano que se respete; paga el arriendo [también religiosamente] el último día de mes, y hasta comete la decencia de girar cheques con fondos. Él mismo se embola todas las mañanas antes de salir para el trabajo, y a las 8 en punto marca su tarjeta y le da los buenos días al patrón.

> Almuerza en lóbregos restaurantes para clase media donde no corra peligro de encontrarse con intelectuales, ni con poetas que tengan el desayuno envolatado. No habla mientras come, pero tampoco es glotón. No fuma, no bebe, no asiste a fiestas de intelectuales ni de sociedad. Su vida es, en todo, la de un anacoreta, salvo pequeñas aventurillas eróticas que cumple, no digamos arrojado en los hornos de la pasión, sino para estar a paz y salvo con la naturaleza. Pues hasta en esto del sexo él paga sus «deudas» religiosamente.

Jaramillo Escobar vivía en Barranquilla cuando ganó el premio y nunca cobró los cinco mil pesos que ofrecían. Tenía treinta y seis años, muchos de los cuales llevaba ya trajinados por buena parte de Colombia y varios de los pueblos de su Antioquia natal.

Nacido en Pueblorrico [1932] bajo el signo de Géminis, fue el mayor de seis de los hijos de Amalia y Enrique, un maestro de escuela y una señora ama de casa de Urrao, donde antes de iniciar el bachillerato ya había leído, en la biblioteca de la escuela de su padre y entre los libros de su madre, toda la buena poesía de entonces. Hizo la primaria en una aldea llamada Altamira y luego el bachillerato en Andes, en el Liceo Juan de Dios Uribe, alejado de su familia que había regresado a Urrao, donde se llegaba tomando primero caballos hasta el río Cauca, luego un tren hasta Bolombolo y a continuación un bus de escalera. En Andes conoció a Gonzalo Arango y leyó todos los libros que había en el colegio, porque como no podía ir a su pueblo durante las vacaciones, el rector del liceo le dejaba la llave del plantel y en compañía de un celador cuidaban del lugar. Con tan mala suerte, que antes de terminar el bachillerato le cancelaron la matrícula, teniendo que aceptar el cargo de secretario de la inspección de policía de Altamira, que la guerrilla liberal quiso quemar pero un aguacero repentino impidió el asalto y el poeta en ciernes hubo de irse a Medellín, junto a su familia, como otros más de los desplazados de la violencia colombiana. Para 1953 el poeta estaba trabajando como técnico de las viejas computadoras IBM en la alcaldía de Bogotá y aburrido del frío capitalino se mudó a Cali, donde Gonzalo Arango fue a dar con sus huesos huyendo de los enemigos de Rojas Pinilla. Arango, que viajaba en ese entonces con un joven

y bello Amílcar Osorio, le propuso crear el nadaísmo, movimiento en el cual militó más como figura enigmática que como «compañero de viaje». En Cali Jaramillo Escobar escribió tres de sus principales libros. «Me fui para Cali por curiosidad, porque a mí siempre me ha atraído Cali —dijo a Luis Fernando Macías—. El destino preferido de los antioqueños era el Valle del Cauca. Todo el mundo se iba para Cali, porque allá dizque estaba el diablo». Luego viviría por tres años en Barranquilla, trabajando al lado de Plinio Apuleyo Mendoza. Pasó los años setenta Bogotá, de nuevo en una agencia de publicidad de la cual fue socio con Gabriel Urrea Gómez: *O.P.Institucional Ltda [1970-1982].* Quebrada la empresa, el poeta se fue a vivir con su pobreza a Cali hasta que un gerente del Banco de la República lo invitó, en 1985, a hacer un taller de poesía en la Biblioteca Piloto de Medellín, donde todavía vive y trabaja.

Autor del libro de poemas más notable de la segunda mitad del siglo XX, los otros son *Ritos* [1914], *Libro de crónicas* [1924], *Tergiversaciones de Leo Legrís, Matías Aldecoa y Gaspar* [1925], *Si mañana despierto* [1961] y *Morada al sur* [1963], Jaramillo Escobar concibió y redactó los cuarenta y cuatro desencantados textos de *Los poemas de la ofensa* [1968] a la manera de los versículos bíblicos, con un tono exuberante, rico y sentencioso, tiznado de ironía y quizás como exorcismo a los cotidianos apocalipsis que vivíamos entre el fango de clericalismos y leguleyadas restauradas por el Frente Nacional, cuando cada mañana cientos de hombres y mujeres campesinas eran acuchillados y mutilados, entregados a sus dolientes con sus sexos en las bocas y los vientres abiertos.

Sorprende, entonces, cómo en una sociedad y unas escuelas literarias como las colombianas de mediados del siglo pasado, que entendían, de muchas maneras, el propósito último de los vanguardismos como un elogio del progreso y los llamados avances de las tecnologías, Jaime Jaramillo Escobar decidiera ignorar los lenguajes del presente y navegar por las aguas arriba de las edades eternas, haciendo de los ritos y sus movimientos, la forma de su poesía. *Los poemas de la ofensa* es un libro en el cual predominan los temas eternos a la búsqueda de un presunto destino a la existencia, con un desencanto y sarcasmo encarnados en

parábolas y simbolismos que dan cuerpo y dejan entrever una visión maldita del hombre, esa criatura deplorable, peligrosa víctima de sus propios engendros del mal, los crímenes y las guerras. La muerte, en últimas, como lo más banal y cotidiano de nuestra existencia, porque de lo que se trata verdaderamente en la vida es de la carne y del espíritu, es decir, del cuerpo, donde se suman y se restan todas las posibilidades del poema, allí donde yace su origen y su fin. Un largo recorrido por las apariencias de la muerte y los males del hombre culminan en los poemas de Jaramillo Escobar, los de ayer y los de hoy, en la celebración de la carne y sus lenguajes.

Desde los *Poemas de la ofensa*, hasta sus libros más recientes, así su decir se haya ido extendiendo hasta llegar casi que a una narrativa de juglar, los argumentos que han interesado a Jaramillo Escobar bordean zonas como el regusto por lo mórbido, la vida errante y marginal, los climas tropicales, la exaltación de los comportamientos y formas de la belleza de la raza negra y la burla y el sarcasmo de las pasiones eróticas. Los decorados de estos asuntos serán unas veces lugares de miseria y ruina, abandonadas estaciones de ferrocarril, viejas y empolvadas y mugrientas oficinas estatales, prisiones, remotas playas paradisíacas y calurosos lugares de la selva y el mar Pacífico, que en comparación con aquellos lugares citadinos, ofrecen al poeta una comunicación directa con el corazón y la medula de la poesía.

> Este hombre ordenado y tímido —ha escrito J.G. Cobo Borda—, surgido en medio del apocalipsis nadaísta, se ha convertido así, paradoja última, en el autor de una obra que sin renegar del nadaísmo lo prosigue a un más alto nivel y a la vez más profundo: el de la auténtica poesía.

**Bibliografía de Jaime Jaramillo Escobar**

**Alheña & azúmbar**, Medellín, 1988. **Extracto de poesía**, Bogotá, 1982. **Los poemas de la ofensa**, Bogotá, 1968. **Poemas de tierra caliente**, Medellín, 1985. **Poemas principales**, Valencia, 2001. **Sombrero del ahogado**, Medellín, 1984. **X-504, poeta**, selección y traducción: Paulo Hecker Filho, Porto Alegre, 1987.

**Bibliografía sobre Jaime Jaramillo Escobar**

Andrés Holguín: *Jaime Jaramillo Escobar*, en **Antología crítica de la poesía colombiana**, Bogotá, 1979. Darío Jaramillo Agudelo: *Jaime Jaramillo Escobar*, en La poesía nadaísta, **Revista Iberoamericana**, n° 128-129, Pittsburg, 1984. Gonzalo Arango Arias: *El poeta X-504 un artista con placa de carro*, en **Cromos**, Bogotá, n° 2538, mayo 23 de 1966. Joaquín Mattos: *Escolios a la poesía de Jaime Jaramillo Escobar*, **Boletín cultural y bibliográfico**, n° 10, Bogotá, 1987. JG. Cobo Borda: *Jaime Jaramillo Escobar*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2003. Juan Liscano: *El acto poético de Jaime Jaramillo Escobar*, **El Nacional**, Caracas, septiembre 5 de 1983. Óscar Collazos: *Jaime Jaramillo Escobar*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 1991.

## Yairo contra mi ingle

Mi cuchillo debajo de mi vestido, su vaina contra mi ingle.
Las flores de tu jardín temblaban en sus tallos.
Miré tus ojos junto a la reja. Dijiste: —"Me vas a matar".
Te precipitas sobre el timbre.
Se enciende la luz detrás de los cristales.
Te escondes en tu alcoba.
Mi cuchillo piensa: El amor y la muerte
duermen juntos a los quince años.
Tu sangre corriendo por mis manos entre el pulgar y el índice.
Resurges mágicamente cuando el relámpago
acuchilla el firmamento.
Hoy eres un presidiario, pero yo compuse un
libro de amor en honor a tu adolescencia.
"El libro de Yairo" fue quemado y el
humo subió derecho al Cielo,
pues era el sacrificio del puro Abel a su perverso dios.
En las noches de invierno te veo correr
por la hierba húmeda, descalzo.
Hace diez años yo era un charco de amor en el invierno.
Tú chapoteando en las charcas en octubre.
Muchachos desnudos jugaban pelota en
el campo de hierba mojada.
Tú preferías correr y mirar por los corredores.
¡Ay mi cuchillo!

El poeta dice:
Si de un amor queda un poema está muy bien:
eso indica que nos conmovió;
pero si no queda nada tanto mejor:
eso indica que no nos dejamos conmover.
Ay, pero él es tan sólo un poeta; no un amante.

## La búsqueda

El enamorado busca su amor aún allí
en donde sabe que no está,
como el aventurero busca su tesoro aún
allí en donde no se encuentra,
y así como el hombre busca a Dios en toda
parte y lugar sin hallarlo nunca,
aun apostado esperando en los huecos de la esquina
de la sala, por donde salen los ratones,
y muere con la sonrisa de quien no
encontró nada pero buscó mucho,
hasta morirse.
Así yo he venido hoy domingo y te espero
sentado en un pedazo de sol.
Días y noches de búsqueda por los más ignorados lugares,
preguntando en altas casas desde cuyos umbrales
se divisa a lo lejos la ciudad entre la bruma,
con el objeto de obtener un dato, una pista para
seguir tu rastro y dar con el lugar de tu paradero,
oh tú, por quien el pastor daría sus
noventa y nueve ovejas restantes.
Aquí pongo a secar al sol los paños de mi angustia más íntima.
Buscadora de ausentes mi soledad quiere
comerse su propio amargo vientre.
Y hoy domingo busco en tu nombre antiguo
y en tus ojos asiáticos el tiempo,
mientras los siglos pasados me levantan, con
peligro de Dios, en brazo inmenso.

Pero tus bellos ojos no aparecen... y me voy a cansar.

## El deseo

Hoy tengo deseo de encontrarte en la calle,
y que nos sentemos en un café a hablar largamente
de las cosas pequeñas de la vida,
a recordar de cuando tú fuiste soldado,
o de cuando yo era joven y salíamos a recorrer juntos
la ciudad, y en las afueras, sobre la yerba, nos echábamos
a mirar cómo el atardecer nos iba rodeando.
Entonces escuchábamos nuestra sangre
cautelosamente y nos estábamos callados.
Luego emprendíamos el regreso y tú te
despedías siempre en la misma esquina
hasta el día siguiente,
con esa despreocupación que uno quisiera tener toda la vida,
pero que sólo se da en la juventud,
cuando se duerme tranquilo en cualquier
parte sin un pan entre el bolsillo,
y se tienen creencias y confianzas
así en el mundo como en uno mismo.
Y quiero además aún hablarte,
pues tú tienes dieciocho años y podríamos
divertirnos esta noche con cerveza y música,
y después yo seguir viviendo como si nada...
o asistir a la oficina y trabajar diez o doce horas,
mientras la Muerte me espera en el guardarropa
para ponerme mi abrigo negro
a la salida,
yo buscando la puerta de emergencia,
la escalera de incendios que conduce al infierno,
todas las salidas custodiadas por desconocidos.
Pero hoy no podré encontrarte porque tú vives en otra ciudad.
Mientras la tarde transcurre
evocaré el muro en cuyo saliente nos sentábamos
a decir las últimas palabras cada noche,
o cuando fuimos a un espectáculo de lucha
libre y al salir comprendí que te amaba,
y en fin, tantas otras cosas que suceden...

## El rey Darío

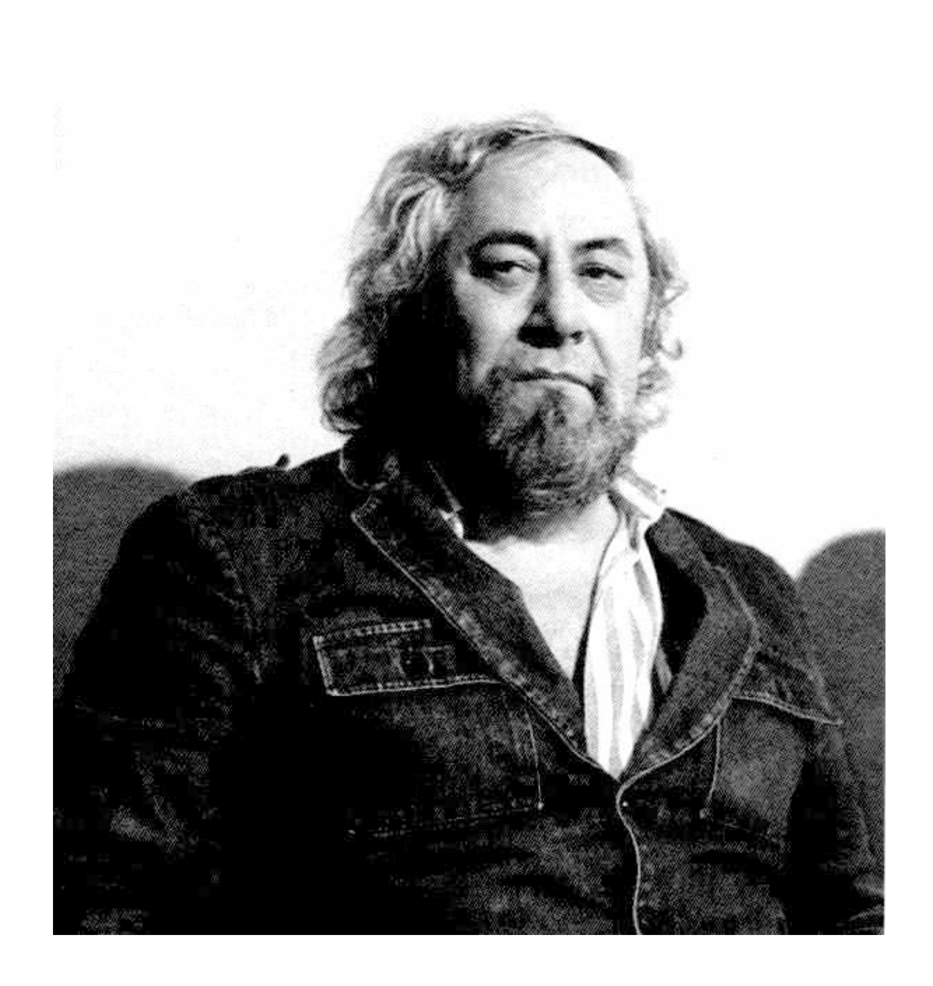
Darío era pequeño,
con un gran billete de cien en el bolsillo,
y poseía algunos de los más bellos
potros brillantes de la ciudad,
sobre los que se sentía tan grande como su billete de cien.
Darío poseía un anillo, reloj y cadena de oro
[la cadena brillando sobre su pecho],
pero Darío no ofendía a sus amigos,
simplemente se mostraba entre ellos,
todo constelado y adorable con su pequeña estatura,
como una estatuilla modelada y adornada
por la perfección del arte antiguo,
con sus quince años bien formados y
su agilidad propia y natural.

Yo en mi retiro de las montañas, cuando me alejaba del Liceo,
me pasaba todo el invierno recordándolo
entre sus ademanes de oro,
como un icono en su santuario,
rodeado de todos sus compañeros que lo amaban,
y entre quienes él repartía sus sonrisas como monedas.

Después transcurrió un lustro durante
el cual no lo volví a ver más,
pero en mi memoria seguía conservando sus quince años
y sus pantalones ajustados cuando me
daba la mano para despedirnos,
su mano de corazón bajo los ceibos y los almendros del parque.
Mas luego lo volví a ver,
perdida la infantil vanidad,
haciendo su carrera de hombre,
elemental como un potro desbocado.

Poco después, en un camino,
una alambrada de cuchillos detuvo su carrera
por una mujer.
El pavor del puñal entrando veloz en su pecho
como el rayo de Jehová en el becerro de oro
que había profanado la virginidad de una hija de Israel.

Amigos:
La noche y yo medimos nuestras varas de espanto.
Dios es una estridente carcajada seguida
de un profundo silencio.



## Mario Rivero

*1935-2009*

Una de las deleznables imposturas de cierta crítica interesada es la supercherría de hacer de Mario Rivero[1], primero un poeta, luego el autor de «uno de los más bellos libros de la poesía colombiana», y de contera y por adelantado, sostener que con su primera extravagancia, titulada, impunemente, setenta años después de Baudelaire, *Poemas urbanos*, habría cambiado la lírica en Colombia. Ya veremos por qué no hay tal. Rivero fue «el propietario de la única empresa cultural y poética que deja utilidades en plata, *Golpe de dados*»**, y fue en ella, precisamente, donde la ilimitada obra del trovador antioqueño fue publicada y reeditada, sino extensamente celebrada. Rivero hizo de** *Golpe de dados* la mejor tribuna de su gloria y el más dilatado pedestal de su estatua: circuló casi cuarenta años.

Mario Rivero, seudónimo de Mario Cataño Restrepo, fue uno de los mitómanos de la farándula colombiana, cuya vida, más que su «obra poética», amerita una novela, o una biografía como la que hizo Fernando Vallejo de Barba Jacob, con quien Cataño tiene más de una analogía. Nacido, al parecer, en Envigado, la patria de Pablo Escobar; hijo de un obrero de una fábrica de telas, recorrió, como correspondía

1. En Argentina hubo un poeta y cantor de tangos con el mismo nombre, Mario Rivero, nacido en 1913. Desde muy joven se radicó en Montevideo y allí desarrolló sus actividades de autor teatral y de radioteatro, etc. Creador de una serie de comedias teatrales en las que se incorporaban tangos lo llevó a ser el autor de «Muchachos que peinan canas», entre otros que realizó junto a Donato Racciatti.

a un típico vástago de la Antioquia pendenciera, todos los caminos del calvario hasta llegar al monte de los Olivos de la fama y la fortuna. Según todas las malas lenguas, Cataño habría sido veterano de la guerra de Corea, trapecista de circo y domador de elefantes, contrabandista y vendedor de refrigeradores, enciclopedias y colecciones de premios Nobel, cantante de tangos en el bar Manhattan de Mario Vélez y El Rosedal de doña Blanca Barón, «manager» de boleristas, empresario e inventor de hojas de vida de toreros, locutor de radio, marchante de obras de arte, «crítico» de arte, vendedor de esmeraldas, cambista de moneda extranjera, avicultor, técnico en maquillaje de estrellas y gigoló de viejas damas de los radioteatros de la capital de Colombia, aparte de un consuetudinario enamorado de las secretarias de las oficinas de los abogados de la Carrera Séptima, a quienes habría conquistado con un método tremendamente eficaz: medio pollo asado y un par de zapatos de tacón alto de los almacenes Ley.

> Mario, cuando estaba chiquito —escribió en un reportaje Gonzalo Arango Arias— dejó la escuela pública para trabajar de obrero en Rosellón. Después se aburrió de trabajar y se dedicó a vivir. En el bello sentido de la palabra es un gran "vividor". [...] Cuando lo conocí me dijo que se llamaba "Mario del Rivero", que era argentino, más exactamente cantante de tangos, y que acababa de regresar de una gira triunfal por Europa y París. Como yo era bachiller y existencialista, le pregunté por Sartre en francés, y él me contestó cantando un tango de Gardel, ese que dice: "Che madame que parlás en francés"... y con eso se salió del lío. Entonces supe que Mario no sólo era un "vividor", sino también un impostor y un poeta milongo, bailongo y tanguero. [...] Así fue como lo conocí. Después lo seguí viendo en circos ambulantes, esos de carpa, donde hacía "extras" de galán joven, acróbata, levantador de pesas, prestidigitador, fakir, recitador. Combinaba su estrellato de barrio bajo con líos sentimentales que, por pasarse del límite, lo encerraban en la cárcel de La Ladera inculpado de seductor, secuestrador y falsas promesas. Yo creo que cantando tangos o recitando poemas de Asunción Silva, este avivato lograba evadir la culpa y el presidio. [...] Como tenía una memoria prodigiosa se aprendió

> varios discursos y emprendió una gira de conferenciante por los pueblos de Antioquia, ofreciendo veladas culturales donde alternaba las ideas estéticas, las recitaciones románticas, y el tango milonguero. Entre los discursos de Maya había uno de coronación, y de él vivió dos años, pues se hacía contratar en los pueblos para coronar la reina del civismo, de la bondad, de la cebolla, del huevo. Sólo tenía que cambiar el nombre de la reina que coronó Rafael, por la de turno. Todo esto lo hacía con candorosa inocencia, con genial inocencia. Aún no había escrito sus primeros versos, pero ya era un poeta; el poeta épico de su propia vida. Pues este joven se defendía de la miseria con las uñas, con la poesía de otros. En su feroz batalla por subsistir legitimaba todas las armas. Su mayor triunfo, creo yo, es haber sobrevivido a las adversidades y tentaciones de una existencia conformista. Pero la naturaleza y la raza lo habían dotado de una prodigiosa imaginación que usaba contra la penuria y los límites. [...] Hace ocho años se sintió frustrado en Medellín y vino a probar "fortuna" a la capital. El hambre y la soledad lo arrojaron en las tinieblas de la poesía y se operó en él una conversión. Pasó del infierno de la imaginación al de la creación, y se volvió poeta con sus propias manos.

Adscrito al nadaísmo, que luego aborrecería, Cataño Restrepo publicó en 1966, en lujosa edición, un cuaderno con sus escritos titulado *Poemas urbanos*, con una prosodia, sintaxis y vocabulario extraídos de sí mismo que pretendía representar el mundo citadino de entonces. Un lenguaje que por lo ordinario y banal, pretendidamente proletario [¿cuál será el lenguaje de los proletarios?], es la antítesis de cualquier poema. No ha existido nunca, en ninguna lengua, poesía a partir de la trascripción llana y ramplona del habla. Ninguna germanía fue por sí sola, sin la intervención de los poetas, obra de arte. La escritura de Cataño Restrepo es puro y simple realismo socialista: sus personajes son pobres diablos, gente fea y triste, las víctimas del Frente Nacional, que por ello, no se mudan en poesía, así sea poesía lumpemproletaria. Y sin ideología, pues ni ellos ni su creador la tienen.

Lo cierto es que cuando Mario Rivero publicó su primer libro, hacía cinco años que Jorge Gaitán Durán había publicado *Si mañana despierto* y siete de la aparición de *La vida cotidiana* de Eduardo Cote Lamus, y solo faltaban dos para que se recogieran en libro los espléndidos y esos sí revolucionarios poemas de Jaime Jaramillo Escobar, conocido entonces como X-504. Dos de esos libros, el de Gaitán y Jaramillo, hicieron trizas las tradiciones, tanto formales como ideológicas, de la poesía en Colombia. La insistencia en querer ver en las mecanógrafas, gamines, banqueros y empresarios que aparecen en los «poemas» de Rivero a los sujetos, *per se*, de una nueva lírica que se opondría a las visiones y tonos de Gaitán y Jaramillo, demuestra la ignorancia, o la mala fe, de los comentaristas de libros de entonces.[(2)] Porque leídos hoy, con casi diez lustros encima, los *Poemas urbanos* no resisten una segunda lectura. Ayer como hoy son en su mayoría mediocres, nada dicen, usan un pobre español. ¿Por qué pensó Rivero que para celebrar la miseria y la mezquindad de la existencia había que ser avaro con el lenguaje? Más que narraciones, estos textos son caricaturas. En esos «poemas» de Rivero, como en casi toda su obra posterior, escasea el tono, la voz que como de un dios crea la vida en los textos. Cobo Borda ha dicho que esos «poemas» se han ido «descascarando» con el paso del tiempo. ¿Qué otra cosa son esos domadores de pájaros, obreras de quince años que van al Parque Nacional, unos astronautas, otras secretarias aburridas, y esos tipos parados en las esquinas mascando chicle, sino caricaturas? ¿Y qué decir de esa extravagante serie de vietnamitas de Rivero dignos de la tradición de la pobreza que habla Cobo Borda?

---

2. En justicia, se podría decir que los inventores del «poeta» Mario Rivero son María Mercedes Carranza, Darío Jaramillo Agudelo, Nicolás Suescun y Hernando Valencia Goelkel, miembros todos del mudo y sin voto «Comité de Redacción» de la revista *Golpe de dados*, junto con la siguiente y despampanante nómina de ausentes y difuntos, compuesta por Álvaro Mutis, Aurelio Arturo, Danilo Cruz Vélez, Eduardo Carranza, Eduardo Escobar, Federico Díaz Granados, Fernando Arbeláez, Fernando Charry Lara, Giovanni Quessep, Héctor Rojas Herazo, Jaime García Mafla, Jorge Guillén, José Emilio Pacheco, José Luis Díaz Granados, Jotamario Arbeláez, Juan Gustavo Cobo Borda, Juan Manuel Roca, Manuel Mejía Vallejo, Pedro Gómez Valderrama, Ramón de Zubiría, Rodolfo Alonso, Rogelio Echevarria y Rubén Sierra Mejía.

## Golpe a golpe

**La revista de poesía "Golpe de Dados" ha cumplido una hazaña pocas veces lograda: 22 años de circulación ininterrumpida y la entrega puntual de 130 números, que han dado cuenta de lo más importante del acontecer poético de Colombia, América Latina y el resto del mundo.**

**Suele ocurrir con esta clase de empresas que su financiación es siempre incierta y por ello claudican. No es el caso de "Golpe de Dados" pues su director, el poeta Mario Rivero, ha contado con algunos patrocinios de la empresa privada y cuando éstos –como es frecuente– no llegan o no alcanzan, no ha vacilado en cubrir el faltante con recursos de su propio bolsillo, para cumplirles a los lectores. Debido a esta circunstancia presentamos disculpas por la desafortunada información que dimos en la "Página indiscreta" del pasado *Catálogo cultural*: no son los autores publicados quienes costean la revista, sino el mismísimo poeta Rivero.**

El Tiempo, miércoles 2 de noviembre de 1994

Lastimosamente casi nada queda de la obra de Rivero, recogida en más de una docena de libros. Un «poeta» que pretendió hacer el retrato de su tiempo a través de los hombres y mujeres silenciosas que recorren las metrópolis contemporáneas, o están recluidos en las prisiones de sus habitaciones, o venden toda clase de objetos en las calles, o tragan el fuego de su miseria, o cosen atadas al pedal de una Singer o mueren en las calles en plena juventud. Pero ni la señorita Betty, ni Saulo Salinas, ni Irma la Dulce, ni el Tío Ho Chi Min, ni Ernesto Guevara, ni Bonny & Clide o Gertude Stein viven en sus «poemas». «Fotos y postales callejeras —ha dicho Cobo Borda— que narran lo que pasó, lo que está pasando, lo que ya dejó de existir, efímeras como un periódico». Porque lo que circula en sus libros son los despojos de la lengua, un español atropellado y caótico, sin voz ni música. Sus textos son su más grande derrota.

**Bibliografía de Mario Rivero**

**Poemas urbanos**, Bogotá, 1966. **Noticiario 67**, Bogotá, 1967. **Vuelvo a las calles**, 1972. **Baladas sobre ciertas cosas que no se deben nombrar**, **Cúcuta, 1973. Poesías varias, en** *Golpe de Dados,* revista de poesía, Bogotá, 1970 hasta el presente.

**Bibliografía sobre Mario Rivero**

Darío Jaramillo Agudelo: *Mario Rivero*, en **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 1991. Jotamario Arbeláez: *La vida es un tango*, en **Casa de Poesía Silva**, nº 3, Bogotá, 1990. Juan Manuel Roca: *Nuestros asuntos*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, 11 de junio de 1995. María Mercedes Carranza: *Mi poesía es un crimen*, en **Nueva Frontera**, nº 123, Bogotá, 1977. Miguel Méndez Camacho: *Mario Rivero vuelve a las calles*, en **Casa de Poesía Silva**, nº 3, Bogotá, 1990.

## La Esperanza

La muchacha de verde, la putita vestida de verde,
brillante como el verde de una pradera en el sol del verano,
la del antifaz. La muy solicitada bailarina.
La más acariciada bailarina de las que
bailan en esta mascarada,
pidiendo oídos dónde verter palabras…

Y yo sentado en un rincón mirando. Mirándola
bailar primero con un hombre, y luego con el otro.
Bailar con miles de hombres. Hasta que me pregunto:
¿No oís ese sonido estruendoso y desolador,
de lo que acontece afuera,
que también forma parte de la música?
Bailarines: parad de bailar con La Esperanza.

## La balada de los hombres hambrientos

Los hombres hambrientos tienen oro
casas con retretes de mármol
y vestidos suntuosos
Pero no pueden matar el hambre y la sed
del tigre de sus ojos
Los hombres hambrientos son
en alguna forma hermosos
Por una magia mortal y execrable
sus oídos se han vuelto sordos
Pero los hombres hambrientos simulan oír
y pagan bien a los cantores
Pregonan una extraña desesperación
han perdido el recuerdo de los humanos olores
caminan para buscar un aroma imbuscable
el de los tallos de las flores muertas y de los pétalos podridos
el olor que al mismo tiempo es
el olor de la muerte y el olor del nacer
Se cubre de moho el corazón
de estos hombres hambrientos
Se entrecruzan a la deriva
No se ven
Son muchos en movimiento
Sus mujeres lavadas en agua de caros perfumes sintéticos
adustas acechan también
aquel olor que alcanza los huesos
Si levantan las cabezas hacia cosas más altas
no distinguen otra cosa que el viento
Remeros esclavos en un gran bajel de oro
van los hombres y mujeres hambrientos…

## Un habitante

Este hombre no tiene nada que hacer
sabe decir pocas palabras
lleva en sus ojos colinas
y siestas en la hierba.
Va hacia algún lugar
con un paquete bajo el brazo
en busca de alguien que le diga
"Entre Usted"
después de haber bebido el polvo
y el pito largo de los trenes
después de haber mirado en los periódicos
la lista larga de los empleos.
No desea más que donde descansar
uno por uno sus poros.
Hay tanta soledad a bordo de un hombre
cuando palpa sus bolsillos
o cuenta los pollos asados en los escaparates
o en la calle los caballitos
que fabrica la lluvia feliz.
Y dentro, en la tibieza
las bocas sonríen a la medianoche
algunos se besan y atesoran deseos
otros mastican chicles
y juegan con sus llaves
crecen los bosques de ídolos
y el cazador cobra su mejor pieza.

Abril ha llegado ¿Y cómo no decir qué es cruel?
Hay flores [aunque no lilas] como para partir el corazón.
Esa otra amapola de carne y sangre que es el corazón.

Hay flores de mil colores en las ventanas,
sobre los canteros,
corolas en las aguas que corren y en las aguas estancadas,
y corolas en los remolinos de las aguas.

Incendia el rojo de los geranios contra la pared,
y ese incendio rojo me hace daño, envejezco.
Ya no soy aquel hombre de antaño,
y sin embargo, me inclino para oler las violetas.

## Balada de la Badillo

Aquí vivió Aracely Badillo
a quien el pueblo todavía recuerda.
Siempre se ha de recordar a la Badillo
—que supo ser lo que era, para ellos—
Otras mujeres después han llegado
en busca de su sitio, y su cetro,
pero ninguna como esta Aracely
en las artes del amor, suprema.
"Viva México" decía el letrero de luces
de su burdel de cinco estrellas,
que conquistó un lugar de honor
en los reinos de la carne y el sol,
de la historia no escrita del pueblo.
Una casa de cinco ventanas
y una cara de mujer detrás de ellas.
¡Pero ninguna como Aracely
en el tiempo que vuelve y no-vuelve!
Pocas colegas suyas, llegaron,
a sacar tal partido, como ella,
de aquel botín de humillados corazones
—y algunos de entre ellos de clase primera—

Más, como si sólo le hubiese faltado,
para su triunfo y alivio postreros,
para apaciguar cualquier apetito,
—o porque sus dones requerían
de alguna fama todavía más ruidosa—
quiso acostarse con la muerte.
Y es que ninguna bella vivió tan poco
como esta Aracely Badillo
que saboreó su minuto de vida a lo loco.

Sin más parientes que sus pupilas,
ni más amigos que el dinero,
de su corazón de golondrina
nadie pudo agotar su misterio.
"Enséñame a ser feliz" les decía a todos
cuando se acostaba con ellos.
Se ahorcó con la colcha de su cama
un domingo de sol, polvoriento,
por razones que nadie encontró,
—y cómo si sólo muriera de aburrimiento—.
Y la enterraron sin bendición y sin lutos
en lo alto de la colina, bien lejos
de los que se deleitaban con ella.
¡Ay! Qué ninguna bella vivió tan poco,
como esta Aracely Badillo / que vivió su vida a lo loco.

## El legado

Si en algún mundo extraño del año 3000
uno como yo viviera
esto es lo que salvaría para él
—antes de que se me escape, a prisa
de todo lo que tuve en la tierra…
Aquella primera madrugada que abrió su párpado rosa
sobre los dos en 1960.
Un disco "Strangers in the night" cantado por Sinatra
con su voz turbia, amanecida.
La última foto de Guevara muerto sobre la alberca en Camirí
con su tenue sonrisa de todo-está-perdido.
2 ó 3 cantos de Anacreonte —porque son locura—
El rojo y el verde los colores por los cuales según Van Gogh
se podría cometer un crimen.
El olor picante de la leña en la chimenea.
La música de un organillo callejero.
Un gato que se desperezа.
Y el fragor de este oleaje que rompe contra la arena muda.

Si en algún mundo extraño del año 3000
uno como yo viviera
esto es lo que salvaría para él
de todo lo que tuve en la tierra…



## Amilkar-U

*1940-1985*

Es poco y fragmentario lo que sabemos de la vida de Amílcar Osorio Gómez [Santa Rosa de Cabal, 1940-1985], el más sofisticado y erudito de los poetas del nadaísmo.

Hijo de una pareja de antioqueños pobres, Don Rubén Osorio, sacamuelas de plaza de mercado, y Doña Elvira Gómez, ama de casa, nació en uno de esos pueblos de la colonización antioqueña en el Valle del Quindío, de extendidas plantaciones de café, casas de bahareque con patios cercados de chambranas, puertas zapotes y lavandas asediadas de araucarias con las nieves perpetuas del Ruiz, Santa Isabel y Santa Rosa como telón de fondo.

Amilkar-U debió estudiar en el Colegio Mayor de los Padres Lazaristas, cuando Santa Rosa de Cabal tenía una gallera, dos billares, tres boticas, una dentistería y el periódico no se publicaba porque el dueño había permutado la imprenta por un tren de juguete. El Seminario, con unos doscientos alumnos y medio centenar de hermanos vicentinos venidos de Francia y España, infundía en los chiquillos la vocación de servicio, a Dios y a los hombres, a través de los oficios manuales y la oración. Allí aprendió francés e italiano y los frisos del latín y griego que lució desde la juventud.

Empujado por la pobreza, dio con la belleza de su pubertad en el Seminario San Juan Eudes de Jericó donde conoció, siendo su caudatario, a Augusto Trujillo Arango [Santa Rosa de Cabal, 1922-2007], Doctor en Teología de la Universidad Católica de Washington, muy afecto a John

McNamara, a quien el poeta debe, en buena parte, su fervor por el inglés, los seres de su mismo género. Solo a los veintiuno, merced a los buenos oficios de la escultora judía Feliza Bursztyn [Bogotá, 1932-1982], que acababa de perder a Jorge Gaitán Durán, el gran amor de su vida, disipó su flácida virginidad teniendo trato con primera hembra. Bursztyn, ocho años mayor que él, murió en París huyendo del gobierno de Julio César Turbay Ayala que la acusaba de un delito que nadie conocía. Un jueves a las cinco de la mañana, dieciocho encapuchados irrumpieron en su casa, le vendaron los ojos, desmontaron su cama creyendo que era un mortero, encontraron una pistola inservible y comenzaron, en unas caballerizas donde tenían también a otro poeta de ochenta años, desnudo y vendado, a interrogarla sobre «los polvos perdidos» de que había hablado, a gritos salpicados de obscenidades, en la mansión de uno de los más conspicuos *Caballeros de la Orden de Malta*, Don Ignacio Chávez Cuevas, director del Instituto Caro y Cuervo.

A mediados de 1957, meses después del derrumbe de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, atormentado por Bretón, Capote y François Sagan, perdió el quinto año de bachillerato, lo expulsaron del seminario, mientras su familia se muda a Medellín, donde ataviado de existencialista parisino, con trajes oscuros y pesados abrigos de invierno frecuenta El Metropol, un tugurio de camajanes, adictos y rateros cercano a la heladería Santa Clara, donde encontró a Fabio Raigoza, «bello como una puesta del sol», y con Alberto Escobar, Guillermo Trujillo y Gonzaloarango crearon el nadaísmo.

Al año siguiente, desatendiendo una plaza de maestro de escuela que un político le había ofrecido, con Gonzaloarango, que le vendía como el Jean Genet tropical mientras lo arrastraba por La Playa y Junín con una cadena de perro al cuello, iniciaron una gira que debió llevarles a Popayán propagando la buena nueva del Nadaísmo, pero terminó en Cali, con un paréntesis en la cárcel de Manizales, por tres meses, viviendo sobre una estera cundida de bichos en la *Pensión Estación*, de X-504. Amilkar-U leyó entonces, entre anhelos y deseos producidos por la hambruna, cincuenta libros de místicos y orientales de la biblioteca de Jaramillo Escobar.

Desalentado por el machismo y el misticismo de Gonzaloarango —vigilaba sus encuentros con Michael, un niño de ojos azules hijo de Possie Smith [*Rosa Girasol*], la entonces concubina del profeta—; obsesionado por el chismoso transgresor que frecuentaba los bares de la *3rd Avenue* como estrella del *New Yorker* y de quien había leído *Other Voices, Other Rooms* —cuyos personajes habitan un desván como bisutería cubierta de polvo que al soplar reluce como oro revelando marchitos secretos— y la jovencita de la *Nouvelle vague* autora de la *Bonjour tristesse* que llevaba siempre bajo el brazo, Amilkar-U decide marchar a los Estados Unidos siguiendo el ejemplo de Malgrem Restrepo, otro de sus conocidos de entonces.

Reneé Frei, impía fumadora de tabacos con cuerpo de boxeador, y su mimado, el joven poeta David Howie, lo llevaron hasta San Francisco, donde viviría por varios años frecuentando vates y budistas como Allan Watts, John Sirio, Steve McCormick, Leek Cong, Dan Hall, John Hiebaut, Jim Tylor y Gregory Corzo. Luego, en New York trató a Allen Ginsberg, Peter Orlovsky, Bob Dylan y Brendan Behan, con quienes coincidió más de una vez en los corredores y bares del Hotel Chelsea, donde iba en compañía del mafioso antioqueño Bernardo Fernández Mesa, propietario de un colosal *loft* en el Flatiron de la Quinta con Broadway, muy adicto a la entrepierna de las adolescentes de Balthasar Kłossowski de Rola.

Así vivió por años en Estados Unidos hasta la noche que, haciendo gala de sus pericias con «el camino de la mano vacía, en un bar de maricas de New York decidió emprenderla contra un grupo de locas y travestis, que ofendidos, llamaron a la policía para defenderse de sus furias: *no iban ellas*, preciosas damas del *Greenwich Village*, habituales de *Studio 54* y *Crisco Disco* en el *408 West 15th Street*, irlandesas e italianas, *a dejarse intimidar de semejante morsa descompuesta*. Tres patrullas de la policía se estacionaron en la puerta de la discoteca, sacaron a empeñones al poeta, pidieron sus documentos y como no los tenía y llevaba más de una década como ilegal procedieron a repatriarlo. De nada valieron las gestiones de la escultora judía. Entre un grupo de amigos pagaron los boletos de vuelta para su amante olmeca, Efrén Mendoza, y de él, que regresaba a Medellín convertido

en el poeta que circula en *Vana Stanza* y *El yacente de Mantegna*, pero sin duda, el mismo que había deslumbrado al cotarro con *La ejecución de la estatua* y *Súbete todo en mí* o *La frente cubierta por el cabello.*

Sin que pueda explicarse más que por su trato con Monseñor Trujillo Arango en Jericó o sus heteróclitas lecturas de juventud, Amilkar-U tuvo fama de erudito en lenguas y en teorías literarias. Una de ellas, que partiría de opiniones de Rubén Darío y Edgar Allan Poe, sostenía que la poesía solo existe en concordancia con la melodía, correlación rota a partir de la aparición del comercio como origen de toda riqueza. La poesía, la música, la pintura y la danza habrían sido instrumentos, herramientas de las liturgias primigenias, unas veces de carácter moral, otras, sagrado. Historias fijadas en la memoria colectiva merced a las repeticiones, aliteraciones, juegos de palabras y rimas que la imprenta creyó obsoletas y que, el capitalismo salvaje, ignorará hasta hacerlas automatismos de la vanguardia y el *nouveau roman*, con sus variantes del *méta-roman*, *roman du soupçon*, o la italiana *scuola dello sguardo.*

Se sabe que en plena juventud propuso a uno de sus compañeros de viaje el reto de ocupar cinco holandesas sobre una lata de sardinas. El desafiado creyó que se trataba de asociaciones o variantes de textos sobre peces o litorales, Melville o Hemingway, pero no, «se trataba de contar el objeto sin apartarse de su física sombra, de su escueta realidad. Amílcar gustaba de hacer estos ejercicios, parodias de los novelistas de moda describiendo con minuciosidad un muro gangrenado, registrando las estrías de cada ladrillo, recobrando la luz exacta del día con una prosa que era el silencio y la verdad de un mundo sin efugios del corazón.»

Amilkar-U creía también que la lectura en voz alta solo hace viva la letra del poema evocando imágenes, conceptos, experiencias que yacen en el fondo de la memoria colectiva de cada oyente. Las artes literarias de su presente necesitaban de la voz para combatir las nuevas religiones y resignaciones de los rebeldes vencidos por la cotidianidad. De allí su conflicto con Gonzaloarango, de allí su «el único intelectual del Nadaísmo soy yo», o «Gonzalo era un beato, un escritor mediocre» y «Ginsberg me aburría mucho, se la pasaba cantando mantras y quemando incienso, diciendo que quería hacer el amor con Fidel Castro…» «Yo he sido muy racionalista, lo que más me atrae es el racionalismo».

En los museos de San Francisco y New York y en su trato con los innumerables artistas plásticos de las dos capitales de la cultura completaría sus concepciones de la literatura como un arte visual a partir del ritmo del texto. Como los modernistas Valencia, Darío, Lugones e incluso Juan Ramón, para Amilkar-U pintura y poesía eran los otros extremos de la armonía, porque si la música es análoga a la poesía en sus emociones cantadas y rimadas, la pintura, la música y la poesía lo son en acordes y armonías del color. Quien no se inclina hacia la música y la pintura no podrá ser un auténtico poeta.

Teorías que guiaron las confecciones de muchos de los textos que lo sobreviven. Una de las novelas que escribió y hoy están o desaparecidas o en poder de sus herederos, *La ejecución de la estatua*, ocurre en una plaza mayor, domingo, día de mercado, entre el amanecer y su crepúsculo. En trescientas carillas quien narra imagina la vida tras las ventanas que rodean la plaza. Cuando las sombras ocupan sus lugares llegan los asesinos que producen una masacre. Durante el genocidio, Edipiana, la estatua que representa *la madre* en todas las plazas de Colombia es ejecutada mientras los zamuros descienden de las cumbreras de las casas sobre los basurales con la total indiferencia y el silencio de los recién interfectos.

También con la lírica, Amilkar-U estableció una suerte de *Verfremdung*, como quizás lo habían hecho los modernistas al desentenderse de un entorno y realidades que encontraban despreciables para la vida y mucho más para el arte. Como Darío, nicaragüense, y Valencia, colombiano, Osorio Gómez tomó el camino del arte, invirtiendo la crónica de la realidad, creando el otro mundo que no halló en las ciudades de su juventud y en los lenguajes de sus compañeros de viaje. Por eso dijo Gonzaloarango que si bien había sido uno de los fundadores del movimiento, *fue odiado y admirado hasta el fanatismo por haber erigido la ignominia en estética y degradado los valores hasta el envilecimiento, execrando lo eterno y lo inmundo, el arte y sus amigos.*

Su único libro de poemas, *Vana Stanza, diván selecto* [1962-1984], se publicó en una edición de trescientos ejemplares un año antes de su

muerte. En la breve nota introductoria que lo acompaña dice que los poemas no están ordenados cronológicamente, no menciona los libros de los cuales proceden y menos recuerda que el autor había sido uno de los fundadores del nadaísmo. Cien poemas que lo han separado, como sucedió con *Los poemas de la ofensa* de X-504, de las facilidades y fragilidades del nadaísmo. Cien poemas que lo alejan a grandes pasos del acento y las representaciones de Mario Cataño Restrepo, José Mario Arbeláez, Gonzalo Arango Arias, Elmo Valencia o Héctor Escobar.

*Vana Stanza* es un recorrido memorable por los espacios de la memoria, lugar vacio para siempre de realidad, vano de carne y hueso que nos habita hasta la última hora, testigo único de nuestra marcha por la historia. Como en los poemas de Kavafis que tradujo para la revista del movimiento en los años setenta, un piso de maderas, unos candelabros, unas puertas o sus janelas serán las substancias que repasen las ausencias de la vida y del amor. Recuerdos imaginarios que nacen en las aristas del día o al momento de romperse la luz, bodegones de la carne y el placer, iluminados por surtidores y fulgores del deseo, mármoles del presente, solas presencias del desprecio por la ordinariez de la vida cotidiana, por la lujuria podrida de la infecta carne del capitalismo. El cuerpo como lugar de la ruina del mundo, fragmentos y ultrajes del destino.

> El cuerpo —ha escrito Ómar Castillo— está presente en la obra de Amílcar Osorio, ya como correlato del universo, como vaso de lo coloquial, como sustancia que nos introduce en los rigores y ejercicios de la existencia, luchando entre las formas y la rutina, ofreciendo sensualidad como trasgresión a la sumisión que implica la ignorancia del cuerpo.

Con *Vana Stanza*, como con *Los poemas de la ofensa*, la poesía llamada colombiana por fin rompe definitivamente con las tradiciones españolas, que perduraron hasta los primeros libros de los poetas de *Mito*, incluso en su mejor exponente, Gabriel García Márquez, deudor, sin culpa alguna, de la peor poesía del mejor poeta de *Piedra y Cielo*, Eduardo Carranza.

Poesía, la de *Vana Stanza*, para ser dicha en voz alta, en los aposentos del Renacimiento o en los recintos que guardaban las damas de las cortes de amor, arte de la voz y el ojo, cadencias y compases para la pátina de los sentimientos contemporáneos, las separaciones y jugarretas del destino. Para los fiascos de los nuevos amoríos entre machos, la nueva especie y género que había invadido sin regreso el mundo del siglo que nacía entre las ruinas del Muro de Berlín y el fin del comunismo.

Los labios se entreabren y ya se ha ido el beso.

El amor no es efímero, es efímero el tiempo.

Amilkar-U murió el 12 de febrero de 1985, al caer en las aguas de La oculta, una laguna de Jericó, donde había conocido la precaria felicidad que deparan los encuentros con quienes una vez se amó.

**Bibliografía de Amilkar-U**

**Vana Stanza, diván selecto [1962-1984]**, Medellín, 1984. *El yacente de Mantegna*, Medellín, 1986.

**Bibliografía sobre Amilkar-U**

Amílcar Osorio: *Veinte años no es nada*, **Magazín Dominical de El Espectador**, septiembre 10 de 1978. Darío Jaramillo Agudelo: *La poesía Nadaísta*, **Revista Iberoamericana**, Pittsburgh, nº 128-129, julio-diciembre de 1984. Gonzalo Arango: *Los días de nuestra vida*, **El mundo se**manal, Medellín, febrero 23 de 1985. Jaime Jaramillo Escobar: ***¿El Nadaísmo, escuela de místicos?,*** **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, junio 23 de 1986. Jairo Morales Henao: *Amilkar Osorio más allá del silencio*, **El mundo semanal,** Medellín, enero 17 de 1987. JG Cobo Borda: *Los restos de un naufragio verbal*, en **Boletín cultural y bibliográfico, *n°10, Bogotá, 1987. Ómar Castillo:*** **Asedios y 9 poetas colombianos**, Medellín, 2005. Óscar González: *El único intelectual del Nadaísmo soy yo*, **Magazín Dominical de El Espectador**, s/f. Ramón Illán Bacca Linares*: Sobre y de Amilkar-U*, en **Olas**, n°4, Barranquilla, 1985.

## Stanza

Parece que ante fue un garaje a donde vinieran
los carros a dormitar, parece que antes fue una
floristería de flores venenosas y dispersas. Parece
que antes también fue una botica de cosméticos
o algo por el estilo.

Pero, en realidad, fue la morada de algunos pétalos,
de palabras inciertas, regalos y amores indecisos
todos.

Parece que ahora es algo así como un recuerdo,
como algo que se alquila o se venera.

## Cuerpo celeste

Con aplicación reverente
va fundando besos
por todo mi cuerpo:
aquí uno frio y rápido
como un Aldebarán apagado,
aquí uno más ardiente, Betelgeuse,
aquí un mordisco, aquí una luna,
aquí otro y otro aquí, asteroides,
aquí las Pléyades, y en el pecho
la vagante supernova,
una binaria azul en las caderas,
uno de cráteres abiertos en la boca,
cúmulos estelares en la frente,
hasta convertirme en la equivocada
constelación de la Medusa
fija en el firmamento de esta noche.

## Del lado de los sueños

Esta noche, la noche ha pasado su buen rato
recorriendo las avenidas desoladas,
visitando el purulento río
que parte la ciudad como su tajo de podre:
incógnita e indiscreta ha subido
las turbias escaleras que conducen
a hoteles y residencias donde los pederastas
hacen el amor con los muchachos;
impúdica y con aire despreocupado
se ha ido por callejones de cuchillos,
por crudas luces que caen a las calles
como empujadas desde las cantinas
y los lupanares de gritos recedidos.

Esta noche, en tanto, yo me he ido yendo solo
por las encrucijadas del lado de los sueños,
alejado de los sobresaltos, por un mundo
muelle y quieto, cercano e impalpable,
por unos estanques de luz sin precedentes,
por unos giros desconocidos y vagos,
para caer, de súbito, al amanecer,
entre sus brazos de aurora boreal.

## A. P. V. y J. J.

Llora sobre mi corazón la lluvia
de su canato de muchacho desolado.
Lloro contenido de duras gotas,
trizas de mica tibia sobre el desierto
de este pecho que agita sus dunas
alejando cada vez los oasis:
lágrimas que se hunden en la piel
buscando las cisternas de la ternura,
lagrimas que buscan la sangre
para convertirse en rosas fijas.
"¡Llora sobre Rahoon!", llora aunque sea sobre mí.

## Étude IV

La palabra “garulla” —del demótico,
la entendía y pronunciaba
de manera muy precisa.
Sabía yo lo que significaba
pero no de la manera tan precisa
como él la sabía y solía musitarla.

Hoy, yo diría,
si no fue de manera
muy “garulla” [del demótico —preciso]
como se ha alejado
hacia las costas del Long Island Sound.

## La alcoba estremecida

El muchacho al alba
sobre el lecho sentado
sus pies calza y deja
caer sobre las sábanas
aromas de su espliego,
antes de irse al colegio.

A quienes a muerte
han condenado les sucede,
y a los que perdieron
la guerra y a aquellos
después de recibir
en la mejilla el beso
de la despedida, se quedan
soñando en su lecho
con el muchacho
que al amanecer deja
la alcoba estremecida.

## El muchacho del metropolitano

—reproducción Romana

Una mano le queda,
a medio empuñar,
en la nalga izquierda.

Perdió la cabeza,
por algún pederasta,
en otros tiempos.

Los pies se le gastaron
viniendo al museo
—los muñones de mármol.

Los brazos, tal vez,
los agotó nadando
para venir a América,
o en un abrazo
despidiéndose.

El tronco curvado
a la manera curva
de los que saltan
o se ofrecen.
La parte del cuello
por donde la bajaron
vino y aire.

El pubis herido
en la parte
de los genitales
benevolentemente,
como para que no
reprodujera igualdades.

## IV

En el cuenco de mis manos
ya no caben sus hombros.
Midón: "Calló el dueño,
calló el invitado,
calló el blanco crisantemo".

Cerca de Perigord le comparé
a un "summer´s day" que se mutó
en esta tenebra: "Je suis le tenebreux,

le veuf, l´inconsolable".
Un mausoleo le he levantado
en la memoria y que "juzguen
los dioses como se le ha amado".

## Torso

El pedazo que queda
consiste en los tobillos,
el epigastrio, las caderas,
el bajo vientre.

Las nalgas y la espalda
están recostadas al muro.

No se sabe si es un despojo
de las guerras dorias
o un muchacho del gimnasio.

Pero muerto como vivo
es una mera estatua.



Eduardo Escobar, Eduardo Zalamea, Juan Manuel
Roca, José Mario Arbeláez y Darío Lemus.

# Juan Manuel Roca
*1946*

Siempre me interesó más la poesía desde un ámbito visual.
No la poesía como una forma del pensar, aunque también lo es,
sino que me inclino más fundamentalmente por la creación de imágenes.
**Juan Manuel Roca**

Nacido en la otra capital del país, Juan Manuel Roca [Medellín, 1946], quien según Darío Jaramillo Agudelo «ha ganado todos los premios de poesía que se otorgan en Colombia», pasó su niñez en El Havre, París, Madrid y la pubertad en México. Con padre poeta(1), tuvo además tío, a Luis Vidales, quien sin duda influyó en el carácter del sobrino: son arbitrarios y pendencieros,(2) es decir, vanguardistas. Fanático del surrealismo, algunos comparan su magisterio con aquel de Vidal Echeverría(3) en los años cuarenta. Como Echeverría, Roca vistió colores que ofendían a la gente honorable, usaba *afro*, y es un

1. Juan Roca Lemus, alias *Rubayata* [Ocaña, 1908-1981], periodista, panfletario y diplomático, fue miembro de la Academia de Historia de Antioquia y de la Sociedad Bolivariana. Cónsul de Colombia en Francia, durante su prolongada existencia se entrevistó con muchos políticos a quienes admiraba o desdeñaba como Charles de Gaulle, el generalísimo Franco, Ortega y Gasset, Pío Baroja, Salvador Dalí. etc. Escribió en periódicos como El País, Clarín, El Debate, El Espectador, El Tiempo, El Colombiano, La Nación, El Siglo, El Nuevo Tempo, El Norte, El Popular, Cromos y El Faro. Entre sus numerosas obras figuran *Molinos de viento* [1927]; *El diablo tiene cara de conejo* [1928]; *En la república de los vagabundos; diario intermitente* [1935]; *El camino de Damasco o la parábola de Gabriel Turbay* [1945]; *Atanasio Girardot o Atanasio bandera biografía del Leonidas de America* [1968]; *Presencia de un pueblo, biografía antioqueña* [1976]; *Gobernadores de Antioquia* [1978]; *El diablo tiene la vela* [1980]; *Montaña que piensa, 37 biografías antioqueñas* [1982]; *Galaxia Bolivariana, Bolívar entre el cielo y la tierra* [1983]. *El camino de Damasco* es uno de los pocos libros

peligro por sus furias contra todo aquel que no comparta su idea de ser el sucesor del insaciable José Mario Arbeláez[(4)], de quien es heredero. Ha ocupado, sin intermitencia alguna, todos los espacios que ofrecieron a la poesía los inventores del Frente Nacional y sus ministros de Educación y Relaciones Exteriores, y su influencia, moral como etílica, agresiva y poética, solo puede medirse contando las veces que ha golpeado a botella a los poetas de su país. Hoy no cabe duda de que logró convertir la poesía colombiana en algo muy lejano e irreconocible de aquellas tradiciones y momentos que alcanzó con León de Greiff, Aurelio Arturo, Jorge Zalamea Borda, Jaime Jaramillo Escobar o Giovanni Quessep, tan ligados al uso de ese despreciable, para Roca, verso de Darío, Lugones, Borges, Neruda, Villaurrutia, Paz, Lorca, Cernuda, Gil de Biedma o Caballero Bonald. Roca se reconoce en exclusivo en Jorge Carrera Andrade [«Garza: sombrilla que vuela»], Gonzalo Escudero [«Traje dominical de las cebras penitenciarias»], Gonzalo Rojas, Stefan Baciu, Clemente Padín, Max Jiménez, o el más espacioso de todos, el esotérico chavista Juan Calzadilla.

---

escritos contra la presencia sirio-libanesa en Colombia, un volumen chovinista y racista contra la candidatura de Gabriel Turbay. *Rubayata* niega a Turbay la nacionalidad colombiana y recurre a un discutible patriotismo para fundamentar el sentimiento xenófobo: «No encontramos, pues, en todo el ajonjeo de las guerras civiles colombianas a ningún Turbay, como no lo hallamos en ninguna hazaña de la conquista ni de la colonia ni de la emancipación ni de la república». Son famosas las frases con que despidió los despojos del poeta Pedro Restrepo López, alias León Zafir, en el cementerio de Medellín en 1964, donde atacaba la temprana militancia de su hijo en el nadaísmo: «Estamos listos para sembrar en esta huerta-casera de la Muerte, a una noble mazorca de poesía, una mazorca totalitariamente raizal, apretada de granos reventones de poética precisamente silvestre, que es vitamina del pueblo sentimental, pero no consagrado a la mariquería de los nadaístas, nutrición de lo telúrico y del espíritu...». Según el propio Roca, su padre, «A pesar de pregonarse seguidor de Laureano Gómez, por su talento y su talante, me parecía un ácrata de derecha.» Su otro hijo, Fabio Roca Vidales, [http://www.semana.com/nacion/noche-nazis-criollos/155478-3.aspx ] vivió desde muy joven en la España de Franco militando en Falange donde conoció al General León Degrelle de la Legión Wallonie, la 28 División de las Waffen-SS conocido como *el mejor soldado del Fuhrer*, autor de varios libros sobre el nacionalsocialismo, ha sido periodista profesional en España, Jefe de Redacción de *La República*, Jefe de Información de *El Siglo*, Director del vespertino *El Bogotano*, Jefe de Redaccion de la Agencia Colombiana de Prensa "Colombia Press", expresidente del Colegio Nacional de Periodistas, Jefe de Redaccion del Radionoticiero Panorama de la voz de Bogotá de Todelar de Colombia, Jefe de Relaciones, Prensa y Publicaciones de TELECOM [1978-1982], Jefe de Publicaciones de la Universidad de la Salle, exdirector de revistas académicas de dos universidades, Corresponsal internacional de AMEX de México, de Deutsche Press Agentur de Alemania y del periódico Alcázar de España. Caballero de la Orden de Isabel la Católica en 1972. Secretario del Juzgado Distrital de Aduanas de Medellín, exjuez Superior de Aduanas en la jurisdicción penal aduanera de Medellín. Cronista de planta internacional de *Cromos* y como su hermano

Juan Manuel Roca es, según los estudios de su personalidad que hizo Fernando Arbeláez, «Capricornio: un ente sofocado por el engreimiento, la altanería y la codicia, desconfiado y temeroso de ser descubierto en sus ambiciones, mezquindad, crueldad y dogmatismo.» Porque como dicen los sabios de la quiromancia[(5)], los naturales de Capricornio programan con paciencia, precisión y antelación, su futuro y las metas a conseguir y para ello están dispuestos a todo por encima de todos. Por eso no sorprende que su poesía, además de haber sido traducida al sueco, haya también sido trasladada a lenguas tan confinadas como el Ainu, Burushaski, Calusa, Hurrita, Keres o Moroítico, o las africanas Ijoid, Bantú, Hadza, Cusítico o el Sandawe, que hablan muchos de los poetas que visitan desde hace dos décadas Medellín. Juan Manuel Roca fue, como recuerda la *Enciclopedia Británica*, el mejor de los directores que haya tenido un diario bogotano, gracias al asesinato de su propietario, ordenado por Pablo Escobar. Durante diez interminables años, con el estoicismo de Palemón el Estilita sobre esa columna de granito, Roca fue propagando

---

lírida, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1976. En la actualidad es uno de los jefes nazis en Colombia, como puede leerse en la crónica arriba mencionada aparecida en la revista *Semana*.

2. Son numerosas las ocasiones en que Juan Manuel Roca ha golpeado a sus colegas bajo los efectos del alcohol. Según Jotamario Arbeláez, en una nota publicada en *El Tiempo* el 17 de julio de 2002: "*Un día de hace dos meses, el joven poeta, director de una revista, salió del bar en una terraza en busca del orinal. De pronto sintió que un animal borracho se le iba encima, lo tumbaba y comenzaba a propinarle en el suelo puños y patadas. Acuciosos parroquianos corrieron en su ayuda y lo libraron de la tunda, que iba para largo. Cuando pudo abrir el ojo, el poeta se dio cuenta que quien con tal saña lo castigaba era nada menos que Juan Manuel Roca, de quien había terminado por distanciarse. No era la primera vez que este hombre increíble se cebaba con una víctima lírica. Son por lo menos siete los buenos poetas que han conocido los nudillos del puñetero, desde su amigo Raúl Henao, con quien había viajado de Medellín a tomarse la capital con sendos lánguidos librillos, y a quien obligó a devolverse a casa con un ojo negro. Y hasta al director de teatro y artista insignia de nuestra vanguardia, Santiago García, atacó a golpes en un bar de artistas, acusándolo de "mamerto"*". Y según una carta de Juan Carlos Céspedes en *El Tiempo* del 23 de julio del mismo año: *"Roca ha ejercido una dictadura sobre la poesía colombiana y entre sus rabiosas exclusiones no es de extrañar que las golpizas hayan aparecido en más de un recital poético."* Un poema apócrifo, publicado en la revista electrónica *Kienyke*, reza así:

**A todos les doy botella**

*Nunca voló la humilde pluma mía*
*por la región satírica, bajeza*
*que a infames premios y desgracias guía.*

Miguel de Cervantes Saavedra, *Viaje al parnaso,* 1614.

la más subrepticia poesía de Colombia, mucha de ella fabricada por sus alumnos y admiradores, en Casa Silva, donde vive hace más de treinta años. *«Escribir poesía —repite en sus talleres—, es ser pastor de abismos; dedicarse a ella, hacer agujeros en el agua».*

No hay duda que durante los trece años [850 ediciones] que dirigió, a la luz del día o en las sombras de la cantina de Mariela Cruz [*El viejo almacén*, Calle 15 nº 4-30] en el barrio La Candelaria, la redacción de MD de *El Espectador*, él fue el aparejo que cambió el rumbo de la poesía colombiana. Roca, con la colaboración de los sindicatos de maestros y una secta de partidarios de la combinación de todas las formas de lucha contra el estado, lograron lo que nunca pudo hacer Gonzalo Arango: convertir en fanáticos de la catacresis [*una metáfora sin un adecuado referente literal*] a los ignaros aspirantes a poetas de su tiempo. (6)

Roca ha expuesto, en un inverosímil y enigmático artículo titulado *La poesía de lo visual* [Magazín Dominical de El Espectador, 29 de noviembre

---

*A todos les doy con la botella:*
A Armando Orozco porque María Mercedes Carranza lo quiere más que a mí, y le da trago del fino, del que tiene guardado con llave en su oficina,
A Eduardo Gómez porque no me presta ese abrigo de dromedario que lleva por todas partes como un cardenal romano ávido de sexo con condenados a muerte,
A Giovanni Quessep por beber sólo agua de Escocia y dárselas de Dante Alilleri,
A José Luis Díaz Granados por Cantar a Alberto Santomafia Botero, y haber fornicado a más de trescientas mulatitas regalo de Fidel Castro a cambio de información sobre ciertos mamertos del Policarpo y Casa Verde,
*A todos les doy botella*,
A José Mario por darme de la que sabemos, blanca revuelta con maracachafa,
A Auralú por haber llevado a José Mario a más de quince consulados a costa de Colcorrupta en la época de BB,
A Nicolás Suescún, que se chuma unos cigarros de medio metro de la que ardía Barba Jacob,
A Óscar Collazos porque es un francés de Guadalupe, muy servicial con los Santos y que aspira a ser The King of Black Somalia,
A Patricia Ariza por horrenda loba aullante del teatro ambulante,
A Robinson Quintero y Fernando Linero porque me han elogiado pero sin ganas y porque mataron a mi hiena adorada dándole perica con ladrillo,
*A todos les doy botella*,
A Federiquito Díaz Granados, criado debajo de una mesa de cantina donde su papá bebía tapetusa y engañaba a la mamá del niño porque no me invitó de primero a la Tertulia de Gloria Luz, la millonaria dueña de la más grande casa de agio de la capital y amiga de mi viuda de dos de oro,
A Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard porque es el mejor poeta de todos nosotros y nadie ni lo dice ni lo piensa,
A Víctor López Rache por desobediente, le mande a escribir contra uno y se puso de su lado en un cine porno,

de 1998], su teoría sobre la poesía, donde concluye que solo la imaginería metafórica, es decir, la resurrección del Ultraísmo [«No tanto el abuso de metáforas deslumbrantes, pero la circunstancia banal de buscarlas y no encontrarlas»] que decía Jorge Luis Borges, puede salvar al hombre del caos. Porque como sucedió con aquel emperador de China, para prescindir los males del mundo, primero hay que extirparlos de ese simulacro de realidad que es el arte. Ma Mel Tol, el emperador, habría ordenado a su pintor predilecto, La Moil, suprimir de un cuadro una cascada de agua, pues no le dejaba conciliar el sueño. Y afirma Roca: «Lo visual en la poesía, valga decirlo, no tiene únicamente que ver con la disposición tipográfica, aunque fuera tan esencial en los poemas de un gran visionario y visionador del cubismo, Guillaume Apollinaire y sus *Caligramas*, sino, más allá de la piel, de la epidermis del lenguaje, en la capacidad evocadora». Por eso, sostiene, «podemos comparar la mar con una carpintería, porque la garlopa arroja cantidades de viruta a las playas del mundo», pues la metáfora, «que en griego quiere decir traslado, transporte, lleva de un lado a otro, de una realidad a otra, da a luz nuevas realidades». Y entonces nos revela cómo, luego de una semana de noches de tormento e insomnio,

---

Al mulato ese que viene cada medio año de New York y se junta con el otro negro de Cartagena a hacer cosas raras entre las nalgas de ambos,
*A todos les doy botella*,
Incluso al pálido biógrafo de Tirofijo que no fue capaz de escribir un libro sobre mí siendo que vivíamos ambos en la más absoluta soledad,
A Juan Gustavo Cobo por gordinflón y samperista, así me haya querido hacer embajador y cónsul,
A Álvaro Mutis por ponerme a copiarlo y sonar como él,
A Darío Jaramillo Agudelo porque no me pagó más por los talleres para que guardara silencio y no le diera más botella así me haga publicar en España, y con su amante pre-pago me regale millones del fisco nacional,
A Darío Ruiz Gómez porque ensarta autores que cita como una longaniza y no existen,
*A todos les doy botella*,
A Fernando Denis que me está derrotando como quiso el loco Gómez Jattin y entre La Hiena y Patita de Chuli acabamos con él cuando un bus le dio la buena muerte en Cartagena de Negras,
A Gonzalo Márquez porque no me sacó sino en una sola foto, él, que se ha hecho tantas con tantos famosos,
*A todos les doy botella,*
A Jorge Cadavid porque estuvo en Estocolmo, Salamanca, Timbuctu, Malambo y Turbaco pidiendo premios para él y no para mi,
A Juan Felipe Robledo porque ya no me quiere y no me invita a tomar químicos,
A Luz Miriam Giraldo por plagiaria y porque no me endiosó como hizo con Moreno Durán y el borracho de *La tejedora de coronas de cementerio*,
A Ramón Cote porque descubrí que no era Cote sino Caballero Bonald, aunque sigue siendo Baraibar,
A Rogelio Echavarría porque cuando trabajaba en El Tiempo solo se sacaba a si mismo, haciéndose la humilde paloma de la soberbia,

creó las catacresis que cambiaron el discurrir de la poesía en español y que tanto han imitado, sin superarlas, sus aduladores:

El brazo del río jamás esgrime espada.
Los dientes de ajo no comen duraznos.
El ojo de agua desconoce el monóculo.
El cuello de botella no porta collares.
La oreja del pocillo no escucha a Beethoven.
Las manecillas del reloj no usan guantes en invierno.
Los durmientes del ferrocarril no se despiertan a su paso.
Las palmas de las manos no dan dátiles.
La luna de miel no atrae a las moscas.
Las cabezas de los fósforos no tienen aureola,
aunque alumbren como santos.
El lomo del libro no recibe latigazos.
La garganta del desfiladero no teme al mordisco del vampiro.
La silla de brazos no es pródiga en abrazos.
El ojo de la cerradura no duerme de noche.
El ojo de la aguja ni siquiera pestañea.
La luna del espejo no altera sus fases.

---

*A todos les doy botella,*
A Alvarito Rodríguez por ser un viejo pendejo, soplando el polvo a unos libros españoles que le cuida a la hija del pintor Roda,
A Eduardo Escobar porque escribió un gran poema lleno de cucarachas,
Al mierda de Mario Rivero, porque apenas me saco diez veces en Golpe de Dados mientras él se publicó trescientas,
*A todos les doy botella,*
Menos a mis compinches,
Mis adorados Julian Malatesta que me colgó de un doctorado en *Catatumbo College* de Kali Valley,
Chus *Enfisema* Visor que me da, aunque poquita, alguna guita para pasearme por la Cava Baja cantando el Cara al Sol con mi hermanito nazi,
A Guillermo González a quien le quité *El Espectador* y no se dio cuenta a qué hora,
A Santiago Mutis porque donde lo coloca su papá me publica,
Al cantor de la fauna el poeta de los niños y los ratones y las niguas y los ñatos el gran Horacio Benavides *alias* Dame Plata Tagore,
A mis idolatrados protervos del Festival de Poesía de Medellín porque me dieron gloria, fama y fortuna,
A ti, Fernando Rendón, *alias 3000 Millones*, gran poeta, traducido a mil ciento lenguas nuevas y viejas,
A ti Samuel Vasquez,
A ti Gabriel Jaime Franco,
A ti Piedad Bonnett, gloria de la estatura, gran poetiza de la cama y la mesa, dotora de los Andes, protetora mía,
A todos vosotros dono los mil trescientos millones de dracmas que me acaban de dar.
*Porque para vosotros no hay botella*.

**Estocolmo, Academia Sueca, donde me van a dar por el Nobel, 2008.**

Roca ha publicado incontables libros, todos reunidos en *Cantar de lejanía* [2006], con un epílogo de Manuel Borrás, quien lo premió con el dinero del Ministerio de Cultura de Colombia. En Roca hubo dos manantiales: la demencia de la escritura automática y el tino para criticar con saña los actos de los gobiernos del ayer y fue equitativo en ese oficio. Roca era la encarnación de un profeta que despreciaba el trabajo como lo entiende el burgués, así no desdeñe los placeres que ofrece este mundo vendiendo su alma al diablo en una noche de Walpurgis. En aquellos tiempos de horror, durante los gobiernos de López Michelsen y Turbay Ayala, algunos de sus textos fueron directamente promovidos en cantinas, canchas de tejo, campamentos y tomas de pueblos y veredas, por la dirigencia del Movimiento 19 de Abril,[7] al cual aparentemente pertenecía su autor.

Hay un cambio de guardia en la noche.
Algún ciego tañe el viento.
¿Pero qué hace que los muertos
destiendan la cama,

---

**3.** Se cree que el único surrealista puro que ha dado Colombia fue Vidal Echeverría, quien en Bogotá imitaba a Cocteau usando vestidos de colores matemáticos, auriculares en la solapa, melena griega y uñas de malabarista chino. Su plato preferido eran las cuerdas de un violín en aceite Singer con trozos de vidrio nadando en alcanfor, además por las tardes bebía sangre de niño en un sombrero de papel dorado. Publicó un libro de versos titulado *Guitarras que suenan al revés*, y expuso treinta cuadros con nombres como *Diván en trance de visita, Tendón sin pie* o *Indigestión del mar*. Alfonso Fuenmayor sostenía que Echeverría se había parido a sí mismo y que para García Márquez, como surrealista, Vidal era un cruce de canjuro con máquina de escribir. Véase Héctor Rojas Herazo, *El gran ausente*, **Diario de Colombia**, Barranquilla, 17 de octubre de 1952.

4. Jotamario Arbeláez [Cali, l940], hermano de la célebre Martha Lucy Arbeláez y cuñado del multimillonario restaurador Andrés Carne de Res, es uno de los seudónimos del publicista y principal ideólogo del nadaísmo, José Mario Arbeláez Ramos, que algunos sociólogos consideran la doctrina social y ética de los grandes capos del narcotráfico, como Don Gilberto y Don Miguel Rodríguez Orejuela, cuando desde 1969 iniciaron sus actividades secuestrando a Herman Buff, cónsul de Suiza en Cali y su hijo, José Warner Straessle. Arbeláez trabajó por más de veinte años en agencias de publicidad [Hernán Nicholls, Leo Burnett, Sancho] que concibieron las campañas políticas de presidentes como Betancur, Samper y Pastrana Arango, cuyos vínculos y relaciones le permitieron obtener enormes beneficios económicos y no pocos premios literarios como Oveja Negra, 1980 [de José Vicente Kataraín, el editor pirata de las obras de GGM]; Golpe de Dados, 1980 [del caballero de industria Mario Cataño]; Instituto Colombiano de Cultura, 1985 [bajo el gobierno de Belisario Betancur y su Directora de Cultura, Aura Lucía Mera, admiradora que le llevó con otros dineros del estado a diecisiete países, mientras Leonor Carrasquilla Castello, alias La Maga Atlanta, le pronosticaba el futuro]; Instituto Distrital de Cultura, 1999 [para celebrar el matrimonio de Betancur y Dalita Navarro durante la alcaldía de Enrique Peñalosa] y Valera Mora, Caracas, 2008, merced a los oficios del gran taumaturgo del chavismo Enrique Hernández de Jesús. En los años más temibles del cerco a la

crucen a nado el aire de la casa
o nos hagan pronunciar extrañas palabras?
¿Quién tira del mantel
y tumba las cebollas?
¿Qué mano invisible nos toca la espalda?
Podemos acusar al viento
de trizar otra orilla del sueño,
de tropezar con seres ausentes,
de descolgar los retratos de los sueños.
¿Pero quién asegura que los puentes
no caminan sobre el río
entrando en la noche?

[Cambio de guardia]

Roca recurría al distanciamiento. Como en ciertos poemas medievales, muchos de los suyos parecían escritos antes de una peste, cuando el monje que los redacta presiente la sustanciación de la vieja tesis

---

capital de la república por parte de las guerrillas de las FARC, Arbeláez fue nombrado Secretario de Cultura de Cundinamarca por David Aljure Ramírez [26/05/1997 - 31/12/1997] [*condenado por la Corte Suprema de Justicia a siete años de cárcel, una multa de más de mil millones de pesos y la interdicción de sus derechos y funciones públicas por uso indebido de los dineros estatales, entre ellos la contratación de una carretera entre Guaduas y Guaduero*], con quien ideó un plan de divertimento y despilfarro del presupuesto llamado *Culto por la Paz*, que hubo de ser abortado por las acciones violentas de los jefes paramilitares Luis Eduardo Cifuentes, un ex militante de la JUCO, conocido como El Águila, y John Fredy Gallo Bedoya, El Pájaro, amos del genocidio y señores del robo de la gasolina en Yacopí, La Palma, San Juan de Rioseco, Pacho, Zipaquirá o Guaduas, que consideraron esos actos como otra de las formas de lucha de las guerrillas del Mono Jojoy. La llamada poesía de Arbeláez, lastrada de retórica y obscenidades, termina por ser una suerte de insoportable narcisismo cuya intención es construir una mitología personal que aúlle sus pretendidas rebeliones, hoy convertidas en un ramplón misticismo católico de misa diaria y comunión semanal.

5. Véase Berti Giordano, *El arte de la adivinación*, Barcelona, 2012.

6. La cáfila de obedientes que tuvo a su servicio gratuito en El Espectador estuvo compuesta por Alberto Rodríguez Tosca, Alejandro Torres, Álvaro Marín, Beatriz Castaño, Carlos Vallecilla, David Jiménez, Diana Gil, Federico Díaz Granados, Gabriel Arturo Castro, Gloria Erazo, Horacio Benavides, Jaime Aljure, Jaime Echeverri, Juan Felipe Robledo, Julián Malatesta, Luis Felipe Orozco, Mery Yolanda Sánchez, Nelson Osorio Marín, Olga Marín, Ómar Ortiz, Piedad Bonnett, Rómulo Bustos, Samuel Jaramillo, Santiago Mutis Durán y Víctor López Rache.

7. «Sólo he simpatizado con líderes anómalos como Jaime Bateman —dijo a Guillermo Linero Montes— y esta actitud descreída quizá haya sido fortalecida por esa independencia casera que me ayudó a buscar lo que de verdad me ha interesado, a no plegarme al rebaño.»

de que al mal anteceden visiones del mundo al revés: el siervo castiga al amo, el buey arrastra al agricultor, el ciervo mata al león, etc. El artificio de los pastiches de Roca, inundados de catacresis, es su malicioso sabor expresionista, que imita no pocos de los versos que Georg Heym leía, alucinado por el alcohol y el éter, en el Neopathetisches Cabaret de Berlín a comienzos del siglo pasado. Roca leyó con cólera a Trakl y Kafka: en aquel retumba, muchas veces, una melodía apocalíptica; en este, el mundo al revés es doctrina. Al estilo de Trakl lo llamó Walter Falk desconsolado. En Roca no hubo solo desconsuelo, también ira. Fue un iracundo, uno de esos furiosos alienados que en las Naves de los Locos remaban sin puerto en los ríos de Europa bajo noches colmadas de cuervos, cantos sin estrellas y días ciegos por el hambre y el impedimento de tocar tierra. Esa furia, dosificada, está en esta paráfrasis de Mario Rivero, Rojas Herazo o Pizarnik y el brasileño Floriano Martins, con no pocos adjetivos dignos de Porfirio Barba Jacob, escrita para responder a una carta de su madre Clara Vidales, hermana de Luis, el poeta vanguardista de los años veinte:

Me pregunta usted dulce señora
qué veo en estos días a este lado del mar.
Me habitan las calles de este país
para usted desconocido.
Estas calles donde pasear es hacer un
largo viaje por la llaga,
donde ir a limpia luz
es llenarse los ojos de vendas y murmullos.

Me pregunta
qué siento en estos días a este lado del mar.
Un alfileteo en el cuerpo,
la luz de un frenocomio
que llega serena a entibiar
las más profundas heridas
nacidas de un poblado de días incoloros.

¿Y el sol?
El sol, un viejo drogo que ha lamido esas heridas.

Porque sabe usted, dulce señora,
es este país una confusión de calles y de heridas.
La entero a usted:
aquí hay palmeras cantoras
pero también hay hombres torturados.
Aquí hay cielos absolutamente desnudos
y mujeres encorvadas al pedal de la Singer
que hubieran podido llegar en su loco pedaleo
hasta Java y Burdeos,
hasta Nepal y su pueblito de Gales,
donde supongo que bebía sombras mi querido Dylan Thomas.
Las mujeres de este país son capaces
de coserle un botón al viento,
de vestirlo de organista.

Aquí crecen la rabia y las orquídeas por parejo.
No sospecha usted lo que es un país
como un viejo animal conservado
en los más variados alcoholes,
no sospecha usted lo que es vivir
entre las lunas de ayer, muertos y despojos.

[Una carta rumbo a Gales]

La lira posterior de Roca, confeccionada durante los años del bien estar, se resiente no por la abundancia del corazón, sino por las pingues ganancias de la paráfrasis. Baudelaire, Rimbaud, Vallejo, Blake, Artaud, Diógenes, Rulfo, Piranesi, Carroll, Borges, Thomas, Ungaretti, Benjamin, Chagall, Hobbes, Graves, Degas, Arreola, Silva, Picasso, Villon, Pizarnik, Rilke... desfilan desnudos y tras un biombo en esa cripta inmóvil y ambigua que es ahora el poema. Símbolos, recursos, modos, referencias, nombres, hacen de estas pesadillas, de fuerte carga sicalíptica y etílica, una procesión de fantasmas y erecciones:

> Las banderas grasosas desplegadas al viento
> como una lacra en los viejos edificios,
> entre la flor marchita de las avenidas

por cuyo asfalto que espejea bajo el sol
corren las colegialas con un hilo de sangre
entre las piernas blancas de piel adormecida.

La utilería de sus poemas no puede ser más escueta e infeliz, una suerte de contoneo entre lo apacible y urbano, en los límites de esa miseria donde la vida rueda entre frases manidas pero intrigantes que hacen de la plática no una reflexión, sino meros asombros, alucinaciones, manchas de Hermann Rorschach. Un mundo de absurdos, un paliativo de frases ante una realidad que nunca ha visto la negación de la vejez y la abolición definitiva de la muerte. La poesía de Roca es uno de los fracasos más elocuentes del nadaísmo.

Me hice enemigo de un país sin amigos
y en los bordes de la acera vi la
flor de la miseria.

> Todo ello —ha dicho JG Cobo Borda— gracias a la evasión escurridiza de un lenguaje cada vez más preciso y detallado, cada vez más ceñido a su tema, que sólo termina por designar nieblas y aguas inatajables, imposibles de escribir sobre ellas. En definitiva, todo ello alude al tiempo mismo, razón de ser de una poesía que si bien intenta fijar el instante también desfigura cuanto toca. No la firma Roca sino Nadie.

**Bibliografía de Juan Manuel Roca**

**Cantar de lejanía**, prólogo de Gonzalo Rojas, epílogo de Manuel Borrás, Bogotá, 2006. Jesús García Sánchez [Chus Visor], Ana María Rodríguez, Julia Escobar y Darío Jaramillo Agudelo le concedieron, por **Biblia Pauperum**, un imaginado anecdotario de los indigentes en la Edad de la Fe, 6.000 Euros, un Diploma y una gira titulada Premio Casa de América, por varias ciudades de la península.

**Bibliografía sobre Juan Manuel Roca**

Alicia Fajardo: *Dos países*, en **Boletín Cultural y Bibliográfico**, Bogotá, n° 15, 1988. Guillermo Martínez: *El esplendor de lo poético*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, septiembre 27, 1980. Hugo Chaparro: *Cartografía de un país sin mapa*, en **El Mundo Semanal**, Medellín, enero 23 de 1988. J.G. Cobo Borda: *Juan Manuel Roca*, en *Una década de poesía*, en **Boletín cultural y bibliográfico**, n° 45, Bogotá, 2011. Víctor Rodríguez Núñez: *Juan Manuel Roca: la poesía es un oficio riesgoso*, en **Nuevo Amanecer Cultural**, Managua, enero 28 de 1989.

## Oración al señor de la duda

Más que fe, dame un equipaje de dudas.
Ellas son mi puente, mi afluente, mi oleaje.
Venga a nos el Reino de lo Incierto.
Mantén en vilo mis verdades,
concebidas, muertas y sepultadas
en los telares del olvido. Llévame
por las arenas movedizas,
Dame a comer el pan de la derrota,
a beber el agua del silencio.
No hay timos ni trucajes:
estoy herido y soy mi camillero.
Sean las certezas palacios de nieve
a los que alguien asedia con el fuego.
Señor de la duda, si existieras,
escucha la oración del descreído.

## Las bodas de ceniza

A esta hora el país
desliza la lengua de sus ríos por riberas de la noche.
Yo lo oigo canturreando, abriendo miles de bocas
en los bares, en las plazas, en los cafetales.
Oigo a la baharequera
meciendo el agua como a un niño
en su sonora batea, en su comba parihuela.
Oigo una nación que crece entre los juncos
y amores vedados que huyen por las ventanas de la noche.
Va cayendo la sombra en bohíos y malocas,
en las casas de yodo junto al mar.
Si quieren saberlo, lo único que no oigo
es la voz de los desaparecidos,
el timbal del corazón acompasando sus silencios.

## Mi olvido es rey

*Son las dos de la tarde y las diez de la nada.*
**Héctor Rojas Herazo**

Como a todos los habitantes del país, cada mañana me abofetea el espejo. Pero una vez pongo mis pies en la calle no hago caso de la afrenta: mi olvido es Rey y no admite vejaciones.

Voy al diario. Tropiezo con mis colegas que hablan de los muertos del día. Hoy fueron decenas los mancillados en la lista. Se sufre un rato pero todo se esfuma, porque mi olvido es Rey. Un cruzado del silencio.

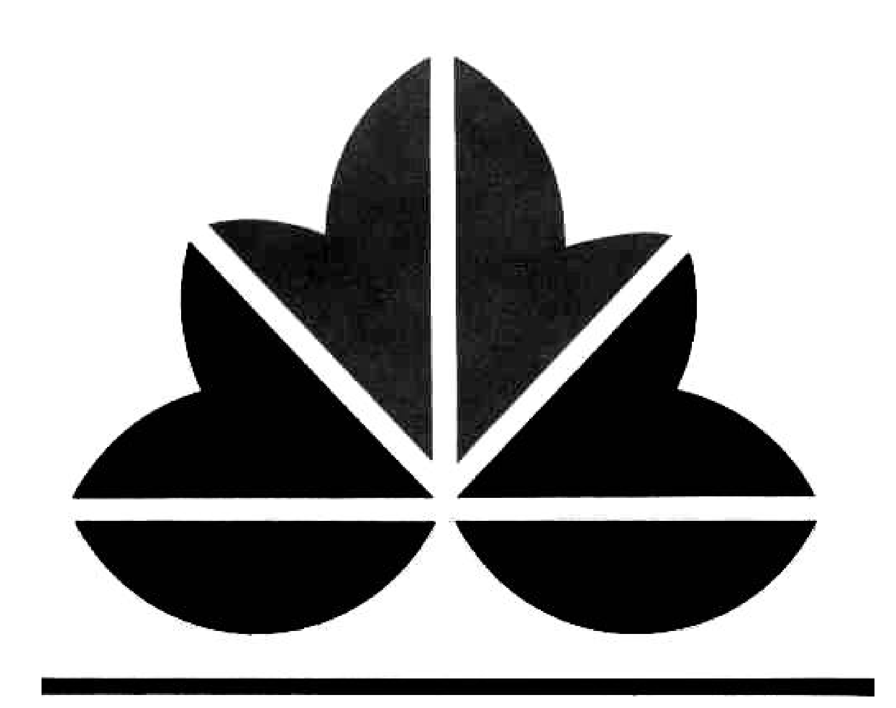
No sé quién coronó al olvido como mi sereno monarca, mas lo veo caminar por rojas alfombras. Mi soberano el olvido nunca fue príncipe, ni conde, ni audaz caballero, pero hoy es el Rey. En cuanto a mí, sólo he ido al galope por un incierto reino —el cuerpo como fatum— a guerrear en batallas intestinas.

Mi olvido es Rey. Los días, una orgía de horas muertas que le rinden vasallaje.

A veces escucho que en un rincón del país se reanudan las masacres. Pero de acuerdo a una alta investidura asignada a mi estirpe —Majestades del vacío, Emperadores de la nada, Regentes del trono sombrío— todas las noches acudo al banquete del olvido.

Ahora mismo ignoro, como todos los nativos del país, el lugar donde me encuentro.

# UNA GENERACION DESENCANTADA



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

## Una generación desencantada

*1970-1986*

En mil novecientos setenta y cuatro murió Aurelio Arturo, casi en el momento cuando el Banco de Colombia publicaba la *Antología crítica de la poesía colombiana [1874-1974]* de Andrés Holguín. Arturo, que moría ignorado, fue uno de los más notables poetas de entreguerras y el paradigma de la insania político-poética a que son sometidos los que mereciendo la gloria no condescienden a la zalema, y menos a la corrupción, como gradería hacia la eternidad. Andrés Holguín, que admiraba en silencio a Arturo y percibía el aprecio que los jóvenes sentían por su obra, temiendo las iras de Eduardo Carranza, apenas atinó a decir que moría «uno de los más importantes poetas», mientras el bardo de Apiay era «uno de los temperamentos más poéticos que ha tenido el país» y «el más admirable caso de una vida consagrada, por entero, a la poesía, con un fervor incomparable». Hoy sabemos que fue todo lo contrario. Quien dedicó su vida a la poesía fue Arturo, mientras Carranza mendigaba prebendas de los poderosos, en especial de los mayores enemigos de la lírica, los fascistas de entonces. Como sucede con los gerentes de banco, que pierden todo poder al retirarse del cargo, con su muerte, desapareció su prestigio.

La miscelánea de Holguín celebró cien años de capitalismo canonizando sesenta y cinco poetas, dieciocho de los cuales fueron agrupados bajo el lema: *Los últimos poetas*. Entre ellos:

1937 José Manuel Arango
1939 Giovanni Quessep
1942 Elkin Restrepo

1942 José Manuel Crespo
1945 Harold Alvarado Tenorio
1945 Luis Aguilera
1945 María Mercedes Carranza
1948 Juan Gustavo Cobo Borda

A los que habría que agregar, hoy, necesariamente, si quisiéramos un panorama nada estrecho en ideologías, estéticas o textos memorables, nombres como:

1935 Darío Ruiz Gómez
1936 José Pubén
1937 Nicolás Suescún
1939 Alberto Rodríguez Cifuentes [(1)]

---

**1. Alberto Rodríguez Cifuentes** [Cartago, 1939-1976], conocido como *El Nadaísta de Cartago*, hizo estudios en una escuela nocturna y profesó por algún tiempo como estudiante de derecho en la Universidad Santiago de Cali. Bohemio y dipsómano, sufrió del complejo de Edipo con su madre Manuela Cifuentes. Discípulo de Bonifacio Terán Galindo, cáustico contertulio del Café Colombia en el centro de Cali, hizo parte del grupo que fundó Ciudad Solar, un lugar de convergencia de los artistas de mediados de los años sesenta. Rodríguez se suicidó ingiriendo tapetusa [alcohol de lámpara mezclado con gaseosa] abrazado a un retrato de José Asunción Silva. Publicó *Nunca habrá otro silencio* [1967] con el patrocinio de los hermanos Álvaro y Armando Holguín Sarria *y Los días como rostros* [1973] con la colaboración de Álvaro Escobar Navia, entonces rector de la Universidad del Valle, y Hernando Guerrero. Dejó inédito un libro de cuentos titulado *Ocean Bar*. Véase: **El Pais***: "Hablemos de otra cosa, menos de poesía", una entrevista con Alberto Rodríguez Cifuentes*, Cali, marzo 10 de 1974. **El Pueblo**: *Falleció el poeta Alberto Rodríguez*, Cali, 26 de mayo de 1976. Fernando Cruz Kronfly: *Alberto Rodríguez*, **El semanario de El Pueblo**, Cali, marzo 18 de 1980. Herbert Chamat: *El nadaísta de Cartago*, **El Pueblo**, Cali, junio 2 de 1976. Ramiro Madrid*: El nadaísta de Cartago*, Cali, agosto de 2002, inédito. Umberto Valverde: *Un poeta ha muerto*, **El Pueblo**, Cali, 28 de mayo de 1976.

**¿En dónde estás Anadiómena triste?**

¿En dónde estás, Anadiómena triste,
en qué mar de corales asombrados
o entre qué teleósteos sin su sombra
se ha ocultado tu pálida ternura?
Pues cuando el tiempo parte la naranja
donde dormita el ámbar de los días -
tú cruzas por mi ser como algún ala
o un rumor de hojas secas en el viento.
¿Cuándo tu nombre, zumo entre mis labios,
endulzará de nuevo mis sentidos?
¿Y qué de las promesas que no fueron,
vencidas por clepsidras y fronteras?
¿En dónde estás, Anadiómena triste,

1940 Cecilia Balcázar de Bucher
1941 Nelson Osorio Marín
1943 Armando Orozco Tovar [(2)]
1943 Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard
1945 Raúl Gómez Jattin
1949 Jaime Manrique Ardila

Cuyos primeros o más significativos libros fueron apareciendo así, en medio del ruido del nadaísmo:

1970 *Poemas*/Luis Aguilera [Funza, 1945]
1972 *Duración y leyenda*/Giovanni Quessep [San Onofre, 1939]
1972 *Pensamientos de un hombre llegado el invierno*/Harold Alvarado Tenorio [Buga, 1945]
1972 *Vainas y otros poemas*/María Mercedes Carranza [Bogotá, 1945-2003]
1973 *La sombra de otros lugares*/Elkin Restrepo [Medellín, 1942]

---

en dónde tu estatura sin ceniza?
He devastado un bosque de almanaques
esperando un Febrero de retornos.

**Algo sobre la muerte**

La muerte está fumando en mi aposento,
la muerte está zurciendo mi camisa,
la muerte está mareada de la risa
al verse despeinada por el viento.
La muerte viste su color violento
y se ajusta sus medias de ir a misa.
La muerte está esperándome sin prisa
con un reloj por único armamento.
La muerte vive aguantándome mi vino
y hurgándome la paz del intestino
sentada sin permiso ante mi mesa.
La muerte se ha comido mi retrato,
le ha ganado ya seis vidas al gato
y a mi tres días la tahuresa.

**2. Armando Orozco Tovar** [Bogotá, 1943], licenciado en periodismo por la Universidad de La Habana, se ha desempeñado como pintor, catedrático, periodista, conferencista y coordinador de los Talleres de Poesía de la Casa Silva. Desde 1993, coordina el Taller de Cuento de la Universidad Externado de Colombia. Algunos de sus libros son: *Asumir el tiempo [1980], Las cosas en su sitio [1983], Eso es todo [1986], En lo alto del instante [1990], Para llamar a las sombras [1994] y Visiones [1999]*.

1973 *Adoración del fuego*/José Manuel Crespo [Ciénaga, 1944]
1973 *En este lugar de la noche*/José Manuel Arango [Medellín, 1937-2002]
1973 *Los días como rostros*/Alberto Rodríguez Cifuentes [Cartago, 1939-1976]
1974 *Consejos para sobrevivir*/Juan Gustavo Cobo Borda [Bogotá, 1948]
1974 *Señales en el techo de la casa*/Darío Ruiz Gómez [Anorí, 1935]
1976 *Al pie de las letras*/Nelson Osorio Marín [Calarcá, 1941-1997]
1976 *Los adoradores de la luna*/Jaime Manrique Ardila [Barranquilla, 1949]
1977 *M, n, ñ…*/José Pubén [José Jahir Castaño] [Punta Ladrillo, 1936-1997]
1980 *Asumir el tiempo*/Armando Orozco Tovar [Bogotá, 1943]
1984 *Cuaderno de hacer cuentas*/Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard [Bogotá, 1943-1974]
1986 *La vida es*/Nicolás Suescún [Bogotá, 1937]
1987 *La máquina mítica*/Cecilia Balcázar de Bucher [Cali, 1940]
1988 *Tríptico cereteano*/Raúl Gómez Jattin [Cereté, 1945-1997]

---

**Golpes**

Le desgarraron la piel
como quien quita
la corteza a un árbol
la cáscara a la fruta.

Dejaron su jugo
a la intemperie
la fibra de sus tendones
al pico hambriento de los pájaros.

Nadie —ni él mismo—
salió a defenderlo.

Fue la soledad del dolor
la nada de un loco sin luna
ansiado por los insectos.

¿Cuántos fueron los golpes
recibidos?

¿Porque a quién se le ocurre
llamarse profeta, enviado hijo de Dios,
en tiempo de bárbaros?

¿Y a quién poeta?

Un grupo que ha recibido varias denominaciones desde el día que el periodista Álvaro Burgos, por desidia o cachondeo, llamó *Una generación busca su nombre*, una página[3] donde estaban todos menos los que debían estar. Desde entonces, varios de los inmortales de ese tiempo han procurado dar contenido y perfil al grupo, hasta que, en otro golpe de suerte, alguien los tildó *desencantados* ante la monserga y patanería de los nadaístas.

Cuando Augusto Comte habló de *Generaciones* sugirió treinta años para cada lapso, tal como Pedro Henríquez Ureña diseñó las *Corrientes literarias en la América Hispánica* [1941] a partir de sus lecturas de Ortega y Gasset, para quien la vida se divide en cinco edades de quince años cada una, en las cuales, dependiendo del momento y lugar, un individuo compartiría con otros herencia cultural, fecha de nacimiento, ciertos factores educativos, una comunidad de intereses y lazos personales, experiencias, la presencia de un líder y un lenguaje común mientras experimenta el anquilosamiento de la generación anterior. Pero lo cierto es que por ser una clasificación ajena a los individuos que pretende ordenar, para ser remotamente ciertas, respecto de las ideologías y las artes, debe contar con la conciencia —individual o colectiva— de que esas mismas cosas estaban sucediendo a sus integrantes. Lo que nos lleva a Guillermo de Torre cuando sostiene que una generación es un conglomerado de espíritus que en un momento dado se expresan de manera unánime respecto a ciertos asuntos, ya para afirmarlos, ya para negarlos, así no hayan nacido en los mismos años, pero sí aparecido en los mismos momentos, sea con libros, revistas, manifiestos, proclamas, etc., lo que han llamado *Zeitgeist*, el espíritu, el aire del tiempo, la atmósfera de una época, de los que nadie se libra y todos recuerdan. Y en nuestro caso, no hubo otro, para más o para menos, que mayo del 1968, año y mes del inicio del siglo XXI.

---

3. **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, 3 de diciembre de 1967.

En Colombia el siglo XX habría terminado[4] con la creación del Frente Nacional, el invento político de Alberto Lleras Camargo para continuar ejerciendo un poder, en nombre de la democracia, que había venido profesando desde el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, cuando solapadamente abortó todas las posibilidades de avance y cambio en un país que seguía viviendo, al final de la Primera Guerra Mundial, en la Edad Media. «Tíbet de Suramérica» se le llamaría más tarde.

Terminada la Guerra de los Mil Días el país vivió, hasta la caída del partido liberal, durante el segundo gobierno de López Pumarejo, de la mano de Alberto Lleras Camargo, una relativa y extensa prosperidad que vino a resquebrajarse bajo los gobiernos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla. Y aun cuando los gobiernos militares, los caudillos y el populismo no hayan prosperado aquí como en otras naciones del continente y el analfabetismo haya decrecido del 58 a comienzos del siglo pasado a un 7% de hoy, cuando la página mejor leída del principal diario nacional es la de ortografía, nadie influyó más con su ideología y poder que ese aparente demócrata, que hizo de Colombia una nación corrupta y criminal.

> En ambos gobiernos —escribió con implacable clarividencia Gabriel García Márquez siete años después de su muerte— cumplió Alberto Lleras su destino ineludible de componedor de entuertos, y en ambos [a Mariano Ospina Pérez y a Guillermo León Valencia] con el desenlace incómodo de entregar el poder

---

4. El siglo XX comenzó a morir en América Latina en diciembre de 1959, cuando Fidel Castro entró en La Habana y la capital de Brasil se trasladó a Brasilia. Un arquitecto comunista había creado la ciudad del futuro. La revolución fue la obsesión de los años por venir, todo debía ser subvertido. En 1968 el movimiento estudiantil era reprimido violentamente en todo el continente y el 11 de septiembre de 1973 Salvador Allende moría en La Moneda. Ernesto Guevara había sido asesinado en 1967 y Camilo Torres moría ese mismo año. Son, no obstante, los años del auge de las editoriales como Era, Mortiz, Losada, Eudeba, y tan solo en el año de 1971 hubo en Colombia cerca de un centenar de protestas estudiantiles. El rostro de las ciudades fue cambiando definitivamente. Pedro Ramírez Vázquez creó el Museo Nacional de Antropología mientras Rogelio Salmona levantaba sus Torres del Parque cambiando para siempre el rostro del centro de Bogotá. Julio Cortázar publicaba para entonces *Rayuela* y Octavio Paz afirmaba que: «Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres». A partir de 1967 nadie puede olvidar el momento exacto en que leyó por primera vez esta frase: «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo». 1968, el año que lo cambio todo.

> al partido contrario. En ambos fue lúcido, sobrio y distante, y conciliador de buenos modos, pero de mano dura cuando le pareció eficaz. Lo que no se le pudo pasar siquiera por la mente es que la perversión de su fórmula maestra del Frente Nacional sería el origen de la despolitización del país, la dispersión de los partidos, la disolución moral, la corrupción estatal, en medio de la rebatiña de un botón compartido por una clase política desaforada. Es decir: el cataclismo ético que en este año de espantos de 1997 está desbaratando a la nación.

Fue, en la apariencia, un humilde periodista que llegó por azares del destino a controlar la historia de su país por más de medio siglo, pero en lo más hondo de su verdad histórica, el ideólogo y ejecutor de la peor catástrofe vivida por nación suramericana alguna desde el aciago día que Simón Bolívar abandonó Santa Fe en las manos de Francisco de Paula Santander, el digno paradigma de Lleras Camargo. Porque como a Plutarco Elías Calle y Lázaro Cárdenas, importaba más la gloria que el futuro de sus repúblicas. Y para ello era necesario dar vida eterna a los partidos que los había llevado al poder.

> Caí en cuenta —escribió Lucas Caballero Calderón— que la mayor preocupación de ALLC fue que no se cayera el Partido Liberal y en la defensa obstinada de esa tesis oportunista e inmoral está la clave de todos sus claroscuros y claudicaciones. Lo que importa no es que la sal se corrompa sino que el rebaño se acostumbre a ella. Por eso calló en la segunda administración de López Pumarejo, por eso fue alcahueta de los negocios familiares del segundo, cuando la indignación nacional amenazaba dar en tierra con el Mandato Claro de López Michelsen. Pero hubo una excepción. En 1946, cuando para evitar que un liberal de su generación llegara al poder antes que él, privó su vanidad y se olvidó del partido.

Fue entonces cuando poniendo en práctica algunas de sus creencias contra la literatura y en especial contra la poesía, los ministerios de educación abolieron la lírica y la historia patria de sus exigencias curriculares. El gran intérprete sería su ministro Jaime Posada Díaz,

promotor del Plan Atcon[5], actual presidente de la Real Academia Colombiana de la Lengua, por cuya culpa están allí literatos de la talla de Piedad Bonnet, Carlos José Reyes, Darío Jaramillo Agudelo, Rogelio Echavarría, Ignacio Chaves, Maruja Viera, etc. Durante el primer gobierno del Frente Nacional comenzaron a desaparecer los textos de enseñanza de la literatura y la lengua, donde la médula era el texto mismo. Como Rafael Uribe Uribe [véase: *Liberalismo y poesía,* en **Zona**, Bogotá, abril 9, 1986], Lleras Camargo y su ministro creían que la poesía era una de las causales de la violencia y la ausencia de progreso.

La década que se inició con los estudiantes de París que pedían lo imposible fue también la era de los disturbios y el radicalismo juvenil en toda América, una crítica sin cuartel contra todo tipo de dominación, practicada con alegría y cólera. El crecimiento del alistamiento universitario convirtió a los estudiantes en una influencia incontenible cargada de un cosmopolitismo nunca antes visto. Es entonces cuando todo el mundo cae en la cuenta de que las sociedades latinoamericanas se habían urbanizado y que cientos de miles de campesinos emprendían cada día el abandono de sus parcelas

---

5. Rudolph P. Atcon, asesor del gobierno norteamericano para América Latina desde el Departamento de Estado, OEA y ONU, diseñó el modelo educativo conocido como Plan Básico o "Plan Atcon" [1960 y 1970] con equivalentes como "Plan Karachi", en Asia [1959-60], y "Plan Addis Abeba", en África [1960-61]. Un plan de reformas que incluyó la privatización, el alza de matriculas, la represión al estudiantado y al profesorado. Se redujeron los aportes del estado y el número de años de estudio, para producir mano de obra rápidamente por medio de carreras «cortas», educación a distancia, flexibilización de programas y la creación de universidades para poner en marcha el "Plan Básico" que consistió en disminuir la importancia de las humanidades, de las ciencias sociales y de toda materia que sirviera para analizar críticamente la sociedad, a cambio de un programa de orientación tecnocrática y pragmática. La idea fue «convertir» la Universidad Pública en una institución de formación tecnológica, para lo cual debían elevarse a estatus de científico y profesional las áreas tecnológicas. Se promovió entonces la educación tecnológica de uno a tres años, y la proliferaron los Institutos Politécnicos y Colegios Universitarios. En Colombia, tanto en las universidades como en los colegios y escuelas, se abolió la historia nacional y la lectura de textos literarios y se combatió la memorización de textos poéticos y políticos, considerando que tanto los unos como los otros fomentaban la violencia social. Implementado en los años sesenta por el gobierno de Lleras Camargo, pero combatido durante el gobierno de Lleras Restrepo, la radicalización de estudiantes y profesores contra el Plan Básico y los Cuerpos de Paz logró el cese como ministro de educación de Octavio Arismendi Posada, miembro del Opus Dei, a lo cual el gobierno respondió con la disolución de la Federación Universitaria Nacional, la prestigiosa FUN de los años de agitación del Padre Camilo Torres y su Frente Unido. Las luchas estudiantiles de 1971 se concentraron contra el Plan Atcon. El gobierno en cabeza de su ministro de educación Luis Carlos Galán cerró once universidades y declaró el Estado de Sitio. Galán fue el principal ideólogo de la Contrarreforma universitaria que Misael Pastrana Borrero anunció el 4 de mayo de 1971.

para engrosar los cinturones de miseria de las capitales y centros de poder. Rulfo, Borges, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Cabrera Infante, Onetti, Ferreira Gullar y Octavio Paz certificaban que por vez primera los latinoamericanos éramos contemporáneos de todos los hombres, demostrando que, como nunca antes, pero desde Rubén Darío, teníamos una identidad continental que se expresaba en la poesía. Los más bellos libros de entonces no fueron otra cosa ni tuvieron otro tono.

En Colombia ya había sucedido una rebelión juvenil, pero no de la mano de las nuevas fuerzas sociales, los partidos proscritos o los campesinos desplazados y sus cientos de miles de muertos. El establecimiento, para *Mayo de 1968*, hacía ya una década promovía, mientras bombardeaba los campos, incrementaba la burocracia, aceitaba la corrupción de jueces y gobernantes, ignoraba la tortura y el asesinato de los activistas del guerrerismo castrista y maoísta, una secta llamada *El Nadaísmo,* que no solo había suplantado el protagonismo de los radicales del MRL y *Mito*, sino que era la más viva expresión y anuncio de lo que estaba naciendo: el basilisco del narcotráfico.

> Solidarios con Fidel Castro en el caso Padilla —ha escrito Cobo Borda— los nadaístas vieron cómo su propósito de oxigenar el ámbito cultural contrastaba con el papel ciertamente anacrónico que el poeta continuaba desempeñando en medio de un país que se expandía en forma desordenada, y crecía desquiciando de paso todas sus estructuras a una velocidad mucho mayor que aquella con la cual el ingenio del grupo, en tantos casos convertido en simple bufonería, intentaba encarnarla. Camilo Torres moría en la guerrilla, que actualizaba sus métodos de lucha secuestrando el cuerpo diplomático o bombardeando el palacio presidencial. Ningún nadaísta, bajo los efectos de las drogas que convirtieron en parte de su arsenal subversivo, pudo haber previsto semejante delirio. La moral se relajó, liberalizándose; cuatro o cinco grandes compañías financieras concentraron el capital disponible y la marihuana dejó de ser un fruto prohibido para convertirse en la mayor fuente de

divisas. Después de su caída la cocaína continúa manteniendo una economía subterránea paralela a la oficial y en muchos casos más rica.
Todo lo anterior lo escribo pensando que los nadaístas prestaron una atención casi exclusiva a la actualidad más inmediata, lo cual contribuyó a rebajar su afán creativo. Prefirieron la atracción de la noticia a la ascesis distanciada que implica la poesía.

En medio de todo este batiburrillo surgen los escritores que aquí consideramos miembros de una *Generación Desencantada*, poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos cuyo signo fue la desconfianza respecto de tantas voces y aplausos, y la búsqueda, afanosa, de unas tradiciones donde asistirse, luego de la iconoclasia y borrón y cuenta nueva que habían prohijado de la mano de los nadaístas los Frentenacionalistas. En 1968, cuando todo cambiaba en el mundo y en Colombia el gobierno de Carlos Lleras Restrepo consumaba la destrucción de la vieja universidad liberal y la educación laica, como dos astros solitarios en el firmamento de la lengua aparecieron *Cien años de soledad* y *Los poemas de la ofensa*, la más bella demostración de que ninguno de los enemigos del hombre, en estas tierras, había podido vencer el arte de la literatura y su máxima expresión: la poesía.

Un regreso por las tradiciones de la lengua, tratando de salvar del naufragio el arte viejo de escribir bien, son sin duda las obras que publicarían a partir de entonces, con tonos que parecieran borrar el cinismo y las ironías de la banda nadaísta, nostálgicos y desencantados, Antonio Caballero [*Sin remedio*, 1984], Elkin Restrepo [*La sombra de otros lugares*, 1973], Fernando Vallejo [*Los días azules*, 1985], Giovanni Quessep [*Duración y leyenda*, 1972], Gustavo Álvarez Gardeazábal [*Cóndores no entierran todos los días*, 1971], Juan Gustavo Cobo Borda [*Consejos para sobrevivir*, 1974], José Manuel Arango [*Este lugar de la noche*, 1973], Luis Fayad [*Los parientes de Ester*, 1978], María Mercedes Carranza [*Vainas y otros poemas,* 1970] y Marvel Moreno [*Algo tan feo en la vida de una señora bien*, 1980].

Libros entramados con unos lenguajes nada enfáticos, surgidos de las lecturas de los maestros de la propia lengua, o de las aficiones

a tonos y voces de otros ámbitos lingüísticos frecuentados ya sin las rémoras de la traducción literal, buscando siempre lo que ocultan las evidencias del sentido, rompiendo así con los facilismos de las ideologías y consignas de la moda, sin dejar de documentar un mundo cuyo mayor testimonio es la biografía de poeta Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard, escrita por el periodista Antonio Caballero con una mirada agobiada por las luces de neón, el polvo de una ciudad en permanente destrucción, los ruidos incansables del diario martilleo de las nuevas edificaciones, los buses municipales atosigados de voces y canciones altisonantes, los robos, los atracos, las violaciones, la ruina de un mundo que se derrumba cada noche y se levanta muerto de miedo, otra vez, cada día.

Un mundo, el de los años del Frente Nacional, sin remedio.

Un mundo que retrató con su deslumbrante inteligencia Jorge Gaitán Durán en *La revolución invisible* de 1959:

> No podría esperarse otra cosa de un ambiente en donde para hacer carrera hay necesidad de cumplir inexorablemente ciertos requisitos de servilismo, adulación e hipocresía y donde ingenuamente las gentes confunden estos trámites, esta ascensión exacta y previsible, con la política. Sin duda el fenómeno del arribismo se produce en todas partes y no sólo en el ajetreo electoral, sino también en la vida económica y en la vida cultural, pero aquí ha tomado en los últimos tiempos características exacerbadas y mórbidas, cuyo estudio sería interesante y tendría quizás que empezar por la influencia que la aguda crisis de estructura del país y consiguientemente de los partidos políticos ejerce sobre el trato social, sobre la comunicación en la existencia cotidiana. Resulta significativa la frase que un político de las nuevas generaciones usa a menudo: Voy a cometer mi acto diario de abyección, fórmula que exhibe la decisión —en otros casos furtivamente— de obtener a todo trance un puesto de ministro, de parlamentario, de orientador de la opinión pública, en fin, de ser alguien, de parecer. Su humor es una coartada; intenta cubrir el desarrollo ético con el confort ambiguo y efímero del lenguaje. Se trata de un sorelismo ciego y satisfecho, cuyos objetivos

dependen de algún destino ajeno e imperial. El oportunismo de Julián Sorel es lúcido, torturado, solitario y más eficaz a la larga. En nuestra América el héroe empeñoso de Rojo y Negro hubiera llegado a ser presidente de la república.

**Bibliografía sobre Una generación desencantada**

Antonio Caballero: *Una generación desencantada*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, n° 143, Bogotá, diciembre, 1985. Gabriel García Márquez: *Un escritor llamado Alberto Lleras*, en **Lecturas Fin de Semana de El Tiempo**, Bogotá, marzo 30 de 1997. Harold Alvarado Tenorio: *Doce poetas jóvenes colombianos*, en Árbol de fuego, n° 92, Caracas, noviembre 1975; *Una generación desencantada: los poetas colombianos de los años setentas*, en **Anales de Literatura Hispanoamericana**, Madrid, 1985. James Alstrum: **Los poetas colombianos de los años setentas**, Bogotá, 2000. Juan Gustavo Cobo Borda: *Dos décadas de poesía colombiana*, en **Eco**, n° 258, abril, 1983; **Historia de la poesía colombiana**, Bogotá, 2004; *La nueva poesía colombiana: un oficio subversivo*, en **Eco**, n° 221, marzo 1980. María Mercedes Carranza: *Colombia: poesía posterior al nadaísmo*, en **Eco**, Bogotá, n° 250, agosto, 1982.



## José Manuel Arango

*1937-2002*

José Manuel Arango [Carmen del Viboral, 1937-2002] nació en un centro agrícola y artesanal del noroccidente de Colombia. Allí pasó su niñez acompañando a su abuelo materno en las tareas de siembra y cosecha del maíz que vendía los domingos, día del mercado. De Carmen saldría ya entrada la pubertad para ingresar al Seminario Mayor de Medellín, donde hizo el bachillerato y adquirió la disciplina y el estoicismo habitual de los candidatos a cura. Hizo estudios de filosofía en la Universidad Pedagógica de Tunja, una villa colonial del altiplano donde habían vivido los muiscas. Allí se casó con Clara Leguizamón, su compañera de toda la vida con quien tuvo tres hijos: Rodrigo, Teresa y Gustavo, el primero de ellos asesinado por un conductor de bus municipal, el mismo día de su graduación como bachiller.

En la Universidad de West Virginia hizo una maestría en filosofía y literatura durante el apogeo de las contraculturas y el jipismo, y se vinculó, de alguna manera, a *Black Mountain Review*, un grupo de poetas de vanguardia, liderados por Charles Olson y Robert Creeley, también conocidos como poetas proyectivistas, asociados en los años cincuenta al *Black Mountain College* de Carolina del Norte. Olson era partidario de una forma abierta de texturas poéticas improvisadas, producidas por el ritmo de la respiración y las frases entrecortadas, que en el análisis de la prosodia están marcadas por las pautas del silencio. Un habla que prácticamente no puede ser transcripta, solo representada de manera abstracta en la frase.

Arango fue profesor de lógica simbólica y filosofía del lenguaje en la Universidad de Antioquia, región donde vivió el resto de su vida, en una casa de campo en Copacabana, acompañado por dos perros, una vaca y la incesante visita de sus amigos.

Tímido y desinteresado en la divulgación de su obra [«tenía un silencio hospitalario cruzado de acordes sabios y oportunos —ha escrito William Ospina—, los destellos de una inteligencia del corazón que casi nunca se apresuraba a hacer juicios y que casi siempre entregaba verdades largamente pensadas y más largamente sentidas»], sería hoy desconocida si no hubiese hecho parte de la redacción de una revista, donde más que publicar sus versos servía de traductor. [1]

Arango consideraba la poesía una suerte de indagación al fondo de la experiencia individual y colectiva, que llevando a cuestas nuestras concepciones del mundo, de las ideas y la historia, nos conduciría a las lindes de la gracia, o a la sobrenaturaleza de Lezama Lima: fuerzas que se sienten ante la presencia de un árbol, un niño, un pájaro o el amor, ideas que había concebido y elaborado leyendo en Fernando González [Envigado, 1895-1964], cuya vida y obra fue uno de los paradigmas de su existencia.

José Manuel leyó con enorme interés la obra del filósofo y la *Revista Antioquia*, y debió inspirar a Elkin Restrepo y Arango en la proyección de *Acuarimántima* y, sin duda, de *DesHora*. En *Notas sobre la poesía de Fernando González,* publicadas en El Mundo Semanal,[2] sostiene que uno de los propósitos de la escritura de González era «acabar con la literatura de palabras», con «la intemperancia verbal y sentimental», puesto que el envigadeño sí tenía sentido de la palabra esencial y por ello sus textos son más poesía que prosa. «¿Cuál será el criterio para el valor del estilo, del arte, sea cual fuere? La transparencia», sostuvo González en *El libro de los viajes*. Sus libros preferidos eran *La Celestina,*

---

1. En **Acuarimántima** publicó traducciones de Georg Trakl, Thomas Merton, Kenneth Patchen, Philip Levine y Osip Mandelstam. Tradujo también *El solitario de la montaña fría*, de Han-Shan [1994].
2. José Manuel Arango: "*Notas sobre la poesía de Fernando González*", Medellín, **El Mundo Semanal**, n° 482, sábado 11 de febrero, 1989.

el *Lazarillo* y *El coloquio de los perros* de Cervantes, donde transita un español *hermosísimo y prometedor*, distinto a ese «farolón, repujado, desarticulado de Góngora, Quevedo, Gracián y la revista ABC». Una lengua transparente y tan desnuda, contraria, precisamente, al exhibicionismo que vulgarizaron los nadaístas, amos de la publicidad. «Todos somos aquí publicistas: poesía, filosofía, pintura, escultura, santidad pu-bli-ci-ta-ria. Todos somos poetas-periodistas y putas-periodistas». González iba por el mundo, vislumbrando desconsuelos, «sacaba la libreta del bolsillo —dice Arango—, y debajo de una ceiba o un pisquín, en la mesa de un café, escribía. Hacer un libro era pasar en limpio las libretas. Que no son diarios, no tienen el egotismo del diario. Son, más bien, anotaciones de viajero». Una desnudez semejante al vacío, negación de la vanidad. Una prosa que al descomponer el yo nos hace vivir más que pensar, ser sabios y santos. Autorretrato que dispone mientras hace homenaje a su maestro en *Pensamientos de un viejo:*

Usa bordón de guayacán o guayabo.
Todavía, con todo, es un viejo derecho y ágil.
Quizá la mano tiemble un tanto, la mano de dedos nudosos,
pero el bordón es sólo un resabio de caminante.

La boina cubre la gran testa pelada.
Cabezón pero infiel, así me parió mi madre.
Algunas hebras canas asoman en la nuca, en las sienes.

Dos rasgos, sobre todo, resaltan en el rostro magro:
la quijada saliente y los ojos de una inquietud atenta.
Van del sarcasmo a la inocencia, al gozo, a la duda.
Ya estudian burlones a la gente que pasa.
Ya se fijan, mansos y lúcidos, en las palomas.

Y todo lo que ven es asunto de su lento monólogo,
todo casa en la larga meditación que lo ocupa.
En ella cada cosa tiene un lugar y un sentido.
Es una pregunta, una señal.

Por ejemplo, esa muchacha que cruza. Una bella negra
cuyo paso está hecho del ritmo que marca un tambor lejano.
Lo oye en sueños o ebria. Camina, danza.
Es Eva, de catorce años y medio.

El viejo se apoya en su bordón, se detiene.
Una sombra de triste avidez, de alegre avidez, le nubla la cara.
En tiempos solía sorprenderse siguiendo a una muchacha.
Dios es una muchacha, la muchacha de las muchachas.

Esos senos duros, erectos. Pero no, no es dureza.
Es elasticidad.
Uno hunde el dedo en la carne y la carne se hinche de nuevo.
Hermosa, es decir joven.

Bah, puro misticismo, religión pura.
Prédica de cura viejo, dijimos.
¿Qué podría enseñarnos? preguntó nuestra desconfianza.

Vida, diosa de los ojos maliciosos.

Nos pensó. Tuvo ojos para ver nuestro entorno.
Conocía esta tierra.
Una tierra como útero herido por el partero con la uña.

Y esa forma suya de hablar, con vocablos redondos, duros.
Uno sabe: esto es mío. Se reconoce.
Usó para pensarnos el dialecto que hablamos.

A veces saborea y saborea una palabra,
una manera de decir oída en la niñez.
Así se acaricia una teta de muchacha.

Porque sabía ver, palpar, olfatear.
Oler es el primer acto del amor.
¿No me deleito yo oliendo las cabezas de mis hijos?

Es preciso, dijo, acallar la propia algarabía
el silencio es una conquista, un fruto difícil—
y quedarse donde lo coja a uno el amor,
solo, despacio, paladeando, tocando.

Y allá va la negra. Va erguida
como si llevara en la cabeza un cesto de fruta.
La cadera es exacta, el vientre justo.
Es Eva, grávida ya de Caín.

Porque el hombre, animal saltarín, animal triste,
¿de qué puede ser medida?
Como útero herido por el partero con la uña.
Sabe: pasó por el infierno y las siete soledades.

Me gusta imaginarlo sentado a la sombra de su ceiba.
Pondera el tronco, grueso y negro, como de un vigor antiguo,
pondera las raíces retorcidas.
Remira el verde de la hoja, tan tierno contra el tronco sombrío.
Esta vieja ceiba es casi toda raíces.

Y allá va la negra: senos altos, puntudos, que tiemblan al paso.
Los senos, lo primero que se pudre.

Como la vida de Fernando González, la obra de José Manuel Arango fue un trazo al carboncillo de su época, el desgraciado tiempo que tuvo en la tierra, usando, precisamente, de esa lengua vernácula que había aprendido en su pueblo, con las palabras que salían de la boca de su abuelo y con las cuales levantó una obra que rompe con la alharaca del nadaísmo y sus banalidades propagandísticas. Palabras y giros prosódicos como *muchacha amarga, una mujer en tanto, mide un jeme tal vez, toda ella está hecha para predar, con un solo ojo torvo, ¿qué ventea en sus calcañares?, el guayacán de copa ahusada, apalabrar, dos gajos cuelgan sobre el muro encalado, los arbustos entecos, él quiere responder y no atina, se dan al tiempo tragón, el girasol es un encono íntimo, la voz de los amantes enronquecida, adentro del vestido traslució el cuerpo negro, un reguero blando jabonoso de flores, se añudaba*

*gimiendo, camina bamboleándose de un lado a otro, el sueño rencoroso,* etc., dejan una huella añosa y un sabor conocido, abriendo camino hacia esa poesía de la decepción que escribirán los desencantados.

Aun cuando parece que escribió desde muy joven, el primer libro de poemas de Arango se publicó cuando tuvo treinta y cinco años, justo cuando Medellín padecería la más grande crisis económica y social de su historia y se convertiría en una de las ciudades más violentas del planeta con altísimos índices de desempleo, que hicieron que el narcotráfico fuera la alternativa ideal para salir de la pobreza. Narcoterroristas, sicarios y bandas delincuenciales hicieron del secuestro y los asesinatos de jueces, políticos y policías moneda corriente. Esa es la ciudad que conoció el poeta ya entrado en su madurez. Arango, que había militado en su juventud en el Partido Comunista, sabía que su poesía no podía ignorar lo que sucedía en su entorno. De ahí que su obra sea, a pesar de la frecuencia de aves, árboles y paisajes, un retrato áspero y cáustico de la ciudad. Un entramado de signos, donde el ojo revela lo que los otros no ven: el poema, la epifanía del verso.

La ciudad: un desierto dorado
por la luna
las calles
son las líneas de una mano
abierta.

En algún lugar alguien lee
un libro extraño como el silencio.

Ese rostro, la llama móvil
que lo multiplica: los ojos
que sostienen en vilo
la plaza desierta.

Una mujer en tanto
con el pelo revuelto
y los rasgos quebrados
borrosos del sueño

habla: grita
palabras olvidadas
y la boca se le llena de sombra

mundos de hielo
crujen
y se derrumban
en el origen de sus terrores.

Por la avenida de farolas
las copas de los cauchos
me tiemblan

con un temblor de plata
bajo el viento, bajo la luz
blanca

el índice entre el libro, ahora
cerrado, no señala.

Cerca de la ventana iluminada
un aleteo roza el muro
de piedra

la mujer sueña
sueños tranquilos

y en el silencio, extraño como un libro,
también la ciudad es un texto.

[Texto]

*Este lugar de la noche* fue un volumen disímil, desordenado, tipográficamente mal distribuido y con descuidos sintácticos, editado en una vieja prensa de tipos que tenía Fernando Granda, un grabador que había vivido durante la revolución cultural en Beijing y que en Medellín creó la Editorial Oveja Negra, que luego editaría y piratearía la obra de García Márquez, de la mano de José Vicente Kataraín. Granda

cobró a Arango cinco mil pesos por los trescientos ejemplares de sus poemas. Pero en ese librito maravillaba el tono. Allí, en esa ciudad, el poeta, abandonado de si por transcurrir el mundo, va por las calles recogiendo sin descanso desvelamientos: un grupo de ciegos cantan con una voz que parece su ceguera, un edificio se ha derrumbado, la sombra de un árbol se doblega contra un muro, el lomo de una trucha nos dice que vivimos:

En la carnicería cuelga el tronco de la res desollada

como un fuego vegetal,
por la cara sombría
de las vendedoras de flores
rebrilla el rojo de las rosas.

Entre el griterío cantan los pájaros
y la cáscara de plátano se tuesta bajo el sol de la tarde.

Bachué, señora del agua, enséñame a tocar
la fina pelusa bermeja del zapote,
a ver la sal brillante en el oscuro lomo de la trucha.

Vestido con el pelo de las bestias,
los pies cubiertos de un retazo
de piel de toro,

me detengo junto al baldío
donde el verde fértil de la maleza
afirma, en el corazón mismo de la ciudad,
una pervivencia salvaje.

[Baldío]

Aun cuando una buena parte de su poesía está dedicada al erotismo, sus textos son una mano que toca la piel de la mujer, más que actos amorosos o fornicaciones. Arango se complace en recrear el ojo sobre el talle de una negra, o los labios de una mulata, y es raro ver en sus versos alguna muchacha mestiza o blanca.

Arango se ocupó también de bosquejar a los extrañados, abandonados, solitarios, pintando la ruina de la vejez:

Sentados en círculo,
el rostro cerrado por enigmática
sonrisa
los sordos
hacen signos extraños
con los dedos
y cuando la oscuridad
es silencio
oyen
con la cien en el puño
sus pensamientos.

Atroz vigilia de los sordos,
en sus cráneos
los silenciosos hundimientos
de los valles del mar.
Los ojos
dolorosamente
abiertos.

[Asilo]

Pero si algunos de sus poemas remontarán el destino del tiempo, sin duda serán aquellos que dedicó a la violencia estatal y paramilitar de los años ochenta y noventa. En una entrevista concedida a Cristobal Peláez, hizo referencia a la época que vivía:

Cuando uno vive en una cultura de la violencia, una cultura de la muerte, uno no sabe qué hacer, cómo escribir. Todo puede llevar a un tono de pesimismo, de desaliento, una voz que sigue ahí hablando de muerte. Todas esas cosas se las deberían dejar a los noticieros y uno tendría que escribir a pesar de todo, poemas felices. Mostrar un mundo diferente. Pero, ¿no sería también caer en idealismos blandos, en posturas vacilantes, en una actitud de vacío? […] Estamos metidos en una atmósfera de muerte y hay que reaccionar.

Uno de los poemas de Montañas [1995] destiñe el goce del cuerpo al verse rodeado de cadáveres, una danza macabra:

> Sí,
> tocarte.
> Pero todos esos muertos rondando.
> Sus sombras oscurecen los vanos de las puertas.
> Son una algarabía silenciosa.
>
> Te desnudas y ellos te miran,
> todas esas calaveras mironas.
> Te rodean, se apiñan
> en torno tuyo.
>
> Alzo la mano para acariciarte.
> Y los muertos acuden,
> manotean sobre tus pechos.
>
> Pongo mi mano en tu cintura.
> Y ya, debajo de la mía,
> hay otra mano.
>
> Tántos muertos.
> Y qué hacen aquí,
> quién los ha invitado.
>
> [Hora]

Y así como la realidad fue degradando la vida, la poesía de Arango llegó incluso a la absoluta desnudez:

«Vendados y desnudos fueron pateados en el vientre y los testículos, fueron colgados de las manos atadas a la espalda. Les enterraron agujas bajo las uñas. Les metieron palos y tubos por la boca. Los sometieron a simulacros de fusilamiento. Los privaron de alimentos y de sueño, obligándolos a permanecer de pie día y noche, desnudos. Les aplicaron choques eléctricos. Los sumergieron en charcos de agua helada».

Y el remedo, obsceno, de la caricia:

«Me agarraban los senos y los torcían y jalaban como si quisieran arrancármelos».

Obdulia Prada de Torres, c.c. 20.299.097 de Bogotá.

Y el remedo siniestro de la cópula:

«Otra vez me obligaron a punta de golpes con un fusil a abrir las piernas a tal grado que sentí descuartizarme».

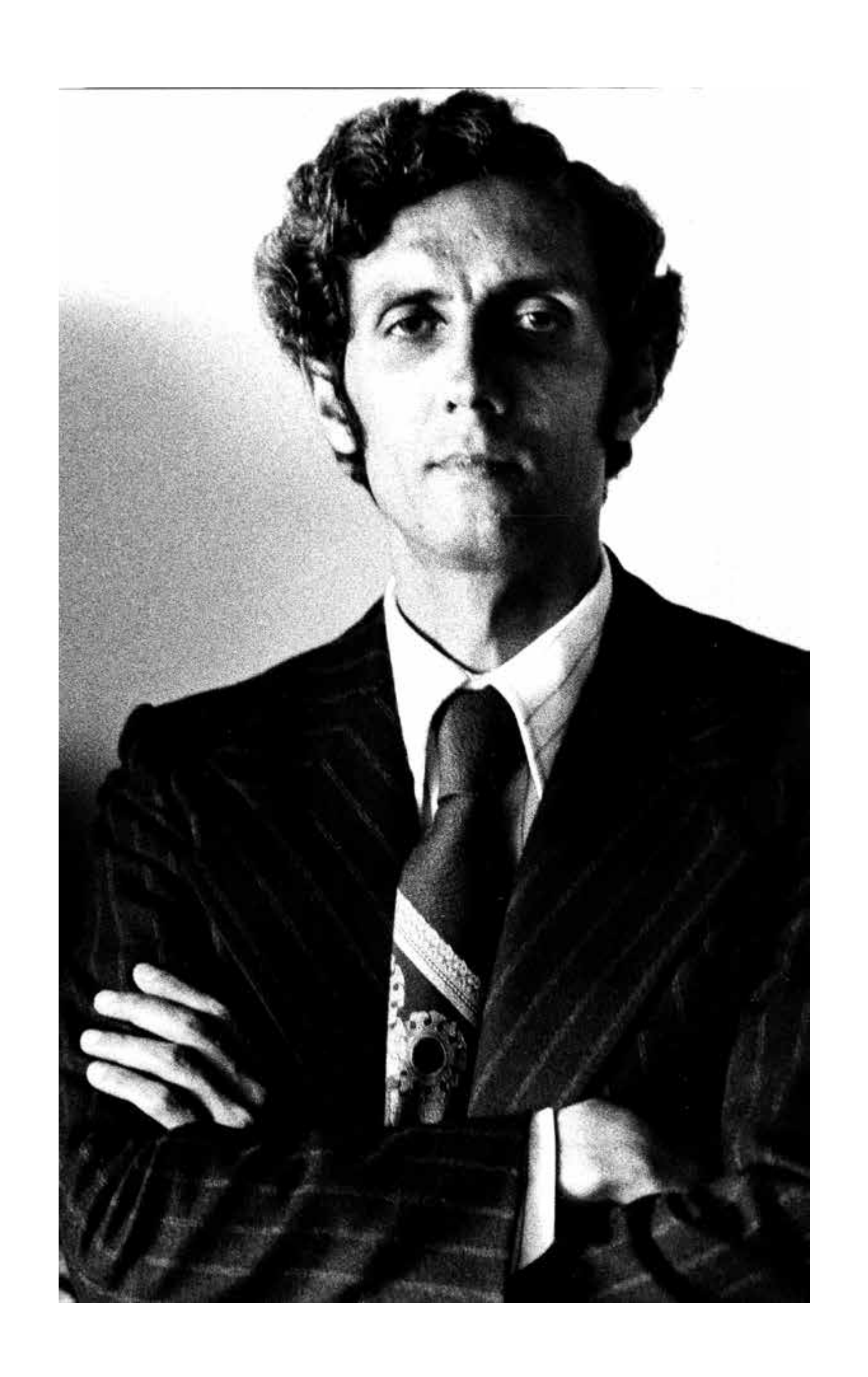
Como si se aborreciera la vida.

**Bibliografía de José Manuel Arango**

**Este lugar de la noche**, 1973. **Signos**, 1978. **Cantiga**, 1987. **Tres poetas norteamericanos: Whitman, Dickinson, Williams,** 1993. **En mi flor me he escondido: poemas de Emily Dickinson,** 1994. **Montañas**, 1995. **Poemas reunidos**, 1997. **La sombra de la mano en el muro,** 2002.

**Bibliografía sobre José Manuel Arango**

Andrés Vergara: *El poeta José Manuel Arango*, en **El Mundo**, Medellín, junio 8, 1996. Harold Alvarado Tenorio: *La poesía de José Manuel Arango*, en **El Pueblo,** Cali, marzo 10, 1976; *Una generación desencantada, los poetas colombianos de los años setenta*, en **Anuario de Literatura Hispanoamericana**, Universidad Complutense de Madrid, 1985. Jaime Eduardo Jaramillo: *Mito y vigencia de la ciudad en la poesía de José Manuel Arango*, en **Revista Universidad de Antioquia**, Medellín, n° 223, enero, 1991. Luis Germán Sierra: *Cántiga*, en **Revista Universidad de Antioquia**, Medellín, n° 212, abril, 1988. Tarsicio Valencia: *Curvaturas en la poesía de José Manuel Arango*, en **Revista Universidad de Antioquia**, Medellín, n° 212, abril, 1988. William Ospina: *El parpadeo del jaguar*, en **La Prensa**, Bogotá, agosto 3, 1989.



## Giovanni Quessep

*1939*

Al publicar en 1972 uno de sus libros capitales, *Duración y leyenda*, Giovanni Quessep [San Onofre, 1939] puso como epígrafe unos versos de Antonio Machado que resumían su postura poética:

> Canto y cuento es la poesía
> se canta una viva historia
> contando su melodía.

Se formulaba, así, la tradición y la ruptura que iba a ser el signo de los poetas de los setenta, mejor conocidos como *Generación desencantada*. Tradición, pues Quessep representa el retorno a ciertas concepciones del poema que parten de *Nocturno* de José Asunción Silva y tienen su cumbre en *Morada al Sur*, de Aurelio Arturo. Unas temáticas y tonos ciertamente muy colombianos, si es posible la existencia de ellos. Narración y leyenda que venían igualmente de Jorge Luis Borges, a quien también leyeron todos los poetas de los setenta. Para el Giovanni Quessep de esos años la poesía, Flor de Loto, era la consubstanciación de otras posibles realidades que se opondrían, mediante la encarnación de las leyendas y las fantasías del hombre, a un mundo de crueldad y miseria y hambres que es la historia del hombre. Un mundo hecho de la derrota del hombre por los dioses. Pero dueños de las palabras para librarse de esas desdichas. Apolo y Dionisos presiden con toda su fuerza y equilibrio esta poesía. El fuego y el canto de Orfeo también, pero siempre la duermevela del ensueño conduciendo la vida y lo real.

Giovanni Quessep ha urdido con Homero, el oriente, Dante, la rosa, el ruiseñor, Shakespeare, Alicia en su país de maravillas, Omar Kayyan, Babilonia, China, Biblos, Darío, Borges, Penélope, Orfeo, Violeta y Claudia un artilugio que se sostiene con los arquitrabes del soneto, el endecasílabo, el cuarteto, la canción, el madrigal, la elegía o el verso libre, para hacernos «creer que el poema debe ser una metáfora del alma: metáfora de sus maravillas y de sus terrores, de sus cielos y de sus abismos, esto es, la transfiguración de la realidad, lo que no constituye el olvido de la misma, sino su afirmación más profunda. Aun el yo lírico es del reino de las fábulas».

Casi nada sabemos de la vida de Giovanni Quessep Esguerra, nacido en un olvidado pueblo de la costa norte de Colombia, al que solo podía accederse por mar, desde un pequeño puerto llamado Verrugas, adonde llegaban los viajeros sobre la espalda de los descendientes de esclavos y en barcos de vela emprendían una odisea de más de cuatro horas para llegar hasta Cartagena o hasta Tolú, donde al fin podían tomar algún vehículo para continuar la marcha. El padre del poeta, aun cuando nació en Cartago, en el Valle del Cauca, fue llevado a la edad de dos años a la tierra de sus padres, el Líbano, donde permaneció hasta los veinticinco años, cuando regresó a Colombia como empresario de cine, para proyectar filmes en los desolados pueblos de Sucre corriendo peligros de muerte al enterarse, los espectadores, que los actores de las películas no habían muerto en la cinta anterior y seguían vivos en la que estaban viendo. Las películas de vaqueros dejaron huella en la imaginación del vate, así como las durezas de la vida cotidiana en esas regiones de olvido, cargando por largos trechos vasijas con agua o buscando la leña para la comida. Y la violencia.

> Un once de junio, recuerda Quessep, día de San Onofre, los curas del pueblo que eran alemanes e italianos se opusieron a salir en procesión y entonces las gentes rompieron todas las imágenes menos las del santo patrono. […] En San Onofre vivía un italiano llamado Luigi Sarsarulu, tenía una bella casa a la entrada del pueblo, con muchos objetos preciosos y un dia estaba elevando un barrilete con su hijito y la policía llegó hasta su casa y le dijo que estaba prohibido elevar barriletes y como

> Sarsarulu intentara sacar una pistola el policía le disparó con su fusil y cuando el italiano caía sobre él lo abrió con una bayoneta de arriba abajo [...] Días después en ese año 49 la policía atacó nuestra casa, arrojaron los muebles al parque de los almendros y tuvimos que irnos a Sincelejo a casa de mis tíos...

Los libros que Giovanni Quessep frecuentó en su niñez y juventud fueron la *Divina Comedia* de Dante, que le obsequió Gabriel Porras Troconis, por ser buen estudiante en el Colegio San Pedro Claver de Cartagena cuando tenía diez años; el *Quijote* y *Las mil y una noches*, que conoció a través de un hermano de su madre, en una versión de Enrique Gómez Carrillo de la traducción de Antoine Galland profusamente ilustrada. Poeta inspirado, Quessep escribió su primer poema a los catorce años, ceñido a los metros y las rimas que tanto conoce. Al llegar a Bogotá para continuar sus estudios hizo amistad con Aurelio Arturo y asistió junto a Jorge Gaitán Durán a los cursos que ofrecía don Jorge Guillén sobre la poesía del siglo de oro y la generación de 1927. Arturo le haría conocer a Ludovico Ariosto. Luego fue a Italia, donde aprendió la lengua de Dante. Vive en Popayán hace casi treinta años, exiliado, prácticamente.

> Si la poesía colombiana ha vivido generalmente en y del vacío, si con muy contadas excepciones ha desdeñado la inteligencia y olvidado la cultura, entendida esta no como un saber erudito, sino como un asunto conflictivo, como el producto de nuestros trabajos y ese desgarramiento que significa realizarlos —escribió Cobo Borda— Quessep se ha situado en mitad de tal disyuntiva: allí donde le será necesario negarse a sí mismo, en su integridad, para alcanzarse a sí mismo, en su plenitud.

**Bibliografía de Giovanni Quessep**

**Metamorfosis del jardín: 'Poesía reunida' [1968 -2006]**, Bogotá, 2007.

**Bibliografía sobre Giovanni Quessep**

Andrés Holguín: *Giovanni Quessep*, en **Antología crítica de la poesía colombiana**, Bogotá, 1974. Carmen Conde: *El maestro de la poesía*, en **La palabra**, Cali, abril, 1993. Francisco Cervantes: *La agonía del mundo*, en **sábado de Uno más uno**, México, junio 14, 1986. Harold Alvarado Tenorio: *Acerca de la poesía de Giovanni Quessep*, en **El Colombiano**, Medellín, septiembre 7, 1975. Jorge Ordoñez: *Giovanni Quessep, el encantado*, en **Cuadernos de literatura del Caribe**, Barranquilla, diciembre, 2009. Juan Gustavo Cobo Borda: *La poesía de Quessep*, en **Eco**, n° 141-142, Bogotá, 1972. Luciano Rivera: *La poesía de Giovanni Quessep*, en **Arquitrave**, Bogotá, abril, 2003. Martha Canfield: *La nueva poesía de Giovanni Quessep*, en **Eco**, n° 146, Bogotá, 1972.

## El que no ha de contar su fábula

¿Por qué esta reina dolorosa
que en la noche de mi alma canta:
deja los huertos de la vida,
bella es la muerte, cuéntame tú fábula?

¿Por qué este oscuro madrigal
preguntándome siempre: cuándo
dejarás la rosa del tiempo,
torna, torna que te esperamos?

No sé de dónde es esta voz
que me ofrece el olvido de su música,
no sé qué azul de otra palabra
me quiere dar su pétalo o su luna.

A veces hablo de la vida,
digo que la vida es amarga,
y alguien que no conozco, en sueños,
me vuelve su canción de hojas doradas.

¿Pero qué podría decirte
desde las ruinas? ¿Qué podría
decir quien todo lo ha perdido?
¿Cómo hablarte de mi desdicha?

Si fui feliz ya no lo soy,
ni me recuerda lo pasado,
quisiera callar para siempre
y no volver a la ilusión del canto.

No me dejes mirar tus ojos
ni la madera de tu barca.
Mi vida es esto y Dada más,
era una vez, érase mi alma.

Déjame, reina dolorosa,
déjame ser el que no vuelve,
el que no ha de contar su fábula
sino a las hadas de su muerte.

## La hoja seca

La hoja seca suena
con el rumor
de las praderas antiguas.
¿Quién sabe qué países
no conocemos,
qué cielos no oímos
en su ala profunda?
La hoja seca se mueve
de nuestras manos
a nuestra alma:
Caemos en su red de sortilegios
y escuchamos el canto
del hada de ojos de terciopelo
o vemos a la muerte
de pie en el umbral de nuestra casa,
en el umbral de ciprés
donde nos visten de reyes
con una túnica
y un cetro de palo
y nos azotan con ortigas
y nos coronan de flores moradas.
La hoja seta vuela
con esa música
de las praderas antiguas
que veremos un día
bajo el rumor del alba o la noche.

## Quizá todo ha pasado

Quizá todo ha pasado
y ya nada hay que hacer,
quizá toda la nieve ha caído
y la primavera también es ceniza.

Tal vez nunca se oigan
estas palabras, su rumor
que viene desde adentro
con pájaros o nubes y hojas secas.

Pero mis ojos buscan y hallan
lo que no tiene nombre, lo que nace
de una mano celeste, o miran
un cuerpo dorado con asombro, unas Flores.

Posiblemente se ha perdido
el gozo de vivir un día más,
pero hay algo que no conocemos
y espera nuestra canción en el alba.

Entonces un secreto,
la verdad que es el amor, su belleza,
quiera posiblemente darnos
para la muerte su más hondo cielo.

## Insomnio

El canto de un grillo en el jardín
trae consigo la rama del insomnio,
como un pito de vidrio
que convoca las alas del invierno.

Nunca estuve tan cerca de la muerte,
nunca supe que detrás de la música
pudiera haber el cielo adverso
perdido entre las zarzas y los robles.

¿La villa es ilusoria entonces,
un huerto miserable
por donde van la ronda de las constelaciones
y el reposo nocturno inalcanzable?

## Cancion del que parte

Por la virtud del alba
quieres cambiar tu vida,
y aferrado a la jarcia
partes sin rumbo conocido.

Todo es propicio, los acantilados
y el arrecife duermen en la espuma,
tan solo una gaviota espera
sobre el palo mayor de caoba y de luna.

Quizá te aguarden para darte
el amor y la palma del vino
o en la orilla sin nombre,
pescadores vestidos de un luto azul.

Vas solo con tu alma, barajando
canciones y presagios
que hablan del bosque donde la hierba es tenue,
lejos de la desgracia que en ti se confabula.

A tu paso verás las islas
que otorgan el sonido de un caracol,
verás tu casa, el humo
que ya aspiraron otros en la aurora.

Mas, ay, si te detienes
tal vez allí se acabe tu destino:
¿y quién podrá salvarte,
quién te dará lo que buscas entre hadas?

Duro es partir a la fortuna;
el hombre solo cierra los ojos ante el cielo
y oye su propia historia
si se rompe el encanto.

Pero, si quieres seguir, sigue
con la felicidad entre tu barca,
todo está a tu favor, el cielo,
la lejanía que se abre con el amor, como la muerte.



## ELKIN RESTREPO

*1942*

Poeta, narrador, dibujante, editor y profesor universitario, Elkin Restrepo [Medellín, 1942], aun cuando en su juventud hizo parte de la nómina ficticia del nadaísmo, es uno de los más notables escritores de la llamada *Generación desencantada*. Creador y promotor de varias de las más prestigiosas revistas literarias de la segunda mitad del siglo XX, con José Manuel Arango publicó *Acuarimántima*, *Poesía* y *DesHora*. Actualmente dirige *Odradek*, la única dedicada al cuento, y *Universidad de Antioquia*, notable por su longevidad y vigilancia de los destinos de la cultura y la ciencia entre nosotros.

Nacido en la Calle Lima, cerca de la iglesia de El Carmen, en el barrio Manrique, sus recuerdos de infancia se remontan a la Calle Pativilca, en la parte alta del Barrio Boston, cuando al subir a una tapia de aquella casa donde había existido una mina de oro, una de esas tardes bañadas de una intensa luz, en un reflejo sobre una vieja puerta cancel vio el paraíso, sintió la poesía, visible en lo invisible, como querían los románticos. Desde entonces Restrepo ha creído que los momentos más nobles de la existencia los depara el poema y, por supuesto, los estados místicos, como el que vivió cuando tuvo cinco años.

> La poesía —ha dicho en varias ocasiones— siempre nos está indicando que pese a su aspecto trivial o anodino, a sus momentos de opacidad, la vida constituye un hecho extraordinario y único y merece vivirse, que la vida es algo sagrado. Porque sin la

> poesía, inmortal y pobre, no advertiríamos el profundo sentido de todo, ni el misterio y la belleza de las cosas. Ignorarla, constituye nuestra mayor desgracia.

Hijo de una pareja de campesinos de Titiribí y Sonsón, que escasamente habían terminado la primaria, en plena adolescencia descubrió el cinematógrafo. El Cine Manrique se convertiría en el otro mundo de su juventud, donde vio todas las películas porque pensaba que el cine era mejor que la vida.

Cuando cumplió veintidós años y estudiaba derecho en la Universidad de Antioquia, el *Magazine Dominical de El Espectador* publicó cinco de sus poemas que, conocidos por Gonzalo Arango, hizo lo incluyeran en una antología del grupo en *El corno emplumado/The Plumed Horn,* la mítica revista de vanguardia mexicana que hicieron Margaret Randall y Sergio Mondragón. Desde entonces su nombre aparecería en revistas como *Eco* o en publicaciones colectivas como ¡Ohhhh! o el volumen que en honor a Aurelio Arturo publicó Jaime Ferrán para la editorial Adonáis de Madrid, haciendo eco al calificativo que Álvaro Burgos había puesto a un puñado de poetas de varios de sus coetáneos en las *Lecturas Dominicales de El Tiempo.*

Uno de sus libros arqueológicos es sin duda *Memoria del mundo* [1974]. Hundiéndose en Kafka, los poemas inhumanos de este libro son símbolo de su pasado, pero no en relación con *los otros*, sino con la naturaleza; un mundo donde el gestor de la vida, el erotismo, está ausente y la palabra da cuerpo a imaginarias restauraciones de la infancia, y la constante meditación sobre la existencia, con cielos, rios, árboles y pájaros devienen substancias de la muerte y la soledad; soles, lluvias, días y sombras de melancolía.

> Nada inventa el mundo en este instante,
> un pájaro es apenas el presagio de otro día
> por volver sobre una y misma muerte….
>
> Precario a la crónica,
> el tiempo desluce en reino y sombras,
> duerme en la vida como una mentira…

Calles, plazas, patios, muros, recuerdos, evocan en su plasticidad los filmes del neorrealismo italiano, los argumentos y las arquitecturas de Cesare Zavattini o de Sicca. Un empujarse hacia el pasado negando el presente, un regreso a todo lo perdido sabiendo que ni espacio ni tiempo podrá recuperar todo aquello.

Ese es el corpus que resucitará una y otra vez en sus libros posteriores, en *Retrato de artistas, Absorto escuchando el cercano canto de sirenas* o el deslumbrante *La visita que no pasó del jardín*.

*Retrato de artistas* [1983] es una serie de poemas con nombres de actores, hoy olvidados, en un momento límite de sus vidas, cuando el crepúsculo alumbra sus carreras y la vejez, la soledad, la enfermedad, las adicciones, el suicidio y la desilusión han tocado la puerta. Una poética de la desilusión, como llamamos aquí a este grupo de poetas que surgieron después de la alharaca nadaísta. Una prosopografía y etopeya de la existencia enmascarada en los rostros de luminarias de las cuales nada sabremos.

> Un territorio de desolación se extiende a la orilla de lo que fue la vida —dijo Eduardo Jaramillo de estos poemas. Cerca de un mar blanco y cruzado de pájaros, o bien en medio de la noche, en el centro del patio o asomados a una ventana, aquellos que alguna vez fueron jóvenes y célebres contemplan el ir y venir de las gentes o las aguas. No comprenden lo que les sucede. De pronto, como en un *fade out*, se disuelven los contornos de sus días de esplendor y se transfiguran en la razón de una penuria.

*Absorto escuchando el cercano canto de sirenas* [1985] es un libro gris y punzante que radicaliza los argumentos y motivos del anterior y que, a la zaga de un yo que no acaba de indagar por el sentido de su contingencia, más allá de toda evidencia da testimonio de la muerte de toda ilusión. Caer para ser.

## El don

Ningún lugar mejor
que la ciudad
para pensar en ciervos
y bosques,

para hacer del momento
una pura ensoñación,

la vida que queremos
y no existe,
o existe en otra parte.

Venados, osos, perros,
montes y lagos,
y en el camino que traza
el candil
de una luna de hielo,
un hombre
con la pieza de caza
a cuestas.

Por un instante
soy aquél
que, primitivo,
se libra al destino
de un mundo naciente y áureo.
Y pacta acuerdos
con la ruda Ley
que le ofrece por sueño
la vida.

La vida salvaje y bella,
donde copular, cazar, pescar,
cambiar con el tiempo nómade,
es suficiente,
y donde no cabe
ilusión distinta
a la labor de cada día,
y el sueño es el simple
descanso,

el dios que vela tus fatigas.

Y vivir, el don.

*La visita que no pasó del jardín* [2002], su mejor libro, lidia con la experiencia mística de un hombre sin religión. Alguien, persona o personaje que por momentos se da cuenta de que el mundo le deja ver y sentir realidades profundas y misteriosas que dan testimonio de mundos infinitos y que el poema puede atesorar, epifanías, que pueden ser levantadas solo con las palabras del demiurgo que es un poeta. Una poesía que se hunde en la desesperanza porque lo cotidiano le asombra.

Verdades que salvan el fulgor de la aflicción, que dejan ver la fosforescencia que mora en cada perversión, y transfiguran la infamia en ensueño o desidia, todo ello confeccionado con un mundo alterado de sueños triviales, actos tan frágiles como la vida misma. Un yo lírico —horadando las alucinaciones de Borges y Kavafis—, que siendo consciente de su finiquitud hace caso omiso de su cercanía, porque sabe que la palabra, la voz definitiva, salvará del olvido. El resultado son aquellas luces que vio de niño mientras el sol golpeaba la rancia puerta de la casa donde habitaba el oro.

## Composición

Las usuales cosas de siempre.

Nadie daría un peso por ellas.

Su brillo de latón
ahogado en el trivial
episodio de cada día.

El beso que hoy sumamos
al beso de ayer.

Su inhumano porvenir.

La loza que se acumula
en el fregadero.

El rosedal
que cunde en el jardín
opaco.

Nadie hablaría aquí
de salvación.

Y sin embargo
son ellas,
las usuales cosas,

el beso, el fregadero,
el jardín,

los sueños
que apenas te llevan
a alguna parte,

las que
en su destello,
en su paciente desventura,

elevan al cielo
el coro

que hace volver la cabeza
a los mismos ángeles.

Restrepo también es pintor y dibujante, y ha oficiado como editor. Desde los años de bachillerato se interesó por las leyes de la perspectiva, el sombreado, la representación y las virtudes del ejercicio continuado a que obliga el arte. Ya de mayor pudo visitar los grandes museos y luego se fue vinculando a los talleres de sus amigos pintores, donde ha hecho óleos y acrílicos, monotipias, grabados y dibujos. Pero su sueño es crear una editorial donde pueda hacer libros perfectos de bajo tiraje, fuera de circulación comercial, que vaya creando una nueva realidad, que agregue seres al mundo, inmateriales y eternos como la poesía.

**Bibliografía de Elkin Restrepo**

**La sombra de otros lugares** [1973]; **Lugar de invocaciones** [1977]; **La palabra sin reino** [1982]; **La Dádiva** [1992]; **Lo que trae el día** [2000]; **Luna blanca** [2005] y **Amores cumplidos** [2006].

**Bibliografía sobre Elkin Restrepo**

Alonso Aristizábal: *Amores cumplidos*, en **El Tiempo**, Bogotá, 25 de julio, 2008. Emma Lucía Ardila: *La otra dádiva*, en **Número**, nº 35, Bogotá, enero-febrero, 2003. Jorge Cadavid: *Absorto escuchando el cercano canto de las sirenas,* **Boletin Cultural y Bibliográfico**, nº 63, 2003; *Nada vida te pido*, en **Boletin Cultural y Bibliográfico**, nº 65, 2003. José Eduardo Jaramillo*: ¿Ubi est Hollywood?,* en **Boletin cultural y bibliográfico**, nº 10, Bogotá, 1997. Juan Felipe Robledo: *Una poesía del desvanecimiento*, en **Arcadia**, nº 18, Bogotá, marzo, 2007. Leandro Garzón Agudelo: *Una lectura de Retrato de artistas*, de Elkin Restrepo, en **Lingüística y literatura**, Medellín, nº 60, 2011. Pablo Montoya: *Luna blanca*, en **Pie de página**, Bogotá, nº 3, abril, 2005.

## Embrujo

Ningún anhelo mejor
que la vida misma.

Ningún sueño más apropiado
que la misma realidad.

Ningún suceso mayor
a un día
en el cual no sucede nada.

Una fiesta: el más trivial
de los actos,
el más distraído de los besos.

Fábula,
despertar y saber
que estamos vivos.

## De este lado

Al levantar la vista,
allí en el balcón,
del color de las flores,
el instante perfecto.

Tuyo, tarde, es este
pliego luminoso.

Como si alguien supremo
hubiera escogido
el lugar para descender.

El rubor de las pequeñas hojas.

El reflejo encarnado en la ventana.

Tal presencia
me estremeció.

Y, por mirar, quedé en vilo.

Un parpadeo.

Luego un instante
que al dudar de su realidad,
enseguida pasó.

## Gesta

Día, lugar hago en mí
a tu jubilosa materia.

En la habitación
el sol entró y se sentó
como una divinidad.

Tanta luz confundió
los objetos.

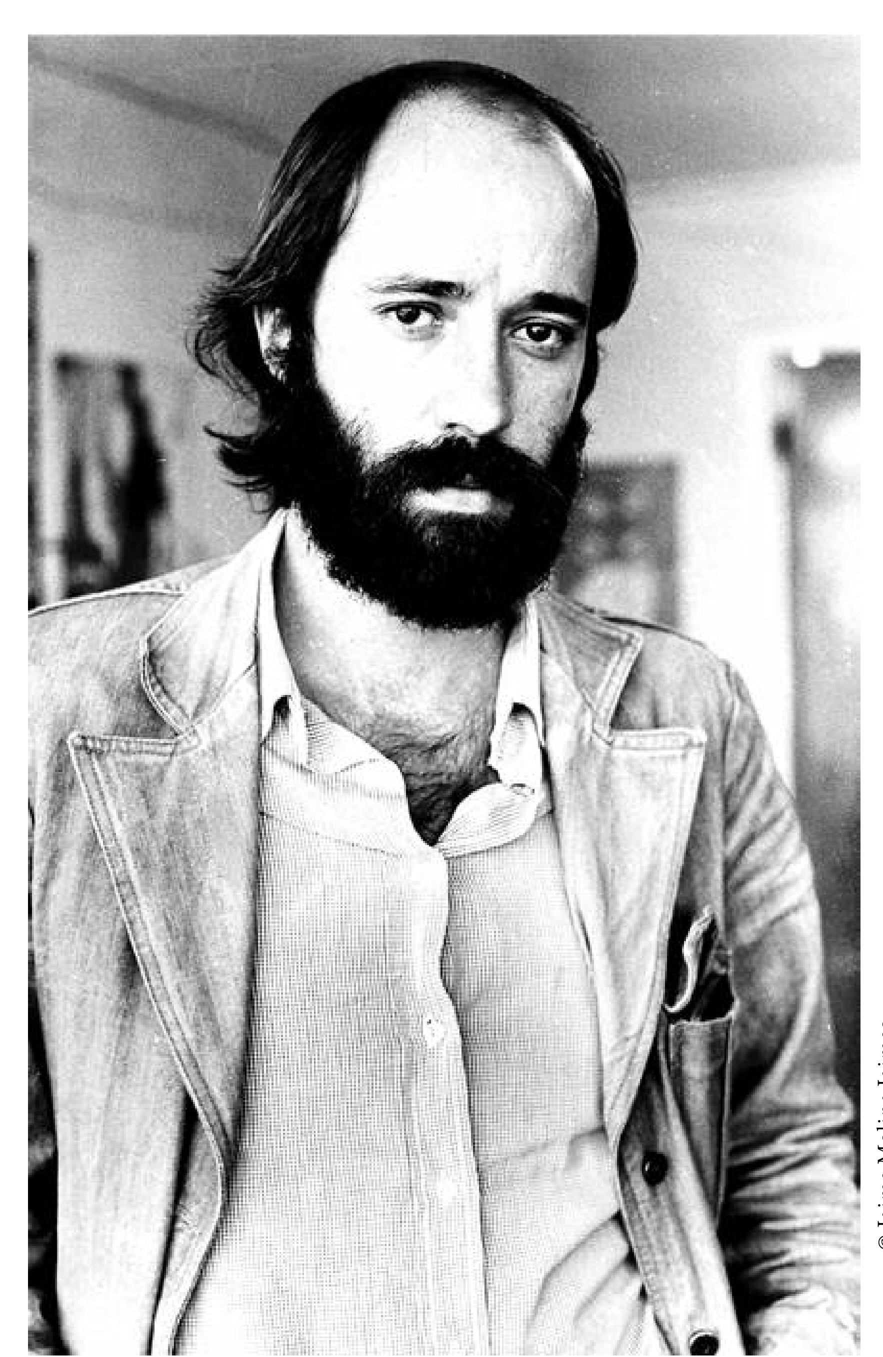
El ramo encarnado
titubeó
junto al blanco de la pared.

La mesa y los utensilios
casi se esfumaron
como fantasmas.

Las sillas se solidificaron
en un mármol
liso y reverberante.

En mi mano la taza de café
se agitó, derramándose.

Después fue la gesta
en la que
sin mayores espantos
se me desolló vivo.





Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard

## Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard

*1943-1974*

Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard [Bogotá, 1943-1974] fue el tardío hijo menor de una pareja cuyos antepasados se remontan hasta Teresa de Ávila y Calderón de la Barca, algunas de las esposas de héroes como Santander y el mismo Libertador, descontando su parentesco con José Eusebio y Miguel Antonio Caro y varios militantes en las guerras civiles. Hizo estudios en el Gimnasio Moderno con algunos expresidentes y ministros del despacho, pero pasó buena parte de su juventud en la España del estraperlo y la Europa de las rebeliones estudiantiles o participando en fandangos en la capital de Colombia junto a miembros de la clase ociosa, mientras se intoxicaba de Nietszche, Schopenhauer, Sartre, Malraux y Camus, aun cuando sus ídolos literarios fueran Arthur Rimbaud, víctima de una putrefacción cuando había decidido abandonar la lírica, y el austriaco Robert Musil, autor de la interminable *Der Mann ohne Eigenschaften*, una reflexión sobre la crisis del racionalismo y la búsqueda de una teoría del sentimiento que dé salida a las emociones atrapadas en un sistema asfixiado por la ciencia y la complejidad de la existencia. Otros libros que admiró fueron *Ulises* de James Joyce, la *Odisea* de Homero y *Adán Buenosayres*, del argentino Leopoldo Marechal.

Según las transcripciones de los extensos interrogatorios que se hicieron sobre el asesinato del poeta y los testimonios de Pedro Manrique Figueroa,[(1)] la rutina de Escobar desde su regreso de Europa incluía dejar, a eso del mediodía, su pequeño apartamento en la calle 63 con Caracas, cuyo arriendo y servicios cancelaba su señora madre, Doña Leonor Urdaneta de Brigard.

Chapinero, que había sido a comienzos del siglo XX un lugar de casas *art noveau* diseñadas por Karl Brunner, con lotes de terrazas y balcones con balaustradas, jardines y huertas, era ahora un *mare magnun* de multitudes, tráfico, banderas, pasacalles, avisos de neón, ventas ambulantes de perros y chorizos calientes, casetas de comercio informal, mariachis y moteles que advertían la *Chapigay* de hoy.

Un sector opaco y depresivo en comparación con la dilatada villa de Doña Leonor, en Santa Bárbara, al norte, donde cada sábado, con sus fieles tías seniles, primos de chaleco y *tweeds*, niños y perros se reunía para tomar onces. Luego iría a casa de otros frívolos y clasistas para darse unos cuantos pases de cocaína, deslizarse por el *Goce Pagano* antes de la juerga vespertina en alguno de los apartamentos de Rosales y ya entrada la noche, a El Oasis en la carrera trece con calle cuarenta para departir y discutir con sus colegas poetas, ligar con alguna trabajadora sexual de la zona y terminar en La Perseverancia, en una tienda de la esquina con insurrectos o partisanos del Chicó,[(2)] «narcisos y ensimismados cuyo interés primordial —por encima de la lucha de clases— era tener dominio sobre las hembras de la tribu», si confiamos en los testimonios del historiador de costumbres, Mauricio Pombo.

Cuando Escobar Urdaneta de Brigard nació, Bogotá todavía era la del celoso albañil que asesinó[(3)] a Jorge Eliécer Gaitán frente a las oficinas de El Tiempo. Un mundo de guetos ingleses llamados Parque Nacional, La Magdalena, La Cabrera, el Chicó o la inmensa hacienda de don Pepe Sierra, de casas rodeadas de jardines con altos árboles que

---

1. Pedro Manrique Figueroa [Choachí, 1929 - Circa, 1980], el inventor del collage, vivió en el barrio La Perseverancia en una pensión de seguidores del presidente Mao Zedong mientras trabajaba en el tranvía de Bogotá, como celador del edificio donde vivió Eduardo Caballero Calderón o pegando avisos publicitarios en las paredes del centro. El crítico de arte Lucas Ospina Villalba ha realizado una exhaustiva investigación sobre su vida y su obra y ha realizado con un cineasta de Cali un documental sobre él titulado *Un tigre de papel*.
2. Abel Carbonell, Amalia Iriarte, Arturo Alape, Aseneth Velásquez, Beatriz Viecco, Carlos Reyes, Clemencia Lucena, Diego Mantilla, Enrique Santos Calderón, Eutiquio Leal, Felipe Escobar, Felisa Bursztyn, Fred Kain, Jaime Barbín, Jairo Niño, Jefferson Calarcá, Alí Triana, Jorge Elías, Jorge Ucrós, Alfredo Sánchez, Ernesto Lasso, Matilde Pérez, Patricia Ariza, Pedro Herrán, Ricardito Samper, Ricardo Camacho, Santiago García o Umberto Molina.
3. Véase Miguel Torres: *El crímen del siglo*, Bogotá, 2006.

habían sustituido las vetustas mansiones coloniales de Santa Bárbara y La Candelaria, convertidas ahora en tugurios donde escribían Aurelio Arturo, Gabriel Eligio García, Miguel Ángel Osorio, Luis Tejada, Arnoldo Palacios, Manuel Zapata Olivella, Carlos Arturo Truque, Bernardo Arias Trujillo, Antonio Osorio Lizarazo o Carlos H. Pareja, para quienes la poesía no servía más para llegar a la presidencia, pero estaba en todas partes, porque se vivía bajo su sombra y se nutría de sus pasiones, porque siendo la capital del país y la sede del gobierno, era sobre todo la ciudad donde vivían los poetas.

A comienzos de los años cuarenta apenas se sospechaba que aquel mundo copiado del celuloide desaparecería entre la mugre y el asco del infierno social de los primeros gobiernos del Frente Nacional. Los rancios bogotanos no se parecían sino a sí mismos, con sus rostros encendidos por los licores de malta y el aire fresco de la sabana que recibían sobre la grama de sus haciendas y clubes sociales, vestidos con tenues colores que olían a picadura, o exhalaban un castaño, gris perla, vino tinto o amarillo de morriñas dignas de los bucles dorados y los ternos sastres de enormes hombreras de mujer que ingresaban a los salones de baile del Hotel Granada o La Reina, donde las pasiones y las infidelidades se cocían en las voces de Agustín Lara y Elvira de los Ríos.

Todo iba a desaparecer para siempre. La voz de la cólera lo había anunciado en el Teatro Municipal; las sirvientas respondían cada vez más alto y los choferes no respetaban a nadie. «*Mujer, si puedes tu con Dios hablar…*» era ahora «*soñadora, coqueta y ardiente*»; el hijo del expresidente se enriquecía a costa de las desgracias de una guerra lejana, y la palabra de los viernes retumbaba en Las Cruces, la Calle 10, la Carrera Octava, los cafés, los tranvías, la Plaza de Bolívar, la Calle Real, y en la Avenida Jiménez los señores sentían el látigo del odio en las miradas y las voces de loteros y limpiabotas.

El 9 de abril de 1948 aquel mundo de bataholas y deleite ardió como Londres en *La batalla de Inglaterra*. Por todas partes cientos de miles de hombres, mujeres y niños descendieron hasta el corazón de Colombia para vengar la muerte de su líder rompiendo los inmensos espejos de los grandes hoteles, las rutilantes arañas de las lámparas, las cortinas de raso y las cajas de champan, y llevar esos despojos hasta

sus pobres casas y barrios periféricos. Con las banderas rojas y los machetes en alto todo cayó a su paso, todo fue saqueado, todo quedó oliendo a hierro y aguardiente, a piedra quemada mientras cientos de cadáveres se enfriaban de la vida bajo la persistente lluvia de la desdicha. «Uno podía pasar muchas horas frente a la ventana en espera de que algo ocurriera pero nada era distinto a la lluvia. Pasados diez, veinte años —escribió García Márquez— el espectáculo podía seguir siendo el mismo».

Años de adolescencia oyendo a Elvis Presley, Paul Anka, Los Brincos, César Costa o Rocío Durcal, bailando twist, watusi, hula-hula, de vaqueros italianos y camisas de El Romano, cayendo por El Cisne al levante de una chica liberada entre luchadores de plaza como King Kong y El Exótico, teatreros, novilleros de alquiler, titiriteros y suicidas del puente de la 26.

A medida que Ignacio Escobar alcanzaba la mayoría de edad, la ciudad se hizo amenazante y enorme, con dos millones de habitantes y un ejército de guaruras cuidando una clase insaciable de lucro, legiones de guerrilleros y paramilitares secuestrando y matando y cientos de miles de marginales dando quites de corrida de toros al hambre y la miseria. Asaltantes de bancos, burreros, cantantes, carteristas, colilleros, expendedores de manzanas, duraznos y uvas, falsificadores de esmeraldas y dólares, hampones, jíbaros, ladrones de bombillas, leprosos, libreros de revistas usadas, limosneros de pro, limpiavidrios, timadores, locas, locos, loteros, marchantes de botellas y periódicos, medidores del tiempo de los buses, putas, rebuscadores en canecas de basuras, reducidores de monturas de ojos y relojes, revendedores de boletos de cine y teatro, tapas de alcantarillas, teléfonos públicos, travestis, vagos de alcurnia y zorreros, eran los nuevos habitantes del mundo.

Entre los varios documentos descubiertos por los investigadores de la muerte de Escobar, hay una carta que el bogotano escribió a Corey Shouse, un periodista que parece haber colaborado con James Austin, autor de la convulsa *A Limping Anthology: Colombian Poetry of the National Front*. Hoy es la pieza fundamental para comprender las ideas que Escobar Urdaneta de Brigard tenía sobre la poesía.

> Entonces, con la ayuda de Juan de la Cruz tuve la idea —dice Escobar a Shouse— de retorcer la espiral narrativa al huso del poema ensayístico. Al cual di la forma ritual de la lidia de un toro, pues si a aquel atañe una vida de hombre, a este, toca la misma suerte de un toro en un coso: desde que sale al ruedo rehuyendo los capotes, hasta la muerte inevitable. Y entre tanto los tercios de la lidia, las intervenciones del matador, de la cuadrilla de picadores y banderilleros y del presidente de la corrida, los que barren la arena del ruedo, los monosabios que empujan los caballos y los espontáneos que caen sobre el ruedo cuando nadie los llama y, naturalmente, el publico.

Sus intereses teóricos fueron de carácter sedicioso si aceptamos que confiaba en el Tao y las postulaciones oraculares del *I Ching,* pues el arte sería consecuencia de los avatares de la existencia, como sugiere Titus Lucretios Carus en su epicúreo *De rerum natura,* al invitar, como Buda, a desatender los deseos y las pasiones, porque son pozo de las desdichas individuales y colectivas para librarnos del miedo a la muerte, sacando en limpio el destino, huyendo para encontrarnos, pues estar vivo, nuestro mal, es sin remedio, como habría dicho Juan de la Cruz a Teresa de Jesús.

> Porque se pierde siempre
> [porque siempre
> vendrá la muerte, iremos a la muerte]…

Pero quizás la más notable de sus afirmaciones, incluidas también a lo largo del *Cuaderno de hacer cuentas*, es que nunca leyó en Walter Benjamín, una de las supersticiones teóricas de finales del siglo, sobre el cual sus contemporáneos escribieron varios tratados.

Podemos deducir que para Escobar la literatura fue, en últimas, divertimiento y formalismo, así en el extenso poema que le dio gloria se debata si la poesía debe servir para algo o alguien distinto a sí misma; si debe ser gratuita o mercenaria; si debe hacer prácticas cívicas o militares o ser mero adorno, bisutería de la vida cotidiana. Poblándose de tantos acontecimientos como para que el poema acabe

siendo «comprendido» de tantas maneras como actores e intérpretes tiene antes y luego de la muerte del hacedor. Alonso Quijano, Escobar es víctima de su propio invento. La poesía, corrida de toros, lo lleva a la muerte por querer hacer de ella instrumento de trapicheo de una realidad que es imposible mudar: *las cosas se parecen a las cosas*, repite la matraca de su canto, cuyo principio es la voluntad *shopenhariana* y cuyo fin es el *sartriano* compromiso social, porque la realidad, que es la indiscutible ficción, nos empuja, en sus ofuscaciones, al cambio de lo concreto en el momento preciso, como quiere Mao Zedong, leído por Escobar en *El libro rojo:*

> Estamos haciendo una guerra revolucionaria que se despliega en China. Por tanto debemos estudiar las leyes habituales de la guerra, las leyes concretas de la insurrección y las aún más definidas de la guerra revolucionaria en China.

Escobar parece entonces recordar el poema del vicepresidente Ye Chieng-Ying, cuando «Aplicando el marxismo leninismo pensamiento Mao Zedong, examinó la situación del mundo y rebosante de espíritu revolucionario escribió su poema —anti revisionista— *Contemplando desde la lejanía de los tiempos*»:

> El tiempo pasa y el pueblo que sufre
> añora su veterano y memorable líder
> que murió hace ya mucho tiempo.
> La bandera roja desaparece de la tierra
> y se aleja de ella
> cuando los zamuros vuelan en el cielo
> como si fueran ocas que vuelven a casa.
> Al fondo de la historia
> hombres y mujeres con arcos y flechas
> luchan contra el terrible tigre
> y entre las palmeras y con puñales en mano
> los hombres darán muerte al dragón.
> Como Liu Piao y su amado hijo,
> quienes controlan la tierra son cerdos y perros.
> ¿Cómo derrotar al enemigo y cambiar la situación?

A partir de estas tesis, Escobar Urdaneta de Brigard compone *La Bogoteida*, anuncio de su gran poema:

Ciudad hecha de sangre derramada
que al septentrión devora la pradera;
ciudad de sangre, en sangre amortajada;
ciudad que arroja sangre y sangre encierra;
ciudad ensangrentada y desangrada
en sórdida, secreta, sorda guerra:
al Sur o Meridión, la plebe hambreada
de todos los malditos de la tierra;
al Norte o Septentrión, la oligarquía
rodeada de guardianes noche y día.
No cantaré del norte las bellezas
pues la belleza injusta es vil patraña;
el lujo, la opulencia, la riqueza,
pueden cegar, pero jamás engañan.
Voy a cantar el sur y su pobreza,
sus trucos, y sus artes, y sus mañas:
el sur de los sufridos bogotanos
que tienen muchos pies y muchas manos.

*****************************************

Ranchos de cañas y cartón [techos de encaje
que dejan colar el agua, el sol cuando hace sol, el viento].
Que permiten
[en el hacinamiento]
apenas las delicias pasajeras del arrejuntamiento
—y después, claro, un hijo más.
Allá no llegan las rosas
ni el oro [o sea la plata] que sirve para comprar las rosas:
el oro, cerrado prodigio [es decir, ajeno]
[como todo lo bueno]
cuyo producto [el de las rosas: pues las rosas se venden]
sirve a los ricos para pagar una amenaza:
celadores y policías
[brazos armados de la burguesía],

perros guardianes, hombres con escopetas y collares de púas,
para desalojar a los pobres que han hecho su rancho en tierra
ajena, obviamente
[como toda la tierra].
Las delicias de la vida son suyas, allá, al norte.
Y saber desde el sur que todo eso existe es un suplicio:
el suplicio de Tántalo.
Por todo eso, guerra
por la tierra
ajena
[buena, que pone fin a nuestra pena]

Escobar Urdaneta de Brigard fue asesinado, luego de un robo a su apartamento y días después de las elecciones del 19 de abril, a la salida de una corrida de toros en Zipaquirá, por un miembro de las fuerzas secretas del régimen, el coronel Aureliano Buendía, acusado de haber participado en el secuestro de uno de sus tíos, el banquero, criador de vacas Holstein y exministro, Foción Escobar Urdaneta de Brigard.

Cuatro lustros antes, Alfonsito López Michelsen había publicado en México un verosímil retrato sobre su clase social. Ignacio Escobar dejaba ahora en su desolado piso de Chapinero un abigarrado y grasiento manuscrito de casi mil folios donde representaba sus afugias sentimentales e ideológicas al tratar de componer un poema que concluiría un par de días antes de su fallecimiento.

Ya para entonces, y como ha demostrado Daniel Balderston en su estudio comparado de las vidas de Ignacio Escobar Urdaneta e Iliá Illich Oblómov,[4] tanto el bogotano como el ruso sufren el mal de los intelectuales del siglo de las revoluciones: una suerte de *spleen* o desánimo, inconexo y fantasmal que les impide relacionarse con el mundo de los otros, la cargante realidad del día a día, padeciendo una discontinua y vana lucidez sicotrópica que abandona a todos los que

---

4. *From Stepanchikovo to Chapinero: Souls & Poetry, Abulia & Oppression, Politics & Sex*; Viking Press, Reikiavik, 1991.

pudieron amar y comprenderle, porque su narciso, como debe ser, solo concibe la gloria en el arte, en la construcción del poema, estatua de la posteridad, tanto que antes de morir le importa un bledo que le roben, no tenga dónde dormir, no pueda afeitarse, ni lavarse los dientes, ni tomar café; una desolación, atributo de ese desencanto elegido para llegar al nirvana del poema, donde nada más atañe, menos saber que la vida es un pozo de mierda asediado por los otros, nuestros habituales enemigos.

Ignacio Escobar creó el concepto *Generación desencantada* para aplicarlo a un puñado de sus contemporáneos hastiados de la garrulería de los prosélitos de Gonzalo Arango Arias. Escobar es el arquetipo de esos individuos que —atrapados en las doctrinas del Frente Nacional que al erradicar la historia borrando la memoria colectiva, sumieron la nación en una pesadilla de corrupción y guerras de exterminio— empujan a vastos sectores de la inteligencia en brazos de unas sectas, denominadas partidos de izquierda, donde solo encontraron hembras, machos y desolación como compensación al rechazo de los ritos de sus familias burguesas y la impotencia que agravaba sus neurosis. Escobar, como sus compañeros de viaje,[(5)] es un escéptico que no puede compartir unos valores que no siente suyos, ni puede, ni quiere, romper con las *commodities* que le deparan ser un rico protegido por una clase simbiótica y posesiva que sobrevive «en las fechas precisas de sus muertes, en los precios exactos de sus tierras».

No hay duda de que *Cuaderno de hacer cuentas* es uno de los textos memorables de la poesía llamada colombiana. Confeccionado a partir de las tesis de Arthur Schopenhauer: «No se conoce sino la propia voluntad, toda vida es esencialmente sufrimiento», hasta nuestros días fue leído e interpretado de variadas y errátiles maneras, porque no había llegado el tiempo de su correcta elucidación, que tampoco nosotros ofreceremos. No olvidemos que el propio Escobar lo concibió como un poema de compromiso y creyó haberlo concluido como un lamento filosófico; que quienes le escucharon declamarlo en la Avenida

5. Giovanni Quessep, José Manuel Arango, Elkin Restrepo, Raúl Gómez Jattin, Harold Alvarado Tenorio, María Mercedes Carranza y Juan Gustavo Cobo Borda. Véase: *Una generación desencantada*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1986.

19 lo interpretaron como una opinión sobre la situación electoral de entonces y que el coronel Aureliano Buendía, por la televisión, la noche que anunciaba la liquidación del terrorista Escobar, lo presentó como un documento subversivo, en verso, pero cuyas claves eran consignas para una insurrección armada contra el gobierno de Misael Pastrana Borrero.

**Bibliografía de Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard**
**Un mal sans remède**, traduit par Jean Marie Saint Lu, París, 2009.

**Bibliografía sobre Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard**
Álvaro Pineda Botero, *Ignacio Escobar*, en **Revista de Estudios Colombianos**, n° 5, 1988. Felipe Restrepo, *Mala ciudad,* en **Arcadia**, Bogotá, octubre, 2006. Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard: *Los poetas y los imbéciles*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, agosto 22, 1971. Jaime Mejía Duque: *Ignacio Escobar*, en **Consigna**, Bogotá, n° 370, agosto, 1989. Juan Antonio Masoliver: *Un paseo dantesco por el infierno de Bogotá*, en **La Vanguardia**, Barcelona, octubre 17, 1985. María Mercedes Carranza: *Los elegidos de los años setentas*, en **Nueva Frontera**, Bogotá, enero 14, 1985.

## Cuaderno de hacer cuentas

### I

**I**

Las cosas son iguales a las cosas
Aquello que no puede ser dicho, hay que callarlo.
El ojo ve, y olvida.
Pero la voz lo grita:
las cosas son iguales a las cosas.
El ojo las ha visto.
A voz en cuello
la voz las ha callado.
[¿Y me volveré a ver y me diré: quién soy?]
Lo que el ojo conoce de las cosas
es por haberlas visto
iguales a ellas mismas.
[¿Y me diré otra vez: quién soy, que ya me he visto
y sigo siendo yo?]

El ojo ve, y olvida.
El ojo no es conciencia de las cosas,
ni es voz:
es ojo apenas.
Mudo, sordo,
ojo inmóvil delante de las cosas.
No sabe su sabor ni su sonido
ni conoce su peso ni su fuerza
ni juzga su deseo
ni su sentido.
El ojo ignora
todo lo que es posible ignorar de las cosas.
No ve lo que hay en ellas
sino lo que ya sabe:
y lo que sabe lo ha olvidado.

Es ojo sin memoria
ojo inmóvil
ojo
delante de las cosas.

El ojo es ciego
en la noche del párpado.
El ojo que quisiera ver las cosas,
saber que las ha visto,
creer que son iguales a las cosas ya vistas,
no las ha visto nunca.
Sólo conoce
sombras
en el párpado
huellas
en el párpado
cauces
en el párpado.

Y así imagina el ojo mudo y sordo,
el ojo quieto y ciego
y que todo lo ignora,
tiempos, vientos, olores, voces, fugas, silencios.

[¿Quién soy,
que no me veo y no me he visto?]

**II**
Ahora, ahora, afuera:
luz de ciegos.
Ojo a cántaros, ojo
voraz y numeroso de los muertos.

[En la memoria el golpe seco, hueco,
de la luna en la piedra.

En la memoria, lejos,
un embudo de estruendo.
Racimo, granizada,
enjambre de ojos quietos.
En la memoria el túnel
repetido en el eco:
atrás, ayer, adentro.
Rastro de pasos, ecos].
Ahora, ahora. Afuera:
voz crecida en la voz
voz igual a otras voces
círculos en el círculo
luz en la luz, memoria en la memoria.
El alto cielo, embudo inescalable
[Y el gemido
de las tablas al sol, en el recuerdo].
En torno, el ojo
múltiple, pululante:
extático
en la contemplación del arte por el arte.

[Las figuras, de golpe,
se desprenden del hueco de la curva,
se deslizan siguiendo el arco de los pétalos
cerrados como párpados.
Esperan
el rápido crujido de la tierra
el silbido del aire en los oídos, como seda rasgada,
el agrio olor del miedo
metálico y espeso como el cuero.
En la pupila pródiga
paisaje con figuras:
rígidas, fragmentadas
figuras de silencio
arrojadas de golpe y ahora rotas,

volteadas como guantes,
ingrávidas de pronto y ahora densas,
inertes,
rasguñadas sin fuerza
por los dedos del viento].
Un ojo cruel te mira
[alanceado de lenguas
engañado de sombras]:
un ojo extático
en la contemplación del arte por el arte.

**III**
Todo cuerpo
dejado en movimiento, seguirá en movimiento.
El movimiento es gobierno de sí mismo:
carece
del más rudimentario sentido de autocrítica.
El movimiento
es puro amor del movimiento
ensordecido, ebrio.
El movimiento
baila consigo mismo, ante el espejo,
[parodia del amor]
la burla de la burla.
El movimiento
tiende a reproducirse.

[Subir, subir, surcar el alto viento
como si fuera necesario hundirse
en la profunda cavidad del cielo.
Subir sin juicio
hasta el más alto cuenco de la altura,
subir con el impulso del abismo, acariciando
la lisa piel del cielo,
la ausente cicatriz donde se cierra el círculo

y subir ya es caer:
el hoyo en el espacio donde la ida se convierte en vuelta
y el viaje es ya regreso.
¿Para qué el movimiento
si el punto de llegada es otra vez aquí?

El movimiento
no se suele plantear problemas metafísicos:
todo cuerpo
dejado en movimiento, seguirá en movimiento
seguirá en movimiento
aspirado hacia arriba por la altura,
arrastrado
por la atracción del vértigo,
absorto, ensimismado
en el delirio de los altos fondos:
abrirse paso en la quietud del viento
forzar
los pliegues asimétricos del viento
los chorros
de metal en fusión, viento en el viento,
rompiendo el viento, hurgando, hiriendo,
penetrando la dura flor del viento
hasta encontrar la sangre].

Dura ley de materia
que desgaja la nuez de la materia,
espada
que abre los labios dulces de la materia,
espada
tierna de luz
tensa de viento.

Todo cuerpo
sumergido en un líquido
seguirá en movimiento.

**IV**
—Mira, mira: ¿qué ves?
—Todo es lo mismo.
—Todo es lo mismo siempre: las cosas son las cosas
¿Qué ves?
—Carroñas,
cadáveres, torrentes
de tripas y cabezas trituradas,
remolinos de cuerpos
y cuerpos destruidos,
destrozos, sangres, muertes,
caminos de la muerte.
Y tú ¿quién eres tú?
—Soy el espíritu
que siempre engaña.

Esto es aquí
esto es aquí
esto es aquí
y ahora.
Es mía
la ceguera del sordo.

## II

**I**

No se conoce sino la propia voluntad. Y no es mucho:
un ojo de agua
latiendo gota a gota en un pozo de sombra.
Un anillo de agua
nacido de la noche, dibujando
el perfil de la tierra, socavando
la raíz de la roca,
creciendo en espirales de silencio.
Agua dormida, espejo de agua oscura,
apenas reluciente,
rezumando
su claridad callada, respirando
un encerrado olor en lentos círculos.
Apenas martillada
de heridas, florecida
su pura piel por un jaspear de huida,
conmovida
por corrientes profundas.
No se conoce sino
la propia voluntad:
una boca de agua,
una creciente de muchas aguas juntas.
Apenas se conoce la propia voluntad. Y no es nada:
un río de agua,
roto de luz, llagado de tiniebla.
Un ojo abierto de agua.

**II**

Los deseos vienen de afuera: chocan
en el plano del agua
convulso, removido
por turbios borbollones,
estallado en rompientes.

Los deseos, las ideas,
caen vibrantes de arriba, se clavan:
jabalinas,
flechas de plata en sombra ya revuelta.

El alma cree que brotan:
que prolongan
los dedos de la mano como nervios de luz.
Vasta armazón de fuerzas disparada hacia el cielo
[red atrapando el cielo
que se escapa, aleteante, por entre las junturas],
oscilante estructura de cañas y de cuerdas
anclada en el espacio, columpiándose
con su carga de pájaros feroces
—torbellino
de gritos y de plumas, entrechocar de picos y de garras:
Peso sonoro
que ensombrece la realidad del mundo.

Colgado de lo alto
[temblorosa la mano en el haz de tensiones contrapuestas
en el caos
de cables y estampidos y látigos y riendas divergentes.
templadas, paralelas, cimbreantes, zigzagueantes],
colgado ahora, joya
chispeante en el vacío, alfiletero
erizado de puntas y de lanzas,
sin peso, bamboleante,
como si alguien, abajo,
dejara de repente de oponer resistencia,
se dejara llevar al grado de los vientos,
zarandear por su empuje, suspendido
del inmenso armatoste [no muy claro en su rumbo
y muy difícilmente maniobrable],
arrastrado
por un pie o una mano mordidos hasta el hueso,
ahorcado como un perro.

**III**
Toda pregunta es un malentendido
venido desde afuera.
Así la red de errores
se afloja de repente y se deshincha
y el artilugio entero se viene cielo abajo con un solo crujido
[engañoso entramado
de palabras, de voces
oídas mal: incomprensibles]
como el sol en el mar, de un solo golpe,
dejando un gran silencio.

No la respuesta, sino el olvido.

[Entonces la fatiga
de desenmarañar. Es increíble
cómo se enreda todo.
Es increíble
que aunque nunca dejemos que la tensión cayera un solo
instante
y aprovechamos siempre sabiamente
—o eso siempre creímos—
el poderío del viento abierto,
encontremos ahora inexplicables
nudos de tres lazadas, nudos ciegos,
nudos de tejedor y marinero,
nudos de ahorcado y nudos corredizos].

**IV**
Nada queda:
sólo un campo de sangre
enchancado de huellas.
Encrucijada de pistas ilegibles
que ha pisoteado todo el mundo.
Silencio, roto apenas
por el propio cansancio —por el sordo
dolor que ya palpita en las heridas.

Nada queda:
la verdad, dicha, no ha dejado nada.
[Evaporada al viento como un olor de sangre,
fugitiva en el agua].
Sólo se conoce la propia voluntad. Y no es nada.
Es todo lo que hay.

## III

**I**
El mal es sin remedio: toparnos cara a cara
con la muerte.

[No es fácil: muchas cosas:
ojos y sombras, cuerpos, la vanidad del arte,
aire y agua en las manos].

El mal es sin remedio.
Se nace para eso:
toparnos cara a cara con la muerte.

Tarea de soledad —ya no rutina
ni confusión, ni distracción, ni ruido.
Ahora empieza la noche, dibujando
con precisión las formas.
Tarea de soledad, inevitable.

**II**
La ética
no es tema de palabras.
Comienza en el momento en que concluye
una vida de hombre, en que recibe
punto final el caos:
el sitio en donde al fin se juntan todos
los hilos de la vida en un manojo
[incluidos aquellos
que alguna vez fueron tajados].

La ética, como la metafísica,
no es juego ni materia de palabras.
Lo que ahora llega [y al llegar se agota]
es otra cosa:
el paso en donde ya no puede
andar dispersa el alma.

[Una vida de hombre
remata en este campo ya vivido, regado de otras muertes.
Aquí termina el mundo.
Mala muerte, tal vez.
Toda muerte es la muerte.
Inútil, vana muerte:
no servirá de nada,
ni convencerá a nadie.
Vistosa, o cruel, o igual a muchas muertes
de todos los domingos.
Cada muerte es la muerte].

Las cosas, que antes fueron iguales a las cosas
—luz en la luz, memoria en la memoria—
ya no lo son: aquí no habrá más luz,
aquí se acaba la memoria.

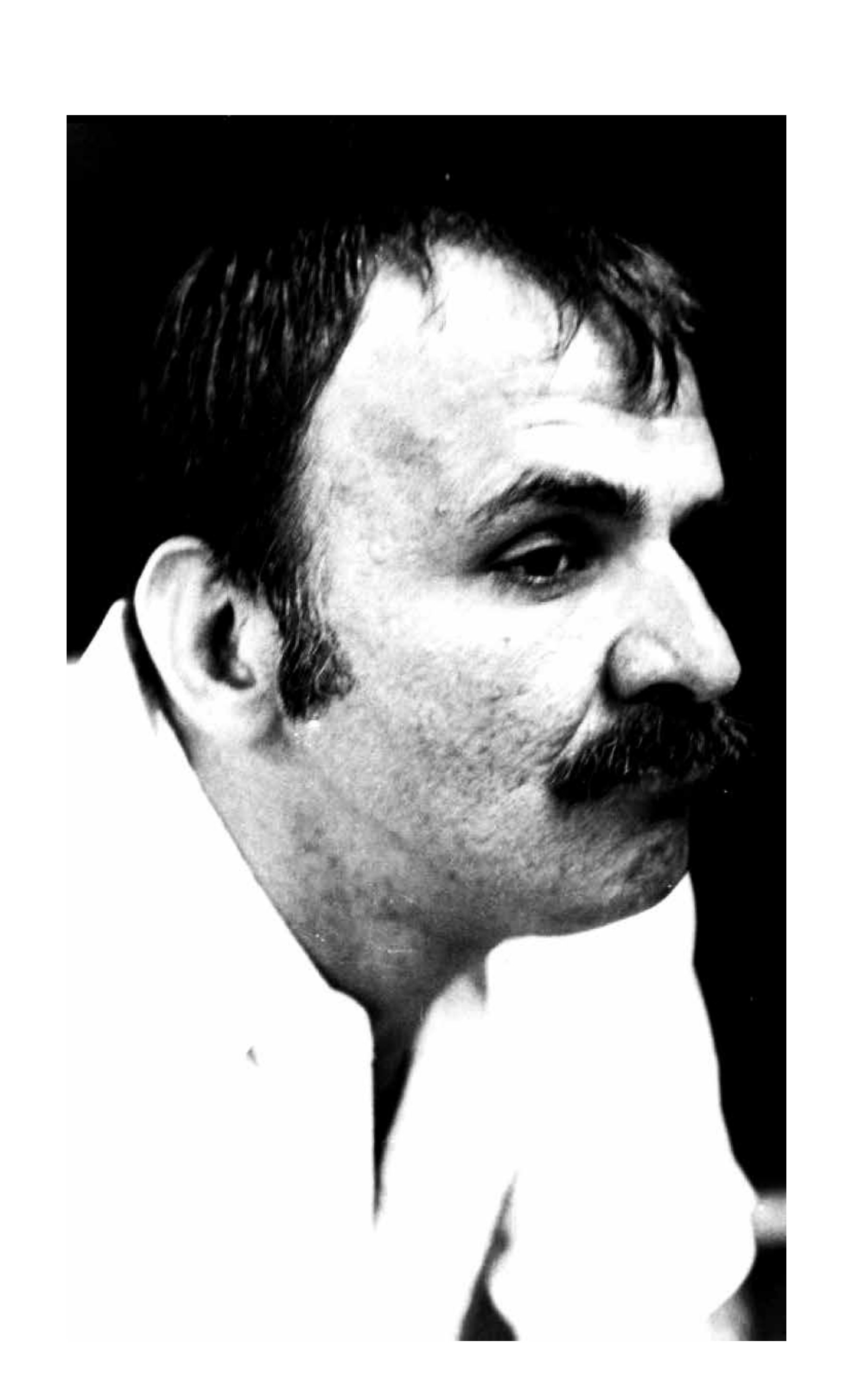
**III**
Porque se pierde siempre
[porque siempre
vendrá la muerte, iremos a la muerte]
es necesario haber jugado.
Sin esperanza.
Sin cautela.
Con el ojo y la mano.

No se escoge la muerte: a ella se llega
acorralado por la propia vida.
Hay que haber escogido
esa vida que empuja hacia la muerte.

**IV**
Pero el fin es palabra todavía
que sólo muere en el silencio.
Y el hierro, todavía,
sacará borbotones de rosas de la herida.

[Más allá
en el vapor caliente del descuartizamiento
en el rumor goteante de vísceras azules
y rosadas y verdes y amarillas
huele a flores cortadas en el desolladero]

[1974]



## Raúl Gómez Jattin

*1945-1997*

Raúl Gómez Jattin [1945-1997] nació y murió en Cartagena de Indias. Pasó su niñez en el barrio Venus de Cereté atacado por el asma, que no le abandonaría nunca. Hizo su bachillerato junto al periodista Juan Gossaín en el Colegio León XIII de Cartagena, donde descubrió el celuloide, pero pasó buena parte de su vida deambulando por los pueblos del bajo Sinú,[1] luego de estudiar derecho en Bogotá, dirigir más de media docena de obras de teatro y actuar en otras tantas. Su primer libro fue *Poemas* [1980], publicado cuando tenía ya treinta y cinco años.

Hijo de una pareja de viudos, Pablo Gómez Rainero, abogado, profesor de sociología de la Universidad de Cartagena y magistrado del Tribunal Contencioso de Córdoba, y Lola María Jattin Safar, Raúl Gómez Jattin consideraba la poesía «un arte del pensamiento que incluye la filosofía; es el arte supremo del pensamiento, es pensamiento vívido, trascendente e inconsciente». La novedad [2] que trajo su lirismo fue el desparpajo con que retrata las relaciones sexuales entre hombres y animales, pero también cierta capacidad para dar al lenguaje momentos y significados que denoten los matices de los sentimientos íntimos.

---

1. Como se sabe, Gómez Jattin sufrió de severos trastornos de personalidad que en sus últimos años lo llevaron a incendiar cuartos de hoteles, desnudarse en sitios públicos, golpear a sus amigos, etc. Su muerte fue causada por el odio que había generado entre los cartageneros por su comportamiento agresivo.
2. El tópico ha sido estudiado por David Foster en *Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing*, Austin, 1991.

«Un amor desmesurado y promiscuo —ha escrito Juan Gustavo Cobo Borda—, que recubre hombres y animales, mujeres y paisajes con una sinceridad brutal y conmovedora». Los amores imposibles, contrariados, con sus encuentros y desencuentros sirven a Gómez Jattin para ofrecer una lectura donde lo sagrado y las trasgresiones cohabitan, dando cuerpo a un erotismo ingenuo y sin duda inédito en la poesía colombiana, trascendiendo con la poesía misma los actos reales, haciendo de ellos un hondo deshojamiento del ser. Nacido en una región que es al tiempo castidad y depravación, ha logrado, en algunos de ellos, decir cuánto placer y dolor depara la satisfacción del placer por los vericuetos de la homoeroticidad, y hablar, también, de las cicatrices que dejan las separaciones y amores no consumados.

En el cielo profundo de mis masturbaciones
ocupas ese ámbito de deseo irrefrenable y voraz.
Inagotable y tierno que te devora el sexo
aunque tú no lo sepas. Tu cuerpo habita el mío.

Y es tan mío como no pudo serlo allá
en la realidad. Es mío cuando yo te deseo.
De esa misma manera impalpable y eterna
como este libro es tuyo. Como yo soy de ti.

Habitamos el ocho. Doble infinito.
de los dos universos. El 8 de los círculos.
El que parece dos astros hermanos y gemelos.
El que parece dos ojos. Dos culos cercanos.
El que parece dos testículos besándose.

Cuando llegas a mi cielo estoy desnudo
y te gustan las columnas de mis piernas
para reposar en ellas. Y te asombra
mi centro con su ímpetu y su flor erecta
y mi caverna de Platón carnal y gnóstica
por donde te escapas hacia la otra vida.

Y en ese cielo te entregas a ser lo que verdaderamente
Eres. Agresión de besos Colisión de espadas.
Jadeo que se estrella como un mar contra mi pecho.
Locura de tus ojos orientales alumbrando
la aurora del orgasmo mientras tus manos
se aferran a mi cuerpo. Y me dices
lo que yo quiero y respiras tan hondo
como si estuvieras naciendo o muriendo.
Mientras nuestros ríos de semen crecen
y nuestra carne tiembla y engatilla su placer
hacia el disparo final en la Vía Láctea.

En las sábanas de nuestro cielo hay nubes
perfumadas de axilas y delicados residuos
el amor. En la almohada el hueco
que tu cabeza ha dejado oloroso a jazmines.
Y en mi alma y mi cuerpo el inmenso dolor
de saber que desprecias mi amor.

Oh tú por quien mi vida renació
dentro la lumbre de la muerte.

[El disparo final en la Vía Láctea]

Poesía de la experiencia que privilegia las pasiones, los afectos y los acontecimientos más que sus posibles interpretaciones desde las ideas. Gómez Jattin no reconstruye solo las violencias tersas de las fornicaciones y sus disparos finales, sino que en otros poemas ofrece arquetipos de una, digamos, dialéctica de las satisfacciones amorosas con la carne prohibida. Kavafis se convierte, entonces, en una arqueología de quien confiesa su pasión a sí mismo, a su extraordinario semejante, a su Narciso de erecto falo y fuerza de macho.

Gómez Jattin gozó de un enorme prestigio gracias al uso teatral de una prosodia que siendo caribe, era la voz misma del poeta. Más que los asuntos, lo que atraía al auditorio era el esplendor de su tono, las inflexiones raizales, coloquiales y obscenas del habla popular de la

Costa Atlántica, que aún pueden recordar quienes tuvieron la fortuna de oírle en las plazas y auditorios donde era llevado como un pobre diablo que hablaba como los dioses. Cuando ya nadie recuerde su voz, y tengamos que recurrir al fonógrafo otra vez, podemos empezar a juzgar sus textos. Nadie como él representó la rebeldía y las batallas de los excluidos, los homosexuales, los drogadictos, los hijueputas, en una sociedad perversa, corrupta y criminal donde hasta el poema se había convertido en moneda de cambio y poder, de «esos que viven otra historia, la quimera de la felicidad», como dijo a Henry Stein.

**Bibliografía de Raúl Gómez Jattin**

**Retratos** [1988], **Hijos del tiempo** [1989] y **El esplendor de la mariposa** [1993], todos recogidos en **Poesía 1980-1989** [1993].

**Bibliografía sobre Raúl Gómez Jattin**

Castor Cabrera Solarte: *El primer recital de Gómez Jattin en Bogotá*, en **Rara Avis**, nº 6, Bogotá, 2005. Harold Alvarado Tenorio: *Conversando con Gómez Jattin*, en **Papel de Luna**, nº 2, Bogotá, 1986; *Carne prohibida*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, noviembre 6, 1988. Henry Stein: *Raúl Gómez Jattin, otro incomprendido*, en **Revista Luna y Sol**, nº 6, Barranquilla, s/f. Heriberto Fiorillo: **Arde Raúl**, Bogotá, 2003. Jorge Cadavid: *Los poetas, amor mío, son unos hombre horribles*, en **Boletín cultural y bibliográfico**, nº 45, Bogotá, 1998. José Antonio de Ory: Ángeles clandestinos, Cali, 2004. Rómulo Bustos Aguirre: *El resplandor ético de la palabra obscena*, en **Magazín Dominical de El Espectador**, Bogotá, 16 de agosto, 1998.

## Lola Jattin

Más allá de la noche que titila en la infancia.
Más allá incluso de mi primer recuerdo.
Está Lola —mi madre— frente a un escaparate
empolvándose el rostro y arreglándose el pelo.
Tiene ya treinta años de ser hermosa y fuerte
y está enamorada de Joaquín Pablo —mi viejo—.
No sabe que en su vientre me oculto para cuando necesite
su fuerte vida la fuerza de la mía.
Más allá de estas lágrimas que corren en mi cara
de su dolor inmenso como una puñalada
está Lola —la muerta— aún vibrante y viva
sentada en un balcón mirando los luceros
cuando la brisa de la ciénaga le desarregla
y el pelo y ella se lo vuelve a peinar
con algo de pereza y placer concertados.
Más allá de este instante que pasó y que no vuelve
estoy oculto yo en el fluir de un tiempo
que me lleva muy lejos y que ahora presiento.
Más allá de este verso que me mata en secreto
está la vejez —la muerte— el tiempo incansable
cuando los dos recuerdos: el de mi madre y el mío
sean sólo un recuerdo solo: este verso.

## Locura y Muerte

En las clínicas mentales lo peor son las monjas
más violentas que agujas hipodérmicas
que la fiebre y la locura
la monja es una energúmena quieta.

He recorrido hospitales mitigando la locura.
Una locura que durante muchos años ayudó a mi
imaginación en mi poesía pero
que después se volvió amenazante
y puso en peligro mi vida.
Ahora —sin ella— escribo estos
versos y no sé si he ganado o he perdido.
No se si tú —lector— notarás este cambio
y lamentarás que mi verso
se halla vuelto reposado y tranquilo.
Ojalá que natura de mí se haya
apiadado y no eches de menos
el fervor de otros días.

Siento escalofríos de ti,
hermana muerte
de verme en esta sala
mirando un cuadro de David
y súbitamente entrar en la vejez
sin ningún diente
y todas las arrugas
y los vientos negros
esparciendo mis cabellos.
Yo te conozco hermana
sé que eres una nube
de ojos yertos
que busca otra luz
hasta convertirse en una.

Te conozco y sin embargo
encontrarte en la sala del David
frente a frente
fue un gran susto
hermana mía.

Intentas sonreír
y un soplo amargo asoma
quieres decir amor y dices lejos
ternura y aparecen dientes
cansancio y saltan los tendones.
Alguien dentro del pecho erige soledades
clavos
engaños
fosos.
Alguien
hermano de tu muerte
te arrebata te apresa te desquicia
y tú indefenso
estas cartas escribes.

Si se quiere llegar a ser una buena víctima
es necesario saber de toda la dulzura
que entrelaza al verdugo con la muerte
de la paciencia con que afila su hacha
de la soledad que ilumina su vida
y de la de sus inocentes hijos
del esfuerzo que implica portar y levantar el arma
de la sangre que pringa sus pantalones.
Todas esas consideraciones deben estar presentes
en el momento de recoger nuestro pelo sobre la nuca
poner en sus manos el pescuezo.

Gracias Señor
por hacerme débil
loco
infantil.
Gracias por estas cárceles
que me liberan.
Por el dolor que conmigo empezó
y no cesa.
Gracias por toda mi fragilidad tan flexible
Como tu arco
Señor Amor.

Donde te fuiste hermana muerte
ayer sólo rondabas por mi cama
con tu pertrecho de ojos yertos
y nubes luminosas.
Me tendías tu círculo
y de cerca me llamabas
como desesperada.
Hoy el trasnocho en tu compañía
me ha dejado exhausto
qué más quieres si mi alma enamorada
te reclama.

## La hamaca nuestra

Ven hasta la hamaca donde escribí
el libro dedicado a tu sagrada presencia.
Ella me recuerda toda esa soledad
que dormí en ella. Todos esos gestos de mi alma
persiguiéndole el vuelo a las palabras
que grabaran en un tiempo menos frágil
la lluvia de tus lágrimas. El reposo soñado
en tu pecho. La mañana eternamente memorable
de nuestras manos enlazadas en medio del tumulto.
En el vientre de esa hamaca recosté
mi cansancio de la vida. Acuñé dolores.
Me defendí de la canícula. Y soñé:
Tú venías en medio de la noche a consolarme
y eso dije. Escribía un poema que preservara
tu memoria y eso hice. Desatar mis alas tristes y lloré.
Tiéndete que yo te meceré para refrescarte
si te es posible duerme Que yo velaré.

## Elogio de los alucinógenos

Del hongo stropharia y su herida mortal
derivó mi alma una locura alucinada
de entregarle a mis palabras de siempre
todo el sentido decisivo de la plena vida.
Decir mi soledad y sus motivos sin amargura.
Acercarme a esa mula vieja de mi angustia
y sacarle de la boca todo el fervor posible
toda su babaza y estrangularla lenta
con poemas anudados por la desolación.
De la interminable edad adolescente
otorgada por la cannabis sativa diré
un elogio diferente. Su mal es menos bello.
Pero hay imágenes en mi escritura
que volvieron gracias a su embrujo enfermizo.
Ciertos amores regresaron investidos de fulgor
Eterno. Algunos pasajes de mi niñez volcaron
su intacta lumbre en el papel. Desengaños
de siempre me mostraron sus vísceras.
Hay quien confía para la vida en el arte
en la frialdad inteligente de sus razonamientos.
Yo voy de lágrima en lágrima prosternado.
Acumulando sílabas dolorosas que no nieguen
la risa Que la reafirmen en su cierta posibilidad
de descanso del alma. No de su letargo.
Voy de hospital en cárcel en conocidos inhóspitos
como ellos. Almas con cara de hipodérmica
y lecho de caridad. Entregándole mi compañía
a cambio de un hueso infame de alimento.
Toda esa gran vida a los alucinógenos debo.
La delicadeza de un alma no está casi
en los que se apropia. Sino en el desprecio de ese estorbo
sangriento cual banquete de Tiestes
que la opulencia inconsciente ofrece vana y fútil.



## María Mercedes Carranza

*1945-2003*

Hija de Eduardo Carranza y Rosita Coronado, sobrina de Elisa Mújica, uno de los amores de juventud de su padre, María Mercedes nació en Bogotá, pero cuando tuvo seis años, habiendo ya vivido en Santiago de Chile, fue trasladada a Madrid, donde el poeta oficial era remitido ante el gobierno de Francisco Franco.

> Se había formado —según Cobo Borda— bajo los mejores maestros, cuando su padre bebía en España cerca de Aleixandre y Dalí, Dámaso Alonso y Antonio Tovar, Laín Entralgo y los jóvenes poetas que admiraban el arrogante magisterio lírico de su padre: Gaitán Durán y Cote Lamus… Amó dos poetas españoles: a Félix Grande y Juan Luis Panero, el hijo de Leopoldo, quien con Luis Rosales constituían el dúo de amigos más cercanos a Carranza, todos franquistas militantes.

Escritores y políticos que ofrecían a la niña autógrafos en prosa y verso, como este de Cote, firmado en la Madrid del estraperlo, salvado de los amaneceres etílicos de La Perseverancia por su vecino, el comedido Rogelio Echavarría:

> Si tu sombra es la luz, María Mercedes,
> si un ángel colegial va por tu pelo
> y se convierte en trenzas donde vuela
> como si Dios le hubiera regalado
> un árbol, si eres Patria de los sueños

> y el rumor de Colombia en tu cabeza
> nos señala dos mares y mil ríos,
> el alba de la vida está en tus ojos
> diciendo cielos donde canta el aire.
> [Un sueño para María Mercedes Carranza]

A los trece regresó a Santafé para terminar la secundaria en el Nuevo Gimnasio, previa estadía en el Liceo Francés, de donde fue retirada por ajustes emocionales. A finales de 1964 vuelve a Madrid y rencuentra a Juan Luis Panero *[«Con ella he tenido una buena cama y un violento despertar»]*, a quien había conocido en Astorga y tratado en El Escorial; visita amigos y va a Florencia, Roma y Londres donde descubre a Georges Simenon, el viejo erotómano, caústico trasnochador, corrompido e izquierdoso, sosias de Maigret, quien más que la poesía o los tinieblos, junto «*al triste aroma del calvados*», daríale compañía por largos años. Luego irá a la Universidad de los Andes donde, a saltos, se gradúa en Letras —junto a Ignacio Chávez, asistente de J. M. Rivas Sacconi *[embajador ante la Santa Sede, ministro de exteriores de Rojas Pinilla, y quien acopió en media noche tres millones de dólares para los asaltantes de la Embajada Dominicana, el 25 de abril de 1980, en cabeza de Natalia Mendoza Arias, «La Chiqui»]*— con una tesina sobre la obra de su progenitor. Gracias a la amistad de Eduardo con Álvaro Gómez Hurtado, que cierra uno de sus ojos de derecha, al cumplir veinte años dirige *Vanguardia*, la página literaria de *El Siglo*, donde presenta a Juan Manuel Roca —el sobrino de Vidales, pero hijo de Rubayata, admirador, como Carranza del Mariscal Alzate—, David Bonells, Nicolás Suescún, Daniel Samper, Óscar Collazos, Roberto Burgos, Jaime García o Ricardo Cano.

> Nos pasamos la vida queriéndonos y odiándonos —ha recordado Cobo Borda. Trabajando y polemizando. En Los Andes renegamos de Eduardo Camacho y su interpretación sociológica de la poesía. Un día, al ver en la Séptima frente al Murillo Toro un edificio en ruinas, nos subimos a él y comenzamos a recitar poemas. Se obstruyó el tráfico y al día siguiente, fotos y periódicos registraron ese primer bautismo lírico, con el público arremolinado. Ella se llamaba Labioastro y yo Astrolabio.

En 1970 decide vivir por la libre con Fernando Garavito, un íntimo de Luis Carlos Galán, el joven ministro de educación con quien había estudiado derecho en la Javeriana y le había llevado a *El Tiempo*, donde iban a trabajar, ella, haciendo reseñas de libros —«*en venganza, o por distracción, publicó dos veces el mismo artículo para comentar dos libros míos distintos en todo*», ha recordado Eduardo Escobar—, y él, en esa sección tan consultada, *Con Usted*, donde se resolvían preguntas que iban desde los precios de los arriendos hasta las rémoras del correo urbano. Garavito, que acababa de inaugurar [1966-1970] en calidad de subdirector, con cientos de cartillas a tres pesos, el Instituto Colombiano de Cultura, se disponía a poner en marcha *El tren de la cultura*, un museo sobre raíles que recorrió la República del UPAC [Unidad de Poder Adquisitivo Constante] por cuatro años.

Luego, en Cali, mientras hacían un suplemento literario pagado por unos ricos emergentes y Garavito escribía editoriales para defender las fuerzas armadas del General Luis Carlos Camacho Leyva y sus decretos de estado de sitio, apostató de la religión de sus antepasados para casarse por lo civil con el poeta de *Já* e *Ilusiones y erecciones*, a quien abandonaría para siempre luego de nacer su hija Melibea e ingresar, como correctora de estilo, a Nueva Frontera, *Le Journal Hebdomadaire* de Carlos Lleras Restrepo, a quien soportaría trece años, la mitad de ellos, atendiendo las reuniones semanales entre el expresidente y quien nunca iba a serlo, Luis Carlos Galán: «Seis años duró esa comunicación entre esos hombres extraordinarios, en los que en esa pequeña sala se imaginó un país diferente y se trabajó, el uno desde el magisterio de su pluma y el otro desde la plaza pública, para hacerlo realidad».

Desde entonces Galán fue el ídolo de su vida. Militó en Promasa, un grupo integrado unas veces sí, otras no, por Camila Loboguerrero, Carlos Castillo, Carmen Barvo, Cecilia Orozco, Daniel Winograd, Ernesto, Juan Francisco y Daniel Samper Pizano, Enrique Vargas Lleras, Fabio Lozano Simonelli, Gloria Zea, Guillermo Cortés, Hernán Díaz, Hernando Téllez, Isadora Jaramillo, Iván Marulanda, Jaime Castro, Jean Claude Bessudo, Juan Sudarsky, Julio Andrés Camacho, Luis Alfredo Sánchez, Marta Álvarez, Moisés Ganistky, Moisés Melo,

Pacho Norden, Patricia Hoher, Patricia Lara, Pedro Gómez, Pilar Tafur o Víctor Laignelet, y algunos elementos de la sórdida poesía colombiana: Eduardo Galindo, Darío Jaramillo, Juan Manuel Roca, Jotamario Arbeláez y Mario Rivero. Pero quienes marcaron sus días, esos años de alza, fueron Aseneth Velásquez [1942-2003], viuda del ideólogo y militante comunista Jorge Ucrós, condueña de la Galería Garcés Velásquez, y Genoveva Carrasco [1940-1995], regenta por dos lustros de la Corporación La Candelaria y acompañanta sentimental del jefe máximo de Nuevo Liberalismo bogotano, Patricio Samper, aristócrata lanudo, en cuya estancia campestre pasarían sus mejores *week-ends* sabaneros y ascenderían por la escala de los sueños entre fríjoles con garra, bambucos y torbellinos.

> Su casa del centro —recuerda Roberto Posada— era un albergue al que llegaban sus amigos más disímiles y, por supuesto, amigas íntimas. Porque María Mercedes estaba siempre rodeada de gente…

Fueron más años de desesperanza: «Las circunstancias que nos rodean desde hace tiempos son de pesimismo, derrota y angustia», confesó a Ángela Pérez en 1987. Mientras Turbay Ayala perseguía a García Márquez instigado por el Instituto Caro y Cuervo, encarcelaba poetas, torturaba sin cuartel y el M-19 conjeturaba derrotas del establecimiento, ella publicó los trece poemas del número cuarenta de *Golpe de Dados* que le dieron gloria, como que Hefestos resbaló del infierno para consagrarla como la única poeta capaz de lavarse los dientes pensando en el fracaso de su agónica pasión de cuarentona, cuando J. L. Panero [«Yo solía llamarla *Caballo Loco*, era una persona muy desbocada y quería casarse, lo que no entraba en mis planes»] no solo demolió su alma, sino la misma casa:

> Una tarde que ya nunca olvidarás
> llega a tu casa y se sienta a la mesa.
> Poco a poco tendrá un lugar en cada habitación,
> en las paredes y los muebles estarán sus huellas,
> destenderá tu cama y ahuecará la almohada.
> Los libros de la biblioteca, precioso tejido de años,
> se acomodarán a su gusto y semejanza,

cambiarán de lugar las fotos antiguas.
Otros ojos mirarán tus costumbres,
tu ir y venir entre paredes y abrazos
y serán distintos los ruidos cotidianos y los olores.
Cualquier tarde que ya nunca olvidarás
el que desbarató tu casa y habitó tus cosas
saldrá por la puerta sin decir adiós.
Deberás comenzar a hacer de nuevo la casa,
reacomodar los muebles, limpiar las paredes,
cambiar las cerraduras, romper los retratos,
barrerlo todo y seguir viviendo.

[Oda al amor]

La noche del lunes 30 de abril de 1984 la vida cambió para siempre. Rodrigo Lara Bonilla fue asesinado por orden de Pablo Escobar, quien también ordenaría, acicateado por el autor de un libro sobre Eduardo Carranza, escrito en una cárcel, Alberto Santofimio Botero, la de Luis Carlos Galán cinco años más tarde. Once meses después moriría su padre, siendo embajador cultural del gobierno de Betancur, el año fatídico del terremoto de Popayán.

El 24 de mayo de 1986, al cumplir 90 años el suicidio de José Asunción Silva, por iniciativa de Carrasco y Pedro Gómez Valderrama —ministro de los Planes Lasso y Attcot durante el gobierno de Valencia—, con el apoyo de Belisario a través del gerente cultural del Banco de la República, Darío Jaramillo Agudelo, y de Julio César Sánchez, alcalde y suicida del Distrito Capital, secuestrado por las FARC y socio político de Galán y Ernesto Samper, María Mercedes fue elegida para dirigir la llamada Casa Silva, sita en el último solar donde vivió el vate.

Se dedicó a hacer política con la poesía. Durante diecisiete interminables años, blandiendo la consigna: *Las palabras pueden reemplazar las balas*, convirtió la poesía en un entretenimiento, que aparentando resucitar un género agonizante, con el uso y abuso de los medios masivos de difusión y el despilfarro de desmedidas sumas de dinero público, organizó veladas, conciertos, premios con recompensas en miles de dólares, concursos

clientelistas para elegir el mejor poema de amor, el mejor poema de la paz, el mejor soneto contra la guerra, suculentos almuerzos oficiales rociados con caldos ibéricos y el cuerpo presente de algún rancio poeta, galas de cumpleaños para amigos de la casa que se iban enterrando en los setenta, premios nacionales en pesos nacionales, traslados, a una nación en guerra contra el narcotráfico, de cientos de vates de extrañas y disimiles condiciones y vicios, guiada desde el Olimpo por una indestructible voluntad de fierro y una mano despótica, sometiendo una caterva de líricos pobres [Del Castillo, Quintero, Orozco, Rodríguez Tosca, Díaz Granados, Miranda] y explotados de horario, arrojando limosnas a los mendigos del barrio o encumbrando los despojos poéticos de varias lustrabotas y aseadoras, creyendo que con todo ese ruido y malversaciones se podía tapar con la mano el sol de la sangre derramada por su jefe y poeta, veinte años atrás, en una tragedia dantesca: la toma y retoma del Palacio de Justicia, donde las fuerzas del estado asesinaron la Corte de Justicia, torturaron y desaparecieron a los asaltantes del M-19 y murieron asados cerca de cien inocentes.

Recibió, como recompensa a todos sus esfuerzos, la inclusión de su nombre en las listas del M-19, de cuyos lineamientos centrales [abolición de la extradición de nacionales] se apartó al votar la nueva constitución de 1991; algunos viajes por tierras de hielo y fuego y un gran sarao, arropada por sus amigos del alma, en la Embajada de Colombia en la calle de Martínez Campos, al cumplir cincuenta años.

Pero ni *La poesía tiene la palabra*,[(1)] ni el medio centenar de poetas y poetizas del mundo —con limosina, suite presidencial y miles de dólares de viáticos— que celebraron en Bogotá el matrimonio de Belisario Betancur y Dalita Navarro durante la alcaldía de Enrique Peñalosa,[(2)] ni los *Cien Años del Suicidio de Silva*, ni la maliciosa *Historia de la Poesía Colombiana*, ni los cónclaves en la Hacienda Yerbabuena, ni los mediocres *Talleres de Poesía para Niños, Mujeres y Ancianos*, ni *La poesía ayuda a vivir*, ni *Los Alzados en Almas* y *Descanse en Paz la Guerra*, ni la postrera incorporación a la campaña presidencial de Horacio Serpa, impidieron, mientras morían, se suicidaban o eran asesinadas y secuestradas sus amigas o parientes, que la envidia la estrechara tanto en las tesorerías oficiales —[*léase*

*Rocío Londoño, sacamicas de un payaso de nalgas desteñidas habitual de la esposa de un viudo expresidente*]— hasta hacerla caer en la cuenta de que se había equivocado, y no solo no había país, sino que su futuro había terminado.

María Mercedes Carranza publicó *Vainas y otros poemas* [1972], *Tengo miedo* [1983], *Hola, soledad* [1987], *Maneras del desamor* [1993] y *El canto de las moscas* [1998].

Como se sabe, la hija del abanderado de *Piedra y Cielo* se inició como poeta negando, precisamente, las tradiciones históricas, políticas o literarias que simbolizaba su padre. Sus poemas, además, reniegan del perfil sentimental, recatado y a medias púdico de los versos escritos por mujeres. No hay en ella asomo de Mariela del Nilo, Laura Victoria, Dora Castellanos, Maruja Viera o sus contemporáneas Piedad Bonett, Luz Mary Giraldo u Orietta Lozano.

---

1. Según un artículo de Ricardo Aricapa titulado «Balada de la calle», publicado en *El Mundo* de Medellín el 29 de mayo de 1989 y reproducido fragmentariamente en la segunda página del número 325 del *Magazín Dominical de El Espectador* el 4 de julio del mismo año, examinando, en la oficina de extensión cultural de la Cámara de Comercio de Medellín la urna con 20.000 de los votos con los cuales había sido elegido un poema de Darío Jaramillo Agudelo, subgerente durante veinticinco años del Banco de la República como el mejor verso de amor, descubrió que todos los votos, unos más otros menos, eran una fotocopia del poema de cada autor pero lo único que cambiaba era la firma y la cédula del votante. Darío Jaramillo Agudelo obtuvo 19.000 votos. Lo más curioso es que el jefe de esa campaña había sido el futuro director del *Magazín Dominical*, el doctor de la Universidad del Valle Juan Manuel Roca Vidales, que ya trabajaba estrechamente con María Mercedes Carranza en Casa Silva y quien sería premiado, ya entrado el siglo XXI, por el subgerente de marras con un jugoso premio nacional y otros gabelas españolas.

2. Justo dos meses antes de la celebración del matrimonio entre el expresidente Belisario Betancur y la ex de Teodoro Petkoff, la ceramista venezolana Dalita Navarro, María Mercedes Carranza, en colaboración con Adriana Mejía, directora del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, del alcalde Enrique Peñalosa, el neochavista Enrique Hernández de Jesús y el propietario de Arte Dos Gráfico, Luis Ángel Parra, organizaron una suerte de *Sexual and Poetry Performance*, al que invitaron a más de sesenta escritores extranjeros, quienes junto a otros cuarenta nacionales anunciaron las Bodas de Canaán entre el responsable del Holocausto del Palacio de Justicia y la distinguida damita caraqueña. Bogotá estaba literalmente sitiada por las FARC durante el gobierno de Andrés Pastrana, cuando al final de la década fue mayor la degradación del conflicto armado y se generalizaron las tomas armadas de poblaciones, las desapariciones forzadas, las masacres indiscriminadas de civiles, el masivo desplazamiento forzado y los secuestros colectivos de civiles, militares y políticos. Según se informó con los años, a los poetas y narradores extranjeros se los retuvo por ocho

> El trasnochado feminismo es la norma de conducta de varias asociaciones de mujeres —escribiría a comienzos de los noventa—, y, en el terreno de la poesía, han configurado una aberrante modalidad que consiste en aplicar para el análisis y divulgación de la poesía escrita por mujeres una categoría basada en la condición sexual, que deja en un segundo término los criterios de calidad, los cuales son los únicos que se deben tener en cuenta en el momento de valorar una obra. Esa extravagancia ha dado origen a un género llamado poesía femenina, pero ¿se habla acaso de poesía masculina, se hacen antologías de poesía masculina o análisis de poesía escrita por hombres?, demostrando que existe una clara discriminación, ya que la poesía a secas vendría a ser la que escriben los hombres y la otra constituiría un apéndice, nacido de un generoso paternalismo.

Y si no lo era en el verbo, menos lo fue en la vida cotidiana. Educada en una España opresora de las mujeres [«En mi casa manda mi padre; en la escuela, el maestro; en el pueblo, el alcalde; en la provincia, el

---

días en apartamentos individuales de las Residencias Tequendama, guardaespaldas incluidos, y tuvieron a su servicio limosina y chofer bilingüe. Los nacionales fueron tratados de varias maneras, de acuerdo con los estratos a que pertenecían y al grado de lambonería que rendían al novio de marras. El 23 de agosto, Belisario Betancur inauguró el jolgorio con un discurso en la Plaza de Bolivar. «Un tema —dijo el lírico de Amagá— presidirá el encuentro: el amor y la palabra. El amor en todas sus manifestaciones y con todas sus connotaciones. El amor místico. El amor prohibido. El amor cursi. El amor y el desengaño. El amor cantado desde la antigüedad por juglares y rapsodas, y el amor elevado a las más altas instancias contemplativas, como en el San Juan de la Cruz del Cántico espiritual; o en el Neruda de los Veinte poemas y una canción desesperada; en el Dante de La Divina Comedia; o en Píndaro y en Safo; el amor de Quevedo y Garcilaso, y el del Arcipreste de Hita del Libro del Buen Amor; y el del Marqués de Santillana, quien dijera, d amores desamparado, / d amores, que no d amor… O como aquel lienzo de Carranza: Alicia, Alicia Altanube / fue dibujada con trinos, / sobre un silencio moreno, / por turpiales sin memoria». Belisario contrajo nupcias el viernes 20 de octubre, en una ceremonia oficiada por monseñor José Miguel Huertas, a la que asistieron los expresidentes Alfonso López Michelsen, César Gaviria y Ernesto Samper. La boda estuvo cantada por Martha Senn y la comida confeccionada por Harry Sazón. Entre los invitados estaban Alfonso López Caballero, el embajador de México, señor Puente Leyva, María Mercedes Carranza, Gloria Zea, Cristina Pignalosa, el embajador de Salvador, señor Rubio, Noemí Sanín, el ministro del despacho Juan Manuel Santos, el codirector de *El Tiempo* Rafael Santos Calderón, María Eugenia Rojas de Moreno Díaz, María Emma Mejía, Samuel Moreno Rojas, etc. Según Óscar Collazos [*Amor en tiempos de guerra*, El Tiempo, 29 de agosto del 2000], «Hay que estar loco para organizar un Encuentro de Escritores y proponer que la palabra y el amor sean sus temas centrales. Hay que introducirse, así sea momentáneamente, en el mundo de la fantasía para pretender que se hable del amor en tiempos de guerra y de la palabra en un país donde el discurso político la desprestigia y envilece. Se necesita un poco de ilusión lírica para poner a más de cien escritores a hablar del

gobernador; en España, el Caudillo»], pero lectora de los franceses de la postguerra, su independencia fue proverbial en esa Bogotá que recorría de Chapinero a Las Aguas, entre trotskistas, mamertos y prochinos, libertinos y drogadictos retratados en *Sin remedio*, la autobiografía de Ignacio Escobar.

Las constantes parodias de sus poemas de juventud a la sociedad patriarcal y las muchachas en flor de Eduardo Carranza, fueron un parricidio evidente y no mera imitación de las *Gotas amargas* de Silva o la *Comedia tropical* de López, y menos, caricaturas de la *antipoesía* del enemigo de Neruda, Nicanor Parra, paradigma de la nueva retórica, según Garavito.

El desencanto de los textos de María Mercedes Carranza fue un corolario a la pronta constatación de la ruina de los ideales, las creencias, los amores y la vida que ya se leía, gracias a la prolongada tiranía franquista, en poemas de Ángel González, Caballero Bonald, Gil de Biedma o Barral, en buena parte de la obra de Cernuda, e

amor en un escenario nacional donde el odio crece a medida que los actores de la guerra dejan más muertos, más memoria herida, menos esperanzas sobre el inmediato futuro. [...] Esos extranjeros piden explicaciones a hechos monstruosos como el asesinato de seis niños, quieren que se les diga por qué Carlos Castaño goza de creciente simpatía en sectores de la sociedad colombiana, no entienden por qué el héroe legendario de las luchas campesinas acepta financiarse con dineros del narcotráfico, con el horror del secuestro y el chantaje de la extorsión». Y para Eduardo Escobar [*Amores y descalabros*, El Tiempo, 29 de agosto 2000], «Bogotá, suma, reflejo y desdicha de la desdichada Colombia, acaba de clausurar un tumultuoso encuentro de escritores orientados por la ceramista Dalita Navarro y Belisario Betancur, su novio. Poetas, novelistas, ensayistas, en diversos escenarios a todo lo ancho de la ciudad hicieron profesión de fe en el futuro y declararon su amor por la vida en este país descosido por los rencores, donde la poesía es locura y la masacre la normalidad. Colombia es la que es y no la que uno quisiera. El encuentro se inició con un almuerzo feliz en el museo del Chicó con arroyos de vino rojo y la muerte azarosa de seis niños caminantes en un pánico de soldados en Pueblo Rico. Y cerró con un espléndido recital colectivo en el Parque Nacional y un par de protestantes aplastados en el barrio Restrepo por una alcaldada, bajo un muro inocente de todo». La Alcaldía de Bogotá y la Fundación Casa Silva publicaron una lujosísima memoria del evento con unas horrendas fotos de Hernández de Jesús, donde cada autor escribía unas frases para celebrar el amor y la palabra. Allí están las declaraciones de Amor a Colombia de Alberto Manguel, Alfonso Chase, Alfredo Pita, Antonio Cisneros, Antonio López Ortega, Antonio Skármeta, Barbara Gowdy, Carlos Monsiváis, Carmen Posadas, César Aira, Eduardo Galeano, Edwidge Danticat, Elena Poniatowska, Ernesto Cardenal, Eugenio Montejo, Fernando Vallejo, Gonzalo Celorio, Gonzalo Lema, Gonzalo Rojas, Griselda Gámbaro, Jon Juaristi, Jorge Edwards, Jorge Enrique Adoum, Jorge Riechmann, José Pablo Feinmann, Josefina Aldecoa, Juan Luis Panero, Julio Escoto, Luis Alberto Crespo, Luis Goytisolo, Manlio Argueta, Marcio Veloz, Margarita Laso, Nélida Piñón, Pedro Shimose, Rafael Alcides, Raúl Zurita, Sergio Ramírez, Soledad Puértolas, Stefanía

incluso de Aleixandre, Vivanco o Rosales, los amigos de su padre. La poesía tenía que ser comunicación, no mero encantamiento, alienación y paños tibios, o bufonadas y palabras soeces como sucedía entre el mundo azul de *Piedra y Cielo* y las quemas de libros, asafétidas y profanaciones de los nadaístas.

*Vainas y otros poemas* son un bricolaje de cuentas de la compra, maquillajes, pescados fritos, amores inconstantes, esmalte para las uñas y cortesías bogotanas, contra las aguas estancadas de la vida social de aquellos años de apogeo del Frente Nacional, cuando todo fue corrompido. De ahí la eficacia del tono: contra la retórica, la parla coloquial; contra los dedos parados y el culo fruncido, ironía y humor; contra toda ilusión, puro desencanto; ante la euforia perversa de los repartidores del fisco, sarcasmos y burlas.

## Patas arriba con la vida

Sé que voy a morir porque no amo ya nada.
—Manuel Machado.

Moriré mortal,
es decir habiendo pasado
por este mundo
sin romperlo ni mancharlo.

---

Mosca, Thiago de Mello, Vicente Quirarte. Los intelectuales nacionales que eran reconocidos por Belisario Betancur como sus pares fueron: Andrés Hoyos, Arturo Alape, Bernardo Hoyos, Darío Jaramillo, Darío Ruíz Gómez, David Sánchez Juliao, Eduardo Escobar, Elkin Restrepo, Enrique Serrano, Felipe García Quintero, Fernando Charry Lara, Germán Castro Caicedo, Germán Espinosa, Giovanni Quessep, Gloria Valencia, Héctor Abad Faciolince, Héctor Rojas Erazo, Hernando Valencia Goekel, Hugo Chaparro, Jaime García Maffla, Jaime Sanín, Jorge Franco, Jorge Orlando Melo, José Manuel Arango, Jotamario Arbeláez, Juan Felipe Robledo, Juan Gustavo Cobo Borda, Juan Manuel Roca, Julio César Londoño, Laura Restrepo, Luis Fernando Afanador, Manuel Zapata Olivella, Margarita Vidal, Marianne Ponsford, Mario Rivero, Meira del Mar, Nicolás Suescún, Óscar Collazos, Piedad Bonnet, R.H. Moreno-Durán, Roberto Burgos, Rogelio Echavarría, Samuel Jaramillo, Santiago Mutis y William Ospina. Luego de la muerte de María Mercedes Carranza, algunos acuciosos sostuvieron que una de las causas de su suicidio eran las demandas por malos manejos del dinero público que ella había tenido al frente de Casa Silva, tanto en este evento, como en la fiesta que para celebrar sus cincuenta años hizo en Madrid, cuando era embajador ante el reino de España su amigo Ernesto Samper. Otro tanto había hecho Asenet Velásquez en Cartagena, también acusada de haber recibido una fuerte suma de dinero del gobierno de Samper. Carranza y Velásquez murieron en circunstancias parecidas y no aclaradas plenamente.

No inventé ningún vicio,
pero gocé de todas las virtudes:
cedí mi alma a la hipocresía,
he traficado con las palabras,
con los gestos, con el silencio;
condescendí a la mentira,
he esperado la esperanza,
he amado el amor,
y un día pronuncié la palabra Patria;
acepté el engaño:
he sido madre, ciudadana,
hija de familia, amiga,
compañera, amante.
Creí en la verdad:
dos y dos son cuatro,
María Mercedes debe nacer,
crecer, reproducirse y morir
y en esas estoy.
Soy un dechado del siglo XX.
Y cuando el miedo llega
me voy a ver televisión
para dialogar con mis mentiras.

Los poemas de *Vainas* desvistieron el alma y su cuerpo para entregarnos, con naturalidad, sin alardes de martirio, la decepción de toda vida. Por primera vez una madre y amante, lo dijo en la poesía colombiana, tan sentada en sus propios laureles. María Mercedes Carranza, con una eficacia verbal alejada de los artificios y bufonadas de ciertos nadaístas o los poemas retrosurrealistas de algún politiquero, mediante la mueca en sus labios desgarró el velo que todavía cubriría las retóricas de Rojas Herazo, Mutis, Cote y Rogelio Echavarría.

En sus otros tres libros, *Tengo miedo, Hola, soledad* y *Maneras del desamor*, hay una década de registros acerca del fracaso de toda vida amorosa. Un gran amor debe terminar mal, dice Carranza. Pero aquí, a pesar de esa certeza que conoce cualquier adulto, sus poemas son una evidencia «femenina» de ese fracaso que no aceptan las

mujeres machistas. Carranza habla del amor en pareja como lo que es a menudo, cuando el cendal del deseo se ha rasgado: un mundo sin emociones, breve, camino del deterioro y la desaparición. Apenas el orgasmo redime del dolor, por un instante, el resto es repetición, aburrimiento, abandono. Y en ese mundo yermo, la mejor compañía y el mejor placebo lo concede el placer solitario, donde con el más pasmoso deleite nos devoramos.

Afuera el viento, el olor metálico de la calle.

Ya dentro, va dejando todo lo que lleva encima,
primero la cartera y la sonrisa;
se deshace de las caras que ese día ha visto,
los desencuentros, la paz fingida,
el sabor dulzarrón del deber cumplido.
Y se desviste como para poder tocar
toda la tristeza que está en su carne.
Cuando se encuentra desnuda
se busca, casi como un animal se olfatea,
se inclina sobre ella y se acecha;
inicia una larga confidencia tierna,
se pide respuestas, tal vez tiene la mirada turbia;
separa las rodillas y como una loba se devora.

Afuera el viento, el olor metálico de la calle.

[Poema de amor]

Esos poemas de los años ochenta, cuando se acercaba al medio siglo, son la imagen sigilosa de una sociedad marcada por la hipocresía y la doble moral, y la evidencia de la aparición de la *nueva* mujer, que siendo muñeca, alquilada, triunfa sobre todas las cosas trepando como hiedra sobre despachos, éticas, familias, patria, todo, hasta alcanzar el éxito, es decir, el asco.

Carranza fue, en últimas, la Alfonsina Storni de la frívola sociedad que produjo el dinero fácil y la corrupción. Sin que dejara, también, de lacrar, su existencia, con la música macabra que tañe en sus poemas últimos, donde la poesía condesciende, rota y desfigurada, a ser caricatura de la crueldad del mundo. *El canto de las moscas* es un documental verbal de los cientos de masacres [*Barrancabermeja, Confines, Guaitarilla, Jamundí, La Gabarra, Las Delicias, Mapiripán, Naya, Necoclí, Nilo, Paujil, Potrerito, Sotavento, Tamborales, Tierralta, Trujillo*, etc.] ejecutadas por la derecha paramilitar en disputa con la guerrilla de derechas por los territorios consagrados al cultivo de la coca, la marimba y la heroína en la Colombia de finales de siglo.

Un país que cuando ella murió, era un reino de taifas de la delincuencia, las guerrillas y el paramilitarismo; con veintinueve millones de pobres; cuatro millones de desempleados; dos millones de desplazados; millón y medio de exiliados o emigrantes; cuatro mil secuestrados; cientos de desaparecidos y cuatro millonarios en la lista de *Forbes*.

«Siempre hemos tenido una clase dirigente incapaz, irresponsable, estulta, al servicio de sus mezquinos intereses y con frecuencia corrompida…», escribió dos años antes de morir, pensando, quizás, en un país que había terminado por conocer desde la mañana de 1958, cuando volvió a Santafé, con sus calles sucias y rotas, colmadas de borricos empujados por mujeres de follado y negros sombreros de hombre, cubiertas con mantones de manila, la misma otra Bogotá que vio el amanecer del 10 de junio de 2003, cuando se quitó voluntariamente la vida, mientras divisaba, desde su mecedora, los cerros tutelares de La Macarena, uno de los lugares más tristes y peligrosos del mundo.

**Bibliografía de María Mercedes Carranza**

*Carlos Lleras Restrepo*, en **Semana**, Bogotá, octubre 31, 1994. *El repugnante feminismo,* en **Semana**, Bogotá, agosto 17, 1992. **De amor y desamor**, Bogotá, 1994. **El canto de las moscas**, Bogotá, 1998. **Hola, soledad**, Bogotá, 1987. **Tengo miedo**, Bogotá, 1983. **Vainas y otros poemas**, Bogotá, 1972.

**Bibliografía sobre María Mercedes Carranza**

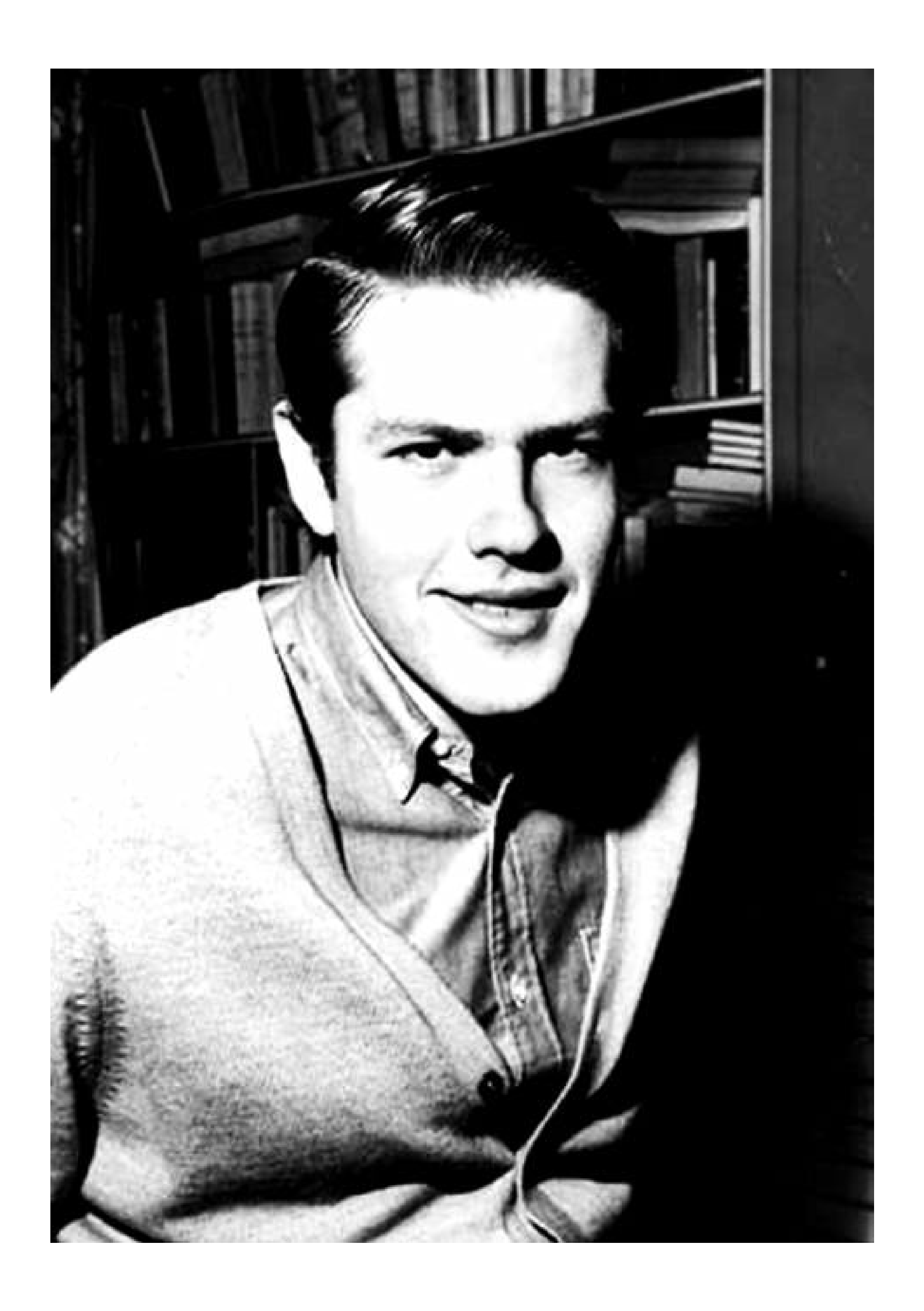
Ángela María Pérez Mejía: *Entrevista a María Mercedes Carranza*, en **Revista de estudios colombianos**, n° 5, 1988. Carlos Lleras Restrepo: *Notas de Hefestos*, en **El Espectador**, Bogotá, octubre 3, 1979. Darío Jaramillo Agudelo: *La poesía está triste*, en jueves Cultural de **La Prensa**, Bogotá, enero 4, 1990; *Música macabra*, en **ABC Cultural**, Madrid, septiembre 4, 2001. Eduardo Escobar: *Poetas suicidas*, en **El Tiempo**, Bogotá, Julio 15, 2003. Héctor Abab Faciolince: *36 millones de poetas*, en **Lecturas Dominicales de El Tiempo**, Bogotá, mayo 7, 1995. James Alstrum: *La poesía de María Mercedes Carranza*, en **Los poetas colombianos de los años setentas**, Bogotá, 2000. Jorge Child: *Burocracia poética*, en **El Espectador**, Bogotá, junio 17, 1989. Juan Gustavo Cobo Borda: *María Mercedes Carranza, 1945-2003*, en **Luna de locos**, n° 11, Pereira, 2005. Juan Luis Panero: **Sin rumbo cierto**, Barcelona, 2000. Patricia Valenzuela: *María Mercedes Carranza: balance inicial*, en **Boletín cultural y bibliográfico**, n° 47, Bogotá, 1998. Paula Angarita y Nancy Velandia: *La casa sin Carranza*, en **Directo Bogotá**, mayo, 2004. Roberto Posada: ¿Porqué no contestas María Mercedes?, en **El Tiempo**, Bogotá, Julio 17, 2003.

## Poema de los hados

Soy hija de Benito Mussolini
y de alguna actriz de los años 40
que cantaba la Giovinezza.
Hiroshima encendió el cielo
el día de mi nacimiento y a mi cuna
llegaron, hados implacables,
un hombre con muchas páginas acariciadas
donde yacían versos de amor y de muerte;
la voz furiosa de Pablo Neruda;
bajo su corona de ceniza, Wilde
bello y maldito,
habló del esplendor de la vida
y de la seducción fatal de la derrota;
alguien grito «muera la inteligencia»,
pero en ese mismo instante Albert Camus
decía palabras
que eran de acero y de luz;
la pasión ardía en la frente de Mishima;
una desconocida sombra o máscara,
puso en mi corazón el Paraíso Perdido
y un verso;
«par delicatesse j'ai perdu ma vie».
Caía la lluvia triste de Vallejo
se apagaba en el viento la llama de Porfirio;
en el aire el furor de las balas
que iban de Cúcuta a Leticia, se cruzaban
con los cañones de «Casablanca»
y las palabras de su canción melancólica:
«El tiempo pasa,
un beso no es más que un beso...»
Así me fue entregado el mundo.
Esas cosas de horror, música y alma
han cifrado mis días y mis sueños.

## Sobran las palabras

Por traidoras decidí hoy,
martes 24 de junio,
asesinar algunas palabras.
Amistad queda condenada
a la hoguera, por hereje;
la horca conviene
a Amor por ilegible;
no estaría mal el garrote vil,
por apóstata, para Solidaridad;
la guillotina como el rayo,
debe fulminar a Fraternidad;
Libertad morirá
lentamente y con dolor;
la tortura es su destino;
Igualdad merece la horca
por ser prostituta
del peor burdel;
Esperanza ha muerto ya;
Fe padecerá la cámara de gas;
el suplicio de Tántalo, por inhumana,
se lo dejo a la palabra Dios.
Fusilaré sin piedad a Civilización
por su barbarie;
cicuta beberá Felicidad.
Queda la palabra Yo. Para esa,
por triste, por su atroz soledad,
decreto la peor de las penas:
vivirá conmigo hasta
el final.



## JUAN GUSTAVO COBO BORDA

*1948*

Hay quienes dicen que la difusión de la poesía de Juan Gustavo Cobo Borda deriva del hecho de haber confeccionado, durante más de una década, la revista *Eco*, que editaba Karl Buchholz con apoyo del gobierno de Bonn, y por partida doble, un importante funcionario de la empresa estatal de cultura y del Ministerio de Relaciones Exteriores colombiano.

Pocos fueron los estudios formales de Cobo Borda. Parece que intentó, con su metro y noventa y tres centímetros de estatura, estudiar derecho, filosofía o lenguas modernas en variados lugares, pero abandonó todos esos inconvenientes para dedicarse de lleno a la literatura, a los viajes y al trato con personajes de su talla —incluso más altos que él—, mientras gerenciaba la librería del señor Buchholz, en la Avenida Jiménez de Quesada con la Carrera Octava, a pocos pasos del lugar donde había caído asesinado Jorge Eliécer Gaitán, en Bogotá, el mismo año de su nacimiento. Cobo Borda es hijo de un médico que luchó en la Guerra Civil española del lado de Azaña y su madre es prima hermana de dos grandes escritores de la posguerra, el novelista Eduardo y su primo el poeta Jorge Zalamea Borda.

> Tendría que haber sospechado —dijo Álvaro Mutis— que ese muchacho corpulento y rozagante, que me miraba buscar libros sobre Bizancio y Carlos V en los escondidos y polvosos saldos del sótano de la Librería Buchholtz en la Jiménez de Quesada, no era todo lo inocente que su voz infantil y la parsimonia que sus

> movimientos indicaban. Hubiera debido ver con mayor cuidado esa sonrisa que, con ojos y boca, anunciaba, o mejor, destilaba una visión implacable de nuestras debilidades más secretas, de nuestras flaquezas mejor camufladas. [...] No, no supe ver otra cosa, en ese rostro sonriente, que el de un muchacho de buena familia bogotana, trabajando en sus vacaciones para mantenerse alejado del billar y de las tentaciones de la carrera 4ª, ya seculares en Bogotá. Buscando un libro de Brandi o de Schlumberger pasé por alto esa señal de peligro que me obsequiaba el azar.

Sin maestros presenciales y sin infancia, Cobo Borda se educó a sí mismo en los cines de barrio de los años sesenta, en las conversaciones semanales con los ancianos intelectuales que pasaban por su librería, en las habituales visitas a los poetas consagrados y las redacciones de los suplementos literarios, y luego, cuando hizo parte de las tareas culturales de los gobiernos de Carlos Lleras Restrepo, Julio César Turbay, Alfonso López Michelsen, Belisario Betancur y Ernesto Samper, en las subsidiarias e ineludibles lecturas para redactar profusos estudios sobre los autores que interesaban a esas administraciones: más de medio centenar de libros que ahora llevan su impronta de editor y antologista. Una vida consumida entre Escila y Caribdis: entre su admirado Jorge Luis Borges y el soporífero Germán Arciniegas, a quien consagró más de tres lustros de hipérboles y anacolutos.

Buen lector de las concepciones borgianas de la poesía, Cobo Borda también cree que la poesía, más que leer en la historia o interpretarla, agrega, desde la experiencia individual o colectiva, fábulas al mundo, ofreciendo acontecimientos y objetos que no estaban en él. Y el origen de todos estos seres inefables está en el corazón, esa «inmunda tienda de andrajos y osamentas» de Yeats. Su otro paradigma formal, y así lo ha reconocido él mismo, es Kavafis. Y quizás, también, así no lo haya dejado consignado de manera explícita, algunos de los poetas de la Generación del Cincuenta española. De Kavafis, o mejor, de algunas de las primeras traducciones de Kavafis al español, debió tomar Cobo Borda el arquetipo de concebir el poema como un trazo, un boceto, un fragmento que denote una síntesis de las interpretaciones históricas o las íntimas intuiciones, disecando con ardor y frialdad la fugacidad

de la existencia y sus actos. Con un atenuante: los textos del bogotano parten del sarcasmo que le producen el pasado y el presente de su ciudad y la historia de su nación. En Kavafis la historia es un gran friso de las tragedias individuales, en Cobo Borda una burla cruel, cursi o kitsch, a la manera de Luis Carlos López, de los comportamientos de su propia clase. De los del Cincuenta, y creo que de Barral y González más que de Gil de Biedma, habría aprendido que el poema debe en parte su eficacia y prosperidad a los correlatos que establezca entre «lo particular concreto» de la vida del creador y sus lenguajes.

Cobo Borda ha publicado una treintena de libros, unos diez de ellos de poesía, aparte de multitud de *plaquettes*. De ellos, *Todos los poetas son santos e irán al cielo* [1984] es, para mi gusto, la mejor de sus antologías. En su tono bastante seco, de corrector de estilo. Un estilo enunciativo, de discurso, que no se permite nada lúdico ni metafórico, como si una permanente tristeza invadiera los gestos y las peripecias vitales de su autor, incluso en los momentos en que esperamos algo de felicidad. Pero es allí, en esos poemas escritos durante los setenta y primeros ochenta, donde está el poeta que quiero ilustrar.

Cobo Borda tiene un buen número de textos donde critica y fustiga nuestra historia y nuestro presente. A Cobo le produce asco el país. Mientras en Arango hay frescos, en Carranza desgano, en Gómez Jattin irreverencias eróticas y en Roca ira, en Cobo Borda hay repugnancia.

En muchos de estos poemas está un Cobo Borda que desconocen las lectoras de la revista de modas o el magazine para señoritas donde él aparece a menudo opinando sobre los senos de alguna actriz o cosa parecida. *Todos los poetas son santos e irán al cielo*, a pesar de su rótulo un tanto insólito e ingenuo, ofrece, además, en pleno altar del bolero, el cuerpo de un poeta que padece la nostalgia de la carne y una voz, sin duda, memorable.

**Bibliografía de Juan Gustavo Cobo Borda**

**Consejos para sobrevivir**, Bogotá, 1974. **Salón de té**, 1979. **Casa de citas**, Caracas, 1981. **Ofrenda en el altar del bolero**, Caracas, 1981. **Todos los poetas son santos e irán al cielo**, Buenos Aires, 1983. **Poesía colombiana, 1880-1980**. Medellín, 1987. **Poemas orientales y bogotanos**, Bogotá, 1992. **La musa inclemente**, Madrid, 2002.

**Bibliografía sobre Juan Gustavo Cobo Borda**

Darío Jaramillo Agudelo: *La musa inclemente*, en **Gaceta**, México, setiembre, 2001. Enrique Molina: *La poesía de Cobo Borda*, en **Almanaque de versos**, Bogotá, 1988. Hernando Valencia Goelkel: *Consejos y confesiones*, en **Consejos para sobrevivir**, Bogotá, 1974. Jaime Mejía Duque: **Momentos y opciones de la poesía en Colombia**, Bogotá, 1979. Joaquín Marco: Poesía *reunida*, en **El Cultural de El Mundo**, Madrid, 11 de febrero, 2012. Jorge Cadavid: *Desocupado lector*, en **Boletín cultural y bibliográfico**, Bogotá, n° 42, 1997. Juan Gustavo Cobo Borda: *Autobiography*, en **Review**, New York, nº 33, 1984. María Mercedes Carranza: *Poesía post-nadaísta*, en **Revista Iberoamericana**, Pittsburgh, nº 50, 1984. Mario Lucarda: *Tierra de fuego*, en **Boletín cultural y bibliográfico**, Bogotá, n° 20, 1989. Salvador Garmendia: *Mientras el portero bosteza y los huéspedes regresan ebrios*, en **Ofrenda en el altar del bolero**, Caracas, 1981.

## El baile de los libertadores

A la usanza de 1819,
y para celebrar el sesquicentenario de tan magna efeméride,
el Baile de los Libertadores
organizado por la Cámara Júnior, las Damas Voluntarias
y la Policía de Boyacá
servirá para forjar el espíritu patriótico.
Se celebrará el 19 de Julio
en los salones del antiguo convento de Santo Domingo
—hoy cuartel de la policía—
pero no será una fiesta donde los mozos
brinquen su jolgorio ni la discoteca
en donde el twist, el swing o el go-go alegren con su
frenesí a las juventudes excitadas. Nada de eso:
se tratará de una velada plena de elegancia y ritmo.
NOS ALIMENTAMOS DE RAÍCES
A las nueve de la noche se iniciará por los pasillos
del antiguo convento de Santo Domingo
—hoy cuartel de la policía—
un desfile presidido por el pregonero que será
nadie menos que el maestro de ceremonias.
Él llevará en sus manos una especie de bastón.
LA GANGRENA CARCOME EL BRAZO DE MINCHO
Posteriormente lo seguirá el Obispo
quien representará la majestuosidad de la Iglesia.
En nombre del origen del mundo y de la vida,
un delegado religioso de la fe que nos legó España.
SE AVANZA CON EL AGUA A LA CINTURA
LA VANGUARDIA AHONDA LOS FANGALES
PROVOCA DERRUMBES Y VA DEJANDO
HUELLAS DE MULAS DESPEÑADAS
Y CUERPOS MUERTOS POR EL FRÍO.

Unos pasos más atrás
el Gobernador del Departamento
acompañado por su señora esposa
los miembros del cuerpo diplomático
el Alcalde y sus secretarios
el Procurador del Distrito
los Magistrados del Honorable Tribunal
las autoridades militares
y demás personalidades invitadas.
Se dará una vuelta al salón principal
el cual será abierto por el señor Obispo
invocando a la Divinidad
con los rituales individuales y colectivos de cada caso.
BEBEMOS NUESTROS PROPIOS ORINES
Seguidamente la orquesta interpretará los
himnos de Colombia y España.
Minutos después la danza inicial convertirá
la sala en un espectáculo
pues se trata de un baile aplicado a una especie de teatro
y ejecutado por parejas previamente entrenadas.
LAS COLUMNAS AVANZAN MUY LENTAMENTE
SOPORTANDO LA VENTISCA HELADA
En esta maravillosa fiesta
no será un bailarín, ni un decorador, ni un coreógrafo
quienes ocupen el primer plano:
será ante todo un animador, un director, un promotor;
una especie de deleitante genial audaz y apasionado
quien hará gala de la poesía y de la música ante todo.
NO CESA LA LLUVIA NI DE DÍA NI DE NOCHE Y A
MEDIDA QUE ASCIENDEN LA CORDILLERA EL
SOFOCAMIENTO POR LA ALTURA Y EL GOLPE
CONSTANTE DE LA BRISA CASI PARALIZA
EL MOVIMIENTO DE LA TROPA.

Luego la señora Tatiana
hará una especie de desfile de modas
y explicará los diferentes estilos usados desde la Colonia.
LAS RUANAS APENAS SÍ LES HAN SERVIDO PARA
PROTEGER ARMAS Y MUNICIONES.
Después de la interpretación de canciones de tipo popular:
bambucos, pasillos, polkas, pavanas y mazurcas
se hará un receso para que un declamador
de renombre internacional
deleite a los presentes con su intervención.
Durante la cena y el intermedio
se servirán colaciones de nuez, arequipe y postres especiales.
Se amenizará tan regio banquete
con frecuentes charlas, adivinanzas
y juegos de fantasía.
CONDENAMOS A QUE SEA SACADO DE LA CÁRCEL
ARRASTRADO Y LLEVADO AL LUGAR DEL SUPLICIO
DONDE SEA PUESTO EN LA HORCA HASTA QUE
NATURALMENTE MUERA QUE BAJADO SE LE CORTE LA
CABEZA SE DIVIDA SU CUERPO EN CUATRO PARTES
Y PASADO EL RESTO POR LAS LLAMAS PARA LO CUAL
SE ENCENDERÁ UNA HOGUERA DELANTE DEL
PATÍBULO DECLARADA POR INFAME
SU DESCENDENCIA
OCUPADOS TODOS SUS BIENES ASOLADA SU CASA
Y SEMBRADA DE SAL PARA QUE DE ESTA MANERA SE
DE AL OLVIDO SU INFAME NOMBRE
Precio de la boleta $380, oo

[Revista Actual, Mérida, nº 6, enero-abril de 1970]

## El 25 de febrero de 1984, siendo las seis de la mañana, Aurelio Arturo se me aparece en Buenos Aires

Tú estás muerto pero sobreviven los versos.
La ciudad que fue la tuya quizás también esté muerta.

¿O acaso Bogotá continúa en un inhóspito juzgado;
en un encorbatado oficinista
que toma tinto y lee *El Tiempo*?
Tu amistad, que conmigo fue buena,
no requiere de anécdotas.
Sobrevive en la alta prosodia
con que soñaste un país verde.
En el gesto, casi negligente, con que pusiste,
sobre la página en blanco, «lunas de cáscara de huevo».
Ciertas gentes que como tú en la luz se desvanecen.
Lo dice Bergamín: Poesía es convertir
un momento histórico
en un instante eterno.
Bajo tu ancha sonrisa de seguro alentaba el mal genio
—esas cosas se advierten—
pero me aburre intentar tu silueta.

Corbatín, sombrero y chaleco: viejos tiempos.
No fuiste guía ni estrella
pero nos enseñaste a callar a tiempo.
Lejos de minucias estériles continuabas leyendo.
No citaré tus poemas.
No los usaré en contra de los necios.
Sin tener a mano tu poesía, te veo en sueños.

## Kavafis

Las calles de Alejandría están llenas de polvo,
el resoplido de carros viejos y un clima
ardiente y seco cerrándose en torno a cada cosa viva.
Incluso la brisa trae sabor a sal.
En el letargo de las dos de la tarde
hay un ansia secreta de humedad
y el tendero busca en sueños, con obstinación,
la áspera suavidad de una lengua inventando la piel.
Bebe con avidez el agua amarga de la siesta
y despierta cansado por ese insecto que vibra insistente.
La frescura de la tarde desaparece también
y su única huella fue este sudor nervioso
y el bullicio que minuto a minuto agranda los cafés.
Pasan los muchachos, en grupo, alborotando
y aquel hombre comprende
que ninguna palabra logrará atrapar sus siluetas.
La noche devora y confunde
haciendo más largo su insomnio,
más hondos sus pasos por sucias callejuelas.
El amanecer lo encontrará contemplando
ese velero que abandona el muelle
y atraviesa la bahía, rumbo al mar.

## Retrato al óleo con sombrero y bastón del poeta cubano Gastón Baquero

Allí está, con su isla a cuestas
evaporada cada noche en el sueño
y reconstituida en el verde amanecer del poema.
Escrito a mano, cada verso
se baña en el aceite original
de un escalofrío nuevo.
No rompe con el pasado:
se limita a agregarle una palmera.

La brisa pasa por el sonajero
mientras monedas y llaves
tintinean en sus bolsillos cada día más anchos.
Más generosos de juguetes traviesos:
un galeón de Manila dentro de una botella, por ejemplo.
El café con leche manchó su corbata
pero su ancho sombrero
de pastor presbiteriano
recompone el equilibrio del universo.

Astuto como un leopardo de Kenia
lo acompañan un negro, una mandolina
y un ajiaco
con el hervor de todos los frutos de la tierra.

Lo inventó todo
y todo le hace genuflexiones con su cabeza
asintiendo ante el danzón de su palabra,
cariciosa y alerta.

Que las diosas del mar lo preserven.
Que la luz del Caribe
fecunde, por fin,
el pedregoso camino que no termina en Salamanca.
Que allí reine, ancho, plácido, terrible,
como cualquiera de sus certeros poemas.

## Daguerrotipo

Calles empedradas
que desembocan en oscuros zaguanes;
luego el patio, un pozo y las cestas de parásitas.
Corredores de arco
por donde rezan longevas solteronas.
Aire de baúles
con sonetos apolillados,
maniquíes
y fotos de donde sólo se destaca
el manubrio de los higotes.
Corsés y miriñaques, leontina y guardapolvo.
Aroma de tisana y hierbabuena,
de chocolate con colaciones.
Irrumpen caballos de bronce
súbitas emboscadas
con escopetas de fisto
y cuerpo cayendo barranco abajo.
Sayas y levitas,
ruanas y alpargatas;
lánguidas doncellas en marcos ovalados.
La tenue música de piano.
De pronto un graznar.
revuelto de vestidos floreados
y carteras de paja.
AI pie de mi urna de vidrio
un borroso grupo
se asombra del uniforme deshilachado,
del orín que carcome mi espada.
El engañoso coro que esta tragedia
repite sin pausar:
biutiful, biutiful, biutiful.

## Epílogo

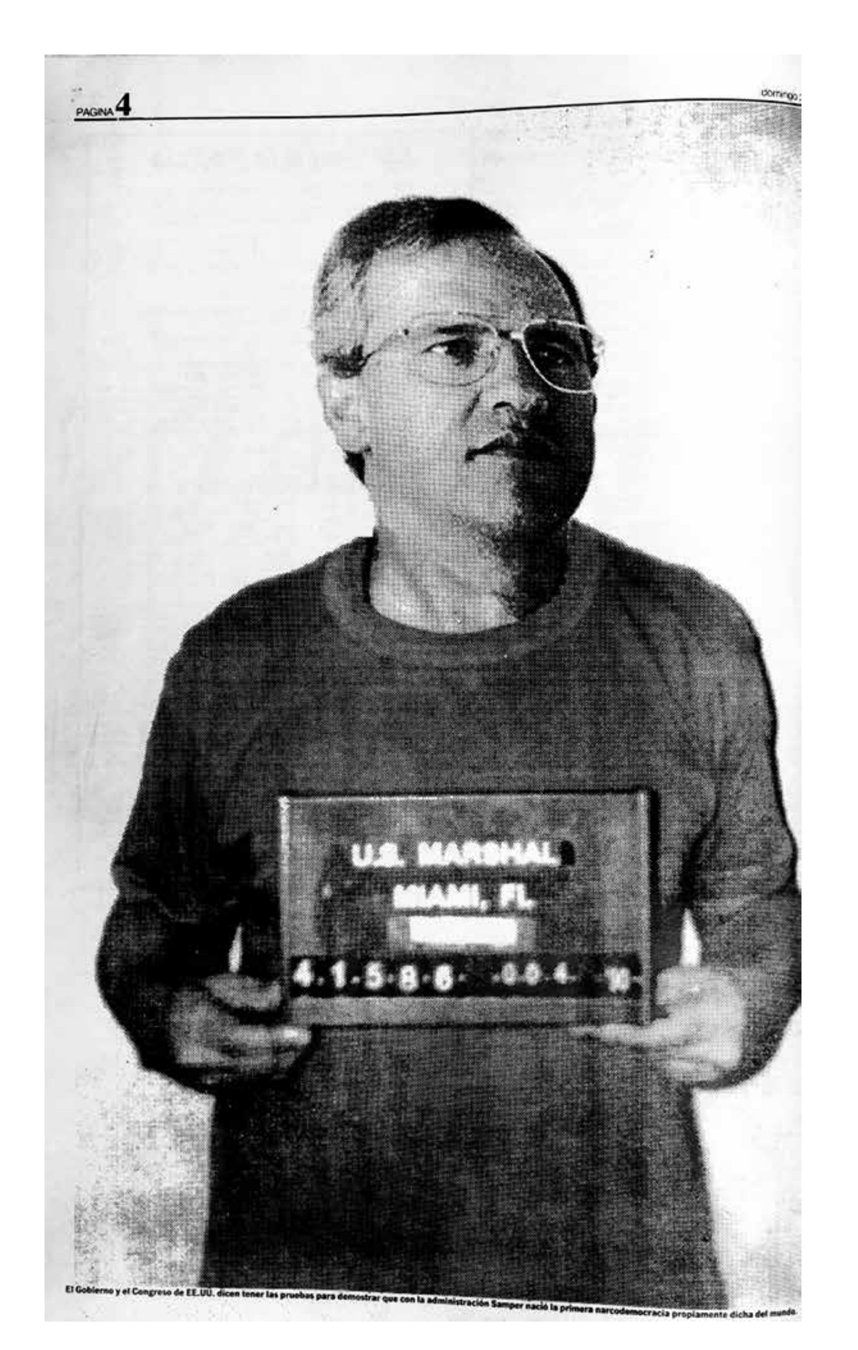
Terreno baldío, mugre, cenizas,
y esa cerca desvencijada. Pocas matas
brotando aquí y allá.
Todo como esa hora
aborrecible
en que olvidamos la clave.
Cáscaras de huevo,
lo  que queda luego de exprimir la naranja
cajetillas vacías, sin dejar de ver
extensión tan árida
el poeta escarba entre basuras.

## Estos tiempos difíciles

Fechas sangrientas, de largas y meticulosas torturas:
caminamos sobre aquellos que fueron nuestros amigos.
Rostros conocidos vistos una y otra vez en los mitines,
obligados luego a limpiar la gasolina del piso:
lengua herida entre vidrio y mugre.
Todo esto parece tremendismo
pero la violencia es el pan nuestro de cada dia.
Y nuestro recuerdo obsesivo
aquella danza en torno a la hoguera encendida:
el 15 de febrero de 1966 asesinaron a Camilo.
En ese entonces todos teníamos 18 años;
hoy los muertos se acumulan.
Sopla, sopla sobre estas cenizas.

## Padres de la patria

«Eminencias pedigüeñas»
intercambiando cartas de redención
cada cierto tiempo:
nuestra historia se reduce
a esa larga teoría
de reptiles afelpados.
Nos recuerdan, allí,
sus orígenes modestos; su moral a toda prueba.
Nos exhortan, con ademán sacerdotal
—ellos, que fueron ante todo masones
a compartir la vacuidad de sus propósitos;
el progreso, ese mito tonto.
Inmersos en el hedor de tal gloria,
bien podemos respirar aliviados:
nuestro desprecio por el país que hicieron
es idéntico al que ellos manifiestan, en privado.




El Gobierno y el Congreso de EE.UU. dicen tener las pruebas para demostrar que con la administración Samper nació la primera narcodemocracia propiamente dicha del mundo.

# La república del narcotráfico

*1985-2002*

Todo alcanzó su apogeo en 1985, año de la extradición de Hernán Botero[(1)]; el apagón de marzo; *Los acuerdos de La Uribe* [FARC] y *Corinto* [M-19]; la creación de la *Unión Patriótica*; la *Catástrofe de Armero*; el *Holocausto del Palacio de Justicia*; la muerte de *Eduardo Carranza*; Miguel Rodríguez Orejuela pagando un millón de dólares para que el Ministerio de Justicia autorizara la solicitud de extradición a Colombia de su hermano Gilberto, preso en la España de Felipe Gonzalez[(2)]; Ramón Isaza, "El viejo" y sus Autodefensas del Magdalena Medio[(3)]; el Poder Popular de Ernesto Samper Pizano; la muerte, en combate, del mando del M-19 Iván Marino Ospina y su hijo Gerardo; la conspiración contra Jaime Caicedo del Partido Comunista; la invención del Festival Internacional de Teatro de Fanny Mickey y Ramiro Osorio, luego del éxito de la *Gata Caliente* durante el lapso de *Pablo Escobar* en la Cámara de Representantes; la interminable publicación de los camelos de Álvaro Mutis por Pro y Colcultura bajo la dirección, compra y distribución de su hijo Santiago; el atentado, en un restaurante de Cali contra Antonio Navarro, María Vásquez y Alfonso Caicedo; el ataque al corazón de Françoise Sagan en Bogotá;

---

1. Hernán Botero: *La pelea del primer extraditado*, **El Espectador**, Bogotá, 11 de julio del 2009. http://www.elespectador.com/impreso/judicial/articuloimpreso150194-pelea-del-primer-extraditado

2. *Los narcos controlaban un tercio del parlamento colombiano*, **Clarín**, Buenos Aires, 11 de julio de 1997. http://www.clarin.com/diario/1997/07/19/t-03401d.htm

3. *El viejo Ramón Isaza*, **Verdad Abierta**, Bogotá, 29 de diciembre de 2008.
http://www.verdadabierta.com/component/content/article/36-jefes/673-perfil-ramon-isaza-alias-el-viejo

la presentación del primer libro de ejercicios líricos de William Ospina en la Casa de Nariño bajo los auspicios de *La Legión del Afecto*[4] y los seis millones de pesetas en joyas robadas a Gabriel García y Mercedes Barcha en el Hotel Princesa Sofia de Barcelona, todo anunciado por el Calcas de Mejorada del Campo donde murieron Marta Traba, Jorge Ibargüengoitia, Manuel Scorza, Angel Rama y 180 personas más, cuando volaban a Colombia a una reunión poética con Belisario Betancur, bajo la dirección del recién nombrado seudo ministro de cultura del Banco de la República.

Como han demostrado varios historiadores, fue durante el cuatrienio [1974-1978] de Alfonso López Michelsen, cuando Colombia se consolidó como el primer exportador de estupefacientes de la historia contemporánea, que algunos llaman, con una ironía digna de Caifás (AC y DC), [antes y después] de la Coca. López Michelsen (1913-2007), hijo del más grande presidente republicano del siglo pasado; bisnieto de un sastre radical cuyos descendientes son miembros de esa oligarquía que viaja a Paris, Londres o New York a comprar camisas o cortarse el cabello; incorregible adicto al sexo femenino, odiaba, como Alberto Lleras Camargo, el país donde había nacido y sólo soportó para, al servir a los poderosos de Londres y Washington, hundirlo en la miseria y la humillación.

De las entrañas del Frente Nacional saltó el basilisco que en su odio por los liberales nunca vislumbró Laureano y mucho menos su hijo Álvaro Gómez: los narcotraficantes[5] eran ya la nueva clase y la incontenible nueva fuerza política, enquistada en todo el entramado corruptor de sus gobiernos milimétricos y bipartidistas, cuyos dineros elegían el Congreso, nombraban magistrados, ministros, gobernadores, alcaldes, procuradores, jefes de la policía, pervertían la debilitada izquierda y terminarían liquidando moralmente las guerrillas que decían combatir el estado de cosas imperante.

---

4. José Navia: *Los legionarios del afecto*, **El Tiempo**, Bogotá, 07/10/2007.
http://www.eltiempo.com/participacion/blogs/default/un_articulo.php?id_recurso=450010452&id_blog=3923559
5. Los discípulos de la camada Nadaísta integrada por *José Mario Arbeláez, Humberto Navarro, Mario Cataño, Elmo Valencia, Eduardo Escobar, Dario Lemus*, etc.

El periodo entre 1986-1995 fue el más violento de la historia reciente de Colombia. De acuerdo con numerosos estudios, a finales de la década de setenta, la producción y exportación de marihuana llegó a los US$500 millones y de cocaína a US$154. Debido al efecto inflacionario que causaba, perturbando los propósitos del gobierno, López Michelsen abrió una "ventanilla siniestra" en el Banco de la República, en la cual ingresaron en 1974 unos US$166 millones y en 1977, US$722. Tan grande fue la magnitud del asunto, que el director de la Asociación Nacional de Instituciones Financieras, ANIF, el joven discípulo del presidente López, Ernesto Samper Pizano, propuso la legalización de la producción y el comercio de la marimba. Según Fedesarrollo y ANIF, se calculaban en 40.000 las hectáreas sembradas y 100.000 las personas que dependían de ese comercio. Se cree que los ingresos anuales eran del orden de los US$600 millones que incrementaron las reservas internacionales de US$618 millones en 1976 a US$1.526 en 1978. En 1981, durante del gobierno de Julio César Turbay, las hectáreas sembradas de marihuana llegaron a 10.000 y las exportaciones de cocaína a los Estados Unidos en 1982 alcanzaron un valor aproximado de US$1.1000 millones, como para que el programa *60 Minutes* de la CBS acusara al gobierno de tener conexiones con los narcos y la DEA declarará que las drogas eran un asunto de seguridad nacional para Colombia.

Mientras tanto, las FARC iban en aumento y recomponiéndose. Si en 1979 contaban con nueve frentes, para las elecciones de 1982 confesaban 18 y el M 19 crecía en las ciudades. Hoy se sabe que en la fundación del MAS, el organismo paramilitar de la mafia para combatir los secuestros, participaron 223 cabecillas de bandas criminales que aportaron cada uno dos millones de pesos y fue integrado por 2.230 hombres. Al final del gobierno de Belisario Betancur un informe de la Procuraduría General de la Nación reconocía la desaparición de 344 personas que involucraba unos 32 miembros de la policía y las fuerzas armadas y admitía el uso de torturas por parte de miembros de los organismos del estado. Lewis Tambs, embajador norteamericano durante el gobierno de Virgilio Barco, acuñó entonces el término *narcoguerrilla* y el senador John Kerry sostuvo que Colombia era una *narcodemocracia*. Por algo en septiembre de 1987 César Gaviria

Trujillo, ministro de gobierno, sostuvo en la Cámara de Representantes saber de la existencia de unas 140 organizaciones paramilitares que contaban con la participación de mercenarios británicos, australianos e israelitas. Antes de la posesión de Barco, las mafias habían asesinado al periodista Roberto Camacho Prada, al capitán de la policía Luis Macana Rodriguez, al magistrado Hernando Baquero Borda, al ex director de la policía antinarcóticos Jaime Ramírez Gómez, a los congresistas de la UP Leonardo Posada y Pedro Nel Jimenez, a don Guillermo Cano, etc., etc. Sólo en 1988 asesinaron unas 2.738 personas vinculadas a la política y en el primer semestre de 1989 otras 1.216, y entre enero de 1988 y agosto de 1989 se sucedieron unas 106 masacres, la nueva modalidad de los paramilitares para combatir las guerrillas de las FARC, que habían aprendido de los mercenarios israelitas. En 1987 atentaron contra la vida de Enrique Parejo, asesinaron a Jaime Pardo Leal, secuestraron a Andres Pastrana, asesinaron a Carlos Mauro Hoyos, el procurador general de la nación, secuestraron a Alvaro Gómez Hurtado, masacraron en La Rochela a 11 civiles entre jueces, detectives y secretarios de instrucción criminal, asesinaron a José Antequera, atentaron contra la vida de Miguel Maza Márquez, asesinaron a Antonio Roldán Betancur, al coronel Valdemar Franklin Quintero, al magistrado Carlos Valencia, a Luis Carlos Galán, Bernardo Jaramillo Ossa y Carlos Pizarro Leongómez. Para dar muerte de Pablo Escobar, el Bloque de Búsqueda realizó unos 11 mil allanamientos con un costo aproximado de 10 mil millones de pesos, 6 mil de ellos solo en pago de informantes, sin contar con las inversiones que hicieron Don Berna, los hermanos Castaño y los Rodriguez Orejuela, que pagaban, estos últimos, 400 millones diarios a la policía de Medellin.

Pero el verdadero infierno histórico de Colombia se vivió durante los cuatro años del gobierno de Ernesto Samper Pizano. Nunca antes, desde 1958, año del inicio del Frente Nacional, el país había vivido un cuatrienio tan turbulento y cruel. La corrupción, el clientelismo, la ruina de la justicia, el narcotráfico, la enajenación del dominio del estado y de la fuerza a las llamadas Convivir, grupos de paramilitares que sobrepasaron en número a 400 y el triunfo de las guerrillas de las FARC en numerosos asaltos y combates, hacen de este gobierno el peor de la historia. Según Bill Clinton, en una entrevista para UPI,

tres millones de dólares del narcotráfico habían elegido a Samper presidente de la república. Según César Torres del Río y Saúl Rodríguez Hernandez,[6] entre1996 y 1998 las FARC alcanzaron el punto más alto de sus combates contra el estado:

*En Puerres, el 14 de abril de 1996, 340 guerrilleros atacaron un contingente de caballería mecanizado; muertos un suboficial y 30 soldados y 28 quedaron heridos.*

*En agosto fue atacada la base militar de Las Delicias, por la columna móvil Teófilo Forero, con 750 hombres. 2 oficiales, 7 suboficiales y 18 soldados muertos, y capturados más de 60.*

*En septiembre una unidad militar fue emboscada en La Carpa, muertos 24 militares de la Brigada Móvil No. 2.*

*En febrero de 1997 en San Juanito, murieron 20 militares sorprendidos al descender de un helicóptero.*

*En julio de 1997 fue derribado en Arauca un helicóptero que transportaba personal militar; muertos 2 oficiales y 18 soldados.*

*También en julio, en Arauquita, fueron emboscados y muertos 10 militares.*

*En octubre, en San Juan de Arama, otra patrulla cayó emboscada, con 17 militares muertos.*

*El 21 de diciembre de 1997 los frentes 2, 14 y 34 (400 hombres) atacaron la base militar del Batallón de Infantería No. 9 en el cerro Patascoy, 22 soldados muertos y 18 capturados.*

*El 2 de marzo de 1998 en la quebrada El Billar, la columna móvil Teófilo Forero y los frentes 14 y 15 concentraron 750 hombres en área selvática y atacaron al batallón de contraguerrillas 52 de la Brigada Móvil No. 3 con 157 hombres; 62 muertos, 5 heridos y 43 capturados.*

*El 3 de agosto de 1998 ocurrió el ataque a la base antinarcóticos en Miraflores, reforzado con 165 hombres del Batallón de Ingeniería No. 19; 13 muertos, 73 capturados y 18 heridos del Ejército, y 3 muertos, 56 capturados y 8 heridos de la Policía Nacional; con unos 600 hombres el accionar insurgente fue adelantado por los frentes 1, 7, 44 y la columna móvil Juan José Rondón del Bloque Oriental.*

---

6. Véase *Conflicto interno y fuerzas armadas colombianas*, en **De milicias reales a militares insurgentes**, Bogotá, 2008.

*El 4 de agosto fue atacada la base de Uribe, 168 hombres del Batallón Vargas y dos compañías de contraguerrilla con 165 soldados del Batallón No. 32; 29 muertos, 38 heridos y 7 capturados; unos 600 hombres de los frentes 26, 27, 40 y 43 de las Farc fueron los responsables del hecho.*

*El 14 de agosto de 1998 en la quebrada Tamborales de Mutatá, en los límites entre Antioquia y Chocó, asesinaron a 50 soldados y más de 100 capturados.*

*El 14 de agosto 800 hombres de las FARC atacaron un pelotón del Batallón Voltígeros y una compañía del Batallón de Contraguerrillas No. 35 en Pavarandó, 14 muertos, 14 heridos y 9 capturados.*

*El 1 de noviembre de 1998 en Mitú, atacaron un puesto de policía con 114 hombres; el Ejército con un total de 1.200 hombres que recuperaron la zona, pero a un costo elevado: para la Policía Nacional, 19 muertos, 9 heridos y 72 capturados, y para el Ejército, 16 muertos y 28 heridos. Los responsables fueron unos 1.400 hombres de los frentes 1, 7, 16, 44, la columna móvil Juan José Rondón y las Fuerzas Especiales del Bloque Oriental.*

## La social bacanería

El triunfo del narcotráfico y la escalada de la guerra civil entre guerrillas y paramilitares[7] ofreció a un sector de la inteligencia colombiana[8] la oportunidad de entrar en escena con beneficios y resultados que nunca habían conocido: la Social Bacanería, la más notable de las invenciones del Frente Nacional.

Porque como había sentenciado el filósofo de *Otraparte*, Fernando Gonzalez, "*en Colombia, si un intelectual molesta mucho, lo mejor es conseguirle un empleo, bien o mal remunerado, y con eso basta*". Una vez conocidas las entrañas de las instancias criticadas, nadie más que ellos serían sus defensores a ultranza. Entre el liberal ministro de educación del segundo gobierno de Alberto Lleras Camargo y el conservador ministro de educación de su primo hermano Carlos Lleras Restrepo, la intelectualidad de las grandes capitales, de Barranquilla, Medellín, Manizales y el distrito especial de Bogotá, sería lanzada al "otro mundo" como había hecho la Revolución Mexicana y estaba haciendo la Cubana. Los rebeldes de café, que habían tenido por tribuna los periódicos y la radio durante la primera



Jacobo Arenas, Lucy Nieto de Samper, Juan Sebastián Betancur,
Margarita Vidal, Horacio Serpa, Oscar Alarcon, Gilberto Viera White y Tirofijo
durante las conversaciones de paz del gobierno Betancur.

mitad del siglo XX, viviendo entre el hambre y las enfermedades, como Luis Tejada, o en el exilio como Luis Vidales, ahora irían a parar las dependencias de la enorme burocracia que creaba la paridad política comenzando por el Congreso de la República, las Asambleas Departamentales, los Consejos Municipales donde los padres de la patria legislan la creciente corrupción y podredumbre del estado, seguidos por los renovados y ampliados Ministerios de Gobierno, Relaciones Exteriores, con 54 embajadas, Hacienda y Crédito Público, Comunicaciones, Transporte, Guerra, Agricultura, Trabajo, Minas y Energía, Industria y Comercio, Educacion, y la Agencia Nacional de Hidrocarburos, Artesanías de Colombia S.A, Banco Agrario de Colombia, Banco de Comercio Exterior de Colombia S.A., Bolsa Nacional Agropecuaria, Caja de Previsión Social de Comunicaciones, Caja Promotora de Vivienda Militar, Comisión de Regulación de Agua Potable y Saneamiento Básico, Comisión de Regulación de Energía y Gas, Comisión de Regulación de Telecomunicaciones, Contaduría General de la Nación, Corporación de la Industria Aeronáutica

7. 1.500.000 hectáreas expropiadas, 32.000 asesinados o desaparecidos en unas 1347 masacres, 2500 sindicalistas ultimados, unos 3 millones desplazados, 300 periodistas liquidados, otros tantos indígenas y cientos de concejales.

8. Digamos a manera de ejemplo, tanto de ideologismos como de edades, gentes como Adriana Molano, Alejandro Reyes Posada, Alfonso Carvajal, Alfonso Gómez Méndez, Alfredo Molano, Alfredo Vanín Tello, Álvaro Camacho Guizado, Álvaro Castaño Castillo, Álvaro Restrepo, Álvaro Tirado Mejía, Amparo Sinisterra, Ana María Escallón, Ana Milena Muñoz, Antanas Mockus, Armando Montenegro, Armando Silva, Arturo Alape, Aseneth Velasquez, Aura Lucía Mera, Azriel Bibliowicz, Beatriz Caballero, Beatriz González, Belisario Betancur, Bernardo Hoyos, Bernardo Salcedo, Camilo González Posso, Carlos Castillo Cardona, Carlos Duque, Carlos José Reyes, Carlos Mayolo, Carlos Rincón, Carlos Sánchez Lozano, Carlos Uribe Celis, Carmen Barvo, Cecilia López Montaño, Chica Morales, Chucho Bejarano, Clara López Obregón, Conrado Zuluaga, Cristina de la Torre, Daniel Samper Pizano, Darío Botero Uribe, Darío Jaramillo Agudelo, Darío Vargas Linares, David Jiménez Paneso, Edmundo Perry, Eduardo Escobar, Eduardo Pizarro Leongómez, Eduardo Serrano, Enrique Santos Calderón, Ernesto McCausland, Estanislao Zuleta, Fabio Martínez, Fanny Mickey, Felipe Ossa, Felipe Zuleta Lleras, Fernando Cruz Kronfly, Fernando Garavito, Fernando Herrera Gómez, Fernando Quiroz, Fernando Rendón Merino, Florence Thomas, Gabriel Silva Luján, Genoveva Carrasco, Germán Castro Caicedo, Gloria Triana, Gloria Valencia, Gloria Zea, Gonzalo Arcila, Gonzalo Sánchez, Guillermo Alberto Arévalo, Guillermo Gonzales Uribe, Guillermo Hoyos Vasquez, Guillermo Páramo, Guillermo Perry, Gustavo Bell Lemus, Héctor Abad Faciolince, Heriberto Fiorillo, Hernando Valencia Villa, Hugo Chaparro Valderrama, Humberto de la Calle, Ignacio Chaves Cuevas, Isadora de Norden, Isaías Peña Gutierrez, Iván, Ivonne Nicholls, Jacques Mosseri, Jaime Arocha, Jean Claude Bessudo, Jesús Martin Barbero, Jorge Ali Triana, Jorge Eliecer Ruiz, Jorge Orlando Melo, Jorge Restrepo, Jorge Valencia Jaramillo, José Fernando Isaza, José Vicente Kataraín, Jotamario Arbeláez, Juan Carlos

Colombiana, Dirección de Impuestos y Aduanas Nacionales, Dirección Nacional de Estupefacientes, Empresa Colombiana de Productos Veterinarios S.A., Empresa Territorial para la Salud, Escuela Nacional del Deporte, Escuela Superior de Administración Pública, Fiduciaria de Comercio Exterior, Financiera Energética Nacional S.A., Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo, Fondo Nacional del Ahorro, Fondo para Financiamiento del Sector Agropecuario, Hospital Militar Central, Hotel San Diego S.A., Hotel Tequendama, Imprenta Nacional, Industria Militar, Instituto de Bienestar Familiar, Instituto de Fomento Industrial, Instituto de Crédito Territorial, Instituto de Fomento Municipal, Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables, Instituto de Fomento de la Educación Superior, Fondo de Promoción de Exportaciones, Instituto Nacional de Comercio Exterior, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, Instituto Colombiano del Deporte, Instituto Nacional de Concesiones, Instituto Nacional de Vías, Instituto Nacional de Vigilancia de Medicamentos y Alimentos, Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario, Instituto Geográfico Nacional "Agustín Codazzi", Junta Central de Contadores, La Previsora S.A., Radio Televisión Nacional de Colombia, Servicio Aéreo a Territorios Nacionales, Servicio Nacional de Aprendizaje, Unidad Administrativa Especial de Aeronáutica Civil, Unidad Administrativa Especial del Sistema de Parques Nacionales Naturales, etc., etc., donde se dejaría colar a los relapsos y disidentes, aparte de los numerosos e inmensos colegios e institutos de educación superior, tecnológica, técnica y politécnica, o la recién trasformada universidad pública, donde paralelo

---

Botero, Juan Carlos Pergolis, Juan David Correa Ulloa, Juan Esteban Constaín, Juan Gabriel Vásquez, Juan Luis Mejia Arango, Juan Manuel Ospina, Juan Manuel Roca, Julio César Londoño, Laura Restrepo, León Valencia, Liliana Bonilla, Lina María Perez, Lisandro Duque, Luis Ángel Parra, Luis Carlos Restrepo, Luis Ospina, Luz Mery Giraldo, Marco Palacios, María Elvira Bonilla, María Elvira Samper, María Isabel Rueda, María Mercedes Carranza, Maríana Garcés, Maríanne Pondsford, Mario Fernando Prado, Marisol Cano, Martha Senn, Mauricio Arcila, Mauricio Pombo, Miguel Silva, Moisés Melo, Myriam Jimeno Santoyo, Néstor García Canclini, Nicolas Buenaventura, Octavio Arbeláez, Oscar Acevedo, Óscar Alarcón, Oscar Collazos, Patricia Ariza, Patricia Lara Salive, Piedad Bonnett, Pilar Tafur, Poncho Rentería, Ramiro Osorio, Ricardo Camacho, Roberto Burgos Cantor, Roberto Posada García Peña, Rubén Jaramillo Vélez, Rubén Sierra, Rudolf Hommes, Salomón Kalmanovitz, Salvo Basile, Sandro Romero, Santiago Gamboa, Santiago García, Santiago Montenegro, Santiago Mutis Durán, Socorro Ramírez, Teresa Gómez, William Ospina, Yolanda Reyes, etc.

a los bombardeos de las repúblicas independientes de los campesinos comunistas, Jaime Posada Diaz había implementado los planes Atcon y Básico, aboliendo además y hasta nuestros días, la historia y la literatura nacionales de los programas de la educación pública por considerarlas, desde los últimos años de Rafael Uribe Uribe, otras de las causales de la violencia política y la ignorancia de las ciencias sociales y aplicadas. Desde entonces la sintaxis, la prosodia, la ortografía y la memoria colectiva de los colombianos son prisioneras de las germanías de la delincuencia incubada entre la miseria y la desocupación de las comunas y los conventillos del consumo de estupefacientes, que Mario Arango ha estudiado y documentado en *Algo va del camaján al traquetero* [1988].

Lo cierto es que ninguno de los conflictos vividos por los colombianos desde las guerras de independencias habían conducido, como el que surgió entre el establecimiento y el resto de las clases sociales durante el Frente Nacional, a una disolución de las éticas de la guerra y las luchas populares hasta convertirse en una excrecencia social disolvente de toda reforma y toda posible revolución. Corrupción y narcotráfico han resultado los carcinomas más arduos de aniquilar de nuestra vida social. Mientras vastos sectores de artesanos, obreros, universitarios y campesinos luchaban de nuevo contra el estado de cosas, la Social Bacanería, con el mismo lenguaje y aduciendo parecidos argumentos ambicionaba un reparto del poder, una parte de la torta del ponqué nacional, minando desde dentro, toda posibilidad de cambio. Una legión de gocetas ha terminado por convertir, incluso la muerte, en un espectáculo para la diversión del cuerpo y el relajamiento del espíritu. Y esa fanfarria tuvo su apoteosis en la década de los noventa, cuando mientras las guerrillas secuestraban, asesinaban, colocaban minas personales, destruían pueblos y veredas y los paramilitares asolaban la tierra con sus masacres y crueldades, un loco que había mostrado su culo a cientos de estudiantes en un auditorio, fue elegido alcalde de la capital del país, para que montado en un elefante junto a su amante desquiciada, clamara por un retorno a las normas de la Urbanidad de Carreño, saludando de mano a las señoras, cediendo el asiento a las embarazadas, ayudando a los ciegos a cruzar la calle, dando de comer y beber al sediento, etc., etc., mientras mediante métodos y sistemas

de computación liaban los presupuestos de galimatías matemáticos y se robaban las arcas del municipio. La Social Bacanería, cuyos líderes se acercan hoy a los setenta años, la misma edad de las FARC, han sido unos hedonistas de pelo largo y marimba en los labios, que luego se cortaron el cabello mientras esperaban su turno para ser ministros o candidatos a algo, flotando en las estigias de la superficialidad, sumergidos en una fiesta continua añorando el ayer y acusando de todos los males a todos aquellos que han intentado poner orden en tremendo desbarajuste. "*Un país convertido en un vasto y desordenado campamento donde todo se improvisa y se invalida a sí mismo y donde nada se logra a cabalidad ni oportunamente, nada al derecho ni con la honradez indispensable*", como dijo oportunamente Jaime Mejía Duque.

En 1997 Ernesto Samper Pizano y Jacquin Strauss Lucena crearon el *Ministerio de Cultura* para dotar de renovados ingresos a la nueva y descompuesta inteligencia de la Social Bacanería que quiso hacer de Colombia una república de festejos, fandangos y rumba interminables en medio de un baño de sangre. Desde entonces *Casa de Poesía Silva* y el *Festival de Poesía de Medellín* han hecho de la poesía, con el apoyo infecto y vicioso de ese ministerio y las nuevas secretarías de cultura de los distritos especiales, el más grande espectáculo de nuestro tiempo.

## La Casa Silva

Eduardo Carranza falleció en Bogotá el 13 de febrero de 1985, un mes después que el Reino de España concediera el Premio Cervantes a Ernesto Sábato, presea a la que aspiraba el poeta desde la llegada al poder de Belisario Betancur, íntimo amigo de Felipe Gonzalez. En octubre de 1984 Carranza había sufrido en Madrid, en uno de los hotelitos que frecuentaba en La Moncloa, una suerte de apoplejía que terminó por llevarle a la muerte. Sus restos mortales fueron depositados en el cementerio de Sopó por el mismo presidente de la república y una comitiva de la que hicieron parte varios de los ministros del despacho, el jefe del Nuevo Liberalismo, Luis Carlos Galán, el ex presidente Carlos Lleras Restrepo, director de Nueva Frontera, la directora de Colcultura, Amparo Sinisterra de Carvajal, Gustavo Esguerra, Gobernador de Cundinamarca e Hisnardo Ardila, alcalde de Bogotá.



Rogelio Echavarría, Hernando Valencia Goelkel, Jorge Eliecer Ruíz,
Danilo Cruz Vélez, Jaime García Mafla, Juan Manuel Roca,
Harold Alvarado Tenorio, Belisario Betancur, Mario Rivero, Giovanni Quessep,
Jorge Rojas, Andrés Holguín, Elkin Restrepo, Nicolás Suescún, Gerardo Valencia,
Isaura Jaramillo, Carmen Barvo, Darío Jaramillo y María Mercedes Carranza,
celebrando en la Corporación La Candelaria la apertura de Casa Silva.

Ya para entonces su hija había pensado que al deceso del padre, libros, manuscritos, fotos y numerosos objetos y materiales bibliográficos que le pertenecían debían ir a parar a algún lugar donde sirvieran para el estudio de la poesía. Mientras meditaba en ello, un día de marzo de aquel año, en las oficinas de Nueva Frontera de la séptima con diecisiete, Genoveva Carrasco le comentó, en presencia de Darío Jaramillo Agudelo, el ya casi todo poderoso gerente cultural del Banco de la República, cómo una casa de inquilinato de La Candelaria donde había muerto José Asunción Silva y pasado días amargos Aurelio Arturo, estaba en venta y en franco deterioro. Para junio la casa ya estaba en manos de la corporación que regentaba la compañera sentimental de Patricio Samper, que muriera a manos de su propio hijo, que le propinó una veintena de puñaladas, mientras se desempeñaba como embajadora en Israel en 1995.

Justo un año después de la muerte del poeta y a seis meses del Holocausto del Palacio de Justicia y la catástrofe de Armero, el 24 de mayo de 1986, el presidente Belisario Betancur inauguró la Casa Silva, cuyos trabajos de restauración habían durado nueve meses dirigidos por Rodolfo Vallín Magaña, quien con denodada paciencia recuperó el esplendor de los mascarones y las viñas, los demonios sonrientes de los rincones de la sala, las ostentosas crestas que coronan las puertas y los rosetones del patio que entrelazan conchas de nácar con delfines y tridentes de tritones. Como si se tratara de un palacete y no de una casa de inquilinato, el restablecedor colocó en las habitaciones y los corredores lámparas y arañas decimonónicas, y en las puertas y ventanas los herrajes, cerraduras y pomas originales compradas a desorbitantes precios en las anticuarias bogotanas de Chapinero, haciendo que los bastidores dieran la apariencia de la arquitectura republicana con vidrios de colores fabricados para la casa por artesanos del barrio Egipto. Un inmenso salón fue habilitado con tres de los cuartos de habitación del costado oriental del primer patio para poner allí los libros de Eduardo Carranza, comprados generosamente por la Corporación La Candelaria y el Banco de la República, mientras en el segundo patio se levantó un precioso comedor público administrado por Juan Francisco Samper, hermano de quien sería el presidente más corrupto de la historia del país, también elegido con los caudales de los

hermanos Rodríguez Orejuela como quedó confirmado en una carta dirigida al entonces presidente Pastrana Arango, desde la cárcel de La Picota, mientras esperaban ser extraditados a los Estados Unidos.

El cuarto donde se suicidó Silva fue destinado al despacho de la directora, desde donde pudo alegrarse, mientras departía con sus numerosos invitados y rociando las charlas con buenos caldos peninsulares y destilados de malta de Escocia, con las azaleas que engalanaban el patio, a sabiendas que allí, durante años, los vecinos habían depositado flores y encendido cirios para el alma del difunto.

Tres meses antes de la inauguración de la casa, el régimen celebró el primer aniversario de la muerte de Eduardo Carranza con una fanfarria que intentaba relegar las tragedias vividas a finales del año anterior, que aún retumban en la memoria de los colombianos. El 13 de febrero de 1986 el gobierno se trasladó, en una caravana de trescientos vehículos, desde la capital hasta el cementerio de Sopó, donde en presencia de Rosa Coronado, esposa del poeta, sobrina de la escritora marxista Elisa Mújica, trocada al catolicismo en la España de la dictadura y uno de los primeros y más ardientes amores del poeta, y de sus hijos Ramiro, María Mercedes, Juan y la nieta Melibea Garavito, el médico alzatista Ernesto Martínez Capella hizo un recuento de los años de la aparición de Piedra y cielo. Luego la enorme comitiva se trasladó a la Hacienda Yerbabuena, en cuyo oratorio fue oficiada una misa concelebrada por el capellán del Instituto Caro y Cuervo y jefe del departamento de historia cultural, monseñor Mario Germán Romero y por el padre Manuel Briceño Jáuregui, jefe de filología clásica, quien predicó una homilía en su honor. Terminada la misa los asistentes se mudaron al Paseo de los Poetas frente a la casa de la hacienda, y Betancur con Rosa Coronado descubrieron un busto de Carranza ejecutado al natural por el escultor franquista Emilio Laíz Campos, el mismo que hizo la colosal escultura del almirante Blas de Lezo y Olavarrieta, mejor conocido como *Patapalo*, o *Mediohombre*, donde el vate llanero, al contrario de su habitual atavío bogotano, cuando vestía capa española de cristianos viejos y boina vasca, aparece con una ruana antioqueña y la cabeza descubierta. Se dijo entonces que el torso, que estuvo durante años en el patio trasero de la casa del poeta,

azotado por el defecar de las palomas, había sido donado al instituto para la ocasión, pero según indicó esa misma mañana el periodista Rogelio Echavarría, que tenía por qué saberlo, lo habían vendido por dos millones de pesos de entonces. Acabado este acto los invitados pasaron al comedor y allí, entre vinillos y carnes de aves de corral, Alberto Dangond Uribe presentó una cinta fonóptica con la voz de Carranza leyendo *Epístola mortal*. Noemí Sanín Posada, ministra de comunicaciones, la misma que obligó a la radio a trasmitir un partido de futbol mientras retomaban a sangre y fuego el Palacio de Justicia de las manos del M-19, puso en circulación un millón de estampillas con la efigie del vate diseñada por Carlos Dupuy.

Algunas de las anécdotas de esa celebración típica de los años del gobierno de Belisario Betancur son memorables. Según Nicolás Suescún,[9] dos de los asesores del presidente, Afán Buitrago y Hernando Valencia Goelkel no cumplieron la cita mañanera en la Casa de Nariño para acompañar al presidente porque se habían amanecido libando con el poeta Fernando Arbeláez en casa del segundo. El presidente, enterado de las circunstancias, envió un pequeño helicóptero de la policía a recogerles que aterrizó en un parquecito que había frente al apartamento de Valencia, esperando por ellos casi cuarenta minutos hasta que mediante fuertes tomas de café amargo lograron despabilar al ensayista de Mito y subiendo al aparato remontaron el vuelo y llegaron a la cita de Yerbabuena aun cuando habían perdido la de Sopó. Fue a ellos que Rogelio Echavarría, que había llegado puntual a la cita y estaba frente al busto de Carranza con su gabardina inglesa doblada sobre el brazo izquierdo, les contó de la transacción de la pieza del retratista de toreros y diplomáticos de Vicálvaro.

Según un informe parcial del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá, la Fundación Casa de Poesía Silva recibió, entre los años 1998 y 2005 la bicoca de $ 3.870.096.355.oo., tres mil ochocientos setenta millones noventa y seis mil trescientos cincuenta y cinco pesos. Datos de sólo seis años, cuando "menos" dinero recibió de parte del

---

9. *La patria se congrega ante su poeta*, en **Thesaurus**, tomo XLI, números 1-3, Bogotá, 1986.

distrito capital. No hay informes del dinero recibido entre 1986 hasta 1998, otros doce años. Y faltan los del Ministerio de Cultura y los que nunca sabremos, de la empresa privada, que en últimas fue también dinero público. Todas esas enormes sumas fueron dilapidadas en eventos espectaculares como las suntuosas ediciones de la llamada *Historia de la poesía colombiana* donde se ha ignorado, como en los tiempos de Stalin y a conveniencia de los directores de la Casa, los poetas incomodos u odiados; los reiterados *Encuentros de poetas y escritores hispanoamericanos,* los eventos en diversas ciudades de *La poesía tiene la palabra*, y las ruidosas lecturas de nadaístas y ex presidentes, criticadas con seudónimos por el tallerista Juan Manuel Roca desde las páginas del Magazín Dominical: —"*Ricardo Aricapa escribe en "Balada de la Calle" (El Mundo 29/V/89), cómo al auscultar la caja de Pandora de la poesía nacional en la Cámara de Comercio de Medellín entró en batalla con 20.000 versos de toda la clase y repertorio. Se encontró con el* Nocturno *de Silva, el* Ritornelo *de León de Greiff, poemas del nariñense Yianhilo o el gran Aurelio Arturo. Pero también con que con el verso ganador de Darío Jaramillo y otro de Hernando Cardozo, ocurrió algo curioso: tuvieron un intenso proselitismo de activos y fervorosos admiradores, a juzgar por lo que vio en la caja: todos los votos eran fotocopias del mismo poema, no cambiaba sino la firma y la cédula del remitente. Como quien dice: 1a fotocopia tiene la palabra. Como si fuera poco el mismo Darío Jaramillo dijo que al ganar con 19.000 votos: "Eso me huele a trampa" (El Mundo 26/V/89)."* [**MD, julio 2 de 1989**]; *"Ojalá que doña María Mercedes Carranza no esté volviendo la casa del gran Silva en un recitadero como dice Jorge Child y tampoco la esté volviendo un parrandeadero vallenato*" [**MD, octubre 25 de 1987**],— los anuarios que recogían las conferencias y que también excluían los esfuerzos de otros colectivos en todo el territorio, cuando no recibían el *nihil obstat* de la directora o los talleristas; el Premio Eduardo Carranza o el Premio Silva [otorgado a escritores de segunda, pero benefactores de la señora Carranza como Mario Rivero, Fernando Charry, Hernando Valencia, Héctor Rojas y Rogelio Echavarría] o el Premio Pegaso concedidos siempre a dedo y con gajes millonarios en pesos y en miles de dólares y la celebración no sólo del centenario de la muerte de Silva, con exposiciones itinerantes por toda la nación y el mundo, sino también la llegada al medio siglo de la propia directora con un gran holgorio en la embajada de Colombia en Madrid, en el

palacete de la calle Martínez Campos, cuando era embajador Ernesto Samper Pizano, adonde volaron unos quince concelebrantes incluidos, dijeron las malas lenguas, Dario Jaramillo Agudelo, Genoveva Carrasco, Alejandro Obregón, Aseneth Velasquez, Pilar Tafur, Pedro Alejo Gómez, Carmen Barvo, Marta Alvarez, Daniel Samper Pizano, Patricia Lara, Carlos Castillo, Luis Alfredo Sánchez, etc., visitantes asiduos al cercano Café El Espejo de Recoletos 31, donde el futuro presidente de los colombianos departió en más de una ocasión con don Gilberto y don Miguel Rodríguez Orejuela, sus futuros electores.

María Mercedes Carranza hizo entonces de la poesía un instrumento de la demagogia política aduciendo en numerosas ocasiones que la lírica podía sanar las heridas de una sociedad violenta y enferma como la colombiana de los años de la república del narcotráfico. Como había sucedido durante la violencia de los años cincuenta con el Nadaísmo, ahora de nuevo la poesía servía como divertimiento y distracción de vastos sectores de los pauperizados habitantes de las grandes ciudades como Bogotá, Barranquilla, Medellín o Cali, donde actuó la señora Carranza con sus programas *La poesía tiene la palabra*, *Alzados en almas, Descanse en paz la guerra*, eligiendo unas veces el mejor verso de amor, de algunos de sus amigos, o el más excitante verso erótico de alguna poetisa recién venida.

Numerosas fueron desde entonces las críticas a estos eventos. Uno de sus más acérrimos detractores, el polígrafo Héctor Abad Faciolince, sostuvo en dos artículos titulados *Poetastro de la poetambre* y *36 Millones de poetas* como se hastiaba al enterarse de la pululación de encuentros, festivales, olimpiadas, bazares, homenajes, lecturas, revistas, congresos, concursos, becas de por y para poetas ricos, pobres, bosnios, cubanos, antioqueños, ingenieros, viejos, niños, reencarnados y muertos.

> En Colombia vivimos una explosión demográfica de auto poetas, escribió en Lecturas Dominicales del 7 de mayo de 1995. De personas que, por generación espontánea, se proclaman poetas. Esta falta de cultivo en el ejercicio de la poesía, al menos como programa, me parece demagógica, porque esta poesía,

> aparentemente fresca y espontánea, no hace más que reproducir clichés de lo que se considera poético. El armamento artístico de los poetas silvestres suele ser un inventario repetitivo de lugares comunes. La demagogia poética con su masificación de la poesía, lo que hace es halagar, adular al mal poeta que llevamos dentro. Sus espectáculos repiten un sonsonete ingenuo: Yo soy poeta, tú eres poeta, él es poeta, nosotros somos poetas, todos somos poetas, este gran evento es poesía, todo es poesía. ¿Sí será cierto que esa extraordinaria promoción de poetas, de poemas, de libros, folletos, revistas y actividades poéticas, encierra poesía? ¿O no será más bien un nuevo espectáculo montado por nuestra sociedad de masas que todo quiere convertirlo en un show multitudinario, financiado por la publicidad de la empresa privada, en parte, y en parte subsidiado por la burocracia de Estado?

A la muerte de Carranza Coronado la casa pasó a otras manos y a pesar de las descomunales estadísticas que ofrecen para demostrar la promoción que hace de la poesía: 8.500.000 personas habrían cruzado el umbral de su puerta; 816 eventos se habrían realizado en el pequeño auditorio; 3.147 grupos de niños habrían recorrido sus patios y habitaciones; 3.500.000 habrían oído poemas en la fonoteca y otro 1.500.00 habría comprado poemas para regalar, las críticas al sucesor de la fundadora han sido numerosas y cáusticas, como esta de Omar Ortiz, titulada *Se permuta casa por prólogo*, publicada el 19 de mayo de 2013 en *El Tabloide* de Tulua:

> Ahora sabemos por qué Pedro Alejo Gómez no asistió al homenaje a María Mercedes. Estaba ocupado redactando un prólogo al libro del presidente del senado, el médico Roy Barreras. El abogado Gómez se ha dedicado los diez años de su dirección a estos menesteres de prologuista, de presentador de ex presidentes, de asistente asiduo a cocteles y eventos sociales que registran las páginas de Cromos, mientras cobra la suma de once millones de pesos mensuales. Sí, este apocado filipichín que confunde la decencia con la lagartería, tiró por la borda los diecisiete años de trabajo de la poeta Carranza, y lo que es más notable, logró volver realidad el postulado platónico: expulsar a los poetas de su reino.



Gabriel Arturo Castro, Edgar Melo, Alberto Rodríguez Tosca, Juan Felipe Robledo, Efraín Medina, Rodolfo Martínez Soto, Fabio Ibarra Valdivia, Celedonio Orjuela, Mauricio Contreras, Rafael del Castillo, Robinson Quintero, Milcíades Arévalo, Juan Carlos Acevedo, Piedad Bonnett, Carlos Andrés Almeida, Amparo Inés Osorio, Gabriel Jaime Franco, Joaquín Mattos Omar, Hernando Cabarcas, María Mercedes Carranza, Wadis Echeverry, Guillermo González Martínez, José Mario Arbeláez y Samuel Jaramillo durante los *Alzados en almas.*

## El Festival de Poesía de Medellín

Otro tanto con el Festival de Poesía de Medellín, una empresa familiar del comerciante Fernando Rendón Merino, que decidió, tras frecuentar las tertulias poéticas que hacían en Riosucio en el Teatro Cuesta, crear un pasatiempo anual financiado con dineros del estado y los contribuyentes. Se cree que viene recibiendo desde los primeros años noventa un promedio de tres mil millones anuales, e incluso el Congreso de Colombia, a través de los congresistas del Polo, un grupo cercano al Partido Comunista, le otorgaron de por vida una subvención anual de 900 salarios mínimos.

> No creo que el Festival de Poesía de Medellín, —sostuvo Juan Manuel Roca en la revista Debates de la Universidad de Antioquia en julio de 2001,— haya mejorado la calidad de la poesía colombiana. Si buena parte del presupuesto de lo que emplean invitando poetas una vez al año lo invirtieran a lo largo del año, para que la ciudad tuviera unos talleres de apreciación de la lírica moderna, de traducción de poesía, con menos poetas y menos espectáculo, sería algo más orgánico, mas totalizante. El asunto de la cantidad del público ha llegado a ser un poco cargante porque no es cierto que sea mejor que la gente se reúna en torno de la poesía en vez de matarse. No basta ya con ese discurso. Jorge Barón, el difusor por televisión de las canciones de carrilera reúne más gente que el Festival de Poesía y en vez de dar poesía da agüita a su gente y sin embargo eso no significa nada para la cultura.

Filmes, videos, seriales de televisión, grabaciones, lecturas públicas, seminarios, grandes tirajes gratuitos de libros de versos,[10] todo ha servido para prorratearse los presupuestos municipales y de los ministerios. En ningún otro país del mundo ha servido la poesía tanto a los políticos de la guerra en su ejercicio del poder. Y como nunca antes, la inopia de la poesía ha escalado hasta las profundidades de la ignorancia y ordinariez. Instrumentalizada y pervertida como oficio y como forma de vida,[11] la poesía, colombiana o no, en Colombia ha desaparecido y no parece dar señales de vida en un futuro inmediato.

Porque como nunca antes, distritos y gabinetes, secretarias de cultura y empresarios del capital han invertido desmedidas sumas de dinero para hacer brillar la lírica como otra joya de la pasarela y el entretenimiento contemporáneo.

## La Página de Poesía del Magazín Dominical de El Espectador

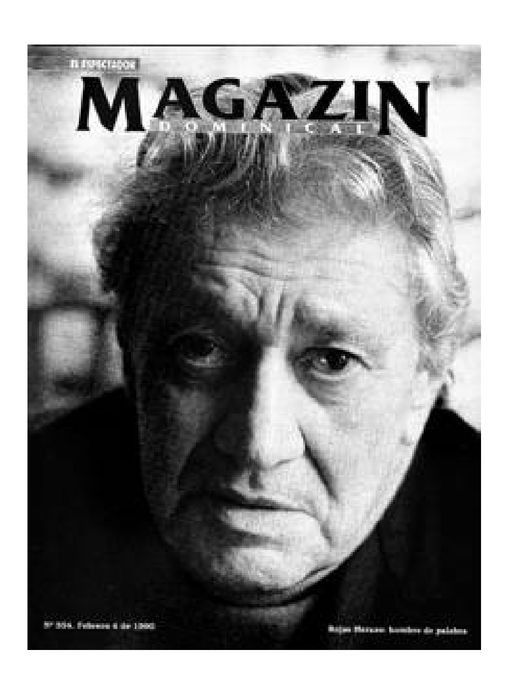
El 17 noviembre de 1986, *Semana* publicó una reseña del estado de la poesía, escrito por Francisco Celis, donde concluía que "*hoy los poetas son tenidos como la permisible, inofensiva y en cierto modo, necesaria, franja de lunáticos*".

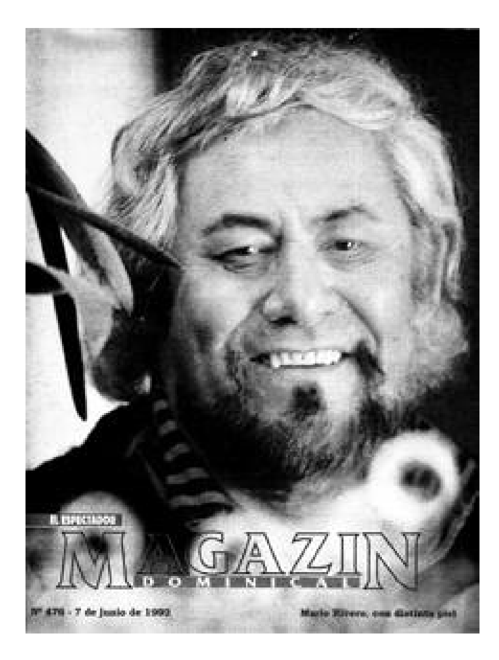
Celis recordaba que si en el siglo XIX "la poesía fue el primer escalón de la vida pública y se podía llegar a la presidencia por una escalera de alejandrinos pareados", la lírica era ahora un ejercicio marginal que más que una profesión era un vicio solitario que raramente acogían los diez suplementos dominicales de provincia y menos los tres nacionales que hubo hasta entonces.

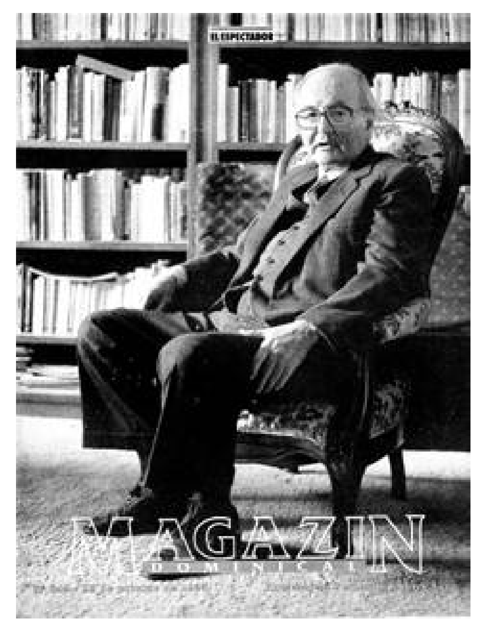
---

10. Otro de los tergiversadores de la poesía colombiana ha sido Miguel Méndez Camacho [Cúcuta, 1942]. Aficionado a las carreras de caballos, abogado de la Universidad Externado y Licenciado en Humanidades por la Central de Venezuela, ha sido director del Instituto de Cultura de Norte de Santander, donde controló por años los premios Cote Lamus, subdirector del Instituto Colombiano de Cultura, *Colcorupta*, bajo los gobiernos de Turbay y López Michelsen, Ministro Consejero de la Embajada de Colombia en Argentina durante seis años, gerente de Pro Cultura, una empresa mixta de Gloria Zea, donde gobernó la colección *Clásicos Colombianos* con la ayuda de Álvaro Mutis y su hijo Santiago. Desde hace 30 años es Decano de Cultura de la Universidad Externado, donde ha dirigido la colección *Un libro por centavos*, a partir de la brillante idea de recuperar para la poesía las sobras de papel de los grandes tirajes de su imprenta, contando para la colocación de esos cuadernillos con la edición nacional de la revista *El Malpensante*. *Un libro por centavos* ha recopilado a la fecha unos 98 títulos con más de 1.500.000 ejemplares, la serie de poesía más grande del cosmos, con un pero: nadie los lee y menos se comentan. A lo que hay que agregar esta perla del Doctor Méndez Camacho en **El Espectador** de Bogotá el 19 de diciembre de 2013: "*Para ahorrar costos estos libros los hacemos Clara Mercedes y yo que nos encargamos de la carátula, del título, de la contratapa, de la corrección de estilo, de la diagramación y no pagamos derechos de autor, porque para los escritores que publicamos, tener diez mil ejemplares de una de sus obras circulando es lo mejor que les puede pasar. Que lo publiquen a uno como poeta en Colombia es muy difícil, por eso hay tantos buenos poetas inéditos en nuestro país*".

11. Uno de los más notables gestores de esta fanfarria de la poesía como negocio y espectáculo ha sido Rafael Díaz del Castillo Matamoros, eterno empleado y beneficiario de Casa Silva y a quien se atribuyó, en los pasillos de ese conventillo, durante mucho tiempo, la fuente del tránsito de su directora por la ingesta de sustancias no determinadas. En 2011 hizo un informe de sus fechorías en Revista Ulrika, n°s 45-46, que puede leerse gratuitamente en http://issuu.com/gdelcastillo/docs/ulrika45-46. Para darse una idea de los


EL ESPECTADOR
MAGAZIN
DOMINICAL


EL ESPECTADOR
MAGAZIN
DOMINICAL


EL ESPECTADOR
MAGAZIN
DOMINICAL


ROGELIO
Echavarría,
transeúnte de 70 años
MAGAZIN
DOMINICAL

Indignada por tales palabras, la futura integrante por el M-19 de Abril de la Constituyente de 1991, María Mercedes Carranza, que acababa de recibir de manos de Genoveva Carrasco[12] el inquilinato donde habían vivido Silva y Arturo, respondió, con la enorme lucidez que aún le asistía, diciendo que el poema es el único producto humano que aún permanece fuera de la sociedad de consumo, ajeno a las leyes de la demanda y la oferta porque nadie financiaba, hasta entonces, una lectura de poemas en voz alta. El poema es, así, un acto solitario que no requiere inversión económica para confeccionarle y menos disfrutarlo. ¡Cuántos buenos poetas viven y han muerto ignorados y desconocidos! exclamaba Carranza Coronado. ¿Y para qué diablos entonces sirve?

> La poesía —sostuvo— proporciona un goce y una interpretación de !a realidad para cuya comprensión la sociedad moderna pierde día a día sensibilidad, manipulada por los esquemas y por la visión limitada que le imponen la sociedad de consumo y los medios masivos de comunicación. En esta sociedad el poeta no existe porque no produce mercancías.

Desde ese mismo año sólo el *Magazín Dominical* de *El Espectador* tuvo una página semanal consagrada a la poesía….. de Juan Manuel Roca, suplemento que había cambiado su formato y contenidos desde el 20 de marzo de 1983, con un número titulado *Los tiempos cambian* que llevaba una foto del publicista pereirano y laureanista ortodoxo Bernardo Ramirez, primer ministro de comunicaciones del gobierno de Belisario Betancur, fundador de la Agencia Atlas, que tuvo una notable influencia en el proceso de paz con el M-19, el movimiento al cual parecían simpatizar los nuevos redactores del semanario. Roca terminó por controlar la publicación de manera hegemónica en sus últimos diez años [1987-1997], publicando sólo a

---

festivales que preparaba léase la nota de Leonardo Padrón: *Los recuerdos de un festival de poesía en Bogotá*, publicado en **Papel Literario de El Nacional** de Caracas el 23 de junio de 2005, reproducido en **Ciudad Viva** de Bogotá en setiembre de 2005: http://www.ciudadviva.gov.co/septiembre05/magazine/4/index.php

12. Roberto Posada García Peña: *Recuerdo de Genoveva*, **El Tiempo**, Bogotá, 14 de junio de 1995. http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-344816

aquellos que le imitaban y celebraban, mientras perseguía sin tregua ni piedad cualquier manifestación de inconformidad con sus métodos publicitarios ya fueran relativos a la poesía o las artes gráficas, el otro sector favorecido por su sectarismo. No más de un centenar de poetas fueron socorridos en esa página que sus enemigos terminaron por llamar *Rocacielista*, en alusión a la época y doctrina cuando Carranza fue el Roca de los años de la violencia y la dictadura. Todos ellos, vestigios de una pretendida poesía que se hunde en los pantanos de la catacresis y la ignorancia.

## "LA REPÚBLICA DEL VIENTO"

Para finales de los años noventa ya habían desaparecido las revistas[13] dedicadas al género[14] y sólo algunas, más o menos anodinas o faroleras: *El café literario, Prometeo, Luna nueva, Común presencia, Luna de locos, Pluma, Gato encerrado, Puesto de combate, Ulrika, Aleph* y la longeva difunta *Golpe de Dados* sobrevivirían, más como fuente de ingresos y tráfico de influencias de sus propietarios que como instrumentos para la difusión de la literatura.

Hasta entonces existió el evento *Que hablen los poetas* sufragado por el *Banco de la República*, cuyas instituciones culturales terminarían al servicio de las multinacionales del libro y las artes. Durante un cuarto de siglo, un pretendido bardo convirtió los enormes fondos de esa institución pública en una suerte de peana para alcanzar una gloria que ni él mismo creía merecer y en últimas sirvió, a las editoriales y poetas de España y México más que a los genuflexos poetas nacionales. El gran monumento a esas ambiciones faraónicas del gerente es un postrero adefesio del gran Rogelio Salmona, bautizado con cinismo ejemplar "Centro García Márquez del Fondo de Cultura Económica", pero levantado y sostenido con las multimillonarias compras de libros

---

13. Jorge Orlando Melo: *Las revistas literarias en Colombia*, véase http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/revistas_suplementos_literarios.pdf

14. *Letras nacionales, Espiral, Eco, Acuarimántima, Razón y fábula, Estravagario, Olas, Argumentos, Gaceta*, etc.



Víctor López Rache, Juan Manuel Roca, León Zuleta, Federico Cóndor, Olga Malaver, Sandra Uribe, Catalina González, Pedro Alejo Gómez, José Zuleta, Miguel Ángel López, Felipe Agudelo Tenorio, Guillermo Linero Montes, Carlos Andrés Almeida y Carlos Alberto Troncoso en Casa Silva.

a esa editorial del gobierno mexicano ordenadas por los secretos comités de la Biblioteca Arango, controlados por "el mejor poeta del amor", cuyo *Boletín Cultural y Bibliográfico* fue la fría lápida de esa poesía encumbrada desde los profundos despachos de la Casa de la Moneda y guindada de las solapas de la propia revista. Creada por el historiador y sonetista Jaime Duarte French, quien durante otro cuarto de siglo disfrutó de las aguas termales de su alberca privada, adjunta al despacho y el comedor donde pasaba en compañía de Eduardo Carranza, Gonzalo Arango, Guillermo García Niño, José Pubén  o Mario Rivero extensos piscolabis rociados de caldos españoles, fue el instrumento del lírico y prosista de Santa Rosa de Osos para desprestigiar o elevar a los altares de la gloria a una legión de menesterosos a quienes pagaba mezquinas sumas por los comentarios que a rejo limpio ordenaba. Son memorables las reseñas de un taimado peruano, calificado por sus alumnos como el peor dómine que habían conocido, quien, por unos pocos dólares, desde un helado pueblo en la frontera con Canadá enviaba, tras recibir los libros y las instrucciones para "leerlos", unos fárragos que acopió como *Agua de Colombia* donde practicaba, son sus palabras, "el vacilón de la crítica".

Dispersos, acríticos, afásicos, la gran mayoría de los supuestos poetas de la república del narcotráfico han adoptado diversas posturas delicuescentes a fin de no enfrentar ni las realidades de la historia ni las tradiciones de la lengua, rotas, por la demolición de la nacionalidad desde las altas esferas del estado. Desconfiando de su capacidad para comunicarse con el otro, eliminando los nexos sintácticos del discurso, adictos a la catacresis y los hermetismos metafóricos, sus "poemas" no son cosa distinta a una suerte de palimpsestos, o paráfrasis de textos de sus "maestros", parodias, pastiches, bricolajes confeccionados con germanías y galimatías sintácticas e ideológicas, sin ritmo ni melodía, que conducen al lector desde los despeñaderos y vacíos de la conciencia a una angustia de no saber para dónde vamos y menos de dónde venimos. *"Puede que nunca antes se haya presentado una situación tan desgarrada y ambigua en la poesía colombiana, de un descreimiento en las posibilidades del mundo, y, al mismo tiempo, un doble descreimiento en las posibilidades del lenguaje para reunir o agujerear ese mundo*", ha escrito en *Una generación sin rostro*, el periodista Santiago Espinosa.

Esa es la diagnosis aplicable a la "poética" de los líderes de esta camada de los noventa cuyo proyecto más ambicioso que se conozca hasta la fecha lleva por título *Visiones, representaciones y presencia de la nueva poesía colombiana, 1980-2010*, inscrita en la OFI de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, por el Doctor en Filosofía de la Universidad de Sevilla, Jorge Hernando Cadavid Mora, con la colaboración del químico farmaceuta Juan Felipe Robledo y el doctor de la Universidad de Iowa Oscar Torres, receptores de numerosos premios de poesía. Cadavid es Premio Euclides Jaramillo (1995), José Manuel Arango (2005), por el cual recibió acusaciones de plagio, Eduardo Cote Lamus (2003) y Universidad de Antioquia (2008). Robledo es Premio Jaime Sabines (1999), Premio Ministerio de Cultura (2001) y Torres Premio Colcultura (1992) y Ministerio de Cultura (1997), todos incluidos en la antología del primero titulada *La República del Viento* (2012), cinco señoras más treinta y un señores y sin ningún pudor ni recato, el mismo antólogo.

Cadavid ha expuesto en un bricolaje de despojos de párrafos sobre *La poesía y el silencio*, [Celorio: *Hacia una poética del silencio*; Gadamer: *Acerca de la verdad de la palabra*; *Arte y verdad de la palabra*; Heidegger: *Hölderlin y la esencia de la poesía*; Hua Hu Ching: *Las últimas enseñanzas de Lao Zi*; Lao Zi/Chuan Zu, *maestros del taoísmo*; Ricoeur: *De la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*; etc.] que no cita y tergiversa, titulado *La poesía silente* [*El Meridiano de Córdoba*, Montería, 24 de octubre de 2012], la doctrina que justificaría la ausencia de sentido de sus textos y las fanfarronerías y sandeces en numerosos de los que reúne en *La República del Viento*. Ignorando las milenarias tesis de Confucio sobre la necesidad de rectificar los nombres porque tiempos y espacios rompen la unidad entre el nombre y el significado: "Si los nombres no son los adecuados no se ajustaran a lo que representan, y el pueblo no sabrá como obrar"; ignorando la historia y el presente, Cadavid justifica la abolición de las tradiciones de la lengua con el cuento de que "escribir que no se puede escribir es también escribir. El silencio de la escritura, unido a la desconfianza por el lenguaje lleva al poeta a adorar el silencio como idea, como quimera. Solo la pulsión negativa, solo del laberinto del NO surgirá una poética del silencio estético…", todo un desorden de ideas

extraídas con pinzas de los desvaríos teóricos del gallego José Angel Valente, un seudo poeta místico que predicada como doctrina estética el sincretismo entre la cábala, el sufismo y el misticismo católico duchado con taoísmo y budismo zen. La *Osteraicer* estética del poema contemporáneo, para no hablar ni pensar del presente y menos de la historia personal de su existencia sin experiencias, solo habitadas por las citas académicas consumidas en las vigilias de ratón de biblioteca, le conduce inexorable, a vivir de los arquetipos de lo inefable, del vacío y de la nada. Es decir, del pendejismo y la majadería.

Porque para el entomólogo, pamplonita abúlico y lelo cenobita, el prodigio de la lectura en voz alta no existe, no acontece, no se ejecuta. El hechizo al que someten las palabras, el encantamiento de pronunciarlas, el mundo que revelan, el sonido, el ritmo, los tonos, imágenes, símiles, coloraturas, recursos expresivos, metáforas, los símbolos expuestos y connotados, única manera de decir lo que se dice y el momento irrepetible de su ejecución no dejan ni una huella, ni una mancha en el alma de este abandonado de la vida, esclavo de la cita, el inciso y la componenda.

Piedad Bonnett [Amalfi, 1951] ha sido considerada, por sus correspondencias entre la vida sentimental y los sofocones del erotismo en una señora bien de una sociedad patriarcal, la Lucila Godoy[15] de la República del Narco. Feminista, intrigante, ladina como la chilena, la señora Bonnett, que en los últimos tiempos se ha dedicado a confeccionar novelas para una editorial española, narrando incluso, episodios dolorosos de sus relaciones familiares o de la vida y la muerte de algunos de sus parientes, fue filo maoísta en su juventud aun cuando pertenecía a una familia pudiente del mundo

15. "Juan Miguel Godoy Mendoza, "Yin Yin", se suicidó a los 18 años. Gabriela Mistral era su madre. Algunos aseguran que era hijo de un primo, o de una amiga o de su medio hermano. Lo había criado desde los nueve meses: era su ser más amado. Así como la muerte de Daniel Segura llegó a Piedad Bonnett con el Premio Casa de América de Poesía Americana, por *Explicaciones no pedidas*, dos años después del suicidio de Juan Miguel, Gabriela Mistral ganó el Premio Nobel." Ana Cristina Restrepo, **El Espectador**, Bogotá, 15 de diciembre 2013.

rural. Su poesía *"quiso socavar el discurso legitimador del arte de élite"* mediante ciertos mohines que emiten las señoras mientras recuerdan los desengaños pasionales, curando sus angustias con un ansia de sexo irreprimible que termina por realizarse solo en los relentes del lenguaje, donde resplandece, ciega, la carne madura e insaciada. Sexualidad transfigurada en alegoría. *"Yo pensaba que el mundo era cosa de hombres, /mientras mis senos/ crecían en abierta rebeldía",* dice la señora Bonnett. Así, con estos postulados "pretende derrumbar la institucionalidad de la familia o el sexo", eso sí, siempre y cuando la de ella siga intacta, con su marido obediente y ella haciendo hostias. Frases hechas, lugares comunes, tazas cotidianas de café, bufandas tejidas por las tías que se quedan sin usar, cosas anodinas, hombres mustios cuyas historias revelan las anonimias de su aflicción:

> Es el soñado,
> el hecho de retazos miserables,
> de descripciones de otros,
> Frankestein del deseo,
> el de la hoja de vida imaginaria
> y la conversación imaginaria
> y la carta de amor imaginaria,
> el que se niega
> a ser como los otros
> pero es todos los otros y ninguno,
> muerta literatura,
> y la literatura, ya sabemos
> está hecha por dioses pequeños e impacientes
> y a menudo rabiosos
> que adoran lo que existe y sin embargo
> viven de consagrar lo que no existe.

Otro tanto con Galán Casanova. Incapacitado para hacer una crónica del desgarramiento de una sociedad sometida al crimen y la corrupción, o comprender la rotura entre cultura y espectáculo, el mimado bogotano ha optado, como su par igual patojo García

Quintero,[16] ofrecer un monólogo, texto y artefacto confeccionado para exprimir fondos de las varias bolsas y rifas del verso que ofrecen el Ministerio de Cultura y las Secretarías de los grandes municipios. Aterrorizados ante cualquier forma de compromiso con la realidad o la vida, derrotados y defraudados, excepto por la convicción de que "todo vale" cuando se hace parte del establecimiento, sus libros son ataúdes atestados de majaderías, gilipolleces, bobadas, retruécanos, mal aliento, pulgas y piojos que se ofrecen entre sí como maravillosos actos vanguardistas dignos de Simias de Rodas, Rabelais, Carroll, Nodier, Huidobro y Vallejo. No se han dado cuenta que desarticulando el lenguaje y sus escasas posibilidades combinatorias todo termina en un rosario de metáforas y neologismos que nos sumergen en la nada, un mundo que no puede expresarse pues la algoritmia sintáctica y prosódica borra la realidad y la torna mera apariencia, un juego combinatorio que nos anula, como en esta obra maestra de Galán Casanova titulada *LI poemas para Li*:

---

16. **Res**
I.
La vaca muerde la hierba
y su aliento estremece la luz del polvo lunar.
Temblorosa es la música entre sus patas,
hondo el respirar del viento.
La cola que aparta las moscas
flota, rema.

II.
La vaca llama a ser vista por sus grandes ojos abiertos.
La lentitud y no la hierba es lo que cavila en la paciente sombra.
Tiento la tierra que la junta al cielo.
Montaña de sólo aire el pensamiento donde se despeña el silencio.

III
Arriba en la montaña,
inmóvil, una vaca sola pasta.
A su sombra mis ojos buscan refugio.
La vaca mística de la infancia
sobre el llano alto, casi en las nubes.
Un poco de ese fulgor toca mis manos,
sólo entonces, en cada piedra, el horizonte nuevo.

-¡Humano, demasiado humano!
-Demasiado humo, mi hermano…

*la alambrada, los cables desgastados*
la hidroeléctrica, el nevado
el gas, el agua tibia, la tubería
glucosa, lácteos
detergentes, dentiífrico, níquel, litio
TO-SHIVA, PANA-SONY
J. S. Bach, W. A. Mozart, L. A. Calvo
CNÑ, Telesur, Google, Los Simpson
mensajes de voz, de texto
petróleo
la línea blanca de la carretera con li al
volante
ganja, humo, alquitrán
las pavesas exultantes de la pipa
todos mis renglones, axones y dendritas
alerta junto a la ventanilla

paisaje humano,
demasiado humano de este libro

Pero no todo está perdido. A pesar del triunfo de la barbarie sobre la civilización y el auge del comercio del libro como parte del espectáculo contemporáneo, un puñado de escritores, nacidos, en su mayoría, en provincia, entre la segunda mitad del siglo pasado, [1953-1973], *Antonio Silvera Arenas*, *Eduardo García Aguilar,*(17) *Fernando Molano Vargas* [1961-1998], *Hernán Vargascarreño,*(18) *Jhon Better Armella,*(19) *Jorge García Usta* [1960-2006],(20) *Juan Pablo Roa,*(21) *Mauricio Contreras Hernández*, *Miguel Iriarte Diaz-Granados*, *Orlando Sierra Hernández* [1959-2002],(22) *Rómulo Bustos Aguirre* y *Toto Trejos Reyes* [1969-1999], que conocieron en carne viva el maridaje de la frivolidad y las muertes atroces cuando el derroche y el consumo teatral y conspicuo

fue paradigma de la vida social, desoyendo las hienas que vociferaban que la poesía debía secar la sangre de los ríos y romper las cadenas de las moto sierras con la declamación de versos en estadios y bares, escribieron no pocas veces en foscos silencios algunos de los poemas que dan testimonio de una época atroz, los años finales del siglo XX en Colombia.

**Bibliografía de La república del narcotráfico,**

Alejandro Gaviria: *1974-1978*, en **El Espectador**, Bogotá, 14 de julio de 2007, Francisco Celis Alban: *Ser poeta en Colombia*, en **Revista Semana**, Bogotá, 17 noviembre de 1986, María Mercedes Carranza: *Los poetas no existen*, en **Revista Semana**, Bogotá, 11 de noviembre de 1986, Revista El Malpensante: ¡Cuánta poesía! Bogotá, n° 81, octubre de 2007, Santiago Espinosa: *Una generación sin rostro*, en **Botellas de náufrago**, noviembre 10 de 2011, véase http://www,hojablanca,net/botellasdenaufrago/2011/11/10/una-generacion-sin-rostro/ Semana: *Una generación desconectada*, n° 925, Bogotá, 21 de febrero de 2000,

---

17. Eduardo García Aguilar [Manizales, 1953] tenía quince años cuando empezó el Festival Internacional de Teatro, en una pequeña ciudad de los Andes, donde Arturo Zapata, publicó libros de polígrafos *Grecoquimbayas* como Bernardo Arias Trujillo, Silvio Villegas, Rafael Arango Villegas, Gilberto Alzate Avendaño o Eliseo Arango, escritores de estirpe católica y conservadora, filo nazis lectores de Maurice Barrès y Charles Maurras, *Los Leopardos* de la capital de los negocios del café, con una catedral gótica de cemento armado y edificios de pastelería parisina. Como correspondía a un joven de su tiempo se inició plagiando poemas suicidas y escatológicos de estirpe nadaísta, tutelado por un perturbado rockero que organizaba lecturas y agitaba líricamente la ciudad. Terminado el bachillerato con una beca de monjes franciscanos, luego de varias expulsiones de colegios oficiales, se matriculó en la Universidad Nacional de Bogotá donde estudió dos años sociología, y contrajo, tratando con estalinistas la obsesión de marchar a Paris, donde se hizo escritor, a los veinte años, mientras estudiaba economía política y filosofía… Seis años después estuvo en San Francisco y México, donde ha publicado muchos de sus libros y haber gozado de la amistad de Álvaro Mutis y su familia. Hace más de veinte años labura para la France Press, donde ocupa un importante cargo en la oficina de Paris. EGA considera la poesía el instrumento más eficaz, cierto y flexible de expresión literaria, al tanto que un trance de rebeldía y generosidad, de búsqueda del desengaño y la verdad. Conceptos evidentes en *Urbes luminosas* [1991] uno de sus primeros libros, donde sublima las lecturas de Céline y Genet sobre la fealdad del mundo, evoca mediante destellos poéticos las ciudades donde ha vivido, atmósferas de sus vidas interiores, salones de clase de su educación sentimental con una prosa acusada de emociones que es al tiempo triunfo y derrota de una lengua donde retumba Dario, Valencia, Herrera y los vanguardistas Huidobro, Borges y Neruda. **Llanto de la espada** [1992] es un extenso poema divido en varios cuadernos cuyos temas centrales son el viaje, el erotismo y el exilio. Una retrospección con alusiones a lugares precisos en un volver sin meta alguna, la condena del extrañado, por ciudades imaginarias, océanos, mares, teatros, puentes que llevan ineluctables a la poesía, patria del desterrado, un viaje cosmopolita, única recompensa para un muerto de hambre de eternidad. **Animal sin tiempo** [2006] reúne su poesía de la última década a su paso por Lisboa, Oporto, Casablanca, Mazatlán, Calcuta, Bogotá, Mónaco y París, un libro marcado por el extrañamiento donde aborda el nomadismo de los cuerpos sometidos a los estragos del tiempo y el olvido. Para él, los mejores estados de un escritor es ser forastero, apátrida e inestable. Guía por las soledades del mundo, diario del encuentro con el Otro en ciudades y campos, es un repaso chocante y desengañado de la diversidad del mundo.

18. Hernán Vargascarreño [Zapatoca, 1960] cree haberse cegado con la poesía luego de leer, en unas traducciones de José Manuel Arango, poemas de la señora Dickinson. Más que haber buscado la musa, fue invadido por ella, mudándole en uno de sus médiums, más que en su beneficiario. Un elegido de los dioses, que dirían en las culturas del mundo arcaico. Por eso, a diferencia de muchos de los poetas actuales, Vargascarreño carece de un sistema de composición y no practica la poesía como fábrica sino como estremecimiento. Uno de sus libros **Piedra a piedra** explora en cuatro estancias, momentos y alucinaciones que padece el poeta: la mar como signo de vida, los trenes como raíles del destino, la palabra como instrumento de penetración en el mundo y cincel que talla la belleza y la muerte. Vargascarreño parece haber frecuentado a Confucio y los taoístas Lao Zi o Zhuang Zi, que encarnan dos de las principales tendencias de la poesía china, enfatizando uno en las responsabilidades del individuo con sus allegados y compañeros de trabajo [decir la palabra correcta en cada caso es rectificar el camino errado] [*ming jiao*] y los otros, resaltando la naturaleza y espontaneidad con que debemos actuar en este mundo de acuerdo con las leyes eternas del cosmos [*zi ran*], clasicismo y romanticismo. *Visiones marinas*, es un doble homenaje al puerto de Santa Marta, donde viviera varios lustros, y a Héctor Rojas Herazo, a quien cita. Pero ni la una ni el otro son retratados o reseñados en sus poemas. Se trata aquí de un viaje interior al encuentro con los más ligeros

eventos de ese paso por las costas de la mar y los barrios del puerto, con sus jóvenes mulatos desfilando entre la sofocación y el jolgorio de las noches. Como si la voz que celebra la vida pasada fuese un viejo recaudador de impuestos para los patronos del algodón y no el joven disoluto e insaciable que sucumbe ante la luz y los lances del paisaje.

Olvidemos la bahía
bajo la noche,
sin ciudad,
sin nosotros.
Cifremos la dicha
de su mar verde azul.
Abandonémosla a su propio duende
soñando un lugar del mundo
sacudiendo en sus aguas
pájaros, ramajes y delirios
bajo el designio de los dioses.
Alguna crueldad oculta tanta dicha
llevando la bahía en nuestro viaje.
Y aún lejos
–espejo del olvido–
veré en la mar de mis pupilas
su angustia que profunda
ruge en la noche.

Vargascarreño sabe que nada llevaremos a los Campos Elíseos, y es inútil contratar a Caronte. Mejor, parece decir, hacer el viaje que proponía Lezama Lima entre la sala del comedor y el retrete, recorriendo mentalmente la vida.

Vuelvo al inicio de mi viaje.
Regreso al final de todo hombre
sabiéndome soñado.
Me despojo de esta máscara
y ajusto el rostro a la Nada.
Mañana fue un día,
No recuerdo cuándo.

Ha publicado *País íntimo* (2003), *Piedra a piedra* (2010), *El viaje* (2012) y traducciones de *Almenas del tiempo,* de Edgar Lee Masters (2003), y ¿Quién mora en estas oscuridades?, de Emily Dickinson (2007). Es Premio Nacional de Poesía Antonio Llanos y José Manuel Arango.
19. John Better Armella (Barranquilla, 1978), publicó *China White* (2006) su primer libro de poemas con una editorial mexicana y en 2011 fue reeditado en Mompox. Better se ha dedicado casi que en exclusivo al tema de la cultura popular con énfasis en la vida marginal, publicando libros como *Locas de felicidad* (2009) con un prólogo de Pedro Lemebel, recibiendo elogios de Jaime Manrique Ardila, Alonso Sánchez Baute y Fernando Vallejo.

---

**Los minutos restantes de Puck**

Fui pumkin
Fui gueto
Immer Bosnia
Fui Garçon  D'Honneur
Fui  Queen Elizabeth
Las cofradías ocultas
Fui stereo MC's
Fui Robert Zimmerman
La casa encantada de Emily Dickinson
Fui l'eau d'un chapeau
Fui Aurelio Arturo al empezar el día
y ya en la tarde de neón era Gonzalo Arango
pisando el césped con botas de hule.

Fui pumkin
Fui gueto
Immer Sarajevo
Fui Bergerec
Fui hotel grand royal
Los restantes minutos de Puck
Fui huîter
Fui Ezra Pound
"Un quebrado manojo de espejos"
Fui el Jerarca Brown

Fui miss Jhonsson de California
Fui el nudo de una corbata
L´irresistible jouet
Fui Jean Cocteau
L' enfant terrible
Y ya la noche ceñía con encajes
mi turbio vestido de primorosos cantos
Fui Jean Cocteau
Y mientras lo era alguien despertaba
del coma con las manos llenas de nieve
Fui Pumkin
Fui gueto
Always pedestal
Fui Huckleberry Finn
Fui Gay Lussac
El Nuevo barrio obrero

---

Fui la pirámide ópera
Un rosal de volcánicas fluorescencias
Fui Silvia Plath y los niños desquiciados del orfanato
Fui una calabaza de grandes ojos destellantes,
y el hacha que hirió al roble y la porcelana
Fui your little darling
Una tóxica isla de flamingos
La arquitectura efímera
Las huellas que conducían a la entrada de un viejo granero
Fui pumkin
Fui gueto
Fui una niña pobremente vestida, deambulando por las calles de sacramento
Tenía 14 años…
Fui la novia del átomo
Fui y luego llegaron los otros
Fui Go Toba en su silla de lisiado inmóvil ante ese ultimo crepúsculo
Fui el cuerpo de su amado
Dorado plateado en el amanecer de Río de Janeiro
Fui la inexacta geometría
Lo que no alcanzó a hacer luna o espejo
El pálido terciopelo del agua
El cadáver que guardaba los diamantes en su fondo oscuro
Fui y nadie lo fue antes
Nadie puso la sortija a la entrada de la madriguera
No grita la blanca muchacha desde la alta torre
Nada asciende desde el fondo del estante
¡Y cada vez más noche ¡

20. Jorge García Usta [Ciénaga de oro, 1960-2005], fundó, cuando tuvo diez y nueve años, con Alfonso Múnera, Rómulo Bustos, Pedro Badrán, Pedro Blas Julio Romero, Manuel Burgos, Dalmiro Lora, Octavio Morales y Pantaleón Narváez la revista *En tono menor*, mientras estudiaba literatura en la Universidad Tomás de Aquino de Cartagena, años cuando gana varios premios literarios: Nacional de Cuento de la Universidad Metropolitana de Barranquilla, Suramericana, Icfes, León de Greiff, Nacional de Periodismo CPB, Cartagena de Indias de periodismo, Antonio J. Olier, etc. Asistente cultural y editor de las revistas *Historia y cultura* de la Universidad de Cartagena, de *Aguaita* del Observatorio del Caribe, miembro del consejo editorial de *Noventainueve*, de la división de Bienestar Universitario, editor de *Travesía del arte*, director del suplemento *Solar*, guionista de documentales, jefe de prensa del Festival de Cine, asesor de la fundación Nuevo Periodismo, etc. Entre sus libros figuran *Noticias desde la otra orilla* (1985), *Antonio J. Olier, 50 años en cuartillas* (1989), *El reino errante* (1991), *Monteadentro* (1992), *Visita al patio de Celia* (1994), *La tribu interior* (1995), *Cómo aprendió a escribir GGM* (1995), etc. Investigador y promotor cultural, la poesía de García Usta está tiznada por la crónica periodística que tanto admiró y practicó. Celebrada en su hora, de su extensa producción lírica quedaran unos cuantos textos relacionados con la invención del sentir de los emigrantes árabes en tierras colombianas, como este poema titulado *Balada de Teresa Dáger:*

---

No hubo mujer bajo estos soles
como Teresa Dáger:
mitad cedro, mitad canoa.

Era bella, inclusive, al despertarse
Y después de comer ese pobre trigo nativo.

En las esquinas, a su paso,
Hombres sudorosos
interrumpían las liturgias del comercio
y maldecían la muerte.

Era una forma ansiosa.
Procedía de una furia vegetal.

No la salvó tampoco su belleza.
Ahora, a los 80 años,
a diferencia de otras que fueron feas y felices,
Teresa Dáger sueña sola en el piso quince,
rodeada de zafiros derrotados.

Y solo piensa en ese arriero de Alepo
que el 7 de agosto de 1925
la miró con ganas y en silencio
tres segundos antes de que su padre
la enviara al destierro de la trastienda.

Según JG Cobo Borda ["*Algunos poetas del Caribe colombiano*", en **Aguaita**, n° 22, Barranquilla, mayo de 2011] "*La poesía de García Usta se impregna en este libro de tiendas donde se venden, por yardas, zarazas y popelinas, en la calle de los Turcos. Donde el trigo y el ajo, la cebolla y la almendra, engendran el quibbe. Añorando, siempre, la tienda del beduino y la mezquita de Alá. Mirando, desde la distancia del Caribe, a Jerusalén, también ciudad sagrada para el Islam, a la cual dirá, por boca de su paisano Salim Muvdi:* «Ajena madre mía, /estoy cansado de beber agua prestada». *El exilio de la tierra también lo era del alma. Solo la poesía restituye la patria verbal, a través de las historias de parientes y amigos muertos y resucitados en estos versos. Al oír, de 1887 a 1970, las voces de la comunidad trasplantada y su mirada bifronte hacia la tierra de partida y el puerto de llegada ilustradas con pertinentes y nostálgicas fotos*."

Tal fue su capacidad incontenible de trabajo, que **El Tiempo** [27 de diciembre de 2005], dos días después de su muerte, acaecida en el fétido e inservible hospital de Bocagrande en Cartagena, sostuvo:*"Jorge García Usta era un tipo excepcional. Reunía, sin que se estorbaran mutuamente, las calidades del hombre divertido, aficionado al fútbol, conocedor de la parranda y gozador de la vida, y las del trabajador infatigable, tan dedicado y eficiente que, según dijo un amigo suyo, se necesitarán seis personas para cumplir lo que él hacía*." Su obra fue reunida por Soad Louis Lakah en 2001 bajo el inexplicable título de *Noticias de un animal antiguo*, con numerosas notas de sus amigos.

---

21. Juan Pablo Roa Delgado (Bogotá, 1967), estudió letras en Bogotá y se especializó en lengua y literatura portuguesas en la Universidad de Lisboa (1993 - 1994). Ha publicado dos libros de poesía: Ícaro (1989) y *Canción para la espera* (1993). Además de editor, se ha desempeñado como traductor del italiano y el portugués. Ha colaborado en revistas como *El Malpensante* y *Quimera*. Desde el año 2000 reside en Barcelona, donde se desempeña como corrector tipográfico. Es codirector de la revista *Animal Sospechoso*, editada en Barcelona. En 2004 quedó finalista del Premio Gabriel Celaya con *El Basilisco*.
22. Orlando Sierra Hernández (Santa Rosa de Cabal, 1959-2002), hizo estudios de Filosofía y letras en la Universidad de Caldas y de periodismo en la Tadeo Lozano. Profesor universitario, dirigió la Oficina de extensión cultural de la Universidad de Caldas y fue redactor, jefe de redacción, asistente de dirección y director de La Patria, donde escribía semanalmente una crónica titulada *Punto de encuentro*, luchando contra la corrupción en su departamento. Publicó tres libros de poemas *Hundido entre la piel* (1978), *El sol bronceado* (1985) y *Celebración de la nube* (1992). El 30 de enero de 2002 un sicario le propinó tres disparos en la cabeza.



## Rómulo Bustos Aguirre

*1954*

Nacido en Santa Catalina de Alejandría, una aldea a medio centenar de kilómetros al nordeste de Cartagena, Rómulo Bustos Aguirre [1954], el hijo del bibliotecario, es uno de los vates más celebrados por la élite cultural, capitalina y provinciana, de la *divine gauche* conocida en Colombia como la social bacanería. Sus numerosos epigramas poblados de animales y seres exánimes, ballenas, cangrejos, garcetas, hormigas, manta rayas, María mulatas, moscas, mulos, paco-pacos, vacas, ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines, serafines, etc., sin alcanzar nunca los zoológicos y botánicas del minimalista caucano Horacio Benavides, recibió el premio nacional de Colcultura en 1993, Luis Carlos López en 1994 y Blas de Otero en 2009, al tanto que su obra ha sido recogida en varias ediciones universitarias y oficiales, a pesar de sus títulos un tanto enigmáticos: *La estación de la sed* [1998], *Palabra que golpea un color imaginario* [1996], *Lunación del amor* [1990], *El oscuro sello de Dios* [1988], *Oración del impuro* [2004], *De la dificultad de atrapar una mosca* [2008] o *Muerte y levitación de una ballena* [2010], prologado por Juan Manuel Roca, para quien:

> Lo que más seduce de la poesía de RBA es la manera sabia como imagina y piensa a la vez, como construye de manera racional sus raptos de fuga del mundo cotidiano para crear una verdad estética, una verdad comprobable en el reino del todo puede ser y ocurrir en un mundo real y alucinado.

No se sabe por qué motivos Sebastián de Eslava, virrey de la Nueva Granada, puso el nombre al municipio donde nació el poeta, cuando por decreto ordenó poblarla y levantar una iglesia, cementerio, sacristía, casa cural, plaza y cárcel. Lo cierto es que Catalina de Alejandría tiene poco que ver con este territorio explotado y colonizado por uno de los más sanguinarios conquistadores españoles, Pedro de Heredia, en compañía y con la ayuda de la India Catalina, una malinche colombiana.

Catalina, mártir cristiana del siglo sexto, nació hacia el 290 en la ciudad egipcia donde vivió Kavafis. Fue conocida desde joven por su gran inteligencia y luego de una visión de Cristo decidió consagrar su vida al Señor, autoconsiderándose su prometida. Un día que Majencio fue a presidir una fiesta, ordenó hacer sacrificios a los dioses y Catalina le exhortó para que conociera al verdadero Dios, e invitó al emperador a debatir con ella el asunto. Catalina convenció a los sabios que participaron en la discusión y provocó la ira del emperador, que los hizo ejecutar y propuso a Catalina casarse con uno de ellos para salvarla, a lo cual se negó. Fue entonces flagelada y encerrada, pero era tanta la admiración que hasta la emperatriz fue a visitarla, y un alto oficial, Porfirio, terminó convertido junto a doscientos de sus hombres. Majencio ordenó torturarla con una máquina de ruedas guarnecidas con afilados cuchillos, pero las ruedas se rompieron al tocar su cuerpo, por lo que salió ilesa. La emperatriz de nuevo intercedió por ella, pero fue decapitada junto a Porfirio y sus hombres.

Protectora de jóvenes casaderas y cuantos se relacionan por su oficio con las ruedas: carreteros, molineros, traperos, hilanderas, etc., es patrona de Turbaco y en su honor se celebran las atroces fiestas de corralejas de fin de año, igual que en Chibolo y Ovejas.

A los nueve años y cuando la aldea no tenía más de unos mil habitantes, el poeta, sus trece hermanos y su madre Blanca Aguirre se mudaron al callejón Berlin al sur de Cartagena, cuando la ciudad colonial vivía adormecida bajo el influjo de los obispos católicos y sus murallas se pudrían al son de los sonetos de Luis Carlos López, el poeta más famoso de la ciudad antes que Gómez Jattin asolara cantinas y plazas con su miseria y desparpajo.

Desde la Colonia, Cartagena de [negros] decía Jorge Child, no ha dejado de estar cercada, apetecida y despojada. Dieciocho ataques de corsarios registra la historia, pero son incontables los perpetrados por una camarilla que persiste en saquear sus presupuestos y patrimonio, sin aliviar los desastres naturales, las muertes y la ignorancia de miles de gentes de color que cada año ven desfilar ante sus ojos atónitos reinas de belleza, músicos de renombre, reyes de la farándula, y millares de afamadas prostitutas y prostitutos que dan lustre con su carne a su pasarela. Cartagena tiene más de un millón de habitantes, un 75% de ellos en la pobreza y otro 45% en la miseria absoluta, donde el 20% de las familias ricas se queda con más del 51% del ingreso y una tasa anual de desplazados del orden de los 5.800 desde 1999. Quienes creen que el turismo genera capital no saben que este comercio apenas crea un 10% del empleo total y contribuye con un 3% del producto local. El metro cuadrado de vivienda en la parte antigua vale unos tres mil dólares, pero un ayudante de construcción gana un jornal de unos seis, que después de restar transporte y alimentación terminan en dos y medio. Cartagena es asiento de eventos como el Hay Festival, Internacional de Cine, Campeonato de Vela, Reinado de Belleza, Internacional de Música, Jazz bajo la lluvia y sede alterna permanente del Gobierno de Colombia, cuyo presidente pasa a menudo fines de semana en la preciosa casa de huéspedes diseñada por Rogelio Salmona, que también construyó la mansión de Gabriel García Márquez.

Esa es, a grandes rasgos, la ciudad donde ha vivido el poeta desde los años setenta, cuando ingresó a la Universidad de Cartagena para estudiar derecho y tuvo la fortuna de encontrarse en sus aulas con Alfonso Múnera, otro abogado que terminaría controlándolo todo en materia cultural en la ciudad, junto al poeta Jorge García Usta, unidos en un momento de sus vidas por su fascinación por las tesis filosóficas del presidente Mao Zedong[(1)] y un programa de radio que emitían los domingos testimoniando su afecto por la poesía de Mario Benedetti y la música de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Facundo Cabral, como ha recordado Eva Durán. Múnera ha sido durante años embajador de Colombia en diversos eventos y países, y su amistad con Roberto Burgos Cantor, David Jiménez Panesso, Santiago Mutis y Guillermo Alberto Arévalo, quien postuló la inverosímil tesis de revolucionario de izquierda a la poesía de Luis Carlos López, ha contribuido eficazmente a promocionar la de Bustos Aguirre.

En las noches era común la tertulia en el Camellón de los Mártires —recuerda el doctor Múnera—[2] con los grandes amigos. El Centro todavía nos pertenecía. Todavía nuestra presencia en él no resultaba enojosa a nadie. Era natural que estuviéramos allí, porque era nuestro. Así de sencillo. Pero en los últimos años Cartagena ha pasado por una de sus transformaciones, quizás la más profunda desde hace quinientos años. La ciudad creció desmesurada y desordenadamente, en medio de la corrupción más grande de su clase política y de la ausencia casi total de autoridad. Así comenzaron a crecer a velocidades alucinantes los barrios de miseria, la ciudad de las afueras, al tiempo que un enjambre de personas del interior de la república llegaban a los viejos edificios del Centro a ofrecer cantidades exorbitantes de dinero por los apartamentos sencillos, que de la noche a la mañana, se transformaban en espacios lujosos, al estilo de Miami.

---

1. Como se sabe, la Moir tiene como base ideológica el marxismo leninismo y el pensamiento de Mao Zedong, y fue creada a partir del fraccionamiento del Moec por Pacho Mosquera. La Moir logró importantes espacios en las universidades privadas y llegó casi que a controlar la Universidad de los Andes y la Pedagógica en los años setenta y fueron uno de los factores del triunfo de las huelgas generales contra López Michelsen en el año setenta y cuatro. Bustos publicó en el número tres de la revista *En tono menor* una nota y un poema en honor a Mao Zedong, reproducidos en las páginas 114-115 del número 15 de los *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, Barranquilla, 2012:

**En la muerte de Mao Zedong**

Los obreros de Tailén construyeron un nuevo muelle
para buques petroleros de gran calado.
El Distrito de Jun de la provincia de Junán
ha transformado las montañas áridas
en terrazas de buen suelo.
Brisas de trigo en los campos.
Bajo los encajes del cerezo
cada niño amarillo lleva una sonrisa.
Hará una veintena de años
el otoño recogió las últimas hojas secas
y olvidó la antigua ruta.
Viejo Tonto de las montañas del norte
Hoy Tien An Men respira su aire de plaza.

Según ha confesado, Bustos Aguirre leyó con fervor en Guillermo Valencia, Aurelio Arturo, Giovanni Quessep y Raúl Gómez Jattin, de quienes hay huellas evidentes en sus primeros libros —*El oscuro sello de Dios* [1988]; *Lunación de amor* [1990]; *En el traspatio del cielo* [1993]—, antes que las canciones de Rafael Escalona interpretadas por Carlos Vives [*Clásicos de la provincia*, 1993] rasgaran el nudo gordiano que le ataba al silencio de la danza mientras escuchaba los *Pick Up´s* altisonantes de su niñez [«Muchas veces lo vi leyendo a Camus o a Sartre en la penumbra de los *Pick Up´s*, e incluso tomaba notas…»][3] y le hacían creer en la existencia de los ángeles del capitalismo, o la de Dios, luego de la muerte que le propinó Nietszche.

## Músicas

¿Has visto alguna vez esas parejas de bailarines extáticos
suspendidos en la música fuerte que
emerge de los *pick-ups* de barriada
tan juntos y como clavados unos en otros que parece
que se estuvieran amando de pie?

Cada cual gira en su propia órbita planetaria.
Cada uno cree que el otro gira en la suya.
Y así cada uno imagina ser el centro de sí mismo y del otro.

---

En su cielo, las nubes como pañuelos movedizos.
Te despiden los niños hermosos de China.
Los guardias Rojos, los Camaradas Soldados.
Los obreros de Shangai, Tietsin, Pekín.
Los campesinos en cuyas manos crecen espigas gordas.
Adiós, Camarada.
Desde los *portales* de Nuestra Gran Marcha
Nuestras manos también como pañuelos.
Como *nubes* de Tien An Men.

**Rómulo Bustos Aguirre**

*Cartagena de Indias, 9 de septiembre de 1976.*

2. «Érase una vez el centro», en *El Universal*, Cartagena, 9 de septiembre, 2009.
3. Jorge Caraballo: «*La danza inmóvil del poeta*», en *De la urbe*, 23 de febrero, 2012.

En esos instantes los amantes
ignoran la ley de la libre caída de los cuerpos.

Si el uno fuera el solo centro del otro, todo el otro
caería sobre el uno y en el desaparecería.
Si el otro fuera el solo centro del uno, todo el uno
caería sobre el otro y en él desaparecería.

Sin embargo, no sucede así.
Porque el centro no está en ninguno de ellos.
No es menos falso que cada uno sea su propio centro.

El centro está en otra parte.
Los verdaderos amantes son los que han sabido entender esto.

Y sobre todo
que la música que los sostiene
también proviene de esa otra parte.

Un extrañamiento vivido desde los días de su niñez en Santa Catalina de Alejandría, distinguiendo los árboles frutales del patio de su casa u observando los insectos o siguiendo el vuelo de las aves. Ahora, remontando los cuarenta años, ahíto quizás de la docencia y releyendo a Jorge Luis Borges, encontraría la médula de su lenguaje, el ritmo de su poesía, contrariando la moda y la impostura que aupaba, desde prensa, radios y auditorios, el predominio de la imagen sobre la imaginación o el pensamiento. Un buen ejemplo de ese derrumbe del encanto del mundo es el poema homónimo del libro de 1998, escrito quizás en esos dos últimos años del gobierno espurio de Ernesto Samper Pizano, cuando las FARC lograron la más grande ofensiva contra el estado, atacando Puerres, Las Delicias, La Carpa, San Juanito, Arauquita, San Juan de Arama, Patascoy, El Billar, Miraflores, La Uribe, Tamborales de Mutatá, Pavarandó, Mitú, etc…

## La estación de la sed

Verlos labrar sus rozas de agua,
como inclinados sobre sí mismos,
buscan la blancura escondida
en la sed, la flor salada de su desierto.

Hemos dado marcha atrás al vehículo
en varias ocasiones.
Para ensayar otros extravíos del viento
Pulowi, el de los mil rostros,
abre y cierra los caminos
como si jugara con las líneas
de su mano.

—¿Qué es aquello? —indago
señalando un ave enigmática que vuela
hacia el este
—Burros. Burros grises,
dice el guía mirando hacia el oeste.

Súbitos puentes sin ríos que parecen
ahogarse en el polvo
asaltan la visión.
Astucias del paisaje
para preguntar al caminante si existe
el agua.

—«La piachi» —me dicen al parar
en una ranchería.
Una vieja envuelta en una manta
que masca alguna hierba y escupe con frecuencia
alrededor.

En la piel cuarteada de su rostro
están escritos todos los secretos de la enfermedad
y de las cuatro puertas del cielo.
Durante el resto de la jornada no he podido
cerrar en la memoria
esa página que no se abrió para mí.

No alcanzamos a ver los flamencos rosados.
De cuando en cuando indígenas en bicicletas
cruzaban el desierto
perdiéndose entre los trupillos
como una alucinación.

Dos o tres nubes
engañosas señales de humo de una lluvia olvidada.

En algún momento —anuncia el guía—
el desierto dejaría de ser tierra
para convertirse en agua.
Allá al final del camino
estaría intacto el resplandor de Palaa,
su misterio,
exactamente como al principio,

el árido corazón del cactus
es también el árbol de sombra
de la casa.

Los extravíos temáticos de los libros de Bustos Aguirre han propiciado severos desquiciamientos interpretativos, dignos de una biblioteca del disparate, como esa pieza de antología que puso Roberto Burgos Cantor a *Oración del impuro*, una recopilación promovida por Piedad Bonnett y ejecutada por Catalina González Restrepo con la supervisión de su marido el químico farmaceuta Juan Felipe Robledo, donde al referirse a *El oscuro sello de Dios*, recita esta perla:

> La verdad es que un libro con esa dimensión del abismo, con tantas conjeturas nacidas de la zona que se habita por una sola vez y desde la cual la voz no repite su reclamo, requería una persistencia que llevara, lo que allí se decía, más allá de la primera pataleta y la orinada impertinente.

Como se ha dicho, desde *En el traspatio del cielo* hay un desplazamiento de la metafísica hacia la vida cotidiana, retomando la flora o la fauna de sus recuerdos con un tono nostálgico evidente y reflexivo que se irá cargando de venenos hasta llegar a la apoteosis de *Sacrificial*, un diálogo siniestro entre un carnicero y su cliente que resulta o una transmutación de Abraham y su hijo Jacob, o una reflexión sobre el oficio del poeta sin que medie distinción entre trozar la carne de una res y componer un poema. En este libro que toma el

título de este poema Bustos Aguirre, aludiendo a *De caelo et ejus mirabilibus et de inferno, ex auditis et visis* de Enmanuel Swedenborg y al arcángel de la anunciación de María, se burla de sí y sus poemas de juventud y lo más mordaz, hace guasa de sus exegetas,[(4)] que como Burgos Cantor le han tomado por mago o sacerdote del ocultismo. En *Sacrificiales* la lascivia perturba la visión hagiográfica de una estampa sagrada, una burla para emplazar la adversidad.

**Bibliografía sobre Rómulo Bustos Aguirre**

Ayleen Julio Díaz: *Muerte y levitación de la ballena*, en **Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica**, Barranquilla, enero-junio, 2010. James Alstrum: *El mundo poético de RBA*, en revista **Cronopio**, edición 27, Medellín, s/f. José Luis Gómez: *Sacrificiales*, en **Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica**, Barranquilla, julio-diciembre, 2008. Juan Gustavo Cobo Borda: *Rómulo Bustos*, en **Aguaita veintidós**, Barranquilla, mayo, 2011. Roberto Burgos Cantor: *Levitación de la ballena*, en **El Universal**, Cartagena, 21 de agosto, 2010. Samuel Serrano: *La poesía de RBA*, en **Rinconete**, Madrid, 17 de enero, 2007.

---

4. El arcángel —como afirma Swedenborg— tiene cuatro rostros
y, por consiguiente, cuatro bocas.
Cuando habla simultáneamente con sus cuatro bocas
puedo no entenderlo
y los poemas salen contrahechos y ripiosos como este.

[El amanuense]

## Sacrificial

El carnicero se va en lenguas
hablando de las bondades de cada una de las carnes del animal.

Casi saborea las palabras.
El cliente señala difuso un punto en el
dibujo que se exhibe en la pared
donde sabiamente aparece seccionada
la res en sus diferentes partes
para golosa guía del comiente.

Sin duda el comido no ha sido consultado
sobre la publicidad de sus vísceras
Ah, el comiente.
Con sus pulcros caninos, sus radiantes
incisivos y sus 356 molares.

Pero hay algo de torva beatitud en la demora
con que, a veces, el carnicero
rasga una entretela, contempla al trasluz y retira delicadamente
un trozo de pellejo.

Quizás, en esos instantes, alguien dentro de él ensueña:
un día cualquiera
un distraído arcángel, confundido en el
tiempo, vendrá y me relevará
de este sucio mandil, detendrá mi mano en el
aire de la mañana y dirá fulgurante:
basta, ya tu fe ha sido probada.

El cliente, recostado en el mostrador, lo
mira con expectante fulgor.
Y el ensoñador quisiera indagar, ¿acaso eres tú mi liberador?,
pero dice oferente: ¿palomilla o punta de nalga?

Ahora, el carnicero tararea indolente
mientras pule sus enormes cuchillos.



## Miguel Iriarte Díaz-Granados

*1957*

Periodista cultural, ensayista y profesor de semiótica en universidades barranquilleras, Miguel Antonio Iriarte Díaz-Granados [San Luis de Sincé, 1957] es licenciado en filología de la Universidad del Atlántico y especialista en Gerencia y Gestión Cultural, con una maestría en comunicación por la del Norte. Ha sido director del Instituto Distrital de Cultura de Barranquilla, secretario de Cultura y Patrimonio del Atlántico, director de la Biblioteca Piloto del Caribe y de las revistas *Astrolabios* y *Vía Cuarenta*, así como asesor de la Corporación Luis Eduardo Nieto Arteta y codirector del Festival Internacional de Poesía del Caribe.

Hijo de una pareja de sabaneros, Fernando Iriarte Navarro y Antonia Díaz-Granados, hizo la primaria con su padrino Luis Gabriel Mesa, de donde saldría para hacer el bachillerato en San Juan Bautista de La Salle y terminar, luego de haber sido expulsado de octavo grado, en el Liceo Carmelo Perry de Corozal. Huérfano de madre a los seis años —«mis siete hermanos y yo quedamos regados entre familiares», «la recuerdo cuando tuve cinco años mientras anudaba los cordones de mis zapatos caminando rumbo a un sol rojo y enorme que se ocultaba al final de la Calle Real que la envolvía toda»— y casi que de padre porque iba por el mundo navegando en barcos de la Flota Mercante Gran Colombiana, se refugió en las fincas de uno de sus abuelos y aprendió la vida del campo junto a labriegos y vaqueros en la experiencia más sensible y definitiva de su existencia, vadeando ríos, resistiendo la belleza de los verdes de las sabanas, tocando la flauta solo con su vaca Regencia al lado, cuando comenzó a escribir poesía a los doce años porque ha sido un «enamorado empedernido y romántico de tiempo completo».

En su primer libro*, Doy mi palabra* [1985], la voz de Iriarte, cargada de pasión, ajusta cuentas con su pasado amatorio y los símbolos de diversas entonaciones que alegran la vida. Por esa razón, numerosos de sus paradigmas líricos —«Soy poeta porque no pude ser su músico»—, ha dicho, son rapsodas como Rolando Laserie, André Bretón, Jorge Artel, Walt Whitman, Vinicius de Moraes o Lezama Lima, que han inspirado una ecléctica variedad de textos, cortos en su mayoría, que exhiben verdades cotidianas donde a veces salta la poesía como una liebre acosada por el destino, pero que escarban más en el interior del poeta que en la imaginería del lector; un buceo de hondura, con música de fondo.

*Segundas intenciones* [1996] es una tolvanera de seres contradichos, ardores frustrados, substancias y sucesos examinados en los abismos de su existencia. Un libro que destila daño y desaliento, con la sal del mar como destino y salvación, porque seduce como envenena, donde procura la salvación en una salmuera, evitando la descomposición de su carne y su alma, descuartizadas por amores contrariados, efímeros, polvos que apenas dejan hastío y asco, amarguras que terminan siendo júbilos que no dan descanso a la vida, arrastrando al lector a los mismos pantanos del desconsuelo: pueblos, prostíbulos, casas, rios, pasiones, pálpitos de la sangre.

> Miguel Iriarte —escribió Gustavo Ibarra Merlano— está ahincado en la tierra. Su campo no es la trascendencia sino la inmediatez. Pero en ella sufre desgarradamente con sinceridad todos los oprobios de esa condición. La generación del tiempo, la infinidad de la vida, la inclemencia de las tardes junto al mar combativo y predatorio. Así este poeta nos muestra lados de la vida que él ha visto con tanta intensidad que, participando de esa mirada, nos enriquecemos con la sabiduría del dolor, nos volvemos prósperos con el desconsuelo sinceramente padecido y ascendemos a lugares donde no habríamos llegado sin la ayuda de su magnífica creación.

## Oración de la sal

He venido a decirlo
con lo que puede haber de mar en mis palabras.

Este plato de sal, queridos míos,
estos granos de sal traídos desde el mar
esta mañana,
han sido cultivados en su extensa verdad
desde hace siglos.
Y se los he ganado a las tormentas de mi alma.
Y a los monstruos del miedo que persiguen mis delfines.
Y a los misterios del fondo que me llaman.

Están aquí, pequeños, para calmar
la pobreza de esta casa.
Y para iluminar la bruma de este muelle
en el que sólo atracan recuerdos y fantasmas.
Orín de tiempo y ahogados de otras aguas.

No la rieguen en la tabla de la mesa.
No dejen que su diamante más perfecto
se confunda en el desorden de la tierra.
No permitan que arda en la candela.
No se alimenten con ella en demasía.

Ni derramen su salmuera en la herida equivocada,
abierta
por la hoja de metal o por la pena.
Pero ante todo,
No dejen que sus sueños la corrompan.
Y así estarán salvados de la nada.

Este deseo de sal amada mía
tiene que ser navegado en tus rincones.
Para que se alimente el hambre de mi lengua.
Para salvar mi corazón con ese aliño.
Para llevarme un recuerdo de sabores.
Y no mirar atrás, estatua calcinada del olvido.

Señor.
Aparta la sal de mis pupilas.
Déjame ver el mar desde tu orilla.
Guarda la sal de aquellos que tienen mala suerte.
Ten para mí la cruda sal de cada día.
La de mi pan, la de mi amor y la poesía.

*Cámara de jazz* [2005] es un homenaje a esa variante de la música del mundo que surgió en las barriadas prostibularias de New Orleans y que como el tango, hoy es de buen recibo en todas partes. En el prólogo, Iriarte propone al lector fundar una orquesta ilusoria, una gran banda, donde oficien sus intérpretes favoritos, con cinco trompetas, tres trombones, cinco saxos, dos pianos, un vibráfono, un contrabajo, dos tambores, dos congas, una guitarra y una voz que rindan ese tributo, con el verbo, a la melodía.

> Aquí se percibe la fuerza de la cultura popular —sostuvo J. J. Junieles—, su forma de abrirse paso, de saltar alambradas y cavar túneles, de irrespetar lo que no merece respeto: las fronteras y banderas que dividen a los seres humanos. Esa pujanza se hace sentir en sus versos. Sólo la música pudo —puede— contestar a estos músicos que son materia de este libro: ¿Por qué nacieron tan negros y tan tristes? Aquí entendemos por qué el jazz parece la música de un reino antiguo, de seres que no quieren lavar sus manos, para no perder su lodo original.

Iriarte es un ávido lector de la poesía de Borges, Stevens, Whitman, Pound, Eluard, Pavese, Cernuda y Salinas.

*Semana santa de mi boca* [2011] es un serial de textos no utilitarios que siguiendo la consigna de Luis Buñuel, según la cual devoción sin sexo es como huevo sin sal, explora las concomitancias entre religión, erotismo y culinaria, tres ingredientes de la vida cotidiana del caribe colombiano como lo han sido de la cultura bahiana de *Dona Flor e seus dois maridos.* «El resultado —dice el editor— es una poesía plena de sabor, sensualidad y animo…»

## Semana santa de mi boca

Sólo queda tu ausencia repetida.
Es eso todo lo que tengo.
Tú, que desapareces, que te esfumas
en la ráfaga alisia que estremece mis ramas.
Aire que nada dice.
Brisa del río que viene siempre ahogada.

Cada vez que te pierdes de mí
más cercana del centro de mis sueños yo te encuentro.
Más hundida en el pozo rojo de mi sangre.
Más lejana de mis manos
que quisieran tocarte.

Por eso sueño.
Para ordenar la defectuosa realidad
de no tenerte.
Para recomponerle a Dios
los terribles descuidos de su oficio.
Para llegar a ti primero que la muerte.
Película de tiempo
sobre la piel lustrosa de la noche.

Parejas intocables somos
frente a un telón abierto
desde donde nos miran los duendes del deseo
asomados distantes al mar antiguo de Taganga.
Desde el claro mirador de las alturas.
Desde el ojo de un pez que nos ve allí
puestos los dos para un hambre anterior a toda sed.
Y sin embargo ausentes
en la extraña ceremonia del olvido.

Pintura viva de este mar
para el consumo de mis ojos del alma.
Con los mismos que te miro
siempre que quiero verte y no te veo.
Espejo desierto de una sal que arde.
Paisaje en el que navegan mis adentros.

Podrás, ahora que ya sabes de mi andar
en el feliz dolor de la poesía.
Que voy en vuelo fácil de la nada del sueño
a mis silencios y viceversa.
Podrás, repito,
Entender por fin que un amor por más callado
no tiene que ser menor amor.

Déjate hallar,
Perdida medicina de mi ahogo.
Déjame ponerte las manos encima.
Virgen gemela.
Idéntica deidad a la que van mis rezos dirigidos.
Dulce moreno de trópico de almíbar.
Miel de ciruelas
para la semana santa de mi boca.

Como han anotado algunos de sus comentaristas, este volumen propone un viaje incierto para que el lector se sacuda de las costumbres beatas y se deje consternar por unos poemas que son parodia de los deseos y prácticas de culturas como la caribe colombiana.

> Hombre anclado sobre la marea del anchuroso río Magdalena, Miguel Iriarte —ha escrito Luis Rafael Hernández— es un artista raro, de esos que se resisten a las clasificaciones críticas. Pese a sus labores burocráticas consigue salvar al lírico de oído musical, donde ritmo y melodía determinan la disposición de los versos y la ordenación de las metáforas, los retruécanos y los muy jazzísticos juegos de palabras de arritmias coloquiales y acuosas imágenes prestas a retratar los fragmentos de la existencia trágica en los márgenes caribeños y desde el vórtice del canon literario.

**Bibliografía de Miguel Iriarte Díaz-Granados**
**Poemas reunidos** [2009].

**Bibliografía sobre Miguel Iriarte Díaz-Granados**
Anibal Tobón: *Cámara de jazz*, en **La casa de Asterión**, Barranquilla, n° 24, enero-febrero, 2006. Ernesto Gómez Mendoza: *Consecuencias poéticas de los días santos*, en **Viacuarenta**, Barranquilla, 5 de abril, 2012. Gustavo Ibarra Merlano: *Segundas Intenciones*, en **Viacuarenta**, n° 7, Barranquilla, s/f. Joaquín Mattos Omar: *Jazz grabado con el sello Iriarte*, en **La casa de Asterión**, n° 38, Barranquilla, julio-setiembre, 2009. Juan Gustavo Cobo Borda: *Doy mi palabra*, en **Boletin cultural y bibliográfico**, n° 5, Bogotá, 1985. Lidia Salas: *La poética del jazz*, en **La casa de Asterión**, n° 25, Barranquilla, abril-junio, 2006.



## Mauricio Contreras Hernández

*1960*

Mauricio Contreras Hernández [Bogotá, 1960] hizo estudios de química en la Universidad Pedagógica Nacional y ha trabajado como maestro, editor y miembro de comités de redacción de revistas como *Cronopia* y *Barrioteatro*. Algunos de sus libros son *Geografías* [1988], *De la incesante partida [2003], Devastación y memoria [2005], La herida intacta [2006]* y *Desierto Delirio [2007]*. Ha traducido a José Paulo Paes, Owen Sheers, Vikram Seth, Tishani Doshi y Menna Elfyn.

Contrariando a varios de sus compañeros de viaje, Contreras no cree que la poesía tenga función política alguna, sin que por ello el poeta pueda eximirse de las relaciones sociales que establece con su tiempo. «Cuando se vive en medio de la indignidad producto de una tradición excluyente—ha dicho—, de una moral como hidra de seis cabezas, no es necesario ir a buscar nada donde nada hay».

Desde sus primeros libros, su poesía se ha caracterizado por un marcado interés en el destino del individuo atado a sus pasiones carnales, con una voz nada altanera, más aristocrática que enfática. Luego se irá sumergiendo en los abisales tormentos de los afectos entorpecidos, con un coro de voces que no encuentran dónde asistirse, hundiéndose en la ruina y el vacío, atados a un vicio maldito, la pasión sexual.

### San Sebastián y sus lebreles corporales

Ahí está de nuevo.
Adivino su presencia tras las cortinas de la ventana
que permanece cerrada.

> Me vigila con insistencia me busca me encuentra.
> Sé que quiere acariciarme
> pero no me dice nada.
>
> En la casa me repiten que no hable con extraños,
> vive cerca y todas las mañanas nos cruzamos.
> El aroma del perfume que usa me trastorna,
> su mirada acezante me sonroja y apuro el paso para alejarme,
> pero quisiera quedarme.
>
> Cómo cansan diez y seis años.
> ¿Por qué no me habla?
> ¿Cómo debo comportarme?
>
> Sólo sus miradas.
> Saetas como lebreles lamiendo mi costado,
> cosquilleo que sube por mi espalda.

Voces que recuerdan que vivimos mundos cerrados, conculcados, donde beber, fumar y fornicar, a sabiendas que son las únicas fuentes del placer en este mundo, están prohibidas para siempre. Un reino donde la felicidad es el hielo del miedo, el palpitar del susto, el orgasmo imaginario.

A continuación, en su segundo libro, *En la raíz del grito* [1995], Contreras extrema la monotonía del ritmo de sus oraciones demostrando, primero, su fe en las palabras, y luego, el fracaso de las estructuras que sostienen la frase, la representación, la lógica del pensamiento. La voz hiere, los ojos buscan lo invisible, se complacen en las alucinaciones que deparan el deseo o la voluntad de no ser, dando forma a lo impreciso y contrahecho, porque la poesía:

> recupera un olor de infancia que en su despliegue y entre los desechos, borra la temporalidad sucesiva y causal de lo cotidiano, lo atormenta y descompone restituyendo lo otro en el drama, ceremonia, juego, baile de máscaras, en esa incesante operación que, a pesar nuestro, nos moldea y proporciona la anhelada imagen en la cual nos reconocemos.
>
> [La poesía tiene el nombre de nuestra divinidad]

Tenemos en Bogotá —parece repetir Contreras—, entre la euforia y la disforia, que abrir bien los ojos para que la destrucción no nos alcance; oír mucho para que el espeso ruido de la muerte no nos derribe; amar con sigilo para descubrir en el amante al asesino. Porque:

> Iluminados por el relámpago de nuestra propia desnudez que nos deja impávidos. Visión de golondrinas muertas anunciando sequías y tormenta, mientras el afán creciente nos cerca. Tribulaciones que no conducen a parte alguna, que no alteran el progreso, que se escurren entre más tentativas de darles explicación o respuesta. Voces, imágenes, fantasmas agitando lo que ya se presagiaba como un mar muerto.
>
> [Ídem]

En los últimos cuarenta años el incremento de la violencia política causada por los enfrentamientos entre las guerrillas, el ejército y los grupos privados de autodefensas, los bombardeos a las zonas campesinas y los operativos antinarcóticos han desplazado a más de cinco millones de colombianos de sus hogares y parcelas. La guerra contrainsurgente ha producido miles de masacres entre los habitantes acusados de servir de apoyo social a la guerrilla, y ha generado un repoblamiento de las regiones. Contreras Hernández ha recorrido muchos de esos territorios en su calidad de editor de libros para maestros de escuela y a partir de esas experiencias compuso *De la incesante partida* [2003], un libro en el cual, según los editores, «los tránsitos por los universos del dolor, el permanente desarraigo del ser y la huída impuesta por los más sombríos poderes, conducen en el sobresalto esencial de esta palabra poética, a una vertiginosa interiorización».

**1.**
—Mira que gente rara
—Nunca se detienen
—¿Y por qué no?
—Porque no se cansan
—¿Y por qué no?
—Porque no tienen donde caerse muertos
—Y tampoco duermen

—¿Y por qué no?
—Porque están huyendo
—¿Los que huyen nunca duermen?
—¿Pueden dormir los huyentes?

**2.**

Entre las piedras donde buscamos alimento
en la tierra sembrada de ojos abiertos
entre graznidos que sofocan la siembra
en la dispersión del camino sin regreso
madura una vendimia sedienta

**3.**

¿Hacia dónde deriva este río perplejo?
¿Qué volcán de fuego crece junto a su silencio?
¿Qué plagas se abaten sobre este pueblo?
¿Qué semillas cosecha esta labranza dispersa?
¿Y qué arcanos cifran su tormento?
¿Y el trigo que se muele y la luz que se aposenta?
¿Y sus caminos y sus puertos de sosiego?
¿Hacia dónde deriva este destierro perpetuo?

**4.**

He aquí que algunos morían
sin vislumbrar el camino de regreso
otros yacían a nuestro lado clamando que la verdad
había sido el riesgo
entretanto
los que aún no
todavía
bebíamos luz agria
y hablábamos sin palabras con nuestros pasos
lentos pasos
con nuestra sombra
exigua sombra
la partida es lo único que sabemos
uno tiene su mata de ñame

la huida es lo único que tenemos
uno tiene
su
puño
de
arroz

**5.**
Juntos en el desierto
juntos en la selva
juntos en la sed
en el agua dispersa
nunca se detiene este camino
para tantas preguntas no hay labios
sólo para pezones y lamentos
manada de pasos sin huella que irritan al cielo
a éstos y aquellos
crece un musgo que sofoca el canto de las mujeres
los más viejos erigen sus techumbres
con palmas de paciencia
el silencio echa sus redes
y hay quienes afirman que
creen que
aún

Cada uno de los poemas de este libro ofrece una visión de ese horror vivido como si no hubiese existido nunca. De ahí su efecto chocante, cuando al leer parece que nos hablaran de otras cosas, cuando caemos en la cuenta de que la desesperación y el grito han sido nuestro pan de cada día, que estamos vencidos, derrotados por unas fuerzas del mal inadvertidas y privilegiadas en los medios de comunicación, un cataclismo que ha sido una feria de sangre y terror. La danza de la muerte de nuestro final de siglo. Una visión del desplazamiento perpetuo del hombre sobre la tierra. *De la incesante partida* es uno de los pocos libros escritos en Colombia donde en cada página destila la sangre de los inocentes y la maldad del hombre se campea como Pedro por su casa.

Pero es quizás *La herida intacta* [2009] el libro más elaborado que haya publicado Contreras Hernández y con el cual ganó el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá de 2005.

## Delirios de uno extraviado en la noche bogotana

Las cortinas del hotel regio permanecen cerradas,
párpados de olvido cubren las vidas de sus sigilosos habitantes.

Las raíces de una planta reseca se han echado al aire,
es la noche que extiende sus manos de dulces amenazas.

Su cara es una mueca deshabitada,
fachada donde nadie se asoma
para no ver a dios tendido sobre el asfalto.

Todos sus habitantes danzan sonámbulos
olvidados de dios que ahora yace olvidado.

Allí las puertas siempre están cerradas.

Publicado en una preciosa segunda edición por Daniel Almendrales, dividido en tres secciones que bucean en la memoria a la manera de Arthur Rimbaud en Harar, *le saison en enfer* del poeta bogotano ocurre entre los muros derruidos de una casa donde celajes de muchachos como querubines sucumben al placer demoledor de los camastros de *Notre Dame de Fleur*s y las humillaciones del *Journal du voleur,* mientras reflexiona sobre la poesía y la vida con un ritmo digno de los símbolos decadentes del primero y la madera que arde en el hogar de la locomotora de la prosa del transiberiano. *La herida intacta* es pura poesía urbana, acosada por millones de abandonados de la suerte y la fortuna, un retrato en puro cemento del barrio prostibulario[(1)] donde vivió León de Greiff.

---

1. Fundado en 1938 el barrio Santa Fe, donde vivieron Jorge Eliécer Gaitán y León de Greiff, fue a mediados del siglo pasado un espacio moderno habitado por emigrantes europeos, especialmente judíos, que construían edificios de cuatro plantas para pisos de alquiler y donde vivían en general intelectuales y estudiantes universitarios alrededor de quienes fueron surgiendo los primeros bares bohemos, cabarets, casas de citas y, por último, en los años de la alcaldía de Antanas Mockus, que le hizo el barrio prostibulario por excelencia, con veinticinco manzanas plagadas de expendios de drogas y parches para putas y travestis callejeros. Según

**Bibliografía sobre Mauricio Contreras Hernández**

Guillermo Linero: *Escenas de caza*, en **Boletin cultural y bibliográfico** n° 41, Bogotá, 1996. Iván Beltrán: *Memoria de la herida*, prólogo a **De la incesante partida**, Bogotá, 2003.

---

Mockus, la llamada «Zona de Tolerancia de Bogotá, es el único sector de América Latina reglamentado por la administración de la ciudad para que hombres y mujeres, mayores de edad, puedan ejercer la prostitución bajo el control de las autoridades, y para que inversionistas privados tengan la posibilidad de establecer multimillonarios negocios de este tipo, pero ceñidos a las normas del Distrito Capital». La casa del poeta de Greiff fue vendida por sus herederos a un bandido de nombre Harvey Ayala, que la demolió y convirtió en un parqueadero para sus prostíbulos *Casa Azul* y *Antune*s.

## Residencias Luis XV, sin aviso a la calle

Hoy amanecí degollado.

Un tajo limpio,
una irónica sonrisa de oreja a oreja,
adornaba mi garganta.

Era de ver mi lengua colgando como corbata
y las de mis vecinos babeando sobre la alfombra
queriendo meterse en mi cuarto.

La empleada del servicio recoge sábanas
y cientos de colillas de cigarros
mientras me aconseja comportarme como un buen muerto
y no dar esos espectáculos.

Mi ocasional amante chilla
que todo no es más que un pretexto para no pagarle.

Y mi madre,
ya la escucho,
reprochando la desfachatez
de andar por ahí sin tan siquiera una bufanda.
Claro que si tuviera una bufanda roja
me colgaría de la viga más alta
y escribiría un poema titulado el ahorcado del Café Bonaparte.

[Fragmento]



## Fernando Molano Vargas

*1961-1998*

Que la muerte hace un trabajo prodigioso y a cada cual coloca en su sitio se comprueba con el destino de los tres libros de Fernando Molano Vargas [Bogotá, 1961-1998]: *Un beso de Dick* [1992], *Todas tus cosas en mis bolsillos* [1997] y *Vista desde una acera* [2012].

Hijo de un mecánico y de una falsa heredera, sexto de siete hermanos, hizo la primaria en una escuela pública del barrio Egipto, el bachillerato en los institutos José Joaquín Caycedo y Nicolás Esguerra, mientras vivía con su familia en el barrio San José de la Granja. Luego ingresó a la Universidad Distrital para estudiar electrónica, que cambiaría por los estudios literarios en la Pedagógica porque el gobierno de Belisario Betancur y su ministra de educación Doris Eder de Zambrano había cerrado la Nacional, liquidando la universidad que había creado Gerardo Molina durante el gobierno de López Pumarejo.

> Pronto descubrí —dice Molano en *Vista desde una acera*— que en las universidades de nuestro país no existía la investigación tecnológica, que el destino de un ingeniero en electrónica bien podría ser el de un administrador de empresas, el de ser un encargado de hacer o dirigir el mantenimiento de los equipos de una compañía, el de ser un encargado de adquirir y montar las tecnologías creadas afuera; el de ser una persona muy aburrida, en suma.

Marcos Palacios Rozo, un bogotano que había militado en las juventudes del MRL junto a Jorge Child, Guillermo Puyana Mutis y Manuel Vásquez Castaño, uno de los fundadores de la Federación

Universitaria Nacional junto a Galo Burbano López, Armando Correa y Jaime Arenas Reyes, que había conocido varias cárceles antes de graduarse de historiador del café en Oxford, para complacer a Belisario Betancur, cerró la Universidad Nacional durante trescientos cuarenta y seis días con un costo de siete mil cien de los siete mil trescientos millones de pesos de 1984 de su presupuesto anual. Conocido como *El Pacificador de la Nacho*, liquidó las residencias universitarias, cerró las cafeterías, hizo confinar el campo docente con una inmensa malla de hierro que la separó del mundo exterior y clausuró las secciones que agrupaban por áreas a los profesores rompiendo los espacios democráticos que permitían ejercer la libertad de cátedra. Sus acciones incrementaron los índices de pobreza entre los estudiantes de provincia, avivaron el odio y el irrespeto al desconocer los cuerpos colegiados cooptándolos de manera explícita, cesaron forzosamente a sus enemigos académicos, prescindieron de las consultas para elegir rector y decanos, fiscalizaron con mano de hierro las publicaciones y medios periódicos desoyendo sistemáticamente las críticas y opiniones a imagen y semejanza de la revolución cultural maoísta.

> Aprovechando como justificación la última revuelta estudiantil, en la que resultó un estudiante muerto, el gobierno clausuró el semestre académico, cerró la universidad, e hizo que el Consejo Superior nombrara como rector a un verdadero cretino, con el cinismo suficiente para realizar una de las reestructuraciones más burdas y más violentas que haya sufrido y padecido aquella universidad en toda su miserable historia —dice Molano. El cierre escondía algo despiadado: el inicio de la privatización, la muerte de la única y verdadera universidad pública. Decretada la suspensión de las clases, fue nombrado como rector un oscuro personaje. Tan pronto como estuvo sentado en su escritorio, empezó a usarlo como un burdo gerente de una compañía de demoliciones. Partió en dos el campus con una carretera que lo atravesó de extremo a extremo: así separó de él el inmenso conjunto de edificios concebidos como residencias estudiantiles, e hizo trasladar allí todas las oficinas administrativas de la universidad. Donde antes se alojaban los estudiantes pobres y de provincia, donde dormían en cómodos apartamentos, donde leían para sus clases, donde concebían sus ideas para escribir un ensayo, donde tecleaban sus máquinas de

> escribir, donde se hacía el amor, donde fumaban sus cigarros de marihuana ahora sólo albergaría a los burócratas en horario de oficina. Los demás edificios de residencias que quedaron dentro del campus fueron entregados a diversas facultades que hacía años necesitaban de ampliación [si un hombre pierde la retina de su ojo izquierdo, ¿el cirujano lo aliviará trasplantando la retina del ojo derecho?]… Cuando en una entrevista de prensa se le reprochó al rector pretender eliminar los dos servicios de bienestar estudiantil más importantes, más necesarios, más humanos que cualquier universidad pública, que se precie de serlo, conserva y consiente en cualquier país civilizado, aquel cretino no tuvo el menor pudor en responder esta burda frase de camionero [con perdón de los camioneros]: «La universidad no es un servicio de hotelería y comedero». Lentamente, la universidad se convertiría en un centro educativo sólo para chicos glamorosos. Ya casi no existen los grupos de estudio, las cofradías de inconformes, o de científicos e intelectuales en ciernes, o de pichones de artistas, o de aspirantes a escritores que conversan sobre Proust. Ahora son más frecuentes los clubes de fans de Queen o de los Rolling Stones. A mí me parece un poco triste; a mí que me gustan Queen y los Rolling.

*Un beso de Dick* y *Vista desde una acera* son dos poemas narrativos donde Molano, como quería Quinto de Esmirna, usando de su existencia y tragedia, rumia sobre lo erótico a medida que nos baña de la gracia con el esplendor de su prosodia bogotana y una sintaxis aprendida en los maestros que admiró. Las dos novelas tienen como protagonistas al propio Molano y a uno o varios de sus amores mientras atendía las escuelas públicas, los colegios de bachillerato y los años de universidad. Un breviario de los amores de un niño mientras entra en la adolescencia y que al cumplir la segunda década descubre cómo la muerte le pisa los talones y le concede la pena de haber conocido el amor y no poder prolongarlo.

A pesar de que Molano y algunos lectores han vinculado *Un beso de Dick* con el Oliver Twist de Dickens, el modelo de su lenguaje fue *The Catcher in the Rye* de Jerome David Salinger, que en una suerte de monólogo narra las vicisitudes de Holden Caufield con las drogas,

el alcohol y la prostitución en New York luego de ser notificado de su expulsión de la escuela preparatoria. Un rebelde, inadaptado e inmaduro de gran perspicacia que resume ese periodo de la existencia llamado adolescencia como el momento en que no se sabe qué se quiere. Como en Salinger, Molano también reflexiona sobre la vida mientras piensa en qué es la poesía a partir de un texto de un autor cubano.

> Si les interesa lo que voy a contar, primero querrán saber dónde nací, cómo fue mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás pendejadas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contar nada de eso. Primero porque es una lata, y, segundo, porque a mis padres les daría un ataque si me pusiera aquí a hablar de su vida privada. Para esas cosas son muy especiales, sobre todo mi padre. Son buena gente, no digo que no, pero como quisquillosos no hay quien les gane. Además, no crean que voy a contar mi autobiografía con pelos y señales. Sólo voy a hablar de una cosa de locos que me pasó durante las Navidades pasadas, antes de que me quedara tan débil que tuvieran que mandarme aquí a reponerme un poco. A D.B. tampoco le he contado más, y eso que es mi hermano. Vive en Hollywood. Como no está muy lejos de este antro, suele venir a verme casi todos los fines de semana. El será quien me lleve a casa cuando salga de aquí, quizá el mes próximo. Acaba de comprar un Jaguar, uno de esos carros ingleses que se ponen en las doscientas millas por hora como si nada. Cerca de cuatro mil dólares le ha costado. Ahora tiene mucho dinero. Por si no saben quién es, ha escrito *El pececillo secreto*, un libro de cuentos fenomenal. El mejor de todos es el que da título al libro. Un niño que tiene un pez y no lo deja ver a nadie porque se lo ha comprado con su dinero. Es una historia estupenda. Ahora D.B. está en Hollywood prostituyéndose. Si hay algo que odio en el mundo es el cine. Ni me lo nombren.

Así arranca *The Catcher in the Rye*. Pero el laurel de Molano permanece como en Salinger en la pulsión sexual que condensa su prosa, ardiendo de pasión por todos los cuerpos que frecuenta en New York y por el único cuerpo que en Bogotá desea Felipe [Fernando], un muchacho de dieciséis años, que atiende las demandas de su carne y explora sus deseos en *Un beso de Dick*:

Leonardo se ve lindo parado atrás del escritorio para que no le veamos las piernas [pero de todas maneras se le ven un poco, entre el borde de la pantaloneta y el borde del escritorio; y eso da ganas como de pararse uno para mirar más...]. Él empieza a decir que va a hablar sobre un poema de Elíseo Diego, que es un poeta cubano...; y se sienta para que ya no le miremos más... ¡sus piernas!

[…]

Leonardo me mira de pasada..., y es como si estuviéramos solos en otra parte. Ya casi nadie se fija en sus piernas, aunque él está de pie y tiene el libro abierto sobre el pecho; sólo miran su dedo paseándose por la lámina: sólo las cosas que él habla pueden ser más bellas que él, me digo. Y no me reprocho estar deseándolo tanto ahora: el profe de religión siempre dice que es malo caer entre las bajezas, de la carne, pero yo no sé cuáles bajezas: ese profe debe ser como demente o algo así... O quién sabe: tal vez Dios esté mirándome feo por estar queriendo tocar a Leonardo mientras él habla esas cosas bellas de la poesía... ¡Pero, Dios: él es más bello que todos los poemas y todos los cuadros bellos!: y si no, mírelo: hasta la Virgen de las rocas mira como si le estuviera mirando a él sus piernas; y parece que ella quisiera tocárselas con su mano...

Dios debería, más bien, ponerle su mano en la cabeza a Leonardo para que ya no esté triste: porque ahora él dice que nosotros descubrimos que el poema habla de una sensación rara, que sólo los poetas se ponen a sentir estar mirando las figuras de 'La Virgen de las rocas', y sentir que no es uno el que las mira, sino que son ellas las que nos miran a nosotros. Y entonces dice que él ha sentido lo que dice el poema: que esas mujeres de las rocas, ahí tranquilas como están, nos miran con pesar y con amor, a nosotros y a las desgracias que nos pasan... ¿Por qué dirá esas cosas Leonardo?...

—Yo miro ese cuadro —dice él con las manos entre la chamarra, recargándose al escritorio mientras el libro rueda por todos los puestos—, y es... yo no sé: como mirar lo que uno siempre sueña: estar así como las figuras del cuadro, en medio de las rocas tristes que son como la vida de uno a veces; pero estar así de tranquilo como esas mujeres; y ya no sentir miedo de estar solo; o de saber que un día se va a morir uno... Yo creo que eso

> dice el poema: que un día yo me voy a morir y ya no podré mirar más ese cuadro, pero las mujeres de las rocas van a seguir ahí mirando a otros; entonces a uno le dan ganas de estarse otro rato mirándolas, como si uno quisiera meterse en el cuadro, y estarse al lado de ellas como están esos dos niños...
> Yo les digo todo esto porque... porque ese poema y ese cuadro a mí me han hecho pensar que cuando uno se enamora es como estar en esa pintura de las rocas. Porque el mundo sigue triste, y la gente se mata, y hay gente que lo odia a uno... O sea, todo sigue igual de mal; pero uno se enamora, y se enamora alguien de uno... y eso es como estar en un lugar como ese: donde a uno lo alumbra el Sol como a esas figuras de las rocas. Y allí uno puede estar tranquilo y no tener miedo...
> Claro que uno se enamora y también se siente miedo...: de que al otro el amor se le acabe..., o que se vaya, o que se lo lleven, y uno otra vez quede solo, y todo oscuro. Y entonces a uno le dan ganas de correr a... a donde su pareja, y abrazarla y no soltarla: porque también pueden querer separarnos; no como a las figuras de las rocas, que todos las miran pero no las tocan, sino que las dejan allí tranquilas... Por eso uno hace cualquier cosa para que lo quieran más y no se separen de uno. Y... creo que ya estoy hablando mucho.
> Tal vez... a ustedes les parezca una bobada todo esto. Y tal vez yo no debería decirlo. Porque a quién le interesa lo que yo siento. Pero de todos modos, desde el día que leímos el poema y vimos el cuadro, a mí el poema me gusta más. Y desde ese día yo...

Al final de *Vista desde una acera*, Adrián y Fernando componen un ensayo para definir qué es la poesía, porque percibían que ella como una divinidad está en todas partes, en los poemas, las novelas, los cuentos, los dramas, las pinturas, las esculturas, los diseños arquitectónicos, las sonatas, las sinfonías, los enunciados matemáticos, en los pasajes de los libros de historia y la astronomía. La poesía era un magma inmenso que todo contaminaba porque aparecía allí donde el hombre había intervenido. Pero aun cuando sonase verdadero la poesía servía para nada contrariando los otros objetos que fabricaba el hombre, un cepillo de dientes, una bomba atómica. Después de muchas vueltas concluyen que así como la simpatía, que es indefinible, la poesía es tan inefable como un armónico de notas que fascinan e impiden escuchar el resto de la melodía, o la imprecisa resistencia de los colores que se

tocan en una línea, o la frase que al ser leída en voz alta nos apresa como una abeja sobre un pétalo o el aroma de las cosas viejas en los armarios del ayer y la luz y la oscuridad de una mirada que nos deja caer el dolor y la amargura porque la poesía no solo es sino que está.

Con esos artificios ideológicos están compuestos los poemas de *Todas mis cosas en tus bolsillos*, el libro que la Universidad de Antioquia publicó unos meses antes de su muerte. Aquí el destilado incluye sin duda una buena parte de la tradición lírica nacional y no es raro percibir en ellos destellos de Silva o remotas paráfrasis de Kavafis. Shakespeare, Luis de León, Horacio, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Whitman, Rilke, José Manuel Arango, Borges, Wilde, Wordswoth y Coleridge desfilan, más desnudos que vestidos, en ese puñado de textos que rinden tributo a la felicidad como único atributo del cuerpo deseado.

No hay que creer, como muchos de sus lectores, que Molano era un ingenuo y un inocente. Nada de eso. Que hubiese elegido la rotura de la adolescencia al entrar en la vida adulta para levantar las epifanías de su poesía no significa que no hubiese bebido todas las amarguras de la pobreza, separación y exclusiones de una sociedad miserable y abyecta como la Colombia de hoy.

> En mi país, este lugar inicuo enamorado de su pobreza, conforme y sin dignidad, ignorante del sentido de lo fraterno, de la amistad, del amor verdadero, imbécil y egoísta, eso éramos nosotros. Así, no sólo en mi país, en mi ciudad, en mi barrio y en mi calle y antes que nada en mi propia casa me sentía como un extraño, era un extranjero.

**Bibliografía sobre Fernando Molano Vargas**

Carlos Patiño: *Moviendo la lengua*, en **Magazine Dominical de El Espectador**, Bogotá, 21 de marzo, 1993. **El Tiempo**: *Fernando Molano,* Bogotá, 26 de junio, 1992. Francisco Barrios: *Molano siempre está allí*, en **Arcadia**, Bogotá, 22 de mayo, 2010. Héctor Abad Faciolince: *La bondad en una esquina*, en **El Malpensante**, n° 132, Bogotá, 2012. Juan David Correa: *Verdad*, en **El Espectador**, Bogotá, 7 de septiembre, 2012. Juan Esteban Agudelo: *Para recordar a Fernando Molano*, en **El Mundo**, Medellín, 19 de enero, 2013. Lina Mariana Valencia: *Sobre el uso del lenguaje en la novela "Un beso de Dick"*, de Fernando Molano Vargas", en **Polilla**, n° 7, Armenia, 2006. Verónica Londoño: *La novela póstuma de Fernando Molano*, en **El Tiempo**, Bogotá, 28 de setiembre, 2012.

## Sentado a la puerta de mí casa

Sentado a la puerta de mi casa
    sin mirarme
frente a mí pasan
me ofrecen sus espaldas

sobre el mugre de sus bluyines
yo pienso ¡Dios!
y mi tarde se hechiza entre sus pliegues
    con sus pasos...
Señor:
    ¿qué llevan en sus bolsillos
     traseros
     los muchachos?

## Dulce hermano de los arietes

De niño, papá despeinaba mi copete para que yo
me enojara como un hombre.

En los pesados trabajos de su taller de hierros forjó
rudamente mi cuerpo. A los quince años mis piernas
sostenían sin dificultad una nevera, y en mi pecho
hubiesen podido llorar dos o tres muchachas.

Allí mismo, en los sucios almanaques Texaco que
envejecían sobre las paredes, él me enseñó el amor
por las mujeres desnudas; y asomado a la puerta de
las cantinas donde a veces bebía, aprendí la manera
de aprovecharme de ellas. «Pero llegado el día en
que tu madre enferme de muerte —me decía ebrio
mientras los llevaba a casa—, será justo que prefieras
cuidar de tu esposa».

Sin preguntar nada, un día celebró las heridas de
mi primera riña y, sonriendo, descargo un puño
sobre mi pecho. De alguna manera él supo entonces
sobreponerse al miedo, y hoy, a mis diecisiete, presumo
de poder llegar tarde a casa.

Oh, Diego, en largas jornadas papá hizo de mí una
fortaleza. Y es una maravilla cómo sostienen sus
muros ahora que entras en mí como un duende, y
podemos a solas jugar y amarnos como dos niños.

## V.I.H.

Soy joven y estoy aún,
          digamos,
en ese tiempo inverosímil
que para mis mayores ha huido
          tan de prisa.
En mí el deseo
se encabrita a cada instante
de cada noche y de cada día,
y bien podría ser recomenzado
sin dar, por otra parte, mucho.
Así, no tengo por qué pedir la fuerza
y el coraje: yo no los tengo simplemente
y sigo —sin proponérmelo siquiera
echando cosas en el talego de mis sueños.

Aún conservo —no sé explicar cómo
una pizca de esperanza
          suficiente
para creer que serán mejores las cosas
—no las mías: las cosas llanamente
e intento,
aunque no puedo evitarlo a veces,
no ser cruel.

Pero hacia mí la muerte se apresura.
En verdad, hace años la tengo
pegada a mis talones,
soplándome su vaho en los carrillos.
Manos arriba contra la pared,
apretados los muslos y los ojos,

ella me tiene;
y aguardo, solo, a que por fin me aseste
su triste golpe.

¿Qué espera, pues, la muerte?
¿Qué pretende conmigo esa señora
sólo rozando mi cuerpo
sus tiernos velos
sin abrazarme?,

mientras a mi espalda bulle y me excita
la vida
y el amor,
y el deseo: los muchachos,
el fresco aroma en sus axilas...

## Al borde de un abismo, mirando este paisaje

Antes de que acabe el amor
¿no podría resbalar —como sin querer
hacia la muerte?

Mira
es bello el sol en este ocaso
y es más tierno el verde en las montañas
poco antes de que lo apague la noche.
Ahora que tu corazón palpita alegre
como un niño recién raptado
¿no sería hermoso morir antes de que el raptor
se harte de ti
y te devuelva a la triste casa?

Es bastante
hondo
el precipicio.

Vamos: da un paso al frente.
Es la hora propicia:
avanza...

## *A trois*

«Mientras ellos me quitaban la camisa
—aún no busco algún botón sobre la alfombra—
yo pensaba: tus manos por mi pecho
querido amigo que
de prisa
me has dejado.

Sin embargo, me decía yo:
tus dedos enredados en mi pelo
y tu voz sobre mí
desnuda
y lenta:
tu ternura.
Pero ellos
babeaban mi cuerpo como orugas
y al oído me gritaban suave:
¡voltéate
mariquita!

Hasta el alba tu cuerpo junto al mío
imaginaba
cuando ellos se habían marchado con el goce.

Recogía pues
mi cuerpo
recostado
y no recordaba —en verdad no me dijeron—
sus nombres.

Dura cosa es la venganza».

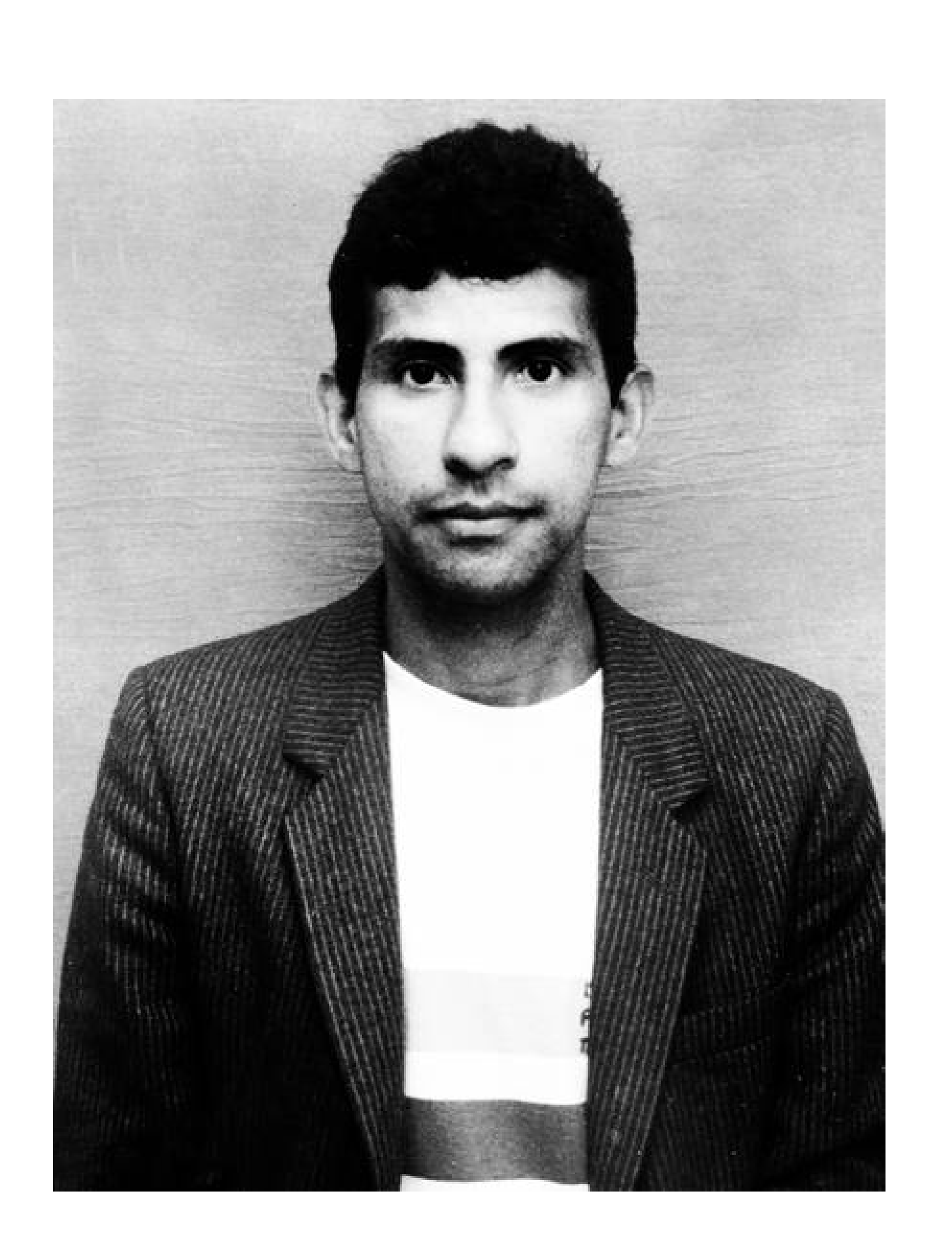
¿Así me justificaré de nuevo
cuando ya sea la mañana
en el espejo? me digo
mientras rondamos esta calle oscura
y entramos por fin en el motel.

## Como Bagoas

Ahora que has logrado
    con tiernas escaramuzas penetrar
los frágiles muros de mi alcázar
entra a saco en mi corazón
y conserva la mejor parte del botín
        —me haría feliz saber
        que para ti he guardado mis riquezas

No temas hacerme daño
sé severo conmigo
    enséñame a ser
    tu buen muchacho

Haz encender las brazas
y con candentes hierros
graba en mi piel tus iniciales
    pues quizás
        harto de mí
    partas mañana a emprender nuevas conquistas
    y quisiera poder testimoniar
    que he sido amado por ti
            hermoso caballero.



## Antonio Silvera Arenas

*1965*

Desde la aparición de las vanguardias nuestra época ha usado la sintaxis del cinematógrafo para crear correlatos imaginarios que las tensiones, entre realidad y deseo, otros tiempos resolvieron con la ayuda de metros y rimas. Desde el nadaísmo y sus continuadores, la manufactura de poemas ha estado avasallada por frases y sintaxis obstinadas en arquetipos difuntos. Los jóvenes sin adiestramiento se han acogido a esas expresiones y sujetos, como si quisieran hacer del poema una mancha de la psicología experimental de Hermann Rorschach [1884-1922], cuando el paciente observa una mácula de tinta y lee con el deseo. No importan ni la invención ni las quimeras, solo el ofrecimiento al público de glosolalias, desarticuladas exploraciones combinatorias, rosarios de metáforas y neologismos, esa irrastreable «*otra cara de la existencia*» que buscaba Huidobro.

La región más golpeada por la violencia de finales de siglo fue el centro de esa aventura de alguna poesía. Expresión de la miseria espiritual, quedará como crónica despreciable de las querellas entre los desheredados en los barrios multitudinarios contra la autocracia del lenguaje institucional que ofrece la tele, los periódicos y la radio.

En este paisaje depresivo y absorbente brotó un día la poesía de Antonio Silvera Arenas [Barranquilla, 1965], uno de los puertos más importantes y la única capital cosmopolita, centro comercial, industrial, cultural y educativo del Caribe, desde la segunda mitad del siglo XIX cuando con la navegación por el río Magdalena ingresaron al

país miles de sirios, palestinos, libaneses, franceses, alemanes, judíos, norteamericanos, italianos, chinos, japoneses y la radio, la aviación, el teléfono y los deportes. Hoy es una megalópolis que llega hasta las mismas goteras de Cartagena de Indias, donde han vivido algunos de los más importantes escritores y artistas del siglo: Gabriel García Márquez, Abraham Zacarías López-Penha, Alberto Assa, Alejandro Obregón, Alfonso Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio, Amira de la Rosa, Cecilia Porras, Fanny Buitrago, Feliza Burzstyn, Héctor Rojas Herazo, José Félix Fuenmayor, Julio Enrique Blanco de la Rosa, Julio Mario Santo Domingo, Karl Meisel, Leopoldo de la Rosa, Marvel Luz Moreno, Miguel Rasch Isla, Nereo López, Noé León, Olga Chams Eljach, Orlando Rivera «Figurita», Rafael Escalona o Ramón Vinyes.

Bachiller del Colegio Salesiano de San Roque, el mismo que las turbas liberales quemaron tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, aun cuando en su familia no hubo tradiciones literarias y menos bibliotecas, el patio de la casa de sus abuelos era la morada de un algarrobo que el poeta recuerda como fuente de sus saberes de niño. Deseando ser abogado, marchó a la capital donde se matriculó en la Universidad Externado y aunque terminó la carrera, antes de concluirla ya estaba estudiando literatura en la Nacional donde tuvo que vérselas más con las teorías que con la literatura misma. No obstante, se aficionó a los autores de la Edad Media y del Renacimiento, siendo asistente de varias de esas catedráticas aficionadas al licor de malta y Dante. Allí comenzó a colaborar en una revista que publica reseñas de libros colombianos, dejando entre líneas sus opiniones sobre la poesía.

Quizás el contraste más chocante de su permanencia fue descubrir la reticencia de los bogotanos en comparación con el ánimo abierto y guasón de los curramberos. Ese no expresar algo del todo, interrumpir la frase para decir con el silencio, ese «mira aquello» del cachaco fetén para referirse al ridículo de una señora pasada de millones y kilos con una minifalda y un moño en el culo, mientras los propios, ellos, con sus ternos oscuros y corbatas rigurosas y ellas, de trajes de modisto apenas adornadas con una joya carísima y un aire de benevolencia distante y protector donde asoma la envidia, tratan a todo el resto, costeños, paisas y opitas, como extraterrestres.

A lo que añadía el batiburrillo del centro bogotano anegado de travestis, putas, cantantes, locos, leprosos, colilleros, gamines, perros, carteristas, desempleados, vagos de alcurnia, loteros, reducidores de relojes y monturas de anteojos, falsificadores de esmeraldas y dólares, libreros de anden, pordioseros, pica-parabrisas, revendedores de boletos para el cine, limpiavidrios de autos, husmeadores de basuras, marchantes de botellas y periódicos con burros y zorras, expendedores de duraznos, manzanas y uvas de California y Chile, piperos, locas y más locas representantes de la miseria de entonces.

Tímido y por tanto parsimonioso en la observación del mundo, Silvera mostró desde sus primeros poemas una diáfana coherencia en temas y tonos, alejándose de estorbos teóricos, tan en boga entre los indiscutibles preceptores de las universidades bogotanas, para escribir su poesía. La voz de Silvera Arenas desciende desde entonces de la boca de la misma musa y apenas el texto se reciente con las enmiendas a que lo somete después de las descargas catárticas. Su cuerpo muele primero la carne del poema para después vomitarlo casi entero.

> La poesía es algo que no se tiene, es una ausencia —confesó a Eduardo Montenegro—, es algo perdido que se encuentra en el asombro, a través de él uno recupera el recuerdo… Creo en la inspiración, en la Musa, la poesía exige momentos especiales, primero la inspiración, luego la escritura, hay que aprender a esperar, el poema es la espera.

Para Silvera el palo no está para cucharas. El poeta contemporáneo no puede solazarse ni ser optimista ni buscar el paraíso en la niñez, porque hasta en ese mismo recuerdo se cuelan las dudas de la conciencia y los desencantos de la llamada posmodernidad, cuando quien lee no traga entero y sabe que tras el rostro de la felicidad acecha la desgracia de ser y estar vivos. El poema hoy, lo sabe Silvera, es autocrítico, es pregunta y lleva oculto la simiente de su destrucción. Porque dado el cúmulo de hechos que atosigan a diario al poeta, su poesía —sin tornarse ecléctica como la del profesor Óscar Torres Duque[(1)] o meramente retórica y arquetípica, confeccionada con una plantilla para poemas, como la del profesor David Jiménez Panesso[(2)]— debe conducirnos al descreimiento, la racionalidad, la duda, siempre

y cuando «prevalezca en ella su esencia lírica, la verdadera: eso que saliendo del alma del poeta ha de llegar al alma del lector». La poesía como meditación de la vida, como sinapismo del dolor.

En *Mi sombra no es para mí* [1990], como lo afirmó Guillermo Linero en el cuaderno publicado por el Centro Colombo Americano dos años después, «su poesía da fe de una sociedad contrahecha». Una voz y un universo identificable, con un repertorio y sus perturbaciones definidas.

## Malos tiempos

¿Y dónde hallar el agua fresca ahora?
¿Qué palabras hilar a otras palabras
hasta tejer un canto nuevo,
un manto, un talismán?

Cruel es el dios
que rige nuestros días:
no le conmueve el llanto de las madres
ni el sacrificio de sus mejores hijos.
Nada aplaca su ira.

Yo, infausto sacerdote
de esta edad arruinada,
reconozco lo inútil de mi magia:
comprendo vuestras piedras en mi casa.

Afecto, armonía y poesía son los asuntos de que se ocupa en este su primer libro. Con un decorado de fondo, dedicado a asuntos amorosos. Un ensayo de biografía lírica que recorre las horas de abandono del hogar hacia los espacios abiertos de las ciudades, el desarraigo y choque con un mundo helado y lluvioso y el anhelo por volver allí donde las manos del amor filial harían segura la vida.

---

1. *El escepticismo en la poesía*, sobre un libro de Óscar Torres Duque, por Antonio Silvera Arenas, en **Boletin Cultural y Bibliográfico**, nº 65, Bogotá, s/f.
2. *Día tras día*, un libro de poemas de David Jiménez Panesso, por Antonio Silvera Arenas, en **Boletín Cultural y Bibliográfico**, nº 49, Bogotá, 1998.

Silvera opone los sueños a la muerte; la belleza juvenil al deterioro de la vejez; la poesía al capitalismo rampante; la carne a los libros; el tiempo inexorable a la perdurabilidad del canto, etc., mientras dialoga con sus pares de otros ámbitos lingüísticos, desde Hart Crane hasta Esquilo. Un lenguaje libre de retóricas, sartas de metáforas, o las sandeces abyectas de cierta poesía de festivales y concursos.

*Edad de hierro* [1998] navega por aguas más profundas, se sumerge para escrutar en el fondo de los tiempos y con los arquetipos del mundo antiguo las respuestas buscadas antes con la ingenuidad adolescente.

## Edad de hierro

Ya no hay princesa que cantar...
**Rubén Darío**

*¿Y qué voy a cantar en este tiempo adverso?*
Mi padre ya lo dijo:
«Es tiempo de abogados».
Mas yo —sin adarga,
sin manes ancestrales—
me lancé a la aventura.
El humo y la niebla de las calles
me embriagaron como un vino
y los autos veloces parecían caballos alados.
Todos los disparates de este tiempo de hierro:
televisión, antenas, aviones, metralletas,
me parecían prodigios de un sabio encantador.

Contra ellos expuse mi pecho adolescente,
y cuando caí vencido por una tuerca loca
que algún pastor moderno me arrojó con su honda
no hubo una doncella ni un bálsamo ni Sancho
que atendiera mi triste figura endemoniada.

*¿De qué me quejo, entonces, si estoy manco y perdido?*
Mi padre me lo dijo:
«Es tiempo de abogados».

De nuevo el viaje como guía del destino. El ingreso de un mancebo en el mundo de hierro de la vida, la ácida aventura de iniciarse en la supervivencia, con un desamparo que delata el titubeo del poema, un más allá indefinido e indeciso:

## Tántalo

Como esas muchachas
cada vez más deseadas y lejanas
que el tiempo nos revela a diario,
las palabras se exhiben
y se van.
Como ellas su paso:
una curva en la tarde
la nostalgia en el viento
sus risas...

y el castigo incesante:
los besos rechazados.

A partir de este libro el desencanto de Silvera con su mundo y el de los «otros» será definitivo. Y aun cuando quiera resucitar las músicas del verso usando formas y conceptos del pasado, escribiendo en tercetos encadenados con rima asonante como sucede en *Musa*, insistiendo en la recuperación de un paraíso que constata nunca existió, dando tumbos entre la realidad, el mundo termina por venirse abajo.

## Demolición

Cuando anduve en diciembre por mi barrio de infancia,
no me dolió que nadie recordara mi rostro,
no me dolió el vecino a mi mirada ajeno,
ni el paso de los años en la muchachas de antes,
que persistían intactas en mi memoria terca.
Me dolió fue mi casa.
La habían demolido,
ya no estaba a la vera de aquella calle
humilde donde mi infancia fuera.
Me dolió no encontrarme. Me tumbaron con ella.
Derruyeron mi vida con sus paredes blancas.

No hay duda de que este barranquillero ha escrito algunos de los poemas más agudos de nuestro tiempo, estrictamente contemporáneos de la vida de finales del siglo XX en Colombia. Su más reciente libro, *El fantasma de la alondra* [2011], es un prontuario de las desdichas del hombre cuando ya ha atravesado la ranura de la reproducción y se sabe absolutamente mortal. Ni cielo, ni paraíso, solo infierno, ruina y vejez. Silvera demuestra que ha degustado los mejores poemas de la lengua, que ha saciado su sed en nuestro propio pozo, y exhibe unas prosodias que perpetúan los grandes textos y prolongadas meditaciones. Silvera es un merecido sucesor de Silva.

## Canas

Las descubres de pronto ante el espejo.
No fue así como llegaron sin embargo.
Las habías visto dispersas: una, otra
y otra y otra y otra
hasta la tarde, en la peluquería,
cuando pulverizadas como harina
opacaron el azul neto de la capa
y el bastión de mechones que aun rehúsan
los cada vez mayores regimientos
del tiempo que te sitian.

De todos modos no fue allí el asombro,
no entre la vana sensación del gel
que te volvió a los quince y la ilusión.
Es ahora, en el día de año nuevo,
cuando el mismo reflejo de tus ojos,
ebrios y enrojecidos y vencidos,
te muestra la inminencia de esa edad
que detestaba el griego y que Darío
reconociera ya a los treinta y siete,
al declarar como tú su terquedad de acercarse,
con el cabello ceniciento,
a las espléndidas rosas del jardín.

Mientras bailas y estallan los colores
y la pólvora y el licor te exaltan,
no te engañes al besar a esas muchachas
cuyos pezones, bajo suaves sedas,
al darte el feliz año, te rozan por deber.

Son otros tiempos, claro. La cosmética ahora
te ofrece afeites portentosos, y el bisturí,
el tinte y los implantes, todo depende del peso del bolsillo
pueden aún engañarte algunos lustros.
Como sea has de admitir la retirada pronta:
las horas tuyas son cada vez más del fue,
de las cenizas
que asaltan tu cabeza,
vestigios de un fuego que se extingue,
un campo de batalla
exangüe, devastado, humeante,
como el año que acaba de acabar.

**Bibliografía sobre Antonio Silvera Arenas**

Alberto Montenegro: *La sombra del árbol del trupillo*, en **Siglorama de El nuevo siglo**, Bogotá, 26 de mayo, 1996. Ariel Castillo Mier: *Antonio Silvera en diálogo con la tradición*, en **Viacuarenta**, n° 7, Barranquilla, 2001, reproducido en **Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Angel Arango**, n° 67, Bogotá, 2003. Carlos Sánchez Lozano: *Vicisitudes de un lector de poesía*, en **Agenda Cultural**, Bogotá, febrero, 1999. Gabriel Arturo Castro: *Ritual de una pérdida*, en **Magazine Dominical de El Espectador**, Bogotá, 24 de enero, 1999. Guillermo Linero: *La voz, el talismán en la poesía de ASA*, en **Selección de poemas**, Serie escritores para un nuevo siglo, Centro Colombo Americano, Bogotá, 1992. Harold Alvarado Tenorio: *La poesía de Antonio Silvera*, en **Gaceta Dominical de El Pais**, Cali, diciembre 9, 1990.



## Toto Trejos

*1969-1999*

Según todas las crónicas, fue en 1985, a la edad de 16 años, mientras presenciaba la lectura de poemas de Jaime Jaramillo Escobar en el Teatro Cuesta, cuando Toto Trejos [Riosucio, 1969-1999] sintió la revelación de la poesía. Esa noche X-504 fue sacando de su manga de nigromante, como era habitual, extensas tiras de poesía mientras con su voz pastosa hizo el elogio del concepto de su negra, las virtudes de la digestión de la pulpa de coco, el plátano hartón de cáscara roja, la pepita de la pitahaya, la granadilla y la papayuela.

Desde niño había frecuentado la Biblioteca Municipal, una vieja casona abrumada por las goteras y el polvo, que tras la mudanza de sus libros a un nuevo local se derrumbaría sumiendo en el olvido los paisajes de Sipirrá, el aire fresco y las amplias mesas, la pila donde bebían los pájaros y el techo donde anidaban las collarejas. En esa casa ajena tuvo lugar su crecimiento intelectual, allí leyó a Nietszche y Schopenhauer, Sartre, Camus y Plotino, en *La gaya ciencia* y *Zarathustra*, en *El amor, la mujeres y la muerte,* en *La nausea, El extranjero*, *El mito de Sísifo* y *El hombre rebelde,* en *Las Enéadas*; allí descubrió a Hölderlin, Pound y Kavafis, tres de sus poetas favoritos.

> La poesía tal vez la deba
> a mis años de infancia.
> De pequeño, en vez de abatir pájaros,
> levantaba jaulas para atrapar nubes.

Las veía en el cielo,
como aves exóticas
que podían, de momento,
transmutar en animales
o asumir formas diferentes.

Ahora que sé que no hay musas ni hadas
construyo palabras para atrapar del aire
lo que dice el silencio.
[Trampas]

Omitiendo las dos largas temporadas que pasó en Manizales tratando de estudiar filosofía y letras en la Universidad de Caldas o haciendo de utilero para una orquesta de cámara, Trejos gastó el resto de su vida entre la desolación y la pobreza de su cuarto en casa de sus padres, la sala de recibo de Guillermo Trejos, a quien recuerda no solo como un generoso orfebre de remplazos dentales, sino como amigo e interlocutor, crítico certero y prudente, y la biblioteca del Parque de la Candelaria, donde con letra menuda y estilográficas de tinta roja redactaría sus cientos de poemas y los pocos ensayos que confirman una vida consagrada al magisterio de la poesía.

La obra de Trejos está contenida en tres libros de poemas publicados en vida del poeta —*Poemas de amor y desamor* [Manizales, 1994], *Ahasverus* [Manizales, 1995] y *Manos ineptas* [Medellín, 1995]—, una selección de sus composiciones desconocidas dispuesta por Henry Luque Muñoz y César Valencia Trejos —*Obra inédita* [Riosucio, 2006]— y los ensayos: *25 años sin Ezra Pound y con usura* [1 de abril de 1997], *Evasión y visión poético política* [13 de agosto de 1997], *La evasión en Hölderlin* [19 de octubre de 1997], *Los narcisos de la decadencia, una mirada crítica a la estética de fin de siglo* [19 de abril de 1998], *Guillermo Trejos, una vida sin paralela* [27 de mayo de 1998], *Celebración de la epopeya* [13 de agosto de 1998] y *El tercer templo* y *La naturaleza sagrada de las bibliotecas* [febrero-marzo de 1999].

Entre 1985 y 1999 las viejas luchas reivindicativas de los colombianos, tanto de la intelectualidad como de sus campesinos y obreros, vieron aparecer como caída del cielo una nueva clase social que prometía cambiarlo todo recurriendo a la maldición del

narcotráfico. Nunca antes, nadie, pudo imaginar que un puñado de bandidos iba a cambiar la historia de Colombia. Ni que la poesía iba a resucitar de sus viejas cenizas convertida en instrumento de propaganda y la piedra de toque de grandes corruptelas.

> ¿Quién se va a inspirar produciendo algo imaginativo —escribió Trejos en *Los narcisos de la decadencia*—, si lo que pide el espectador es algo que no le quite mucho tiempo, que lo entretenga mientras parte el avión, mientras espera el metro; algo a lo que no haya que poner mucha atención ni lo fatigue luego de sus ocho horas de trabajo; algo en lo que no tenga que aportar nada? ¿Qué calidad poética, qué poesía va a exigir y exhibir el público, si lo que recibe y habita en él se satisface con cualquier remedo artístico, si convive en la cultura del mal gusto y es el efecto de su mala o nula educación estética? Muy fácil debe resultar al nuevo creador producir sus obras; muy fácil tener público para ellas, cuando no rinde cuentas a la estética, cuando nadie lo obliga a rendirlas, incluidos los contempladores. La catarsis aristotélica no ocurre en el sujeto que mira obras de arte, porque dichas obras no conmueven, y si poseen algún elemento catártico son infecciones y no vacunas para el espíritu; mensajes alienantes para un espectador sin criterio al que manipula y enseña cómo vivir, cómo comportarse. Obras cursis donde el autor tampoco ha experimentado una selección de las emociones y que, sin embargo, la gente pide a gritos, siempre y cuando no comprometan su ánimo, porque lo que necesitan son mensajes narcóticos, superficiales, triviales, carentes de sentido… Nunca antes el hombre había producido tanto arte, nunca antes había podido apreciar tantas creaciones artísticas, ni las tuvo al alcance de la mano, en casa, en las ciudades, gracias a los medios masivos de comunicación; pero nunca antes había perdido tanto el tiempo, porque no es arte lo que produce, ni es arte lo que admira, es un producto bastardo, una farsa estética.

Con este telón de fondo Toto Trejos hubo de dedicarse al arte de la escritura. Y fue en *Ezra Pound y Kavafis*, en su *Canto XLV* [1922] y *Debieron resolver el problema* [1930], que encontró una justificación a su inquebrantable necesidad de evasión de una realidad que atosigaba y empujaba a refugiarse en la literatura.

El más pretérito de sus ensayos, *25 años sin Ezra Pound y con*

*usura*, celebra la figura y el poema del norteamericano que estuvo trece años preso en una jaula por haber hablado y escrito contra las democracias occidentales a favor del fascismo italiano atacando sus sistemas financieros y el dominio del capital. Trejos destaca como Pound «pretendía cercar la estructura formal de la poesía mediante el regreso a una férrea disciplina de las frases, encerrando un momento de sensibilidad en el espacio que ofrecen las palabras, creando nuevos ritmos y concretando en imágenes el fenómeno poético». Haciendo énfasis en cómo la mezquindad y la servidumbre del capital bursátil y prestamista, encarado en Roosevelt, Morgenthau, Lehman o Warburg, los usócratas, son una ignominia contra la libertad y son los campeones de una corrupción total que ha destruido hasta el lenguaje, desinformando, oprimiendo la precisión de los términos, enajenando el uso del idioma y las frases, de los códigos, dominando las ideas o destruyéndolas. «Sin caer en el panfleto —dice Trejos— nuestro poeta ve en la usura y sus servidumbres, un mal para el alma y la naturaleza, las relaciones entre estos y el resto del mundo».

*Evasión y visión poético política*, donde cita y comenta el poema de Kavafis, es un anuncio de su extenso texto sobre *La evasión en Hölderlin*, que examina los conflictos sociales y metafísicos que lo llevaron a refugiarse en la literatura, el tiempo, el espacio, los personajes, la infancia y la locura, pues sentía que su persona y sus intereses no tenían un presente en el mundo que le rodeaba, una sociedad «injusta, mediocre, contrahecha e innoble», donde reinan los políticos como flores del mal.

Schopenhauer, Nietszche, Hölderlin, Walter Benjamin, Rimbaud y Verlaine fueron sus maestros.

Varios de los críticos que se han ocupado de la obra de Trejos han anotado el carácter desencantado de su obra, preguntando, en no pocas ocasiones, qué pudo causar tanto desapego a la vida, las creencias, el presente o el futuro, en un hombre tan joven y tan inteligente. Pero mucho más asombro les causa el que hubiese decidido desde temprana edad renunciar al dinero, cuando todas las oportunidades de alcanzarlo de la más fácil manera estuvieron a su alcance en esos años aciagos

del auge de la corrupción y el crimen organizado. Con su inteligencia bien habría podido pasar a los anales y memorias que viene celebrando hace más de dos décadas la horrenda televisión colombiana.

Las respuestas a esos interrogantes hay que encontrarlas en incontables lecturas y adicciones a sus maestros, en especial a Nietszche, cuyas contradictorias postulaciones terminaron por convertir a Trejos en una suerte de *Poète maudit* de la poesía colombiana de finales del siglo pasado. Un Isidore Ducasse budista, blasfemo y sadomasoquista.

## Convidado de piedra

Me sentaré en las escalinatas
de la Plaza Mayor a ver pasar las horas.
Ninguna procesión, ningún séquito
me ahuyentará o hará cambiar de postura.
Tampoco me encerraré a discutir
conmigo mismo sobre tema alguno.
Seré un objeto, un ente
y espero que todos me vean así,
y ni siquiera me saluden.
Si llueve y todos corren
[como en la canción]
y tu no pasas me dará lo mismo.
No espero a nadie.
Seré un perfecto desconocido,
sin memoria, ni historia.
En las graderías
—ya no diré sentado—
no tendré sentidos,
como una piedra
más entre las piedras.

Federico Nietzsche sostuvo, durante la segunda mitad del siglo XIX, uno de los combates más feroces contra los credos y doctrinas europeas, con un lenguaje soberbio, confesional e individualista, pretendiendo demostrar, mediante una constante sospecha, que todo lo que se daba por

bueno, santo y verdadero era aparente, era añagaza. Con una insolencia atorrante, hablando para sí, desmontó los andamios que sostenían la religión, la filosofía, la historia, la moral, es decir la cultura, negando que la vida, como era costumbre, fuese dolor e incertidumbre. Todo había que asumirlo con otros ojos y aceptarlo como venía, haciendo de tripas corazón. Dionisos se niega a resignarse e invita, eternamente joven, a la embriaguez y la alegría porque, según Zaratustra:

> Eternamente volverá a invertirse tu vida como un reloj de arena y eternamente volverá a fluir cuando regresen todas las condiciones que te dieron origen. Y entonces volverás a encontrar cada dolor y cada placer y cada amigo y enemigo y cada esperanza y cada equivocación y cada hoja de pasto y cada destello de sol, la continuidad de todas las cosas. Este círculo, en el que eres una semilla, siempre vuelve a resplandecer. Y cada círculo suele incluir una hora en que al principio en un solo hombre, y luego en muchos, y finalmente en todos, surge la idea más alta, la del regreso interminable de todas las cosas. Para la humanidad, esa hora es la hora del mediodía.

A ese ciclo nietzscheano pertenecen muchos de los poemas de Toto Trejos publicados y escritos a mediados de los años noventa, celebrando el doloroso empuje de la vida erótica o el poder entrañable de la fantasía:

## Fábula del dragón

Mientras dormía,
soñaba con un vasto incendio
inducido y avivado por las lenguas
de humo y fuego que exhalaba.
No sabía que entre las llamas
estaba la humana doncella.
Enterado de su pesadilla
despertó, sobresaltado, buscando
agua para salvar la vida,
buscando agua para apagar su incendio.
Sólo al morir logró beber del río.

## Noche sabática

Eros no quiso que yaciéramos
e impuso más trabajo a nuestros cuerpos,
a cada instante más sed y más deseos,
hasta perder el control
y la razón se fue a otra parte.
Obedecimos a nuestros instintos,
nos tragamos las palabras.
La dictadura del placer nos consentía,
esa noche de sábado.
Tu recuerdo tampoco descansa en la memoria.

Pero la crudeza de su mundo personal, las derrotas afectivas, las malas noticias, los crímenes, la insania de la vida de un predestinado en la pobreza hicieron que el poeta se fuera refugiando más y más en la lectura de Schopenhauer, cuya filosofía intempestiva, a contratiempo y contracorriente, le confirmaba que todo intento por conocer a los otros y al mundo es artificio, los dioses un despojo de las teologías del mundo antiguo, y, como en el sueño del burgués Hans Castorp [ávido de saberes como el mismo Trejos], personaje de la novela de Tomas Mann que leyó siendo muy joven, tras los paisajes, las islas y los santuarios, se oculta una madrasta, la naturaleza, que nos devora para perpetuarse. Ante este horror, solo podemos encontrar alivios pasajeros en el arte, en especial la poesía, que por segundos nos hace olvidar las miserias de la existencia. Entonces abandonó el mundo y se refugió en la poesía y el alcohol, las pócimas que le llevaron a la muerte.

## Al filo de las palabras

Sé que vivo en medio de cuchillos,
que circundo hojas de navajas,
que debo caminar recto
y no volver a mirar para ningún lado.

En una palabra, donde quiera,
acecha el peligro, el abismo
que puede malograrme para siempre.
Pero, ¿quién me guiará para que elija

las palabras correctas?
¿Quién me advertirá a tiempo
cuál me hará sangrar,
cuál me traerá el bálsamo,
cuál el laurel?
¿Cuáles me harán cometer
menos errores y más aciertos?
¿Cuáles me atacarán por la espalda?
¿Cuáles, bienhechoras, servirán
para hablar con los Dioses?
¿Cuáles dirán que no quise
mis amigos se fueran,
y no otra cosa?

También quisiera conocer,
¿Quién asentirá lo que haga con ellas?
¿Quién me brindará, luego de saberlas,
un saludo, una sonrisa
y me quitará
el título —mal ganado— de ser su déspota
y no su indefenso empleado,
pues, no sé cómo vine a poner mi cabeza
en estas latentes guillotinas?

¿Cómo es que estoy expuesto
—por voluntad propia—
al filo de las palabras?

Toda su obra posterior será un gran desencanto y aproximación a la muerte.

Mario Escobar Velásquez acertó al decir que la poesía de Trejos es íntima y auténtica, pero sin una señal que denote belleza, confianza o misericordia; mire hacia el cielo o tenga ilusión, cuestionando la capacidad de expresión de los signos de la lengua, hablando de oscuridades, ejecuciones, desgracias, condenas, amputaciones, suicidios y espectros. Una poesía nítida, cuya mayor virtud es el tono

de la voz del poeta, que hace que sus confesiones —otra cosa no son— sean registros de sus penas, desconsuelos y apremios con ritmos de réquiem, tedeum o miserere, sin que la fiesta incendie la orquesta de cámara, donde anhela la muerte. En *Monólogo de Hölderlin*, Trejos anuncia su separación del cosmos a fin de alcanzar el fuego de Prometeo, así los dioses castiguen su audacia; ha resuelto abandonarse a sí mismo, alcanzar la ascesis del Buda de Schopenhauer, quemar las naves porque sabe a ciencia cierta que nada tuvo en este mundo.

## Monólogo de Hölderlin

Inconsciente o no, emprendí el viaje
hacia los dioses de la inspiración
para robar el verbo divino
que no pusieron en nuestros labios.
Menesteroso, a falta de carro de fuego
fabriqué mi propio motor de palabras
[¡Qué mejor incendio para un alma atormentada!].
Subí con la mayor arrogancia que brindaba mi edad;
así que hube de abandonar
la familia y los amigos,
abandoné el pequeño mundo conocido,
abandóneme a mí mismo.
El reto lo asumí, sin advertir las consecuencias,
sin ni siquiera comprar el boleto de regreso,
y me aproximé, me aproximé tanto
que creí sentir en mis manos
el poder de escribir lo sublime,
pero Ellos,
que corrigen o rectifican el rumbo
hicieron lo último conmigo.
Castigaron mi osadía, devolviéndome abajo.
trastornando mi cabeza.
Perdido de la posibilidad de la luz,
Caí a lo más hondo,
haciendo reverencias a todo aquel
que se me pusiese al frente,

incluso hasta proclamarme
el más humilde de los seres.
Lo que intenté hurtar y me devastó,
algún día, con el tiempo —así no lo quieran
los Dioses— se reconocerá como Poesía.

Fue Roberto Vélez Correa, uno de los más lúcidos críticos de la literatura nacional, quien mejor retrató la estampa de Trejos. En su *Literatura de Caldas 1967 - 1997: Historia Crítica*, recuerda que la publicación de sus poemas, refiriéndose a su libro *Ahasverus*, fue una sorpresa literaria confirmada con *Manos ineptas*, que ganó un premio nacional. Dice que esos poemas anticiparon un viaje de asombros y admiración que su autor hizo por los rincones menos esperados del planeta sin salir de su pequeño mundo natal.

> Quizás la existencia para Carlos Héctor haya sido un extravío —sostiene Vélez Correa—, y contemplar desde su sensibilidad al Judío Errante se pudo convertir en un asomo al espejo de sus pesadillas, sin más rostro que el que le permitió diseñar en sus notables poemas… Su temprana muerte fue otro desconcierto para quienes desconocían la intensidad de su existencia, ese beberse sorbo a sorbo las horas y apurar el final por una sed de aturdimiento que apenas si pudo apagar. Cuando sus lectores supieron las circunstancias de su fallecimiento, quedó flotando en el ambiente la certeza de una autodeterminación fatal, la de un esteta posmoderno que considera inmoral superar la barrera de los treinta años y decide cortar.
> Trejos no sólo fue precoz sino autodidacta. No tuvo una formación académica oficial más allá del bachillerato y, sin embargo, derrochaba una cultura envidiable, alternada de una neurosis crítica que lo aisló en su provincia, sin que por ello dejara de escribir y de hurgar en los papeles de sus autores favoritos […]. Sus paisajes estaban en otra parte, Europa y Asia. De allí absorbió los mejores motivos para sus mejores poemas, dictados en un lenguaje llano, pero de circunvoluciones profundas y a veces indescifrables.

**Bibliografía sobre Toto Trejos**

Albeiro Montoya Guiral: *Carlos Héctor Trejos en busca de Comala*, en http://www.traslacoladelarata.com/2012/05/24/el-diablo-riosuceo-en-busca-de-comala/. Carlos Arboleda González: *Carlos Héctor Trejos entre la poesía y la sombra*, conferencia leída en los VII Juegos Florales de Manizales, Teatro Los Fundadores, octubre 7, 1999. César Valencia Trejos: *Carlos Héctor Trejos Reyes: vibrante humanista y con destino de mejor poeta de su tierra*, palabras pronunciadas en sus exequias, el día 12 de septiembre de 1999, en la Iglesia de La Candelaria. **El Tiempo**: *Premiados los poetas colombianos,* Bogotá, 28 de abril, 1995; *Libro de poemas,* 22 de mayo, 1996. Roberto Vélez Correa: **Literatura de Caldas 1967 - 1997: Historia Crítica**, Universidad de Caldas, 2003. Sergio Acevedo Valencia: *En la memoria de Carlos Héctor Toto Trejos*, en **La Patria**, Manizales, 11 de setiembre, 2010.

# Índice

Un libro a cuchilladas 9
Epígrafes 17
100 años de poesía en Colombia 19

**El Modernismo 29**
Julio Flórez 33
José Asunción Silva45
Guillermo Valencia 55
Luis Carlos López 77
Porfirio Barba Jacob 87
Claudio de Alas 103
Miguel Rasch Isla 113

**Los Nuevos 121**
León de Greiff 127
Luis Tejada 147
Luis Vidales 159
Jorge Zalamea 171
Aurelio Arturo 187

**Piedra y cielo 207**
Carlos Martín 207
Arturo Camacho Ramírez 208
Helcías Martán Góngora 209
Antonio Llanos 217
Eduardo Carranza 225

**Mito 237**
Álvaro Mutis 243
Fernando Charry Lara 259
Olga Chams Eljach 267
Jorge Gaitán Durán 275
Fernando Arbeláez 293
Gabriel García Márquez 309
Eduardo Cote Lamus 341

**El Nadaísmo 355**
Gonzalo Arango Arias 361
Jaime Jaramillo Escobar 371
Mario Rivero 383
Amilkar-U 397
Juan Manuel Roca 415
Vidal Echavarría 421

**Una generación desencantada 431**
Alberto Rodríguez Cifuentes 432
Armando Orozco Tovar 433
José Manuel Arango 445
Giovanni Quessep 457
Elkin Restrepo 469
Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard 481
Raúl Gómez Jattin 505
María Mercedes Carranza 517
Juan Gustavo Cobo Borda 535

**La república del narcotráfico 551**
Piedad Bonnett 578
Eduardo García Aguilar 583
Hernán Vargascarreño 583
John Better Armella 584
Jorge García Usta 586
Rómulo Bustos Aguirre 591
Miguel Iriarte Díaz-Granados 603
Mauricio Contreras Hernández 611
Fernando Molano Vargas 621
Antonio Silvera Arenas 637
Toto Trejos 647

Este libro se terminó de imprimir
el día 5 de febrero del año 2014
en los talleres gráficos de
Agatha Editorial de Palma de Mallorca.